

EL SOCIALISMO EN EL UMBRAL DEL SIGLO XXI

Arturo Anguiano
Coordinador







EL SOCIALISMO EN EL UMBRAL DEL SIGLO XXI

Arturo Anguiano
Coordinador

**EL SOCIALISMO
EN EL
UMBRAL DEL SIGLO XXI**



**AZCAPOTZALCO
XOCHIMILCO**

1991

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

Rector General, doctor Gustavo A. Chapela Castañares
Secretario General, doctor Enrique Fernández Fassnacht

UNIDAD AZCAPOTZALCO

Rectora, doctora Sylvia Ortega Salazar
Secretario de Unidad, ingeniero Enrique Tenorio Guillén
Director de la División de Ciencias Sociales y Humanidades, licenciado Jorge Fernández Souza
Secretaria Académica, licenciada Concepción Huarte Trujillo

UNIDAD XOCHIMILCO

Rector, doctor Avedis Aznavurian Apajian
Secretaria de Unidad, maestra Magdalena Fresán Orozco
Director de la División de Ciencias Sociales y Humanidades, maestro Felipe Campuzano Volpe
Secretaria Académica, licenciada Patricia Ortega Ramírez

Diseño y producción: Taller Editorial del Departamento de Relaciones Sociales, UAM-X.
Responsable de la edición: José Carlos Castañeda.
D.R. © 1991 Universidad Autónoma Metropolitana.

Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco
Calzada del Hueso 1100, colonia Villa Quietud, Coyoacán, México 04960 DF.

ISBN 968-840-793-3

Impreso y hecho en México

ÍNDICE

- Los autores 7
Introducción 9

1. CRISIS Y PERSPECTIVAS DEL SOCIALISMO

- Pablo González Casanova 17
El socialismo como alternativa global: una perspectiva del Sur
- Göran Therborn 23
Vida y tiempos del socialismo: esbozo de un retrato histórico
- Robin Blackburn 36
Las perspectivas del socialismo después de la caída
- Adolfo Gilly 75
1989
- Alejandro Dabat 88
El derrumbe del socialismo de Estado y las perspectivas del socialismo marxista
- Enrique Semo 117
Umbral de una época
- Robert Brenner 136
Raíces de la crisis y naturaleza de la transición actual en Europa del Este y la URSS.
- Catherine Samary 162
Alternativas en Europa del Este
- Giovanni Russo Spenna y Guillermo Almeyra 168
La crisis socialista: un momento de decisión
- Enzo Santarelli 178
Crisis del Partido Comunista Italiano e internacionalismo
- Enrique de la Garza Toledo 188
La caída del socialismo real y sus repercusiones sobre la teoría marxista

2. LA PERESTROIKA Y LOS CAMBIOS EN EL ESTE

- Karén Jachatúrov 205
La perestroika en el marco de la opción socialista
- Rosa María Aponte y Jan Pátula 216
Los avatares de la reforma económica en la URSS
- Gayaneh Majmourian 226
Procesos de modernización en Armenia

Carlos A. Rozo 239

La reunificación alemana: contexto y expectativas

Marianne Braig 250

El fracaso del socialismo real ante las demandas de democracia e igualdad: ¿qué ha logrado la mujer siendo el hombre que no quiere ser?

Jan Malewski 260

Por una respuesta socialista ante la caída de las economías dirigidas: a propósito del caso polaco

Jozef Pinior 275

Polonia: crisis de transición

Daniela Spenser Grollová 280

Checoslovaquia: a un año de la revolución de terciopelo

Edith Antal 285

Privatización en los países del socialismo de Estado: el caso húngaro

3. HORIZONTES DEL SOCIALISMO EN AMÉRICA LATINA

Mario Payeras 299

Asedio a la utopía

Sergio Rodríguez Lascano 308

Los debates estratégicos de la izquierda latinoamericana

Gustavo Porras Castejón 317

Crisis centroamericana y perspectiva socialista

Rafael Guido Béjar 324

La crisis del socialismo en El Salvador

Sergio de la Peña 337

La crisis del socialismo real y la parálisis de la izquierda

Francisco González Gómez 346

Los nuevos retos de la izquierda mexicana

Arturo Anguiano 355

El eclipse de la izquierda en México

4. ECONOMÍA DE MERCADO Y CRISIS DEL MARXISMO

Alejandro Valle Baeza 393

Validez y utilización de la teoría marxista del valor

Etelberto Ortiz, Federico Manchón y Mario L. Robles 405

El desplazamiento del problema del mercado y la recuperación de Marx

Teresa Rendón y Carlos Salas 415

Absorción y reproducción de la fuerza de trabajo en el capitalismo contemporáneo

LOS AUTORES

- Guillermo Almeyra
Periodista argentino residente en Italia.
- Arturo Anguiano
Departamento de Relaciones Sociales, UAM-Xochimilco.
- Edith Antal
Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM.
- Rosa María Aponte
Departamento de Educación y Comunicación, UAM-Xochimilco.
- Rafael Guido Béjar
Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, México.
- Robin Blackburn
Editor de *New Left Review*, Londres.
- Marianne Braig
Universidad Libre de Berlín.
- Robert Brenner
Centro de Teoría Social e Historia Comparativa, Universidad de California
Los Angeles, miembro del consejo editorial de *Against the Current*.
- Alejandro Dabat
Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias de la UNAM,
Cuernavaca, Mor.
- Enrique de la Garza Toledo
Coordinación de la maestría en sociología del Trabajo, UAM-Iztapalapa.
- Sergio de la Peña
División de Estudios de Posgrado de la Facultad de Economía, UNAM.
- Adolfo Gilly
Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM.
- Pablo González Casanova
Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades, UNAM.
- Francisco González Gómez
Departamento de Derecho, UAM-Azcapotzalco.
- Karén Jachatúrov
Presidente del Comité Soviético de Solidaridad con los Pueblos de América
Latina, Moscú.
- Gayaneh Majmourian
Instituto de Historia, Academia de Ciencias de Armenia, Erevan.
- Jan Malewski
Periodista polaco residente en Francia.

Federico Manchón

Departamento de Producción Económica, UAM-Xochimilco.

Etelberto Ortiz

Departamento de Producción Económica, UAM-Xochimilco.

Jan Patula

Departamento de Filosofía, UAM-Iztapalapa.

Mario Payeras

Escritor y dirigente de la organización política guatemalteca Octubre Revolucionario.

Jozef Pinior

Antiguo dirigente nacional de Solidaridad (1982-1987), coordinador del Centro Político Socialista (SOP) en Wroclaw, Polonia.

Gustavo Porras Castejón

Miembro de la organización política guatemalteca Octubre Revolucionario.

Teresa Rendón

División de Estudios de Posgrado de la Facultad de Economía, UNAM.

Mario L. Robles

Departamento de Producción Económica, UAM-Xochimilco.

Sergio Rodríguez Lascano

Miembro del comité político del Partido Revolucionario de los Trabajadores.

Carlos A. Rozo

Departamento de Producción Económica, UAM-Xochimilco.

Giovanni Russo Spenna

Diputado nacional de Democracia Proletaria, Italia.

Carlos Salas

División de Estudios de Posgrado de la Facultad de Economía, UNAM.

Catherine Samary

Universidad de París IX-Dauphine.

Enzo Santarelli

Departamento de Historia, Universidad de Urbino, Italia.

Enrique Semo

División de Estudios de Posgrado de la Facultad de Economía, UNAM.

Daniela Spenser Grollová

Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología.

Göran Therborn

Departamento de Sociología, Universidad de Gothenburg, Suecia.

Alejandro Valle Baeza

División de Estudios de Posgrado de la Facultad de Economía, UNAM.

Introducción

En el umbral del siglo XXI el socialismo aparece despeñándose por una crisis decisiva y sin retorno. El capitalismo en cambio mantendría su marcha triunfante por el planeta, rompiendo las barreras y diques que el socialismo habría erigido para detenerlo. Más aún, las poblaciones que habían podido sustraerse de su influencia con la intención de construir sociedades y regímenes alternativos, ahora estarían tratando de recuperar el tiempo perdido abriendo mercados, transformando economías y relaciones, desmantelando Estados y gobiernos, adecuando sus culturas y tradiciones con el fin de parecerse a los países capitalistas. Al menos esa es la imagen que predomina por el colapso estrepitoso de los regímenes autoritarios de la Unión Soviética y Europa del Este.

No deja de llamar la atención que el fracaso del socialismo real se haya producido por la irrupción de las masas, quienes supuestamente eran sus beneficiarias, y que las revoluciones antiburocráticas de 1989 estén desembocando en una “fuga nostálgica hacia un capitalismo en crisis”, como escribe Enrique Semo.

La crisis del socialismo resulta entonces evidente e incuestionable. No se reduce al derrumbe de los regímenes burocráticos y autoritarios que se construyeron con el ropaje socialista a pesar de que contradecían muchos de sus principios motores. Las ondas de esa caída arrastraron también a buena parte de los partidos comunistas identificados con ellos y hoy atrapados por el desconcierto y la incertidumbre, e incluso no han dejado de cimbrar a una socialdemocracia desgarrada por la pérdida de sus propias identidades y la acrecentada y envolvente fuerza del neoliberalismo y el mercado.

En realidad, cualquiera que sea la interpretación que se haga de la crisis del socialismo y de sus alcances y contenidos, nadie puede negar que en el mundo se ha expandido su desprestigio y falta de credibilidad, los que afectan hasta a quienes surgieron y se desarrollaron en lucha contra la falsificación que representaban los regímenes en desgracia. Esto cobra mayor relevancia incluso cuando se ve en el socialismo una “cultura de la modernidad”, como lo destaca Göran Therborn, con su “idea de un futuro abierto, innovador, por construirse”. Las implicaciones políticas y teóricas de esta situación son enormes y han permitido que gane fuerza a su vez la idea de la crisis del marxismo, que mal que bien sustenta a la mayoría de las corrientes socialistas.

El despilame de la Unión Soviética y los países del Este significa una derrota del socialismo y el marxismo, pues arrastra consigo al sueño igualitario y autogestionario en pos del cual se realizaron la revolución de octubre en Rusia y las demás revoluciones y luchas de los trabajadores en contra del capitalismo y el imperialismo. No sólo las masas cayeron en el escepticismo y las organizaciones de izquierda en el desconcierto y la incertidumbre sino, peor todavía, la descomposición de los regímenes autoritarios del llamado socialismo real —en el cambiante y contradictorio contexto mundial— parece revivir y potenciar todos los fantasmas

antigualitarios y excluyentes que en diversos momentos asolaron el planeta: odios religiosos y étnicos, nacionalismos exaltados, racismo, guerra y la explotación y opresión que no cesan nunca.

Mientras las sociedades y regímenes pretendidamente poscapitalistas se desintegran y descomponen, aún como Estados-nación, por el “retroceso desordenado hacia el capitalismo” —como apunta Adolfo Gilly—, el capitalismo refuerza su hegemonía y hace gala de su prepotencia bárbara, imponiendo impunemente invasiones como la de Estados Unidos en Panamá y guerras despiadadas como la del Golfo Pérsico —apadrinada por la ONU—, que representan auténticas masacres contra pueblos enteros.

El nuevo orden internacional que en los hechos se está reorganizando bajo la conducción de Estados Unidos, parte en gran medida de la declinación y desaparición del bloque soviético y está cambiando aceleradamente la relación de fuerzas entre las clases y las naciones. Aunque el proletariado no ha dejado de crecer y reforzarse objetivamente y los pueblos de las naciones oprimidas de sublevarse contra la dominación del imperialismo y el neocolonialismo, cada vez más claramente éstos se reafirman destruyendo incluso los sueños liberadores e igualitarios. A nombre de la justicia y la democracia, en Oriente como en Occidente, las clases y sectores privilegiados de distinto signo están rehaciendo la trama de nuevas dominaciones y explotaciones, no exentas de despotismo e intolerancia. Por entre la espesa niebla ideológica que cubre la atmósfera del planeta, no deja de percibirse sin embargo el “signo de clase de la acumulación”, como afirma Pablo González Casanova, que es como siempre la que está en la base de los profundos procesos de reestructuración productiva a nivel mundial.

El socialismo aparece derrotado además porque los países organizados en su nombre perdieron la batalla de la productividad del trabajo y construyeron sistemas que en lugar de prefigurar el futuro de la sociedad sin clases prevista por Marx y el marxismo, ni siquiera se aproximaron al capitalismo avanzado, sino que se parecían más bien a “una sociedad del antiguo régimen basada en una mezcla de coerción y corrupción” (Robert Brenner). La irracionalidad económica del sistema burocrático, que durante varias décadas que sorprendieron al mundo logró adelantos inusitados en el terreno material y social, terminó por fastidiar a los pueblos, más aún cuando engranaba perfectamente con el autoritarismo absorbente, los privilegios de algunos y la carencia de libertades de todos los demás.

Las secuelas del naufragio del bloque soviético dificultan el avance de propuestas de organización de la producción y la vida económico-social que durante años el marxismo y núcleos destacados de la clase obrera de distintos países reflexionaron y ensayaron como alternativas colectivas al despotismo y la explotación característicos del capitalismo. El papel del mercado y del dinero, de la planificación y la socialización, de la participación colectiva y la democracia, de la productividad y el valor, del excedente y la acumulación, etcétera, ahora aparecen como maldiciones mientras se generalizan las reestructuraciones neoliberales y las políticas estabilizadoras que han asolado a los trabajadores de todos los capitalismos, occidentales o tercermundistas, del Norte o del Sur. En los otrora países “socialis-

tas”, en su carrera por asemejarse a los países capitalistas, como escribe Robin Blackburn, “con frecuencia [se] ha actuado para obtener lo peor de ambos mundos”, lo que además de tener consecuencias políticas de fondo, está cargado de implicaciones teóricas y alienta mayores desilusiones y futuros escepticismos entre los de abajo.

Lo mismo sucede en el terreno de la política y la participación y organización de la sociedad. El proyecto socialista implicaba antes que nada una profunda democratización de arriba abajo hasta en el último resquicio de la sociedad y del poder, como *sustento vital* de la organización social y las relaciones sociales. El Estado comenzaría a extinguirse desde el momento mismo en que el proletariado se constituyera en Estado. Y aunque sólo en las variantes stalinistas el socialismo se consideró posible en un sólo país, cercado incluso por un capitalismo floreciente, terminó por dejarse en el olvido la idea de un periodo de transición del capitalismo al socialismo en términos históricos y planetarios. Las peores monstruosidades burocráticas, verticalistas, excluyentes, antidemocráticas y hasta criminales se impusieron y legitimaron –con la complicidad del llamado movimiento comunista internacional– en aras de la construcción de socialismos que de más en más se volvieron caricaturas grotescas del original proyecto socialista igualitario y autogestionario.

Aquí también la crisis del socialismo, y no solamente de los regímenes burocráticos, se expresa en la pérdida de credibilidad de la democracia autogestionaria de los trabajadores que propugna y en el sorprendentemente generalizado auge de la democracia capitalista, a pesar de la prolongada crisis de los regímenes políticos más diversos, socialdemócratas, conservadores, populistas y neoliberales.

Pero tal vez lo que más se ha deteriorado en el socialismo y agudiza la crisis del marxismo como teoría y como práctica, como lucha solidaria, es la explosión de la diáspora de los nacionalismos que no solamente está desintegrando mediante su fuerza centrífuga a los Estados del exbloque soviético, sino que nulifican el internacionalismo y la solidaridad de clase de los trabajadores, en un mundo como nunca internacionalizado e integrado.

Resulta paradójico que cuando más se han desarrollado mundialmente las fuerzas materiales y sociales que el marxismo concibió como la *condición* para la supresión del capitalismo y la colectivización de las relaciones sociales y la instauración del socialismo, se viva aún en “la fase del nacionalismo, tanto del liberador de los pueblos que tratan de eliminar a sus opresores como del nacionalismo opresor de quienes intentan continuar dominándolos” (Giovanni Russo y Guillermo Almeyra). La cauda de fanatismos, intolerancias y odios que dejan por todas partes los nacionalismos de fin de milenio destruyen las solidaridades de clase y el internacionalismo en aras de proyectos de nuevos microEstados autoritarios y excluyentes, intolerantes y opresivos. Las guerras intraEstado y los ancestrales racimos ahora desatados, amenazan con incendios en cuyas cenizas difícilmente se podrán construir nuevas sociedades preñadas de solidaridad e igualitarismo y no de regresión a los más oscuros azotes de la humanidad.

Por todas partes los nacionalismos prosperan a contrapelo de la historia que ha desembocado en un mundo cada vez más articulado e internacionalizado.

Cuando se ha producido la posibilidad objetiva de impulsar como nunca los proyectos de mundialización y organización de las resistencias y luchas de los trabajadores contra un capitalismo cada vez más en contradicción con su propia dinámica de socialización de las fuerzas productivas, los nacionalismos se levantan mirando hacia el pasado y anclan a los pueblos en utopías reaccionarias. El nuevo orden mundial del capitalismo y el imperialismo no puede superarse ni ponerse en entredicho más que a condición de estructurar una alternativa que vaya en el sentido de la historia, del futuro.

El desconcierto y la desesperanza, cuando no el cinismo y el pragmatismo, cunden entre las masas y los partidos socialistas ante esos fenómenos que revelaron falsificaciones y destruyeron utopías. La abjuración y el abandono parecen generalizarse en la huida desordenada frente a un capitalismo que como nunca avizora su carácter universal, quebrados los diques que lo contenían y a veces lo obligaban a replegarse. Esta situación se refuerza por la dinámica de los propios acontecimientos que —aunque pueda resultar extraño por el generalizado estruendo de las fanfarrias democráticas y pluralistas— hacen progresar la intolerancia contra quienes abrazan aún la esperanza socialista y se nutren en el marxismo, lanzados cada vez más a la zanja de los discriminados, despreciados y apestados, aunque no refutados.

Nada autoriza, sin embargo, a pensar que la universalización del mercado y las democracias capitalistas resolverán los problemas y necesidades que están en la base de las contradicciones y el colapso de los países del exbloque soviético. Al contrario, existen ya muchas señales y signos —anotados y explicados por muchos, entre ellos por varios de los autores de este libro— del malestar e incertidumbre de las “democracias emergentes” que se entregaron sin condiciones al mercado, sin que éste satisfaga sus expectativas y en cambio acelere y ahonde todas las contradicciones y desigualdades. El propio Occidente capitalista ha empezado a reaccionar con cautela y reticencia ante los apremios del Oriente desesperado. Lo más que parece prefigurarse es una nueva camada de naciones subdesarrolladas sometidas a los mismos mecanismos de coacción y expoliación —nacionales y clasistas— que los ya viejos capitalismos atrasados del tercer mundo.

En verdad, a pesar de los ideólogos exultantes del neoliberalismo y de las creencias de antiguos socialistas, la historia no ha llegado a su fin. El capitalismo no desemboca en el capitalismo ni el socialismo marxista representa una más de las utopías ilusorias desechadas por la historia.

Pues, como dice Mario Payeras, “ninguna de las contradicciones del mundo contemporáneo —las que llaman a luchar, a rebelarse— han sido abolidas”. Menos aún ha sido desmantelada —a pesar de profetas que decretaron su muerte hace tiempo— la clase obrera mundial que sigue conteniendo en sí un potencial anticapitalista desactivado pero real, y temible para el capital y las burocracias reconvertidas en nuevos grupos dominantes. Como antes y como jamás en la historia, el capitalismo mundial contiene en su seno las contradicciones y las fuerzas sociales capaces de sepultarlo.

La modernidad —de la que el marxismo y el socialismo son hijos y constructores— no ha sido desbancada por la posmodernidad con su negación del futuro como algo “por el que vale la pena esforzarse” (Therborn).

El capitalismo no solamente no ha logrado superar las contradicciones y desigualdades que produce sin remedio, sino que cada vez más representa una amenaza no sólo para la civilización, sino incluso para el planeta, colocado ya en el umbral del desastre ecológico. Tal vez parezca una ilusión y hasta un asidero dogmático, pero a finales del milenio han madurado las condiciones que vuelven insoslayable el dilema planteado por Rosa Luxemburgo: socialismo o barbarie.

No son las “libres” fuerzas del mercado *manejadas* por unos cuantos conglomerados capitalistas ni los gobiernos imperialistas encabezados por el de Estados Unidos quienes expulsarán de la Tierra las guerras, el racismo, los odios étnicos y religiosos, las opresiones de distinto signo, la discriminación, la explotación, el saqueo y la degradación ecológica. Solamente las energías colectivas de los excluidos de todas las latitudes, recompuestas con sus fraternidades y solidaridades, podrán actuar de manera que internacionalmente constituyan un contrapeso al desenfreno capitalista.

Enzo Santarelli plantea la necesidad de “reafirmar [...] que el movimiento obrero y las organizaciones de los trabajadores permanezcan como la red primaria para volver a fundar el socialismo y el internacionalismo”. “Todo sufrirá conmociones profundas”, concluye Sergio de la Peña. Y en efecto, sólo con una gran convulsión autocrítica podrán el socialismo y el marxismo asimilar la crisis de fondo en que han caído. Desde muy temprano, Marx llegó a la conclusión de que había que realizar “una crítica despiadada de todo lo existente, despiadada en el sentido de que la crítica no retrocederá ante sus propias conclusiones o ante el conflicto con las fuerzas que sean”. Esta decisión, este estado de ánimo, se requiere hoy para refundar al marxismo y reconstituir las bases de un nuevo proyecto socialista, el cual solamente será viable si se apoya en la divisa en que el propio Marx condensó su visión: “La emancipación de los trabajadores solamente podrá ser obra de los trabajadores mismos”. O en otras palabras, no será posible enfrentar al capitalismo ni su dinámica opresiva y devastadora, si no es mediante una opción plenamente democrática e igualitaria que descansa en la autorganización y la actividad de los propios trabajadores.

Entre el sueño socialista y la desesperanza por la pérdida de referencias e identidades que acarreó el desplome del socialismo real, existe el recelo, el desencanto, la huida. Pero también se abre camino la esperanza, la decisión de luchar, de cambiar la vida y liberar las energías colectivas en aras del bienestar social generalizado, de impedir que el planeta resulte inhabitable y la civilización desaparezca. Puede ser ésta una utopía, pero hace falta aferrarse a ella, buscarla, *asediarla* —como propone Payeras—, pues puede cobrar realidad por la fuerza de los pueblos. Además, no hay otra esperanza ni otra vía para impedir que la barbarie se señoree del mundo.

Sobre muchas de las anteriores consideraciones, aunque con una frescura y riqueza incomparables que las desbordan con amplitud, trata este libro. Es un pro-

ducto realmente colectivo, no sólo por la concurrencia de 35 autores que aportan sus ideas y reflexiones, sino asimismo por muchas más voluntades que invirtieron su entusiasmo y no pocas energías para hacerlo realidad. En primer lugar de quienes coincidimos en el propósito de organizar un coloquio internacional con el fin de manchar la opacidad de la intelectualidad y la izquierda mexicanas con los colores y pasiones del debate teórico y político y constreñirlas así —invitarlas— a la reflexión y la crítica (la autocrítica). Enrique de la Garza, Francisco González y quien suscribe —cada quien adscrito como investigadores-profesores de distintas unidades de la Universidad Autónoma Metropolitana— nos dimos a la tarea de planear, preparar y conseguir los fondos para la realización del coloquio. Estos los encontramos gracias a la colaboración y solidaridad de los Directores de las tres Divisiones de Ciencias Sociales y Humanidades (Jorge Fernández, Sergio Pérez Cortés y Sonia Comboni) y de la Rectoría General de la propia universidad, cuyo titular, el Dr. Gustavo Chapela Castañares, nos apoyó con su disposición y apertura características. El Instituto Sueco, gracias a la colaboración de la Embajada de Suecia en México, sufragó los gastos de viaje de Göran Therborn y el gobierno de la URSS los de Gayaneh Majmourian.

Convocado bajo el título de *El socialismo en el umbral del siglo XXI*, el coloquio internacional también recibió el patrocinio de las revistas *Economía: teoría y práctica*, *El cotidiano* y *Trabajo*, todas ellas ligadas a la UAM, aunque la última también elaborada por el Centro de Análisis del Trabajo, AC. La realización del coloquio durante los días 27, 28, 29 y 30 de noviembre de 1990 fue posible por supuesto por los ponentes que, desde distintas latitudes y centros, vinieron para contribuir con sus aportes. Pero también sumaron esfuerzos profesores y estudiantes de la UAM Xochimilco que se ocuparon de las imprescindibles tareas de organización y difusión. Especialmente quisiera destacar la colaboración de Gabriela Contreras y de Carolina Terán. Como moderadores de las mesas de trabajo fungieron Felipe Campuzano, Hilda Dávila, Magda Fitscher, Edmundo Jacobo Molina y los propios directores de división.

Más tarde el esfuerzo colectivo se amplió con la preparación del libro que requirió traducciones que llevaron a cabo profesores del Departamento de Relaciones Sociales de la UAM-X: Gabriela Contreras, Marco A. Gómez, José Manuel Juárez, Javier Ortíz, Dolores Paris y Hugo Sáez. La composición y edición en computadora estuvo a cargo del Taller Editorial y el Centro de Cómputo del mismo departamento, coordinados por Carlos Castañeda y auxiliado por Olga Martínez, Jaime Díaz Marín, Ernestina Villalobos y Rocío Díez. En fin, con la ayuda de las profesoras Gabriela Contreras y Rhina Roux confronté las traducciones y revisé una y otra vez los originales y las distintas pruebas de planas hasta que aseguramos una edición pulcra. Los errores que sobrevivan, sin embargo, son de mi exclusiva responsabilidad.

Por último, quisiera expresar mi reconocimiento a Jorge Fernández y Felipe Campuzano, Directores respectivamente de las DCSH de las unidades Azcapotzalco y Xochimilco, quienes hicieron posible culminar este esfuerzo colectivo con la publicación conjunta del libro.

Arturo Anguiano

1. CRISIS Y PERSPECTIVAS DEL SOCIALISMO

El socialismo como alternativa global: una perspectiva del Sur

Pablo González Casanova

Me gustaría decir algo a partir de la crisis del socialismo y de los países socialistas en el tercer mundo. Pensar en el socialismo como alternativa global desde aquí, desde esta zona terrestre.

Cuando se analiza el proceso de “reconversión” de los países de “orientación socialista” del tercer mundo se advierte claramente que en la inmensa mayoría de ellos están cambiando los objetivos centrales del desarrollo. La crisis del “socialismo real” en la Unión Soviética y en los países del Este de Europa afecta gravemente sus proyectos de crecimiento con justicia social y con soberanía comercial o financiera, que en algunos de ellos dieron base a una distribución del ingreso, a una estratificación y a un desarrollo social relativamente mas equitativos que los de la mayoría de los gobiernos del tercer mundo.

La restauración del capitalismo dependiente y neoliberal va muy lejos y no sólo viene de fuera. Cambia abiertamente el objetivo central de una “futura sociedad igualitaria” y el de la propia “liberación”, mientras los planes de desarrollo y el mercado mismo quedan controlados por los monopolios que son otra vez los beneficiarios directos de la acumulación. Es más, las relaciones sociales de producción y de dominio se reconstituyen con el nuevo tipo de autoridad neocolonial-asociada, o de Estado supranacional, representado –entre otros– por el Fondo Monetario Internacional. El fenómeno no es poco común. Si en Cuba la deuda externa corresponde sólo al 20 por ciento del producto nacional, en Angola alcanza el 55 por ciento, en Mozambique el 62 por ciento, en Tanzania el 67 por ciento y en Vietnam, aunque no hay datos comparables, llega a 5 500 billones de dólares. Algo semejante ocurre en otros 16 países subdesarrollados que se conocían como de “orientación socialista”. En la mayoría de ellos –como en los del CAME (Consejo de Ayuda Mutua Económica)– el endeudamiento externo ha impuesto las “políticas de ajuste” a que obligan las cartas de intención y los convenios con el FMI.

Con resistencias o aceptaciones variadas, por presiones directas del fondo y de la Banca Mundial, o de las propias burocracias y “burguesías” asociadas, e incluso por presiones o insinuaciones de la Unión Soviética, los países de “orientación socialista” del tercer mundo han aplicado una política que en todos los casos parece significar renovación de la dependencia y del capitalismo periférico neoliberal. Si en los Estados antes populistas esa política corresponde al abandono de los proyectos de “desarrollo nacional independiente”, con cesión de los procesos de acumulación a la burguesía trasnacional y asociada, en los países de “orientación socialista” corresponde también al abandono práctico del proyecto de acumulación socialista y a cambio de clase dominante o de bloque dominante, que

buscó basarse en el pueblo trabajador como eje del camino al socialismo. El nuevo bloque corresponde a la asociación de muchos funcionarios que antes se llamaban marxistas o leninistas, con las burguesías locales privadas y las transnacionales.

Mientras el socialismo de Estado, según ha observado Worsley, “se propone elevar los niveles de vida como su objetivo prioritario”, las políticas de ajuste hacen del pago del servicio de la deuda externa un objetivo táctico, y de la restauración del capitalismo y la dependencia el objetivo estratégico. El cambio estructural se advierte con la reorientación de todas las medidas económicas a la acumulación de capital privado asociado y transnacional, y con la transformación del trabajo en mercancía barata de los propietarios privados de los medios de producción.

Si no todos los países llamados de “orientación socialista” se encuentran al final de tan dramático proceso, todos los que están negociando con el FMI reciben y aceptan, de buen o mal grado, las conocidas presiones de políticas neoliberales por las que “el extranjero” y “el capitalista” —esos personajes clásicos— retoman el control esencial de la economía. Escojamos un ejemplo: en Mozambique las desnacionalizaciones se dan desde 1979; en 1984 acaba allí el monopolio de Estado del comercio exterior para beneficio de las compañías privadas; en 1986 se libera la legislación sobre inversiones extranjeras, mientras se impone un severo programa a la población, con una devaluación de la moneda que alcanza 420 por ciento, con nuevos impuestos indirectos, con alza de precios de 200 a 400 por ciento, con alza de salarios de sólo 50 a 100 por ciento; y en fin con disminución de gastos sociales del Estado... Políticas semejantes se advierten en los demás países con gobiernos populares o socialistas, desde Nicaragua —aún antes de la derrota electoral hasta Vietnam. Todos esos países parecen destinados a perder la guerra económico-social después de haber ganado la guerra en el campo de batalla. “Somos muy buenos generales del pueblo —dijo con sorpresa el comandante Tomás Borge— y muy malos economistas”.

En Vietnam la “política de ajuste” lleva a la creación de empresas privadas, a la ampliación de empresas agrícolas privadas, al “mercado libre” controlado por los monopolios, a la supresión de las subvenciones al consumo, al “adelgazamiento” del sector público, a una legislación “muy liberal” con las inversiones extranjeras... Sólo Cuba establece una “política de austeridad” que no cambia ni da visos de cambiar el signo de clase de la acumulación, y que no transforma el trabajo en mercancía sometida o por someter a las leyes de la oferta y demanda del capital... Tal vez ese sea el hecho más odioso de su rebeldía frente a un imperio que la considera parte de su zona de influencia manifiesta.

El fenómeno de endeudamiento externo, junto con las políticas de ajuste a que conduce, significa que en muchos de esos países no sólo ha perdido o está por perder el proyecto socialista, sino el de la liberación o el de la soberanía nacional frente a los grandes imperios.

Descubrir lo que pasó y lo que pasa ya resulta difícil y es la tarea principal. Explicar y prever lo que viene es aventurarse en un terreno que no por temerario deja sin embargo de constituir una preocupación muy extendida.

La política de la restauración del capitalismo en los países “socialistas” más desarrollados afecta todos los proyectos de liberación; amenaza tanto a los nacionalistas y populistas del pasado, como a los que aún tienden a fortalecer sus coaliciones con bases trabajadoras y populares. Las contradicciones del socialismo autoritario y su crisis creciente, debilitan en lo inmediato a los Estados y movimientos del tercer mundo que han recibido apoyo de la URSS y de otros países que ya se han pasado al capitalismo o que se tambalean en la economía, la tecnología, la política y el pensamiento. Muchos Estados y movimientos populares del tercer mundo —y no sólo los socialistas— se sienten cada vez más en el desamparo, y, en todo caso, enfrentados a su suerte en una forma que no habían previsto. La ofensiva neoliberal aprovecha e impulsa las distintas contradicciones en que están envueltos. Entre esas contradicciones se encuentran las mismas del “socialismo desarrollado”: la ausencia de una organización democrática que controle el autoritarismo y la corrupción de las burocracias, sin limitar la disciplina necesaria para la lucha contra las antiguas clases expropiadas y contra el imperialismo; o las enormes fallas en el aparato productivo, víctima también de autoritarismo y de la corrupción, que acaban con cualquier “plan” (si acaso llega a merecer ese nombre) y con el desarrollo económico social para las mayorías. La penosa situación también se ve expresada en ideas autoritarias que miman el “marxismo-leninismo” doctrinario, y que se adaptan a “políticas realistas” de colores locales, en mezclas o saltos que van de la “doctrina” más abstracta a la “realidad” más extravagante sin mayor reparo epistemológico o moral.

Las contradicciones que ocurren en los Estados socialistas centrales, aparecen en los periféricos a niveles de desarrollo económico y social mucho más bajos. No surge en las masas de éstos la esperanza de ocupar un sitio al lado de los países más avanzados del capitalismo —como en las de Polonia o Checoslovaquia—, pero sí existen los mismos elementos de fascinación por la sociedad de consumo que se advierten en Europa del Este y en Rusia, y naturales deseos de expresar nuevas ideas, intereses y sentimientos en formas que entran a menudo en conflicto con las condiciones económicas y políticas objetivas o con los dirigentes y sus hábitos de gobernar. Incluso Cuba donde los sistemas de participación de la población en el gobierno se amplían cada vez más, sobre todo en las bases, y donde el lenguaje oficial representa en alto grado el interés general, surgen demandas difíciles de aceptar para la dirigencia, o por los peligros que representan en la condición de cerco y acoso que vive la Isla —piénsese que ésta se ve obligada hoy a cambiar sus tractores por bueyes y sus automóviles por bicicletas—, o porque reclaman un pluralismo político y una alternancia de cuadros que no son fáciles de implantar mientras crece la presión de Estados Unidos y se desvanece la solidaridad de la Unión Soviética; o porque exigen una información, un lenguaje, una libertad de crítica y de pensamiento muy atendibles pero que los círculos gobernantes no hallan cómo ampliar sin debilitarse aunque al no ampliarlos pienso que también se debilitan. Es cierto que “el futuro de Cuba dependerá en mucho de la habilidad del gobierno cubano y de la sociedad cubana para responder a las presiones internas mediante el cambio” —como ha escrito Susan Jonas—, y es cierto que tanto el

gobierno como el pueblo están concientes de esa necesidad, pero precisamente por eso y porque no cambian el contenido de clase de la dirigencia ni del trabajo, la ofensiva mundial principal de Estados Unidos se ceba contra ellos, y hace aún más difíciles los necesarios cambios democráticos y martianos. Ojalá los logre ese país porque le daría una victoria a la humanidad.

En otros países, desde Angola hasta Vietnam, las contradicciones de los Estados socialistas subdesarrollados son mucho mayores. En ellos no puede descartarse la posibilidad de una restauración neocolonial convenida, cuyos costos serán sin duda muy altos, y que retrasará aún más la lucha por un socialismo democrático.

En todo caso la situación de los países llamados socialistas, y la situación del proyecto socialista en el tercer mundo y en el mundo, parecen plantear la necesidad de una triple lucha a nivel global.

Primero. La defensa y solidaridad con los países del tercer mundo que mantienen proyectos socialistas —desde Cuba hasta Vietnam— y que luchan por ellos frente al imperialismo y frente a la restauración, pensando que a fin de cuentas será cada pueblo quien regule las características y tiempos de su propia revolución democrática.

Segundo. El apoyo a los movimientos que en la URSS, en Europa del Este y en los “países de orientación socialista” luchan por un socialismo democrático y contra la restauración del capitalismo y de los grandes monopolios privados.

Tercero. La lucha esencial contra la explotación de los trabajadores y por la democracia, contra la explotación y la dominación de las naciones y por la democracia.

Las tres luchas parecen constituir el conjunto coherente de una estrategia que defienda al socialismo de hoy, como poder, y que promueva la democracia socialista, como política. Las tres entrañan un reto esencial, implican una creación histórica: no postergar la democracia por temor a la desestabilización y no perder el proyecto socialista por el proyecto democrático.

El juego no ha terminado. En los países del tercer mundo, la miseria y el terror que impone la restauración neoliberal muy pronto acaban con las ilusiones de las masas —cuando las hubo—: para éstas es imposible alcanzar un futuro mejor con gobernantes subyugados por los imperios. La restauración, significa de inmediato un regreso a la explotación y a la dominación del capitalismo periférico o colonial, hoy refuncionalizado. La política de represión tiende a dominar frente a la de negociaciones y éstas, al poco tiempo, acaban en explotación acentuada de la inmensa mayoría de los trabajadores. El fenómeno se manifiesta en las intervenciones militares abiertas y encubiertas, nativas y extranjeras, y en el incremento de la tributación territorial, de la deuda externa y el comercio desigual con entrega de empresas y riquezas naturales. Por eso, si los éxitos de la contrarrevolución liberal pronto muestran sus contradicciones en el Este de Europa, en los países del tercer mundo, la restauración del capitalismo y también del colonialismo, hoy transnacional, se ceban sobre pueblos y trabajadores al estilo del antiguo colonialismo, y replantean de inmediato la necesidad de una nueva lucha por la liberación, por la democracia y el socialismo, como luchas contra la explotación de la inmensa mayoría de los trabajadores manuales e intelectuales, que al reinsertarse como

mercancía reciben por igual trabajo y productividad un precio menor que el de antes y menor que de sus contrapartes de los países centrales.

En todo caso, la situación internacional es incierta y tal vez se vuelva en el futuro inmediato aún más favorable a la contrarrevolución liberal. Pero no se puede descartar que en las luchas futuras surja un nuevo movimiento por el socialismo, un movimiento de carácter global en que se acerquen militantes que vienen de la socialdemocracia, del leninismo y del nacionalismo revolucionario con los movimientos sociales emergentes que dan a la lucha por la democracia y el socialismo un lenguaje original y una concepción enriquecida por esa dura experiencia de que habló Fray Beto cuando dijo: “Mientras el capitalismo privatizó la propiedad y socializó los sueños; el socialismo realmente existente socializó la propiedad y privatizó los sueños”.

Parece inminente una gran renovación del pensamiento. A la cultura de las contradicciones de clase, y al análisis renovado de las que corresponden hoy al capitalismo, se añadirá la nueva cultura de las contradicciones del propio socialismo real, y entre éstas destacarán las que corresponden a la política de los ideales que se reduce a una mera política de clientelas, o de grupos, o a una micropolítica en que se vive a diario el ideal como realidad y ambos como problemas a estudiar y a resolver. También se impulsará en el nuevo proyecto –me parece– un desarrollo especial del análisis dialéctico sin tener que legitimarlo con el pensamiento de los líderes y los clásicos, esto es, un análisis histórico y empírico del socialismo como alternativa política contradictoria que supera sus límites anteriores con generaciones que tienen nuevas experiencias y nuevas esperanzas.

En todo caso, desde las más distintas posiciones geográficas e ideológicas el proyecto socialista se vislumbra hoy como multidimensional y como global.

O la lucha por el socialismo se ve como lucha por la democracia y también por la liberación, o la concepción de la misma será muy pobre. Y esa lucha por el socialismo, la liberación y la democracia tiene que estudiarse más allá del eurocentrismo clásico o del aldeanismo tercermundista, como proyecto realmente mundial, lo que exige el esfuerzo de entenderlo desde el Sur y de rechazar cualquier idea implícita de una democracia colonial o de un socialismo con colonias, es decir de rechazar el tipo de ideas que muchas veces no explicitó el pensamiento socialdemócrata, socialista y comunista.

El legado del siglo XIX permite hoy saber que no es posible una lucha mundial por el socialismo sin luchar también contra el colonialismo y el imperialismo. El legado principal de las experiencias del siglo XX es que no es posible la lucha por el socialismo sin que esa lucha sea mundial y también por la democracia.

Hoy, en todo el globo terráqueo, la prioridad que en la nueva historia se plantea es la lucha por la democracia, y desde ella, la de la liberación y el socialismo. Las tres constituyen –como respeto a la libre autodeterminación de los pueblos– la única alternativa para la sobrevivencia del mundo.

REFERENCIAS

- ANDREF, Vladimir,
"Les politiques d'ajustement des pays en développement á orientation socialiste", mimeo, Université Paris-Nord, U.F.R. de Sciences Economiques et de Gestion, 1989.
- HALIDAY, Fred,
"The Sources of the New Cold War", E. Thomson *et. al.* (eds.) "Exterminism and Cold War", *New Left Review*, Londres, Verso, 1982.
- JONAS, Susan,
"Central America in the balance: prospect for the 1990s", mimeo, 1990.
- MANDEL, Ernest,
"Le socialisme au seuil du XXI Siecle", *Socialism in the World*, 52, 1986, pp. 39-58.
- PIERRE-CHARLES, Gérard,
"Les révolutions, le Tiers-Monde et le systeme global", *Recontre*, 1, De. 1989, pp. 57-66.
- WORSLEY, Peter,
"One World or Three? A Critique of the World-system theory of Immanuel Wallernstein", in R. Miliband and S. Saville Socialist Register (eds.), *Socialist Register*, Londres, 1980.

Vida y tiempos del socialismo: esbozo de un retrato histórico

Göran Therborn*

1. EL BÚHO DE MINERVA

En el ocaso de las esperanzas y de los anhelos del socialismo, deberíamos tratar de que el búho de la predicción histórica elevara el vuelo, esperando que no se dejara deslumbrar por los fuegos de la celebración capitalista, ni se quedara en la obscuridad, a la sombra de la desesperanza. Al parecer, la imagen que necesitamos hoy es un retrato histórico, que sea bastante objetivo como para servir de instrumento a los historiadores y a los científicos sociales y al mismo tiempo bastante personal como para reflejar en él a los (ex) militantes con sus experiencias.

Sería presuntuoso comprometerme aquí a entregarles ese retrato, cuando disponemos apenas del tiempo necesario para trazar unas cuantas líneas. Estas reflexiones preliminares no pretenden ser más que un boceto.

Desde el punto de vista de las ciencias sociales, el socialismo debería ser estudiado como una *cultura* y como un conjunto de *estructuras* institucionales, localizadas ambas en una época histórica particular.

Una cultura proporciona a sus miembros tres elementos básicos: una identidad, una percepción del mundo (una forma particular de conocimiento), y un conjunto de valores y normas. Las estructuras institucionales, a su vez, se establecen para proporcionar recursos y para reprimir, distribuir poderes y sujeciones.

La época histórica, finalmente, constituye durante un tiempo delimitado una confluencia de culturas y estructuras.

Ninguno de esos rasgos del socialismo, ni de sus elementos analíticos, serán sometidos aquí a una enumeración o disección. Nos limitaremos a ilustrarlos brevemente, y nos concentraremos después en ciertos aspectos que revelan un significado especial para la interpretación y la comprensión de la historia.

El socialismo fue una cultura de la identidad; ante todo una identidad de clase (la clase obrera). Pero me refiero también a otras y numerosas formas de identificación: con el pueblo, los oprimidos, el movimiento obrero, la revolución, y más tarde, la referencia al Partenón socialista –Marx, Engels, Kautsky, Bernstein, Lenin, y los padres del socialismo en cada nación– con sus escritos canónicos y sus conceptos. Fue además una identidad sustentada en las credenciales de afiliación, en los universos de comprensión y los símbolos: la bandera roja y otras imágenes menos universales como la estrella roja, la hoz y el martillo o la rosa roja, *La internacional* y otros cantos, el saludo con el puño izquierdo alzado.

* Traducción de Dolores Paris.

La teoría socialista en general, y el marxismo en particular, nos brindaron tres elementos claves para una cultura cognoscitiva socialista. En primer lugar, dieron una explicación de la injusticia y de la desigualdad basada en el funcionamiento del capitalismo y del imperialismo, en términos de clase, de gobierno clasista y de explotación. En segundo lugar, abrieron una perspectiva histórica que apuntaba hacia la posibilidad de un cambio inherente al desarrollo mismo del capitalismo. Finalmente, crearon una concepción del agente histórico y social que se centraba en la capacidad y en la fuerza colectiva de los explotados, los oprimidos, los dominados.

Los valores socialistas fundamentales (y abunda la literatura en este sentido) son probablemente los de igualdad y solidaridad; estos pueden tener una orientación individualista o colectiva, como sucede, respectivamente, en las teorías de Marx y Engels y en la mayor parte del movimiento socialista. Esos dos valores esenciales tienen una dimensión universal, o al menos, se refieren en principio a toda la humanidad.

En relación a las estructuras y a otras fuentes de poder, el socialismo puede dividirse por lo menos en dos clases distintas: la primera es la organización permanente y concreta de las masas, el "movimiento", los sindicatos y partidos de masa, la estructura de lucha; la segunda es un conjunto de instituciones económicas para el desarrollo socialista, la producción y la distribución. Esta última comprende la planificación colectiva, los mecanismos para una continua ordenación socioeconómica y otras formas de redistribución (aunque el movimiento de masas y la planificación han sido adoptados también por fuerzas políticas orgullosas de no ser socialistas, este tipo de instituciones proviene de un discurso socialista, ya sea "socialismo de guerra", "socialismo cristiano", etcétera). A pesar de que hubo intentos por construir un tipo particular de Estado socialista, éste se constituyó sobre todo por medio de combinaciones entre el movimiento socialista y las tradiciones políticas de las distintas naciones, desde el Estado leninista de partido único hasta los gobiernos socialdemócratas de las democracias liberales.

Los valores socialistas pueden aparecer en distintos periodos históricos. Sin embargo, la estructura y la cultura socialistas en su conjunto forman parte de una época particular: *la modernidad*. Es decir, nacen en la era que inicia con las revoluciones francesa y norteamericana. Una de las características de esa época es su idea de un futuro abierto, innovador, por construirse. Esta idea contrasta con el futuro como repetición, como decadencia de alguna época pasada, o como antesala del Juicio Final en la vida terrenal. El socialismo emergió como la variante más importante de ese concepto de futuro, que se afirma distinto al presente y al pasado, un futuro como sociedad posfeudal y poscapitalista. Se desarrolló en dos niveles espacio temporales de la modernidad: el *industrialismo* y el *colonialismo*.

La cultura del socialismo y su organización de masas evolucionaron, y cobraron su significado histórico, al manifestarse como el movimiento de la clase obrera y del trabajo industrial. Sin duda existieron, aquí y allá, en las áreas del capitalismo industrial, sectores agrarios y otras categorías preindustriales que brindaron al socialismo algunos de sus componentes importantes: los aparceros sicilianos, los minifundistas finlandeses, los pequeños viticultores en el sur de Francia y los

maestros de las escuelas públicas en toda Francia. Sin embargo, el baluarte de la organización socialista europea fue siempre el sector de los obreros industriales y del transporte. El socialismo, como movimiento, creció con la industrialización del continente europeo (Es cierto que sobre las bases de las tradiciones artesanales).

La organización socioeconómica del capitalismo industrial permitió conformar la identidad cultural del socialismo, una identidad clasista, históricamente novedosa. Las tendencias del desarrollo y los ciclos de la economía industrial capitalista, durante el siglo XIX, brindaron el marco empírico de referencia para la teoría socialista sobre el mundo. Aunque los valores socialistas de igualdad y solidaridad no aparecieron por primera vez en las sociedades industriales, fue sólo con la emergencia de los mercados de masas y con la división industrial del trabajo cuando las nociones universales y populares de igualdad y solidaridad crecieron y se estabilizaron.

Mientras que el socialismo mantiene vínculos intrínsecos con el industrialismo, su relación con la época colonial y con la lucha anticolonial constituyeron una contingencia histórica. Ni la colonización preindustrial, ni la lucha contra el colonialismo (en las Américas, por ejemplo) tuvieron relación alguna con la cultura socialista. Sin embargo, en el siglo XX, esa cultura permeó virtualmente todos los movimientos importantes anticoloniales y antimperialistas. Esto sucedió con el Partido del Congreso en la India, que fue la organización nacionalista pionera de toda la zona colonial, desde el Noroeste de Africa hasta los archipiélagos del Mar del Sur; sucedió también con el Consejo Nacional Africano (CNA), con el movimiento nacionalista indonesio, el panafricanismo, el panarabismo. El anticolonialismo y el antimperialismo socialistas fueron aún más característicos de los movimientos comunistas asiáticos más importantes: los que fueron finalmente derrotados, como el filipino, el malayo, el indonesio, y también los victoriosos, como el chino, el norcoreano y el indochino. Sin duda esos partidos tomaron una posición clara en la lucha de clases; pero su surgimiento, y en algunos casos su toma de poder, se debieron ante todo a su empuje anticolonial y antimperialista, en la brecha abierta por la guerra mundial que enfrentó al Occidente con el imperialismo japonés. En América Latina, las culturas socialistas significativas que surgieron en la lucha antimperialista tienden por ejemplo a radicalizar el régimen posrevolucionario mexicano, aparecen también en Perú, en Guatemala, y surgen en forma más dramática en el curso de la revolución cubana y sus consecuencias. Una retórica propia de la cultura socialista se desarrolló en muchos regímenes poscoloniales no comunistas, desde la Indonesia de Sukarno, los primeros tiempos de independencia en Singapur, el socialismo birmano y la dinastía Nehru en la India, hasta los socialismos islámicos, árabes y africanos, más al occidente.

Sin duda el liberalismo, con una existencia previa, representó una fuerza activa contra el colonialismo de finales del siglo XIX y principios del siglo XX. Pero la teoría socialista fue, de alguna manera, la única teoría moderna capaz de proporcionar una explicación del colonialismo a los países colonizados. Los comunistas y los socialistas más radicales fueron el único sector político significativo del mundo colonizado que se irguió por las concepciones antirracistas de igualdad, y que

ofreció todo su apoyo solidario a los movimientos nacionalistas del mundo colonial. Las revoluciones comunistas victoriosas de Rusia, China y Cuba fueron también un apoyo material importante para esos movimientos, y constituyeron además modelos de desarrollo independiente.

De esa manera, la época del socialismo correspondió, de hecho, a la era de la lucha anticolonial y antimperialista, así como a la lucha de clases del capitalismo industrial.

2. LAS CUATRO DERROTAS HISTÓRICAS DEL SOCIALISMO

La causa más inmediata del cuestionamiento general de la experiencia socialista en el siglo XX, es la derrota política, económica e ideológica de la fracción comunista en Europa del Este durante 1989-1991, además de la conversión a economías de mercado y propiedad privada de la China comunista y de Indochina. El cuestionamiento no se ha dado sólo entre los *protégés* más pobres, últimos integrantes del “campo socialista” o del “bloque comunista”, desde Yemen del Sur hasta Benin; entre las democracias socialistas posleninistas, estas derrotas han puesto también a la orden del día el cuestionamiento del socialismo como representante verdadero del futuro, del desarrollo y del progreso. Las causas de esta situación no son nada evidentes.

A pesar de su dramatismo y su importante alcance, debemos concebir estos acontecimientos y sus consecuencias como problemas esencialmente coyunturales. El crecimiento económico de los países comunistas fue, hasta recientemente, realmente impresionante. En 1969, un prominente estudioso de la historia económica publicó una obra sobre los dos mayores crecimientos de la historia: el de Japón y el de la URSS. Las rebeliones más importantes y los intentos de reformas en Europa del Este, después de la segunda guerra mundial, fueron todos explícitamente socialistas, incluyendo la revuelta polaca de Solidaridad en 1980-1981. Sería difícil argumentar que la bandera de la privatización y de la economía de mercado, izada en 1989-1990, representa la victoria final para las aspiraciones de Europa del Este, anteriormente acalladas por la amenaza y por la utilización del ejército soviético. Es preferible evaluar estos acontecimientos a la luz de una combinación de coyunturas en Europa de finales de los ochenta: en el marco de un mejoramiento general de las comunicaciones entre el Este y el Oeste, el prolongado crecimiento del segundo frente al largo estancamiento del primero. Sólo unos años antes, durante la depresión económica de Europa Occidental, las celebraciones de la economía de mercado hubieran sido, en ambas partes del continente, más discretas y disonantes. Asimismo, con la excepción de muchos miembros de mente realmente estrecha de la *nomenklatura* y de un puñado de parásitos y aduladores, pocos socialistas mostraron nunca algún entusiasmo hacia los regímenes de partido único, los sistemas internos de espionaje policiaco y el culto a los líderes, por no hablar del muro de Berlín. La mayoría de los socialistas estuvieron siempre inconformes con estos fenómenos y los consideraron como aspectos periféricos reprobables del socialismo. Casi todos los socialistas recibieron con agrado su caída, a excepción de los gobernantes de unos pocos Estados comunistas.

En otras palabras, de haber existido sólo un conjunto de coyunturas como la desilusión del Este con la reforma política socialista, el estancamiento o la recesión económica, y el boom occidental, los historiadores serios y los científicos sociales hubieran tenido elementos para resaltar el carácter coyuntural y la fragilidad de los acontecimientos dramáticos de 1989, a pesar del peso que se les dio en las percepciones populares y en los medios. Asimismo las conclusiones tendenciales hubieran sido más cautelosas al presenciar la drástica caída del nivel de vida en Europa Oriental después del desmoronamiento del socialismo, que fue estimada, en 1990, de 22 por ciento para la exRDA, de 17 por ciento en Polonia, de 12-15 por ciento en Bulgaria y Rumania, de 3-5 por ciento en Checoslovaquia y Hungría (*Die Zeit*, núm. 9, 1991).

Sin embargo, el reflujo coyuntural del socialismo está inmerso en una encrucijada histórica, o mejor dicho en un conjunto de cambios históricos. Esta encrucijada, más que cualquier derrota particular del socialismo o cualquier deficiencia inherente al sistema, es la que hace aparecer el momento actual como el final del socialismo que conocimos en los pasados 100 o 150 años. Más precisamente, al verse fuera de combate Europa del Este, y prácticamente derrotada la URSS, y al conjuntarse esta situación con tres momentos de cambio histórico, la cultura y la estructura socialistas existentes hasta el momento parecen a punto de desaparecer. A pesar de su importancia, el vínculo del socialismo con esos virajes de la historia no son bastante sólidos como para excluir la posibilidad de una reconstrucción del socialismo a partir de sus fundamentos. La derrota del socialismo en Europa del Este —incluyendo las corrientes disidentes— acompañada de una política poco brillante, y a menudo antisocialista, de la socialdemocracia occidental después de 1975, parecen haber frustrado cualquier intento realista de regenerar el socialismo. Podríamos conservar esperanzas, pero al acercarse el siglo XXI no vemos ningún movimiento obrero, ningún movimiento antimperialista, ningún régimen socialista sobreviviente, que ofrezca una perspectiva socialista para el futuro.

El primer cambio histórico que afectó seriamente la viabilidad del socialismo clásico, fue el final del colonialismo y de la opresión racista abierta, institucionalizada. El último baluarte, en Sudáfrica, está por fin desplomándose. Después de las recientes independencias de Angola, Mozambique, Zimbabwe y Namibia, ha empezado el desmantelamiento del *apartheid* y de la supremacía blanca. El papel realmente importante que desempeñaron los socialistas en las luchas anticoloniales y antirracistas tuvo consecuencias decisivas sobre los movimientos de liberación más importantes de esos países, como las tuvo sobre movimientos anteriores, y la expresión más clara de ello es la deuda que han contraído los demócratas de Sudáfrica con el partido comunista de ese país. Sin embargo, con las derrotas del colonialismo y del racismo, han perdido importancia la solidaridad socialista anticolonial y antirracista, y ha disminuido la atracción por los valores universales de igualdad.

Sin duda, el fin del colonialismo y del *apartheid* no implican que desaparezcan las intervenciones imperialistas y el racismo. El antimperialismo y el antirracismo seguirán siendo las características de la izquierda. Pero el racismo interno

tiende a enredarse en la textura social, de tal forma que el antirracismo se vuelve un movimiento dividido entre distintas clases, y resulta difícil relacionarlo con una perspectiva clasista o con el movimiento de los trabajadores en general. Sin duda la izquierda debería reunificarse contra la hipócrita brutalidad de las intervenciones imperialistas; pero en la época poscolonial, las formas de intervención tienden a ser menos evidentes. Consideremos, por ejemplo, la precisión de los objetivos en las tres últimas intervenciones militares directas y abiertas de Estados Unidos: los anónimos asesinos de Maurice Bishop (en Granada), el caso obscuro de Antonio Noriega, agente pagado de la CIA, traficante de drogas y ladrón, y el caso del dictador Saddam Hussein, con sus bombas químicas y sus incesantes guerras.

Así, la derrota y el desplome del colonialismo y de los regímenes abiertamente racistas han dividido y fragmentado el apoyo popular general, basado en valores y concepciones socialistas universales. Por otro lado, el advenimiento de la sociedad posindustrial ha debilitado los fundamentos del principal apoyo socialista. En los países capitalistas desarrollados, definidos generalmente como el área correspondiente a la Organización de Cooperación y Desarrollo Económico (OCDE), la proporción de la población empleada en la industria alcanzó su punto más elevado en 1969, con el 37 por ciento de la población económicamente activa, y en términos absolutos en 1973-1974. Europa es la única región que llegó a convertirse en una sociedad predominantemente industrial, es decir con una preponderancia relativa del empleo industrial sobre el agrícola y los servicios. Otros países, como Estados Unidos, Japón, Corea del Sur, los de América Latina, pasaron de ser sociedades agrarias, a sociedades terciarias. La sociedad prevista por la teoría socialista, es decir la polarización entre una amplísima clase trabajadora industrial y una pequeña clase de capitalistas con sus secuaces, llegó a realizarse en las comunidades mineras y en varias ciudades industriales; sólo unos pocos países europeos, y durante periodos cortos, se aproximaron a escala nacional a ese modelo. En la mayor parte de Europa, el industrialismo tomó la forma de una relativa pluralidad; y en el resto del mundo no logró nunca concretarse. No volverá a darse en ningún lugar.

En este contexto, es importante resaltar el advenimiento del posindustrialismo, debido a sus efectos sobre la heterogeneidad estructural y cultural. La unidad de producción industrial a gran escala, la concentración de un número de trabajadores con funciones similares, la orgullosa autonomía, real o potencial, que implicaba para esa clase su situación en el trabajo productivo, son factores esenciales de los movimientos obreros. La desindustrialización fue compensada hasta cierto punto, en algunos países, por el crecimiento de los servicios públicos de interés social a gran escala; éstos presentaron una lógica opuesta a la finalidad capitalista del comercio y del beneficio. Pero la solidaridad clasista entre los trabajadores de los servicios públicos y los obreros industriales no es evidente ni sencilla. Además, el crecimiento del empleo en los servicios públicos se ha detenido, al menos por el momento, mientras sigue la fragmentación social, producto de la desindustrialización del sector privado. La unidad de la clase obrera, que siempre fue difícil y li-

mitada, se encuentra hoy severamente dañada, y no se vislumbra ninguna tendencia hacia la reunificación.

Por otro lado, estamos presenciando otro cambio histórico, relacionado con el advenimiento de la sociedad posindustrial: un cambio en la relación entre la empresa y el mercado. La teoría socialista basó sus proyecciones en la tendencia dominante de la industria sobre el comercio. Esto era importante, porque la empresa, así como el Estado, pueden ser organizados colectivamente, a diferencia del mercado, que funciona justamente en sentido contrario a la colectivización: por medio de una red de actores independientes, aislados unos de otros. El progreso de la concentración industrial y la extensión de los carteles fueron manifestaciones de esa tendencia, reforzada en los años treinta por la declinación del intercambio internacional y un crecimiento de la intervención estatal en la economía. Los años treinta fueron también los primeros tiempos de los Planes Quinquenales soviéticos, en ese momento admirados internacionalmente. La socialización de los medios de comunicación en la época de entreguerras y mediados de los cuarenta formó parte del mismo proceso histórico. La tendencia, bastante independiente de cualquier ideología política, a nacionalizar, municipalizar o regular públicamente las carreteras, los ferrocarriles, el sistema telefónico, las radiodifusoras, el Metro de París y el de Londres, expresaban el carácter crecientemente social de esas fuerzas productivas. La tendencia a la socialización se detuvo con el auge económico que sobrevino después de la segunda guerra mundial y trajo consigo el aumento continuo del intercambio mundial y el consumo masivo del automóvil. Así como ocurrió con los cambios en el mercado de trabajo, ese nuevo cambio histórico pudo ser compensado, durante algún tiempo, por el crecimiento del Estado de bienestar. Pero mientras éste ha dejado de existir, la desindustrialización, el poder creciente de las finanzas, la tecnología computarizada y el rápido crecimiento de los servicios personales y empresariales, realizados por pequeñas firmas aisladas unas de otras, siguen contribuyendo a fortalecer el peso del mercado en relación a la empresa.

Comparado con el carácter tangible y macroscópico de los cambios en la política y en la economía mundial, el tercer cambio histórico es confuso; su impacto es mucho más reducido y su dirección a largo plazo es incierta e indecisa. Sin embargo, algunos de sus signos emergentes tienen implicaciones profundas sobre la situación del socialismo. Me refiero al cuestionamiento global de toda la cultura de la modernidad, no en términos reaccionarios de añoranza del pasado, sino en cuanto afirmación de la posmodernidad. En cierto sentido, el posmodernismo es una corriente literaria realmente arcana, de dudoso carácter intelectual. En otro sentido sin embargo, la imagen de la posmodernidad nos remite a un tema muy claro en la cultura popular, en otros medios que las revistas de masas; es decir a la negación o al cuestionamiento del futuro, de un futuro diferente, novedoso, por construir, a nuestro alcance, por el que vale la pena esforzarse. La época de la modernidad, con sus conceptos clave de progreso, desarrollo, iluminismo, emancipación, está llena de ese concepto de futuro. El socialismo también lo está, pues ha crecido en esa época. Pero si el futuro es simplemente desconocido, una muta-

ción casual de formas socioculturales o una utopía peligrosa, entonces no existe sociedad nueva por la cual luchar, ya sea socialista u otra. Si no existe el desarrollo, no puede haber vanguardia, ni política, ni cultural.

Relacionar la crisis del socialismo con la de la modernidad no es algo tan descabellado como podrían pensarlo muchos camaradas, materialistas empedernidos. Efectivamente, a pesar de que el socialismo fue básicamente un movimiento clasista y popular, fue también, desde un principio, una manifestación de la alta cultura, y tuvo, en gran medida, orígenes intelectuales muy complejos. Así, se considera que el marxismo clásico es heredero de la economía política británica, del socialismo francés (el pensamiento político socialista y la historiografía revolucionaria) y de la filosofía alemana. La teoría socialista y su política revolucionaria cultivaron siempre el vanguardismo, y mantuvieron vínculos estrechos con las vanguardias científicas, filosóficas y artísticas. ¿No fue el movimiento intelectual interdisciplinario de 1968, la última manifestación, o el último eslabón, de una cadena de cruces entre el socialismo y la alta cultura?

De cualquier forma, la importancia del factor intelectual en la cultura (con “c” minúscula) socialista implica la pertinencia de considerar las actuales controversias acerca de la modernidad y de la posmodernidad para vislumbrar el porvenir de aquella cultura.

3. EL FRACASO: RESULTADO DE SU ÉXITO O DE SU IRRELEVANCIA HISTÓRICA

La acalorada controversia sobre los problemas del socialismo, sus remiendos y la ambigüedad de las pruebas, tornan imposible cualquier respuesta definitiva a la pregunta sobre el fracaso o el éxito del socialismo. Sin embargo esa pregunta ya está planteada, y existen algunas respuestas, muchas de ellas basadas en las referencias empíricas más débiles. Así, parece importante tratar, en principio, de someter el problema al análisis científico histórico y social. Señalaremos también algunos indicadores preliminares para dar una respuesta.

Lo primero que debemos aclarar es que la crisis actual del socialismo, que es seria y tal vez definitiva, pudo ser causada tanto por su éxito como por su fracaso. En el primer caso, se trataría de una “crisis de éxito”, es decir una consecuencia del éxito que tuvieron la cultura y las estructuras socialistas en alcanzar y resolver anteriores problemas sociales. La crisis estaría provocada por la incapacidad de hacer frente a nuevas situaciones, propiciadas por logros anteriores. En el segundo caso, la crisis mostraría un fracaso esencial; las recientes derrotas y reveses del socialismo vendrían a sumarse a una acumulación de errores y fallas, que por fin habrían logrado quemar las torres de marfil de engaños y poder. Entre esos dos tipos ideales, que se encuentran en los polos, existe una tercera posibilidad, también típicamente ideal. Existe la posibilidad de que la crisis no se relacione fundamentalmente ni con anteriores posibles fracasos ni con los éxitos, sino que surja de una nueva situación histórica, en la cual el socialismo se ha vuelto simplemente irrelevante. Debemos examinar las tres alternativas para transformarlas en los dos

polos y el ecuador de una esfera; así, es mucho más probable que localicemos al socialismo en algún lugar entre los polos y el ecuador.

Ningún fracaso y ningún éxito podrían medirse en términos absolutos. En este mundo, son muy pocos los fenómenos duraderos que se puedan relacionar con valores absolutos. Al contrario, los logros y los resultados del socialismo deberían medirse en términos históricos y comparativos, es decir en relación con experiencias alternativas contemporáneas.

En pocas palabras, el socialismo trata de resolver los problemas de la disponibilidad y distribución de los recursos materiales, de comprender estos problemas y de explicarlos. Por lo tanto, se tornaría innecesario en la medida en que no fuera una solución para esos problemas. La gente podría dejar de preocuparse por los recursos materiales si se sintiera segura y satisfecha con los bienes disponibles y con su distribución; sería entonces "posmaterialista". Asimismo, si los grupos desfavorecidos se resignaran a serlo, no habría nada que hacer. Ahora bien, sin duda todos tenemos preocupaciones distintas, pero hay pocos elementos para argumentar que los problemas distributivos han dejado de tener importancia. Como ejemplo ilustrativo, mencionemos que el Reporte de 1990 sobre el Desarrollo Mundial elaborado por el Banco Mundial, dedicó a la pobreza un tratamiento más extenso que todos los anteriores reportes. Nadie sensato piensa realmente que los grupos desfavorecidos están a punto de librarse de su sufrimiento premoderno y pasivo (pasividad ocasionalmente interrumpida por rebeliones desesperadas, casi siempre aplastadas fácil y rápidamente). La difusión general de la democracia de masas y los intereses de los media internacionales institucionales por transmitir el sufrimiento y las protestas de masas, vuelven poco probable el regreso hacia el pasado.

Por lo tanto, parece difícil que pierda relevancia, a escala global, la preocupación socialista universal por la disponibilidad de los recursos materiales y por su distribución entre la humanidad. En cambio, se puede argumentar, o considerar, que en un mundo posindustrial y poscolonial, las clásicas soluciones socialistas están mucho más lejanas de los actuales desheredados que de los trabajadores industriales.

Existen dos razones principales obvias por las que el socialismo puede aparecer como un fracaso. La primera es su incapacidad para reemplazar al capitalismo en cualquiera de los países más desarrollados. El relato desarrollista de Engels y Marx en el *Anti-Dühring* no se realizó; y con la llegada del posindustrialismo, la corroboración del carácter privado de las fuerzas productivas y de los mercados, es probable que nunca se realice. La segunda razón del fracaso es la incapacidad de los países que tuvieron una revolución socialista de alcanzar a los países capitalistas desarrollados, desde el punto de vista económico y político (en términos de respeto a los derechos políticos del pueblo). Esos dos fracasos son hechos razonablemente indiscutibles, y tuvieron ciertamente un peso importante sobre la actual crisis del socialismo. Sin duda, algunos se preguntarán qué más tenemos que añadir.

Examinemos un poco más de cerca otros dos argumentos, aunque por falta de tiempo, tendremos que hacerlo brevemente. Si bien el análisis marxista se ha vuelto insuficiente, la historia del socialismo, como una cultura interpretativa y como un conjunto de instituciones durante el capitalismo desarrollado, no puede de nin-

guna manera analizarse simplemente como un fracaso. Muchos de los fenómenos previstos por Marx y Engels hace unos 150 años sucedieron efectivamente: las tendencias a la concentración capitalista, la interrelación global, las crisis económicas cíclicas, la socialización de las fuerzas productivas, el crecimiento de la clase obrera industrial, el desarrollo y la unificación del movimiento obrero. Y esos fenómenos no llegaron a su fin más que hace poco. Por otro lado, fue sólo hacia 1980 cuando culminó otro conjunto de fenómenos en los países industrializados, como el carácter público de la propiedad y del empleo, de los mecanismos de redistribución, la participación de los obreros en las industrias de punta, el carácter determinante de la organización sindical, el voto a favor de los partidos obreros y su situación de fuerza en los gobiernos. Fue también en esos años cuando se presentaron, en los países capitalistas desarrollados, las propuestas más concretas para la socialización de los principales medios de producción: la propuesta de fondos para trabajadores asalariados, presentada en Suecia a mediados de los setenta, y la que elaboró la izquierda socialista unida en Francia, a finales de los setenta y principios de los ochenta, que consistía en realizar una “ruptura con el capitalismo” por medio de un amplio programa de nacionalizaciones. En los países desarrollados de la OCDE, el ingreso encauzado a través de la asistencia y de la seguridad social es actualmente superior al ingreso por propiedades y empresas; las únicas excepciones son Estados Unidos y Alemania, es decir que esta situación prevalece también en la Gran Bretaña de Thatcher y en Japón. El largo reino del socialismo en Noruega y Suecia ha llevado también a una amplia igualación económica. En resumen, podemos afirmar que la actual crisis del socialismo no es consecuencia de una serie de fracasos; más bien, constituye un cambio de perspectivas a partir de un reciente apogeo histórico, marcado por el impacto y la influencia de ese sistema social.

En términos generales, la parte oriental de Europa ha sido siempre la más pobre y menos desarrollada. Cabe preguntarnos si las revoluciones socialistas redujeron o aumentaron esa diferencia. Para Rusia/URSS y para el área en su globalidad, la respuesta aparece con toda evidencia: el socialismo redujo esa distancia con la parte occidental, realizó un proceso de acercamiento. Ciertamente, Europa del Este nunca logró alcanzar a la otra parte del continente. Por otro lado, en algunos indicadores económicos y sociales, el éxito relativo del socialismo en Europa del Este parece culminar a mediados de los sesenta, o un poco después.

Un distinguido historiador occidental, Angus Maddison, afirmó que el crecimiento *per cápita* de la Unión Soviética fue el más rápido de todos los países desarrollados, es decir más rápido aún que el de Japón. El Producto Interno Bruto de Japón creció en un 400 por ciento anualmente, el de la URSS en 440 por ciento. En 1913, el producto *per cápita* del Imperio Ruso representaba aproximadamente la tercera parte del de Gran Bretaña y de los Estados Unidos. En 1965, el Producto Interno de la URSS era el 75 por ciento del británico y la mitad del norteamericano. Un politólogo estadounidense construyó un “índice de desarrollo socioeconómico” basado en el aprovechamiento de la industrialización, las comunicaciones y los recursos matriales, y lo aplicó al periodo de 1871-1973 para todos los países in-

dependientes desde 1863. Por medio de estos cálculos, la URSS ocupa el lugar 24 entre 43 países en 1871, el 27 en 1911, el lugar 35 en 1927, el decimoséptimo lugar en 1953 y el decimosexto en 1963, y de nuevo el decimoséptimo lugar en los años de 1968 y 1973.

La mortalidad infantil es uno de nuestros mejores indicadores del desarrollo a largo plazo. Existen series de datos para largos periodos, y son más confiables que los del crecimiento del producto interno, pues expresan los efectos de un conjunto de factores, como las condiciones de vida, la educación y los servicios de salud. Utilicemos aquí un pequeño resumen del desarrollo de la mortalidad infantil en distintos países europeos, del Este y del Oeste:

CUADRO

Mortalidad infantil en Europa del Este y del Oeste en el periodo de 1913-1988 (por mil)

<i>Países</i>	<i>1913</i>	<i>1939</i>	<i>1947</i>	<i>1965</i>	<i>1988</i>
Bulgaria	133	139	130	31	14
Checoslovaquia	-	98	89	26	13
RDA	(151)	(72)	114	25	8
Hungría	201	121	103	39	16
Polonia	-	140	111	42	16
Rusia/URSS	237	1155	81	27	25
Alemania Federal	(151)	(72)	86	24	8
Grecia	-	118	42	34	12
Irlanda	97	66	68	25	7
Italia	138	97	84	36	10
Portugal	160	120	107	65	14
España	155	135	71	30	9
Suecia	70	40	25	13	6
Austria	190	70	78	28	8

¹ 1928.

Fuentes: B. R. Mitchell, "Estadísticas históricas europeas 1750-1970", p. 127 y siguientes, Banco Mundial, *Reporte sobre el desarrollo mundial 1990*. Oxford, Oxford University Press, 1990, pp. 233 y 244.

El cuadro muestra un rápido proceso de acercamiento de Europa Oriental hasta 1965. Esto coincide con los datos sobre la educación y la salud, así como con indicadores de China, Vietnam y Cuba en relación con otros países del tercer mundo. Esto nos lleva a señalar el relativo subdesarrollo de Checoslovaquia comparada con Austria y de Alemania del Este comparada con Alemania del Oeste en los momentos en que se establecieron los regímenes comunistas. Pero estas series de datos nos muestran también un relativo estancamiento de los países cen-

troeuropeos después de 1965, en contraposición con el rápido desarrollo social que se dió a partir de entonces en el suroeste Europeo.

Los datos mencionados aquí arriba invalidan la tesis acerca de un fracaso general del socialismo; pero no apoyan por sí mismos, de manera definitiva, la hipótesis acerca de una "crisis de éxito". La comprobación de esta hipótesis depende de lo siguiente:

El Occidente logró democratizar las instituciones capitalistas, amortiguar las crisis cíclicas por medio de un amplio sistema de seguridad social, y establecer mecanismos para la redistribución masiva del ingreso. Creó así una sociedad en la que las demandas clásicas del movimiento obrero se vieron realizadas y se llegaron a considerar como obvias. Pero a partir del éxito mismo del desarrollo socioeconómico y de la seguridad social, han surgido nuevas demandas y preocupaciones, que van desde el reclamo de una autonomía individual, hasta el interés por el medio ambiente. El socialismo tiene que responder a esas demandas si quiere sobrevivir. Podemos suponer que sucedió un proceso similar en el Este, después de la realización del programa socioeconómico clásico del socialismo: socialización de los principales medios de producción, empleo total, condiciones adecuadas de trabajo, alimentación básica para toda la población, vivienda barata y en buenas condiciones, acceso general a la educación, atención de la salud y actividades de recreo. El éxito relativo del desarrollo industrial nos ha llevado a una nueva etapa tecnológica y se impone la tarea de sentar las bases para una sociedad posindustrial socialista; los países de Europa del Este no midieron nunca la importancia de esta nueva etapa. Podríamos suponer también que su relativo éxito socioeconómico impidió, a los líderes del comunismo de Europa del Este, considerar las demandas populares por la democracia, y éstas aumentaron naturalmente después de lograr condiciones generales de seguridad, buena alimentación, capacitación y educación.

Sin embargo, estamos entrando ya al campo de las interpretaciones, que pueden ser más o menos plausibles. No disponemos de ninguna prueba para resolver definitivamente el problema. Llegados a este punto, el escritor conciente debería dejar al lector que formulara por sí mismo (o por sí misma) las conclusiones preliminares. Lo que hemos demostrado, con toda evidencia, es que resulta mucho más complicado encontrar los hechos que nos llevaron a la situación actual del socialismo, de lo que nos sugieren los principales medios de comunicación.

4. ¿QUÉ VENDRÁ DESPUÉS DEL SOCIALISMO?

En esta ponencia, nos abstuvimos deliberadamente de formular un veredicto sobre la situación actual del socialismo: si ha muerto, está muriendo, o está sólo superficialmente herido y tiene todavía una larga esperanza de vida. Parece muy difícil, en estos tiempos, formular predicciones sobre el socialismo. Pero supongamos, aunque sólo sea para salvar el argumento, que el socialismo está muerto o a punto de morir. ¿Qué seguirá? Ya hemos visto que las múltiples causas por las que lucharon los socialistas siguen presentes, y también los grupos comprometidos

dos con esas causas. Así, nos parece más probable que se realice una refundamentación de la izquierda basada en sus propias fuentes, como sucedió en algún momento con el socialismo moderno. La nueva izquierda tiene que definir una nueva cultura y tratar de construir nuevas estructuras institucionales para llevar a cabo un programa nuevo. Pero probablemente conservará sus anteriores preocupaciones, es decir, su compromiso universal con las condiciones de vida y las oportunidades vitales de toda la humanidad; y en segundo lugar, en el conflicto entre los intereses de distintos grupos, el compromiso con los desfavorecidos, los pobres, los dominados, los oprimidos y los explotados. Sin duda muchos socialistas reconocen estos temas como el núcleo del humanismo socialista. Dificilmente podría afirmarse que están equivocados.



Las perspectivas del socialismo después de la caída

Robin Blackburn*

Como sabemos, en la última década del siglo XX la ruina del comunismo “marxista-leninista” ha sido suficiente para eliminarse como alternativa al capitalismo y comprometer la gran idea del socialismo.

La debacle del stalinismo ha abrazado la reforma comunista y no ha sido benéfica para el trotskismo, la socialdemocracia u otra corriente socialista. Incluso un socialismo dispuesto a confrontar la historia y a comprometerse con las más penetrantes críticas del proyecto socialista podría suponer la construcción de un nuevo comienzo. Aún existen significativos movimientos comunistas, o movimientos influenciados por la tradición comunista, pero en tanto probablemente éstos sean anticapitalistas, necesitan renovaciones radicales en sus programas y práctica. Hay regímenes sobrevivientes que se autodenominan comunistas o socialistas pero escogen programas reales (como puede decirse de Cuba en los campos de salud pública y educación) o bien disfrutaban algún mandato democrático (como podrían ser los nuevos gobiernos en Rumania o Bulgaria). No hay duda de que éstos requieren también una mayor renovación y reorientación dirigida no sólo hacia la construcción de una genuina cultura democrática y política, sino hacia el descubrimiento de un nuevo y viable modelo económico socialista.

Señalamos ya los males de aquél comunismo mundial, pero no deberíamos olvidar los diferentes, aunque muy serios, males del capitalismo mundial. El capitalismo es como nunca el sistema mundial dominante. Deberíamos estar más atentos que antes de la miseria y el exterminio, la destrucción y negligencia, la división e irresponsables consecuencias vividas bajo el proceso de acumulación capitalista.

En la década de los ochenta los trabajadores del capitalismo fueron asociados con un sucio proceso por medio del cual grandes poblaciones en los países más pobres encontraron su proyecto de desarrollo obstaculizado por sus deudas con los países más ricos. La distribución de la economía y el poder político en muchos de los países capitalistas del tercer mundo resultaron ser compatibles con el esparcimiento de hambrunas y epidemias de enfermedades curables. Los brotes de movimientos populares para modificar este estado de cosas fueron acabados con la implacable destrucción y, con frecuencia, con la acción de los escuadrones de la muerte. Ciertamente no puede haber duda de que la pérdida de vida humana y la extensión de sufrimiento físico en el tercer mundo capitalista en los ochenta excedió grandemente lo experimentado en los países dirigidos por la burocracia comunista —una lúgubre comparación que no justifica la sofocante tiranía ejercida por

* Traducción y subtítulos de Gabriela Contreras Pérez.

estos últimos, pero nos pone en perspectiva. Mientras tanto, los trabajadores del capitalismo en las regiones metropolitanas fueron fundamentalmente marcados por inestabilidad, desempleo masivo, abundante mano de obra, la ascendente crisis del abastecimiento de provisiones que, lo que es peor, provocó una grave y global crisis ecológica. Dado que los Estados comunistas tienen un pobre récord ecológico, sus débiles economías han establecido algunos límites sobre el daño que han hecho. El capitalismo, con sus tiempos y movimientos y su descuidada rapacidad, ha traído a la humanidad a un punto en que sus poderes de intervención en la naturaleza amenazan con la destrucción del hábitat humano en el mundo. La dinámica destructiva y explotadora del capitalismo y su implicación en un orden social y político no libre, propicia movimientos contestatarios. Pero es todavía difícil discernir las entrelíneas de un modelo no-capitalista.

Los movimientos anticapitalistas pueden evaluar observando las manifestaciones de la lógica fragmentaria o destructiva de la organización capitalista. Sin embargo, si ellos ganan suficiente apoyo ¿qué podrían ofrecer al nivel de los gobiernos regionales o nacionales? Y si ellos no están satisfechos con el modelo mundial presidido por el Grupo de los Siete ¿qué podrían desarrollar en su lugar? Respuesta a estas cuestiones emergerán en gran medida, si es que emergen, a través de los impulsos derivados de la experiencia y reflexión de los movimientos anticapitalistas en las zonas históricas de la acumulación capitalista tanto en el primer como el tercer mundo.

Pero la izquierda anticapitalista no tendrá credibilidad a menos que pueda responder por la horrible experiencia del comunismo desde 1917. En algunas formas, este tributo al comunismo, para bien o para mal —desde su impacto en la historia del siglo XX—, ha sido enorme. En realidad los movimientos y organizaciones políticas claman lealtad al “marxismo-leninismo” que, aunque ahora ha fracasado en todos lados, ha sido inferior sólo frente al capitalismo liberal en lo que se refiere a su carácter de protagonista y formador de la era en que vivimos; se ha sostenido frente al fascismo y al colonialismo, y ha sido capaz de subsumir al menos algunos de los intereses del nacionalismo y la religión —otra vez, para bien o para mal. En tanto que el comunismo fue capaz de atraer impresionantes organizadores e intelectuales del primer mundo, que era generalmente menos influenciado que la socialdemocracia, variante del socialismo, en el tercer mundo el comunismo era generalmente más efectivo que la socialdemocracia, y lo mismo puede decirse para los respectivos récords de estas dos corrientes en los movimientos de resistencia de los países ocupados en Europa y Asia durante la segunda guerra mundial.

Algunos, como Ludwig von Mises, sospechoso de simpatizar con el comunismo, o con cualquier clase de socialismo, describió la gran tradición socialista como “el más poderoso movimiento de reforma que la historia jamás ha conocido, la primera tendencia ideológica no limitada a una sección del género humano sino sostenida por gente de todas las razas, naciones, religiones y civilizaciones”.¹ Esto

¹ Mises Von Ludwig, *Planned chaos*, Nueva York, Irving on Hudson, 1974, p. 124.

debe leerse como un tributo al comunismo tanto como a la gran tradición social-demócrata eurocentrista.

Tampoco es deseable o posible pasar la experiencia comunista como algo sin significado para aquellos que construyeron una alternativa al capitalismo. Ni el contenido de la misma reflexión crítica debería simplemente denunciar el evidente daño de la democracia, incluyendo la democracia socialista, que es el distintivo del stalinismo. Si todo lo que estaba faltando en estos regímenes comunistas era democracia, entonces su introducción podría resolver cualquier cosa. Pero, a pesar de la bienvenida a los recientes movimientos democratizadores, probablemente ya sea claro en los Estados comunistas o formas comunistas, que esto está lejos de resolver todos sus problemas y en realidad está lejos de significar un avance más allá tanto del socialismo como del capitalismo. Hubo siempre socialistas y marxistas que denunciaron las prácticas represivas del comunismo y sus posiciones forjaron a muchos que realmente avanzaron entendiendo la experiencia histórica del comunismo y sus implicaciones para el proyecto socialista.

1. EL ALARDE STALINISTA

Es interesante recalcar la primera reacción de Kautsky a la revolución rusa. Así es como después el mismo Kautsky lo resumió:

Si ellos [los bolcheviques] tienen éxito en la realización de sus expectativas y hacen realidad sus promesas, sería una tremenda proeza para ellos y para el pueblo ruso y, ciertamente, para todo el proletariado internacional. Las enseñanzas del marxismo, sin embargo, podrían no mantenerse por mucho tiempo. Podrían ser probadas como falsas pero, por el otro lado, el socialismo podría ganar un espléndido triunfo, el camino a la inmediata remoción de toda la miseria e ignorancia de las masas podría establecerse en Rusia y marcar al resto del mundo. Cuán gratamente podría yo haber creído que esto era posible [...] La más poderosa, mejor fundada teoría debe admitir cuándo es contradicha por los hechos. Sin embargo, éstos deben ser hechos, no meros proyectos o promesas [...] Mi expectativa benevolente no duró mucho. Para mi desazón, vi aún más claro que los bolcheviques malentendieron totalmente su situación, que atacaron irreflexivamente sus problemas, para cuya solución todas las condiciones estaban ausentes. En sus intentos por realizar lo imposible mediante la fuerza bruta, escogieron rutas por las cuales las masas trabajadoras no estaban preparadas económica, intelectual o moralmente, sino por el contrario estaban aún más deprimidas de lo que habían estado por el zarismo y la guerra mundial.²

Kautsky, escribiendo esto en 1931, pudo ciertamente disputar el falso alarde stalinista de estar construyendo el “socialismo en un solo país” en nombre del

² Introducción a *Bolshevism at a deadlock*, 1931, citado en la introducción a Karl Kautsky, *The dictatorship of the proletariat*, Ann Arbor, 1964, pp. viii y ix.

marxismo ortodoxo. En *El manifiesto comunista* y en otros escritos Marx y Engels insistieron que un socialismo genuino sólo podría ser construido sobre las bases ya establecidas por el capitalismo; más tarde observaron que el socialismo podría requerir trastornos sociales en varios de los Estados más desarrollados. De esta clásica convicción marxista derivó que era una completa ilusión procurar “construir el socialismo” en un gran país atrasado o, como iba a intentarse, en una serie de países atrasados. Según esto, Kautsky de ningún modo quiso decir qué debería ser hecho, ni que Rusia debiera simplemente ser entregada a los blancos. Sus amigos mencheviques estaban bastante preparados para formar un gobierno en Georgia, donde tenían apoyo mayoritario, y para promover reformas sociales. Los abusos específicos del partido dictatorial y el denominado comunismo de guerra, y esta tardía sistematización e intensificación bajo Stalin, fueron lo que él atacó. Kautsky estaba en terreno firme arguyendo que Marx había insistido en la primacía de la lucha por la democracia y había subrayado su noción de “dictadura del proletariado” en términos que eran irreconciliables con un cercano partido dictatorial. Kautsky es a veces reprendido por “economicista”, e incluso su crítica de la estrategia bolchevique se centró en implicaciones ominosas para el desarrollo cultural y político de los trabajadores. Advirtió que la organización conspirativa, secreta y jerárquica “probablemente sea vertida por una clase oprimida, necesariamente en ausencia de democracia, pero esto no promoverá el autogobierno y la independencia de las masas. Más bien esto fomentaría la conciencia mesiánica de los dirigentes y sus hábitos dictatoriales.”³

Las llamadas revoluciones socialistas del siglo XX han tenido lugar con antecedentes de guerra, devastación, caída capitalista y cada una ha tenido que luchar en contra del gran peso del atraso socioeconómico así como del cerco militar. En cada proceso revolucionario hay elementos primitivos de democracia, estratos de la población hasta ahora excluidos y suprimidos, afirmando sus intereses elementales, pero en cada caso centralizando el aparato político y militar, mientras da estabilidad y dirección a la revolución, también ha excluido el desarrollo democrático. La palpable amenaza de una sangrienta contrarrevolución ha aparecido con frecuencia para justificar la restricción de la democracia y diversidad dentro del campo revolucionario, como pasó en Rusia con la ruptura de la guerra civil de 1918. Pero significativamente el bolchevismo dio un fatídico paso hacia el stalinismo sólo después de la victoria en la guerra civil. Asediados por la hambruna, muy desmoralizados y creyendo que la contrarrevolución podría fácilmente iniciar la organización, los dirigentes del Estado posrevolucionario respondieron con la prohibición de partidos rivales y decretando la supresión formal de facciones dentro de las decisiones del partido. Sin embargo, no fue sino hasta la severa crisis económica de los últimos años de la década de los veinte que se generalizaron los principios monolíticos y totalitarios de la organización partidaria y la dirigencia sobre la sociedad. Las prácticas y principios del “alto stalinismo” adquirieron mayor prestigio tanto dentro como fuera de las fronteras soviéticas en las consecuen-

³ Kautsky, *Dictatorship of the proletariat*, p. 20.

cias desastrosas de la segunda guerra mundial; paradójicamente, Stalingrado consagró al stalinismo, ya que la victoria soviética fue asistida grandemente por el relajamiento de los tiempos de guerra descrito en el texto de Grossman, *Life and fate*.

De estos días siempre se dijo que la revolución rusa era un "experimento marxista" y que ésta mostraba los perfiles de cualquier política socialista. La reacción de Kautsky, y de otros marxistas considerados adelante, lo muestra con un juicio muy parcial y unilateral. Pero para los marxistas podría ser un equívoco desconocer cualquier responsabilidad de la revolución de octubre y del Estado que se asentó. Es un error porque los dirigentes del Estado soviético desde Lenin hasta Gorbachov han apelado a Marx, para apoyar la organización política de su Estado sobre la base de que eran marxistas, y en el nivel subjetivo, han creído que, en situaciones difíciles e inesperadas, actuaban en fomento de la causa socialista como ellos lo entendieron. Hasta muy recientemente las credenciales políticas de los dirigentes soviéticos fueron aceptadas por el poderoso movimiento internacional. Esto es también equivocado porque el sistema soviético ha aparecido para implementar aspectos básicos del marxismo clásico y del programa socialista, implicando, en algún grado, cualquier política que escoge la propiedad pública tanto como medio y condición popular, que como meta.

El orden económico de la Unión Soviética estaba basado centralmente en el Estado propietario y planificado, mientras una insistente ideología obrerista apuntaba —no siempre mendazmente— a mejoramientos en la esfera de la salud y educación, y en la promoción social de aquellos de extracción proletaria. Que Stalin fuera horrendamente duro y un cínico traductor del marxismo, también es cierto. Pero debemos tomar doctrinas políticas y sistemas de creencias para encontrar no sólo una faceta de su valor (el materialismo histórico debería ser el último en objetar tal método). Por ejemplo, el cristianismo no sólo puede ser juzgado por los hechos de los santos sino debe aceptar también alguna responsabilidad por las acciones de los gobiernos cristianos y más generalmente del impacto de la Europa cristiana en todo el mundo. Decir que el intercambio de esclavos del Atlántico o que el holocausto judío nos revelan la esencia de la cristiandad, sería grotesco. Pero alguna conexión puede encontrarse entre la doctrina cristiana y estos eventos, o de otra forma los cristianos no habrían ayudado a efectuarlos. Tal conexión podría simplemente ser la tradicional representación de paganos y judíos en el cristianismo popular.

Igualmente, el liberalismo occidental no puede ser juzgado sobre las bases de las ideas e intenciones de Adam Smith, Immanuel Kant, Condorcet y Alexis de Tocqueville. La responsabilidad de los Estados liberales por guerra, colonialismo o hambruna podría poner el panorama como podrían caracterizarlo los puntos ciegos del pensamiento liberal. Así, las lagunas del marxismo, errores e inadecuaciones de lo que Marx habría dicho, por ejemplo, el control de la ley, los derechos del individuo, la necesidad de observar y hacer un balance de las estructuras políticas o la abolición de las relaciones mercancía-dinero, no constituyen la esencia del marxismo, como algunos dirían, pero tal vez tengan alguna responsabilidad, directa o indirecta, por las prácticas de lo que se denominaba "socialismo realmente existente".

Kautsky escribió *Dictatorship of proletariat y Bolchevism at a deadlock*, en parte porque él sintió responsabilidad, como maestro de Lenin, por lo que estaba pasando en Rusia. Su crítica no estaba dirigida únicamente a la represión política sino más bien insistía que esa represión era en sí misma el resultado de negarse a comprometer con otras fuerzas y forzar la paz de la socialización económica, primero bajo el “comunismo de guerra” y después en el periodo de la colectivización y el plan de los cinco años. Algunos tal vez no desecharon la crítica de Kautsky con respecto de los socialdemócratas austriacos, quienes estaban más inclinados a seguir sus consejos, fracasaron al prevenir un diferente tipo de desastre —la victoria de la reacción clerical del nazismo. Alternativamente, uno puede problematizar el historial de los amigos mencheviques de Kautsky en Georgia o en Rusia misma y las posiciones que él adoptó en 1916 en la guerra, que sin duda dañaron su figura moral. Pero el punto aquí no es retrospectivo para aprobar la posición de Kautsky —elemento que será considerado adelante— sino para insistir que sus ideas deben ser evaluadas por sus méritos y para contradecir el mito cultivado por Stalin, y aceptado por muchos anticomunistas, de que el Estado soviético era encarnación única y viviente del programa marxista. Kautsky estaba afectado por el hecho de que el leninismo y el stalinismo, lejos de ser la realización de las ideas de Marx, representaron, para una significativa mayoría, un regreso atávico de las prácticas conspirativas de la doctrina jacobina dentro del socialismo, con el que Marx había gastado mucho de su temprana vida política combatiendo.

Entonces, mientras el marxismo no puede tener implicación en el sino de la revolución rusa, tampoco debería ignorarse que muchos de los más notables marxistas del momento —no sólo Kautsky, por supuesto, sino también Rosa Luxemburgo— repudiaron desde el principio la práctica de la dictadura del partido. Si Luxemburgo viviera podría haber desarrollado importantes y precisas observaciones predictivas presentes en sus últimos escritos sobre la revolución rusa. Algunos partidarios del nuevo Estado soviético reconocieron que la revisión del marxismo implicaba también la de la estrategia bolchevique. Antonio Gramsci, simpatizando con los elementos voluntaristas en la revolución de octubre, describió esto como “la revolución en contra de *El capital*”. La historia subsecuente de la Unión Soviética ha sido marcada por las críticas sucesivas de mencheviques, socialdemócratas, austromarxistas, consejo-comunistas, socialistas liberales, opositores de izquierda, opositores de derecha, revisionistas de Europa del Este, marxistas occidentales, la nueva izquierda, eurocomunistas y otros, hasta los más recientes escritores como Rudolf Bahro y Boris Kagarlitsky. Este criticismo y rechazo han seguido diferentes caminos, ambos en la básica línea estratégica de marcha como para particulares crímenes y errores perpetrados durante el camino. La mayoría de estas críticas se han situado exactamente dentro de la tradición marxista. Han apelado a un Marx que amargamente atacó la censura de imprenta y el arbitrario ejercicio del poder estatal, que insistió que la batalla para ganar la democracia debe tener prioridad, y que sostuvo la responsabilidad de los representantes políticos. Los escritos de Marx sobre jacobinismo y bonapartismo fueron animados por la profunda hostilidad a las formaciones políticas que vieron usurpar las fuerzas sociales. Así

como los marxistas del siglo XX han luchado contra los modernos horrores de la guerra total y del totalitarismo, han tenido que desarrollar nuevos conceptos sin desechar el punto de vista del materialismo histórico. Dentro de estos documentos se encuentra una crítica autoreflexión que extiende y desarrolla las ideas de Marx en áreas donde éstas aparecían breves, ambiguas o expuestas al abuso. Volviendo a los ejemplos dados anteriormente sobre las historias de cristianos y liberales, también incluye valientes ejemplos, en algunos casos proféticos, de una minoría de cristianos y liberales en mayor o menor medida opuestos al militarismo o el esclavismo, o a las persecuciones religiosas o raciales. La capacidad de una doctrina para la autocrítica o autocorrección integral es tan importante como el punto de partida ya que posteriormente está, de cualquier forma, expuesta a ser errónea o inadecuada en varias formas.

En fechas recientes también se ha vuelto una moda difamar al marxismo como una utopía y doctrina mesiánica. Por supuesto que el mismo Marx explícitamente rechazó “utopía socialista”, y está ausente en su trabajo la elaboración de programas o propuestas sobre cómo debería trabajar la futura sociedad socialista. En *El manifiesto comunista*, Marx y Engels concluyen con una breve crítica de las doctrinas socialistas prevalecientes arguyendo que estas tenían un carácter ideológico y doctrinario. En tanto con frecuencia se señala que Marx y Engels pagaron un tributo extraordinario al capitalismo, en *El manifiesto* se nota con menos frecuencia que su trabajo sea, de hecho, una polémica en contra de todas las concepciones existentes entonces sobre el socialismo. Marx insistió que el socialismo debía surgir de un real movimiento y no ser elaborado por los pensadores en sus estudios. Marx estaba, en general, mucho más empeñado en proseguir el método materialista en historia de lo que estaba en otras nociones programáticas particulares. Reflejando este impulso, los marxistas que investigan en historia, sociología, estudios culturales y económicos han dado impulso a una variedad de escuelas imbuidas con un espíritu crítico, escéptico y realista. Esto no es para decir que Marx no enunció principios importantes para juzgar si el “movimiento real” era de hecho un movimiento hacia la emancipación humana y la autorrealización. Marx escribió que “la precondition para el desarrollo libre de cada uno es el libre desarrollo de todos”, estipuló que la meta del comunismo era “a cada uno de acuerdo con sus necesidades, de cada uno de acuerdo con sus habilidades”, lo primero desde el *Manifiesto* siendo, yo creo, de su propia acuñación (aunque tiene ecos de Spinoza y Lessing), lo segundo siendo una adaptación del *slogan* socialista francés.

En Marx, y más generalmente en la tradición marxista, hay generalmente tensión en lo que debía ser llamada la hipótesis simplificada y la hipótesis desarrollada. La hipótesis simplificada implica que una vez que el capital mismo ha barrido con los problemas de la corrupción, de ley o de organización política será más fácilmente administrable. Las tesis perentorias de Lenin en *El Estado y la revolución* podrían ser un buen ejemplo aquí. Pero en Marx, y en la tradición más generalmente, hay fuerte convicción de que la fuerza social humana es acumulativa, dialéctica y diversa, y que en la sociedad socialista algunas formas de complejidad podrían removerse pero otras serán añadidas. Entonces, Marx insistió en que an-

tes de que el movimiento de trabajadores estuviera listo para ser (temporalmente) la fuerza dirigente de la sociedad, necesitaba desarrollar partidos, organizaciones sindicales, asociaciones culturales, etcétera. Marx favoreció el apoyo a las huelgas, la extensión del sufragio o temas específicos de legislación tales como la jornada de ocho horas, porque podrían vigorizar la capacidad del movimiento. El marxismo clásico del temprano siglo XX arguyó sobre la reglamentación de la ley (Karl Renner), por un Estado democrático y por la pluralidad en las formas de representación (pese a los desacuerdos, ni Luxemburgo ni Kautsky suscribieron una monolítica o simplista noción de los intereses de la clase trabajadora, mientras con Gramsci las tesis desarrollistas tienen mayor ímpetu). Algunos de los últimos escritos de Lenin, tales como *El izquierdismo...*, también contradicen el acercamiento simplista.

Tan importantes como aquellos son estos, pero sería un error concentrarse solamente en los críticos marxistas. Bertrand Russell, pensador no marxista, publicó una crítica de la revolución rusa en 1920 que paralelamente avanzaba como Kautsky y Luxemburgo. Russell estaba familiarizado con los socialdemócratas alemanes pero también pudo haber estado influenciado por las corrientes liberales y por las corrientes de pensamiento anarquista. El sino contemporáneo del comunismo nos guía a nuevos intereses y tópicos de las tempranas críticas de Marx o del socialismo, tales como las de Bakunin o J. S. Mill. Bakunin rechazó lo que él viera como el socialismo de Estado de Marx. Mientras admiraba *El capital* y citaba aprobatoriamente lo dicho por Marx de que la efectiva emancipación de los trabajadores podría ser llevada a cabo solamente por los trabajadores mismos, se preocupaba de que Marx estuviera también cercano a la concepción de quién era un trabajador y de que la noción de Marx de un Estado revolucionario podría conducir a una simple dirección del “reino de la inteligencia científica, el más arrogante, aristocrático, despótico y desdenoso de todos los regímenes”. El observó:

El Estado es gobierno desde arriba hacia abajo de un inmenso número de gente, muy diferentes desde el punto de vista del grado de su cultura, la naturaleza de los países y localidades en donde ellos habitan, su ocupación y los intereses y aspiraciones que les impulsan —el Estado es el gobierno de todo esto para una u otra minoría; esta minoría aún si fuera electa mil veces por sufragio electoral y controlada en sus actos por las instituciones populares, a menos que éstas fueran dotadas con la omniscencia, omnipresencia y omnipotencia, la cual los teólogos atribuyen a Dios, es imposible que pudiera conocer o prever las necesidades, o satisfacer con igual justicia los más apremiantes intereses en el mundo.⁴

Incluso una lectura cercana de Bakunin revela que su real blanco era Lasalle y su noción de *Volkstaat*. De hecho las críticas de Bakunin incitaron a Marx a producir su propio rechazo del estatismo de los socialdemócratas alemanes en *La crítica del programa de Gotha*, como lo ha señalado Guerin. Bakunin probablemente

⁴ Daniel Guerin, “Marx, the Bismark of socialism”, *Patterns of Anarchy*, Nueva York, 1966, p. 86.

presintió en sus notas sobre el socialismo de Estado, pero sus propios antídotos no eran apropiados y de hecho eran cercanos a aquellos expuestos por la tradición simplista a la que nos referimos anteriormente.

J. S. Mill tenía cauteloso entusiasmo por un socialismo descentralizado, pero también mostró cierta perspicacia cuando advirtió que dejar que el Estado se hiciera cargo de todo en la vida de la sociedad, no sería práctico. Aseguró que la “gran idea de conducir el total de la industria de un país por la dirección de un centro particular es tan obviamente quimérico, que nadie se aventura a proponer un modelo en el cual esto debería ser hecho”⁵ Mill no estaba acotando específicamente las ideas de Marx o los marxistas, y la primera persona para lanzar un esquema de economía planificada sobre las bases nacionales fue, de hecho, Barone, discípulo de Pareto, liberal que se encargó de mostrar las dificultades inesperadas por los seguidores del socialismo.⁶ En consecuencia, las principales corrientes de economistas marxistas no tomaron el reto pero en cambio clamaron por el capital financiero, mismo que estaba refinando técnicas de control económico, que podrían ser heredadas por un gobierno de trabajadores a su debido tiempo.

En este escenario el Estado nación no estaba aún establecido como la instancia única o privilegiada y agente de la propiedad y planificación pública. La existencia de influyentes municipalidades socialistas, cooperativas y organizaciones sindicales se dirigían a una heterogénea, pero confusa, visión de la futura economía socialista.

Con respecto a las principales corrientes del marxismo, la corriente bolchevique de Lenin representó una especie de voluntarismo político. El concepto de Lenin sobre organización esbozado en *¿Qué hacer?* (1903) fue, por supuesto, criticado por su jacobinismo y caudillismo por Luxemburgo y Trotsky así como por Plejánov y los mencheviques. Pero en el contexto de una autocracia incoherente, el culto de Lenin a la organización partidaria y a la disciplina tuvo sentido para muchos militantes. La impropcedente masacre de la primera guerra mundial y su impacto devastador en las vidas de algunos cientos de millones de personas pudiera aparecer para justificar no sólo la toma de poder bolchevique sino también la fiereza con la cual ellos defendieron sus acciones. La guerra civil y la grave crisis de posguerra, como se indicó antes, condujeron a un difícil e intenso sentido del destino que no podría tener oposición. En 1921, el mesianismo bolchevique se acentuaba para justificar la cada vez mayor influencia y el monopolio truculento del poder. En el espacio de unos meses los remanentes del pluralismo en los soviets estaba suprimido, la prohibición de las facciones dentro del partido fue adoptado, Georgia menchevique fue invadida, la revuelta de los marinos de Kronstadt fue suprimida militarmente y los partisanos “verdes” de Mackhno fueron perseguidos. El paso había sido dado por Stalin.

Ciertamente, Lenin no tiene toda la responsabilidad por el marxismo-leninismo, una doctrina desconocida para él. Lenin, aunque no es un pensador sistemáti-

⁵ John Stuart Mill, *On socialismo*, Buffalo, Nueva York, 1976, pp. 134-5.

⁶ Para el artículo de Barone de 1908, ver la lectura en *Socialist economics*, editado por Alec Nove y Mario Nuti, Harmondsworth, 1972, pp.52-74.

co, en alguna forma desarrolló un mayor manejo que Marx sobre la forzosa complejidad tanto de lo político como lo económico. Junto con algunos otros marxistas rusos, sobre todo Bogdanov, Lenin desarrolló un juicio sobre el necesario, aunque parcial, significado de la organización política autónoma. El voluntarismo de sus primeros escritos no estaba entonces exento de una real intuición. No fue sino hasta los últimos años que apreció el gran doble filo que había forjado, ayudando a establecer una fuerza política que pudiera utilizarse para propósitos que él no aprobaba. Sus últimos escritos atacando la autonomía y arrogancia de la nueva burocracia soviética reflejaban este penoso descubrimiento. Pero como han mostrado algunos historiadores marxistas como Isaac Deutscher y Moshe Lewin, estaba apenas comenzando a desarrollar juicios sobre los peligros reales cuando Lenin fue arrollado por el contexto histórico y debilitado por su enfermedad.

Esto no es para decir que Lenin o Trotsky puedan escapar a la carga de haber, ellos mismos, preparado el terreno para Stalin mediante sus prácticas de dictadura del partido, frecuentemente despiadadas. Uno de los peores textos de Lenin del periodo revolucionario, "*How to organize competition*", de 1918, escandaliza con las enfermizas consideraciones y las extremas formulaciones. Por alguna razón Lenin decidió no publicar este texto, pero estaba listo para su publicación en *Pravda*, en 1929, facilitándole a Stalin acudir a las credenciales leninistas para encubrir su penosa ferocidad. En un reciente y cuidadoso ensayo del periodo, *Before stalinism*, Samuel Farber ha mostrado en detalle cuán profética era Rosa Luxemburgo en sus críticas de la práctica bolchevique en su ensayo 1918. Ciertamente Farber muestra que los bolcheviques violaron sus propios designios atacando la autoridad y la legalidad soviética. En los meses de la revolución los órganos del partido usurparon los soviets, coartaron o suprimieron el pluralismo dentro del campo revolucionario, manipularon las elecciones, alentaron la represión en contra de la ley y el desarrollo de un sistema de justicia independiente. Farber detalla y documenta el recuento que nos permite distinguir entre el temprano gobierno bolchevique y el stalinismo, pero se establece claramente entrelanzando los hilos. Si este trabajo tiene una debilidad es que no da suficiente peso al terrible contexto internacional doméstico y a las presiones de la guerra y de la hambruna.

Los intentos hechos por Lenin y por Trotsky para responder a los otros críticos socialistas o para justificar la invasión en la Georgia menchevique pertenecen a sus ejercicios más desafortunados y poco convincentes en polémica, ya que con frecuencia insisten en justificar medidas de represión que no eran necesidades militares y que sí debilitaron la legitimidad de la república soviética. Incluso en sus justificaciones posteriores del ataque original, el poderío bolchevique contenía un contundente refrán. Argumentaban que la revolución bolchevique era una operación de sostén, deteniendo el terrible prospecto de la victoria contrarrevolucionaria en Rusia y alentando una base que pudiera asistir el avance de movimientos que modificara el gobierno de clases de los países avanzados—entre los movimientos laborales o los movimientos de liberación nacional. Ahora sabemos del espantoso costo del stalinismo y el frecuente "ejemplo" negativo del impacto soviético. Sin embargo, no sabemos de las consecuencias sangrientas que habrían aflorado

de una victoria conducida por los guardias blancos y las centurias negras. Mientras los pueblos de la Unión Soviética han actuado bien para sortear los horrendos costos del stalinismo, los sobrevivientes de la Unión Soviética han tenido inmensas, y con frecuencia positivas, implicaciones para aquellas fronteras del exterior soviético. Obviamente, la más inmensa e irremplazable contribución soviética en la derrota del nazismo pero también la real, aunque menos cuantificable, contribución soviética para persuadir a las clases dirigentes del oeste a ceder terreno a los movimientos de liberación anticoloniales y para hacer concesiones a sus propios movimientos laborales domésticos. Aunque otros factores ciertamente están trabajándose, es interesante notar que el bienestar y la previsión social eran con frecuencia más generosos en aquellos Estados europeos que tenían frontera con el bloque soviético y que muchos fueron introducidos al tiempo que el prestigio de la Unión Soviética estaba en su punto más alto, en el temprano periodo de posguerra. En Europa del oeste aún estamos disfrutando lo ganado en 1945 bajo la forma de derechos democráticos y provisiones sociales más generosas de educación y bienestar. Similarmente, el gran arco de descolonización de la posguerra nos dio suficiente para cambiar y suprimir la competencia mediante el hecho de que el oeste debía contender con un rival global. Señalar tales hechos no es justificar las enfermizas represiones de Stalin, ya que las grandes purgas y hambrunas de las cuales él fue responsable, debilitaron más que fortalecer a la Unión Soviética.

En una carta a un corresponsal ruso, Marx escribió que él no intentaba imponer una *marche general* en la historia, estableciendo que cada pueblo debía pasar por la secuencia del feudalismo, capitalismo y socialismo, como está establecido en el *Manifiesto comunista*. Con el colapso de la alternativa comunista puede parecer que el capitalismo ha impuesto, él mismo, una *marche general* que no terminara más en el socialismo. Sin embargo, debería recordarse que la perspectiva del materialismo histórico de Marx concernía principalmente al desarrollo externo de la civilización en el mundo como un todo y no con un desarrollo subordinado dentro de uno u otro Estado-nación, a pesar de la grandeza. Desde este punto de vista tanto el advenimiento de un orden social no capitalista, la república soviética, como su prospectiva actual de desintegración no deberían verse aisladamente, sino más bien como impulsos mayores dentro del gran modelo de políticas económicas mundiales. La victoria bolchevique de 1917-1920, o el rol soviético en la victoria de 1945, no pusieron al socialismo en la agenda en Rusia, pero, en conjunción con los antagonismos internos de las naciones capitalistas e imperios, ayudaron a aproximarse a un nuevo orden global, ambos maltratando y limitando las formas prevalecientes de poder capitalista e imperialista.⁷

Las deformaciones y costosos logros de la Unión Soviética como un poder no capitalista, y las más o menos fieles reproducciones de los rasgos del sistema soviético a través del mundo comunista, dan algún soporte a la idea de que éste representaba un orden político y social enteramente distinto y contrario al capitalismo. Pero esto es ahora más claro que nunca después que este rival cayó un poco de la

⁷ Véase el artículo de Erick Hobsbawn en *Marxism Today*, Octubre, 1990.

dinámica de integración como un pequeño soplo del sistema rival al capitalismo. La Unión Soviética fue siempre un híbrido socioeconómico y con frecuencia fracasó en encontrar un camino para explotar las contradicciones del dominante orden mundial capitalista —su sola esperanza de socavar el dominio y asegurar su propio desarrollo complejo. Pero la óptica soviética tenía estructuras suficientemente sólidas para tener un margen considerable de maniobra frente al ascenso global del capitalismo. La obligación hacia el colectivismo de Stalin y el programa de industrialización fueron manejados hacia una movilización casi militar de cuadros, que en un mundo hostil, vio las “líneas generales” de Stalin como esenciales para la supervivencia en su partido y para el Estado que controlaba. El aparato de partido ocupando y dominando al Estado empleó una combinación de estilo militar planificando desde arriba y movilizándolo a los cuadros abajo para imponer la construcción de una economía dirigida. Pero las presiones del medio capitalista global podrían no ser totalmente evadidas, ni podrían los residuos de una relación capitalista global ser enteramente suprimidos. Tanto Victor Serge como León Trotsky señalaron la “lógica totalitaria” por la cual el stalinismo intensificó la vigilancia, la movilización y la represión en la sociedad soviética para encubrir viejas y nuevas formas de diferenciación social. En evidente contraste con el posterior uso de este concepto, Trotsky vio en las medidas de totalitarismo, tanto del fascismo como del stalinismo, una extraordinaria e insostenible forma política que sólo podría ganar ascendencia temporal a causa de la profunda desorganización social y la crisis.⁸

El análisis de Trotsky implicaba que los dictadores totalitarios estaban muy lejos de ser lo poderoso que parecían y que estaban destinados a estar en un terreno entre, por un lado, la suprema dirección de las naciones capitalistas, y por otro, la resistencia popular que sus gobiernos inevitablemente engendraban.

Kautsky estaba también impresionado por los llamados de Stalin a tener inaugurado un nuevo y superior orden económico y político. En su injustamente descuidada, si acaso parcial, crítica de las formas económicas soviéticas en los veinte y treinta, Kautsky señaló que éstas carecían del requisito de base social y de capacidad para una verdadera socialización y para un crecimiento económico diversificado.⁹ Kautsky arguyó que simplemente estaba más allá de la competencia de la burocracia el administrar una compleja economía moderna, y que en lugar de esto podría fomentar sólo el tipo de desarrollo que corresponde con sus intereses más cercanos y capacidades. Kautsky mismo consideró que el Estado soviético tenía una relación esencialmente burocrática-capitalista hacia el campesinado, e incipientemente, hacia todos los productores directos. Los derechos democráticos y el control eran requeridos para asegurar la calidad de la base industrial y para asegurar una colaboración armoniosa entre los campesinos y el proletariado, tra-

⁸ Véase *In defense of marxism*, Nueva York, 1940, p. 8.

⁹ Los elementos de la vía de Kautsky están ya presentes en *The dictatorship of proletariat*, publicado por primera vez en 1918; éstos son más desarrollados en *Bolshevism at a deadlock*, publicado en 1930 y, con una nueva introducción, en 1931. Para una iluminadora discusión de la crítica de Kautsky véase el libro de Massimo Salvadori, *Karl Kautsky*, Londres, 1979, especialmente pp. 301-12.

bajadores intelectuales y trabajadores manuales. Se avocó no sólo a la “revolución democrática”, sino también a la ruta de un desarrollo económico que daba asistencia a pequeños propietarios en la medida en que esto fomentara formas voluntarias de cooperación y podría obligar al sector público a probar su superioridad en competencia con un persistente sector privado.

A despecho de todos los reclamos hechos por el primer Plan Quinquenal, Stalin mismo reconoció los límites de su propio modelo administrativo mediante la retención de elementos de una economía dinero-mercancía que estaba asociada con el capitalismo. En realidad ahora puede observarse que en la mayor parte de los regímenes de estilo soviético tales instituciones tenían un papel central: el dinero ha sido el principal medio de intercambio y el salario la recompensa esencial del trabajo, la insignificante producción común en el sector agrícola, el intercambio con el extranjero significativo para importantes ramas, etcétera. De acuerdo a tipos particulares de ortodoxia marxista, ya sea el simple utopismo o el voluntarismo burocrático, estos mecanismos económicos han sido identificados como elementos del capitalismo (aunque cada uno de ellos en realidad ha precedido por mucho al surgimiento del capitalismo). Los Estados comunistas con frecuencia han sido impulsados por estrategias de autarquía nacional, ésta ha conducido usualmente a la estancación y ha incrementado la represión —al final éstas significaron, usualmente, el abandono de tal autarquía mediante flamantes concesiones al capitalismo, como en China en los años setenta.

Stalin algunas veces recomendó, en la práctica, tales modelos de desarrollo, especialmente después de 1945 en el contexto del impulsado (pero lento) “campo socialista”. Pero la investigación del desarrollo soviético muestra que éste estaba en lo más álgido en las décadas de los treinta y cuarenta, cuando hubo intercambios extensivos con el Oeste. Es un hecho extraordinario el que en los años treinta más de la mitad de las exportaciones de maquinaria de la Gran Bretaña y de Estados Unidos fuera destinada a la Unión Soviética. En algunas ramas, éstas eran cercanas al 90 por ciento. La importación masiva de la tecnología occidental en los treinta y cuarenta fue lo que sentó las bases para el crecimiento soviético hacia el final de los años cincuenta. No deberíamos olvidar que las políticas occidentales de guerra fría, desde los organismos que controlan la transferencia tecnológica a los países socialistas (COCOM), hasta otras formas de bloqueo económico y militar, fueron exitosamente diseñadas para quitarle a la Unión Soviética la tecnología occidental y también forzaron a los planificadores soviéticos a desperdiciar fuertes recursos en gasto militar. En los treinta y cuarenta Stalin fue capaz de explotar las contradicciones dentro del sistema del mundo capitalista, porque tomaron la forma de choque entre los más poderosos Estados capitalistas. En el periodo 1945-62 el mundo capitalista se unificó políticamente y entonces aportó poca apertura a la diplomacia soviética. Un acercamiento alternativo podría haber sido buscar aliados potenciales dentro de los dirigentes capitalistas a la sombra de los movimientos laborales y sociales. Pero los recursos represivos de Stalin y el aislamiento político hicieron imposible esto dentro de la Unión Soviética y prosiguieron esta

línea sin ningún éxito. La insistencia soviética de que el Plan Marshall debía ser rechazado por la nueva "Democracia Popular", delató la crítica falta de confianza.

En tanto se dispone de más datos confiables, será posible analizar las consecuencias de la política represiva de Stalin —ya sea en la colectivización forzosa o el sistema *gulag*— para la "acumulación primitiva soviética." Es muy posible que la hoja de balance probará las deficiencias en términos humanos tanto como aquellas puramente económicas. Aunque por un tiempo el mayor excedente era apropiado del campesinado, la producción de la agricultura estaba permanentemente dañada. Es verdad que las viles condiciones del sistema *gulag* construyó estaciones de poder y vías ferroviarias en condiciones que los trabajadores libres no hubieran tolerado, pero estos proyectos eran pobremente planeados, y ejecutados en una forma extremadamente desperdiciadora de los valores materiales y de las máquinas tanto como de las vidas. Los aparatos represivos tenían un crecimiento costoso y parasitario. Incluso en las minas de oro de Kolyma parece que el trabajo libre es más productivo ahora que el trabajo forzoso del pasado. Aparte de cualquier cosa, la creciente propensión de los trabajadores a la revuelta, como en Vorkuta en 1949, se volvió disruptiva. Cuando millones fueron liberados de los *gulag* en los cincuenta en parte era por la presión social pero también en parte porque el trabajo forzoso estaba mostrando ser engorroso, caro e ineficiente.

2. PLANIFICACIÓN Y ECONOMÍA

¿Pero, había una alternativa? Como un oponente del "socialismo en un solo país" Trotsky intentó mostrar que ésta existía. Algunas de sus mejores ideas en esta área son también las menos conocidas. Entonces en 1928 Trotsky propuso un plan para llevar a cabo un doble objetivo: primeramente, ayudar a la Unión Soviética a romper con el aislamiento económico y, segundo, para promover la causa de los movimientos obreros de Europa del Este. Propuso que el gobierno soviético debería invitar a los socialdemócratas de Europa Central a sumarse, ideando e implementando el Plan Quinquenal. Señaló que la Unión Soviética necesitaba desesperadamente comprar maquinaria. También señaló al creciente azote del desempleo en el resto de Europa. En tal situación el acercamiento internacionalista —o como Marx lo habría establecido "cosmopolita"— podría delinear un programa de avance social y económico entre el gobierno soviético y algunos otros gobiernos europeos que pudieran estar deseosos de unirse —tales como Austria, Alemania e Inglaterra—, por ejemplo, donde los partidos de trabajadores estaban en el gobierno o podrían ayudar a formar un gobierno. Trotsky vio esta propuesta como la contraparte económica a las estrategias fundamentales del frente único de trabajadores. El no temió que la colaboración económica en el plan entre el gobierno soviético y los gobiernos socialdemócratas pudiera "contaminar" la racionalidad de la economía transicional por la admisión de elementos capitalistas, ya que la economía soviética inevitablemente tenía que incorporar elementos capitalistas, siendo la única opción, ya fuera que estos derivaran de formas avanzadas o retardarias del capitalismo. Aunque Trotsky favoreció la planificación, no la vio co-

mo un proceso social comprensivo o autosuficiente. En *La revolución traicionada* (1937) reconoció que la industria pesada avanzaba rápidamente, pero arguyó que muchos de los logros alardeados por el Plan Quinquenal eran ilusorios. Señaló los persistentes daños ocasionados por la colectivización forzosa y la acentuación de la pobre calidad de la mayoría de lo que era producido por la industria. En varios puntos, su crítica económica repercutió en el análisis del opositor izquierdista Christian Rakovsky. De acuerdo con Rakovsky el sistema económico soviético era de hecho caracterizado por un sólido avance en sus objetivos elegidos y no incluía una intrincada coordinación. También argumentó que el control de calidad estaba ausente casi por completo: “no estamos tratando con defectos individuales sino con la producción sistemática de productos defectuosos.”¹⁰

En *La revolución traicionada* Trotsky atacó lo que describiera como las desilusiones del “totalitarismo” stalinista. Casi al mismo tiempo escribió que la sociedad soviética no estaba —no podría ninguna sociedad ser— estructurada como un “gran cerebro”, controlado desde algún centro conocedor de todo. Así es como él desarrolló este punto en noviembre de 1932:

Si existiera un cerebro universal, registrando simultáneamente todo el procedimiento de la naturaleza en la sociedad, midiendo sus dinámicas, pronosticando los resultados de sus interacciones, entonces tal cerebro podría indudablemente confeccionar un plan estatal sin error y completo. Es verdad que la burocracia algunas veces considera que tiene tal cerebro. Es por ello que es tan fácil liberarse de la supervisión del mercado y de la democracia soviética. Los innumerables participantes vivos en la economía, las condiciones colectivas y privadas, deben hacer conocer sus necesidades y su relativa intensidad no sólo a través de compilaciones estadísticas o de comisiones planificadoras, sino directamente por la presión de la oferta y la demanda. El plan está comprobado y para una gran parte realizado a través del mercado. La regulación del mercado debe basarse en las tendencias mostradas por sí misma en éste. Los planes hechos en oficinas deben probar su racionalidad económica a través de las cuentas comerciales. La economía del periodo de transición es impensable sin el control del rublo.¹¹

Desde el punto de vista de Trotsky el renacimiento de la democracia soviética podría utilizar el mercado para comprobar la adecuación y racionalidad de la planificación ya que, como explicó, “la contabilidad económica es impensable sin las relaciones de mercado”.¹² Por otro lado, la economía soviética debía abrazar “las regulaciones vividas por las masas de la estructura de la economía.”¹³

10 “The five year plan in crisis”, *Bulletin of the Opposition*, núm. 25/6, 1931. Este artículo fue publicado en una traducción al inglés en *Critique*, núm. 13, 1981.

11 “The soviet economy in danger”, *Bulletin of the Opposition*, núm. 31, 1932, disponible en inglés en *Writings of Leon Trotsky, 1932-3*, Nueva York, 1973, pp. 258-84. Para una interesante discusión de este texto, ver Alec Nove, *Socialism, economics and development*, Londres, 1987, pp. 97-8.

12 *Writings*, 1932-3, p. 276.

13 *Ibid.*, p. 273.

La defensa de Bujarin sobre el uso del mercado y la necesidad para una alianza de largo plazo con los pequeños productores es bien conocida. Pero como Alec Nove señala, Trotsky y la Oposición de Izquierda también opusieron las desilusiones del sistema de comando administrativo. Ya en 1922 Trotsky había señalado en el Cuarto Congreso de la Comintern que:

...en el curso de la época transitoria cada empresa y cada conjunto de empresas debían, en mayor o menor medida, establecerse independientemente en el mercado y probarse a través del mercado.

Es necesario para cada Estado poseer fábricas con su propio director técnico y tener opción no sólo de controlar desde arriba –por órganos estatales– sino también desde abajo, a través del mercado, el cual establecerá las regulaciones de la economía estatal por un largo tiempo.”¹⁴

Hacia 1933, Trotsky argumentaba que el rol del dinero y la circulación de mercancías podría crecer en tanto la economía soviética fuera más avanzada: “Los métodos de cuentas monetarias y económicas desarrollados bajo el capitalismo no son rechazados sino socializados”, escribió.¹⁵ Es verdad que en un futuro medianamente remoto, más allá de la economía de transición, el dinero y los mercados podrían dejar de ser instrumentos necesarios de la planificación social, o podrían ser subsumidos dentro de algún mecanismo económico nuevo, pero en cambio, Trotsky no indicó cómo podría trabajar la racionalidad económica, aparte de insistir que ésta tendría que operar en un nivel global.

La construcción de una economía socialista tenía que ser continuamente orientada a las fuerzas avanzadas de la economía mundial, de ahí la defensa de Trotsky de unir la planificación con los gobiernos socialdemócratas de Europa Central y Occidental. Por un lado, esa propuesta permitiría el desarrollo soviético e impulsaría la tecnología superior del Occidente, por otro, permitiría que los movimientos laborales occidentales impulsaran objetivos prácticos y transitorios para enfrentar los problemas del desempleo masivo.

Stalin nunca adoptó la propuesta de Trotsky, pero promovió la colaboración económica con países avanzados en los años treinta y en los años de guerra. El cruel y costoso “éxito” del periodo stalinista derivó en parte de este hecho, en parte por la simplificación de las faenas económicas durante la temprana fase de la industrialización y la guerra, y en parte por los sacrificios que el PCUS era aún capaz de demandar a sus cuadros, miembros y partidarios. La necesidad de enfrentar las amenazas de la intervención extranjera y de realizar la promesa de un futuro feliz fueron suficientes para persuadir incluso a hombres como Andrei Sajarov de dar lo mejor de sí y llorar cuando Stalin murió. Pero la relevancia de todos estos factores disminuyeron con el paso del tiempo. La posterior guerra fría impuso un creciente acordonamiento del bloqueo tecnológico y contribuyó a la incipiente

¹⁴ Op. Cit., p. 89, donde se encontrará una útil discusión sobre las vías de desarrollo planteadas por Trotsky sobre estas cuestiones.

¹⁵ Op. Cit., p. 98.

estancación. Las tareas de coordinación económica devinieron más complejas en tanto la industrialización avanzaba y el “campo socialista” crecía. El acceso a la tecnología occidental cesaba. La COCOM probó ser más fuerte que la comunidad económica de los países del Este. La motivación ideológica de los cuadros y activistas fue oscurecida por repetidas frustraciones y decepciones. Brotaron la corrupción y el cinismo.

El fin del acceso a la tecnología occidental era entonces el único rasgo de la disminución en el crecimiento soviético. Y además, la pregunta que debe plantearse es ¿por qué la Unión Soviética, una vez alcanzado cierto nivel, no generó su propia tecnología? ¿Y por qué se ha hecho con frecuencia tan mal uso aún de la tecnología que han sido capaces de importar, como las avanzadas computadoras proporcionadas durante muchos años a las empresas soviéticas en los tempranos años setenta? En respuesta a estas preguntas valdrá la pena considerar brevemente el problema básico de las cuentas económicas en una economía planificada o colectivista.

Los años veinte, treinta y cuarenta presenciaron un debate sobre las “cuentas socialistas” entre miembros dirigentes de la escuela austriaca, Ludwig von Mises y Friedrich von Hayek, así como los economistas socialistas Oscar Lange y H. D. Dickenson, quienes plantearon con agudeza la cuestión de los criterios que deberían regir la selección de recursos para una multiplicidad de vías una vez que los mecanismos de mercado hubieran sido suprimidos. De hecho Mises sostenía en sus primeras contribuciones, en 1920 y 1922, que los cálculos serían imposibles en una economía planificada porque no estarían numéricamente disponibles para evaluar las alternativas de uso del trabajo y de los recursos. Creyó que los cálculos en términos de tiempo de trabajo, no producirían resultados racionales porque a falta de un mercado no habría forma de llegar a modelos complejos de demanda para bienes finales e intermedios; ni aún si ello pudiera hacerse encontrando una fórmula para atribuir diferentes valores a diferentes tipos de trabajo. De la misma manera, estaba poco influenciado por la posición de Otto Neurath de que sería posible elaborar una economía ecológica basada en la coordinación de lo físico y lo natural, tal como la cantidad del carbón requerido para la fundición del acero. Una vez más tal método no podría evaluar la demanda final (en toda su complejidad).¹⁶

En tanto la crítica original de Mises parecía implicar que una economía planificada podría trabajar arduamente para estancarse, posteriormente desarrolló el argumento de que las soluciones de tercer grado, o soluciones contrarias con las metas postuladas por los socialistas, podrían conseguirse. Por ejemplo, los planificadores podrían utilizar precios derivados del mundo capitalista o del pasado capitalista haciendo cálculos. Asimismo, la existencia de dinero, tarifas y un mercado restringido para bienes de consumo permitirían una ambigua semblanza de la racionalidad económica. Si los trabajadores tenían permitido establecer empresas

¹⁶ Los argumentos de Mises fueron desarrollados y resumidos en su contribución a *Collectivist economic planning*, editado por F. von Hayek, Londres, 1935; más de sus ensayos de 1929 podrán encontrarse en *Socialist economics*, editado por Alec Nove y Mario Nuti, Harmondsworth, 1972.

en las cuales ellos trabajaran, entonces una especie de “capitalismo sindical” podría desarrollarse. Mises también desarrolla el punto de que una economía planificada, carente de criterios generales, podría necesariamente fomentar intereses especiales de carácter “naturalmente” espurio, tales como los basados en las categorías nacionales o étnicas. Y, por supuesto, el gobierno podría simplemente usurpar las funciones de los consumidores y propietarios sólo si estuviera preparado para imponer soluciones autoritarias. Incluso algunos gobiernos podrían comportarse de esta manera porque sus programas serían un compendio de arbitrariedades y simplificación de las necesidades sociales, las cuales, aun suponiendo que esto tenga sentido en algún momento, podrían aprovecharse en circunstancias siempre cambiantes. Von Mises argumentó que el capitalismo tuvo en cuenta una más amplia participación externa en la decisión de la producción que la permitida por el culto del nacionalismo y la planificación:

La marca distintiva del socialismo es indivisible y la única de todas las directrices de las actividades de producción dentro de todo el sistema social. Cuando los socialistas declaran que “orden” y “organización” serán sustituidas por la “anarquía” de la producción, la acción conciente por la discutida falta de seguridad en la planificación del capitalismo, la verdadera cooperación por la competencia, la producción por el uso de producción para aprovechar, lo que siempre tienen en mente es la sustitución de un poder exclusivo y monopolista de sólo *una* empresa para la infinita multitud de planes de consumidores individuales y aquellos que esperan atender a los deseos de los consumidores, los empresarios y capitalistas.

Von Mises rechazó la crítica de que el mercado era un mecanismo social que actuaba tras las espaldas de los agentes activos internos, mientras la planificación expresaba un control social conciente:

La verdad es que la alternativa no está entre un mecanismo muerto o un rígido automatismo por un lado y la conciente planificación, por el otro. La pregunta es, ¿la planificación de quién? Debería cada miembro de la sociedad planificar para sí mismo o ¿debería un gobierno benévolo planificar para todos? El punto no es *automatismo contra acción conciente; es la acción autónoma de cada individuo contra la acción exclusiva de los gobiernos.*¹⁷

La izquierda escogió durante largo tiempo ignorar esta crítica, señalando la palpable evidencia de la caída del capitalismo y el aparente éxito soviético, en los años treinta. Sin embargo, unos cuantos economistas socialistas vieron que había un significativo problema que debía ser resuelto. Quienes respondieron directamente a la crítica austriaca concedieron que la planificación, aun llevada por los gobiernos más democráticos, podría carecer de criterios económicos convenientes. Para prevenir la recaída en soluciones crudas y autoritarias propusieron que

¹⁷ A este respecto ver L. von Mises, *Human action*, Chicago, 1947, pp. 60-71 y ss., basado en un primer trabajo publicado en Suiza en 1943.

las autoridades de la planificación soviética desarrollaran un mercado simulado, con un sistema de precios en espectro el cual podría ser utilizado para comparar diferentes vías de desarrollo. Aún más, en la vía de Oscar Lange y H. D. Dickenson, los planificadores serían capaces de emplear los inventarios de los precios del pasado y entonces utilizar la prueba y el error para refinarlos y mejorarlos.

Hayek intentó responder a estos nuevos modelos socialistas para llevar más lejos la crítica austriaca. En una serie de ensayos entre 1935 y 1945, (incluida toda en *Individualism and economic order*, Londres, 1948) argumentó que Lange y Dickenson habían excluido el indispensable rol del empresariado en el acaparamiento de oportunidades, “creando” relaciones de precios que no están dadas simplemente. Su idea de un banco central socialista anticipando pagos a empresarios no registraba que las autoridades bancarias podrían carecer específicamente de normas (preceptos) para respaldar un proyecto mejor que otro; las ofertas de empresas para pagos (anticipos) podrían prometer reembolsos irreales sin temor a las consecuencias. Con el ensayo “The uses of knowledge in society”, publicado en *The American Economic Review* (1945), Hayek puso atención en el irreparablemente fragmentado y disperso carácter del conocimiento económico. El real potencial económico de un recurso o mercancía dependía exactamente de cuándo y dónde éste estaba disponible. Mientras una miríada de propietarios podría ser capaz de establecer nuevas posibilidades y relaciones y respaldar sus corazonadas a su propio costo, los planificadores, por su parte, no podrían conocer toda esta información dispersa y diferenciada.

Los argumentos de Hayek cotejaban extrañamente con algunos de los puntos referidos anteriormente por Trotsky. Ambos autores señalan la falacia de “una mente singular” dirigiendo una economía; Hayek mismo acota a Trotsky en sus argumentos en *El uso del conocimiento en la sociedad*. Y si sus críticas a Lange y Dickenson prosperaran sembrando fuertes dudas respecto a la efectividad del mercado simulado, esto también refuerza el caso en contra de los convencidos de la planificación desarrollada por Mises. Hayek responde con el argumento de que tan pronto las preferencias de los consumidores son establecidas, habrá necesidad de una apropiación de los bienes de los productores, con estas observaciones:

Es evidente, sin embargo, que los valores de los factores de la producción no dependen solamente de la evaluación de los bienes de consumo sino también de las condiciones de abastecimiento de los diferentes factores de la producción. Sólo una mente que conociera simultáneamente todos estos factores, podría necesariamente dar curso a las preguntas en relación con hechos dados. El problema práctico, sin embargo, surge precisamente porque estos factores no son proporcionados nunca a una mente singular, y porque, en consecuencia, es necesario que en la solución de los problemas conocidos debería utilizarse lo que está disperso entre mucha gente.¹⁸

¹⁸ *American Economic Review*, septiembre 1945, p. 530.

El “debate de cálculo” fue acariciado en los cuarenta sin alcanzar solución. Mientras Lange debatía con Hayek los defensores de un acercamiento más intervencionista —Maurice Dobb y, de forma diferente, Joan Robinson— se ubicaron no directamente con los austriacos sino con las propuestas de Lange y Dickenson. Desde una perspectiva no-marxista dispuesta favorablemente a la planificación, Joseph Schumpeter argumentó que Hayek y Mises habían errado al sostener su caso en su influyente trabajo *Capitalism, socialism and democracy*.¹⁹ El lado socialista del debate argumentaba que un mercado capitalista podría conducir hacia el desempleo masivo. Señaló que la amplia planificación del desarrollo económico significaba que podrían emprenderse proyectos de gran escala, que nunca habrían parecido justificados de acuerdo al atomizado cálculo de actores del mercado. En tanto Dobb no se refirió a Hayek, los posteriores recuentos del conocimiento de los propietarios muestran que había desarrollado su propia posición a través del encuentro con los economistas socialistas.²⁰

Hayek puso menos atención a la crítica de Otto Neurath, probablemente porque era un filósofo más que un economista. Más tarde observó que el mercado reflejaba los intereses y necesidades de aquellos que vivían ahora pero no de las futuras generaciones; los recursos económicos podrían entonces ser explotados en un corto plazo y de una forma irrenovable.²¹

Las fuerzas sindicales dentro del socialismo eran particularmente débiles en los cuarenta y la creencia en los grandes batallones particularmente fuerte. Tanto como se, nadie señaló que los argumentos de Hayek sobre la naturaleza dispersa del conocimiento podrían ser empleados también por los defensores de la autoadministración social y laboral contra un reducido empresariado capitalista.²² En elaboraciones posteriores de la posición austriaca es notable tanto que ésta ha permanecido vulnerable a los argumentos de la ecología como que incluso Hayek mismo ha sentido que las disciplinas típicas del mercado capitalista estarán siempre en competencia con el popular “sentido común”.²³

¹⁹ El ensayo de Hayek de 1945, estaba dirigido tanto a Schumpeter como a los marxistas.

²⁰ Véanse los textos de Dobb y Robinson, y los posteriores escritos de Lange en 1967, reimprimos en *Socialist economics*, editado por Alec Nove y Mario Nuti, Harmondsworth, 1972. El que Hayek haya desarrollado nuevas ideas en el debate con los socialistas es argumentado por Israel Kirzner en Miller *et al*, *Capitalism*, Nueva York, 1990.

²¹ Ver la interesante discusión de Neurath en Juan Martínez-Alier en *Capitalism, nature and society*, núm. 2, Summer, 1989. Neurath había sido el consejero económico en el soviet de Munich. Su pensamiento ecológico probablemente haya tenido algún impacto sobre la escuela de Frankfurt —el Gruenberg Archiv discutió esto en 1926— aunque estaba solo era por supuesto, un prominente miembro del círculo de Viena de los positivistas lógicos y, después, filósofos analíticos.

²² Aunque los argumentos del conocimiento disperso no podrían, por supuesto, justificar un populismo indiscriminado e incoherente ya que espacios convenientes deberían ser dados a las innovaciones sociales y económicas, sobre lo cual se trata más adelante.

²³ Véanse ambos trabajos de 1947 presentados en el primer encuentro de Montpelerin Society, reimpresa en *Individualismo and economic order* y el trabajo posterior *Knowledge, evolution and society*, Londres, 1983, donde lamenta que la naturaleza humana sea inherentemente socialista y que el mercado sea una invención humana altamente sofisticada, cuyos caminos son difíciles de aprender y de pedirle un comportamiento contrario al sentido común. Respecto a los argumentos de Hayek, so-

La crítica austriaca era la más sencilla de desechar ya que esta era rechazada por los principales economistas neoclásicos y keynesianos así como por muchos socialistas. Las recomendaciones de políticas específicas en los tempranos años treinta han sido desastrosamente erróneas.²⁴

Los economistas de izquierda de este periodo eran propensos a ser muy influenciados tanto por el poder de los grandes negocios como por los grandes gobiernos. La confianza de los austriacos en el mercado parecía oscurecer las vías en las cuales el monopolio y el oligopolio desfiguraban y distorsionaban el mercado. Un recuento más satisfactorio de las dinámicas de la competencia capitalista podría, es cierto, encontrarse en los escritos marxistas pero sólo en debates acerca del pasado. Entonces, Maurice Dobb en *Studies in the development of capitalism* (1944) y en el subsecuente "debate de transición" esbozado en los trabajos de Marx para iluminar las vías en las cuales la organización productiva desde abajo, trabajando a través de los mecanismos de monopolios de competencia no mercantiles, habían sido los modelos realmente revolucionarios para el capitalismo industrial. Aunque Dobb insistió en los tempranos éxitos de la planificación soviética, observaría más tarde que tal planificación iba a enfrentar problemas muy diferentes con las consecuencias de la reconstrucción de posguerra. Señaló que el Segundo Plan Quinquenal había mencionado sólo cerca de 300 productos específicos mientras que el de 1960 había tratado con 15 mil diferentes productos, producidos por 200 mil empresas, con todas las firmas, sugiriendo que la complejidad estaba aumentando a una tasa exponencial.²⁵

Tanto los críticos capitalistas como socialistas de la planificación central de Stalin habían sido casi devastadores en sus argumentos. Si la racionalidad estaba tan totalmente ausente, si la calidad y la coordinación eran tan malas, ¿en realidad cómo pudo la población de la Unión Soviética alimentarse y cómo fue que los egresos soviéticos crecieron tan rápido? Los austriacos y los opositores de izquierda podían argumentar en sus formas respectivas que los métodos políticos totalitarios podían ser usados para movilizar a la sociedad en función de unos cuantos objetivos. También podían cuestionar la validez de las estadísticas soviéticas, como Rakovsky y Trotsky hicieron al señalar el problema de la calidad e inconveniencias, enfatizando el terrible costo de los avances soviéticos. Escribiendo en esta misma tradición David Rousset publicó uno de los primeros estudios del uso de la fuerza de trabajo en gran escala en la Unión Soviética, en 1945. Pero la Unión

bre el malestar ecológico y sus ensayos ecológicos de los "efectos inmediatos", ver *The constitution of liberty*, pp. 367-75.

²⁴ Ver *Prices and production*, Londres, 1931, con su ataque sobre "las bien intencionadas pero peligrosas propuestas de combatir la depresión con 'un poquito de inflación'", en *Prices and production*, 2a. ed., p. 125, sin embargo, nótese que uno de los más prominentes pensadores de izquierda en estos tiempos, John Stracey, compartía la propuesta de Hayek acerca de que el keynesianismo podría generar inflación incontrolable. Véase John Stracey, *The coming struggle for power*, en donde la crítica de Hayek a Keynes es al menos parcialmente endosada.

²⁵ Maurice Dobb, *Soviet economic planning since 1917*, Londres, 1966, p. 373. Dobb está, en parte, registrando los argumentos de los defensores soviéticos de la autonomía empresarial y de las reformas del mercado.

Soviética de los días de Jrushov, con su *Sputnik* y la desestalinización oficial, parecía económicamente más exitosa y dirigida hacia un orden más humano. Hacia los últimos años de los cincuenta, hasta Hayek parecía matizar ligeramente, pero no abandonar, su argumento:

El conspicuo éxito que los rusos han logrado en ciertos campos y el cual es causa del renovado interés en la deliberada organización del esfuerzo científico, no debería habernos sorprendido ni debería darnos motivo para alterar nuestra opinión acerca de la importancia de la libertad. No puede ser discutido el que alguna meta, o cualquier limitado número de objetivos, ya realizados, sean factibles de ser alcanzados pronto si se les da prioridad para la disposición central de todos los recursos.²⁶

A pesar de lo acucioso de la crítica teórica desarrollada por Mises y Hayek, no la prosiguieron mediante investigaciones empíricas sobre los trabajadores de la economía soviética ni la continuaron para considerar otros modelos económicos socialistas, más allá de la planificación y del mercado simulado. Las investigaciones y argumentos teóricos de Alec Nove posibilitaron un nuevo giro en el debate acerca de las economías socialistas en los años ochenta y noventa, aceptando la eficacia del mercado pero disputando el que los mercados pudieran trabajar solamente sobre las bases de la prosperidad privada.²⁷ El trabajo de Alec Nove ha dado origen a un nuevo debate sobre las economías socialistas que en diversos particulares va tras las posiciones apostadas en los años treinta y cuarenta. En tanto es todavía muy temprano para concluir esto, o para esbozar conclusiones sobre la crisis de los Estados comunistas en los ochenta, deberían hacerse algunas observaciones provisionales y tentativas sobre los más recientes acontecimientos.

3. PLANIFICACIÓN Y SOCIALIZACIÓN

En las últimas décadas hemos visto que el capitalismo, a pesar de sus propios problemas e injusticias, probó mayor productividad, superior a las economías de tipo soviético. ¿Cuáles son los obstáculos y trabas específicas desarrolladas por estas economías?

La feroz negación de la democracia socialista debe ciertamente contar como un factor que inhibió la innovación y el desarrollo creativo de los trabajos colectivos, especialmente en la era de la información tecnológica. El stalinismo inhibió el libre intercambio entre obreros calificados e investigadores científicos el cual define frecuentemente las fronteras del desarrollo tecnológico, pero lo peor fue llegar a la imposición terrorista de las fantasías tecnológicas de pseudo científicos como Lysenko.

Pero este argumento por sí mismo no explica la total medida del estancamiento soviético en tanto Estados como Corea del Sur, Taiwan o Singapur han desarrollado ventajosas productivas con nueva tecnología al tiempo que emplean la cen-

²⁶ F. A. Hayek, *The constitution of liberty*, p. 392.

²⁷ Véase *The economics of feasible socialism*, Londres, 1983.

sura sistemática, suprimiendo la disidencia política, etcétera. En tanto estos Estados alcanzan avanzados niveles de desarrollo económico y social, surgen fuerzas que demandan una mayor democracia, y la relativa prosperidad permitiría a los gobernantes extender algunas concesiones democráticas. El fracaso de las economías soviéticas, en contraste, ha creado condiciones más inapropiadas para las reformas políticas y la democratización.

El crítico fracaso de las economías soviéticas podría, aparentemente, ser el vínculo visible entre las micro decisiones y las macro decisiones. O, para poner el mismo punto de un modo distinto, se debió a la ausencia de un sistema bien calibrado para determinar el tiempo de trabajo socialmente necesario. Esta debilidad es menos evidente en aquellos sectores en donde hay una gran clientela cautiva, la cual puede establecer órdenes particulares y rechazar el producto si éste no tiene calidad aceptable. Entonces, las ramas soviéticas de producción logran, con frecuencia, una competitividad global menor porque éstas obtienen ayuda en la vigilancia del proceso de producción y tienen el poder de rechazar equipo que esté por debajo de la media. El consumidor soviético medio no estaba en esta posición, como sabemos, y no tiene representación institucional efectiva. Los intentos de Gorbachov en los últimos años ochenta por remediar esta deficiencia, cumpliendo con un efectivo control de calidad (*gospriemka*), encalló encontrando oposición tanto de los trabajadores como de los administradores.²⁸

El problema, sin embargo, da cuenta tanto de la minimización de costos para ciertas producciones como de la determinación de la demanda. Incluso la producción militar soviética, o el éxito del manejo en la industrialización fue conseguido a costos excesivos. Cuando sólo había unos cuantos ingresos básicos y una pequeña posibilidad de sustitución eran al menos manejables los problemas de la planificación y el cálculo. Con la tradicional industria pesada el número de salidas era relativamente reducido y la variable principal era el simple esfuerzo humano.

En los sesenta trabajé para el ministro cubano de intercambio soviético. Recuerdo al jefe de sección relatando una anécdota concerniente a una conferencia económica dada por el entonces presidente Osvaldo Dorticós, quien en general había descuidado el campo económico en esos tiempos. Uno de los consejeros económicos argumentó que al esbozar ciertos planes para un sector dado el objetivo debía ser obtener el máximo de producción total con el mínimo esfuerzo y gasto. Dorticós estuvo en desacuerdo enfáticamente: "Esa no es la vía revolucionaria", insistió, "en cambio, aspiramos a conseguir el máximo de producción total con las fuerzas máximas." Desafortunadamente, la actitud expresada por Dorticós, el método de embestida de caballería de la movilización económica, se convertiría en la típica administración económica cubana, como en el ensayo de la cosecha de diez millones de toneladas de caña de azúcar en 1970.²⁹

²⁸ Ver la discusión en Anders Aslund, *Gorbachev's struggle for economic reform*, Londres, 1989, pp. 76-87.

²⁹ Algunas veces la estrategia económica cubana ha sido justificada en términos trazados en los escritos económicos del Che Guevara. Sin embargo, es interesante notar que Guevara, a pesar de la innegable vena de romanticismo en su concepción del "hombre socialista", era más insistente en que el mensaje dado por los precios del mercado mundial no debería ser, o no podría ser, ignorado. En

En las economías de tipo soviético las empresas no confrontan muchos problemas que demandan finos cálculos de alternativa. Las empresas soviéticas no han encontrado uso para las computadoras porque existen en un clima económico en donde no enfrentan ni mucha ni poca regularidad. En principio han sido advertidas exactamente qué producir y los ingresos que deben tener. En la práctica, la escasez ocurrirá y los contactos informales serán usados para remediar la brecha. Los niveles requeridos no son aquellos del empresario racional, actuando como el portador de una economía lógica, pero mejor que aquella de una economía fija. Todos los cálculos de costos comparativos y marginales y estimaciones de elasticidad de demanda, los cuales preocupan a los administradores del oeste no tienen lugar en este sistema. Tomemos como ejemplo el caso de los productos secundarios. Un administrador occidental no estará renuente a encontrar ventas de provecho para los productos secundarios (subproductos) de una empresa —el administrador soviético trabaja para un ministerio y es improbable que descubra que sus gastos industriales podrían ser ingresos vitales en otra rama. Este hecho, combinado con un negligente control social y el fetichismo del valor agregado —sin prueba alguna de que lo que ha sido agregado sea realmente valor social— es un factor que contribuye al pobre registro ecológico de las economías soviéticas.

La experiencia soviética con el manejo de computadoras reveló la rudeza de los cálculos requeridos por el sistema administrativo de comando. Incluso las poderosas computadoras que han sido compradas con la escasa moneda corriente en los setenta nunca fueron usadas por la administración soviética para ninguna otra cosa fuera del cálculo de pago de jornales. Si un administrador soviético tiene recursos extras los invertirá de modo que promuevan la autosuficiencia de la empresa conformando ocasionalmente grandes almacenes temporales surtidos, abriendo fábricas de componentes y abasteciendo las necesidades de la preciosa fuerza de trabajo. Entonces un gran soviético no sólo hará más de sus componentes, éste también abrirá granjas, ranchos de ganado vacuno y hornos de ladrillos de modo que coincida con las necesidades de su fuerza de trabajo sin recurrir a un mercado informal e inefectivo. Este método de organización tiene una cierta lógica económica extraña en sí misma pero no es conducida a, o regulada por, una racionalidad ajena. Formalmente es más socializada que la producción capitalista, en la práctica, lo es menos.³⁰

La empresa soviética no está ni “bajo órdenes”, ni “sin supervisión”. En el primer caso la efectiva socialización de la administración está limitada por la inhabilidad de los planificadores para conocer o controlar cualquier gran economía compleja mientras, en el último, es descabellado establecer una autonomía. En contraste, aun las empresas capitalistas más primitivas están obligadas por meca-

tanto él era un proponente vigoroso de las necesidades para la planificación, no favoreció los intentos voluntariosos para suprimir el mercado. Ver, en particular, su ensayo “Planning and consciousness in the transition to socialism (On the Budgetary Finance System)”, in *Che Guevara and the Cuban Revolution*, Nueva York, 1987.

³⁰ Sobre el fracaso de la administración soviética para hacer uso efectivo de las computadoras, ver Mark R. Beissinger, *Scientific management, socialist discipline, and soviet power*, Londres, 1988, pp. 246-260.

nismos de competencia a comparar el uso de sus recursos con el uso de recursos similares hecho por sus competidores.

En *El capital* y otros trabajos Marx da una explicación maravillosamente minuciosa de las operaciones de la ley del valor bajo el capitalismo. Pero al mismo tiempo Marx deja claro que la razón de ser de la acumulación del capital simplifica los problemas que éste establece ignorando ciertos costos humanos y ecológicos los cuales no logran representación para el mercado capitalista.

Uno podría haber pensado que los trabajos de una economía socialista podrían ser inescapablemente *mucho más complejos* que los del capitalismo. Con todo, en algunos pasajes famosos Marx usa una retórica que implica que lo que era conocido sobre la tesis de "simplificación" –la idea de que cada cosa sería transparente y rápidamente entendida después del capitalismo– ha sido suprimida. Véase, por ejemplo, al extraño proletario de la "robinsonada", hacia el final de la sección sobre el fetichismo de la mercancía en el primer capítulo del primer volumen de *El capital* donde la clase trabajadora del mundo, como entidad colectiva, es comparada a Crusoe en su isla. *La crítica del programa de Gotha* incorpora importantes principios de abastecimiento colectivo pero tiene muy pocas cosas útiles que decir sobre la coordinación y socialización de la producción.

En una inspección más cercana, el argumento de Marx en estos pasajes no es que el cálculo económico se convierta en redundante sino que la racionalidad de dirigir el trabajo hacia las necesidades sociales se convertirá fácilmente en aparente una vez que la producción generalizada de mercancías haya sido suprimida. Mientras Marx favoreció la vasta socialización de la producción en varios de los más avanzados Estados capitalistas, deviene difícil pensar que él realmente previó un mundo con autoridades planificadoras decidiendo cuánto de cada cosa debería producirse. Por otro lado, debe concederse que nunca delineó exactamente cómo funcionaría la economía socialista. Con toda probabilidad, el desconocimiento de las necesidades humanas que podría ver alrededor suyo no requería una valoración muy compleja en tanto el mayor proceso industrial tenía un carácter medianamente rudimentario.

Marx ha sido interpretado algunas veces respecto a descartar los mecanismos de mercado como un mero fenómeno superficial ocultando las operaciones del real modo de producción y las relaciones de apropiación. Además la competencia entre formas y estructuras capitalistas diferencia el proceso de producción y distribución en los niveles más fundamentales. El argumento de Marx en cuanto a que las "labores específicas" del trabajador son guiadas por el "trabajo abstracto" socialmente necesario nos refiere directamente a los trabajos de competencia y de mercado. Similarmente, el argumento de Marx podría extenderse para mostrar que cada concentración específica de capital tiene que justificarse a sí misma en términos de las normas del "capital abstracto".³¹

³¹ Todas las implicaciones de los trabajos sobre competencia capitalista no fueron explicados ni por Marx ni por los clásicos de la economía política. Interesantes ensayos similares de conceptualización de la lógica de la competencia en condiciones capitalistas. Véanse la contribución de Robert

Para nosotros, actualmente, la penetración de Marx dentro de la complejidad y el dinamismo del capitalismo debe infundir nuestro entendimiento de lo que planificación y socialización podrían significar. Debería ser una concepción de planificación y socialización que reconstruya y dé una nueva dirección a las formas de coordinación económica alcanzada, por ejemplo, por las multinacionales, los bancos, las agencias de tarjetas de crédito, y cuerpos como la comunidad europea; algunos tal vez respondan confrontando la noción de que una economía socialista debería buscar emular la clase de eficiencia que es promovida por la competencia de mercado. En un modelo socialista de economía la distribución global de la demanda sería más diferente que en la sociedad capitalista y así sería el contexto y capacidad de la regulación pública. El automatismo del proceso de acumulación —el crecimiento por el crecimiento mismo— no podría estar ahí ni podría enfrentar al voraz consumismo. Pero ambas, eficiencia productiva y transaccional, podrían aún ser vitales. Los recursos más productivos y eficientes de las distintas empresas de la economía, lo más que puedan contribuir, la mayor legislación y tasación que se les pueda obligar a contribuir, corresponden a objetivos igualitarios y socialmente responsables.

Una de las claves de los problemas institucionales, para solucionarse, es el desarrollo de los mecanismos de las microeconomías socialistas que fomentan a la empresa, en una economía socialista, a tomar medidas completas y adecuadas de las necesidades y costos sociales más que el simple seguimiento en su propia ruta en un modelo egoísta u obtuso. Para predicción futura esto debe incluir lo que mi colega Diane Elson llamó “socialización del mercado”.³² Con el mercado una economía socialista podría tanto alentar como regular la actividad de los millones de actores económicos incluyendo a las pequeñas cooperativas y sociedades que requiere cualquier economía moderna. Impuestos y subsidios pueden ajustarse fácilmente para cumplir objetivos sociales y para promover la conservación de recursos naturales. Una ley sobre las empresas podría requerir el descubrimiento de datos comerciales que permanecen tras las decisiones administrativas sobre los precios, ganancias e inversiones. Elson sugiere que las listas de precios podrían ayudar a prestar visibilidad y responsabilidad a los trabajos del mercado, cuyos frecuentes costos o proclividad de improductividad documenta.

La necesidad de monitorear la optimización con el uso de indicadores de mercado es una lección de la experiencia soviética y china, la cual ciertamente puede no ser ignorada por los socialistas que desean suprimir el capitalismo en sus puntos de apoyo globales. La crítica del comunismo de guerra hecho por Lenin y Bujarin, la posterior crítica de la planificación e industrialización stalinista hecha por Trotsky y Bujarin, para no hablar de las más recientes críticas de la hipercentralización hechas por Alec Nove o Su Shaozhi, en realidad tienen más fuerza en tanto más compleja es la economía. Una economía socialista avanzada tendría que atacar un problema de planificación y regulación de formidable com-

Brenner en J. Elster (ed.), *Analytic marxism*, Cambridge 1987 y la contribución de Israel Kurzner en E. F. Paul, F. D. Miller et. al., *Capitalism*, Nueva York, 1989, pp. 165-182.

³² Elson Diane, “Socialización del mercado”, *New Left Review*, núm. 172, 1988.

plejidad, institucionalizar el poder del consumidor, permitir la consulta democrática en niveles locales, regionales, nacionales e internacionales, considerar los costos ecológicos así como los usos alternativos, armonizar la actividad de millones de agentes económicos autónomos, etcétera.

Un sistema de economía socialista que genuinamente asumiera la democracia, la responsabilidad social y la autoadministración podría ser mucho menos simple y mucho menos predecible que el sistema de dirección administrativa. Entonces, en cualquier economía moderna cada empresa depende de una multitud de proveedores y salidas. Cada operación colectiva necesita algún espacio para experimentar y mejorar pero al mismo tiempo, si el conjunto global es para dar coherencia, allí debe haber un sistema provisional de conraindicaciones —suficientemente bueno— compensando el trabajo más efectivo y responsable. Las técnicas de “mercado interno” usadas por algunas multinacionales y organismos públicos para simular los trabajos del mercado podrían ponerse al servicio en este contexto. Similarmente, ¿así podría el sistema de ordenamiento de flujos opuestos de partes en la celebrada *kan ban* japonesa o el “justo a tiempo” del proceso de producción. ¿Significa esto que la economía socialista debería usar recompensas económicas diferenciales? Si los ingresos varían sólo modestamente y están impedidos de ser invertidos en posesiones de propiedad productiva, entonces esto permitiría algunos elementos incentivos sin permitir diferenciación social para adquirir apariencia de clase autorreproductora de dimensiones y formas.

La experiencia comunista ofrece un poderoso apoyo para ver que la innovación económica requiere alguna forma de competencia. La economía soviética no ha sido tan mala en el registro del crecimiento puramente cuantitativo. En realidad por los ochenta la Unión Soviética era el más grande productor de carbón, acero, electricidad y cemento en el mundo. Pero se perdió el propósito humano de tan gigantesco gasto de energía y recursos. La productividad del trabajo era todavía muy baja, el desperdicio de cada especie muy alto y la capacidad para usar estos productos en una forma socialmente útil estaba ausente casi por completo. La “planificación” soviética simplemente impuso un incrementalismo irreflexivo con cada fábrica o empresa, buscando incrementar su producción total de bienes o servicios comparado con el periodo anterior. En algunos casos es probable que los cálculos de un ecologista o un técnico revelarán la necesidad de detener la producción de una cierta fábrica o de facilitarla, sin recurrir a cálculos económicos específicos. Pero si se requiere esto último, entonces la comparación de alternativas provista por la competitividad de precios establecidos bien puede ser valuable o incluso indispensable. Los costos reales y beneficios de un proyecto no siempre puede ser establecido previamente y algunos cálculos vitales concernirán al mejor uso de los recursos más que a (o tanto como) absolutas indicaciones de una u otra forma. Entonces, el cálculo ecológico podría establecer un límite absoluto sobre el uso de una técnica particular o materia bruta pero el cálculo económico podría aún ser necesitado para indicar el mejor uso. Si la real competencia de mercado se permite, entonces varias conclusiones siguen. Ahí debería haber mecanismos para monitorear y minimizar eludibles fracasos de mercado del tipo

detallado por Elson. Pero deberíamos estar concientes que algunos costos son inevitables y que fuertes precios podrían ser pagados por evasión y todos los riesgos. Mientras la innovación lo permitió, incluso estimuló por la competencia económica, puede conducir a vitales ganancias de productividad; esto ciertamente producirá ganadores y perdedores. El contexto establecido por un mercado socializado podría conducir a la innovación en una dirección más que en otra por ejemplo, hacia el mejor uso de los escasos materiales más que a la maximización de la producción total. Esto podría también establecer límites sobre las ganancias y pérdidas, mediante el aseguramiento de las provisiones netas, en tanto no se perdió la responsabilidad de los agentes económicos en las consecuencias de sus decisiones.

La aseveración austriaca es que la responsabilidad económica en inversión, o en empresas exitosas, requiere empresas de gran escala como en las economías capitalistas. Los trabajos del grupo de cooperativas Mondragón de la Ciudad Basque o de las empresas regionales en Emilia-Romagna, muestran que un propietario no capitalista puede tener efectivo desempeño económico. Algunas inversiones crediticias "éticas", como Friends Provident, y algunas empresas estatales tales como Renault, ENI, o The New Zeland Dairy Board, para bien o para mal, han emulado la eficiencia capitalista. A causa de las presiones del medio tales ejemplos ofrecen sólo una noción muy parcial de cómo podría ser un empresariado no capitalista. En una economía socialista una variedad de instituciones sociales financieras, bancos estatales y regionales, fondos de pensión y créditos de interés social, podrían ofrecer fondos en un contexto competitivo para empresas que tendrían que crecer o descender de acuerdo a cuánta efectividad les aplicaron. Tasación y garantías sociales, así como ingresos mínimos (y máximos legales) garantizados, podrían prevenir las desigualdades en la situación de clase resultante. En tanto algunos elementos de una economía capitalista contemporánea posiblemente prefigure algunas características del "empresariado socialista", la ausencia crítica posterior podría ser el *momentum* de la acumulación capitalista, y su propensión al saqueo y la división.

El argumento aquí no es del todo que cualquier tipo de reforma de mercado será bienvenida, ni que el mercado más el Estado propietario establezcan la respuesta. Las reformas de mercado que han sido hechas, y que están siendo introducidas en algunos Estados todavía comunistas, con frecuencia han actuado para obtener lo peor de ambos mundos. Generan desigualdad y desempleo sin rendir productividad y seleccionando consumidores amistosos de un capitalismo avanzado, un sistema de gran escala. Esta ha sido la experiencia yugoslava y soviética. Donde había un gran número de empresas modestamente establecidas, las reformas de mercado han al menos triunfado en sus propios términos, por ejemplo en China y Hungría así fue tanto en la agricultura como en la industria eléctrica, pero no en la industria pesada. En China el avance de la producción total en el sector mercantil durante los años ochenta fue muy dramático, generando desigualdad económica pero también satisfaciendo las necesidades de su población más exitosamente que la mayoría de los grandes países capitalistas en el tercer mundo (mientras la producción *per cápita* total de granos creció en China en los ochenta,

ésta declinó en los países menos desarrollados, considerados en conjunto). Sin embargo, incluso aquellos países comúnmente más casados con las reformas de mercado, tuvieron límites inherentes para el trabajo efectivo de la alardeada racionalidad del sistema de mercado.

Una crítica del fracaso en el punto de partida de la racionalidad del mercado era que el sistema de poder comunista trabajaba de modo tal que preveía la aspiración de la competitividad en la esfera vital de la ubicación de los recursos productivos. Las empresas con pérdidas fueron protegidas por el famoso acuerdo de Kornai, de los "créditos blandos". La influencia política aseguraba que las grandes empresas pudieran no sólo estar condenadas a la bancarrota. De esta forma, el mecanismo capitalista para asegurar la reubicación de valores productivos fue sofocada. Esto viene a evidenciar para muchos reformadores de mercado, incluyendo a Kornai, que sólo a través de la desprivatización se podría impulsar la eficiencia real en la colocación de las inversiones. La reestructuración capitalista de los setenta y los ochenta parecía aportar sustancia a esta vía.

El crecimiento capitalista del más reciente periodo ha sido concentrado, sin medios, en grandes corporaciones. Los mecanismos de competencia permiten una plétora de pequeñas y nuevas compañías para construir una posición para ellos mismos y para forzar transformaciones bajo las cadenas enmohecidas de los dinosaurios. Esta reestructuración capitalista no era comparada por la economía soviética porque posteriormente no se tenían mecanismos para garantizar que los recursos fueran canalizados hacia las empresas más eficientes e innovadoras. En realidad, con pocas excepciones, *a mayor tamaño de las empresas soviéticas mayor influencia política ejercida y por lo tanto mayor subsidio del que éstas podían manejar*. Los partidos gubernamentales en los Estados comunistas no dieron representación democrática a los trabajadores pero generalmente los gobernantes encontraron prudente el buscar organizar a los trabajadores en el centro de trabajo; aparato de partido y cuadros en el sector industrial tenían intereses creados en defender los modelos industriales dados, con sus tendencias hacia fábricas de gran escala. En Polonia las grandes fábricas retuvieron suficiente influencia para prevenir el cierre por y más allá del colapso del gobierno comunista.

Habiendo señalado el rol de los mecanismos de competencia en la promoción de la productividad en el capitalismo, deberíamos notar que estos, hoy día, raramente implican la total bancarrota en el gran sector empresarial. Dirigentes y asociados juegan un papel más importante en la reorganización de capitales, aunque la bancarrota sea importante para el pequeño sector de negocios. El problema de la quiebra es particularmente inusual en el gran sector corporativo de las dinámicas economías capitalistas del sudeste asiático. Es muy raro en el lejano Japón que un pequeño sector de negocios pueda aprovechar las pérdidas de producción para la producción en línea. Si una administración particular está funcionando por debajo de su nivel, entonces es reorganizada y removida sin la ruptura generalizada de la bancarrota. Esto es, de hecho, más racional que el clásico enfoque del *laissez faire*, que puede dispersar un conjunto productivo completo a causa de las fallas de administradores particulares más que simplemente confinar sus efectos

posteriores. El modelo japonés o coreano también contrasta con la alta incidencia de direcciones y combinaciones en Estados Unidos e Inglaterra, con frecuencia motivadas por capitales despojados o por un deseo de establecer compromisos de corto plazo a las instituciones inversionistas. El modelo alemán, sin embargo, está en discordia con el capitalismo de punta anglosajón, como ha sido llamado por *The Economist*.³³ Presumiblemente una autoridad central de la planificación socialista también pudo idear sustitutos efectivos, aunque socialmente menos penosos, para la bancarrota y el desempleo. La organización de las prioridades públicas regionales y grupos industriales pudo ayudar a garantizar que los costos sociales y los beneficios de la reestructuración económica fueran distribuidos equitativamente. El reentrenamiento sobre el pago total y la legislación, estableciendo una cercana brecha entre el mínimo y el máximo de ingresos, también podría ayudar.

Aquí hay un riesgo con la "autoadministración socialista" o "el mercado socialista": que la noción de propietario social se convierta en demasiado débil y difusa, conduciendo a la inactividad e ineficiencia o a la egoísta explotación de una privilegiada posición o del acceso a recursos privilegiados.

La privatización de gran escala, volviendo al capitalismo, puede reducir la ineficiencia, pero podría agravar el problema de desigualdad e injusticia. Lo que se necesita son formas de propiedad social que hagan a los productores directos realmente responsables en el uso efectivo de los recursos asignados. En una economía capitalista los propietarios privados —accionistas— tienen compañías de auditores profesionales para controlar la administración. Hay también reglas, aunque más bien relajadas, concernientes a la publicación de la información de negocios. En tanto la autoadministración debería interesar a los trabajadores en la eficiencia y aprovechamiento de las leyes revelándoles información (acerca, decimos, de costos y precios), e instituir una "auditoría social" periódica podría checar las tendencias hacia los privilegios excesivos y la auto-reproducción, y podría monitorear las infracciones sobre las normas ecológicas e igualitarias.

La escala masiva de pobreza global y la amenaza a la ecología planetaria ayudan a constituir poderosos argumentos para empresas públicas y para la planificación a nivel mundial. Pero el hecho de que estos problemas estén situados en su posición más aguda en el nivel mundial como un todo, debería recordarnos que la respuesta no puede ser una economía mundial dirigida. Como he señalado, algunos tipos de planificación en realidad inhiben el microcálculo que puede promover el reciclamiento. Por supuesto la iniciativa de una autoridad planificadora podría dar valor decisivo en áreas vitales, por ejemplo desarrollar alternativas para combustibles anticuados como fuente de energía. Pero las regulaciones del mercado también proveerán medios de responsabilidad ecológica, la que no puede conseguirse mediante la reubicación de un simple cargo administrativo. Entonces, los pesados impuestos del petróleo y el aceite podrían inhibir su uso y promover la investigación para fuentes de energía renovables y menos dañinas. Deberíamos tam-

33 Véase el suplemento especial de mayo 5 de 1990.

bién ser sutilmente cuidadosos respecto al punto señalado por Diane Elson de que hay una extensa variedad de mercados diferentes, reflejando diferentes tendencias y formas de regulación. El mercado capitalista estimula un modelo de consumo inestable el cual es incompatible con la restricción de los recursos escasos. Pero no hay razón por la que un mercado socializado debiera tener los mismos resultados ya que impulsos de la competencia podrían ser monitoreados y conducidos de diferentes formas

La crítica de la planificación socialista tiene relevancia para cualquier proyecto de una economía no capitalista. Quienes evitan el término socialista pero aún aspiran a suprimir el insaciable *momentum* de la acumulación capitalista, tienen que confrontar muchos de los mismos obstáculos y objeciones que he anotado anteriormente. La crisis ecológica ciertamente provee un nuevo interés al proyecto de Otto Neurath de una economía estructurada en torno a “vínculos” naturales. Hay un caso arrollador para una o varias agencias internacionales de planificación que analizan el uso de los recursos escasos y los efectos de las decisiones de producción y consumo en los sistemas ecológicos. Tales agencias podrían tener el poder de reunir información e incluso tendrían poderes emergentes de veto. Pero no el poder, en realidad, para proscribir modelos de producción.

Las políticas verdes, con su frecuente insistencia sobre la pequeña escala y la necesidad de descentralización, pudieran parecer tener un poco o nada que aprender de la debacle del comunismo. Incluso algunas variedades de comunismo —maoísmo, por ejemplo— también tienen sus variantes de estas consignas en tanto las políticas verdes en sí mismas han producido ya corrientes minoritarias desplegando autoritarismo y misantropía. Hay ecologistas radicales o “profundos” quienes insisten que la humanidad es una plaga para las especies y que sus números deben ser reducidos por algunos medios de cinco mil millones a quinientos millones. Tales nociones son acompañadas frecuentemente de la defensa de planes de limpieza para la simplificación radical de todos los procesos económicos y sociales. La experiencia del comunismo del siglo XX debería ser un cauteloso ejemplo a considerar cuando se evalúen tales propuestas.

Un cuerpo de planificación socialista internacional podría ser suficiente para asegurar que sus regulaciones e intervenciones promueven la igualdad social, la responsabilidad ecológica y el cumplimiento cívico sin comprometerse ni responsabilizarse por toda la producción global. Si alguna retórica de Marx ahora parece excesivamente simple, esto no se aplica enfáticamente al aforismo previamente citado que resume su visión del principio que debería gobernar la sociedad futura —que *la precondition para el libre desarrollo de cada uno debería ser el libre desarrollo de todos*. La pregunta que he estado estableciendo es realmente el descubrimiento de mecanismos económicos que incorporan este principio tanto en una vía dispersa como en una concentrada a través del modelo de una economía global. Los obscenos contrastes de riqueza y pobreza en el mundo moderno —y el espectro de la catástrofe ecológica— demandan la planificación global y regional pero también requieren una estructura de cooperación económica que aliente la iniciativa responsable y la innovación en una miríada de ciudadanos.

Mi defensa del “mercado socialista” probablemente parezca débil justo en el momento en que las poblaciones de los primeros Estados comunistas están descubriendo los abrumadores costos sociales de su experimento en la terapia de shock del *laissez faire*, los intentos de privatización y el ultraliberalismo doctrinario. La elaboración de un mercado socializado requiere formas variadas y vigorosas de propiedad social, no la privatización. También requiere un conjunto autónomo, competente y democrático de cuerpos estatales locales, nacionales y regionales. En tanto los pueblos de Europa Oriental y de la Unión Soviética están ahora descubriendo una vivaz sociedad civil y un coherente mercado, ambos necesitan una fuerte estructura de autoridad pública y apoyo. Las áreas vitales de comunicación, cultura y educación invariablemente requieren del subsidio público. La imposición de criterios comerciales limitados amenaza la integridad de la sociedad civil y da iniciativa a la rapacidad de los intereses comerciales (tales como el imperio en los medios de comunicación de Rupert Murdoch y Robert Maxwell).

Ya que este artículo ha sido empleado para defender las necesidades técnicas del mercado socializado debería, probablemente, aclarar que tal mercado debería incorporar e institucionalizar la bien justificada suspensión del proceso de mercado que ha marcado la historia del capitalismo, la cual ha conducido a repetidos pero sólo parciales éxitos, los intentos de contener el implacable proceso de acumulación de capital que lo han dominado. Así, André Gorz ha argumentado en su *Critique of economic reason* que el culto austriaco del libre mercado amenaza la integridad de la vida mundial bajo la cual la economía misma descansa, éste promueve el negligente consumismo y asfixia la democracia empresarial. Señala que la vía en la cual los sucesivas luchas sociales —en contra del esclavismo y el mercado de esclavos, por la jornada de ocho horas, por los derechos sindicales, en contra de la degradación ecológica o la obscena brecha entre norte y sur— derivan de difundida desconfianza del mercado.³⁴ Una importante tradición socialista, establecida en Gran Bretaña desde William Morris hasta Raymond Williams, ha opuesto la corrupta y destructiva lógica de la penetrante comercialización y el pasivo consumismo. Aún el mercado mismo, como significativamente lo señaló Marx, ensancha el potencial objeto de la solidaridad humana. Y el mercado debería ser socializado no sólo “desde arriba”, a través de la acción del Estado, sino también “desde abajo”, a través de las presiones de los trabajadores colectivos y las comunidades.

La oposición al *laissez faire* y la privatización no significa apoyo a ciertas estructuras estatales, muchas de las cuales están muy comprometidas y desacreditadas. En la Unión Soviética hay ahora una extendida revuelta social contra el centro, el cual puede conducir bien hacia la “autoadministración” capitalista, o bien hacia la “autoadministración” socialista. Es un hecho sorprendente que la “nueva izquierda” soviética se oponga a la privatización pero no intente encubrir su oposición al “mercado”. Entonces, la declaración de principios difundida anteriormente al encuentro en Leningrado para el nuevamente formado Partido Socialista

³⁴ Sobre las opiniones de A. Gorz de este punto, véanse las páginas 127-33. Yo mismo he intentado mostrar el crucial y progresivo rol del impulso antimercantil en la construcción del antisclavismo en *The overthrow of colonial slavery*, Londres, 1988, especialmente en las páginas 27-8, 59 y 533-6.

en diciembre de 1990 llama, en efecto, por un mercado socializado en el cual los trabajadores colectivos, las municipalidades y todas las regiones tendrán una medida de economía autónoma, y explícitamente rechaza el llamado conservador al regreso de la economía dirigida.³⁵ La corriente socialista se distingue de la oposición nacionalista de Moscú en que apunta hacia el rol de las colectividades trabajadoras y no sólo hacia las especies de “autoadministración comunal” basada en la identidad étnica. El mundo del trabajo es inherentemente un reino de transformación socavando los llamados esenciales y de “identidad” de la intolerancia y el odio nacional. No debería, probablemente, ser tan sorprendente el que la “nacionalización” y los proyectos del socialismo en un solo país, hayan engendrado horribles variedades de opresión nacional e intolerancia recíproca. El espacio definido por un mercado socializado debería asumir variadas combinaciones de formas económicas e intervenciones sociales; trabajadores colectivos que operan en un nivel multinacional tienen similar importancia, como las autoridades bancarias nacionales. Ello no es para negar que los modelos de resistencia tienen sus propios reclamos, pero en el mundo contemporáneo es un hecho inquietante que el viejo estilo de “liberación nacional” se está abriendo camino frente a “los nuevos movimientos proletarios” tales como los que encontramos en Sudáfrica, Brasil o Corea del Sur en donde el trabajo organizado forma un componente crucial de la coalición popular.

Las existentes sociedades comunistas o poscomunistas, tomadas aisladamente, permanecen más allá de la posibilidad del socialismo de lo que están los países avanzados del llamado primer mundo. Algunos “izquierdistas” liberales en la Unión Soviética argumentan que Rusia necesita recorrer la fase capitalista antes de que ellos hayan montado las precondiciones para el socialismo. Otros dicen que aún si la prospectiva “revolución burguesa” no es descabable al menos ésta educará a la masa de la población en las realidades de la periferia capitalista, en tanto el segundo mundo se mezcla con el tercero. Probablemente exista realismo en cualquiera o en ambas perspectivas, pero es importante no perder de vista las potencialidades de las nuevas interrelaciones entre las mayores zonas y la compleja totalidad que ellas pueden abrazar.

Con esto en mente yo quisiera volver desde el pasado hacia el futuro y considerar el futuro de los pasados Estados comunistas en Europa.

4. PERSPECTIVAS

Antes de las revoluciones de 1989 uno pudiera haber dicho que la prueba clave para la izquierda de Europa Occidental era si sostendría, tanto como fuera posible, la crítica democrática y la oposición hacia los prevalecientes regímenes autoritarios del Este. Al menos en décadas recientes más secciones de la izquierda rechazaron claramente cualquier “modelo soviético”. Algunos de los grandes par-

³⁵ Véase también la entrevista a Petr Uhl en *New Left Review*, núm. 179, para una aceptación similar de la necesidad de alguna clase de mercado de este *Czech Trotskyist*.

tidos socialdemócratas lo favorecieron negociando con gobiernos establecidos, negando a los movimientos disidentes que habían sido vistos como algo marginales. Los partidos eurocomunistas sostuvieron valiosas posiciones públicamente pero no siempre las siguieron. Los movimientos pacíficos de independencia y algunos grupos influenciados por el trotskismo tuvieron un mejor comportamiento y aseguraron el honor de la izquierda.

Nos enfrentamos a un nuevo problema. Ahora, la prueba para la izquierda occidental será demostrar si está preparada para prolongar su solidaridad social y económica a los pueblos de Europa del Este y a la Unión Soviética así como ellos construyeron un orden democrático y sortearon los problemas del poscomunismo en un mundo capitalista. Esto bien podría presentarse como un penoso dilema, pues sería necesario para la izquierda apoyar suficientemente a la comunidad dispuesta a dar un eventual impulso a sus oponentes, la democracia cristiana de derecha y a los centro liberales.

Esto es situar el problema en una cáscara de nuez. Al tiempo que las principales formaciones de la izquierda occidental esperaban conseguir la mayoría dentro de las instituciones de la comunidad —el Concejo de Ministros y Parlamento Europeo—, países como Hungría y Polonia tocan a la puerta pidiendo su membresía. Si fueran aceptados como miembros, ello daría inmediatamente prominencia a las alas de derecha y de centro. Tomemos como ejemplo a Hungría. Allí, los socialdemócratas no consiguieron, ni juntos, suficientes votos para alcanzar el nivel requerido para elegir un miembro del parlamento. Aunque los primeros comunistas lo hicieron un poco mejor, se lamentaron cuando hubo intentos por situarlos al final izquierdo de la asamblea parlamentaria. Al tiempo que los partidos de izquierda esperan ganar las próximas elecciones, en Gran Bretaña o en Alemania Occidental ese prospecto es remoto, incluso en Polonia o Checoslovaquia en donde, una vez más, los socialdemócratas han fracasado para elegir cualquier representante.

Así, frente a esto, la expansión en la comunidad es la última cosa que favorecen los grandes partidos de Europa Occidental. Ciertamente esto parecería ser promovido por los partidos de derecha que podrían beneficiarse de ello inmediatamente. En la práctica estos últimos se encuentran restringidos por severos problemas de asimilación que anticiparon intentando admitir a las sociedades poscomunistas, con todos sus problemas y expectativas. Si las políticas agrícolas comunes han sido controvertidas imaginemos cuánto más será su extensión hacia el este de Europa Central y la concomitante elaboración de una política industrial común adecuada a las necesidades de la rehabilitación económica. De este modo, los principales acuerdos ofrecidos a los países de Europa Central tomaron la forma de una asociación que les niega cualquier representación en las instituciones de la comunidad. Los socialistas franceses parecen dispuestos a ceder con su acercamiento y otros partidos socialdemócratas occidentales también parecen actuar así. En la misma forma que el Convenio Lomé regula las relaciones de la comunidad con Estados excoloniales más pobres, igual podemos especular un convenio estilo Lomé para Europa Central.

Si se permite que esto suceda, parecería factible sostener la promesa de una comunidad europea dominada por la izquierda, pero esta sería una falsa promesa. De hecho, el movimiento laboral y de izquierda occidental tiene poderosas razones para promover el éxito económico y social en Europa Oriental ya que la consolidación de un tercer valor capitalista facilitaría el socavamiento de las conquistas sociales del mismo Occidente.

Cuando Margaret Thatcher resistió las restricciones de las instituciones de la comunidad, o cuando la comisión resistió ampliando la membresía de la comunidad, en realidad estaban alentando una dinámica de integración económica ilimitada por el control democrático. Los bancos y las multinacionales tienen planes para globalizar la Europa Oriental haga lo que haga la comunidad europea. En forma similar, las multinacionales suecas ya tienen preparados recursos masivos para dar facilidades productivas al interior de la comunidad, en tanto se ponga un tope sobre las organizaciones sindicales y los gobiernos socialdemócratas.

El presente se orienta hacia el Federalismo Europeo –unión política–, que debería ser bienvenida en tanto se combina con la democratización, ampliando la membresía y –como posteriormente se requeriría– la elaboración de nuevas instituciones de intervención social y económica. La ampliación de la membresía podría incorporar un generoso programa de rehabilitación socioeconómica y ecológica. Requeriría de osados movimientos para establecer competentes y democráticas autoridades transnacionales e instituciones requeridas para garantizar el avance económico, la protección ecológica y justicia social. Por supuesto la comunidad europea permanecería como una institución esencialmente capitalista e incluso casada con el *laissez faire*. Pero un crecientemente unido movimiento laboral transcontinental, sumado al ala progresiva del movimiento verde y otras organizaciones, podrían empezar a construir e imponer otra lógica.

Para borrar el stalinismo las revoluciones de 1989 han removido muros dentro de la izquierda así como seguramente desmantelaron aquellos que dividían al este del oeste. Los socialdemócratas y los eurocomunistas encontrarán colaboración con más facilidad en tanto los partidos por la paz o el movimiento verde y el de mujeres están encontrando nuevos y viejos aliados así como sus contrapartes en el Este. Pero una cuestión delicada debería ser enfrentada: aún quedan sospechas inentendibles de las primeras disposiciones partidarias las cuales entorpecen la continuidad y participan en el gobierno.

Las siguientes consideraciones debieran tenerse en mente. En el nuevo contexto doméstico e internacional los anteriores comunistas están constreñidos a sostener su influencia mediante métodos democráticos y no tienen esperanza de reconstruir un partido monopólico, incluso si lo quisieran. Las formaciones políticas de derecha y centro con frecuencia han sostenido los servicios de los anteriores miembros del partido o de altos funcionarios estatales. La izquierda debería emprender una tolerante política cultural en tanto ésta no se basa en ilusiones o engaños. Los individuos u órganos estatales responsables de abusos específicos deben, por supuesto, responder por sus actos. Pero, como la mayoría de los valientes y audaces opositores de los anteriores regímenes lo han reconocido usual-

mente, no es bueno involucrar a la masa de partidarios comunes por difamaciones particulares cuando los métodos totalitarios incitaron a la aquiescencia y la complicidad. Dado que algunas de las anteriores reglas de los partidos estaban orientadas a tratarlos como parias políticos, será dañino tanto para los prospectos de la democratización como para los prospectos de la izquierda considerarlo de la misma forma. Deberíamos tener en cuenta tanto su disposición para expiar el pasado como el veredicto sobre ellos pronunciado por los mejor situados para juzgar: su propio electorado. En tanto las anteriores reglas partidarias no han desaparecido, como algunas debieran, los partidos no se han convertido simplemente en partidos de derecha. Ellos han recibido cerca del diez por ciento o más de las votaciones, sobre la bases de una dirigencia parcialmente reformada y un ecléctico programa que combina los temas sociales y democráticos con la defensa de los logros de bienestar social y las estructuras colectivas heredadas del pasado, especialmente en las áreas suburbanas.

Sin embargo estas perspectivas podrían promover nuevos vínculos entre la izquierda y las diferentes partes del continente en donde aún haya socialistas que lo impedirían, aceptando que la comunidad europea es un terreno válido de contestación, aunque difícilmente ellos pueden negar la necesidad de un amplio trabajo continental. Mientras pocos en la izquierda podrían ahora contraponer a la comunidad económica de los países del este o EFTA (*European Free Trade Association*) a la CEE, podrían incluso tener resistencia a tomar a las instituciones realmente existentes como punto de partida. Cuando se viene a considerar cuál institución europea se va a unir al continente, se tiene, realmente, una prueba de fuego. La Comunidad Económica Europea, basada en economías fuertes, es claramente la institución decisiva. Los gobiernos de Hungría, Checoslovaquia y Polonia han reconocido este hecho solicitando su membresía a la CEE. Austria también lo ha solicitado con la probabilidad de que otros países de la EFTA, tales como Suecia y Noruega, les seguirán a la unión, a pesar de continuar la oposición desde algunos sectores de opinión. Malta, Chipre y Turquía han igualado niveles y han impulsado la membresía total.

Ignorar este contexto real queda en manos de aquellos que suscriben los cálculos egoístas y de corta vista, en lo que concierne a la comunidad económica, de lo pequeño es lo mejor. En el mediano y largo plazo no es así. Las dos o tres líneas de Europa propuestas por Kohl y Mitterand podrían generar una especie corrupta de colonialismo económico intraeuropeo. Si la Europa Oriental es exitosamente relegada al rol mexicano o centroamericano, entonces el movimiento laboral de Europa Occidental tendrá que experimentar una acelerada marginación después del modelo estadounidense, incluso de los mejor organizados obtienen algunos privilegios. Por otro lado, la experiencia, tradición e instituciones de los miembros aspirantes a la CEE podrían fomentar la eventual maduración y potencia de la izquierda europea. En los países nórdicos los opositores a ingresar a la comunidad señalan hacia las diversas áreas donde sus países demandan actualmente mayores niveles de seguridad de lo que sugiere la CEE, pero esto no es un argumento concluyente ya que los niveles pueden ser mejorados. Si un país como Suecia decide

unirse, entonces, esto simplemente alentará a las multinacionales suecas a continuar la reubicación de la producción hacia Europa Occidental que se señaló anteriormente.

No obstante que los riesgos políticos complicaron a la izquierda de Europa Occidental debería, creo, haber presiones por medidas transicionales para ocupar las membresías de las comunidades europeas por todos los países democráticos de Europa Oriental y los pertenecientes a la EFTA, lo cuales desearían unirse. Tales medidas podrían incluir a) una moratoria en el pago de la deuda; b) un fondo social y económico de al menos cien mil millones de libras esterlinas; c) una política industrial común, eliminando las restricciones existentes en las importaciones de Europa del Este y promoviendo el desarrollo armonioso y sostenido; d) la elaboración de una cédula social transcontinental incorporando la semana de 35 horas y un amplio convenio para la participación de los trabajadores; e) el reconocimiento de que muchos de los peores tratos ecológicos hacia Europa están planteados a un nivel continental (al menos) y por lo tanto, se requiere de la negociación de un amplio Pacto Ecológico continental; f) un acuerdo para reformar las estructuras de tarifas de la CEE de modo que éstas promuevan el desarrollo económico y social del tercer mundo.

Si la comunidad europea puede demandar garantías democráticas de los Estados de Europa Oriental, entonces también debería prepararse para democratizarse, confiriendo poderes reales al Parlamento Europeo y haciendo a la Comisión directamente responsable a esta asamblea electa.

La convencional opinión de Occidente ha rechazado la idea de que cualquier país de Europa Oriental debiera ser admitido por la comunidad europea pasando primero por un larguísimo purgatorio de privatización y desmantelando toda la ayuda social. Ellos no estarán listos sino hasta el próximo milenio, nos han dicho, para poder entrar al paraíso occidental. Será difícil incluso para los más arrogantes interlocutores occidentales mantener tal posición respecto a Austria o Suecia. Por su parte, la izquierda debería, por supuesto, dar la bienvenida a la existencia de altos niveles de asistencia social y de las propiedades sociales entre los nuevos aspirantes a miembros de la comunidad europea y deberían resistir sólidamente cualquier intento occidental para utilizar contrapesos económicos para forzarlos a la privatización.

He escrito bastante acerca de los amplios objetivos en el nivel de la política estatal. En tanto presiona para llegar a tales soluciones, la izquierda occidental debería también presionar para la cooperación práctica y la solidaridad entre las organizaciones sindicales y los movimientos sociales en las diferentes partes del continente, encargadas de promover causas tales como el desarme y la desmilitarización, la rehabilitación ecológica, la revitalización de regiones desatendidas, la promoción de cooperativas con apoyo económico, la reducción de horas de trabajo y el mejoramiento de las condiciones de trabajo, responsabilidad y participación en instituciones económicas, la protección de mujeres y trabajadores migrantes, fortalecimiento de los derechos ciudadanos universales (extendiéndolos a inmigrantes) y la introducción de derechos de bienestar los cuales son progresiva-

mente igualados y transferidos dentro de una Europa más grande y más unida. Una recomendación para igualar las condiciones de vida entre las partes actualmente ricas y pobres de Europa debería naturalmente implicar una recomendación para metas similarmente igualitarias en una amplia base mundial, tal como la justa regulación regional ecológica podría implicar la global cooperación ecológica. Sin embargo, esto podría ser un fuerte contrapeso global para los objetivos regionales ya que estos más bien deberían complementar a otros. Entonces, si la parte rica de Europa rehúsa ayudar a la parte pobre de Europa es impropcedente actuar en nombre de la promoción económica del tercer mundo. Habiendo dicho esto debe reconocerse que el CAP (*Community Agricultural Policy*) y la prevaleciente estructura de tarifas de la comunidad, acuerpan formas de proteccionismo agrícola e industrial que se oponen al avance económico de los Estados menos desarrollados y conducen a un alto costo de la vida. Tal proteccionismo debería, desde luego, ser vigorosamente enfrentado en su conjunto con la defensa de medidas restauradoras tal y como sus cambios lo requieran. Así, la superada fase de proteccionismo agrícola debería ser acompañada por medidas que garanticen el apoyo de los ingresos agrícolas y la regulación o transformación de las empresas agrícolas.

Tal programa podría parecer muy ambicioso. Sin duda lo es. Pero también es menos utópico y en última instancia es más realista que aquella ciega egolatría que realmente intenta dejar a los centroeuropeos del Este defenderse por sí mismos.

Deberíamos tener en mente que la comunidad europea está aún lejos de ser propiamente un Estado federal, dejando en paz al superEstado. No tiene ejército, ni policía o prisiones y sólo unos pocos empleados. Al menos en teoría esto implica, siguiendo el principio de devolución o "subsidiareidad", traer resoluciones de hacer y ejecutar tan cercanas a los ciudadanos como se pueda. A causa de la forma en que el Concejo de Ministerios utiliza los poderes de la comunidad para presionar a través de medidas que no han detallado las sanciones ni de los parlamentos nacionales ni del parlamento europeo, la comunidad europea sufre de lo que amablemente es denominado "déficit de democracia". Incluso el subdesarrollado carácter de la comunidad implica que la izquierda, tanto parlamentaria como extraparlamentaria, puede ayudar a modelar sus trabajos e instituciones. En el límite, la clase de trabajo que he subrayado podría empezar por transformarlo en algo muy diferente al más que monótono instrumento de coordinación capitalista que ha aspirado a ser. Es interesante recordar que en la Conferencia de Libre Comercio de Bruselas de 1847 —un remoto precursor de la comunidad europea—, Marx apoyó enfáticamente el campo del libre comercio y se opuso a los profetas del proteccionismo nacional. Las instituciones de la comunidad europea probablemente tengan una inspiración del *laissez faire*, ya que ellos buscaban regular medidas de producción y normas de intercambio para cientos de miles de mercancías. En este sentido la comunidad es un imponente ejemplo de la posibilidad de planeación en el mundo moderno. Por supuesto el uso socialista de estos mecanismos de planificación podría requerir grandes transformaciones, algunas de las cuales he tratado de delinear aquí. Pero al menos tal enfoque podría acercarse al

enunciado de Marx de que el socialismo no debería ser una “negación abstracta” del capitalismo sino más bien su “real supresión”.

En conclusión, deberíamos considerar la enseñanza de las elecciones en la RDA. Sea sin idealismos o cinismo, ninguna sección de la izquierda expresó real entusiasmo por la unificación alemana. Marx y Engels, aquellos veteranos del movimiento nacional democrático alemán de 1848, deben haber dado vueltas en sus tumbas. El resultado fue dar la victoria en bandeja a la derecha. Fue por esto por lo que la derecha apareció como más realista y más generosa. Más realista porque Alemania del este tenía extrañamente una viable unidad, incluso si ésta no tuviera tan lúgubres asociaciones para la mayoría de sus ciudadanos. Y más generosa porque los demócratas cristianos parecían dispuestos a compartir el bienestar occidental. Esto era, por supuesto, demagogia; pero sólo podía ser expuesta como tal por una izquierda con amplia visión de sí misma. Ahora los grandes cambios de la unidad europea demandan precisamente tan generosa visión.

He dejado deliberadamente una dificultad y una importante pregunta: ¿debería la Unión Soviética unirse a la Comunidad Económica Europea? Tanto en escala como en recursos la Unión Soviética es tan grande que sería capaz de entablar una negociación razonable con la comunidad europea tenga o no representación dentro de las instituciones de la comunidad. Y podría ser mejor para algunos países de la comunidad económica del este permanecer asociados con la Unión Soviética y mediar su asociación a la comunidad europea a través de algunas versiones enmendadas del CAME. Habiendo dicho esto, creo que la mejor solución podría ser la que plantea la estrecha asociación de la Unión Soviética y la comunidad europea, en el espíritu ya señalado por Trotsky en 1928. La comisión económica para Europa debía establecer los trabajos para esto. La construcción de un orden mundial equilibrado y responsable requerirá de una variedad de formas económicas y de asociaciones regionales, atravesando las fronteras existentes y combinando las unidades existentes en cierto número de vías. El punto vital es que aquellas nuevas combinaciones deberían establecer medios democráticos y efectivos para mantener la regulación social de los procesos económicos, sobrepasando la inexplicable y heterogénea lógica de la acumulación capitalista.



1. La revolución rusa de 1917 fue una inmensa explosión liberadora: acabó con un imperio, barrió a terratenientes y capitalistas, destruyó y construyó ejércitos, desencadenó las fuerzas creadoras de los trabajadores y los oprimidos, inventó nuevas formas de gobierno democrático, alimentó las esperanzas y las luchas de los de abajo en todo el mundo, proclamó como sus ideales la igualdad, la justicia y la libertad y convocó, no sólo en sus palabras sino ante todo en los grandes hechos históricos, a construir un mundo sin explotados, sin oprimidos y sin humillados.

La revolución rusa se cierra con una gran retirada de la dirección soviética, que está llevando hoy hacia el capitalismo a lo que de esa revolución queda en su país. La revolución no fue derrotada en una guerra. La derrotó el mercado. No ha sido derrotada en el plano interno. La derrotó la circulación universal de mercancías (incluida la fuerza de trabajo) y de capitales en el mercado mundial.

El régimen surgido de la revolución de octubre –cuyos avatares no nos toca aquí analizar– se mostró incapaz de vencer al capitalismo en el único y último terreno en que se decide al fin de cuentas la confrontación entre dos modos de producción: la *productividad del trabajo*, medida en el mercado internacional.

2. Esta derrota, resistida y postergada durante décadas por combates defensivos de heroísmo inaudito por parte de los marxistas, los socialistas y el pueblo soviéticos y por la solidaridad de los trabajadores del mundo, mirada hacia atrás deja una estela de desastres para lo que es la idea original de socialismo: justicia y libertad.

Desde al menos la mitad de los años veinte y aun antes, el régimen soviético fue acumulando una historia de represión a los trabajadores de la ciudad y del campo; represión y deportaciones masivas de las nacionalidades en la Unión Soviética; represión a las ideas, procesos falsificados y exterminio de opositores en la Unión Soviética y fuera de ella; creación de un universo de campos y lugares de deportación, concentración y trabajo forzado; represión, invasión y opresión de naciones y movimientos de liberación nacional: países bálticos (1939); Alemania (1953); Hungría (1956); Polonia (1956); Checoslovaquia (1968); Afganistán (1979). Esto, sin contar los movimientos revolucionarios intervenidos, negociados o estrangulados, los más notorios de ellos España (1936-1939) y Grecia (1944-1947). Innecesario es recapitular aquí la estela paralela de desastres que en esas mismas décadas dejó el capitalismo.

Desde los años veinte en adelante, ese régimen se ensañó, en nombre del comunismo, ante todo con los marxistas y los socialistas rusos de todas las tenden-

cias: socialistas revolucionarios, mencheviques, anarquistas, comunistas y bolcheviques, encarcelándolos, deportándolos, fusilándolos, silenciándolos y calumniándolos. Esta represión asesina se extendió en los años treinta y cuarenta a todo el mundo, como sucedió incluso en México y en Estados Unidos.

Esta política expresaba los intereses y las visiones de una nueva clase o estrato dominante en la Unión Soviética: la *burocracia estatal*. Esta clase ha hecho sus pruebas históricas y ha fracasado en todos los terrenos, dejando por doquier una huella de incapacidad y desastres. Ahora, tal como fue previsto por los marxistas desde los veinte, una parte sustancial de ella se apresta a volverse capitalista y a transformar sus privilegios en propiedades. Se cierra así el ciclo de la burocracia estranguladora de la revolución de octubre.

3. La existencia de la Unión Soviética y su confrontación con Estados Unidos y las demás potencias imperialistas protegió, después de la segunda guerra mundial, a una serie de revoluciones nacionales en Africa, Asia y América Latina. Pero, al mismo tiempo, impuso a esas revoluciones pesadas condiciones de subordinación a los modelos burocráticos y los intereses nacionales de la Unión Soviética.

Los marxistas, hoy más que nunca, están obligados a discernir entre lo que es solidaridad internacional y lo que es interés nacional del Estado soviético en sus enfrentamientos con otras potencias. Un análisis marxista desprovisto de visiones estatistas e ideológicas mostrará en todos los casos el predominio absoluto del elemento de interés nacional-estatal. Los archivos, en su momento, lo confirmarán sin el menor lugar a dudas.

Esas revoluciones hacen bien en utilizar la contradicción entre la clase gobernante soviética y el capitalismo internacional, entre la Unión Soviética y Estados Unidos. Los marxistas harían mal en idealizar esa contradicción y confundir políticas dictadas y limitadas por el interés nacional-estatal con políticas socialistas y revolucionarias. Harían mal también en olvidar, en nombre de una visión "campesina" de la lucha de clases y la revolución, que la mayor revolución de este siglo triunfó sin otro apoyo que sus propias fuerzas y la solidaridad de los trabajadores de Europa y del mundo: la revolución rusa de 1917.

4. El régimen burocrático sólo pudo imponerse venciendo la resistencia de los marxistas soviéticos de todas las tendencias. No los pudo silenciar, tuvo que exterminarlos y cubrirlos de lodo. Todavía no se ha terminado de conocer esta resistencia heroica. El Estado totalitario soviético tuvo que falsificar la historia paso a paso. Como todo régimen de ese tipo, es particularmente vulnerable a las ideas, sobre todo porque se cubre con ideas a las cuales niega y suprime en la práctica.

Los socialistas y marxistas están obligados a ir a fondo en la historia, el análisis y la comprensión de esta lucha a muerte contra las ideas. No se trata de deformaciones o desviaciones de un ideal original. *Son rasgos consustanciales del Estado burocrático alzado sobre la derrota de los bolcheviques, los marxistas, los socialistas y el pueblo soviético a partir de los años veinte.* La teoría de las supuestas "deformaciones" sólo sirve para cubrir la realidad, la novedad y la esencia antiso-

cialista —es decir, enemiga de la justicia, la libertad y la igualdad— del régimen burocrático y para ahorrar a quienes creyeron en él y lo apoyaron la necesidad de una revisión a fondo y sin concesiones del pasado.

El socialismo no fue derrotado ahora en la Unión Soviética. Fue derrotado en dura lucha entre los años veinte y los años treinta por la burocracia estatal conservadora que alzó un Estado represivo y subordinó a él a los comunistas de todo el mundo. Lo que ahora fue derrotado por el capitalismo no es el socialismo, sino el régimen económico retardatario de esa burocracia estatal. Lo que está siendo cuestionado y desintegrado por sus propios pueblos es su régimen político.

La tragedia es que ese régimen adoptó el nombre del socialismo, pero nunca sus valores y sus ideales, y ahora se repliega y se desintegra en la confusión. Mientras los marxistas y los socialistas no aclaren esa confusión, *en primer lugar en sus propias cabezas, ideas y concepciones*, sobre el presente y el pasado de la Unión Soviética y en consecuencia sobre los suyos propios, se les seguirá escapando el sentido profundo de los actuales acontecimientos y continuarán desgastándose en explicaciones narrativas y coyunturales que en corto tiempo es preciso sustituir por otras nuevas.

5. La polémica teórica soviética a partir de los años veinte versó sobre todos los puntos de la construcción del socialismo y sobre la idea misma de socialismo. Es imposible hacer un trabajo marxista serio sin recuperarla.

Fueron significativas en América Latina las modas teóricas (por ejemplo, Gramsci o Althusser), particularmente en el seno del marxismo académico, que ahorraron a muchos hacer un ajuste de cuentas teórico con el comunismo soviético y el stalinismo, mientras los grandes debates de los marxistas soviéticos han merecido atención apenas episódica o han sido tratados como hechos históricos antes que como hechos teóricos. La peor superficialidad en estos casos es la que consiste en afirmar, sin otra prueba que la propia ignorancia de los escritos de Marx, de Luxemburgo o de Trotsky, que el stalinismo está ya contenido en el marxismo o que stalinismo y trotskismo son “hermanos enemigos”. No conozco ningún caso en que, si se excluye la mala fe, no sea una sustancial ignorancia la base de esas afirmaciones tranquilizadoras. Pero en la actividad intelectual, científica o académica, *dictaminar sobre lo que se ignora es una actitud carente de toda ética.*

En la raíz de aquellos debates soviéticos está la concepción misma de la historia, del trabajo humano y del socialismo. Se me permitirán algunas citas, reproducidas aquí no como argumento de autoridad sino simplemente como ilustración y recordatorio de los temas, la profundidad y la actualidad de los argumentos que se cruzaban en aquellas discusiones:

Reducida a su base primordial, la historia no es más que la persecución de la economía de trabajo. El socialismo no podría justificarse por la simple supresión de la explotación: es necesario que asegure a la sociedad mayor economía de tiempo que el capitalismo. Si esta condición no se cumpliera, la abolición de la explotación no sería más que un episodio sin porvenir.

Escribía León Trotsky en 1936 en *La revolución traicionada*, libro que es en cierto modo una síntesis de esos debates ahogados en sangre en ese mismo año 1936 con el inicio de los grandes procesos de Moscú, a los cuales siguieron por largo tiempo el silencio, la noche y la niebla.

Esta economía de tiempo, esta productividad del trabajo, *sólo puede medirse a escala mundial*. En marzo de 1930, en el prólogo a la edición en Estados Unidos de *La revolución permanente*, León Trotsky escribía:

El marxismo considera a la economía mundial no como la suma de partes nacionales, sino como una realidad poderosa, independiente, creada por la división internacional del trabajo y el mercado mundial y que, en la época presente, predomina sobre los mercados nacionales. Las fuerzas productivas de la sociedad capitalista han sobrepasado desde hace mucho las fronteras nacionales. La guerra imperialista fue una expresión de este hecho. Desde el punto de vista de la producción y de la técnica, la sociedad socialista debe representar una etapa más elevada en comparación con el capitalismo. Tratar de construir una sociedad socialista nacionalmente aislada significa, pese a todos los éxitos pasajeros, arrojar hacia atrás las fuerzas productivas, incluso en relación con el capitalismo. Intentar alcanzar, independientemente de las condiciones geográficas, culturales e históricas del desarrollo del país, que constituye una parte del mundo entero, una proporcionalidad acabada de todas las ramas de la economía en el marco de las fronteras nacionales, significa perseguir una utopía reaccionaria.

6. Ya desde aquellos años, las polémicas de los opositores soviéticos exigían la *utilización plena del mercado y de la democracia* como correctivos y bancos de prueba de la planificación económica. Escribía Trotsky en octubre de 1932, en *La economía soviética en peligro*:

Los innumerables participantes de la economía estatizada, particulares, colectivos e individuales, manifiestan sus exigencias y las relaciones entre sus fuerzas no sólo por la exposición estadística de las comisiones de planificación, sino también por la influencia inevitable de la oferta y la demanda. El plan se verificará y en gran medida se realizará por intermedio del mercado. La regularización del propio mercado debe basarse en las tendencias que en él se manifiestan.

Los organismos mencionados deben demostrar su comprensión económica mediante el cálculo comercial. El sistema de la economía de transición no se puede considerar sin el control del rublo. Esto supone por lo tanto que el rublo sea igual a su valor. Sin la firmeza de la unidad monetaria, el cálculo comercial no hará más que aumentar el caos.

[...] Sólo la coordinación de estos tres elementos: la planificación estatal, el mercado y la democracia soviética, pueden asegurar una dirección justa de la economía de la época de transición.

Y en 1936, en *La revolución traicionada*, agregaba:

Esta función del dinero [la acumulación], unida a la explotación, no podrá ser liquidada al comienzo de la revolución proletaria, sino que será transferida, bajo un nuevo aspecto, al Estado comerciante, banquero e industrial universal. [...] El papel del dinero en la economía soviética, lejos de haber terminado, debe desarrollarse a fondo. La época de transición entre el capitalismo y el socialismo, considerada en su conjunto, no exige la disminución de la circulación de mercancías sino, por el contrario, su extremo desarrollo. [...] Por primera vez en la historia, todos los productos y todos los servicios pueden cambiarse unos por otros. [...] El aumento del rendimiento del trabajo y la mejoría de la calidad de producción son absolutamente imposibles sin un patrón de medida que penetre libremente en todos los poros de la economía, es decir, una firme unidad monetaria.

Como estos y otros incontables ejemplos pueden mostrar, *glasnost* y *perestroika* son apenas tardías versiones burocráticas, pero no por ello menos impostergables, de lejanas demandas y propuestas de los marxistas soviéticos. Llegan, sin embargo, cuando la acumulación de anteriores rezagos y desastres y la complejidad de los desafíos nacionales y mundiales las convierten en medidas defensivas de un orden burocrático ya cercado y minado por la ofensiva multiforme y poderosa de las mercancías y de las fuerzas productivas del capitalismo mundial.

7. El presente retroceso desordenado hacia el capitalismo –pese a la resistencia de buena parte de los soviéticos– tiene su temprano e inexorable origen en la teoría y la práctica de la construcción del *socialismo en un solo país*. Esa teoría, formulada por primera vez por José Stalin en 1924 y convertida en base doctrinaria y lugar común en la mente de los comunistas de todos los países, sigue dominando los análisis y las visiones de muchos socialistas que critican el actual estado de cosas en la Unión Soviética y los países del Este europeo, pero ven sus orígenes en los años sesenta o setenta y no en la ruptura social y política de los años veinte. En 1930, León Trotsky escribía:

Desde el punto de vista de los principios, la separación con el marxismo de la escuela de Stalin en la cuestión de la construcción del socialismo no es menos significativa que, por ejemplo, la ruptura de la socialdemocracia alemana con el marxismo en la cuestión de la guerra y del patriotismo en el otoño de 1914, es decir exactamente diez años antes del viraje stalinista. Esta comparación no tiene un carácter accidental. El “error” de Stalin, así como el “error” de la socialdemocracia alemana, es el socialismo nacional.

La idea reaccionaria del socialismo nacional o del “socialismo en un solo país” conduce a identificar al socialismo no con una relación social y una sociedad superior en cultura, en libertad y en productividad al capitalismo como sistema mundial, sino con el Estado nacional del país que se declara socialista. El socialis-

mo deja de ser entonces la libre actividad de los productores organizados, la autorganización de la sociedad, para convertirse en la acción del “Estado socialista”.

El Estado nacional se convierte así en el sujeto y el portador del socialismo y su aparato burocrático termina contraponiéndose por un lado al capital como *valor que se valoriza* y por el otro al socialismo como *trabajo que se autorganiza*. No es sorprendente la popularidad alcanzada por esta doctrina en amplias capas de la intelectualidad que se identifican a sí mismas con el Estado, no con la autorganización independiente de los trabajadores, y cuyo pensamiento político va siempre del aparato estatal a la sociedad, nunca de la sociedad a ese aparato.

La idea de la existencia de un “campo socialista” y su absurdo corolario, la idea de “los dos mercados mundiales”, no es más que la extensión de esta concepción estatista del socialismo.

De este modo, se pierde totalmente la visión marxista de una *entera época de transición global al socialismo a escala mundial*, como tuvo lugar en su momento la transición entre feudalismo y capitalismo. Esa visión está presente en Marx desde *La ideología alemana* hasta los *Grundrisse*, la correspondencia con Engels o las últimas cartas a los populistas rusos.

Esa transición multiforme y compleja está conformada y jalonada por luchas, avances y retrocesos políticos, económicos, sociales y culturales dentro y fuera de las fronteras de los diversos Estados nacionales, procesos que en su conjunto van cambiando el mundo y constituyendo la transición epocal. Esa visión universal viene sustituida por la perspectiva de una serie de victorias nacionales en las cuales se “instaura el socialismo” en cada país a partir del momento de la conquista del poder político del Estado por las fuerzas que se declaran socialistas. Es decir, se retrocede de la visión del capitalismo como un sistema mundial a una visión del socialismo como una suma de sistemas socialistas nacionales, un “campo de Estados socialistas” que se enfrenta a un “campo de Estados capitalistas”. Todavía hoy este pensamiento estatista sigue siendo dominante en la mayoría de las corrientes de ideas y organizaciones que se declaran socialistas. Quedan por eso desamparadas ante la desintegración desde adentro de lo que llamaban el “campo socialista”.

8. Los partidos comunistas de todos los países se organizaron sobre esta teoría y este programa ajenos al marxismo, lo mismo que sus diversos “compañeros de ruta” políticos o intelectuales. Todos ellos han justificado, defendido y propuesto como modelo, en uno u otro momento, el *socialismo estatista* de la Unión Soviética. Todos han ignorado, encubierto y en muchos casos compartido los crímenes de la burocracia soviética. El daño que han causado durante décadas a la idea misma de socialismo es todavía incalculable.

No se trata de negar el heroísmo, las luchas y la sinceridad de muchos militantes y dirigentes comunistas. Decenas y cientos de miles de ellos han dedicado sus vidas a esa lucha o han muerto como comunistas combatiendo por el ideal del socialismo y contra el horror y la opresión del capitalismo. Pero también los cristianos han mostrado las mismas cualidades y esto no prueba la justeza de sus ideas y sus concepciones. Se trata de que ante la catástrofe universal del comunismo so-

viético no se puede cubrir el error teórico con la rectitud de las intenciones o las conductas personales.

Los partidos comunistas y sus teóricos y escritores han justificado la dictadura de la burocracia, han negado sus crímenes, han defendido la idea y la práctica del partido único de Estado, han silenciado hechos monstruosos como la división nacional de Alemania, el muro de Berlín y la represión contra las nacionalidades soviéticas, han minimizado y a veces hasta justificado los mayores crímenes contra la idea de socialismo cometidos por un Estado —y luego una serie de Estados— en forma sistemática y organizada, en defensa del poder, los privilegios y la política de una casta burocrática de advenedizos, opresores y explotadores.

Sobre esa base, han desarrollado una visión estatista, y en el mejor de los casos redistribucionista, de lo que sería la sociedad socialista y han contribuido a confundir las ideas de millones y millones de revolucionarios en todos los países y a alejar del socialismo, hoy, a miles de millones de seres humanos, para quienes el socialismo ha quedado identificado con el régimen dictatorial y atrasado de la burocracia estatal soviética.

Cuando la casa se derrumba sobre la propia cabeza, no se puede ir a ver cuál reparación de último momento estuvo mal hecha. Es preciso estudiar e ir a fondo. *Todos los socialistas, es decir, todos cuantos compartimos la idea de un mundo posible de justicia, igualdad y libertad entre los seres humanos, estamos obligados a hacerlo.* Los comunistas, que confundieron al régimen burocrático con la antesala de ese mundo, más que nadie.

Frente a la explotación, la crueldad y la inhumanidad del sistema capitalista, tal como la vivimos día con día, esa recuperación de los ideales originales del socialismo es la tarea más urgente de la última década de este siglo de las grandes revoluciones.

9. En las grandes jornadas de 1989, año mágico en el siglo, desde los días de Tienanmen hasta la caída del muro de Berlín, una casta explotadora y su régimen de opresión fueron asediados, sacudidos y en diversos lugares derrotados. Como ha sido analizado en otros lugares,* esto tiene que ver con otros grandes cambios mundiales a partir de la mitad de los años setenta: reestructuración mundial del capitalismo, revoluciones tecnológicas, transformaciones del mundo del trabajo, retroceso de las posiciones y las conquistas de los trabajadores en los grandes países capitalistas industriales y semindustriales, debilitamiento de los *Welfare States* y sus “pactos sociales”, crisis arrasadora en los países subordinados y menos desarrollados (el llamado “tercer mundo”).

Pero, hecho determinante para cualquier perspectiva futura, aquellos regímenes no pudieron ser destruidos por las armas capitalistas ni fueron derribados por una guerra universal cuyas destrucciones habrían enviado hacia un futuro lejano cualquier idea de socialismo. Se derrumbaron o fueron obligados a retroceder en el terreno económico por su ineptitud para la competencia en el mercado mundial

* Ver, entre otros, mi ensayo “Tesis sobre China”, *Cuadernos Políticos*, México, agosto 1989, núm. 59/60.

y en el terreno político por la movilización nacional y democrática y la sublevación de sus propios pueblos.

Para la gente y para los marxistas esto representa una diferencia capital: la vía del capitalismo para combatir al socialismo y destruir a los regímenes que en su nombre lo enfrentaban era *la guerra*, no las revoluciones democráticas, como todo el siglo lo ha probado con creces, desde la Unión Soviética en 1918-1921 y 1941-1945, hasta China, Corea, Cuba, Vietnam, Granada, Nicaragua y la “guerra estelar” de Ronald Reagan. Esa guerra global fue evitada y son los propios pueblos de Europa del Este, no la intervención militar extranjera, quienes están buscando o inventando sus caminos incluso contra la dominación extranjera, aunque ésta se dijera “socialista”

Esos pueblos se alzaron contra regímenes estatistas, autoritarios y opresores en pos de las mismas antiguas ideas: justicia y libertad. Si estas ideas se les aparecen ahora bajo la forma idealizada de la libre circulación de mercancías y del mercado como supuesto vehículo de un reparto más justo contra la arbitrariedad y el privilegio impuestos por el comando burocrático, la responsabilidad total de esta *visión invertida de la realidad* recae sobre ese mando, que simbolizaba ante esos mismos pueblos la negación de cualquier justicia y de toda libertad.

Les llevará un tiempo y dolorosas experiencias el aprendizaje de lo que es el reino del privilegio, la injusticia y la exclusión bajo el capitalismo. Pero, cualquiera sea este difícil trayecto por delante, el hecho es que era necesario derribar primero aquellos regímenes *desde abajo*, como ha sucedido, para que las cabezas de millones y millones de seres humanos en todos los países pudieran liberarse, en la experiencia práctica social y no en la propaganda o en los libros de los críticos del “socialismo real”, de la funesta identificación entre socialismo y Estados burocráticos y autoritarios, de la larga pesadilla del “socialismo real”.

Se podrá decir que habría sido mejor que esto ocurriera a través de movilizaciones antiburocráticas por el socialismo que preservaran muchas conquistas que hoy el capitalismo amenaza. Tal vez. Pero ocurrió de otro modo y es siempre mejor esta *explosión democrática desde abajo* que el congelamiento de toda perspectiva socialista por la presencia abrumadora de ese bloque que cerraba el camino, los regímenes del llamado “socialismo real”. Uno de los mayores crímenes cometidos por las castas gobernantes en esos regímenes es que las revoluciones democráticas y liberadoras que cubrieron el año 1989 no hayan podido contar con la visión teórica marxista ni con el programa y la organización socialistas.

Esos movimientos han abierto paso por ahora a nuevos procesos capitalistas y hasta pueden desembocar en gobiernos militares: el futuro puede reservarnos un Jaruzelski soviético. Sin embargo estos procesos, como la historia ha podido demostrarlo muchas veces, no podrán disolver o hacer desaparecer de la conciencia colectiva la trama de relaciones culturales y de solidaridades entretejidas en la vida social a partir de la revolución de octubre y en las décadas posteriores. Tendrán que hacer las cuentas con ese patrimonio espiritual y social que constituye en sí mismo una fuerza material. Y esa poderosa incógnita está lejos de haber sido despejada.

La Oposición de Izquierda en el partido comunista soviético escribía tan temprano como 1927, en un documento que ya entonces, diez años después de la revolución, había que repartir ilegalmente:

Durante los próximos planes quinquenales quedaremos todavía lejos de los países capitalistas avanzados. ¿Qué sucederá en ese tiempo en el mundo capitalista? Si admitimos que pueda disfrutar de un nuevo periodo de prosperidad que dure algunas decenas de años, hablar de socialismo en nuestro país atrasado será una triste necesidad. Tendremos que reconocer que nos engañamos al considerar a nuestra época como la de la putrefacción del capitalismo. En este caso, la República de los Soviets será la segunda experiencia de la dictadura del proletariado, más larga y más fecunda que la de la Comuna de París, pero al fin y al cabo una simple experiencia. [...] El proletariado europeo necesita un tiempo mucho menos largo para tomar el poder que el que nosotros necesitamos para superar, desde el punto de vista técnico, a Europa y a Estados Unidos. Mientras tanto, tenemos que reducir sistemáticamente la distancia entre el rendimiento del trabajo en nuestro país y el de los otros. Mientras más progreseemos, estaremos menos amenazados por la posible intervención de los precios bajos y, en consecuencia, por la intervención armada.

La historia, como siempre, resultó mucho más compleja y enredada. El proletariado europeo no tomó el poder, vino primero la intervención armada (1941) y mucho después la de los precios bajos, y otras cosas sucedieron. Pero la claridad de aquella visión estratégica de largo plazo y de sus elementos fundamentales es indiscutible. Todavía es temprano para asegurar que el peor de esos pronósticos —la revolución rusa como una segunda y gigantesca Comuna de París— haya terminado por cumplirse. Parece evidente, sin embargo, la superioridad y la objetividad de este método de análisis frente a la ceguera sin futuro de la teoría del socialismo en un solo país. Es el método que es preciso recuperar.

10. La actual ofensiva planetaria del capital no sólo aspira a destruir cuanto subsiste de la revolución de octubre en la Unión Soviética, en China y en otras partes del mundo. Quiere borrar la idea misma de socialismo de las mentes y los sueños de los seres humanos. Por seguro que sea el fracaso de esta tentativa —el socialismo renace todos los días en la rebelión contra la explotación del capital, en las relaciones de cooperación y solidaridad de los trabajadores asalariados y en las movilizaciones democráticas de los pueblos—, es igualmente seguro que el socialismo no podrá recuperar su lugar en las esperanzas humanas ni el marxismo el suyo como teoría revolucionaria sino a través de una profunda reorganización crítica de las ideas socialistas y una recuperación y actualización de las premisas marxistas, la primera de ellas la idea de la transición como una época planetaria entera.

Nuestro siglo de revoluciones y contrarrevoluciones debe ser nuevo objeto de estudio global del marxismo. Los remiendos sucesivos del jrushovismo, el breznevismo y el gorbachovismo, recibidos apologeticamente cada vez por los seguidores de la teoría del socialismo en un solo país, deben ser sometidos a la misma crítica radical.

El socialismo no podría avanzar como fuerza política organizada sin *alianzas políticas* y acuerdos de los tipos más variados en las diferentes situaciones concretas, sea con determinados sectores o ideólogos de la burocracia o con otras fuerzas diversas puestas en libertad por la crisis de esos regímenes.

Pero el marxismo no es una simple idea política. Es una teoría de la sociedad capitalista, de sus formas de explotación y alienación y de sus insalvables contradicciones; de las relaciones de dominación y subordinación entre los seres humanos y de las condiciones de su abolición; y de la conformación bajo el capitalismo de una moderna clase de trabajadores asalariados en cuyas relaciones de *cooperación y solidaridad* estaría el germen, presente en esta sociedad, de las posibles relaciones de una sociedad futura de productores libremente asociados, de mujeres y hombres libres e iguales.

En tanto teoría moderna de la dominación, la alienación, la explotación, la revolución y la liberación, el marxismo no hace *alianzas teóricas* ni combinaciones eclécticas de diversas teorías. Con esa condición, la crisis deberá ser también ocasión y apertura de una nueva acumulación en el pensamiento marxista y en el programa del socialismo.

11. El nuevo terreno de esta acumulación teórica y política es la singular combinación que vivimos entre la apertura de nuevos horizontes de expansión para el capitalismo, su previsible absorción de poblaciones enteras crecidas y educadas en relaciones ajenas al capitalismo y al mismo tiempo los síntomas persistentes de declinación en el centro todavía más poderoso del sistema, Estados Unidos. La crisis del socialismo, la expansión territorial del capitalismo y su reestructuración en nuevos grandes bloques, vuelve a plantear la posibilidad de guerras intercapitalistas por un nuevo reparto del mundo. Panamá y el Golfo Pérsico podrían ser apenas vislumbres de este viraje de la historia. La barbarie capitalista está lejos de haber tocado sus límites.

Al mismo tiempo, seguimos asistiendo a una expansión sin precedentes, en profundidad y en extensión, del conocimiento, la cultura y el número de los trabajadores asalariados bajo nuevas formas de organización del trabajo y la producción. Se configura así una confirmación y una mutación de lo que para la teoría marxista es la contradicción social dominante del siglo: la contradicción entre el trabajo y el capital, que colora epocalmente todas las otras complejas contradicciones y relaciones entre los seres humanos y entre éstos y la naturaleza, *cada una de las cuales sin embargo debe ser tratada en su propio mérito y no asimilada a ninguna otra.*

Ese es también el terreno de la reorganización del moderno pensamiento marxista, imposible bajo cualquiera de las versiones del socialismo nacional.

12. Los socialistas y los marxistas hemos recorrido en este siglo un largo camino. No renegamos de nada, luchas, aciertos y errores. Nada hay más superficial que la suposición de que el socialismo fracasó. La idea socialista, a lo largo de nuestro siglo, cambió el mundo; permitió conquistas imborrables ya incorporadas a la vida

social en todos los países; iluminó las mayores luchas y movilizaciones liberadoras de la humanidad; y dio actualidad viviente y secular, contra la humillación, la opresión y la explotación de los regímenes capitalistas y precapitalistas, a las antiguas aspiraciones humanas de justicia, libertad, igualdad, solidaridad y conocimiento. El socialismo ha sido la guía y el motivo de los sentimientos, los sueños y las acciones más generosas en nuestra época. El siglo, que parece cerrarse con un repliegue general del socialismo, se cierra en cambio con los prolegómenos de una nueva liberación de esas ideas que al socialismo dieron origen.

La crisis significa también la desvalorización de las viejas ideas, los antiguos conocimientos y la fuerza de trabajo intelectual que era su portadora, así como la apertura de una nueva acumulación. Estamos al comienzo de un nuevo ciclo de acumulación teórica, comienzo no marcado por la aparición de alguna obra teórica fundadora sino por acontecimientos planetarios y epocales.

Pero el marxismo, como todos sabemos, no es sólo una teoría sino también una práctica. Exige por eso una *ética* que otras teorías y conocimientos no demandan. No ha habido nunca y no habrá reorganización del ideal socialista y de la teoría marxista sin una idea moral en sus cimientos. Nada se puede reconstruir sobre la ignorancia, el ocultamiento, la mentira y la calumnia. La crítica de las ideas es también una crítica de la práctica y ésta sólo es posible si la preside una *ética de la conducta política marxista*, exigencia desconocida, innecesaria o antagónica para otras escuelas de la política. Esa es también la gran lección del desastre de las dictaduras burocráticas y de las mentiras y falsificaciones del socialismo en un solo país.

Ninguna discusión que oculte en todo o en parte el pasado, que se niegue a ver y criticar el error teórico y sus inexorables y funestas consecuencias prácticas o que intente poner los límites de los intereses particulares al instrumento universal de la crítica, tendrá el menor futuro.

La Unión Soviética, en la riqueza acumulada de su experiencia y su pensamiento social e individual, guarda potencialidades todavía no reveladas para el futuro del socialismo. Sólo se nos mostrarán y nos iluminarán si no ponemos límites artificiales o arbitrarios a nuestra crítica, nuestro conocimiento y nuestro aprendizaje del pasado.

13. Como alguien que ha vivido en este siglo, “nuestra patria en el tiempo”, no alcanzo a ver ahora razones valederas para la tristeza, la desolación y el desconcierto que gana a tantos socialistas. ¿Es que se han olvidado de cuanto quedó ya a nuestras espaldas?

Este fue el siglo del fascismo y el nazismo, sus campos de exterminio, sus hornos de cremación, su genocidio de los judíos y los doce millones de muertos, según Jrushov, en las represiones stalinistas; las guerras coloniales y la tortura metropolitana; las hambrunas en Africa y las devastaciones de la naturaleza en el planeta; las dos guerras mundiales y las innumerables guerras entre naciones; las deportaciones de pueblos y el genocidio de los armenios; el racismo y el macartismo en Estados Unidos, el *apartheid* en Sudáfrica y el despojo de su patria a los palestinos; la traición comunista a Barcelona y la barbarie franquista; China invadida

por Japón y las bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki; Camboya arrasada por los bombardeos de Estados Unidos y después por los comunistas de Pol Pot; Vietnam martirizado por franceses y estadounidenses y la guerra entre China y Vietnam; las guerras religiosas en la India y el Shah y el Ayatollah en Irán; las atrocidades de los militares argentinos contra su propio pueblo y la crueldad de Thatcher asesinando presos irlandeses; la entrada de los tanques soviéticos en Budapest y en Praga y la masacre de comunistas en Indonesia; la interminable tiranía en Guatemala y la larga guerra sucia de los militares contra la democracia y el pueblo de El Salvador.

Como el ángel de la historia de Walter Benjamin, esta pirámide de ruinas podemos contemplar si miramos hacia atrás en nuestro tiempo. Pero por cada una de esas ruinas, se alzan en este siglo aéreas arquitecturas de devoción, heroísmo y solidaridad levantadas por los seres humanos en su infatigable resistencia, en la interminable persecución de su propia libertad. Desde la revolución mexicana de 1910 hasta la vietnamita de 1975, la nicaragüense de 1979 y las europeas de 1989, este es también el siglo de las revoluciones. Sólo una gran hipocresía o una gran ignorancia pueden separar la maduración del reclamo democrático en este fin de siglo de la obra libertadora y demoleadora de imperios, opresiones, dinastías y tiranías que estas revoluciones realizaron, casi siempre acosadas y combatidas por el poder militar y financiero de Estados Unidos, Gran Bretaña y las otras grandes potencias "democráticas".

También en este siglo echó raíces universales la democracia, que no nos fue dada en parte alguna como un subproducto del mercado. En toda América Latina, el respeto al voto no fue gracia concedida por las clases gobernantes, terratenientes y capitalistas. Fue arrancado en durísimas luchas por los trabajadores, los campesinos, los pobres, las mujeres, los jóvenes, contra las oligarquías agrarias y el capitalismo bárbaro y militarista. Así fue en Chile, Argentina y Uruguay, en Brasil y Venezuela, en Perú, Bolivia, Ecuador y Colombia, en Costa Rica y el Caribe. Así deberá ser, todavía, al menos en México, Panamá y Centroamérica.

El socialismo y el marxismo latinoamericanos tendrán también que rescatar plenamente su memoria histórica, muchas veces borrada o deformada por la historia oficial del "marxismo-leninismo", dogma que hoy se ha desplomado junto con el muro de Berlín y con las glorias de Stalin y Breznev. Las raíces de nuestro socialismo se entrecruzan en la historia latinoamericana con las rebeliones y movimientos agrarios, nacionales y antimperialistas. Esa es nuestra estirpe, no la que nos inventaron los autores de manuales, así como la estirpe del socialismo francés está en 1789, 1848 y 1871 y la del soviético en los populistas y los marxistas rusos.

Entonces recuperaremos, desde las primeras décadas de este siglo, a los sindicalistas revolucionarios que en Estados Unidos, México, Cuba, Brasil, Argentina, Chile, Bolivia o Uruguay organizaron por todo el continente sindicatos, huelgas y huelgas generales desde comienzos de este siglo; al socialismo agrario de Zapata y los organizadores de movimientos campesinos en todos nuestros países; y a los grandes nombres de nuestra compleja y larga estirpe socialista latinoamericana, los protagonistas olvidados, postergados o embalsamados por las historias

partidarias oficiales, ellos mismos con sus luces y sus sombras como todos los humanos de esta tierra.

14. *Revoluciones democráticas* es el nombre de los actuales movimientos de los pueblos para conquistar su derecho a gobernarse. Los acecha una nueva dominación del capital y del dinero, que como siempre trae consigo la exclusión, la opresión, la pobreza para muchos, la riqueza para pocos y las guerras para todos. Pero antes de poder organizarse para enfrentarla con los ojos abiertos —lo cual llevará tiempo, trabajo y sufrimientos—, a esos pueblos les era indispensable dejar atrás la opresión burocrática del pasado inmediato, su universo mental de mentiras impuestas y de doble lenguaje, su mundo de verdades negadas y de historia oficial, sus aparatos corruptos, secretos, arbitrarios e impunes.

La dominación burocrática, orgánicamente sustentada en la hipocresía, es la mayor enemiga de la organización libre y autónoma y la independencia de las fuerzas y el pensamiento del trabajo. Sin estas condiciones, la lucha por el socialismo y el socialismo mismo son inconcebibles. Romper desde abajo esa dominación era y sigue siendo la primera condición para organizar esta lucha sobre bases más extensas y con experiencias históricas mayores y más profundas.

Rompiendo la noche es el título del libro donde Piattinski relata el combate heroico, silencioso y clandestino de los bolcheviques contra la autocracia y la censura zaristas. *Es medianoche en el siglo*, llamaba Víctor Serge en 1937 a su crónica sobre el horror de la dictadura stalinista. *La noche quedó atrás*, titulaba Jan Valtin a la historia de su escape individual de los infiernos gemelos del stalinismo y el nazismo. La metáfora ambigua de la noche alude a los orígenes a la vez iluministas y románticos de la rebeldía de los marxistas. Vivimos ahora días de ilusiones perdidas para unos y pesadillas disueltas para otros. No basta. Para poder liberar de la noche al socialismo, es preciso antes restablecer la verdad y la memoria y poner en libertad a la palabra. En eso estamos.

San Angel, México, DF, 27 noviembre 1990.



El derrumbe del socialismo de Estado y las perspectivas del socialismo marxista

Alejandro Dabat

La crisis del “socialismo realmente existente” tiene una dimensión histórica mucho más amplia que el derrumbe del socialismo de Estado en la Unión Soviética y Europa del Este. Tan importantes como él son otros aspectos actuales de la crisis, como la orientación capitalista de las revoluciones democráticas de masas que lo están demoliendo o los grandes avances de la reestructuración del capitalismo mundial. Pero si además la situamos en un contexto más general que abarque la degeneración muy anterior de la socialdemocracia o los debilísimos logros políticos y sociales del marxismo alternativo en el resto del mundo, resulta evidente que es un fenómeno que envuelve al conjunto del socialismo contemporáneo.

Por esas razones, el debate autocrítico de los socialistas, no puede limitarse a una mera crítica externa al corazón ideológico del marxismo burocrático que hoy fenecer (stalinismo, leninismo). Debe más bien, abordarse desde una perspectiva histórica y teórica mucho más amplia, que abarque las causas y el desenvolvimiento del fenómeno, que lo sitúe en el contexto de las nuevas condiciones y problemas del mundo actual y que lo contraste con la propia teoría marxista.

Sin este tipo de debate amplio y descarnado, la propia teoría del socialismo perderá sentido, y la propia lucha de los trabajadores y explotados no tendrá otra guía que la crítica moral a la injusticia o la creencia religiosa en alguna vieja o nueva forma de utopía.

Para abordar ordenadamente algunos de esos problemas, dividiré la exposición en tres partes. En la primera, trataré de ubicar la crisis en una perspectiva histórica. En la segunda, de situarla en el contexto de la tradición teórica marxista y el debate histórico socialista. En la tercera, finalmente, esbozaré algunas ideas en torno a las posibilidades y perspectivas de un nuevo tipo de socialismo adecuado a las condiciones del mundo moderno.

1. EL DERROTERO HISTÓRICO DEL SOCIALISMO DE ESTADO

La crisis del socialismo “realmente existente” es un fenómeno mundial que abarca al conjunto de los países regidos por el socialismo de Estado,¹ al bloque interna-

¹ Entre todas las conceptualizaciones utilizadas para denominar a la formación social de esos países, utilizo la de socialismo de Estado por considerar que es la que más se ajusta a la caracterización del fenómeno. Se discute con razón sobre la posibilidad y conveniencia de llamar socialista a un tipo de régimen social tan alejado de la idea marxista original. Pero dado que constituye un resultado del tipo

cional por ellos constituido (el llamado campo socialista), a los Estados periféricos capitalistas o semicapitalistas asociados a su órbita de influencia, a los partidos y movimientos políticos integrantes del movimiento comunista oficial o vinculados a los centros y subcentros del mismo, y a la propia teoría y cultura emanada de ese socialismo. Es por lo tanto, un fenómeno global que sólo puede ser comprendido adecuadamente desde una perspectiva histórica muy amplia.

La conformación del socialismo de Estado y el llamado campo socialista fue la cristalización final del proceso de transformación social mundial iniciado por la revolución rusa de 1917. Como tal, fue el resultante de la conjunción entre el proyecto jacobino de revolución desarrollado por los bolcheviques y las condiciones históricas internas e internacionales en que operó: la vastedad y el atraso relativo de la Rusia prerrevolucionaria, su aislamiento internacional, la crisis del capitalismo mundial desde la primera guerra mundial hasta muy entrada la segunda posguerra, o su expansión internacional a otras áreas del mundo casi siempre más atrasados que la propia Rusia (con la excepción de algunos países euroorientales).

Este último nivel —el rasgo burocrático-militar presente en todo momento en la política externa de la Unión Soviética— dio un acusado carácter imperial tanto a la reconstitución de su propio Estado después de la revolución, como a la incorporación al bloque soviético de los países de Europa del Este.

El acelerado crecimiento del poderío económico y político-militar de la Unión Soviética y su asociación ulterior con los países más industrializados de Europa del Este, convirtió al campo socialista en el núcleo de atracción de las revoluciones nacionales del tercer mundo que trataban de orientarse hacia una vía no capitalista de industrialización y reforma social. La Unión Soviética les garantizó asistencia técnica, económica y un escudo nuclear protector. Pero en la medida en que lo hizo, difundió sus propias formas de organización económica y política en el conjunto del campo.

El rasgo central del socialismo soviético, fue la estatización total de la economía y la vida social, la completa eliminación de la democracia política y las libertades civiles y la ideologización extrema de la cultura y la propia ciencia. La sociedad se estructuró en torno a una pirámide administrativa de poder (la llamada "*nomenklatura*"), cuya cúspide burocrática y militar detentó enormes privilegios de función, que la convirtieron en una clase explotadora (monopolio de la gestión de los medios de producción y la información, utilización discrecional del patrimonio público, acceso exclusivo a los bienes de consumo escasos, etcétera).

En este marco, la clase obrera (como el conjunto del pueblo) fue excluida de las decisiones de poder, de la gestión empresarial o del derecho a la organización sindical independiente, pese a lo cual obtuvo importantes logros en materia de seguridad y servicios sociales, dentro de un contexto distributivo general menos de-

de construcción socialista (o, si se quiere, de transición al socialismo) iniciado a nivel mundial a partir de la revolución socialista rusa de 1917, me parece evidente que es una modalidad primitiva de socialismo o, más estrictamente, un protosocialismo burocrático. Debe recordarse que en *El manifiesto comunista*, el propio Marx reconoció la existencia de muy distintos tipos de socialismos como el feudal, el pequeño-burgués, el burgués o el utópico.

sigual que el capitalista, y (en la época posestalinista de paternalismo burocrático) bastante favorable a la gran masa de obreros no calificados.² También la mujer obtuvo grandes logros sociales, como fue el caso de licencias de maternidad muy prolongadas, el aborto legal y gratuito, la generalización del servicio de guarderías, la incorporación masiva a la educación y el trabajo remunerado. Pero la plena subsistencia de la cultura patriarcal y el enorme retraso en la producción de bienes para el hogar, generalizaron la doble jornada femenina al punto de eliminar prácticamente el tiempo libre de la mujer y excluirla de la actividad cívica y cultural a un nivel mayor que en el capitalismo.

Este tipo de organización social se tradujo en una extremada concentración del poder que —a pesar de su naturaleza despótica y bárbara— permitió entre los años treinta y sesenta procesos muy rápidos de industrialización, urbanización y constitución de una tecnología militar de punta, gracias a la movilización en masa de la fuerza de trabajo, la realización de enormes masas de inversión en la industria pesada y la asimilación sectorial de tecnología occidental en una época de transformaciones tecnológicas mundiales aún relativamente lentas. La enorme concentración del poder asociado al control de la tecnología militar más avanzada, convirtió a la Unión Soviética en superpotencia mundial —amén de su supremacía militar convencional en el continente europeo y el equilibrio nuclear con los Estados Unidos.

Este tipo de desarrollo estatista-burocrático, basado en una organización social estructurada en torno a jerarquías políticas y administrativas, se apartó en cuestiones filosóficas, sociales y políticas fundamentales del ideal socialista original y de la teoría marxista clásica. Pero apareció para sectores muy amplios de la intelectualidad y el movimiento popular de los países coloniales y atrasados como enormemente atractiva y como materialización “real” de los ideales y principios expuestos, en la medida en que fue vista como el único medio de alcanzar un tipo de moderniza-

² Pasada la época heroica de la industrialización acelerada y la “guerra patriótica”, tuvo lugar en la Unión Soviética un sensible proceso de atenuación de las grandes desigualdades salariales de la época de Stalin, que coincidió con la desmilitarización del trabajo. El abandono progresivo del pago a destajo, el fuerte incremento de los salarios mínimos generales y la reducción relativa de los ingresos de los ingenieros y técnicos o de las bonificaciones de la administración, condujeron a un achicamiento muy fuerte del abanico salarial que benefició particularmente a los obreros en desmedro de los empleados y profesionales. Según Nove, entre 1950 y 1978 los salarios nominales percibidos por los obreros se elevaron en 544 por ciento, contra 298 por ciento de los empleados y 387 por ciento de los ingenieros y técnicos, pasando a configurar un cuadro dentro del cual los salarios obreros superaban en 1978 en un 25 por ciento a los de los empleados y eran solo un 12 por ciento más bajos que los de los ingenieros y técnicos (*El sistema económico soviético*, Siglo XXI, México, 1982, p. 281). Lo mismo parece haber sucedido en los restantes países de Europa Oriental (ver por ejemplo Kaser y Zielinski, *La nueva planificación económica en Europa Oriental*, Alianza, Madrid, 1971). Esta tendencia hacia la igualación entre las dos últimas categorías continuó en la primera mitad de los ochenta (o sea en el periodo de mayor caída de la productividad y del incremento del ausentismo), al punto de que la *perestroika* la considerara como un obstáculo al mejoramiento profesional de los trabajadores y el restablecimiento de la eficiencia en el trabajo (Ver declaraciones de Leonid Kostin al anunciar la nueva política salarial, publicadas en el suplemento financiero de *Excelsior* del 13 de mayo de 1987).

ción económica, social y cultural más rápida y, al mismo tiempo, socialmente más justa que cualquiera otra factible de lograr en las condiciones del capitalismo.

Sobre la base de esa paridad militar, y de la suposición —que a la postre se demostraría doblemente errónea— que ese tipo de socialismo garantizaba un crecimiento necesariamente más rápido y superior que un capitalismo supuestamente incapaz de desarrollar nuevas fuerzas productivas, los teóricos del PCUS formularon la idea que dominaría la línea principal del pensamiento socialista de posguerra. Sostuvieron que si se lograba evitar una guerra nuclear, el campo socialista aventajaría en capacidad productiva al capitalismo en pocos decenios (mucho antes de la finalización del siglo XX), lo que rompería el equilibrio del poder mundial en su favor mediante la incorporación masiva de los países capitalistas dependientes a su esfera de influencia y la progresiva transformación interior de los propios países capitalistas avanzados por obra de la acción de los partidos comunistas nacionales.

Al lado de esta concepción estratégica —y estrechamente vinculada a ella— se desarrolló otra alternativa de tipo dependiente-tercermundista radical, que demostraría ser igualmente errónea. Conforme esta última, el derrumbe del capitalismo no provendría del crecimiento económico de la Unión Soviética y los países industrializados de Europa del Este, sino del desarrollo de revoluciones nacionales en el tercer mundo, que romperían con el mercado capitalista mundial, estatizarían la producción e impulsarían procesos de industrialización autónomos (o conectados directamente al campo socialista) que privarían a los países capitalista-imperialistas de los sobrebeneficios derivados de la explotación de la periferia. La similitud con el anterior, está en el intento por generalizar la misma vía estatista-burocrática en el desarrollo socialista nacional de cada país, enfatizando en otro tipo de mecanismo de transición mundial al socialismo: la creencia de que el capitalismo no podría subsistir sin el saqueo del tercer mundo.

La experiencia histórica ulterior destruiría, sin embargo, estas expectativas. La crisis del stalinismo de los cincuenta (frustrado intento reformista de Jrushov), la ruptura chino-soviética o las invasiones a Hungría y Checoslovaquia, constituyeron sólo preavisos que operaban en un contexto que parecía ser cada vez más favorable (revolución cubana, guerra de Vietnam, revolución cultural china). En el decenio de los setenta, el tercer mundo fue sacudido por una oleada impresionante de revoluciones o movimientos nacionalistas adscriptas o aliadas al campo socialista, en Vietnam, Kampuchea, Laos, Afganistán, Yemen del Sur, Irán, Libia, Angola, Mozambique, Cabo Verde, Guinea-Bissau, Etiopía, Zimbabwe, Benin, Congo-Brazzaville, Madagascar, la República Sarahuí, Nicaragua, Granada, Jamaica o Surinam. Simultáneamente, el curso de los acontecimientos internacionales en esa década no pudo ser más desfavorable al capitalismo y al imperialismo. Tras la desastrosa derrota sufrida por los Estados Unidos en Vietnam, aparece la OPEP en 1973, y estalla en 1974 la esperada crisis global del capitalismo, a un nivel de profundidad y generalidad sólo alcanzada en la gran depresión de los treinta. Pero el conjunto de estos acontecimientos, en lugar de constituir el prólogo del triunfo mundial del socialismo burocrático, es el comienzo de su ruina.

A diferencia de lo sucedido en la anterior gran crisis del sistema capitalista en los años treinta, el socialismo de Estado de los setenta no se comportó mejor que las economías industriales de Occidente, ni en Europa del Este, ni en la periferia asiática, africana o latinoamericana. Bajo el signo de la decadencia brezhneviana, la economía de la Unión Soviética y de los demás países del campo, entró en una era de pertinaz declinación y estancamiento,³ a pesar de los supuestos beneficios que debió brindarle la crisis del capitalismo y el excepcional elevamiento de los precios del petróleo, principal producto soviético de exportación.⁴ Es en este contexto que comenzó a declinar acentuadamente el nivel de vida de la población y aparecieron síntomas muy graves de descomposición social, como la generalización del alcoholismo, el ausentismo laboral o la aparición en gran escala de la corrupción administrativa, el mercado negro, la prostitución, que se hicieron públicos en la década siguiente.

En el plano exterior, la descomposición se expresó principalmente en la aparición de las guerras intersocialistas (invasión de la Unión Soviética a Afganistán, de Vietnam a Campuchea, o de China a Vietnam) y en la participación de centenares de miles de soldados soviéticos, vietnamitas o cubanos en guerras civiles internas en Afganistán, Campuchea, Etiopía o Angola. Este tipo de intervención militar generalizada, junto al incremento de los subsidios a los gobiernos involucrados en estas guerras, mereció el repudio del pueblo soviético, y gravó aún más a una economía cada vez más frágil. Este conjunto de elementos degenerativos pasaron a adquirir una dinámica incontenible cuando el fin del auge petrolero de los años ochenta, creó una situación económica insostenible.

A un nivel propiamente interno, tal situación debe ser vista como el resultado del agotamiento del patrón de desarrollo económico extensivo de "acumulación socialista originaria" heredado de la etapa stalinista,⁵ y los esfuerzos por prolon-

³ Tras haber crecido a una tasa cercana al 6 por ciento entre 1950 y 1970, el producto nacional bruto de la Unión Soviética redujo su dinamismo a un 3.8 por ciento en 1971-75 y a un 2.8 por ciento en 1976-80 (Goldman, *URRS in crisis*, Norton, Nueva York, 1983). De allí adelante, conforme reconoce Abel Agambegyan, el crecimiento fue prácticamente nulo.

⁴ Según la revista inglesa *The Economist*, entre los años 1974 y 1980 la producción soviética de petróleo (el principal producto de exportación del país), creció en cerca del veinte por ciento como resultado de la incorporación a la producción de los enormes campos del occidente de Siberia, en un periodo en el que los precios internacionales se multiplicaron quince veces, lo que dio al país ingresos externos superiores a los cien mil millones de dólares. (Ver Sección Financiera de *Excelsior* del 7 y 8 de junio de 1990). Tales ingresos externos en divisas fuertes, fueron la base material que permitió la considerable ampliación del apoyo económico y militar a los países extraeuropeos del campo socialista.

⁵ El patrón de acumulación desarrollado por la Unión Soviética en la era stalinista (1929-54), se basó en lo fundamental en las propuestas del principal economista trotskysta E. Preobashensky, que preconizaban la necesidad de que la transición al socialismo fuera precedida de una etapa de acumulación socialista originaria. El rasgo central de esa política, fue la construcción acelerada de una base industrial pesada de propiedad estatal, mediante la exacción de la economía campesina y la maximización de la inversión industrial. Un aspecto fundamental de esta política, fue la colectivización forzada de la agricultura y la estatización del conjunto de la economía. Como señalaremos luego, este tipo de política condujo inevitablemente a la burocratización extrema de la vida social y a la postración de la

garlo infructuosamente en otras condiciones históricas. Como es sabido, la economía stalinista siguió una orientación extremadamente voluntarista —de establecimiento de metas subjetivas y maximización de la inversión a toda costa—, sustentada en la extrema centralización de las decisiones y el control, en el uso dispendioso de los recursos naturales, los materiales y la fuerza de trabajo, que jerarquizó el crecimiento de la industria pesada y militar en desmedro de la agricultura y la industria productora de bienes de consumo. Este patrón pudo funcionar en las condiciones de un país rural y analfabeta, conmovido por el mensaje revolucionario y patriótico, que contaba con grandes reservas inutilizadas de mano de obra y recursos naturales. Pero dejó de hacerlo al aparecer condiciones económicas, sociales y culturales que requerían de desarrollo económico sustentado en el cambio tecnológico, el elevamiento sistemático de la productividad y la calidad del trabajo, la descentralización de las decisiones y el uso cuidadoso de los recursos naturales y el medio ambiente.⁶ A pesar de la enorme experiencia y bibliografía que se acumuló en este sentido desde la década de los sesenta, ni la Unión Soviética, ni los países industrializados de Europa del Este, pudieron realizar exitosamente un tránsito al “socialismo desarrollado” por razones consustanciales a la propia organización social del sistema.

En el plano estrictamente económico, la transición fue bloqueada por un conjunto de factores consustanciales al propio régimen estatista burocrático. Probablemente el principal obstáculo al cambio, parece haber estado en la baja productividad media del trabajo, y especialmente en la tendencia hacia el estancamiento o la reducción de la misma.⁷ Esto fue resultado, tanto del exceso relativo del personal y la utilización de tecnología obsoleta en casi todas las ramas industriales —excluida la militar—, como de la falta de verdaderos incentivos al trabajo y la eficiencia. En este último aspecto, se conjugaban el sistema de planeamiento y

agricultura. Véase al respecto mi trabajo “Campo y ciudad en la transición socialista. Los casos de la URSS y China”, *Teoría y Política*, núm. 5, México, septiembre de 1981.

⁶ La entrada de la Unión Soviética y los países de Europa Oriental en una nueva fase de desarrollo económico de tipo “intensiva” (en contraposición a la anterior de naturaleza “extensiva”) fue planteada muy claramente por Oscar Lange en 1963. “La economía de los países socialistas (URSS y Europa del Este) —escribió Lange— ha madurado”, “ha dejado de ser una economía subdesarrollada para convertirse en una economía industrial moderna”, compleja y diversificada. Por esa razón, “para mantener el desarrollo económico hay que pasar de los medios extensivos a los medios intensivos. Medios intensivos quiere decir aumento de la productividad del trabajo, aumento de la eficiencia de la organización de la economía nacional y del progreso técnico”. (Véase Jorge Alvarez, *Desarrollo y socialismo*, Buenos Aires, 1969, pp. 118-120).

⁷ Antes de que la Unión Soviética cayera en el estancamiento brezhnevista, la productividad del trabajo industrial en el país se hallaba en una proporción de 1 a 2.5 en relación a la de la industria norteamericana (A. Bergson, *Productividad y sistema social: Rusia y Occidente*, EUDEBA, Buenos Aires, 1981). Pero, desde entonces, la productividad del trabajo soviético creció muy lentamente hasta 1978-80 y parece haber caído sensiblemente desde entonces (cuando el estancamiento del producto coincidió con el continuo crecimiento del empleo arrastrado por el crecimiento demográfico). Por ello, el retraso frente a Estados Unidos tiene que haberse acentuado muy sensiblemente, probablemente al nivel de 1 a 3.5 hacia finales de la década de los ochenta. En cuanto a la agricultura, la diferencia es mucho mayor aún, y puede situarse en la actualidad al nivel de 1 a 10 (*The Economist* del 9 de abril de 1988).

organización centralizados (que sólo requería de las empresas el cumplimiento formal de las directivas), el rezago de la producción de bienes de consumo (que hacía ilusorios los mayores ingresos monetarios), el régimen de promoción (que premiaba la lealtad política y el conformismo social por encima de la eficiencia en el trabajo) y la exclusión de los trabajadores de la participación en la gestión y los logros de los colectivos de trabajo.

Otro obstáculo fundamental fue el parasitismo burocrático que absorbió la mayor parte del excedente económico. Dentro de él, destaca el enorme gasto militar que consumía entre el quince y el veinte por ciento del producto nacional, y estaba asociado al desmesurado peso de la industria bélica y la concentración de los mejores recursos productivos. En este campo —como en el de otras categorías burocráticas— la reducción del gasto improductivo hubiera liberado enormes recursos para financiar la reestructuración y atenuar los impactos sociales negativos de la misma. Pero precisamente a este nivel, como en el de la extrema centralización de la planificación y el arbitrario sistema de decisiones económicas y burocráticas reproducidas a lo ancho y largo del sistema, se concentró la principal resistencia del sector más poderoso y nutrido de la clase dominante.

La rigidez de la organización económica tuvo su correlato en la vida política. En todas partes la unificación del Estado y el partido en el poder coincidió con la total supresión de la democracia en los diversos niveles de la vida política, social y cultural. Ello afectó particularmente a los sectores más dinámicos de la población, generalizó el conformismo social e impidió la conformación potencial de centros e ideas de recambio. En esas condiciones, las posibilidades de reforma del sistema quedaron necesariamente confinadas a iniciativas de la propia cúpula como lo demostraría el fracasado intento de Jrushov o los intentos de renovación húngara o checoslovaca aplastadas por el ejército soviético. Sólo en Polonia pudo desarrollarse tardíamente —ya en el contexto de la decadencia brezhneviana—, un movimiento opositor de masas nucleado en torno a la clase obrera (Solidaridad) y la Iglesia católica, que llegó a adquirir una fuerza social y política impresionante (sin igual en ningún país capitalista).

A esta evolución interior, se le sumó las consecuencias de los cambios mundiales. Desde fines de los años setenta la economía capitalista mundial entró de lleno en la reestructuración basada en la revolución informática, que tendrá las conocidas consecuencias sobre el desarrollo de las fuerzas productivas, los modos de comunicación, consumo y vida, y —potencialmente— de la propia tecnología militar. Con ella surgía a nivel mundial el nuevo tipo de economía basada en la automatización, la flexibilidad, la calidad y la descentralización, que comenzaría a volver obsoletos a enormes masas de capital fijo, destrezas laborales y conocimientos administrativos anteriores. Ello tenía lugar en un mundo cada vez más internacionalizado y competitivo, que imponía a todos los países la necesidad de adecuarse a las nuevas condiciones bajo pena de marginamiento internacional y descomposición económica y social.

China fue el primer país socialista (fines de los setenta) que modificó radicalmente su orientación económica para tratar de adecuarse a las nuevas condicio-

nes internacionales y superar su estancamiento económico, alcanzando un éxito espectacular –crecimiento cercano al diez por ciento anual medio– que contrastó nítidamente con el estancamiento de la Unión Soviética y Europa del Este. En el contexto mismo de la generación de esas reformas y con la protección del sector más reformista de la dirección del partido comunista, irrumpió la llamada Primavera de Pekín de 1978-79, que constituyó el punto de partida del movimiento democrático juvenil que eclosionó diez años después en las grandes jornadas revolucionarias que culminaron en la masacre de Tiananmen.

La reforma de la Unión Soviética sobrevino más tardíamente que la china (mediados de los ochenta), cuando la declinación aguda de la economía, el crecimiento de la protesta social y política y la presión de los acontecimientos internacionales la hacían inevitable. El *glasnost* y la *perestroika* planteadas por Gorbachov y el nuevo equipo de dirección del gobierno de la Unión Soviética, ha constituido un gran esfuerzo por revivificar y modernizar la economía y la vida social, política y cultural del país, a partir de una revolución desde arriba que convoca a la movilización popular para debilitar y vencer la resistencia de la burocracia a los cambios. Pero ha operado también como factor desencadenante de otros procesos de cambio, ya sean similares –también desde arriba– como los de Bulgaria, Vietnam, Mongolia o los países africanos del la órbita soviética; de otros mucho más profundos, como las revoluciones democráticas que barrieron a la burocracia gobernante en los países más avanzados de Europa del Este, o que la renovaron (como en Rumania); o de los movimientos independentistas y autonomistas de las diferentes nacionalidades oprimidas de la propia Unión Soviética en franca rebelión contra el poder central.

De esta manera todos los países comunistas, con excepción aún de Albania, Cuba y Corea del Norte –no por ello exentos de la crisis– han entrado en la vorágine del cambio.

En el plano económico, Gorbachov propuso originariamente un socialismo de mercado que recogía distintas experiencias y propuestas anteriores, como el cooperativismo de la Nueva Política Económica de los años veinte, ideas de los economistas reformadores de los sesenta como Lange en Polonia, Liberman en la URSS o Sik en Checoslovaquia, la reforma contemporánea húngara,⁸ o más en particular –por su fuerte impacto sobre los actuales reformadores soviéticos–, la

⁸ Las reformas húngaras de 1968 fueron las únicas de los países del Pacto de Varsovia que sostuvieron a la contrarreforma brezhneviana. Según Kaser y Zielinski, sustituyeron la planificación centralizada por un nuevo régimen de “mercado guiado” y descentralización de empresas, que otorgó a estas el derecho a retener parte de sus utilidades y a percibir intereses por sus depósitos bancarios. Los precios pasaron a ser fijados en gran medida por el mercado. Pero a diferencia de Yugoslavia o de las efímeras propuestas polacas de 1957-58 o checa de 1967-68, la reforma húngara no contuvo elementos autogestionarios y fortaleció la autoridad de los gerentes (*La nueva planificación económica en Europa Oriental*, Alianza, Madrid, 1971). Pero las empresas siguieron dependiendo del subsidio financiero estatal (lo que Kornai llamó “relación paternalista” basada en una “restricción presupuestaria suave”), que les impedía quebrar en cualquier circunstancia. La economía reformada húngara funcionó mejor que las más centralizadas del resto del Comecon; pero tampoco evitaron la escasez e ineficiencia crónica común a todos ellos.

exitosa modernización económica de China popular.⁹ La *perestroika* procura modernizar, descentralizar y desmilitarizar la vida económica, combinando las reformas administrativas consiguientes con el establecimiento de un mercado interior limitado y regulado en el que concurren empresas públicas autónomas, cooperativas, individuales y mixtas. En el plano internacional, las reformas propugnan el fin de la guerra fría, la apertura al comercio, la tecnología y el capital occidental, la convertibilidad internacional del rublo y el ingreso al conjunto de las organizaciones mundiales. En el plano político, el *glasnost* procura la renovación y flexibilización del sistema institucional y la apertura a la libre manifestación de ideas y expresiones culturales, como medios que permitan restablecer la autoridad del partido comunista y preservar la unidad estatal de la Unión Soviética. Finalmente, trata de flexibilizar drásticamente la estructura del propio bloque soviético (CAME, Pacto de Varsovia) para compatibilizarlos con el fin de la guerra fría y de su autarquía económica frente al capitalismo.

Pero, aunque lograron desencadenar un amplísimo proceso de democratización político y florecimiento cultural, las reformas desde arriba de la Unión Soviética fracasaron rotundamente en sus propósitos de reactivar la economía y ampliar el consenso social. Los intentos de reforma desorganizaron aún más el aparato burocrático sin poder impedir que éste bloqueara los aspectos fundamentales de las propias reformas.¹⁰ En esas condiciones, comenzó a caer la producción, a generalizarse el desabasto y a adquirir el mercado negro una dimensión

⁹ La reforma china iniciada en 1978 dio lugar a lo que los comunistas chinos llamarían luego una "economía socialista de mercancías". Sus alcances liberalizadores fueron bastante más amplios que los de la húngara, ya que además abarcaron la apertura externa ("áreas económicas especiales", ampliación muy rápida del comercio exterior, inversión masiva de capital extranjero); la descolectivización de la agricultura (el sistema de "responsabilidad contractual" que deja la producción en manos de las familias campesinas); y la legalización de variadas formas de empresas no-estatales (colectivas, privadas, mixtas, arrendamientos y concesiones a empresas capitalistas, etcétera). Como resultado de ello, hacia mediados de los ochenta "más de la mitad del total de la inversión [había] quedado fuera del plan central y el presupuesto estatal" y "de una tercera parte a la mitad de todas las transferencias de productos se [realizaban] fuera del sistema estatal de asignación y la red de comercialización oficial" (A. Doak Barnett, "Ten Years After Mao", *Contextos*, diciembre de 1986). En términos económicos, la reforma tuvo un éxito impresionante; pero debilitó el control del país por la burocracia comunista frente a las nuevas fuerzas sociales emergentes que demandaban ampliar la modernización al plano político. De allí que el endurecimiento político del régimen que siguió al aplastamiento de la rebelión juvenil de fines de los ochenta, también conllevó un esfuerzo por revertir la reforma económica.

¹⁰ Un caso muy ejemplificativo es el del impulso a las empresas cooperativas e individuales, que constituía un pilar fundamental de la recuperación de la producción y la transición a la economía de mercado, especialmente en los sectores agrícola y de servicios. A pesar del énfasis gubernamental en esta política, existen numerosísimas evidencias de que el aparato burocrático obstruyó la conformación de este tipo de empresas de todas las maneras posibles, negándoles permisos e insumos necesarios, acosándolas administrativamente, y promoviendo campañas entre la población contra las empresas prósperas, a las que se acusaba de enriquecerse por encima de la gente común. Una de las causas fundamentales de esta resistencia, es que dichas empresas generaban fuente de empleo y actividad que escapan al control directo de los funcionarios locales.

anteriormente desconocida,¹¹ como resultado de la enorme desviación ilegal de recursos hacia él desde las propias empresas estatales. Ello generó un amplio descontento social que convergió con el estallido generalizado de los movimientos independentistas y autonomistas regionales para conformar una situación caótica de descomposición social y estatal.

El país comenzó a polarizarse entre dos grandes fuerzas. Por un lado, un creciente movimiento democrático de masas encabezado por los intelectuales (el yeltsinismo), cada vez más crítico del liderazgo reformista de Gorbachov, que propugna el multipartidismo, el pasaje rápido hacia una economía "mixta" de mercado fuertemente privatizada y la conversión de la Unión Soviética en un Estado confederal —que reconociera efectivamente el derecho de autodeterminación de las repúblicas—; por su programa y composición social, es un movimiento muy similar a otros de Europa del Este como el Foro Cívico checoslovaco, pero mucho más inorgánico y de mucho menor base social —pues está lejos de aglutinar a la gran mayoría de la población y el movimiento popular. Del otro lado, el bloque conservador compuesto por los sectores más reaccionarios de la burocracia y el mando militar, buscando capitalizar en su favor los sectores más atrasados de la población descontentos con las reformas liberales y contando con la posibilidad de dar un golpe militar —que pasaría a ser viable en el caso de una extrema profundización de la crisis económica, social y política. La acentuación de esta polarización reduce la base política propia del liderazgo de Gorbachov. Pero aunque puede conducir a su caída, no implica necesariamente el triunfo de alguna de las tendencias extremas mencionadas, dada la debilidad relativa de ambas.

El triunfo de la revolución democrática en los países más desarrollados de Europa del Este, conllevó también la apertura de un nuevo proceso histórico. En las condicionales internacionales e internas mencionadas, el pasaje del socialismo de Estado al socialismo de mercado se convirtió, a poco de andar, en otro de transición pacífica y democrática al capitalismo. El elemento central de esta inflexión fue el nuevo carácter privatista que tendió a adquirir la desestatización de las empresas —venta o concesión masiva al capital privado—, en desmedro de las distintas formas de propiedad social no estatal.

Paradójicamente, este proceso fue iniciado por el advenimiento al poder de Solidaridad en Polonia, y la sustitución de su anterior programa autogestionario

¹¹ El mercado negro está conformado por el conjunto de fuerzas que operan al margen de la economía estatal, debiendo distinguirse dentro de él tres tipos de sectores sociales distintos: los trabajadores que laboran ilegalmente por su propia cuenta (*chabachniki*) en áreas donde está prohibido el trabajo privado, como la construcción o los talleres de reparación de bienes de consumo duradero, obteniendo ingresos que son hasta cinco veces más altos que equivalentes de los trabajadores del Estado, aunque sin gozar de ningún beneficio social. Los funcionarios corruptos "que tienen la posibilidad de desviar los bienes altamente subvencionados por el Estado hacia el mercado semisubvencionado o hacia el mercado libre [...] obteniendo beneficios proporcionales a la magnitud de la operación realizada". Y los comerciantes clandestinos que articulan estas distintas operaciones con el mercado de consumo, se dedican al contrabando u operan en el mercado de divisas (Karol, "La URSS de Gorbachov", *Nexos*, México, noviembre de 1987). Entre ellos, los dos últimos sectores constituyen la base principal de la futura burguesía rusa.

por el primer proyecto de privatización generalizada con ayuda del capital internacional (el plan Mazowiecki).¹² Pero alcanzó una nueva dimensión con el pronunciamiento masivo del pueblo estealemán en favor de su reunificación nacional con la RFA, en las condiciones y régimen económico-social de ésta última. En la propia Unión Soviética, ese proceso se abre cuando convergen el fracaso de la política económica de compromiso del gobierno de Gorbachov ("plan Rizkov") y el acceso al poder del yeltsinismo en la federación rusa, el corazón económico, demográfico y político del país. Desde entonces, pareciera que sólo un acuerdo Gorbachov-Yeltsin pudiera continuar el proceso de democratización sin guerra civil, y que este acuerdo —de darse— operaría dentro de una relación interna e internacional de fuerzas cada vez más favorable a la política privatista del segundo.

Pero la transición del socialismo de Estado al capitalismo, aunque enteramente posible, muy probable y ya segura en algunos países, será sin embargo un proceso largo, difícil y socialmente doloroso, que admitirá distintas posibilidades de evolución. Junto a la asimilación lisa y llana al capitalismo occidental, podrán darse otras modalidades mucho más matizadas y sociales, como la conformación de economías mixtas con sectores privados menos desarrollados que en el capitalismo occidental, o con sectores públicos dominantes que agrupen al grueso de la gran industria y los servicios básicos, cualquiera que sea el nivel de privatización de la agricultura, el comercio y la industria y servicios en pequeño.

Dentro de estas alternativas, a su vez, podrán tener pesos muy distintos las empresas cooperativas y autogestionarias o la cobertura de servicios sociales. Pero el elemento fundamental de subordinación al capitalismo será el creciente peso del mercado mundial, que aunque compatible con modalidades socialistas de tipo escandinavo o distintas formas de socialismo de mercado, parece dejar muy poco lugar para la subsistencia a largo plazo de economías autárquicas y de dirección centralizada.

Sin embargo, y con excepción de Alemania Oriental —donde la reunificación estableció un contexto político completamente diferente—, existen en todas partes enormes obstáculos a la privatización. Aún más que la de por sí muy fuerte resistencia de la burocracia, los principales son la debilidad de las premisas económicas y culturales interiores para el cambio —como la escasa acumulación privada de dinero capitalizable y la debilidad de las motivaciones empresariales y competi-

¹² El programa levantado por Solidaridad en el punto culminante de la movilización popular cortada por el golpe militar de Jaruzelski, se ubicaba dentro de lo que podría llamarse un socialismo autogestionario de mercado. Solo planteaba la privatización de empresas a nivel rural (donde defendía la propiedad campesina familiar), y en el caso de las empresas estatales urbanas se pronunciaba por su autonomía con autogestión de los trabajadores. Se pronunciaba expresamente en favor del respeto a "las ideas socialistas de la sociedad" y de la "planificación democrática" (Ver A. Dabat y L. Sepúlveda, "Los sucesos de Polonia y las perspectivas del régimen de Jaruzelski", *Teoría y Política*, núm. 6, México, 1982). El principal fin del Plan Mazowiecki aplicado a partir del primero de enero de 1990, por el contrario, plantea como objetivo final "una economía de mercado de características similares a las de otros sistemas ya probados en países altamente desarrollados" (*Excelsior*, 3 de enero de 1990). El aspecto social del plan se halla en un conjunto de medidas de protección que atenué los efectos sociales del mismo, como los planes de ayuda alimenticia y de vivienda y de ayuda a los desempleados.

vas en la gran masa de la población— o la renuencia del gran capital internacional a invertir en estos países antes de que se haya definido claramente la situación política y social interior. Estas dificultades son mayores en la Unión Soviética que en la mayoría de los otros países de Europa del Este, lo que hace muy difícil que pueda darse en ella el primer tipo de posibilidad (la asimilación lisa y llana al capitalismo occidental).

En cuanto a los costos de la transición, los principales son el desempleo (que ya abarca diez millones de personas en la Unión Soviética), otras pérdidas en materia de seguridad, servicios y derechos sociales (como el derecho al aborto o el amplio sistema de guarderías) o la caída del poder adquisitivo del salario. Estos factores tienden a incrementarse aceleradamente; pero su causa fundamental, especialmente los de carácter económico, no puede atribuirse hasta ahora tanto a la liberalización o la privatización propiamente dicha —que todavía no han tenido lugar en amplia escala—, sino al derrumbe de la economía estatal y al enorme crecimiento del abasto alimentado por el mercado negro a precios altísimos.

En este contexto, la clase obrera tiende a dividirse en torno a las mismas líneas que separan al conjunto de la sociedad. En los países más avanzados de Europa del Este apoya masivamente a la liberalización y privatización económica, que asocia con la democratización política y la destrucción del viejo régimen. Ello también sucede en parte en la Unión Soviética, sobre todo en la República Rusa —incluyendo los colectivos de trabajadores que desencadenaron las principales huelgas— y en las repúblicas socialmente más avanzadas, donde los trabajadores políticamente activos tienden a volcarse en favor del ala democrática y sus propuestas liberalizadoras. Pero en la URSS, un sector muy importante, principalmente integrado por trabajadores no calificados de mayor edad o por pequeños funcionarios afectados o vulnerables ante las reformas, tiende a quedar al margen de la movilización política o a hacer frente común con la fracción conservadora de la burocracia.¹³ Pero lo que más llama la atención, es la notoria pasividad de la mujer ante los cambios políticos y sociales, que parece reproducirse en todos los países. No sólo tiende a quedar relativamente al margen del movimiento democrático general, o al de sus propias demandas de género, sino que tampoco ha logrado articular hasta el presente la defensa social de conquistas históricas como el aborto, amenazadas por la creciente influencia de la Iglesia y el renacimiento del nacionalismo patriarcal.

¹³ La principal organización obrera conservadora de la Unión Soviética, es el llamado Frente Unido de Trabajadores creado a nivel nacional en 1989. Es una organización inspirada en la vieja tradición stalinista constituida para luchar contra las reformas liberalizadoras. Su política consiste en denunciar los peligros que entrañan las mismas para los trabajadores, señalando que no son ellos los que deben pagar el precio de la crisis. Pero también se oponen a la democratización y levantan consignas antisemitas (Ver *Socialist Worker Review*, Londres, números de marzo y julio-agosto de 1990). A pesar de que se trata de una tendencia minoritaria (que ha sido derrotada por los obreros democráticos en los principales congresos obreros), tiene un potencial de crecimiento muy grande ante el inevitable advenimiento de despidos en masa, especialmente entre la enorme masa de los funcionarios y agentes públicos improductivos (administradores, militares, policías etcétera). Por sus posturas políticas, constituye la posible base obrera de un hipotético golpe militar reaccionario.

Dentro de esa polarización, llama la atención la casi inexistencia de corrientes surgidas de las filas de la clase obrera que luchen claramente por una perspectiva democratizadora independiente de la burocracia y las fuerzas privatistas, incluyendo a Polonia —donde existió la tradición autogestionaria de Solidaridad. Las corrientes socialmente más avanzadas de alguna significación, no parecen ser las que resisten a la liberalización o la privatización de la economía, sino las que tratan de mitigarlas mediante diferentes medidas de salvaguarda social (seguros al desempleo, preservación de instituciones de asistencia y seguridad social) o de inscribir dentro de ellas proyectos que incorporen elementos autogestionarios o cooperativos. Esta actitud de la clase obrera, puede atribuirse en parte a factores objetivos derivados de las condiciones sociales y políticas del régimen anterior, como la despolitización o ciertos elementos de corrupción. En el caso de la mujer, parece operar además el agotamiento físico y la desesperanza provocada por la doble jornada y la marginación político-cultural. Pero, en lo fundamental, parece ser una consecuencia de la incapacidad de los proyectos socialistas, autogestionarios o de modernización social manejados hasta ahora para afrontar la pavorosa perspectiva del derrumbe de la infraestructura industrial, la penuria de materiales y alimentos o la creciente dependencia ante las aportaciones financieras y tecnológicas de Occidente. Esta situación objetiva tiende a situar los problemas de la sobrevivencia social o nacional por encima de los del régimen de propiedad y gestión, de las relaciones entre los sexos y las generaciones, o de los ecológicos y de calidad de vida.

2. EL SOCIALISMO DE ESTADO Y LA TEORÍA MARXISTA

Como se planteó en el apartado anterior, el intento de construcción socialista que se desarrolló en la URSS y demás países del bloque soviético, tuvo poco que ver con la tradición teórica original del marxismo. Sin embargo, intentó apoyarse en esa tradición, y en cuanto “marxismo-leninismo” pretendió ser la continuación actualizada de la misma en las condiciones históricas del capitalismo imperialista, apareciendo como tal ante la inmensa mayoría de los partidarios y enemigos del socialismo en el mundo entero. Por esa razón, resulta indispensable abordar a la luz de la experiencia histórica que fenece, el balance de las relaciones entre la misma y el desarrollo paralelo de la teoría y el debate marxista.

El socialismo marxista adquirió entidad teórica propia como crítica a los proyectos inimaginarios del socialismo utópico del siglo XIX y la formulación de un nuevo tipo de socialismo “científico”. El rasgo central del nuevo socialismo, fue la definición del sujeto material de la transformación social (el “obrero colectivo” en cuanto síntesis de las modernas fuerzas del trabajo asalariado y la ciencia), y la aseveración de que él sólo podría madurar y convertirse en fuerza dominante como resultado del desarrollo y las contradicciones del propio capitalismo (la socialización del trabajo, la extensión del mercado mundial y los límites históricos del capitalismo para desarrollar ilimitadamente las fuerzas productivas). Por tal razón, excluía la posibilidad de formular un modelo de sociedad socialista futura,

considerando que éste sólo podía surgir del estudio de la experiencia social de lucha contra el capitalismo y, que —mientras ésta no alcanzara un importante desarrollo— sólo era lícito plantear algunas indicaciones muy generales que sirviesen de guía para la acción.

Esta idea de socialismo científico, fue formulada en las primeras épocas del capitalismo industrial —cuando éste sólo existía bajo formas primitivas en una pequeña parte del mundo— y bajo el influjo de la tradición política voluntarista característica del jacobinismo. Ello dio a su esbozo teórico un sesgo ambiguo y contradictorio, en el que coexistían elementos propiamente científicos aportados por el materialismo histórico o la teoría del capitalismo y otros utópico-románticos aportada por la tradición jacobina, la impaciencia revolucionaria o la subestimación de las dificultades prácticas de la transformación social. En este contexto, sin embargo, algunas cosas eran muy claras, como la idea de que el socialismo sólo podría comenzar a construirse en países donde el alto nivel de desarrollo del capitalismo hubiera generado las premisas económicas, sociales, culturales y políticas que hicieran posible esa transformación por medios democráticos (apoyo de la mayoría de la población), a partir de la autorganización de los propios productores y posibilitando un desarrollo mayor y más equilibrado de las fuerzas productivas de la sociedad.

La revolución bolchevique rompió completamente con esta última tradición, cuando impuso una dictadura revolucionaria comunista y dio inicio al intento de construcción del socialismo en un país atrasado y semicapitalista como Rusia, donde el proletariado y el conjunto de la población urbana sólo constituían un pequeño islote inmerso en un inmenso mar de rudimentarias explotaciones campesinas. Esa decisión, fue considerada en su momento por los marxistas críticos del bolchevismo como una completa ruptura con la tradición socialista, que sólo podía conducir a un monstruoso experimento burocrático;¹⁴ pero también por los propios bolcheviques —en la medida en que concordaban con que Rusia carecía de condiciones internas para el socialismo—, que reconocieron que esas decisiones sólo podían justificarse como factor desencadenante de una revolución europea que creían inminente o —después que se derrumbó esta creencia hacia 1920-21—

¹⁴ Las críticas más interesantes de este tipo son las que provinieron de los mencheviques y de Kautsky. Conforme este último, lo que los bolcheviques estaban construyendo no era el socialismo, sino un sistema de “estatización burocrática” de tipo contrarrevolucionario (que a veces llamaba capitalismo de Estado), puesto que el socialismo no puede existir sin democracia y sin que exista entre las masas trabajadoras “el saber y la conciencia económica necesarias para garantizar un empleo fructífero de las fuerzas productivas por parte de ellos mismos”. Polemizando contra los socialistas que planteaban que lo que la URSS necesitaba era sólo democratizar la superestructura política, sostenía que ella era “irreformable” desde adentro, y solo podía ser superado por medio de una revolución democrática que adaptara la estructura económica al nivel real de las fuerzas productivas por medio de una economía “mixta”, introduciendo nuevamente en cierta medida el mercado y la competencia y democratizando completamente la vida política. (M. Salvatori, “Presupuestos y temas de la lucha de K. Kautsky contra el bolchevismo. Desarrollo capitalista, democracia, socialismo”, en Claudín y otros, *La crisis del capitalismo en los años veinte*, Cuadernos de Pasado y Presente, México, 1981).

del “seguro” triunfo de la revolución colonial contra el imperialismo, que debía provocar el colapso del capitalismo mundial al privarlo de las sobreganancias de monopolio que supuestamente constituían la base de su estabilidad social.

En realidad, los bolcheviques tomaron el poder “sin un programa racional (y mucho menos generalmente aceptado) en relación con lo que considerarían finalmente su objetivo primordial y requisito esencial del socialismo, la industrialización y modernización de la Rusia atrasada y campesina” (Cohen, *Bujarin y la revolución bolchevique*). Su guía de construcción social, no fue por lo tanto alguna idea concreta de construcción económico-social, sino su proyecto voluntarista-jacobino de desencadenamiento de la revolución mundial montado sobre la idea simplista expuesta por Lenin en *El Estado y la revolución*, sobre la posibilidad de prescindir en corto tiempo de la burocracia y los especialistas burgueses y construir un nuevo Estado de tipo comunal. Los choques de estas ideas con la realidad y la necesidad de formular otras nuevas para acomodarse a esta última, darían un carácter errático y pragmático al conjunto de la nueva teoría.

Consecuentes con la idea de que no existían en Rusia condiciones internas para el socialismo, los bolcheviques comenzaron por establecer un “capitalismo de Estado” –conforme Lenin llamara a la propiedad capitalista controlada por el Estado revolucionario desde arriba y el control obrero desde abajo. Pero meses después implantaron el “comunismo de guerra” (1918-21) que estatizó totalmente la industria y el comercio y confiscó las cosechas de los campesinos por medios militares. Tras el interregno de la Nueva Política Económica (NEP) –que expresó un breve intento realista y fructífero por apoyarse en la flexibilización de la dictadura del partido, la cooperativización voluntaria del campo y una industrialización más equilibrada¹⁵ –tuvo lugar la estatización completa de la economía, la industrialización pesada acelerada y la colectivización forzada de la agricultura¹⁶. Am-

¹⁵ La NEP constituyó un intento por revertir la política voluntarista del comunismo de guerra, a partir de una reorientación radical de la política económica y cultural. Se basó en un intento original por generar las premisas internas para una posterior construcción del socialismo. “Si para implantar el socialismo se exige un determinado nivel cultural [escribiría Lenin antes de morir] ¿por qué entonces no podemos comenzar primero por la conquista, por vía revolucionaria, de las premisas para este determinado nivel, y luego, ya a base del poder obrero y campesino y del régimen soviético, ponernos en marcha para alcanzar a los demás pueblos?” (“Nuestra revolución”, en *Obras completas*, tomo 36, Cartago, Buenos Aires). El nuevo camino tenía dos aspectos centrales: a) la conversión de los campesinos en cooperativistas instruidos aliados al poder soviético y la gran industria estatizada; y b) el lograr los máximos ahorros y eficiencia en el aparato estatal, para canalizar los recursos existentes hacia el desarrollo de la industrialización (ver otros trabajos de la misma época como “Sobre la cooperación” o “Más vale poco y bueno”).

¹⁶ Aunque aplicada desde 1928-29, esta política económica fue teorizada por Preobrazhenski en 1922, bajo el nombre de “acumulación primitiva socialista”. Ella consistía, según su autor, en “la acumulación en manos del Estado de recursos materiales provenientes de fuentes externas al complejo económico estatal”, para permitir llegar muy rápidamente (o lo más rápido posible) “a la fase en que da comienzo la transformación técnico-científica de la economía estatal y en la que esta logrará por fin una supremacía puramente económica sobre el capitalismo”. Dentro de este proceso, “la economía estatal no puede dejar de explotar a la pequeña producción, de apropiarse de parte del sobreproducto del campo y el artesanado y de realizar apropiaciones de la acumulación capitalista en beneficio de la

bos saltos burocrático-militares hacia la centralización total del poder y el excedente económico, conllevaron la eliminación de los logros democráticos del periodo anterior, y fueron respuestas a fenómenos aparentemente contingentes, como el desencadenamiento de la guerra civil y la intervención extranjera en 1918 o la lentitud de los logros de la NEP y el temor ante la superioridad económica y militar del capitalismo en 1928-29.

En los hechos, el resultante de esas políticas de construcción socialista tuvo muy poco que ver con los esbozos teóricos precedentes —de los clásicos del marxismo—, y mucho —casi todo— con condiciones históricas compulsivas que orillaron a los revolucionarios rusos a seguir determinados caminos para poder alcanzar y consolidar su poder. Dentro de ese contexto, la aportación fundamental de los actores del proceso a la teoría marxista del socialismo, no estuvo tanto en las ideas que a la larga prevalecieron, sino en el riquísimo conjunto de formulaciones desechadas y temores fundamentados confirmados a la largo de la historia.

El primer grupo de ese arsenal crítico se dio en torno a la problemática de la democracia, y apareció desde el momento mismo en que los bolcheviques ascendieron al poder. En la tradición marxista prebolchevique, el socialismo —cualquiera fuera la forma en que se le definiera— sólo podía ser alcanzado a través de la organización democrática del Estado y la sociedad y del respeto a los derechos de los ciudadanos y los pueblos. Pero por razones siempre fundadas en necesidades reales o supuestas de la revolución, el bolchevismo desconoció desde el comienzo los derechos democráticos del conjunto del pueblo ruso, al comenzar por suprimir las instituciones representativas generales (como la Asamblea Constituyente convocada por ellos mismos), para continuar eliminando la democracia directa más genuina de la revolución (los soviets),¹⁷ cuya existencia había sido utilizada por su “superioridad sobre la democracia formal” para justificar la liquidación de esta

acumulación socialista” (“La ley fundamental de la acumulación socialista primitiva”, en Bujarin-Preobrazhensky, *La acumulación socialista*, Comunicaciones, Madrid, s.f.). Esta política de “dictadura de la industria” (conforme a la denominó Trotsky), fue planteada por la Oposición de Izquierda y aplicada hasta el máximo de sus posibilidades por Stalin a partir de 1928. Uno de sus elementos fue la colectivización forzada de la agricultura (establecida para controlar la totalidad del excedente agrario), a costa de una feroz guerra civil y una terrible hambruna que dejó millones de muertos y liquidó más de la mitad de las existencias ganaderas.

¹⁷ Independientemente de los factores objetivos que debilitaron la organización soviética en los dos primeros años de la revolución (como la guerra civil o el derrumbe de la economía), dichos organismos fueron liquidados de hecho por los propios bolcheviques al prohibir la participación de los partidos opositores y los ciudadanos independientes desafechos. Tal prohibición no se debió a la complicidad de los mismos con la contrarrevolución armada, pues envolvió a fuerzas opositoras como el núcleo principal de los mencheviques que había expulsado de sus files a los que colaboraban con la misma. Este último partido socialista, por ejemplo, luchaba por la reanudación de la asamblea constituyente y la organización de la protesta pacífica contra la orientación totalitaria del gobierno, y su supresión definitiva fue decidida en 1921, después del fin de la guerra civil. La razón principal parece haber sido la importante y probablemente creciente fuerza que los mencheviques tenían dentro del movimiento obrero (véase Samuel Farber, *Before Stalinism. The Rise and Fall of Soviet Democracy*, Polity Press, Cambridge, 1990).

última. Hizo lo mismo con la organización de la propia clase obrera al suprimir la autonomía de los sindicatos, prohibir el derecho de huelga y militarizar de hecho el trabajo, para terminar liquidando la democracia al interior del propio partido gobernante. La dictadura revolucionaria de los bolcheviques no sólo afectó los derechos políticos de los opositores y la propia mayoría de la población, sino también sus ideas, al institucionalizar la prohibición y censura de las mismas¹⁸ y proscribir las expresiones culturales independientes. Parte fundamental de estos procesos, fue la institucionalización del “terror revolucionario” y las prácticas represivas arbitrarias de la policía secreta —no limitadas por norma legal alguna— desde mucho antes de 1929, que permitieron conformar la nueva ideología represiva que cristalizaría con el advenimiento del stalinismo. El trato que dio a las nacionalidades oprimidas por el zarismo no fue mejor que el que padecieron los ciudadanos de Rusia —como no lo sería tampoco el de las democracias populares—, a pesar de que la lucha en favor del derecho a la autodeterminación de las naciones había constituido uno de los elementos centrales de la tradición revolucionaria leninista.

Este tipo de orientación antidemocrática fue resistida y denunciada por un gran espectro de personalidades y corrientes marxistas fuera y dentro de Rusia y del propio partido gobernante. La más conocida de ellas fue la crítica de Rosa Luxemburgo a la supresión de las instituciones democráticas representativas, que tuvo gran eco entre los propios bolcheviques. Conforme a ella, ese tipo de medidas “sofoca la fuente viva de la que únicamente pueden surgir las correcciones de las insuficiencias congénitas a las instituciones sociales, una vida política activa, libre y enérgica de las más amplias masas” (en *Crítica de la revolución rusa*). La supresión de la autonomía sindical y los derechos de la clase obrera, fue combatida por diversas corrientes del propio partido gobernante como la Oposición Obrera, los Centralistas Democráticos o bolcheviques “de derecha” como Tomsky, Riazanov o Lozovsky. El advenimiento del monolitismo stalinismo, fue también resistido muy firmemente, tanto desde perspectivas voluntaristas radicales que defendían la democracia interna del partido,¹⁹ como desde la “derecha” bolchevique

¹⁸ El gobierno bolchevique impuso en los primeros años de la revolución un régimen de censura a las ideas y expresiones artísticas que el propio Trotsky calificó de “durísima” en el prólogo a su obra *Literatura y revolución*. Según su concepción (que expresaba el punto de vista de la dirección bolchevique), esta debía ser mantenida indefinidamente. “La censura de la revolución desaparecerá por inútil —escribió— el día que el proletariado venza de un modo *duradero* en los más poderosos países de Occidente” (subrayado por mí, A.D.). Como se ha señalado con entera justicia, “el error de Trotsky no era solo el de una excesiva seguridad en la inestabilidad y la rapidez de la revolución mundial, como se le reprochó en las polémicas que se sucedieron y como confirmó el curso de los acontecimientos, sino sobre todo el de ignorar que se estaba constituyendo grupos de poder y centros de poder en la ‘dictadura del proletariado’ gracias a la ‘durísima’ censura revolucionaria; fenómeno que posteriormente, como es sabido, no hizo más que cristalizar y desarrollarse” (V. Strada, “De la revolución cultural al realismo socialista”, en E. J. Hobsbawm, *Historia del marxismo*, t. 8, Bruquera, Barcelona, 1983).

¹⁹ La crítica de la oposición trotskista de izquierda al stalinismo estuvo mucho más centrada en cuestiones de estrategia política revolucionaria (conocido debate sobre revolución mundial y socialismo en un solo país), que en aspectos democráticos. En este último campo, la crítica de Trotsky apuntó a la burocratización del partido y su organización interior. Pero fue acompañada por puntos de vista

(Bujarin, Rikov, Tomsky) que sustentaba puntos de vista más democráticos en relación a la organización del conjunto de la sociedad. Sobre todas estas cuestiones, no fueron menos importantes las aportaciones críticas de marxistas occidentales de diferentes posiciones como Gramsci, Lukàcs o Korsch.

En el plano específico de la construcción del socialismo, también la crítica se desarrolló en varios campos, de lo que sólo consideramos la cuestión de la estatización en relación a la gestión de la producción y al campesinado. Como quedara planteado en el punto anterior, la concepción bolchevique dio muy poca importancia al papel de la gestión o el control obrero sobre la producción, así como a la autonomía de los sindicatos, dentro de una concepción teórica que terminó por identificar los intereses de los trabajadores con los del partido y el gobierno comunista, y el socialismo con la estatización de los medios de producción bajo la dirección del partido comunista.²⁰ Si a ello se le agrega que —salvo durante el muy breve interregno de la NEP— predominó una concepción que consideraba al campesinado como un enemigo de clase que debía ser reprimido y expropiado, se termina de conformar un tipo de ideología que asocia necesariamente la estatización con la necesaria privación generalizada de derechos a la mayoría de la población.

La oposición fundamentada a estas concepciones desde el interior del propio partido comunista soviético, sentó las bases para el enriquecimiento de la teoría marxista y la comprensión del ulterior proceso de degeneración. La identificación entre estatización y socialismo fue criticada desde diversas perspectivas internas,²¹ que en contraposición a las ideas de Lenin o Trotsky, concibieron al socialismo

similares a los de Stalin en casi todas las otras cuestiones consideradas en el texto, ante las que más bien Trotsky expresó la extrema versión jacobina de la dictadura revolucionaria: el terror rojo, el encarcelamiento de la oposición, la censura, la militarización del trabajo o la prohibición del derecho de huelga.

²⁰ Durante el Noveno Congreso del partido comunista soviético realizado en 1920, Lenin esbozó el núcleo central de la concepción bolchevique sobre la naturaleza de clase del Estado y la economía. Para él, esta no dependía en absoluto de la forma específica que adoptaba la organización de la producción y la gestión económica, sino del carácter de la propiedad de los medios de producción. Desde que el proletariado nacionalizó la propiedad capitalista de los mismos por medio de su partido, pasó a ser la clase dominante cualquiera fuera el régimen de dirección económica, ya que este último dependía de conveniencias prácticas. Dentro de esta perspectiva, se concibió a la participación de los trabajadores en las actividades del Estado y el partido (más que en la empresa), como un medio para combatir la burocratización y mejorar la eficiencia de las instituciones públicas (véase S. Farber, *ibídem*). De esta manera, se tendió a excluir por definición teórica la posibilidad misma de un Estado burocrático-explotador sobre el conjunto del pueblo y la propia clase obrera, lo que es congruente con ulteriores formulas políticas como la de “Estado obrero burocratizado” (o “degenerado”) utilizadas por el trotskismo para caracterizar al régimen stalinista.

²¹ Osinsky planteó en 1918 que “la nacionalización [de la industria] no era por sí misma en ningún sentido equivalente a socialismo”, y que al excluir a los trabajadores de la gestión, “los convertía en un elemento pasivo, el objeto más que el sujeto de la organización del trabajo en la producción”. Un punto de vista parecido sostuvieron algo después la Oposición Obrera (Shlyapnikov, Kollantai) o el grupo sindical de Tomsky, que defendieron el traspaso de la dirección de la industria a los sindicatos. La diferencia entre ambas posiciones estuvo en que Osinsky proponía una red nacional de Consejos Económicos del Pueblo (CEP) integrado por delegados de las distintas empresas, que contaban a su vez con direcciones mayoritariamente obreras (dos tercios de la misma, dividida entre un tercio de la propia

como un tipo de organización de la producción que requiere necesariamente de la participación directa de los propios trabajadores. Desde una de estas perspectivas —que creía que la capacidad de gestión obrera sería resultado del socialismo y no su condición, dada su debilidad al momento de la revolución—, Bujarin advirtió ya en 1921 sobre el peligro de que el atraso cultural de las masas trabajadoras condujera a la asimilación de las direcciones obreras a la burocracia gobernante, a la conformación de una nueva clase dirigente “monopolista-burocrática” y a la constitución de un nuevo tipo de Estado “burocrático-explotador”.²²

En cuanto a las consecuencias de la estatización forzada de la pequeña producción campesina, también Bujarin previó con precisión el trágico desenlace que vivimos.

El intento de sustituir a todos los pequeños productores por funcionarios estatales crea un aparato burocrático tan gigantesco [señaló] que sus costos sociales son más graves que los provocados por la situación anárquica propia de los estamentos de pequeños productores. Toda la forma administrativa, todo el aparato económico del Estado proletario, se convertirá entonces en cadenas de las fuerzas productivas y obstaculizarán su propio desarrollo. Por eso es absolutamente necesario romper ese aparato burocrático. Otras fuerzas lo harán si no lo hace el proletariado mismo.²³

empresa y otro de la CEP). Losovsky, a diferencia de los anteriores, consideraba que en Rusia no estaban aún dadas las condiciones para el socialismo, por lo que se oponía tanto a la estatización de la industria (por considerarla una medida voluntarista) como a la autogestión (en la que veía un factor de desorganización de la producción). Pero partiendo de la misma definición de Osinsky del socialismo, consideraba que los trabajadores debían prepararse para asumir la dirección cuando existiesen condiciones para ello (después del triunfo de la revolución europea) mediante un tipo de control obrero regulativo de la producción más que organizador de ella (S. Farber, *ibidem*).

²² Para Bujarin, “la dictadura del proletariado era en realidad la dictadura del partido [...] Como la clase obrera era incapaz de crear su propia elite intelectual en el seno del capitalismo, sus líderes más destacados [del partido A. D.] procedían necesariamente de una clase hostil [...] de la inteligentsia burguesa”. Si durante el periodo de transición el proletariado, de maduración lenta y en su mayor parte sin desarrollar, permanecía política, cultural y administrativamente subordinado a una serie de autoridades superiores, entonces era muy grande el peligro de que degenerara el ideal socialista. Si, además “los estratos avanzados del proletariado [sus cuadros dirigentes] habían de alienarse de las masas” y ser asimilados a las élites administrativas dominantes, podían entonces fundirse en una “casta monopolista y privilegiada” y juntos “transformarse en el embrión de una nueva clase dirigente”. Esa nueva clase no estaría basada en la propiedad privada, sino en el “monopolio de la autoridad y del privilegio”. Los únicos fenómenos que podía “minar” esa tendencia, eran el “aumento de las fuerzas productivas”, “el fin del monopolio educativo” y la constitución creciente de organismos sociales independientes que llenaran el vacío que separaba al Estado revolucionario de la sociedad (S. F. Cohen, *Bujarin y la revolución bolchevique*, Siglo XXI, Madrid, 1976, pp. 201-204).

²³ Esta idea fue desarrollada en una época tan temprana como 1922 en el IV Congreso de la Internacional, y constituirá desde entonces el *leitmotiv* de la lucha de Bujarin contra la política económica preconizada inicialmente por Preobraschenski y Trotsky y luego por Stalin (véase Cohen, *ibidem*, y A. G. Lowy, *El comunismo de Bujarin*, Grijalbo, Barcelona, 1972).

Esta conciencia de los límites y peligros de la estatización de algunos de los más destacados revolucionarios rusos, fue paralela a otra en torno a las posibles consecuencias de la inferioridad económica y cultural de la Unión Soviética frente al capitalismo mundial. Trotsky fue probablemente el que expresó mejor este temor, al señalar poco después de la revolución que una de las reglas básicas de la historia es que “la victoria es en último término del régimen que asegure a la sociedad humana el mayor nivel económico” (cit. por Mandel, *Trotsky, teoría y práctica*). Y luego, ya en plena industrialización stalinista y depresión mundial del capitalismo, cuando escribió que “en la técnica, la economía, el arte militar, el imperialismo es infinitamente más poderoso que la URSS”, por lo que “sin intervención de la revolución europea las bases sociales de la URSS se derrumbarán, tanto en caso de victoria como en caso de derrota” (cit. por Claudín, en *La crisis del movimiento comunista internacional*). Y así sería efectivamente, a pesar de que la Unión Soviética triunfó en la segunda guerra mundial y pasó a ser una de las grandes superpotencias mundiales.

En la segunda posguerra apareció una nueva oleada de críticas fructíferas de muy variado tipo, que se tradujeron en intentos de modalidades más democráticas de socialismo de Estado, como la yugoslava —con su intento de conjugar estatización y autogestión—, o la china —con su preocupación por la cooperación rural—, así como en proyectos reformistas abortados o sólo aplicados limitadamente en la Unión Soviética, Polonia, Hungría, Checoslovaquia o Cuba. Salvo en el caso de la revolución cultural china o el efímero intento de construir un “hombre nuevo” en Cuba, inspirados por propósitos utópico-voluntaristas, el conjunto de los experimentos reformistas (yugoslavo, soviético bajo Jrushov, checo, polaco, húngaro o chino posterior a 1978) y propuestas teóricas renovadoras confluyeron en esfuerzos por concebir y construir un nuevo tipo de socialismo descentralizado “de mercado”, dentro del cual se inscribieron diferentes tipos de modalidades como la autogestionaria.

Simultáneamente, el llamado marxismo occidental cuestionó los rasgos burocráticos, jerárquicos e ideologistas del socialismo “realmente existente”, incorporando a su crítica elementos renovadores que habían estado poco presentes con anterioridad, como las perspectivas ecologista, feminista, pacifista o humanista, la nueva problemática de la comunicación de masas o el intento por profundizar la temática del mundo del trabajo (tecnología y proceso de trabajo, cambios en la naturaleza de la relación salarial, condiciones de la lucha obrera). Un aspecto central de esta aportación se dio en el terreno filosófico, desde donde se criticó la escolástica materialista dialéctica desde una rica diversidad de ángulos: la praxis social, la tradición humanista, el método científico.

La mayor parte de las mismas, confluyeron social y políticamente en lo que se conoció en la segunda mitad de los sesenta como la “nueva izquierda”, que tendió a convergir con las luchas obreras y revolucionarias de la época sin llegar a generar empero un nuevo proyecto socialista. Esta falta de cristalización debe atribuirse en gran parte al insuficiente desarrollo de condiciones objetivas para ello, como la persistencia del orden bipolar de posguerra o la debilidad de los esbozos de ac-

ción independiente del movimiento obrero occidental. Pero también a la presencia en su interior de fuertes elementos utópico-voluntaristas que obstruían los esfuerzos por desarrollar una verdadera teoría científica del socialismo moderno, dejando en gran parte esa tarea a intelectuales no marxistas.²⁴

Sin embargo, y a pesar de sus ambigüedades y falta de cristalización teórica y orgánica, estos diversos elementos críticos y de acción alternativa, demostraron que el marxismo aún estaba vivo y era capaz de asumir desde dentro, el cuestionamiento del marxismo y el socialismo oficial.

3. EL FUTURO DEL SOCIALISMO MARXISTA

Por las razones planteadas en los dos apartados anteriores, el socialismo marxista vive una crisis de enormes proporciones. No es, sin embargo, la primera vez que el movimiento y la teoría socialista atraviesa una gran crisis. Tras la derrota de la Comuna de París en 1871, tuvo lugar el primer colapso que acarreó la liquidación de la Primera Internacional. El estallido de la primera guerra mundial, a su vez, provocó la ruina de la Segunda Internacional que sería completada por la aparición de la Tercera (la Internacional Comunista). Sin embargo, ninguna de estas crisis significó el fin del socialismo marxista, sino que se tradujeron en procesos de reformulación teórica y reconstitución política que condujeron a los partidos socialdemócratas europeos de la Segunda Internacional en el primer caso y a los Estados, partidos comunistas y movimientos revolucionarios del llamado tercer mundo característicos del último ciclo del socialismo mundial. ¿Volverá a suceder algo parecido?

Para intentar responder a esta pregunta, debe partirse de la idea de que la presente crisis es mucho más profunda y generalizada que las anteriores, porque abarca un universo de campos y problemas vastos, es el resultado de una derrota no bélica ante la superioridad tecnológica, política y cultural del capitalismo y afecta a un movimiento que cuenta con mucho menos reservas teóricas y políticas de recambio, en una época en que el capitalismo mundial se halla en pleno proceso de recuperación y reestructuración.

En estas condiciones tan difíciles, el porvenir del socialismo marxista dependerá de su capacidad para afrontar el conjunto de los retos que le plantea la historia, lo que en modo alguno está garantizado de antemano. Alcanzo a ver cuatro retos fundamentales: a) el de su capacidad autocrítica del legado anterior; b) el del desarrollo y la actualización de su teoría; c) el de la comprensión de las nuevas tendencias del capitalismo, la vida social y el propio socialismo y, d) el de la recomposición del movimiento socialista de masas como alternativa válida de transformación social. Cada una de estas exigencias plantea requerimientos específicos.

²⁴ Conforme a Perry Anderson, quizá la "primera obra fundamental de la posguerra sobre el socialismo" (*La economía del socialismo posible*, de Alec Nove) fue escrita fuera de la tradición marxista (*Tras las huellas del materialismo histórico*, Siglo XXI, Madrid, 1986, p. 127). Habría que agregar, que también lo hizo criticando tanto al "socialismo real", como a los elementos utopistas y voluntaristas del embrión de socialismo alternativo esbozado por la nueva izquierda.

cos. Pero salvo la primera, que es en realidad la precondition de las restantes —en cuanto toma de partido frente a las tendencias del desarrollo histórico—, las otras tres se presuponen mutuamente.

a) *La autocrítica radical del pasado.* Esta cuestión es una exigencia de comprensión histórica y teórica para poder rectificar el rumbo; pero también, una respuesta política insoslayable a la ofensiva capitalista contra el conjunto del socialismo y el marxismo, que pretende identificarlos con su deformación estatista y totalitaria. Los ideólogos del capitalismo están haciendo esa crítica, y no la hacen mal. Tienen gran eco, se apoyan en valores y tradiciones culturales de la época y están formando escuela. Si los marxistas no lo hacen mejor, el suyo será el juicio de la historia.

La crítica marxista debe partir de la concepción del socialismo que lo concibe como un sistema social superior al capitalismo, no sólo en términos de justicia social, sino también de eficiencia y racionalidad económicas (capacidad de desarrollar más plena y equilibradamente las fuerzas productivas), de organización política (mayor democracia y participación social) y de desarrollo cultural. Debe explicar las razones históricas e ideológicas que condujeron al aborto histórico resultante, viendo en él una modalidad primitiva y espuria de socialismo, producto de un esfuerzo voluntarista por intentar construir una sociedad más justa que la capitalista, en una época y lugar histórico donde aún no existían condiciones económicas y culturales para construir una verdadera sociedad socialista. Tal crítica, para ser consecuente, deberá atacar los fundamentos ideológicos y morales más profundos del socialismo de Estado, como el burocratismo, el autoritarismo, el voluntarismo, el paternalismo demagógico o el ideologismo, traduciéndose en la búsqueda de nuevos principios prácticos y distintos modos de abordar y controlar socialmente fenómenos como los mencionados.

b) *El desarrollo y la actualización de la teoría.* Este aspecto de la reconstitución, debe partir del reconocimiento de que el marxismo no es un modelo ideal a aplicarse deductivamente a la realidad social, sino un cuerpo vivo de pensamiento en desarrollo y permanente confrontación con los hechos, sujeto él mismo a los avatares de la historia, que incluye una concepción del mundo, un método de interpretación histórica y un conjunto de teorías e hipótesis sobre la realidad social sujetas a comprobación, adecuación y rectificación. Desde esta asunción, debe tratar de retomar los aspectos más sólidos de sus propuestas fundacionales y clásicas, en sí mismas, en confrontación con la historia anterior y los acontecimientos actuales, con el escolasticismo “marxista-leninista” y con las corrientes y aportaciones más importantes del pensamiento no-marxista. Para ello deberá abordar necesariamente sus insuficiencias comprobadas (vacíos, esbozos no precisados, errores o ilusiones), incorporar las múltiples aportaciones del pensamiento no-marxista y desarrollar el conjunto de la teoría para adecuarla a las necesidades de comprensión de la actual realidad social y el impulso a las luchas por su transformación.

Esta gran tarea deberá abarcar al conjunto de las ciencias y disciplinas histórico-sociales. Pero deberá otorgar una importancia particular a las esferas de co-

nacimiento más afectadas por la crisis (como la teoría del socialismo) o por los intentos de convertir al marxismo en ideología de Estado.

La teoría del socialismo debe ser reelaborada totalmente sobre una base histórico-materialista. A diferencia de lo que sucedía en la época de Marx —en la que el socialismo era poco más que un sueño—, existe hoy una amplísima experiencia histórica de intentos por desarrollar relaciones socialistas tanto a nivel político-estatal, como de organización autogestionaria, cooperativa o comunal, o de múltiples formas de organización de la solidaridad social. Apoyada en el análisis de estas variadísimas experiencias, de sus éxitos y fracasos, y de sus condicionamientos históricos y culturales, debe hacerse un gran esfuerzo para precisar, depurar y corregir las hipótesis fundacionales, eliminando de las mismas los elementos utópico-románticos, especulativos y voluntaristas, para sustituirlos por planteamientos precisos factibles de traducirse en prácticas sociales operativas. La experiencia histórica y el trabajo crítico y teórico acumulado, permiten abordar concretamente las cuestiones más cruciales del socialismo de hoy. Entre ellas, existen algunas particularmente importantes, como la vinculación precisa entre plan, mercado y autogestión;²⁵ entre propiedad pública y gestión social; entre eliminación de explotación de clase y de otras formas de opresión no clasistas como la de género; entre los diferentes niveles de desarrollo económico y posibilidad (y modalidad) del socialismo; entre cantidad y calidad-eficiencia de trabajo en la determinación del principio socialista de trabajo equivalente; entre trabajo especializado de administración y gestión (burocrática) y control social sobre los funcionarios y las relaciones de poder; entre democracia representativa y directa dentro de una nueva concepción de democracia socialista.

Dentro de esta perspectiva, el elemento utópico común a todas las formas anteriores de ideal socialista (las aspiraciones de justicia y libertad) debe sustituir como un sustrato ético que también requiere ser modernizado y enriquecido por la incorporación de nuevas valoraciones, como la de una nueva idea de progreso —que contemple el ingrediente ecológico o el de calidad de vida—, o el de una nueva cultura solidaria y socialmente responsable.²⁶

²⁵ Para el socialismo de Estado en todas sus expresiones, el socialismo es la supresión del mercado por el plan central. Pero para el socialismo autogestionario y democrático, es la supresión del mando despótico del capital sobre el trabajo por medio de la gestión social. Dentro de esta última perspectiva, la supresión de la propiedad y la gestión capitalista puede coexistir durante un periodo histórico con la subsistencia de modalidades reguladas de intercambio mercantil, tanto por razones de conveniencia económica general, como porque la autogestión empresarial requiere la autonomía de las empresas frente al Estado (ya que es prácticamente imposible o carece de significación si las decisiones de producción son dadas por el plan central). Es por ello que todos los intentos por establecer la autogestión al interior del socialismo real (yugoslavo, polaco de 1956-57, checoslovaco de 1967-68, inicial de Solidaridad) fueron parte de proyectos descentralizadores y liberalizadores, mientras que la imposición de la planificación central coincidió siempre con la liquidación de todas las formas de cooperación voluntaria, organización autónoma o gestión obrera. Al respecto véase mi trabajo "Proletarios, intelectuales y déspotas", *Teoría y Política*, núm. 4, México, abril-junio de 1981.

²⁶ Una de las principales conclusiones de J. Kornai en su análisis crítico de las economías socialistas de Europa Oriental, es que los intentos imprescindibles por establecer eficiencia, entran en con-

En cuanto a las disciplinas sociales más afectadas por el esclerosamiento y dogmatización del marxismo, debe destacarse la filosofía y en particular la metodología. Existen aquí grandes problemas a resolver, como el de la relación (y confusión) tratada por marxistas eminentes como Manuel Sacristán Luzón, entre la racionalidad analítica de la ciencia experimental moderna, la racionalidad sintético-totalizadora del pensamiento dialéctico y la racionalidad crítico-práctica consustancial a la acción revolucionaria, en cuanto requerimientos de la concepción unitaria del mundo y la sociedad que es la filosofía de la praxis. Pero tampoco el materialismo histórico puede quedar libre de una reconsideración global, para llenar vacíos, precisar y relacionar ideas fundamentales e incorporar aportaciones de la antropología cultural, el feminismo, el ecologismo o el institucionalismo. Este tipo de prioridades teórico-metodológicas, es requerido también por una fundamental razón política: la lucha contra el relativismo posmodernista y el neoliberalismo, que amenazan a la racionalidad misma del pensamiento histórico y social contemporáneo.

c) *La comprensión de las nuevas tendencias del desarrollo histórico y el cambio social.* Mi hipótesis de trabajo es que el capitalismo está entrando en una nueva fase de su desarrollo histórico que abarca al conjunto de su conformación social y espacial, como resultado de la conjunción entre la nueva revolución tecnológica, la derrota del campo socialista y la incorporación abierta al mercado mundial del conjunto de las regiones del planeta. Si esto es así, debe abandonarse completamente la idea común al stalinismo y la izquierda radical, de que el capitalismo maduro de nuestros días es un fenómeno virtualmente "agonizante", incapaz de desarrollar nuevas fuerzas productivas, que sólo puede sobrevivir por medio del fascismo u otras formas semejantes de barbarie, y prepararse para reconstituir el movimiento socialista a lo largo de un prolongado proceso histórico moldeado por los nuevos rasgos y contradicciones del sistema social dominante.

La nueva fase del capitalismo que comienza a dibujarse, se diferenciará de la anterior en múltiples cuestiones. Tendrá una diferente base productiva cimentada principalmente en la microelectrónica, la automatización flexible, el trabajo en equipos y las redes integradas de comunicación. Contará con una diferente estructura del capital, de la fuerza de trabajo y de la relación salarial; del papel y la estructura de los servicios; de los patrones de consumo y distribución. Habrá en ella

tradicción no sólo con los intereses de la burocracia, sino también con la ética socialista. Ello puede ejemplificarse en cuestiones tales como la participación de los trabajadores en la participación de las empresas (que en la medida de que también dependen de factores cualitativos tales como la eficiencia afectan el principio de "a igual trabajo igual salario") o del cierre o reestructuración de las empresas ineficientes, que afecta la seguridad social (ver A. Erquizio, *Funcionamiento de la economía socialista: contradicciones y dilemas. El aporte de Janos Kornai*, Universidad de Sonora, México, 1989). Conforme ello, la compatibilización de los principios de eficiencia y solidaridad social al interior de un mismo cuerpo de doctrina y valorización social, requiere también del desarrollo de los principios morales del socialismo en el sentido de vincular los intereses individuales y colectivos de los trabajadores con los del conjunto de la sociedad. Pero ese nuevo tipo de moral solo puede ser desarrollada, dentro de un movimiento social que demande nuevas formas de seguridad social y capacitación laboral, o modalidades de participación en las ganancias que combinen los beneficios a nivel de empresa con la constitución de fondos sociales de utilización más amplia.

un mayor lugar para el mercado en su relación con el Estado. Surgirán y se extenderán nuevas formas de miseria social. Todo ello se expresará en distintas modalidades de acumulación y reproducción del capital, en cambiantes expresiones de la lucha social y en nuevas formas globales de regulación.

Una de las mayores diferencias se hallará en las nuevas condiciones de funcionamiento del capitalismo mundial, conforme patrones de conformación espacial, concurrenciales y regulatorios muy diferentes a los que emergieron de la primera guerra mundial, o de los que los continuaron en la segunda posguerra. Del capitalismo monopolio-imperialista estudiado por Lenin —que conllevaba el desarrollo de la militarización y la estatización de las fuerzas productivas—, se está pasando a otro mucho más parecido al que intuyera Kautsky en su polémica clásica con Lenin sobre el imperialismo (el “ultraimperialismo”), caracterizado por un acuerdo intercapitalista general para explotar conjuntamente y por medios pacíficos al conjunto del mundo. De allí que también a este nivel resulte esencial abandonar viejas ideas y encarar el estudio del nuevo contexto y sus múltiples consecuencias sobre las diferentes regiones y países y el conjunto de otros problemas de importancia igualmente grande.

No menos importantes son las modificaciones de las relaciones sociales. A este nivel debe señalarse la necesidad de estudiar los cambios en la división y organización social del trabajo; en las formas de comunicación social; en las relaciones entre los géneros, etnias y generaciones; en la configuración de los espacios urbanos y comunales; en las nuevas formas de subordinación del campesinado al capital. Lo mismo sucede en relación a las nuevas necesidades y demandas sociales: feministas, derechos humanos y civiles, lucha contra la violencia, resistencia a los abusos de poder. Al estudiar estas cuestiones, se deberán abordar aspectos más generales del desarrollo social que están más o menos conectados con el conjunto de estos u otros problemas, como el nuevo papel de la personalidad individual, sus exigencias actuales y su relación con los colectivos y demandas sociales.²⁷

²⁷ Uno de los fenómenos más característicos de nuestro tiempo, y núcleo dinámico de las revoluciones de la libertad en Europa del Este, es la emergencia de los derechos individuales contra las diferentes formas de compulsiones estatales y autoritarias. Desde la vieja perspectiva de la izquierda, esto solo expresaría la creciente influencia del mercado o del neoliberalismo. Pero en realidad, es la expresión de un nivel más avanzado del desarrollo internacional de las fuerzas productivas y la modernización social que conlleva la incorporación masiva de la población al mercado del trabajo, la urbanización y la escolaridad generalizada, la destrucción de la familia patriarcal, la extensión de la comunicación de masas, la diversificación de las posibilidades de consumo, los cambios en la organización del trabajo o la multiplicidad de influencias culturales entrelazadas. El aspecto reaccionario de este fenómeno, no está en él fenómeno mismo, sino en su implementación política por el neoliberalismo contra las viejas formas burocráticas y corporativas del socialismo y el propio capitalismo anterior. En sí mismo (conforme la síntesis que hace Rosdolsky de la idea de Marx), es un momento de la historia de la humanidad, “como proceso necesario de la formación de la personalidad humana y su libertad” (*Génesis y estructura de el Capital*, Siglo XXI, México, p. 458). Desde una perspectiva socialista-marxista, de lo que se trata, es de integrar la individualidad dentro de nuevas formas de solidaridad social y lucha contra las relaciones de poder y el capitalismo, apoyándose en un nuevo esfuerzo de síntesis cultural.

En las áreas periféricas del capitalismo mundial, la extensión y maduración del capitalismo, la complejización de las relaciones sociales o la internacionalización de los patrones culturales, están generando una nueva relación entre el Estado y la sociedad civil, la aparición de nuevas formas de cultura societaria y la vertiginosa extensión y ampliación de la democracia. En el plano cultural, ha comenzado a emerger un nuevo patrón de comportamiento que acentúa los elementos seculares de la realización individual, la responsabilidad social y el establecimiento de normas objetivas de regulación social, en detrimento de las relaciones clánicas, caciquiles o corporativas heredadas de los modos de producción precapitalistas. Las demandas democráticas han pasado a ocupar el lugar central del escenario político mundial, extendiéndose al conjunto del planeta y a nuevas esferas de la vida social. Pero también se está ampliando su contenido para abarcar cada vez más a la pluralidad social y el respeto a las minorías, al nivel que ocupa dentro de ella el gobierno de las mayorías.

En conjunto, puede decirse que las nuevas condiciones históricas tienden a generar condiciones objetivas mucho más favorables que las anteriores, para el desarrollo de experiencias socialistas cercanas al ideal marxista original. También, que la mundialización del capitalismo y la multiplicación de las contradicciones generadas por su desarrollo, permiten predecir un nuevo ciclo de grandes conflictos sociales, ecológicos y culturales que debieran hacer posible una transformación radical de las relaciones sociales. Pero ello no sólo requerirá de reformulación de la teoría socialista, sino también de la existencia de un nuevo movimiento político social de masas orientado en esa perspectiva. ¿Podrá éste conformarse? Y de hacerlo, ¿cuál será la influencia del marxismo en el mismo?

d) *La recomposición del movimiento socialista.* Esta cuestión comprende tanto la del desarrollo de un nuevo movimiento socialista, como el de la influencia y capacidad de orientación que pueda jugar el marxismo dentro de él. Es el más difícil de resolver y analizar, porque depende en mayor medida de incógnitas que escapan al propio control de los marxistas. ¿Podrá el capitalismo asimilar políticamente a la clase obrera? ¿Será reparable el daño causado por el desprestigio del marxismo soviético? ¿Cómo se orientará la juventud en el futuro? ¿Qué podrá rescatarse del viejo marxismo-leninismo? ¿Cuál será el futuro de la socialdemocracia y sus sectores renovadores? Lo que es claro en todo caso es que será una tarea muy compleja, que insumirá un periodo prolongado y que requerirá de soluciones muy diferentes a las que condujeron a la constitución de las diferentes Internacionales.

El marxismo deberá establecer una tajante diferencia entre lo que es él mismo como instrumento cultural de conocimiento y guía teórica para la acción, y lo que deberá ser el nuevo movimiento socialista como fenómeno pluralista de masas. Para ello, deberá renunciar a tratar de convertirse en ideología oficial (de Estado, de partido, de sindicato), procurando establecer un nuevo tipo de relación entre los círculos y grupos marxistas con los movimientos políticos y sociales de masas basada en la complementariedad y la interacción. Ello requerirá que la intelectualidad abandone los propósitos de dirigir como tal a los movimientos populares, para sustituir ese papel por el de educador, colaborador y orientador, lo que re-

querirá de un nuevo tipo de metodología de trabajo que rompa completamente con la tradición voluntarista y paternalista del viejo socialismo.

Para hacerlo deberá apoyarse en las mejores tradiciones políticas del socialismo anterior, aplicables en la época actual, como la de la construcción de los grandes sindicatos y partidos de masas del siglo XIX y principio del XX, la organización de consejos obreros o la reformulación gramsciana de la teoría de la revolución. También en las aportaciones de las corrientes avanzadas del movimiento político-social como las autogestionarias, feministas, ecologistas, antirracistas, pacifistas o defensoras de derechos humanos y civiles. Finalmente, tener presente para no reincidir en ellos, las acciones y métodos del socialismo de Estado y el voluntarismo burocrático.

El nuevo movimiento deberá necesariamente ser un socialismo moderno, que abarque a las nuevas fuerzas del trabajo y el progreso, respetando sus propias tendencias y modalidades de acción, lucha y organización. Su base social deberá ser mucho más amplia y compleja que la de los anteriores movimientos socialistas, dado el cambio sustancial que se ha operado en la composición social y cultural del "obrero colectivo": el predominio cuantitativo de los empleados sobre los obreros, el creciente peso de las mujeres frente a los hombres, la gran importancia funcional y numérica del trabajo científico, la multiplicidad de los niveles de calificación, la composición multirracional y multiétnica, la importancia creciente de los problemas del consumo familiar y colectivo, de la capacitación o del tiempo libre. El movimiento sindical o lo que quede de él, deberá superar su tradición puramente distribucionista para orientarse mucho más hacia los problemas de la producción, la capacitación y la gestión. La conversión de esta nueva clase obrera en una clase "para sí" será una tarea muy compleja que requerirá de la integración en un solo sujeto político social del trabajador como productor —en el lugar de trabajo— y como consumidor —en la colonia—, la resolución de los conflictos interiores de género entre hombres y mujeres, culturales entre obreros e intelectuales o étnicos entre nacionales y migrantes, lo que requerirá de un enorme trabajo cultural de comunicación y concientización. El sindicato no podrá cumplir todas estas funciones y aún así deberá asumir algunas de ellas convirtiéndose en un centro de capacitación y educación obrera.

Pero dentro de esta nueva perspectiva socialista, el nuevo movimiento obrero sólo será una parte de un movimiento popular y democrático mucho más amplio integrado por cooperativas, uniones de consumidores, colonos y pequeños productores y prestadores de servicios, o de grupos feministas, ecologistas, de minorías discriminadas o en lucha por derechos humanos, entre otros. Los nuevos partidos socialistas debieran concentrarse en canalizar, orientar y organizar la lucha política al interior del Estado, ampliando espacios democráticos, formulando programas específicos —adaptados a las condiciones de cada país— y propuestas de políticas públicas, proponiendo reformas institucionales y sociales, promoviendo la participación y el desarrollo de la conciencia política del pueblo y tratando de conformar con sus organizaciones sociales y culturales bloques de convergencia democrática en camino a la transformación del sistema capitalista.

Otra cuestión fundamental, será la del desarrollo de las relaciones internacionales entre los partidos, sindicatos, movimientos sociales y culturales e intelectuales, en marcha hacia la conformación de redes estables de organización e intercambio de ideas y experiencias. Este aspecto, como ya se señaló, adquirirá una importancia cada vez mayor que se traducirá en una gran cantidad de cuestiones prácticas.

Este nuevo socialismo moderno tendrá que otorgar gran importancia a la definición precisa de lineamientos programáticos de alternativa y transformación, que permitieran diferenciarlo claramente, tanto de las fuerzas defensoras del capitalismo como de la izquierda demagógica y paternalista. Entre los múltiples problemas que pudieran contemplarse, hay cuatro ejes interrelacionados que destacan por su importancia de principio, desde la perspectiva del marxismo. El primero, seguirá siendo sin duda alguna el de las propuestas de reforma y transformaciones sociales sobre un espectro amplio de problemas que vinculen las necesidades históricas del desarrollo social y cultural con las demandas concretas de los sectores explotados y oprimidos. El segundo, deberá girar en torno a la transformación democrática del Estado, los servicios públicos y las instituciones civiles. El tercero, debe proponer un nuevo tipo de desarrollo de las fuerzas productivas sociales que conjugue el progreso tecnológico, el crecimiento económico y la promoción de las regiones marginadas con protección al medio ambiente, la conservación de los recursos naturales y el mejoramiento de la calidad de vida. El cuarto, tendrá que ver con propuestas internacionales en torno a los grandes problemas que afectan al conjunto del mundo, como el desarme, los peligros ecológicos que amenazan al planeta, la reforma democrática del orden internacional, la lucha contra la opresión nacional, la integración de cada país al orden internacional o a los diferentes bloques de países.

Estas orientaciones y propuestas, debieran tratar de articularse en torno a estrategias revolucionarias muy diferentes a las propugnadas por el bolchevismo y sus herederos históricos. Si en el pasado que termina ésta se basó en la construcción de aparatos "de vanguardia" o en la orientación de la lucha de masas hacia la confrontación directa y la toma violenta del poder, la nueva estrategia socialista debiera parecerse mucho más a lo que Gramsci denominara una "guerra de posiciones". Esta nueva "guerra" pacífica y civil, debiera disputarse en todos los espacios de presencia popular, orientada a generar redes cada vez más amplias de autorganización, concientización, gestión y control desde abajo, para convertir el momento de "toma del poder" en un proceso prolongado y disperso de modificación de las relaciones sociales de fuerza en la base de la sociedad, que tienda a madurar y convergir orgánicamente en torno a alternativas viables y progresistas de transformación social. Dentro de esta perspectiva, sería factible combinar la apuesta a las vías alternativas más democráticas, progresistas y sociales posibles dentro del capitalismo, con el tipo de acumulación de fuerzas social, política y cultural que pudiera permitir ulteriormente disputar la dirección del Estado y la sociedad, cuando el agotamiento del ciclo expansivo del capital genere las condiciones políticas para ello.²⁸

²⁸ No existe ninguna razón que lleve a pensar que el nuevo ciclo de acumulación de capital que

¿Será una utopía? Puede ser. Pero en todo caso, una utopía fructífera que intenta apoyarse en las tendencias más progresistas del desarrollo histórico mediante el elevamiento social, cultural y moral de los trabajadores y demás sectores explotados y oprimidos. Los otros caminos parecen conducir a formas prosaicas de integración en el capitalismo, a algún nuevo tipo de aventura sin futuro ni resultados rescatables o a utopías románticas carentes de viabilidad histórica.

Si el marxismo no es capaz de responder a los cuatro retos señalados, se habrá convertido en una concepción decadente del mundo y de la historia, que sólo logrará subsistir bajo una forma puramente intelectual. La lucha socialista, desprovista del elemento orientador suministrado por el marxismo, volverá a ser entonces un movimiento utópico de protesta social incapaz de generar alternativas prácticas de transformación social o, en su caso, un mero receptáculo pragmático de las aspiraciones de reforma.

está comenzando a nivel mundial, no culmine como todos los demás en otra gran crisis de acumulación que cree condiciones propicias para salidas socialistas. Por el contrario, lo más probable es que esa futura crisis, tenga una dimensión mundial mucho mayor que las anteriores por el nivel de internacionalización alcanzado por las fuerzas productivas y la maduración global del sistema a nivel mundial.

Año inolvidable, el de 1989. Debido a su caliente otoño, millones de hombres y mujeres pueden ahora interrogarse libremente sobre el tipo de sociedad en la cual quieren vivir. Presenciamos, deslumbrados, uno de esos raros movimientos de la historia en los cuales en una vasta parte del mundo el orden establecido no se da por sentado y la gente puede buscar nuevas opciones. Al término de la segunda guerra mundial, hubo otro momento similar y la humanidad lo desaprovechó. Naufragó en la guerra fría que todo lo redujo a un binomio estéril y maniqueo. Democracia o comunismo, lo llamaban en Occidente, socialismo o capitalismo, en Oriente. 1989 nos hizo recobrar la universalidad de la palabra y la pluralidad de las alternativas. Mal haríamos en caer en la trampa del mundo de la posguerra pensando que desaparecido uno de los términos, solo queda en el horizonte el otro. Al contrario, ese se ensancha y los puntos de referencia se multiplican. En el idioma de la guerra fría es el fin de la historia, en el del siglo XXI, el principio de otras muchas historias. Están en crisis ambos sistemas y las esperanzas del siglo XXI solo pueden fincarse en una nueva concepción de la civilización.

A un año de la caída del muro de Berlín, podemos ya preguntarnos qué fue realmente lo que sucedió en estos países que se extienden desde el Asia Menor hasta el Este, Centro y Sur de Europa. Un sistema político que dominó durante cerca de setenta años, se derrumbó como una casa devorada por las termitas. La estructura social en la cual se apoyaba, entró en una profunda crisis. Un poderoso bloque de Estados que era la base del equilibrio bipolar de la posguerra desapareció. La ideología oficial que les daba sustento fue masivamente repudiada.

¿Qué nombre podemos dar a este inesperado terremoto que sacudió a la humanidad a fin de siglo? Toynbee estampó el concepto de “colapso de las civilizaciones” que definió en los siguientes términos:

Los colapsos son fracasos en la audaz tentativa de ascender del nivel de la humanidad primitiva que vive la vida de un animal social hasta las alturas de un tipo de existencia sobrehumana en una comunión de santos, [...] lo hemos comparado con los alpinistas que hallan la muerte despeñándose, o que permanecen en trance de agonía, contra la saliente por la que acaban de trepar sin conseguir completar la ascensión y alcanzar en el declive siguiente un sitio donde descansar [...] La naturaleza del colapso de las civilizaciones puede concentrarse en tres puntos: fracaso del poder creador de la minoría, de resultas de ello, falta de mimesis por parte de la mayoría; y la consiguiente pérdida de unidad social en la sociedad toda.

Un poco vago, el concepto sirve, si no para explicar lo sucedido, al menos para describirlo: se trata en efecto del colapso de un intento civilizatorio. Los revolucionarios de 1917 se propusieron construir una sociedad poscapitalista, más justa, igualitaria y humana. Introdujeron cambios profundos en la estructura social rusa que debía producir un hombre nuevo, superior al que existía en la sociedad de clases. Abolieron el capitalismo. Generaciones posteriores de comunistas se propusieron construir una civilización libre del dominio de unos hombres sobre otros y de la enajenación. Después de la segunda guerra mundial su influencia se extendió y se pusieron las bases de un nuevo sistema económico internacional que abarcando a una población de más de 300 millones de personas, debía estar libre de todas las injusticias del sistema internacional capitalista con sus secuelas de colonialismo e intercambio desigual. Al iniciarse la década de los noventa, debemos reconocer que este intento civilizatorio en términos generales ha fracasado. Que las sendas escogidas extraviaron el camino y que la magnitud de la catástrofe debe medirse no sólo en función de lo que esas sociedades eran sino también de lo que se propusieron ser. No sólo fracasó un sistema social, sino también muchas de las ideas centrales que le daban sustento. Los éxitos obtenidos en la modernización de la agricultura, la industrialización, la educación de masas y la redistribución del ingreso, no pueden ocultar el fracaso en el objetivo fundamental: la instauración del socialismo. Lo que la izquierda latinoamericana confundió durante varias décadas fueron los éxitos en la superación del subdesarrollo con la construcción del socialismo.

Detrás de ese suceso, se esconde una de las más grandes tragedias de la historia. En un intento heroico y al precio de innumerables sacrificios, millones de hombres y mujeres intentaron romper de una sola vez las cadenas que los unían a un pasado de atraso, miseria y explotación. En condiciones desiguales se enfrentaron a la violencia de las clases dominantes, los intereses creados y la tradición. Hoy sus herederos descubren estupefactos que sin que la derrota haya sido anunciada y aceptada los resultados de sus actos se vuelven contra sus esperanzas.

La esfera más afectada es la política. Nada queda de la "dictadura del proletariado", el "papel de vanguardia del partido de la clase obrera", el "centralismo democrático", del rechazo del parlamentarismo como forma de la democracia burguesa, del monopolio ideológico del "marxismo leninismo", de la imposición directa de cánones oficiales en el arte y la cultura. En la economía, el sistema de planificación central administrativa sigue existiendo pero es rechazado por todos, con la excepción de los círculos conservadores de la burocracia. Los dogmas que identificaban el desarrollo del socialismo en un país dado con el avance de la propiedad estatal, la abolición del mercado, la desaparición de la iniciativa individual, han quedado relegados al museo de las utopías. En la esfera de la ideología y la moral, la situación es más angustiosa aún. La contradicción entre los ideales oficiales y la realidad, quedó plenamente revelada por el abandono inaudito de estos por la clase gobernante en el momento de la caída. Después de un prolongado desgaste, se esfumó el principio organizador que daba coherencia a los actos de los hombres y mujeres de esa civilización: la idea de que vivían en una sociedad socialista, distinta y superior a la capitalista, cuyas leyes de funcionamiento la exi-

mían de las contradicciones e iniquidades de ésta. En él se basaba también la legitimidad de los partidos comunistas gobernantes que —con razón o sin ella— se presentaban como los artífices del gran cambio. El derrumbe de la creencia, selló la suerte de los partidos.

Hasta 1988, la mayoría de la gente tanto en Occidente como en Oriente, incluyendo a científicos sociales de las más diversas orientaciones, veían al mundo de la siguiente manera. Existen sobre la tierra dos sistemas económico-sociales: el capitalismo y el socialismo (comunismo). El primero se caracteriza por el mercado, la propiedad privada y el individualismo. El segundo, por la planeación, la propiedad estatal y el colectivismo. Cada uno de ellos está representado por gigantesco bloque de Estados que luchan entre sí por la supremacía económica, política y militar. Dentro de esa visión simplista pero muy común, lo que ha sufrido un colapso irreversible en 1989 es el socialismo (comunismo) y quien ha triunfado definitivamente (fin de la historia) es el capitalismo.

Pero no todos pensaron ni piensan así. Dentro del movimiento democrático y socialista, se han levantado desde hace mucho voces que sostenían que la sociedad que se enfrentaba al capitalismo, no era socialista porque en ella se reproducen todos los problemas esenciales de las sociedades de clase: explotación, enajenación y dominio. No es posible aquí pasar revista a la larga y rica tradición de la crítica socialista del estatismo. Basta con algunos ejemplos. Después de una larga trayectoria, hacia la década de los setenta, estas ideas habían ya triunfado en los medios de la izquierda europea y comenzaban a abrirse paso en América. Según sus diversas versiones, esas sociedades responden a los rasgos de un “capitalismo de Estado”, una etapa inicial del socialismo, llamada “socialismo estatista”, un “colectivismo burocrático”, “una vía no capitalista de industrialización” y finalmente, un “estatismo”. Sea cual fuere la hipótesis escogida, coincidían en que se trataba de una sociedad distinta a la capitalista pero clasista en la cual el poder se halla en manos de una burocracia, propietaria colectiva de los medios de producción, el Estado y la ideología dominante. En ellas, el poder de la burguesía fue abolido, pero solo para dar lugar a una nueva forma de dominio basada en una antitiquísima contradicción. La división del trabajo en intelectual y manual que hace recaer en individuos diferentes las tareas de planeación y las de ejecución, fue la base del surgimiento de un inmenso aparato que se ha adjudicado las tareas de administración y organización, sometiendo a sus designios e intereses a la inmensa mayoría de los productores. Abolida la explotación capitalista, el dominio de clase se nutre de su fuente mas primaria y general. El monopolio de la información, de la visión global de la realidad, de las artes y técnicas de la administración y la supervisión jerárquica del trabajo impuestos por un grado insuficiente del desarrollo de las fuerzas productivas, se traducen en el surgimiento de una nueva forma de explotación.

La nueva élite expropia a las masas trabajadoras de esos países de la posibilidad de influir directamente sobre las decisiones que determinan su destino económico y político. Las tareas decisivas de la fijación de la proporción entre acumulación y consumo, entre gasto militar y gasto en educación, entre el financiamiento de los privilegios de la burocracia y los servicios sociales, entre centralismo y auto-

gestión, quedan reservadas para los detentadores del conocimiento y los puestos de mando. Las funciones de planeación y regulación que otorgan a esa sociedad su carácter no capitalista, se transforman paulatinamente en las fuentes de las nuevas relaciones de dominio. La burocracia se reserva el derecho de interpretar los intereses de la sociedad como un todo y de mantener un equilibrio entre los intereses parciales y grupales. Pero en una sociedad marcada por una distribución desigual de recursos materiales y culturales escasos, ella no es una fuerza neutra. Tiene intereses y proyectos propios y aprende a imponerlos.

En la etapa de desarrollo que transcurre entre los años treinta y a inicio de la *perestroika*, el sistema tenía como características políticas: a) el dominio del aparato burocrático sobre todos los cuerpos formalmente electos, b) la sustitución de elecciones verdaderas por el nombramiento por la *nomenklatura* de todos los puestos de dirección, c) prohibición de los partidos y sindicatos independientes, d) subordinación incondicional de todos los sectores del Estado al poder teocrático del Buró Político, el monopolio del control de los medios de difusión masiva, incluyendo la censura preventiva. Económicamente, representaba a) el dominio del Estado sobre la economía que administra y planea, b) distribución igualitaria del ingreso sobre todo en los productos y servicios básicos, c) colectivización y administración centralizada de la agricultura, d) en ausencia de un mercado, fijación burocrática de las necesidades sociales e individuales y e) en el campo de la gestión, prioridad de las normas de la conducta burocrática sobre los de la eficiencia económica. Ahora se confirma también que se trataba de una sociedad estratificada cuyas capas privilegiadas eran la *nomenklatura* y, ahí donde la había, la mafia (los jefes de los túneles semilegales de la economía oculta).

Atendiendo a esas corrientes, lo que ha terminado no es el socialismo sino una etapa en el desarrollo de la sociedad estatista estrechamente ligada a la ilusión que la identificaba con el socialismo realizado. Ahora, en ella, la oposición de intereses y las luchas sociales cobran carta de legitimidad. Y los jóvenes de mañana no tendrán dificultad alguna en aceptar una visión del mundo en la cual, junto a la sociedad de clases llamada capitalismo, hay otra sociedad de clases llamada estatismo —dicho sea sin ánimo peyorativo— y que el socialismo no es una formación social existente, sino una idea y un movimiento que se propone la superación de ambas. El socialismo (como formación social) no ha muerto —decía Bierman— porque nunca existió.

No ha llegado aún el tiempo de hacer un balance global del inmenso experimento. Por el momento sus virtudes se pierden en el calor de la negación radical que solo tiene ojos para sus defectos más monstruosos y sus aportaciones a la historia obrera yacen sepultadas bajo los escombros de la crisis. Más tarde se descubrirá que la reconstrucción, como después de un terremoto o un bombardeo, deberá usar los ladrillos y las vigas de los edificios destruidos. Una cosa es segura, después de 1989, las sociedades estatistas de Europa del Este entran en una fase nueva de su historia, que está en búsqueda de un nombre: ¿reforma, restauración o revolución?

El socialismo solo puede contribuir al humanismo del siglo XXI, partiendo del pleno reconocimiento del colapso del “socialismo realmente existente” y la sobrevivencia de la sociedad estatista en plena transformación.

En la era de globalización de la economía y la política, el significado de un fenómeno de tal envergadura es muy diferente al que podía tener hace quinientos años. Produce cambios profundos no solo en el presente de la humanidad en su conjunto sino también en las ideas y esperanzas que guían sus acciones futuras y este significado no puede ser captado por la alegoría Toynbeeniana. El fin de la guerra fría, el desarme y la democratización de una parte del mundo que entusiasman con justicia a los pueblos de Occidente, vienen envueltas en derrotas objetivas y subjetivas de todo el movimiento anticapitalista. Por un momento el neoliberalismo se yergue como dueño absoluto de la escena ideológico-política y el capital financiero impone las reglas del juego económico. El movimiento socialista en Occidente sufre una derrota real (experimento fallido) y a la vez la liberación de un mito asfixiante (su confusión con el socialismo realizado).

De la ya existente teoría económica de esas sociedades y lo sucedido en los últimos dos años, pueden preverse tres grandes líneas de desarrollo: una reforma que deje intactos aspectos importantes del sistema, eliminando los obstáculos más paralizantes a su desarrollo, una restauración capitalista *sans phrase*, o bien una *fuite en avant* hacia un socialismo auténtico. Aún cuando la tercera parece hoy imposible, existe latente en los poros de la sociedad estatista y aparecerá cuando se sientan los efectos de las políticas de austeridad y restauración.

Los sucesos de 1989 pueden ser mejor comprendidos por medio de una idea creada por sociólogos e historiadores para designar algunos de los aspectos de “la primavera de los pueblos” de 1848, la idea de una revolución conservadora. En aquel año, la heroica rebelión de los proletarios parisinos, culminó en la elección de Napoleón el pequeño, así como un cuarto de siglo antes, en México, la revolución de independencia que se había iniciado con una rebelión campesina, terminó en una victoria de la aristocracia criolla.

1989 tuvo el carácter de una verdadera revolución. La clase dominante se vio asediada por un movimiento popular que en la URSS se tradujo en el rebasamiento del PCUS y en los otros países en la caída de seis gobiernos en cuatro meses. Por otro lado, se acentuó la división de las filas de la burocracia en reformadores y conservadores. El contenido común de todos esos movimientos desde la cúspide y desde las bases, fue un asalto a las posiciones del Estado y la burocracia. “Cómo han escrito repetidamente los partidarios de Gorbachov —dice Stephen Cohen—, todas esas reformas están diseñadas para desestatizar el ‘sistema stalinista administrativo de orden y mando’. Cuando se les presiona para revelar las proporciones de su propuesta de desestatización, prometen abolir la mitad o dos tercios de todas las posiciones burocráticas estatales”. Por otro lado, movimientos como el de Solidaridad en Polonia, Foro Democrático en Checoslovaquia o los más espontáneos de la RDA y de Bulgaria, tienen todos ellos un sentido antiestatista y un incipiente contenido antiburocrático. “La esencia del movimiento [de Solidaridad] escribió Michnik desde la prisión, sigue siendo el de reconstruir la sociedad, el de

restaurar los lazos sociales fuera de las instituciones oficiales". Ese elemento ha estado presente en todos los movimientos en formas e intensidades sea cual sea su visión alternativa.

La erosión del poder de la burocracia ha tomado a veces la forma de un proceso de reconquista de la sociedad civil y otras las del derrocamiento de un gobierno y un partido gobernante, pero en todos los casos impregna la gran transformación de los países de Europa del Este. Inscritos en los términos de la sociedad estatista, los golpes se dirigen contra el partido comunista y el comunismo, pero el blanco verdadero es el poder omnipresente de la burocracia y las prácticas que le dan vida. Además, en Polonia, Checoslovaquia, Hungría y Rumania, el movimiento tuvo también un marcado sello de liberación nacional tendiente a recobrar la independencia perdida. El carácter revolucionario del movimiento se define no en su violencia o su duración, sino en la magnitud del reto al poder ilimitado del Estado y el dominio de Moscú.

Circuitos esenciales de la vieja estructura de poder han sido irremediablemente dañados. La ideología que combinaba lemas socialistas con el culto al poder ilimitado del Estado y de su jefe máximo, ha perdido su status de ideología oficial y única. Y esto es de por sí un cambio revolucionario. El Estado no puede ya presentarse como el portador único de la modernidad y la nación. El poder monolítico del partido comunista está siendo sustituido por el pluralismo político. Comienzan a realizarse elecciones legítimas, surgen los parlamentos, se descentraliza el poder. Se ha abolido la censura directa y la prensa, el arte y la ciencia se liberalizan. En muchos lugares, los obreros y los campesinos comienzan a reconquistar sus organizaciones sociales y gremiales. Hoy día, Rusia y las otras repúblicas de la unión, Polonia, Hungría y Bulgaria, gozan de libertades democráticas sin precedente en su historia. La revolución ha obtenido ya sus primeros triunfos en el campo de la democracia y las libertades ciudadanas, aún cuando los regresos al pasado y los nuevos autoritarismos no pueden ser descartados. En este sentido, 1989 fue un año de intenso cambio político en esos países cuyo estado actual permite catalogarlos entre las democracias ascendentes.

Estamos ante la primera revolución antiburocrática de la historia. Una revolución primaria, llena de vacilaciones como un niño que busca su camino en la obscuridad, pero pese a todo, una revolución auténtica que ha obtenido importantes victorias democráticas. Su primera etapa se inicia el 12 de septiembre de 1989 con el ascenso de Solidaridad al poder en Polonia y termina el 16 de julio de 1990 cuando el Partido Comunista de la Unión Soviética, en su XXVIII Congreso, pierde la dirección de los procesos de transformación en la URSS. Ella no se produjo como pensaban algunos teóricos socialistas del pasado como una gran explosión proletaria que apuntaría inmediatamente hacia nuevos avances del socialismo autogestionario. Tampoco ha tomado la forma gradualista que imaginaban pensadores más recientes como Branko Horvat quienes sostenían que una vez iniciado el movimiento, la descentralización del poder y el impulso autogestionario avanzarían muy aprisa, utilizando la ideología socialista dominante, vulnerada hasta ahora por la práctica de la burocracia. A todos ellos, la historia volvió a jugarles una

de sus bromas acostumbradas, quizá la broma más macabra del siglo XX. El muy esperado embate a las posiciones de la burocracia gobernante tomó no la dirección de un avance en el socialismo, sino el de una fuga nostálgica hacia un capitalismo en crisis.

La revolución de 1989 fue conservadora porque sus objetivos y muchas de sus ideologías así como su derrotero práctico se inscriben en la dinámica actual del capitalismo. Restauración del libre mercado y de la propiedad privada en todas sus formas, inserción en el sistema económico mundial capitalista; apertura a las trasnacionales y el crédito en condiciones de subordinación; aprobación de la unificación de Alemania bajo la bandera del neoliberalismo; reconocimiento de la hegemonía político-militar de los Estados Unidos, admiración avasallante por los modos de vida capitalistas; fuerte presencia del nacionalismo, la religiosidad política, el racismo y el antisemitismo.

Los impulsos hacia un socialismo democrático: reducción del poder y los privilegios de la burocracia, autogestión, propiedad social de los medios de producción, planificación democrática, igualitarismo, pleno empleo, humanización del proceso de trabajo, no están ausentes del movimiento, puede incluso decirse que aparecen en todos los países. Pero su fuerza no es suficiente por ahora para influir en la marcha de los acontecimientos.

Esto no fue así desde un principio. La *perestroika* en la URSS, Solidaridad en Polonia, Foro Democrático en Checoslovaquia, la Nueva Izquierda en la RDA, el Partido Socialista en Hungría, el Movimiento Ecologista en Bulgaria, estaban impregnados de objetivos compatibles con el socialismo democrático y parecían dominar la escena. Pero en forma vertiginosa, esas fuerzas perdieron el control o se vieron arrastradas por la marea conservadora, cambiando su orientación. Desde comienzos del presente año se han ido imponiendo en mayor (Polonia) o menor (Checoslovaquia) grado las tendencias procapitalistas.

¿Como pudo suceder eso? ¿Por qué una revolución que comenzaba bien, acabó tan mal? Existen varias causas para ello a las cuales vale la pena pasar revista. La primera y más importante es de índole internacional. Desde mediados de la década de los setenta, era evidente que el intento de crear un sistema económico internacional "socialista" distinto al capitalista, había fracasado. La URSS y sus asociados perdieron la carrera de la tecnología y la productividad de los últimos veinte años. Mientras que en los países capitalistas desarrollados la informática transformaba explosivamente las estructuras económicas y sociales, la URSS apenas entraba en la era de las microcomputadoras. Actualmente fabrica 1.1 millones de unidades anuales, mientras que en los EU, la producción se eleva a treinta millones. Aún en ramas en las cuales la URSS goza de superioridad mecánica, la productividad es baja. Su producción de tractores es cuatro veces superior a la estadounidense, pero la productividad en el trabajo agrícola es apenas el veinte por ciento de la Europa Occidental y diez por ciento de la de EU. Economistas como L. Abalkin consideran que la URSS está atrasada unos diez años en la asimilación de tecnología de punta. Mientras tanto, los demás países del bloque sufrían los efectos de su inserción en un bloque que no podía ofrecerles acceso a la nueva

tecnología. La distancia que los separaba de los países capitalistas más avanzados comenzó a crecer a pasos agigantados. Al principio se hicieron intentos de abrir espacios en el mercado capitalista sin realizar reformas internas. De ello solo resultaron las exorbitantes deudas externas que rápidamente hicieron crisis y produjeron deformaciones en las balanzas de pago. Hacia mediados de la década pasada era claro que no había alternativa: o se integraban de lleno al mercado capitalista de mercancías, capitales y tecnología, realizando las reformas económicas, políticas y militares necesarias, o estaban condenados a hundirse en un cuarto mundo de atraso y estancamiento económico. La profecía de Trotsky y Stalin se había cumplido: el capitalismo podía vencer a las nuevas sociedades en el campo de batalla o en la batalla del mercado. Habiendo fracasado en el primero, triunfaba al fin en el segundo. La presión capitalista más poderosa sobre la revolución del 89 provino no tanto de alguna medida concreta adoptada por los países industrializados, sino de la presencia latente pero impostergable de esa necesidad y las ilusiones que de ella se derivaban. Detrás del derrumbe del “marxismo leninismo” oficial y su espíritu combativo, está la comprensión de que la lucha por crear una economía internacional socialista autónoma se había perdido, que la carrera armamentista con los Estados Unidos no podía continuar un día más, que la competencia con una Europa Occidental unida a partir de 1992 estaba condenada a la derrota de antemano en todos los terrenos. Algunos pueden creer que el sistema se derrumba sin librar batalla, pero en realidad eso sucede después de una larga contienda económica en la cual los países del socialismo real quedaron vencidos no solo en el campo de la economía, sino también en el de la seguridad en sí mismos. Eficaz en la concentración de los esfuerzos en algunos renglones prioritarios el “modelo staliniano” demostró ser ineficiente en el uso global de los recursos. Durante varios decenios esos países conocieron ritmos de crecimiento elevados y mejorías en los niveles de vida del pueblo, pero a medida que la economía se diversificaba, las ventajas comenzaron a esfumarse. Hacia mediados de los setenta, la principal debilidad del sistema se había hecho evidente, su resistencia a las reformas y la adaptación a nuevas necesidades. La interdependencia entre economía y política se tradujo en un ciclo infernal de reformas económicas que despertaban fuertes resistencias políticas y las crisis políticas desembocaban en medidas económicas que acababan disolviéndose. Ahora sabemos que sin la *perestroika* y el 89, el círculo vicioso nunca hubiera podido ser roto.

Después de la segunda guerra mundial, las sociedades estatistas perdieron también la carrera de la democracia. Decisivos en ese sentido fueron los cambios sufridos por Europa Occidental. El mapa político de esa parte del mundo era en 1945 desolador. Alemania, Italia, Grecia, España, Portugal, habían pasado o estaban pasando todavía por experiencias totalitarias. En otros países como Francia, el panorama era muy inestable. Cuarenta años más tarde, la situación había cambiado enormemente. La democracia pluralista se había estabilizado en casi todos esos países. En España se había producido una transición pacífica, que sigue sirviendo de modelo para otras transiciones del “autoritarismo a la democracia”. Se comenzó a marchar en serio hacia una integración no solo económica, sino políti-

ca también. Al mismo tiempo, la estructura política de los países estatistas, superados los aspectos más arbitrarios y violentos del stalinismo, se congelaban en un neostalinismo, que los golpes un poco ciegos de Jrushov y el XX Congreso no lograron mellar. La incapacidad de transitar paulatinamente hacia formas de dominio menos autoritarias fue sin duda una de las lacras más nocivas del sistema.

Otra causa, de carácter interna esta, fue la actitud de la burocracia gobernante hacia las corrientes socialistas críticas. Durante décadas estas corrientes fueron tratadas como el enemigo principal. Perseguidas dentro y fuera de los partidos comunistas, exorcisadas como herejías inaceptables, nunca tuvieron la oportunidad de desarrollarse en la vida intelectual o echar raíces en la vida política. Así, la oposición se vio arrinconada a formas muy antiguas de la mentalidad popular: la religión y el nacionalismo. Cuando el Estado se debilitó, lo único vivo eran esas corrientes tal y como se habían mantenido latentes durante décadas en la conciencia popular. La oposición masiva a un socialismo erigido en ideología oficial excluyente y totalitaria, un socialismo en nombre del cual se cometieron crímenes innumbrables, no podía alimentarse de una versión crítica de ese mismo socialismo.

Este asalto a la oposición de izquierda viene ahora a continuarse en un viraje nuevo e inesperado de la política oficial. Durante décadas, el rechazo al capitalismo occidental jugó un papel fundamental en la ideología oficial del estatismo. Las carencias y fracasos eran adjudicadas a la acción del "enemigo externo" que recibía varios nombres peyorativos. Ahora, la vieja mentira que presentaba a Occidente como fuente del mal ha sido sustituida por otra no menos grave que lo presenta como el origen del bien y el modelo a seguir. Basta leer los periódicos oficiales o ver la televisión, para darse cuenta que esta idea no ha surgido en forma totalmente espontánea en el seno del pueblo.

Y esto ha contribuido decisivamente a orientar el rechazo del sistema anterior hacia la adhesión a los valores dominantes en el capitalismo y cerrar el paso a cualquier orientación auténticamente socialista.

El precio a pagar por los largos años de abuso del socialismo es su descrédito como ideología en el seno del pueblo. Si las ideas igualitarias, libertarias, autogestionarias siguen vivas, el discurso socialista y cualquier otro que proponga abiertamente sus objetivos o descansen en sus premisas morales en términos tradicionales, sólo produce por ahora reacciones escépticas o cínicas. Es más, cualquiera que convoque a construir una sociedad perfecta o casi perfecta sería considerado como un peligroso emisario del pasado, porque durante cuarenta años, la idea matriz del discurso oficial fue que los sacrificios del presente eran el precio a pagar por un futuro luminoso... que nunca llegó. La única visión teleológica que la gente está dispuesta a aceptar es la religiosa y el único futuro de cual se puede hablar es el inmediato. Para mantenerse dentro del proceso de cambio, Dubcek tuvo que abandonar el lenguaje de 1968 y aquellos veteranos de la Primavera de Praga que no lo hicieron, fueron rápidamente excluidos. En Polonia, los nombres de Adam Schaft o Kolakovsky son anatema.

El carácter ambiguo de la revolución tiene mucho que ver con la presencia temprana y vigorosa de impulsos reformadores que parten de los círculos dirigen-

tes. Hasta ahora, éstos ha predominado en todas partes menos en Polonia, Checoslovaquia y Hungría. El caso más evidente de revolución desde arriba, es el protagonizado por Gorbachov y su grupo en la URSS. Se inició en el corazón mismo del buró político. Sus promotores pertenecen a una generación de funcionarios formada en la era de las reformas jrushovianas y su estrategia se fue definiendo en reuniones de dirigentes del partido.

De ahí también surgió el proyecto socialista más elaborado existente en la crisis y la revolución: la *perestroika*. Planteada en términos que representan una ruptura de contenido y de semántica con los clichés del “marxismo-leninismo”, la *perestroika*, *glasnost* y *novii mísl* (términos inexistentes en el viejo discurso) son claves para su nueva concepción de socialismo que, en un reciente artículo, Gorbachov ha definido en la siguiente forma:

El concepto de socialismo surgió en Francia hace casi ciento sesenta años, pero la idea es mucho más antigua. Refleja el aspecto de la existencia humana relacionado con los intereses generales del hombre, a diferencia de los privados, con su complejo y secular afán de igualdad social y justicia [...] se propone emancipar condiciones que garanticen el libre desarrollo del mayor número posible de seres humanos [...] Fórmula que en principio comparten los partidarios de sus diferentes interpretaciones socialistas, socialdemócratas y comunistas. Una cosa es clara (y esto lo confirma nuestra experiencia) el socialismo no puede ser implantado por la violencia. El “socialismo” forzoso es funesto para el ideal socialista, es su negación [...] Rompemos resueltamente con la práctica anterior que considera que se podía construir el socialismo por medio de directrices dictadas desde arriba según planes minuciosamente detallados [...] La creación del socialismo debe ser un proceso natural en el que los propios hombres, en el marco de los procedimientos constitucionales y democráticos, toman decisiones y las realizan.

Hoy vemos cuestiones cardinales del socialismo con mayor amplitud y realismo que en el pasado. Ello se refiere a las ideas sobre la propiedad, las relaciones monetarias y mercantiles y el mercado [...] El socialismo no debe ser deducido de esquemas ideológicos, sino de la propia vida. Determinamos ahora la orientación y el contenido de las reformas aplicadas no por su adecuación a teorías aprioristas, sino en apreciaciones realistas de lo que pueden dar a cada persona y a toda la sociedad.

Las nociones de protección social, justicia y colectivismo como rasgos inalienables del socialismo, han arraigado profundamente en la conciencia de nuestro pueblo. Los intentos de imponer a la sociedad tal o cual modelo especulativo [...] serían contrarios al propio espíritu de la *perestroika*, a su sentido democrático.

[Y finalmente] Queremos crear una sociedad nueva que no será copia del capitalismo ni una repetición mejorada de la que no hubo antes [...] Todavía no conocemos muchos aspectos de la sociedad a la que aspiramos [...] Sabemos cómo quisiéramos ver el socialismo. Pero cómo será, lo dirán el tiempo, la experiencia y la práctica. Estoy seguro de una cosa: la *perestroika* tiene para lar-

go. No nos apartaremos de la vía socialista. No nos apartaremos de la democracia. Enlace entre socialismo y libertad, ese es el rasgo distintivo de la *perestroika*.

Esas ideas son sustancialmente diferentes a la concepción oficial que predominó durante seis décadas. El reconocimiento de la existencia de un ideal común a todo el movimiento que lleva el nombre de socialista, el rechazo del “socialismo forzado” impuesto desde arriba, la necesidad de revisar a fondo el concepto mismo, el deslinde de su proyecto con el capitalismo y cualquier versión modificada del “socialismo realmente existente” (léase estatismo), la relación esencial entre socialismo y democracia, son rasgos que lo emparentan ideológicamente con el “socialismo de cara humana” de la Primavera de Praga y el pensamiento de Berlinguer. Y su práctica les proporciona el primer gran escenario para su experimentación.

Gorbachov gusta de presentar a la *perestroika* como una nueva revolución, la “segunda revolución rusa” como dice el subtítulo de su libro de 1987, *La perestroika*. Los documentos del pleno de abril de 1985 y el XXVII Congreso de 1986 llamaron al pueblo a una “renovación revolucionaria del país y la sociedad”, a una “reforma radical de la economía, a la construcción de un Estado de derecho, a infundir nueva vida a los soviets”, a la “reestructuración de las relaciones de producción”. En una analogía con el desarrollo del capitalismo, Gorbachov recuerda que el triunfo de ese sistema exigió varias revoluciones y, sosteniendo que lo mismo sucederá con el socialismo, convoca a una segunda revolución.

Reconoce que en cierta medida se trata de una “revolución desde arriba”, de “un proceso dirigido y no espontáneo” que “parte de la dirección del partido comunista”, pero está conciente que la debilidad de todas las revoluciones desde arriba en el pasado es que al no contar con un apoyo de masas, se ven obligadas a recurrir a la coerción. Por eso, termina, la *perestroika* debe llegar a ser una revolución desde arriba y desde abajo a la vez.

Respecto al enemigo de la *perestroika*, los ideólogos del movimiento disienten frecuentemente. Gorbachov tiende a definirla como una revolución contra “viejos mecanismos sociales” o una “revolución cultural” o “de las conciencias”. Ha dicho “naturalmente, esta lucha no toma entre nosotros la forma de antagonismos de clase”, se trata a lo máximo de “choques entre grupos, intereses o ambiciones personales”. Otros en cambio como la socióloga Vera Zaslavskaya ven un conflicto más profundo. Si bien rechaza la idea de que pudiera tratarse de una revolución social que enfrenta a los obreros y los campesinos con los funcionarios, Zaslavskaya habla de “una revolución que enfrenta los sectores radicales de la sociedad con los sectores conservadores, con una creciente participación de grupos que no tienen una conducta definida”.

En lo cinco años de existencia de la *perestroika*, sus autores han demostrado con hechos el radicalismo de su proyecto. Se trata, por la magnitud de los cambios iniciados, de una verdadera revolución, no de un artificio demagógico. Durante el lustro transcurrido, el programa se ha transformado en acción política firme y audaz. La sorprendente coherencia entre la palabra y el hecho ha acabado por convencer al mundo que están decididos a persistir en sus propósitos sin dejarse inti-

midar por los inmensos obstáculos que yacen en su camino. La batalla ha sido iniciada en todos los frentes en un impulso que tiene al mundo como escenario. Pero la combinación cada vez mas compleja de intereses internos y externos contrapuestos hace difícil prever el desenlace de su empresa.

El nuevo rumbo está garantizado por una ruptura radical con el viejo régimen. En la raíz de este está el stalinismo, periodo durante el cual se construyeron las bases del sistema político y económico que se trata de sustituir. Por eso la crítica del stalinismo está en el centro de la construcción de una nueva óptica histórica. En este terreno, las críticas de Gorbachov han ido mucho más allá de todo lo hecho antes. El ha dicho que desde los primeros años de la era staliniana “la propiedad social fue separada de sus verdaderos propietarios, los trabajadores” y que el resultado fue la “creciente enajenación de los hombres de la propiedad colectiva”. Durante la NEP, Lenin —dice Gorbachov— apoyaba la idea de la formación “de cooperativas rentables y autogestionarias en las cuales la democracia y la eficiencia económica iban aunadas”. Pero después de su muerte, los partidarios de los métodos violentos y administrativos se impusieron y la burocracia se volvió cada vez mas activa y poderosa, imponiendo la política de la industrialización forzada. El viejo sistema de gestión económica es designado con el nombre de “sistema de mando administrativo”. “Las ordenes vienen de arriba y son aplicadas administrativamente [...] La información que viene de arriba tiene el carácter de una orden y la que viene de abajo, la de un informe”. Y el periodo de Brezhnev es caracterizado como un periodo de estancamiento durante el cual se consolidaron los mecanismos que frenan el desarrollo económico y social de la sociedad soviética.

Nadie puede negar que el “nuevo pensamiento” de Gorbachov y la práctica a él asociado está transformando al mundo. La importancia de la *perestroika* ha sido ya comparada con la revolución de 1917 y la idea no es totalmente descabellada. Su rasgo más impactante es la coherencia entre el proyecto reformador para la sociedad soviética y sus propuestas para las relaciones políticas y económicas internacionales. Este aparece como parte de un conjunto de proposiciones y de ideas que conciernen a la estructura del mundo contemporáneo visto en su totalidad.

El concepto central es el de la *interdependencia* o *globalidad* y ha sido ampliamente desarrollado por el lider soviético. El principio fundamental del nuevo enfoque es simple:

...la guerra nuclear no puede ser un medio para lograr objetivos, ya sean estos políticos, económicos, ideológicos u otros. La tecnología militar ha hecho tales progresos que incluso una guerra convencional sería a partir de ahora comparable a una guerra nuclear en sus efectos destructivos. El precepto de Clausewitz, según el cual la guerra es la persecución de la política por otros medios, se ha vuelto definitivamente obsoleto [...] habiendo entrado en la era nuclear, la humanidad ha perdido su inmortalidad.

La idea no es totalmente nueva, pero las conclusiones teóricas y prácticas derivadas de ella, si lo son.

De la imposibilidad de una solución militar (es decir nuclear) de las divergencias internacionales se deriva una nueva dialéctica de la fuerza y la seguridad. La seguridad no puede ser garantizada por medios militares, ni por el uso de armas de disuasión ni por el perfeccionamiento de la “espada” y del “escudo”. La única vía para llegar a la seguridad pasa por las decisiones políticas y el desarme [...] Los adversarios deben transformarse en socios y buscar juntos la vía para consolidar la seguridad universal.

Y esto no puede lograrse sólo en la esfera militar sino que incluye aspectos económicos, sociales y culturales.

En la nueva situación cambia también el papel de las superpotencias:

Ha madurado el tiempo –dice Gorbachov– para abandonar en política exterior concepciones basadas en un punto de vista imperialista. Ni la Unión Soviética, ni los Estados Unidos pueden imponer a los demás su voluntad. Es posible aplastar, constreñir, corromper, doblegar y romper, pero sólo por cierto tiempo. En una perspectiva a largo plazo de la política, nadie puede subordinar a los demás. De aquí que sólo queda una posibilidad: las relaciones de igualdad.

G. Vacca piensa que esa posición representa un paso de la política de fuerza a la política de hegemonía en las relaciones internacionales y que esto corresponde íntegramente a los cambios internos hacia el pluralismo, la “transparencia” y el renacimiento de la sociedad civil en la Unión Soviética.

Aún cuando el objetivo prioritario de la *perestroika* era económico aprovechando las lecciones dejadas por los fracasos de la NEP y la era Jrushoviana, Gorbachov comenzó por las reformas políticas cuyo objetivo inmediato es la liberación de fuerzas sociales capaces de derrotar a la burocracia conservadora y los intereses y prácticas sociales a ella asociadas. Pero la consolidación del Estado de derecho, el respeto a las libertades ciudadanas, el pluralismo ideológico y cultural, la elección auténtica de los representantes populares, la ampliación de la autonomía de las repúblicas de la unión, el desarrollo de una vida parlamentaria, el abandono de la posición monopólica del PCUS en el sistema de partidos, son más que eso, representan pasos decisivos en el desmantelamiento del sistema stalinista y promesas, frágiles aún, de una democracia avanzada.

El proyecto económico de la *perestroika* es hacer pasar a la URSS de una economía de planeación administrativa a una economía basada en un mercado controlado por medio de mecanismos económicos. El aspecto nodal de esa reforma es el acceso de la empresa a la autonomía económica. El Estado dejará ya de ser responsable de ellas en el plano financiero y a su vez las empresas no responderán por las deudas del Estado. Se reconoce constitucionalmente el pluralismo de la propiedad junto a las empresas de Estado, se crea un importante sector cooperativo y la iniciativa privada debe ser autorizada en casi todas las ramas de la actividad.

Los años 1985-88 fueron consagrados a la creación del nuevo sistema de gestión y de un programa de reformas económicas radicales. Con ese propósito se aprobaron tres leyes: la ley sobre la actividad económica privada del 1 de mayo de

1987, la que se ocupa de la nueva condición de las empresas del Estado de 1 de enero de 1988 y la ley sobre cooperativas del 1 de junio del mismo año. Esas leyes fueron el punto de partida de medidas de reestructuración de la planificación, las finanzas y los sistemas de precios. Otras están modificando las relaciones con el exterior. Estos cambios normativos se han ido extendiendo paulatinamente a todo el aparato administrativo del Estado, las empresas y los *koljoses*. Como resultado de todo ello, la URSS ha entrado en un periodo que los optimistas califican de coexistencia del viejo y el nuevo sistema de gestión y que los pesimistas describen como una situación en la cual lo viejo ya no funciona y lo nuevo todavía no.

En 1989 se inicia una etapa que puede caracterizarse como la de la puesta en práctica generalizada y consecuente de las medias aprobadas hasta ahora. El número de objetivos del plan general ha quedado considerablemente reducido, las empresas comienzan a funcionar de acuerdo al principio de la autonomía contable, el número de empresas cooperativas y privadas ha aumentado considerablemente. Se están reduciendo los aparatos administrativos del Centro y las repúblicas en un treinta a cincuenta por ciento y a finales del presente año entrará en vigor una reforma general de los precios. Estas medidas pueden crear las condiciones de un socialismo de mercado, pero pueden también abrir las puertas a una restauración del capitalismo y al dominio de las transnacionales. Todo depende de la magnitud y el ritmo de la apertura.

La *perestroika* se desarrolla en medio de una lucha cada vez mas aguda contra una oposición que rara vez se presenta con su propia cara y nombre. Interrogado públicamente, todo funcionario soviético se declara partidario de la *perestroika*. Sin embargo la oposición práctica a las reformas es muy poderosa y se deja sentir en todos los campos de la vida. Esto tiene que ver con las particularidades de la vida política soviética en la cual durante seis décadas la opinión disidente era considerada criminal y no existía ninguna oposición institucionalizada. El resultado es que la mayor parte de la oposición sigue vías subterráneas difíciles de discernir y adopta formas sordas de resistencia pasiva y sabotaje encubierto. Sólo después del XXVIII Congreso del PCUS, al definirse la mayoría de los delegados por posiciones conservadoras comenzó a tomar forma política la oposición a la aplicación radical de la *perestroika*.

Pero esa resistencia a manifestar el desacuerdo abiertamente, no debe engañar a nadie. La oposición a las reformas económicas y políticas es fortísima y se aloja en los lugares menos esperados. En realidad, el apoyo popular tardó en venir. Durante los primeros dos años los reformadores tuvieron más éxito en modificar la composición de los órganos de dirección que en movilizar apoyo popular. No fue sino muy lentamente que primero sectores de la *intelligentsia*, luego las corrientes nacionalistas y religiosas y por fin los sectores obreros entraron en movimiento. Ahora que el pueblo se ha puesto en marcha, la orientación de los movimientos no responde directamente a las expectativas de los reformadores. Si ahora aparecen como aliados en lo que Gorbachov llama la etapa destructiva de la revolución, vale decir, el debilitamiento de los partidarios de los métodos burocráticos y las prácticas con ellos asociados, su orientación futura es incierta.

Vista como proyecto, la *perestroika* apunta hacia una transición al socialismo, pero su práctica al no lograr un apoyo masivo de la mayoría del pueblo, plantea innumerables incógnitas y el peligro de desembocar en una versión modificada del “socialismo realmente existente” o tendencias de restauración capitalista.

El papel jugado por el sector reformista de la burocracia soviética en los cambios en los demás países del Este es determinante. Gorbachov retiró paulatinamente su apoyo a los conservadores que dominaban en la RDA, Rumania, Bulgaria, Checoslovaquia y promovió el cambio de dirección en Hungría. Existen datos suficientes para afirmar incluso que intervino directamente para precipitar su caída. Además, los movimientos populares no hubieran podido desplegarse sin su firme política de no intervención y el aliento que les dio con actos simbólicos como la visita a Dubcek durante su estancia en Checoslovaquia y el desaire público a Honecker en los festejos del 40 aniversario de la fundación de la RDA. Su política de desarme y distensión mundial hizo posible las reformas sin hostigamiento externo. En el corazón del sistema, en 1985, una vez más —como lo preveía Rosa Luxemburgo— la burocracia demostró ser el cuerpo vivo de la sociedad rusa que inició las reformas y puso así en movimiento la inmensa mole.

Las fuerzas conservadoras de Occidente tratan de convencernos: a) que los países del Este sólo tienen una alternativa, el capitalismo y b) que ésta es la que sus masas realmente desean. Nosotros hemos opinado que las opciones son en realidad tres: estatismo reformado, capitalismo y socialismo. En cuanto a la segunda afirmación, creemos, repetimos, que las mayorías, todavía confusas e indecisas, se inclinan hacia una especie de híbrido en el cual se sintetizan de manera inverosímil solamente las virtudes de los dos primeros.

Pero antes que nada debemos preguntarnos si la sociedad estatista ha dejado de existir. Creo que sería un grave error llegar a esa conclusión. *Lo que se ha derribado es el intento civilizatorio, no la sociedad estatista.*

Hoy mas que nunca hay que advertir contra las trampas de la ideología. El derribe del proyecto ideológico no es sinónimo de la desaparición de las estructuras sociales surgidas a su amparo. Aun cuando la orientación de los cambios es la integración en el mercado mundial capitalista, el liberalismo político y el impulso a la economía mercantil, sería ingenuo pensar que al final del proceso, esos países serán una simple réplica de algún modelo capitalista, ya sea este el estadounidense, el sueco o el brasileño. Los setenta y dos años transcurridos desde la revolución de octubre dejaron su marca. Ni la URSS ni los otros países que conformaban el bloque, han entrado de lleno en el proceso de retorno al sistema capitalista. La restauración es un fuerte impulso que viene de dentro y de fuera, pero está muy lejos de haber triunfado. Lo esperan largos años de forcejeo con los que defienden el pasado y aquellos que entreven un futuro diferente. Los puntos de partida son diferentes y los de llegada lo serán también. Y aún si triunfa, la restauración absoluta es —con la excepción de Alemania Oriental— imposible. Ninguna restauración ha podido retrotraer la historia a la posición anterior a un cataclismo revolucionario auténtico y es muy poco probable que ahora lo logre. El regreso de los Estuardo al trono inglés en 1660 no pudo deshacer las transformaciones implanta-

das por Cromwell y sus revolucionarios, y en Francia en 1814, la restauración borbónica no logró revivir el viejo régimen. La introducción de la democracia parlamentaria en los países del Este subvierte las formas en que se ejerce el dominio, pero no cancela el poder de la élite gobernante. La extensión del mercado y el crecimiento del número e importancia de las empresas privadas en esta etapa inicial modifica todos los mecanismos económicos, pero no liquida la economía estatuizada. En ambos casos es necesario diferenciar lo que se pretende y se dice de lo que realmente está sucediendo.

Por otro lado sería un grave error de juicio confundir el derrumbe de la *ideología socialista* con las posibilidades de la *opción socialista*. En esas sociedades, que han demostrado su vitalidad contra todas las previsiones, existen fuertes impulsos que coinciden en la práctica con el socialismo. La atomización impuesta por la jerarquía burocrática se está disolviendo. Los individuos recobran sus organizaciones, sus preferencias, sus vidas privadas. El Estado ya no lo determina todo. Y quien se opone a él no es reo de inmoralidad. Los obreros han dejado de ser un elemento políticamente pasivo. Están comenzando a exigir la democratización de las relaciones en sus lugares de trabajo, la autonomía de sus sindicatos, la abolición de los privilegios de la burocracia, las libertades civiles, la diseminación de información auténtica. Pronto presionarán para exigir la autogestión, ya vislumbrada en la Primavera de Praga, el programa inicial de Solidaridad y otras organizaciones similares. Como lo demuestra la experiencia yugoslava, ésta no representa un obstáculo para la introducción del mercado, ni para la hegemonía política de las élites actuales, pero sí pasos reales hacia el socialismo. Las ideas relacionadas con la autogestión han sido ampliamente desarrolladas durante los últimos veinte años en todos esos países. La abolición del Estado no es un prerrequisito para el socialismo ya que éste tiene todavía un papel civilizador que cumplir. Y la burocracia —como lo ha demostrado brillantemente Gorbachov— puede actualmente jugar un papel transformador importante. Lo que es necesario es la aparición de instituciones y prácticas que frenen eficazmente su poder a todos los niveles de la vida económica, política y cultural. Porque su hambre de dominio es insaciable y su capacidad de ocupar los espacios dejados vacíos por la inacción de la sociedad civil, temible. Premisas teóricas para una política de ese tipo pueden ser encontradas profusamente en el pensamiento de los revolucionarios del 17, los economistas críticos de la era de Jrushov y de la *perestroika*, la escuela yugoslava y la rica tradición de los teóricos autogestionarios de Occidente. Los sujetos pueden surgir en la clase obrera sometida a fuertes presiones tendientes a elevar las tasas de explotación por medio de la baja de los salarios reales, la liquidación de sus logros sociales y la reducción de su papel en la sociedad, la intelectualidad revolucionaria sobrecogida por el ascenso de la derecha en sus propias filas y los elementos más radicales de la burocracia, dispuestos a sacrificar poder para impulsar su participación hegemónica en el proceso de transición al socialismo.

Ahora sabemos que el sistema de gestión administrativa centralizada es inoperante en una economía compleja y desarrollada. Pero esto no significa que su

única alternativa eficiente sea el libre mercado presidido (¡oh contradicción!) por empresas monopolistas que surgirían inevitablemente de la privatización acelerada de una economía altamente centralizada como la de los países estatistas. Los planes de austeridad del Fondo Monetario Internacional pueden producir en el Este resistencias más profundas y tenaces que en los países del tercer mundo. Y entonces, para sorpresa de todos los voceros del capital, la revolución puede cambiar de rumbo.

De los fracasos y éxitos de las sociedades estatistas, deducimos que las condiciones básicas para la instauración y desarrollo de una sociedad socialista son: a) preponderancia de las empresas estatales y cooperativas y la ausencia de cualquier gran propiedad privada de los medios de producción, b) mercado basado en la autonomía de las empresas, independientemente de la forma de propiedad, c) planificación centralizada por medio de una autoridad autónoma responsable ante una asamblea electa por administradores de las empresas y representantes de los trabajadores en los lugares de trabajo, d) intervención del Estado (no de la instancia planificadora) para regular el mercado, frenando sus tendencias a la desigualdad social y los monopolios, e) desarrollo paulatino de la autogestión en las empresas estatales y cooperativas, f) preferencia por las pequeñas unidades como un medio para aumentar la participación, g) libertad de los trabajadores para escoger su empleo y apoyo para que puedan cambiar sus especialidades, h) derecho a trabajar indistintamente en empresas del Estado, cooperativas, privadas, familiares o de autoempleo, i) prioridad a la lucha contra el desempleo a todos los niveles de la economía, h) exclusión de campos como salud pública, educación, medios de difusión masivos, deporte, del circuito mercantil, gestión social, (no estatal) de los mismos, i) sistemas impositivos tendientes a reducir y finalmente a extinguir los ingresos por ganancias y renta.

Socialmente, la tarea histórica es superar la condición de subordinación de las mayorías respecto al poder político, económico y cultural. Esto no puede lograrse exclusivamente por medidas que afectan las esferas de la producción y la distribución. Cada vez es más necesario centrarse en la organización de la sociedad como un todo. Mientras los patrones de consumo y las actitudes hacia la vida no cambien, el “desarrollo de las fuerzas productivas” será siempre insuficiente para cancelar las contradicciones entre trabajo intelectual y trabajo manual, entre tareas de dirección y de ejecución. Y en eso, el papel de la conciencia es fundamental. Las sociedades actuales en Oriente y Occidente, bloquean y limitan el desarrollo y el reconocimiento de innumerables personas. Reducen artificialmente la igualdad de posibilidades de acceso a las actividades más creativas y los puestos de dirección, deshumanizando el consumo y la competencia. La verdadera democracia exige asegurar que ninguna persona se eternice toda la vida en posiciones subalternas y repetitivas; la multiplicación de las posibilidades de educación a todos los niveles y para todas las edades; la abolición de la educación basada en criterios estrechos de rendimiento.

En lo político esto se traduce en la ampliación del poder de los ciudadanos y el sometimiento del Estado a la sociedad civil. Algunas de las medidas que se

orientan en esa dirección son: a) elección directa de todos los poderes, excepto el ejecutivo, b) representación directa y proporcional de los ciudadanos en sus diferentes intereses (como productores, miembros de minorías étnicas, habitantes de diferentes regiones y sexo) en las cámaras legislativas, c) división real de poderes, con un ejecutivo colectivo electo por las cámaras, d) creación de un cuarto poder cuya función es el nombramiento de todos los funcionarios administrativos en concursos públicos y abiertos y uno quinto para el control de la legalidad de los actos de las policías, el ejército y las administraciones de las grandes empresas, igualdad de éstos con los tres poderes tradicionales, e) descentralización del poder, aumentando las funciones y recursos de los órganos regionales, locales, y de autogestión, e) freno al surgimiento de una oligarquía profesional, limitando el número de veces que cada persona puede ser electa a puestos de dirección política o económica. Hemos dicho ya que una salida en esa dirección en los países del Este tiene a corto plazo pocas posibilidades.

Pero eso no cancela las posibilidades del socialismo ni en Oriente, ni en Occidente. Enriquecido con una experiencia amarga, el socialismo puede mirar el futuro con una nueva modestia. Habiendo dejado de ser ideología de Estado, renace volviendo al lugar del cual nunca debió salir: la sociedad civil. Rico de sus 160 años de tormentosa historia y la diversidad de sus corrientes, el socialismo se justifica en la idea común a todas ellas: el capitalismo es un sistema injusto basado en la explotación, la subordinación de los trabajadores, la enajenación y la desigualdad. Es posible y necesario sustituirlo por un sistema más justo y humano. Esta es la idea que lo ha distinguido y lo seguirá distinguiendo de las otras grandes corrientes de la época: liberalismo, populismo y nacionalismo. Mientras la realidad a la cual responde tenga vigencia, lo tiene también el socialismo. A ese objetivo se agrega ahora un nuevo paralelo y complementario: el gran intento civilizatorio iniciado en octubre de 1917 fracasó, dando origen a una sociedad estatista. En los países en los cuales predomina ese régimen, el socialismo pugna por su superación. A la lucha contra el capital, hay que agregar la lucha contra la dictadura de la burocracia. Esta posición no es nueva, pero debemos ahora reiterarla.

La experiencia extraída del colapso del gran ensayo nos obliga a rechazar toda concepción del socialismo como una simple antinomia del capitalismo: el que la propiedad privada sea la base de la explotación capitalista no quiere decir que deba necesariamente desaparecer en el socialismo. Ahora sabemos que la abolición del orden capitalista no asegura el surgimiento de uno socialista. Existen otras opciones no siempre deseables. También nos enseña que en el siglo XXI el socialismo no puede aspirar a ser el portador único de la emancipación social, junto a él han ganado carta de legitimidad movimientos como el liberalismo social, el ecologista, el feminista, el de emancipación nacional, que tienen mensajes propios, irreductibles al pensamiento y la práctica socialistas.

La concepción de la nueva sociedad no puede concebirse como un conjunto de verdades definitivas. Los hombres y las mujeres que vivieron el tránsito del feudalismo al capitalismo no conocían el nombre de su punto de destino ni los rasgos de la sociedad por nacer. Tenemos ventajas sobre ellos, pero no tantas co-

mo creíamos hasta 1988. Cada gran experiencia obliga a revisar los objetivos y los medios que a ellos llevan. Dentro de medio siglo, la idea que nuestros hijos tendrán del socialismo, será muy diferente a la nuestra y tan pasajera como ella. Hoy vivimos precisamente uno de esos momentos impuesto por la crisis del estatismo y la metamorfosis del capitalismo de fin de siglo. Debe ser un examen de conciencia sereno, libre ya de las aclamaciones que impedían vislumbrar la verdad. Los fuegos artificiales y las marchas triunfales han terminado, es hora de regresar al trabajo honesto y la crítica despiadada de todo lo existente. Apoyándose en la tradición humanista de sus pensadores y el sentido emancipador de la mayoría de las luchas libradas por sus militantes, el socialismo puede y debe reemprender el camino. Así lo exigen los intereses vitales de una humanidad sumida en los ciegos antagonismos de clase, los egoísmos atomizados de pueblos y conglomerados de todo tipo. Una humanidad que en la desigualdad lacerante entre regiones e individuos, el despilfarro de sus recursos y la destrucción del medio ambiente, corre desenfrenada hacia un punto de no retorno.

Nuestra idea de la transición a la nueva sociedad debe ser modificada. Se trata de un proceso histórico sumamente prolongado que cubre varios siglos. Habrá revoluciones y también restauraciones, saltos hacia adelante y recaídas al pasado. Estamos a principio del camino. No existen atajos y el voluntarismo es fuente segura de monstruosidades stalinianas. Ninguna revolución puede de un solo golpe imponer el nuevo sistema y el acceso al poder de las fuerzas del socialismo es sólo un momento, no la culminación del proceso. En las complejas sociedades contemporáneas de ambas formaciones, los seres humanos se enfrentan a obstáculos que sólo parcialmente tienen un origen de clase. Por eso el movimiento obrero —que a veces es depositario de tendencias conservadoras— es ya una base demasiado reducida para el movimiento de transformación social. Este abarca actualmente a todos los sectores progresistas, independientemente de su origen social. En los países estatistas, la solución no reside toda en las capas subalternas. Frecuentemente incluso, las necesidades inmediatas de esos sectores son conservadores y no anticipan una nueva forma de vida. Perspectivas renovadoras sólo se hacen presentes si en una crisis como la actual un sector de la intelectualidad y la burocracia se une a las masas para una reforma o una revolución.

En siglo y medio, el movimiento ha transformado profundamente la vida de todos los trabajadores pero no ha logrado instaurar el socialismo en ninguna parte del globo. En el tercer mundo se han producido numerosas revoluciones triunfantes, pero el socialismo no puede ser instaurado. En el primer mundo, el socialismo podría ser fácilmente construido, pero ninguna revolución proletaria ha triunfado. Los que quieren no pueden y los que pueden no quieren. Estas verdades son el punto de partida de la nueva reflexión. La relación maligna que existe entre objetivos y resultados reales es el gran reto teórico de la actualidad. Pero la barbarie del stalinismo y los fracasos del “socialismo realmente existente” no deben transformarse en apología de un sistema que multiplica las capacidades productivas y exalta la libertad individual, pero consume y destruye a millones de hombres y mujeres como si fueran envases desechables.

Raíces de la crisis y naturaleza de la transición actual en Europa del Este y la URSS

Robert Brenner*

Hoy somos testigos de dos tipos de crisis muy diferentes que deben ser distinguidos analíticamente aunque su desarrollo histórico concreto deba ser finalmente tratado conjuntamente. En el Este se produce una crisis revolucionaria del propio sistema social. Es decir, que la estructura burocrática de propiedad social desarrollada históricamente que manifestó sus propias formas típicas de comportamiento y racionalidad económica individuales, sus propias maneras de reproducir a sus gobernantes, sus propias contradicciones internas y sus propias formas inherentes de conflicto social, se encuentra en un estado de desintegración y en un proceso de transformación hacia otra cosa, muy probablemente el capitalismo. En Occidente, durante casi dos décadas después del largo ascenso económico de los años cincuenta y sesenta el capitalismo ha experimentado una larga crisis económica del tipo capitalista clásico, inherente a sus formas particulares de funcionamiento contradictorio. Esta crisis de las ganancias ha amenazado el bienestar, es más la supervivencia, de muchas de las empresas constitutivas del sistema. Sin embargo, es necesario subrayar el hecho manifiesto que, a diferencia de la crisis del Este, la crisis de Occidente todavía no pone en tela de juicio la estructura misma de la forma de propiedad social capitalista. Por consiguiente, tenemos que partir del reconocimiento de que las fuentes de las dos crisis son muy diversas y que esa diferencia descansa en la particular dinámica interna de dos tipos de sistema totalmente diferentes, aunque tengamos que terminar por preguntarnos la manera en que las dos crisis se interconectan y, en particular, cómo el sistema capitalista occidental, azotado por la crisis pero aún dinámico, en la coyuntura actual va a afectar al emergente pero todavía débil capitalismo del Este.

1. LA LIMITACION DEL SISTEMA BUROCRÁTICO

La fuente evidente de las crisis y revoluciones en Europa del Este y en la Unión Soviética reside en la incapacidad del sistema social burocrático ya sea para proporcionar libertad y democracia o ya sea, y esto en especial, para cumplir las promesas del socialismo. La mayor parte de los observadores en Occidente –y de hecho la mayoría de los grupos gobernantes en el Este mismo, antiguos o recientes– cree que la causa de los problemas económicos de estos sistemas consiste en su dependencia de la planeación –en tanto opuesto al mercado–, pero porque

* Traducción de Marco A. Gómez.

creen que la planeación *per se* es imposible y que no puede funcionar mas que de un modo totalmente ineficiente. Estos observadores tratan tanto el plan como el mercado de un modo completamente ahistórico, incapaces de ver que ni la efectividad ni el propio significado del plan o el mercado pueden evaluarse haciendo abstracción del sistema de relaciones sociales en que cada uno funciona. En particular, se hace perentorio que el fracaso de la planeación bajo el sistema burocrático —lo mismo que, de hecho, el fracaso paralelo del propio mercado bajo dicho sistema— sea comprendido en términos del sistema burocrático mismo y, especialmente, del sistema de relaciones sociales mediante el cuál el excedente es extraído de los productores directos por la burocracia y distribuido entre los diferentes estratos sociales y entre las diferentes ramas de la producción.

Al igual que el capitalismo, la sociedad burocrática se basa en sus propias formas específicas de alienación y explotación. Pero en comparación con los capitalistas sus gobernantes obtienen poco beneficio de esta alienación y explotación en la operación de la economía.

El sistema burocrático de propiedad social: extracción de excedente mediante la fuerza

Lo más importante en esto es que la burocracia se constituye y reproduce como clase gobernante en virtud de su capacidad de obtener el excedente directamente mediante la fuerza de la colectividad de productores directos, los trabajadores. En su forma clásica la burocracia obtiene el excedente, primero mediante la organización directa y coercitiva de la división del trabajo, definiendo entradas a (especialmente entradas de fuerza de trabajo) y salidas de cada una de las ramas y empresas individuales y, segundo, asegurando coercitivamente, no sin dificultades, que los trabajadores colectivamente produzcan un excedente mayor a su costo de reproducción, a su salario.

La razón por la que la burocracia tiene que depender directamente de la coerción se debe a que, a diferencia de los capitalistas, no puede separar totalmente a los trabajadores de sus medios de producción y subsistencia. El objetivo general de la burocracia consiste evidentemente en maximizar el excedente social total, porque cuanto mayor sea el excedente social a su disposición, tanto más fácil puede cumplir esencialmente cualquier objetivo particular que se haya propuesto. Para poder maximizar el excedente social total la burocracia encuentra que está en su interés —y no tiene otra alternativa mas que— contratar cuanto trabajador pueda, debido a que cada trabajador adicional contratado incrementa el excedente social (siempre que el trabajador pueda producir individualmente un producto excedente por encima de su salario). En efecto, como veremos más adelante, desde su surgimiento el sistema económico burocrático se ha desarrollado en su mayor parte por extensión —incrementando el excedente básicamente mediante la incorporación de nuevos trabajadores (por lo general venidos del campo, donde han sido menos productivos) y otorgándoles maquinaria— en vez de intensivamente, es decir transformando los medios de producción a disposición de cada uno de los

trabajadores. El resultado es que la clase obrera como un todo se constituye en el mayor recurso productivo de la burocracia y que los trabajadores desempleados representan para el sistema un desperdicio de recursos.

Debido entonces a que la burocracia se ve prácticamente obligada a utilizar toda la fuerza de trabajo a su disposición, no existe ningún ejército de desempleados, ninguna tendencia a crearlo, y una gran presión para disolver cualquiera que se forme. La consecuencia es de una enorme trascendencia. Por supuesto que los trabajadores se ven privados en términos formales de sus medios de producción y subsistencia y tienen que obtener un empleo para sobrevivir. Sin embargo, en la práctica, los trabajadores disponen de un empleo seguro —se encuentran fijados a su trabajo— porque la burocracia no encuentra, por regla general, que sea de su interés suspender o despedir a los trabajadores. Por consiguiente, la burocracia no logra utilizar con éxito la dependencia de los trabajadores respecto al empleo, como lo hace el capital, como medio para volver a los trabajadores económicamente dependientes de él. Por el contrario, la burocracia tiene que buscar un control estricto de la movilidad laboral para evitar que los trabajadores capitalicen la demanda insaciable por parte de la burocracia, logrando elevar sus salarios por la competencia entre las empresas. Es, pues, debido a que los trabajadores se encuentran esencialmente fusionados con sus medios de producción y subsistencia que la burocracia halla tan difícil someter a los trabajadores a una disciplina, sujetándolos al control administrativo dentro del proceso de trabajo... y, en última instancia, que se ve forzada a extraer el excedente de los trabajadores básicamente por la fuerza, en última instancia, gracias al control total que ejerce sobre las fuerzas armadas y la policía. No es por accidente que los agentes de la KGB pululan en las fábricas.

De esto resulta —y debe ser subrayado— que no obstante las apariencias, en el sistema burocrático la fuerza de trabajo no constituye una mercancía. Esto, en primer lugar, se deduce del hecho que las unidades individuales —y la economía como un todo— no producen mercancías en ningún sentido significativo de la palabra. Normalmente las entradas y salidas son acordadas —se trasladan de unidad a unidad— mediante mandato desde arriba, “de acuerdo con el plan”. E incluso cuando a las empresas —digamos en las épocas de reforma— se les permite colocar en el mercado parte del producto, no son dependientes en un sentido estricto de comprar abastecimiento en el mercado, ni dependen para su reproducción de la venta de sus productos en el mercado. Esto es debido a que no están sujetas al requisito de la maximización de las ganancias, ni pueden declararse en quiebra... y, de este modo, no se ven obligadas a pasar de producto en producto, reubicando fuerza de trabajo y medios de producción, para lograr un precio por su producto que maximice (rinda al menos el promedio de) la razón precio o costo. El resultado es que (a diferencia del capitalismo) la fuerza de trabajo no circula (como lo hacen las diversas mercancías bajo el capitalismo) entre empresas competidoras que tienen la capacidad de demandar o comandar trabajo de acuerdo con su capacidad de ofrecer un salario que, a su vez, depende del rendimiento de ganancias (determinado por su capacidad de minimizar costos en relación con el precio de su producción). En realidad, como ya ha sido subrayado, el sistema burocrático

de extracción del excedente descansa en la supresión del mercado de trabajo, porque en la medida en que se permite que las empresas compitan por la mano de obra y que los trabajadores se trasladen de línea productiva en línea productiva para así maximizar sus salarios, en esa misma medida se elevan los salarios y se reduce el excedente. Lejos de promover el flujo de trabajadores (aparentemente) a líneas de producción más eficientes o más necesarias, la burocracia, a lo largo de su existencia, ha buscado poner en ejecución leyes cuyas penas severas frenan esto. En la medida en que se ha necesitado la movilidad de la fuerza de trabajo —como, por supuesto, ha sido el caso muchas veces— se ha buscado controlarla políticamente.

Porque la clase dirigente burocrática, a diferencia de la clase dirigente capitalista, debe obtener el excedente mediante la fuerza, la condición necesaria para su dominio consiste en la exclusión sustancial de la clase obrera de la ciudadanía, de un lugar en el Estado. Por lo tanto, la democracia parlamentaria burocrática, a diferencia de la democracia parlamentaria capitalista, es una contradicción lógica (y, por esto, cae por su propio peso decir que no tiene sentido la idea de un Estado burocrático gobernado por un partido del trabajo, como ocurre en Occidente).

El sistema de extracción coercitiva del excedente como fundamento del sistema de la propiedad social burocrática proporciona la clave del desarrollo económico de conjunto. Es así que la forma particular del antagonismo de la clase obrera contra la burocracia —tanto en el lugar de trabajo, como en general, frente al Estado— constituye el obstáculo fundamental del sistema para asegurar la eficiente asignación de recursos y para incrementar la productividad. Debido a que los trabajadores no controlan ni su producción (el excedente), ni los medios de producción no tienen ningún incentivo, ya sea para mejorar su trabajo o para proporcionar la información local indispensable para que los planificadores planifiquen y coordinen la producción. Por otra parte, puesto que los trabajadores están en cierto sentido fusionados con los medios de producción, se hace particularmente difícil que los burócratas o los administradores se apropien del proceso de trabajo para, de este modo, bajo su iniciativa, transformar las fuerzas productivas.

La racionalidad económica bajo el sistema burocrático

Es en referencia a la estructura burocrática de las relaciones sociales, reproducida por la burocracia en virtud de su capacidad coercitiva —y que aparece ante los individuos y grupos locales de la sociedad como un hecho predeterminado—, que los individuos y clases deciden qué es lo mejor para ellos y la mejor manera de mantener o mejorar su situación. Resulta que, no sólo los individuos o grupos de trabajadores, sino también los burócratas y administradores individuales o grupales —dadas sus posiciones dentro de la estructura— encuentran razonable adoptar patrones de actividad económica que, en el conjunto de la sociedad, van en contra de las necesidades del sistema de coordinación de la producción y del desarrollo de las fuerzas productivas. ¿Por qué sucede así?

En primer lugar, contrariamente a lo que sucede con los capitalistas, los administradores de las empresas carecen de cualquier incentivo para introducir nue-

vas técnicas o, tan siquiera, para producir en respuesta a la demanda. No pueden apropiarse directamente de las ganancias de la empresa y utilizarlas para la inversión o el consumo; ni tampoco se les permite que quiebren aunque la tasa de ganancia, y la correspondiente tasa de inversión, sea baja o inexistente. Esto da por resultado que no están bajo la presión, como en el caso de los capitalistas, para innovar o hacer bajar los costos. Ni tampoco están obligados, como lo están los capitalistas, a moverse de línea en línea para producir los bienes cuyos precios se han visto elevados por la demanda a un nivel relativamente alto en relación con sus costos. De este modo el sistema burocrático queda en enorme desventaja frente al capitalismo, tanto respecto a su capacidad de desarrollar las fuerzas productivas —es decir, mejorar la productividad, la eficiencia—, como respecto a la eficiente asignación de los recursos.

En vez de maximizar la tasa de ganancia, el objetivo necesario de cada capitalista, los administradores individuales tienen como objetivo concentrar la mayor cantidad posible de maquinaria, materiales y fuerza de trabajo para así maximizar su capacidad de producción en potencia. Al mismo tiempo, los administradores esconden ante el aparato planificador central lo que está realmente a su disposición, es decir la verdadera capacidad productiva de la empresa en cuanto a maquinaria, materias primas y semielaboradas y fuerza de trabajo. El curso más racional para el administrador es en general el atesoramiento secreto de todos los insumos. Al maximizar los recursos a su disposición, más su capacidad productiva en potencia, y al transmitir al aparato la estimación más baja posible de esa capacidad, los administradores se sitúan mejor para cumplir con las cuotas fijadas por el aparato según el “plan”. El cumplir con las exigencias del aparato y del plan constituye la mejor manera para que los administradores reciban sus recompensas o promociones, al mismo tiempo que aseguran las oportunidades directas dentro de su unidad para incrementar su consumo.

En segundo lugar, en tanto que los trabajadores bajo el sistema burocrático, al igual que los trabajadores bajo el capitalismo, no tienen ningún incentivo para esforzarse en el trabajo o realizar éste de un modo efectivo debido a que no ejercen control sobre el excedente, los administradores bajo el sistema burocrático, a diferencia de los administradores bajo el capitalismo, carecen del mejor mecanismo que jamás se haya inventado para disciplinar al trabajo dentro del proceso de trabajo en una sociedad de clases: la amenaza del despido. Los dueños y administradores capitalistas están sujetos al criterio de maximizar la tasa de ganancia —salidas frente a insumos— con el fin de maximizar el fondo de acumulación producido por cada inversión. Para lograr esto descubren que cobra sentido despedir —o lanzar amenazas creíbles de despido— a los trabajadores que no invierten la energía o el cuidado requeridos a cambio de su salario. Los administradores bajo el sistema burocrático no disponen de la capacidad de despido como método para asegurar la disciplina del trabajo porque en general va contra sus propios intereses cesar a los trabajadores. Al contrario, puesto que su objetivo es maximizar la producción potencial de la empresa (los recursos a disposición de la unidad), aquellos tienen un evidente incentivo para preservar —y una igualmente evidente

falta de incentivo para despedir— a cualquier trabajador que produzca aunque sea el mínimo excedente por encima del costo de su salario. De hecho, debido a que la burocracia central es tan renuente a permitir (por razones que se discutirán más abajo) que aun la mas ineficiente e improductiva de las empresas sea declarada en bancarota —y proporcionará mayores subsidios a esas empresas “no rentables” antes que dejar que eso suceda—, resulta que a menudo los administradores tienen interés de conservar o contratar más trabajadores, aún en el caso en que esos trabajadores no alcancen a producir más de lo que costaron. Dada esta situación, los trabajadores saben que no tienen por qué preocuparse de perder sus empleos debido a un esfuerzo pobre o inexistente. Es más, los administradores maximizan frecuentemente los salarios y otros beneficios de los trabajadores con el fin de lograr su colaboración y una estabilidad, aunque también a veces emplean directamente la fuerza supervisora.

En tercer lugar, por cuanto que el aparato no tiene manera de descubrir los recursos que realmente están a disposición de la empresa —ya que depende de los administradores y trabajadores de la empresa para conseguir dicha información, y éstos no tienen interés en proporcionársela— no puede evaluar la eficiencia real de las empresas. Es evidente que sólo con conocer la producción de una empresa sin saber cuáles son sus insumos no da indicación alguna acerca de qué tan bien se está desempeñando. Por ello el aparato queda despojado de la posibilidad de utilizar los incentivos materiales para motivar a las empresas, mejorando el desempeño, tanto de los trabajadores como de los administradores. Véase de nuevo el contraste con el capitalismo, donde los propietarios pueden ofrecer incentivos materiales a sus trabajadores y administradores con lo que se incrementa la cantidad y calidad de la producción, mediante el criterio de la rentabilidad del capital.

Por lo general, debido a que el aparato no dispone de un criterio “objetivo” para evaluar la eficiencia de cada unidad —no puede evaluar a los administradores, como lo hacen los propietarios capitalistas, según los indicadores básicos (rentabilidad, la relación entre los precios de los bienes y sus costos)—, se ve obligado a forjar relaciones personales directas para asegurar su desempeño. Como resultado de esto, la “corrupción” —mediante la cual los *aparatchiks* recompensan o promueven a sus seguidores en la administración del Estado y en las empresas, para conseguir que las cosas se hagan— se convierte en el mecanismo indispensable que hace girar el sistema. En efecto, al igual que las sociedades precapitalistas, la administración de la economía burocrática sólo es factible mediante la formación de círculos burocráticos, a través de la concesión de favores y gratificaciones a los seguidores, a cambio de rendir servicios y mostrar lealtad. Debe subrayarse que el cohecho, cualquiera que sea su forma, no constituye meramente la forma normal en que los dirigentes recompensan o consiguen un nivel decente de desempeño por parte de sus empleados; también tiende a ser un curso normal para que las empresas consigan sus insumos las unas de las otras. Por supuesto, esto no excluye el uso del terror contra los administradores y trabajadores para mejorar su actividad. Esto último se consigue mediante el sistema de espionaje industrial y de castigos por el nulo esfuerzo. Sin embargo, como descubrieran los propietarios de

siervos y esclavos, esto cuando mucho constituye una manera decente de extraer un excedente absoluto –es decir, una mayor producción por medio de más horas de trabajo y/o mayor intensidad por el mismo sueldo (mayor producción por medio de mayores insumos). Resulta un mecanismo imposible para asegurar la innovación técnica necesaria para lograr una mayor eficiencia –a saber, mayor producción con la misma cantidad de insumos.

La consecuencia es que el sistema “económico” burocrático debe funcionar en todos los niveles de un modo esencialmente “político”. Sin embargo, no obstante su responsabilidad de operar una industria moderna, su funcionamiento político se parece más a una sociedad del antiguo régimen, basada en una mezcla de coerción y corrupción, que a un capitalismo avanzado.

Funcionamiento económico del sistema burocrático como un todo

Las normas agregadas de funcionamiento del sistema burocrático –por así decirlo, sus leyes de movimiento– se desprenden de las normas de comportamiento que sus individuos y clases se ven obligados a adoptar, dadas las sanciones y los incentivos inherentes a la estructura de la propiedad social como un todo.

En cuanto a la asignación, el aparato es incapaz de planificar en un sentido estricto: es decir, no dispone de instrumento alguno para descubrir, a partir de las diferentes líneas productivas y la multitud de unidades que componen al sistema, la magnitud adecuada de la producción que satisfaga los insumos demandados por esas líneas y empresas. Pero esto no se debe a que la planificación sea imposible *per se*, sino a que el aparato no tiene manera de obtener la cooperación indispensable de las unidades del sistema, de sus administradores y trabajadores, para alcanzar una máxima información y eficiencia. En particular, el aparato no dispone de medios para evitar que las empresas individuales atesoren la fuerza de trabajo, la maquinaria y los materiales para ellas maximizar su capacidad de producción potencial, independientemente de la demanda. De este modo el sistema avanza a saltos, produciendo gigantescas sobresaturaciones de productos junto con igualmente masivos cuellos de botella.

Enseguida el aparato intenta, con métodos clásicos de ensayo y error, realizar ajustes forzando las distribuciones necesarias.

Respecto al desarrollo de la producción y de la productividad sucede que en la medida en que a la burocracia le es muy difícil lograr la innovación (ya que las empresas no están sujetas a presión alguna para bajar costos para mantenerse a flote y no existen incentivos para que lo hagan), las fuerzas productivas se transforman muy lentamente y cada una de las unidades muestra tendencias a obtener rendimientos decrecientes. A la larga la tendencia es hacia un crecimiento cada vez más lento.

2. EVOLUCIÓN HISTÓRICA DEL SISTEMA

En la Unión Soviética la burocracia consolidó su poder en el periodo que va de mediados de los años veinte a mediados de los años treinta, al establecer su control monopólico del Estado y el control monopolista de Estado de la economía. Hemos de entender entonces que las gigantescas transformaciones económicas del periodo son claramente el resultado de los requisitos de eficiencia, fundamentalmente en términos de las necesidades de la burocracia por consolidar su dominio. Dicho escuetamente, la economía fue hipercentralizada por medio del Estado de manera tal que la producción social y el excedente quedaran bajo control de la burocracia. Es así, entonces, que la conformidad con los requisitos del control burocrático constituye la única manera de comprender la colectivización de la agricultura en forma de enormes granjas estatales que destruyeron la agricultura soviética durante toda una época. Paralelamente, el Estado inició una serie de planes quinquenales cuyos objetivos predominantes consistían en someter a la clase obrera a una disciplina terrorífica. Esto fue una reacción en contra de la aparente declinación de la disciplina y de la buena disposición al trabajo que poco a poco fue apoderándose de la clase obrera durante los años veinte, en tanto trabajadores alienados que progresivamente fueron perdiendo el control sobre las fábricas y el Estado y fueron progresivamente disminuyendo su esfuerzo y cuidado en la producción.

Durante las fases iniciales de su desarrollo —el llamado periodo de la acumulación primitiva socialista— las economías burocráticas fueron capaces de alcanzar importantes saltos hacia adelante, tanto en términos de mejoras en la productividad como en términos de una asignación más efectiva. Podían incrementar la producción de los trabajadores en términos de insumos simplemente obligando a los trabajadores rurales relativamente improductivos a emigrar a las ciudades, proporcionándoles allí mejores máquinas. Podían mejorar la distribución porque podían fijar como objetivo la producción de cantidades definidas de un número muy limitado de bienes finales —sobre todo armamentos, materias primas claves y productos semielaborados, tales como hierro, carbón y acero, y maquinaria básica. Cuanto menores sean las tareas que se propone la economía de comando, tanto más fácilmente puede resolver los problemas que surgen de la planificación.

Sin embargo, estos procesos sólo podían garantizar avances muy limitados y únicos. Una vez que se hubo completado la transferencia de la fuerza de trabajo de la agricultura a la industria se agotaron los avances que se habían obtenido por el aumento de la cantidad de equipo a disposición de cada trabajador. De allí en adelante las economías burocráticas han tenido que depender de sus unidades constitutivas para transformar su técnica. Sin embargo, por las razones expuestas más arriba, ese proceso se ha llevado a cabo cuando mucho a cuenta gotas, con el resultado final de que en las economías burocráticas se ha presentado una tendencia de largo plazo hacia un crecimiento decreciente de la productividad. Al mismo tiempo, los regímenes burocráticos se han vuelto cada vez menos capaces de justificar su enfoque de concentrarse en un número limitado de proyectos de construcción de capital —ni aún los *sputnik*— y se han visto cada vez más obligados a inten-

tar diversificar la economía con el fin de proporcionar a la población una variedad más amplia de bienes de consumo. Pero al intentar llevar a cabo esto, se tropezaron con las tremendas barreras a la planificación contenidas en la economía –para no hablar del grado de sofisticación que responde a los cambios continuos de la demanda de los consumidores– y descubrieron que, no obstante las repetidas decisiones a favor de orientar a la economía a las necesidades del pueblo, terminaron a su pesar por expandir la producción relativamente inútil de medios de producción que produzcan medios de producción. En resumen, las economías burocráticas se han quedado relativamente estancadas en la transición de una acumulación extensiva a una intensiva... enfrentando la alternativa de regresar al capitalismo u orientarse a un socialismo democráticamente planificado.

3. LAS ECONOMÍAS BUROCRÁTICAS EN EL CONTEXTO DEL SISTEMA CAPITALISTA MUNDIAL

No sale sobrando subrayar que en última instancia el decrecimiento de la productividad –y en general la ineficiencia de la economía– no basta para dar cuenta del carácter tan explosivo de los más recientes acontecimientos en los países del Este. Aunque el punto de partida para el análisis de los sistemas burocráticos debe centrarse en sus contradicciones internas, sería sin embargo un grave error tratar de comprender el desenvolvimiento real de las crisis de los años setenta y ochenta fuera del contexto de sus relaciones con el sistema capitalista mundial.

Es evidente que los Estados burocráticos han tenido que operar en un mundo de Estados que compiten entre sí en el plano político y militar. La competitividad político-militar depende a la larga de la productividad económica y este hecho ha puesto durante décadas a los sistemas burocráticos en desventaja ya que no han podido incrementar su productividad tan rápidamente como los Estados capitalistas. Como resultado de esto, han tenido que dedicar una proporción cada vez mayor de su PNB a gastos militares inútiles para poder mantenerse al nivel de los demás, y esto sólo viene a agravar el problema de fondo de la productividad. La situación empeoró como consecuencia directa del creciente armamentismo de los Estados Unidos, a finales de los setenta y principios de los ochenta. Esta política tuvo como intención en parte obligar a la Unión Soviética a dedicar una proporción aún mayor de su producción al armamentismo, con el objeto de poner a los soviéticos en mayor desventaja competitiva en términos de sus tasas de crecimiento de productividad... y en buena medida logró alcanzar este objetivo.

Es así que en años más recientes las economías burocráticas, y especialmente la de la Unión Soviética, han tenido que correr cada vez a mayor velocidad con el fin de mantener su lugar política y militarmente, en tanto que se han retrasado progresivamente en cuanto a productividad. Esto ha tenido como consecuencia devastadora el que sus ciudadanos han sufrido una creciente disparidad entre sus niveles de consumo y aquellos de los pueblos del Occidente capitalista. Además, el hecho objetivo de quedar más rezagados respecto a Occidente en términos del nivel de vida se ha convertido en un factor más explosivo políticamente porque la

población de Europa Oriental ha podido en los últimos años experimentar este rezago de un modo mucho más directo que antes. En la medida en que se ha incrementado el comercio entre el Este y el Oeste la población ha tenido mayor acceso a bienes occidentales de mejor calidad y ha tenido mejor conocimiento del modo de vida occidental como resultado del relajamiento de restricciones a los viajes y al flujo de información. El estancamiento socioeconómico y la perspectiva de quedar aún más rezagado con respecto a Occidente han producido una masiva desmoralización en todos los niveles de la sociedad de Europa del Este —no sólo de creciente descontento en los niveles más bajos, sino de una profunda desilusión en los niveles superiores.

4. DE CRISIS A MERCADO A CRISIS

Los orígenes más inmediatos de la crisis a partir de la cual surgieron las revueltas en Europa del Este se encuentran en el fracaso de las “reformas del mercado” de los años setenta y principios de los ochenta. Durante estos años, varios de los Estados burocráticos, en primer lugar Hungría y hasta cierto grado Polonia, que sufrían de tasas de crecimiento lentas y en declinación, intentaron remediar sus problemas económicos al permitir que las empresas individuales tuvieran un mayor grado de autonomía respecto al control central. En particular permitieron que las unidades individuales tomaran sus propias decisiones de inversión, de compras y ventas de los productos en el mercado y contratar libremente los créditos. Al mismo tiempo, abrieron sus puertas hasta cierto grado al comercio exterior y obtuvieron enormes empréstitos de bancos occidentales. Tenían la esperanza de que “el mercado” podría ser utilizado para resolver sus problemas. Sin embargo, el resultado fue un gran desastre demostrando en particular que no hay un camino intermedio de “socialismo de mercado”, entre el capitalismo y el socialismo. Las burocracias del Este no se habían resignado al hecho de ceder el control directo de las economías sobre las cuales descansaba su dominación. De este modo, las reformas que se introdujeron en Hungría y Polonia no representaban un movimiento hacia el capitalismo. El capitalismo es un sistema en el que cuando menos las empresas individuales tienen que sobrevivir o morir según la rentabilidad de sus inversiones y los resultados de su capacidad competitiva; son libres, por lo tanto, de comprar la fuerza de trabajo como mercancía en el mercado de trabajo y pueden atraer inversiones en los mercados financieros de acuerdo con su rentabilidad; por último, se les permite cerrar los negocios, ya sea por su propia voluntad o mediante la bancarrota. Sin embargo, es fundamental comprender que si las burocracias permitieran que las empresas sobrevivieran o fenecieran en la competencia del mercado, rivalizando por la fuerza de trabajo, los medios de producción y el financiamiento, las burocracias perderían el control de las economías. Los recursos se ubicarían de acuerdo con la rentabilidad y no al plan; las ganancias irían a parar a manos de los capitalistas que hicieran las mejores inversiones. Esto dejaría a los burócratas en la misma situación que los funcionarios gubernamentales en Occidente: podrían intervenir en estas economías, pero tendrían que hacerlo

de acuerdo con las necesidades de las ganancias; serían, pues, rehenes de los capitalistas, la nueva clase dirigente.

Como consecuencia de su determinación (hasta hace poco) de no aflojar el control de sus economías y del excedente económico —para poder conservar su dominación de clase— no obstante las reformas de mercado llevadas a cabo en Hungría y Polonia, las burocracias mantuvieron el control directo de industrias importantes: conservaron los monopolios estatales claves junto con las ineficiencias en la asignación que acompañan a tales monopolios. También siguieron fijando los precios de determinados bienes, al tiempo que cobraban impuestos y otorgaban ciertos subsidios. Pero quizá lo más importante es que las burocracias manifestaron claramente que intervendrían para impedir que las empresas quebraran. La conclusión de esto fue que, como consecuencia de que las empresas tuvieron acceso a nuevos mercados de créditos necesarios para sus insumos y producciones, ellas conquistaron mayores libertades de acción de acuerdo con sus propios intereses, en el seno del sistema burocrático; sin sufrir, al mismo tiempo, las limitaciones impuestas por la competencia intraempresarial capitalista.

Al no verse las empresas obligadas a producir eficientemente para sobrevivir, se justificaba usar su autonomía —su capacidad de invertir libremente, de comerciar y de contratar empréstitos— en cumplimiento de su antiguo objetivo de asegurar para sí la mayor cantidad posible de los recursos a fin de incrementar su producción potencial, independientemente del cálculo del precio o costo y de la ganancia. Por otra parte, había poca presión para que innovaran y, por lo general, dejaron de hacerlo. Ocurrió entonces que como regla general las reformas permitieron que cada empresa concentrara mucho más rápidamente que antes los recursos de trabajo, materias primas y financiamiento, y que invirtieran a tasas mucho más elevadas que antes. No es de sorprenderse entonces que las antiguas formas de la crisis hicieran su aparición, pero de manera mucho más acentuada. La presentación simultánea de enormes sobreproducciones y carencias amenazaba con parar la economía.

Para agravar más la situación las autoridades habían combinado el “giro hacia el mercado” en lo interno con el intento de incrementar radicalmente el comercio y la contratación de empréstitos con Occidente. El resultado de esto fue el crecimiento gigantesco del endeudamiento con Occidente. Y puesto que las reformas no produjeron el aumento de la eficiencia de estas economías, no fueron capaces de elevar sus exportaciones lo suficiente para pagar las crecientes importaciones, para no hablar de cubrir el servicio de los préstamos. La carga de la deuda contratada durante el periodo de las reformas sigue siendo hoy un obstáculo central a las perspectivas de crecimiento de Polonia y Hungría, cualquiera que sea el sistema social que se consolide en estos países.

5. EL PROCESO DE REVOLUCIÓN EN EUROPA ORIENTAL

Hacia finales de los 1980 las economías de Polonia y Hungría se encontraban en una situación de crisis sin precedente. Las dificultades económicas de Polonia ya

se habían exacerbado terriblemente aún antes de la gran sublevación de la clase obrera dirigida por Solidaridad en el periodo 1980-1981. Las dificultades se acumularon enormemente por la incapacidad del gobierno, no obstante la derrota de Solidaridad en el momento del golpe de Estado de diciembre de 1981, para romper la resistencia obstinada de la clase obrera. En la medida en que avanzaba la década de los ochenta parece que algunos importantes elementos de los círculos gobernantes, tanto de Polonia como de Hungría, llegaron a tomar una decisión trascendente y sin precedentes: abandonaron la esperanza de poder reformar y hacer funcionar las economías burocráticas y se comprometieron a intentar una transición verdadera a la propiedad privada capitalista. Su idea fue llevar a cabo una revolución hacia el capitalismo desde arriba que podían controlar y de la cual esperaban poder beneficiarse.

Sin embargo, al menos en Polonia, la burocracia no disponía del nivel de control necesario para llevar a cabo una revolución exclusivamente desde arriba. Esto se debió, como se hizo manifiesto para finales de los ochenta, a que la clase obrera todavía conservaba la fuerza para impedir cualquier transformación capitalista de largo alcance en ayuda a la recuperación económica, siempre y cuando estuviera dirigida por los antiguos dirigentes burocráticos dentro del antiguo marco político dictatorial. Para romper este *impasse* el partido comunista de Polonia dio el inesperado paso histórico de abandonar su monopolio de gobierno. Permitió elecciones libres que zanjaron el camino a la formación de la coalición de gobierno en la que compartieron el poder los antiguos líderes de Solidaridad con los dirigentes del partido comunista. El programa de la coalición —expresión de las perspectivas compartidas por sectores significativos, tanto del PC como de los antiguos dirigentes de Solidaridad— consistió en el establecimiento inmediato de la propiedad privada capitalista. En las primeras elecciones en Polonia los candidatos de Solidaridad ganaron cada contienda en la que se les permitió participar, salvo una. Pero la ironía es que este triunfo de la democracia sobre la burocracia, hecho posible por la voluntad inquebrantable de la clase obrera polaca, a lo que condujo fue a una nueva era de transición al capitalismo. De este modo, durante un periodo de sólo algunos meses, por primera vez se planteó de repente de un modo inequívoco, y se resolvió, la cuestión de carácter histórico-mundial respecto al fin del dominio comunista y la restauración del capitalismo en un país del bloque del Este.

No obstante, en última instancia fue la conformidad de Mijail Gorbachov con la decisión del partido comunista polaco de ceder su primacía lo que zanjó el camino a las gigantescas revueltas de Europa del Este. Hasta entonces la amenaza de intervención militar soviética directa se alzaba como una barrera formidable a cualquier intento de revolución, en el sentido del abandono del monopolio sobre el Estado por el partido comunista y/o la restauración del capitalismo. Visto retrospectivamente, es evidente que Gorbachov no podía tener la menor idea del huracán que estaba desatando. Gorbachov ya había contemplado cómo su proceso de reforma se iba deteniendo y parece evidente que la motivación que lo movió para permitir los cambios radicales en Europa Oriental fue intentar menguar a corto plazo la fuerza conservadora de oposición a la *glasnost* y la *perestroika* en la

Unión Soviética mediante el debilitamiento de los opositores burocráticos a la reforma en Europa de Este. Es posible que su meta a largo plazo haya sido imponer una especie de finlandización de Europa Oriental. Sin embargo, al permitir que los ciudadanos polacos desafiaran la hegemonía de la burocracia y del partido comunista que le daba sustento, volvió muy difícil justificar el que este paso no se repitiera en otros lugares —ya fuere en Europa del Este, en los países Bálticos e, inclusive, en la Unión Soviética misma. Al destapar el hoyo en el dique, Gorbachov desató una torrente que ahora amenaza con ahogarlo a él mismo.

Sea cual fuere el caso, la clave de los procesos revolucionarios que se siguieron por toda Europa Oriental está en la interacción internacional entre los acontecimientos que sucedieron en la Unión Soviética y los que sucedieron en Europa del Este (y entre los acontecimientos entre las diferentes naciones de Europa del Este) es decir, una especie de revolución permanente dinámica. Enseguida de los polacos, los húngaros se movieron rápidamente para planear sus propias elecciones. Pero quizá el momento decisivo se dio cuando el gobierno húngaro permitió que los ciudadanos de Alemania del Este abandonaran Europa Oriental, al abrir sus fronteras con Austria. Este paso no se pudo haber dado sin la aprobación explícita de Gorbachov.

Y una vez que los alemanes orientales aseguraron su entrada indirecta a Occidente, ¿cómo impedir que la conquistaran directamente? Pronto cientos de miles de alemanes del Este estaban desbaratando tanto el muro de Berlín como su propia burocracia. Es evidente que al principio los antiguos burócratas de la RDA estaban decididos a ejercer la represión. Pero, en una de las coyunturas más dramáticas de todo el proceso revolucionario, cuando las fuerzas internas de la RDA estaban dispuestas para dispersar a las masas en Leipzig, Gorbachov y los militares rusos acantonados en Alemania Oriental indicaron claramente que no respaldarían al antiguo régimen. En el lapso de algunas semanas se había derrumbado el antiguo gobierno del PC en la RDA. Se sucedió un proceso semejante en Checoslovaquia que estuvo marcado tanto por una huelga general desatada por la clase obrera checa que fracturó al régimen como por el anuncio oportuno del gobierno de Gorbachov de que había sido un error la invasión a Checoslovaquia en 1968 por el Pacto de Varsovia. Poco después el poeta Václav Havel dirigía el gobierno y Dubcek, héroe del 68 y mártir de la invasión soviética del mismo año, veíase restituido. Solamente en Rumania hubo poca extensión y algo de dificultad para el movimiento revolucionario una vez que se hubo iniciado.

6. RESULTADOS Y PERSPECTIVAS PARA EUROPA ORIENTAL: RESTAURACIÓN CAPITALISTA CONDUCTENTE AL SUBDESARROLLO CAPITALISTA

El equilibrio de poder que ha nacido al calor de las revueltas de Europa del Este a corto plazo favorece a los estratos profesionales y técnicos emergentes que hasta la fecha han proporcionado la dirección de todos los levantamientos de Europa Oriental. Sin embargo, las condiciones están lejos de ser favorables para el establecimiento de capitalismo que desarrollen las fuerzas productivas y eleven el ni-

vel de vida más allá del nivel alcanzado por Alemania del Este (y quizá Checoslovaquia). Las condiciones son aún menos favorables para el desarrollo combinado del capitalismo, la democracia y la libertad en esta región. La introducción de la propiedad privada capitalista y todo intento de desarrollarse sobre esa base significarán, al menos, el desmantelamiento de la mayor parte de la industria existente como consecuencia de su incapacidad de competir en el mercado, y el resultado será un desempleo masivo. El colapso de la producción hará imposible el financiamiento de la red de seguridad social. Para poder establecerse, cualquier producción manufacturera potencialmente competitiva exigirá mano de obra muy barata y, por consiguiente, una reducción significativa de los salarios. Es de dudarse que la clase obrera de Europa del Este acepte pasivamente los enormes sacrificios que implicará, sin duda, un muy extendido "periodo de ajustes" (para utilizar este eufemismo tan de moda). También es de dudarse que los nuevos círculos dirigentes de Europa del Este retrocedan a adoptar métodos políticos autoritarios si estos se consideran necesarios para imponer la "necesitada" austeridad. Walesa ya habla de esto en Polonia. Hay pues razones suficientes para esperar a la larga un resurgimiento de luchas masivas de la clase obrera, condición necesaria para una reconstrucción de la izquierda y un refortalecimiento de las ideas del socialismo, tanto dentro de la región como a escala mundial.

Resulta, quizás, el aspecto más sobresaliente de las revoluciones del Este europeo la facilidad con la que derrocaron al antiguo régimen, una vez que fue eliminado su bastión fundamental. Las burocracias dirigentes de Europa del Este las impuso el poderío militar de la Unión Soviética después de la segunda guerra mundial. Pasados unos pocos años se había disipado cualquier residuo de legitimidad que pudieron haber conquistado como resultado de su asociación con las luchas contra el nazismo, el antisemitismo y la reacción doméstica. Hoy queda manifiesto que nunca forjaron raíces profundas en sus sociedades y que se mantenían casi totalmente por la fuerza, sobre la base de la sanción implícita, y la intervención armada periódica, de la Unión Soviética. Una vez que se eliminó este apoyo externo los regímenes se derrumbaron.

Salvo en el caso de Rumania, los revolucionarios tuvieron que recurrir increíblemente poco a la violencia y coronaron la victoria a una velocidad sin precedente. En particular, no fuimos testigos de esa resistencia cada vez más intensa, intransigente y violenta por parte de los antiguos estratos dirigentes, que ha sido rasgo común de casi todas las grandes revoluciones. Esto es síntoma no sólo de la mínima legitimidad política del antiguo estrato dirigente, sino también del grado extremo de desmoralización. El hecho extraordinario es que amplios sectores de las burocracias dirigentes, especialmente de Hungría y de Polonia, pero quizá también de la URSS y de otras partes, no sólo habían perdido fe en su sistema, sino que de hecho habían decidido intentar la restauración del capitalismo. Este es un hecho casi sin precedentes: las revoluciones desde arriba son bastante raras; pero más raros son los dirigentes que renuncian a su dominio ante perspectivas tan (relativamente) inciertas en cuanto al nuevo orden por venir. Es muy probable que la nobleza prusiana no habría elegido la disolución de la servidumbre en primer lu-

gar, pero el fin del feudalismo no se le habría presentado como una amenaza de vida o muerte, porque estaba en posibilidad de cancelar los derechos de sus campesinos y hacer que las tierras que ahora poseía abiertamente fueran la base para su autotransformación en terratenientes capitalistas mediante la contratación directa de trabajo asalariado o el arrendamiento de sus dominios a inquilinos capitalistas. Los burócratas comunistas se enfrentan a la tarea menos segura y mucho más compleja —aunque quizá no totalmente temeraria— de convertirse en capitalistas.

En todo caso, el resultado de la desbandada de las antiguas élites dirigentes es que no ha sido necesario el que las masas se movilicen, como lo han tenido que hacer en las grandes revoluciones, durante un periodo prolongado de una acción cada vez más militante y violenta, con mayores riesgos a la propiedad y a la vida humana. Tampoco hemos presenciado el clásico proceso revolucionario en que se intensifica la radicalización, en respuesta a la resistencia opuesta en cada paso sucesivo del conflicto... y en la que va cediendo su lugar una tras otra de las fuerzas más moderadas y socialmente más privilegiadas. Las fuerzas moderadas políticamente y relativamente privilegiadas socialmente son las que han logrado conservar sin gran dificultad la dirección de los movimientos de masas, durante la primera fase, destructiva y antiburocrática, de la revolución. Por lo tanto, es casi seguro que lograrán imponer su huella en su primera fase constructiva, logrando introducir al menos el marco formal, socio-legal del establecimiento del sistema de propiedad privada capitalista.

Así es que son los estratos educados técnica y culturalmente los que han asumido el poder. Parece que estos estratos surgieron con fuerza durante las fases más recientes del desarrollo de Europa del Este, en la medida en que estas sociedades lucharon por modernizarse, por irrumpir más allá de la acumulación extensiva. Aunque en última instancia dependían de la burocracia dominante para promover sus carreras y recibir sus retribuciones, algunos miembros de estos estratos lograron cierta autonomía y autoconciencia, aprovechándose de la necesidad que tenía el antiguo régimen de contar con mano de obra altamente calificada. De hecho, parece que algunos lograron penetrar en los altos niveles de dirección política durante los años setenta y ochenta, contribuyendo grandemente a la desmoralización de los grupos dirigentes por todo el bloque oriental. Su objetivo consiste en acceder a un nuevo orden en que se les reconozca más adecuadamente su contribución. Es por esto que están a favor de la introducción de un nuevo sistema en el que el privilegio se base en la educación (“las carreras dependientes del talento”) que sustituya al antiguo sistema en el que el privilegio se basaba en los vínculos políticos personales. Ellos son los primeros proponentes del mercado capitalista porque creen que si quedan libres de las ataduras que los sujetaban al antiguo orden y se les deja en libertad de vender en el mercado su capital humano al mejor postor, de un modo natural cosecharán los beneficios que ellos creen les había negado injustamente la antigua burocracia y su monopolio político-económico. Su esperanza es que con el establecimiento de la propiedad privada capitalista Europa Oriental se verá inundada de capital occidental. Desean poder servir al capital occidental, asumiendo el papel de —como en forma ilustrativa dijo un co-

mentarista— una intelectualidad técnica compradora que vive de una clase obrera superexplotada.

Salvo que ocurran revueltas masivas de la clase obrera, no hay razón para dudar que las relaciones de propiedad capitalistas quedarán totalmente restauradas en la mayor parte de Europa Oriental, en el transcurso de los próximos años. Esto no implica que el proceso será fácil. Después de todo, aun con la mejor voluntad Margaret Thatcher no ha podido privatizar más de un 10 a 15 por ciento de la economía británica durante sus años en el poder. Los europeos del Este tienen como meta lograr el 75 por ciento. Además, es evidente que en Europa Oriental los problemas son mayores, precisamente porque aún no se establece una clase capitalista y un mercado de capital, mediante los cuales llevar a cabo el proceso. Las unidades se tendrán que vender o regalar, pero el problema es ¿a quién y a qué precio? Es muy difícil conocer el valor de las empresas cuando no existe previamente un mercado. Y, en todo caso, ¿quiénes van a ser los capitalistas? La antigua clase de privilegiados la constituían los burócratas y no los empresarios, de modo que sus miembros están poco preparados para presidir el desarrollo dinámico de las fuerzas productivas. Ni los antiguos administradores de las fábricas, acostumbrados a operar en un sistema impulsado por la política y no por la competencia reductora de costos, de manera alguna están preparados para asumir el control, en el papel de innovadores técnicos corredores de riesgos que adelantan capital. Las privatizaciones cuantiosas a manos del capital extranjero serán políticamente peligrosas para cualquier gobierno, independientemente de cuánto desee realizarlas. Por otra parte, aun en el caso en que las empresas simplemente se entreguen gratuitamente a los antiguos administradores o a los obreros que hoy las operan (muy poco probable), ¿cómo se procederá para compensar a los ciudadanos que no son administradores o empleados de una empresa determinada?

Con toda seguridad la privatización estará cargada de conflictos. Sin embargo, salvo que la clase obrera haga su reaparición en el escenario en su calidad de clase obrera, los conflictos serán entre una multitud de intereses especiales por repartirse el pastel y no quedar excluido; no serán luchas contra el proceso mismo que, por supuesto, continuará. El hecho fundamental parece que es que por el momento —aunque no necesariamente por mucho tiempo— un consenso relativamente amplio en toda la sociedad, incluyendo a la clase obrera, en que hace falta disolver el antiguo sistema y moverse hacia el mercado. Y, sobre todo, que casi todos los gobiernos se han decidido por esta ruta.

Por supuesto, la privatización será menos difícil en Alemania del Este, en donde el capital de Alemania Occidental simplemente asumirá control de las empresas potencialmente competitivas, y el resto se dejará que tengan una muerte rápida y dolorosa. Yugoslavia ha avanzado mucho en esta dirección a través de un camino propio. También Polonia y Hungría están bien encaminados. Todas estas naciones ya han introducido, o están en proceso de hacerlo, los siguientes cambios estructurales: liberación del comercio con Occidente, introducción de un mercado de capital, desmantelamiento del control de precios y libertad de fijación de los mismos por el mercado, eliminación de los subsidios del gobierno a las empresas

ineficientes y —por supuesto lo más importante— la privatización de las empresas propiedad del Estado. Checoslovaquia todavía no avanza mucho en este camino. Pero el gobierno en principio está decidido a restaurar el capitalismo y no es evidente, en todo caso, cómo es que pueda evitar la tendencia general. Por otra parte, la Unión Soviética es un caso muy distinto y tendrá que ser tratado por separado (cosa que se intentará brevemente a continuación).

No obstante, una cosa es —aunque sea muy revolucionaria— llevar a cabo la transformación de un sistema burocrático de relaciones sociales a un sistema de relaciones sociales capitalistas, y muy distinto es hacer que el capitalismo realmente funcione bien. Hay muchas razones para esperar que, con la excepción de la RDA (que simplemente será engullida por la economía de Alemania Occidental) y posiblemente Checoslovaquia (cuya historia económica es más cercana a la de Europa Occidental que a la de Europa Oriental), se presentarán dislocaciones masivas pero habrá muy poco en cuanto a crecimiento económico, y mucho menos en cuanto a un aumento en los niveles de vida.

El problema central para el desarrollo de la economía de Europa del Este es su profundamente baja productividad. Resulta sumamente difícil comparar niveles de productividad, pero casi todos los estudios concluyen que la manufactura más productiva que se encuentra en el Este —situada en Alemania— está a un nivel de menos de la mitad del nivel del Occidente avanzado y la menos productiva, que se da en Polonia, Hungría y la URSS, a un nivel de cuando mucho de un tercio del nivel occidental. En otras palabras, se necesita más del doble de insumo o esfuerzo en los sectores más avanzados de Europa Oriental, y más de tres veces de insumo o esfuerzo en los sectores menos avanzados de Europa del Este, que en Occidente para producir una unidad dada de productos. Evidentemente, las cosas son mucho peor en las industrias más modernas. Por ejemplo, durante la primavera pasada Robotron, el grupo electrónico más importante de la RDA, introdujo en la Feria de Leipzig una nueva computadora personal AT. Estaba destinada a venderse a un precio de 37 000 marcos orientales, cuando una computadora muy parecida se vende en Occidente por sólo 2 000 marcos occidentales. Es la gran diferencia de productividad entre el Este y el Oeste lo que determina en primera instancia la enorme disparidad en los niveles de vida. Parece que las regiones mejor libradas de Europa del Este —Alemania Oriental y Checoslovaquia— tienen niveles de vida cuando mucho a la mitad de los niveles del Occidente avanzado; en lo que resta de la región la proporción es de un tercio o menos.

Sin embargo, Europa Oriental se encuentra en un doble predicamento para resolver su problema de productividad. Tiene que aprovechar la división del trabajo mundial para adquirir la maquinaria y las técnicas occidentales y combinarlas con la mano de obra local, como forma de poder elevar la producción por unidad de insumo. Por otra parte, debido a que su nivel de productividad es tan bajo, encuentra muy difícil exportar y, por lo tanto, no puede fácilmente importar. En términos de divisas el total de exportaciones de toda la región con 136 millones de habitantes (sin contar a la URSS) constituía alrededor de la tercera parte del total de Hong Kong, cuatro o cinco partes del de Corea y más o menos el mismo que

Taiwan. El problema es que su productividad es tan baja que la región tiene poco que ofrecer en cuanto a ventajas comparativas. Es por esto que resultó tan desastrosa la apertura a las importaciones de Occidente por parte de Polonia y Hungría, durante los setenta y ochenta.

Los gobiernos de Europa Oriental que transitan rápidamente a la privatización esperan resolver el problema de adquirir tecnología y conocimientos occidentales a través de la acción del capital occidental. Sin embargo, resulta difícil ver sobre qué bases se atracará al capital de Occidente.

La manera más evidente de proceder sería mediante los empréstitos extranjeros. Sin embargo, las naciones de Europa del Este están tan profundamente endeudadas que ya han agotado sus oportunidades financieras. La deuda exterior de Polonia es hoy de 40 mil millones de dólares, la de Hungría es alrededor de 20 mil millones y la de Yugoslavia es quizá de 17 mil millones. Estas constituyen sumas enormes para países tan pequeños, puesto que quiere decir que gran parte de sus ingresos por exportaciones debe destinarse a intereses (y algo del principal) para pagar la deuda, lo que significa que no queda nada para la importación de maquinaria. Por ejemplo, la deuda de Polonia constituye el 470 por ciento de sus exportaciones anuales. Por tal motivo, no será fácil a esta nación, y a otras como Hungría y Yugoslavia, vencer a los bancos occidentales que proporcionen más adelantos, especialmente a la luz de su reciente experiencia con el no-desarrollo y el no-pago en América Latina.

¿Y qué hay respecto a la inversión extranjera directa? Aquí nos regresamos al doble predicamento fundamental que mencionábamos: en la medida en que esta región carece tanto de ventajas comparativas, ¿sobre qué bases puede esperarse que alguien invierta aquí para vender en el mercado mundial? No se trata sólo del hecho de que, como se ha subrayado más arriba, las plantas y el equipo esencialmente no valen nada para el productor occidental que desea exportar al mercado mundial. También el transporte se encuentra subdesarrollado y las comunicaciones son muy atrasadas. En general, la infraestructura está sin reparaciones. Parecería que la mano de obra es calificada, pero esto es en gran parte una ilusión: de hecho, a la fuerza de trabajo se le ha adiestrado para trabajar en plantas y con equipo con muchas décadas de caducidad y, por lo tanto, posee una calificación ya obsoleta. Haría falta un readiestramiento masivo.

Se justifica entonces un gran escepticismo al evaluar las perspectivas de desarrollo de Europa Oriental bajo el impacto del mercado milagroso. Es verdad que cuando todas las unidades de una economía nacional quedan de repente sujetas a la competencia —tal como ocurre hoy en Polonia y pronto ocurrirá en Hungría— habrá una cierta sacudida más favorable a la distribución más eficiente. Las empresas que no abastezcan los bienes demandados por el mercado quebrarán o se verán obligadas a entrar a otras líneas. De este modo, la disciplina del mercado tenderá a moderar algo las tendencias masivas hacia la sobreproducción y la escasez. Pero el problema clave perdurará: a saber, el estímulo a la inversión. No parece, pues, que esté presente una capacidad manufacturera que sea rentable.

Parece pues que los partidarios del libre mercado más lúcidos y militantes están apostando todo a una reducción radical de los costos de la mano de obra de los países de Europa del Este. Este es el verdadero significado de la desregulación, la privatización, del libre mercado. El gobierno polaco ha adoptado un plan de transición, de un día para otro, al capitalismo, siguiendo los consejos del economista de Harvard Jeffrey Sachs, renombrado ya por la manera en que supervisó la demolición del ya de por sí raquítico nivel de vida de los bolivianos. Este plan prevé la reducción intencional de los salarios en un 20 por ciento. Se supone que dicha reducción de los salarios se llevaría a cabo elevando radicalmente el nivel del desempleo al poner fin a los subsidios a la industria estatal y al eliminar la red de seguridad social. Sin embargo, resulta difícil ver cómo este programa neoclásico brutal va a lograr algo que no sea provocar la depresión. Ciertamente, la depresión debe ayudar a reducir la inflación y a hacer bajar los salarios. En efecto, Herbert Hoover demostró que las depresiones pueden lograr cumplir esas metas. Pero, ¿por qué razón la depresión va a conducir al desarrollo?

Los partidarios del libre mercado, al apegarse dogmáticamente al mecanismo del “ajuste automático” del mercado, parece que pasan por alto dos cosas: 1) La demanda declinante o la competencia intensificada. El lado opuesto al empleo que declina y al nivel de vida que se deteriora radicalmente es la demanda que se desploma. ¿Cómo puede inducirse a los protocapitalistas a invertir cuando el mercado doméstico se desintegra? Para empeorar las cosas Polonia se verá inundada de bienes importados por adoptar la política de libre comercio. Seguirá siendo un misterio por qué los fabricantes occidentales, a diferencia de las casas importadoras occidentales, van a encontrar algo atractivo invertir sus fondos en las condiciones que resultan de una competencia intensificada en un mercado que se contrae. 2) La ventaja comparativa no se desprende de los factores que hacen los bienes más baratos. Se tiene que construir. Aun en el caso en que Polonia y los demás Estados europeos del Este, que ahora contemplan implementar los programas de “estabilización” tipo FMI, lograran salarios más bajos –algo muy dudoso– el hecho es que por sí solos los salarios baratos no conllevan al desarrollo. Es verdad que en cada uno de los casos de desarrollo exitoso del tercer mundo, los salarios eran bajos. Pero si todo lo que se necesita para alcanzar el desarrollo fuese mano de obra barata y estar libre de intervención estatal, todo el tercer mundo actual estaría lleno de utopías capitalistas avanzadas, en lugar de pesadillas económicas capitalistas. De hecho, son muy pocos los países del tercer mundo que han tenido éxito al emprender el camino capitalista de desarrollo y la mayor parte de los que se han coronado con el éxito lo han logrado de maneras que son anatema para el FMI.

En particular, el desarrollo de las economías del Este asiático, de Corea y Taiwán, se llevó a cabo por medio de una coordinación político-económica masiva, además de la competencia. El Estado promovió conglomerados gigantescos que controlaban una amplia gama de potencias industriales y que aplicaron la fusión de las finanzas con la manufactura. Además, el Estado al principio intervino directamente en la protección de estas industrias frente a la competencia extranjera, otorgándoles subsidios –aunque también procuró reforzar la competen-

cia entre las corporaciones domésticas. En otras palabras, el Estado asumió la tarea explícita de intervenir para ayudar a sus manufacturas a enfrentar la competencia extranjera en los mercados de exportación mundiales. Además, y esto es de importancia fundamental, el Estado reprimió y controló a la clase obrera, al interior de las fábricas, en el mercado de trabajo y respecto a su papel en el gobierno.

La conclusión es que en el flujo de la revolución por la libertad y contra el estatismo es posible que los nuevos regímenes de Europa Oriental se toparán con mayores dificultades, que lo que parece a primera vista, para convertir a sus fuerzas de trabajo en un campo atractivo para la explotación capitalista. Su fervor antiestatista tenderá a impedirles la creación del conjunto complejo de instituciones paraestatales que se requieren hoy para alcanzar el desarrollo. Por fortuna estos nuevos Estados también carecerán, al menos al principio, de los aparatos represivos autoritarios que han sido necesarios para asegurar la estabilidad y las ganancias a lo largo del mundo en vías de desarrollo. Como resultado, es probable que Europa del Este consiga de hecho condiciones que, en lugar de parecerse a las condiciones capitalistas privilegiadas de los decenas de millones de ciudadanos de Escandinavia o del Norte de Europa, más bien se parezcan a la menos que privilegiada condición capitalista de los cientos y miles de millones de personas del tercer mundo.

Así que se puede declarar muy claramente cuáles son las perspectivas políticas. Los nuevos grupos dirigentes de Europa Oriental no tienen otra alternativa fuera de imponer la más insidiosa austeridad posible como única vía de desarrollo... aunque ella, plena de incertidumbre. En esta situación todo va a depender del equilibrio que surja entre las fuerzas de clase, y muy especialmente de la combatividad de la clase obrera.

Ya hoy, apenas ocho meses después de que se adoptaron las reformas al mercado, se pueden ver emerger las tendencias económicas generales y las fuerzas políticas que forjarán el futuro de Polonia —y quizá de mucho de lo que resta de Europa del Este.

En la economía se inició un vicioso programa de austeridad, de “control de la inflación”, a principios de 1990, con los siguientes elementos: restricción monetaria y crediticia por medio de altas tasas de interés; reducción del déficit presupuestal a 1 por ciento del PNB; aguda devaluación de las tasas de cambio; liberación de precios, permitiendo su elevación, salvo en algunos sectores; reducción del control sobre importaciones y una estricta limitación a los aumentos salariales. ¿Cuál ha sido el resultado? En gran medida se ha logrado controlar la inflación, pero a costa de lo siguiente: desde el comienzo del año la producción se ha reducido en más de un 30 por ciento; los salarios han disminuido a la mitad desde mediados de 1989 y en un 20 a 25 por ciento desde enero; el desempleo alcanza el 51 o 52 por ciento y sigue elevándose.

Lech Walesa, siempre muy sensible a la opinión de la clase obrera, vocifera su oposición implícita a la política de austeridad pero, en realidad, exige ataques más contundentes contra los antiguos burócratas comunistas y la creación de un poder presidencial autoritario. Es probable que este tipo de populismo autoritario tenga

un gran futuro en Polonia y en otros lugares de Europa del Este, donde los trabajadores, largamente atomizados y separados los unos de los otros por la burocracia, ahora se enfrentan a un tipo nuevo, particularmente peligroso, de atomización producto de un capitalismo recién surgido, encaminado a la crisis y viciosamente competitivo. En la medida en que dejen de surgir soluciones colectivas organizadas sobre una base clasista, no debe sorprender el que se presencie un giro a soluciones organizadas sobre bases completamente diferentes —de “lazos primordiales” de nacionalidad, etnicidad y religiosidad, dirigidos, no tanto contra los todo-poderosos oponentes de clase domésticos, sino más bien contra los “enemigos externos” de todo tipo, judíos, etcétera. Este es, evidentemente, el terreno en el que se alimentan las políticas autoritarias.

La cuestión fundamental es, pues, ¿hacia dónde marcha la clase obrera? Los trabajadores polacos ya han desatado una serie de huelgas, cada vez más serias. La más significativa hasta la fecha fue la huelga ferrocarrilera que amenazó con paralizar el país en mayo de 1990. Desde entonces se han presentado una serie de grandes protestas de los agricultores, huelgas mineras y, más recientemente, la huelga de los transportes públicos de Varsovia. Pero el enorme, aunque todavía implícito, problema al que se enfrentan estos trabajadores, y los demás trabajadores de toda la región, es qué alternativa oponer al capitalismo. El “socialismo” que ellos conocieron ha quedado totalmente desacreditado. Un sector significativo de lo que se transformó a principios de los ochenta en la dirección de Solidaridad, al menos durante un tiempo se consideró socialista democrático revolucionario. Pero ya hace mucho que abandonaron esa postura, a favor de su compromiso con la socialdemocracia de tipo escandinavo. De este modo, mientras se conforman con este risible objetivo utópico para Europa del Este, al mismo tiempo implementan un programa de “estabilización” al estilo Milton Friedman que, lejos de parecerse a la socialdemocracia, más bien se parece al que necesitó una dictadura tipo chilena para su implementación en América Latina. Es probable que, demasiado pronto, los trabajadores esteuropeos tengan que enfrentarse de nuevo a la perspectiva de tener que reinventar el ideal socialista que ha sido prácticamente destruido en la región o verse sumidos en el tipo de régimen político-económico que los trabajadores del tercer mundo han tenido que soportar por tanto tiempo.

7. LA TRAYECTORIA CARACTERÍSTICA DE LA UNIÓN SOVIÉTICA

Es evidente que se ha cerrado el círculo del proceso de la revolución en el Este. Dicho proceso revolucionario lo preparó la maduración de la crisis general de las sociedades burocráticas de Europa del Este, crisis que afectó tanto a sus economías como a los estratos gobernantes. Fue catalizada por el fracaso total de los intentos concertados durante los años setenta y ochenta en Polonia y Hungría por reformar el sistema mediante la introducción decidida del mercado, al tiempo que se conservaban los elementos esenciales para la continuidad de la dominación burocrática de la economía. El éxito quedó garantizado por la decisión sin prece-

dentes de la Unión Soviética de no intervenir, hecho que, a su vez, fue resultado de la decisión de Gorbachov de utilizar la revolución en Europa Oriental para promover sus propias reformas domésticas en contra de los oponentes burocráticos locales. Por ironía, actualmente el proceso revolucionario de Europa del Este está bien encaminado para determinar el curso de los acontecimientos en la propia Unión Soviética. Gorbachov permitió la autodeterminación de las naciones y el fin del gobierno burocrático del partido único en Europa del Este. ¿Debe entonces sorprender que la formulación de demandas parecidas al interior de la Unión Soviética esté ahora poniendo muy en duda la continuación del gobierno de Gorbachov?

Al examinarse retrospectivamente resulta evidente que se produjo “demasiado tarde” el inicio del proceso radical de reformas por Gorbachov. La crisis doméstica —que los reformadores identifican como “estancamiento”— se había vuelto tan aguda y se presentó tan tempranamente en la Unión Soviética como en Europa Oriental; pero la élite soviética se tardó cuando menos una década más que su contraparte en Europa del Este a decidirse en favor de un proceso de reforma radical. Este hecho, entre muchos otros, refleja importantes diferencias subyacentes, en cuanto a estructura social y evolución histórica, entre la Unión Soviética y el resto del bloque oriental, diferencias tales que dan cuenta de la aguda divergencia en la evolución de la Unión Soviética a diferencia de Europa del Este, en el periodo que arranca con el ascenso de Gorbachov. Es muy evidente que la burocracia soviética —producto de una revolución y contrarrevolución domésticas, y no de una intervención exterior desde arriba— está mucho más firmemente arraigada que sus contrapartes esteuropeas. Es menos evidente, pero quizá igualmente significativo, que la clase obrera de la Unión Soviética, al mismo tiempo que carece de una historia, posterior a la segunda guerra mundial, de militancia o, inclusive, de luchas revolucionarias como la que posee su contraparte en Europa del Este, también carece de su historia de derrotas y de (como en el caso crítico de Polonia) desmoralización. Es la resistencia combinada, a menudo encubierta, de sectores de la burocracia y de la clase obrera —dos fuerzas que, no obstante un mutuo antagonismo, comparten la misma oposición al capitalismo— la que se presenta como lo que hasta ahora parece un obstáculo insuperable a las reformas desde arriba de Gorbachov.

Efectivamente, el programa de Gorbachov se resumía en *glasnost* y *perestroika*, dos conceptos íntimamente vinculados en su estrategia. Esa estrategia buscaba crear una alianza con los intelectuales técnicos y culturales, lo mismo que con los sectores calificados de la clase obrera. Esperaba granjearse el apoyo de estas capas de la población en torno a la *perestroika* —una reforma económica nunca muy claramente enunciada que implicaba una aplicación mucho más intensa del conocimiento científico y tecnológico a la industria y la descentralización de la economía con la introducción del mercado; a cambio, les otorgaría *glasnost*— la puesta en libertad de los presos políticos, la eliminación del control a la expresión cultural, libertad de discusión, ciertos pasos hacia una mayor representatividad en el gobierno... y, quizá lo más importante, la apertura de las carreras al talento, en lugar de estar determinadas por los vínculos políticos. Pero como se ha hecho evi-

dente para todos, en tanto que la *glasnost* se ha implementado hasta cierto punto, la *perestroika* se encuentra paralizada. En efecto, hay bases para creer que en el contexto del fracaso de la *perestroika*, lejos de ayudarle a Gorbachov a poner en marcha su programa, los procesos de reforma política desatados por la *glasnost* están más bien minando rápidamente su gobierno. La consecuencia es que en la actualidad se produce una parálisis económica y una desintegración política cada vez más profundas, un *impasse* intrasocial y una crisis fundamental que se va acelerando.

La reforma política

No se puede negar que la *glasnost* ha introducido un ambiente político transformado en la Unión Soviética, lo que le ha generado a Gorbachov y sus seguidores un cierto apoyo a corto plazo y espacio para respirar, pero también ha engendrado condiciones para desafíos importantes a la autoridad de Gorbachov.

Hoy en la Unión Soviética es posible discutir cualquier cosa. Se pueden organizar manifestaciones masivas. El reconocimiento oficial al derecho de elegir candidatos y de formar partidos autónomos todavía no ha traído democracia, pero lo que sí ha logrado es legitimar la lucha por democratizar la sociedad. Debe subrayarse que el partido todavía logra controlar las instituciones políticas nacionales, que los recursos económicos para la organización de la política todavía se encuentran muy desigualmente distribuidos, que el acceso a la prensa todavía está reservada al gobierno y a la oposición leal y que la policía secreta sigue en pie. Sin embargo, el nuevo clima sí ha establecido una gran diferencia... quizá, en última instancia, para perjuicio de Gorbachov.

Sobre todo, las nacionalidades oprimidas han utilizado el reconocimiento implícito de Gorbachov al derecho de autodeterminación respecto a Europa del Este, para lanzarse las repúblicas autónomas, una tras otra a luchas por la independencia. No es posible en este momento analizar este complejo proceso. Baste con decir que las crecientes demandas a favor de la independencia plantean una amenaza directa a la integridad de la Unión Soviética y una posibilidad real de una desintegración extrema.

Aunque sea más ambigua con respecto a las metas que se plantea Gorbachov, lo cierto es que la *glasnost* ha abierto el camino para acceder al poder mediante las elecciones en ciudades claves como Leningrado, donde fuerzas promercado muy radicales declaran su independencia del partido comunista y su deseo de romper con la Unión Soviética. De algún modo estas fuerzas dan sostén a los planes de Gorbachov de avanzar hacia el mercado y el capitalismo. Pero quizá el efecto más inmediato sea el de seguir erosionando su control político, que se está deshaciendo desde adentro debido a la desintegración del partido comunista.

Gorbachov ha tenido como meta someter totalmente el partido, reformarlo y hacer uso de él como instrumento para llevar a cabo su política. El problema está en que la manera en que Gorbachov ha utilizado la *glasnost* para asegurar el control sobre el partido tiende a contradecir la propia esencia del partido y a volverlo inútil para los fines que Gorbachov se propone. Efectivamente, el partido era el

instrumento mediante el cual la burocracia se organizaba para gobernar a la sociedad —el instrumento necesario, tanto del gobierno de sí misma de la burocracia, como del gobierno dictatorial del país. El que el partido funcionara como representante de la burocracia ante, y por encima de, la sociedad y de la clase obrera dependía del presupuesto de que las facciones políticas que representaban a corrientes de opinión y los intereses privados al interior de la burocracia pudiesen resolver sus disputas dentro de los límites de aquél. Sólo de este modo es que el partido podía funcionar en el gobierno del país como instrumento de la burocracia.

Sin embargo, cualquiera que haya sido su intención, lo cierto es que la *glasnost* de Gorbachov está en parte destruyendo al partido como instrumento efectivo del gobierno burocrático; y, al hacer esto, también está minando al partido como fuente del propio poder y autoridad de Gorbachov. Pareciera entonces que Gorbachov estuviese consolidando su poder al expulsar uno tras otro de sus posiciones de poder en el partido a los representantes de la burocracia de la “vieja guardia” antireformista. Pero para lograr esto, a fin de cuentas ha tenido que recurrir a presiones masivas, desde fuera del partido, en la sociedad en general. Y esto ha tenido como efecto correspondiente el volver a lo que queda del partido un representante cada vez menos efectivo de la burocracia ante la sociedad y, de este modo, cada vez menos capaz de coordinar a la burocracia como un todo y cada vez más sujeto a las fuerzas centrífugas exteriores. Al disminuir su capacidad de funcionar como representante de la burocracia, el “partido” se vuelve, en muchos aspectos críticos, menos útil políticamente para Gorbachov debido a que nunca ha sido un partido en el sentido occidental de la palabra, un organizador de fuerzas para la competencia en la arena política. Dicho de otro modo, en la medida en que Gorbachov procede a destruir la función del partido como organizador de la burocracia como un todo —como mediador entre sus facciones e intereses, ante y por encima de la sociedad— en esa misma medida se coloca a sí mismo en la posición de tener que organizar su propio partido... frente a muchos otros. La escisión de Yeltsin fue la primera expresión —bastante espectacular— de la nueva situación que nace. Pero Gorbachov pronto se enfrentará a la organización política de muchas otras fuerzas que antes se veían obligadas a encontrar formas de expresión por medio del partido y hasta por medio del dirigente del partido. Ellas incluirán no sólo a los antiguos conservadores del partido, representantes de los *aparachiks* que no quieren correr el riesgo de la transición al capitalismo. También incluirán a fuerzas populistas antisemitas; éstas antes se veían constreñidas al tener que actuar dentro del marco del partido, pero ahora pueden encontrar una poderosa expresión independiente de oposición, no sólo en grupos extremistas como Pamyat, sino también en grupos de derecha más convencionales como el Partido Democrático de Dravkin. En la medida en que se ha quebrado el programa de reforma económica —y la economía en general— la arena política ha quedado más susceptible a enormes convulsiones.

Las reformas económicas

Gorbachov ha podido elegir dos caminos fundamentales respecto a la economía: 1) un proceso paso a paso de descentralización y de introducción del mercado que, quizá finalmente, llevará al capitalismo siguiendo los mismos lineamientos que Europa Oriental en los años setenta y ochenta; 2) una transición al capitalismo de golpe, como la que se está ensayando actualmente en Polonia. Como se ha puesto en evidencia desde el principio, cada una de estas opciones enfrenta problemas insuperables, la primera de índole básicamente económica, la segunda de naturaleza esencialmente política.

A partir de 1987-1988, Gorbachov puso en marcha un programa de reforma no muy innovador, cuya principal característica consistió en otorgar a las empresas individuales un mayor control sobre sus propias decisiones de inversión. Pero esta política, como todas las de su clase —incluyendo a las más extremas, como las que se llevaron a efecto en China— padece de una contradicción central (que ya fue discutida más arriba, respecto a las reformas polaca y húngara durante los setenta y ochenta). Por otra parte, la relajación del control por parte de la burocracia reduce la capacidad ya de por sí limitada de la economía de coordinar las actividades de sus muchas empresas para que la oferta calce con la demanda. Después de todo, por muy pobre que sea la coordinación de la burocracia es la única institución que la puede realizar, cuando menos al responder *post facto* a la sobreproducción y a los faltantes. Por otro lado, la sola introducción del mercado —es decir, un cierto grado de libre intercambio entre las empresas— no basta para crear los incentivos necesarios para lograr mejoras ni constituye un método que establezca la armonía adecuada entre la oferta y la demanda, ya que las empresas no se han acostumbrado a vivir y morir en el mercado, apropiándose de las ganancias y/o llegando a la quiebra. Como se ha querido subrayar, “el mercado” —el comprometerse en el intercambio— en el contexto burocrático no significa lo mismo que “sujeción al mercado” —dependencia del mercado— en el contexto capitalista. Puesto que los administradores de empresa no se ven obligados por la competencia ni por la amenaza de caer en la bancarrota a innovar ni a producir sólo lo que se demanda, no hay nada que evite que ellos intenten alcanzar con mayor energía que antes la antigua meta de incrementar la capacidad potencial de su empresa mediante el aumento de los recursos a su disposición. De este modo se genera una mayor demanda de recursos, sobre todo de la mano de obra, sin aumentar significativamente la productividad ni alcanzar mayor correspondencia entre la oferta y la demanda... produciendo, así, mayor sobreproducción y más faltantes. La reforma parcial mediante la descentralización y la introducción del mercado históricamente ha surtido el efecto de transformar el estancamiento en crisis, y esto es lo que se está logrando hoy en día, a pasos acelerados, en la Unión Soviética.

La única alternativa a esta reforma gradual (que finalmente conduce al capitalismo) es una transición de golpe al capitalismo. De llevarse a cabo con éxito esto último, conduciría a la Unión Soviética a enfrentar tipos de problemas muy pa-

recidos a los que actualmente enfrenta Polonia sin contar con la ventaja comparativa con la que cuenta este último país. Pero el hecho que se quiere establecer es que la oposición política a semejante camino es mucho mayor en la URSS que en Polonia. La oposición se presenta, en parte, entre los burócratas bien atrincheros que venían amenazados tanto sus posiciones como su futuro, al engendrarse una transición a la producción sobre la base de la propiedad privada. Pero se presenta, de modo más decisivo, entre los trabajadores que se oponen, al menos, a la reducción de salarios, a la corrosión de la seguridad social y a la elevación del desempleo que se sabe traerá consigo el mercado. Actualmente, los asesores de Gorbachov denominan como catastrófica la situación que se presenta y no es difícil ver por qué. La reforma económica a plazos ya ha fracasado y el gobierno no dispone de la capacidad para imponerle a la población una transición rápida hacia el capitalismo, al tiempo que las diferentes fuerzas de oposición amenazan con hacer caer el gobierno. Parece que Gorbachov y sus seguidores creen tener una sola salida de la situación: conseguir ayuda masiva de Occidente para poder sobornar a la clase obrera durante el tiempo que se requiera para avanzar al capitalismo acabado. Sin embargo, dada la situación financiera de las potencias occidentales, sobre todo de Estados Unidos, y la gran cantidad de fondos demandados por Europa del Este, en particular por Alemania (que tiene primacía sobre los recursos de Alemania Occidental), esta opción está apenas por nacer. Por ejemplo, se espera que Alemania Occidental tenga que reunir una suma de alrededor de 50 mil millones de dólares para financiar el desarrollo de Alemania Oriental. La URSS es unas 20 veces más grande que Alemania del Este y su economía no es tan avanzada, de modo que la suma que se necesitaría quizá se aproxime al billón de dólares.

Sería absurdo tratar de pronosticar lo que va a suceder próximamente, aunque quizá estén abiertos tres posibles caminos. El primero lleva a la desintegración, tanto desde fuera como desde dentro, ante el impacto de las revueltas nacionales y la resistencia derechista, antisemita del populismo autoritario. El segundo lleva a la represión desde arriba promovida tal vez por el ejército, tal vez por la KGB. La última alternativa —por el momento apenas una luz tenue en el horizonte— lleva a la resistencia por parte de la clase obrera y a la revolución socialista.

Alternativas en Europa del Este

Catherine Samary*

Las verdades oficiales de ayer ya no tienen actualidad hoy en el Este, lo que es algo bueno. Las bromas recientes ilustran la atmósfera (“¿Qué es el socialismo? —Es el camino largo del capitalismo al capitalismo...”). Indican el fin y el camino de las transformaciones en curso (la desaparición de la RDA por su asimilación a la Alemania unificada señala el futuro para el conjunto del ex “bloque socialista”).

Las alternativas son claras si se creen las nuevas verdades oficiales (o dominantes): “no existe una tercera vía” declara el consejero de los gobiernos del Este, Jeffrey Sachs, profesor de economía en la Universidad de Harvard. “No hay una tercera vía” lo repite Klaus, ministro Checoslovaco, al preconizar los remedios liberales (Al atender a una broma checa, se le pregunta a Klaus: “—¿y que harías si el remedio no funcionara?” —Iría a enseñar a Harvard!”).

Los signos de la ecuación de ayer se han invertido de hoy en adelante: el capitalismo y el mercado son marcados al “menos” tan negros como era blanca ayer la realidad “socialista” (este calificativo es, entre paréntesis, el único elemento de la propaganda “comunista” que no se ha cuestionado...). Es evidente que las palabras han perdido todo su sentido en tanto que han sido desnaturalizadas permanentemente. Sin embargo, no es indiferente saber lo que está en crisis y por qué, ya que se corre el riesgo de administrar medicamentos que maten al enfermo en lugar de curarlo.

Es necesario examinar, en cualquier situación, los remedios propuestos y sus primeros efectos para preguntarnos sobre el tipo de futuro que preparan. Es evidentemente mucho más fácil proponer preguntas que dar respuestas. Pero lo que está en juego y los peligros son suficientemente graves como para que se acepte todo terrorismo que impida discutir a fondo las verdaderas y falsas alternativas y las “recetas” que nos son presentadas como evidencias.

1. ¿DESPOLITIZAR LA ECONOMÍA?

La arbitrariedad burocrática es una de las principales causas de los desastres en los países de Europa del Este y de la URSS. Son bien conocidas las características de la planificación administrativa así como sus fechorías: sobrepasar los objetivos planificados, en la paz social, debía ser la regla si se pretendía hacer carrera en la *nomenklatura*. Camuflar los recursos (para estar seguro de no cometer una falta), fabricar tractores que “se asemejen” a tractores (eventualmente los más pesados

* Traducción de Javier Ortíz Cárdenas.

posibles, si la realización del plan se medía en kilogramos...), obedecer las más absurdas ordenes de "lo alto" —como aquellas relativas al cultivo del maíz sin importar el tipo de clima—, multiplicar las fábricas gigantescas y falsificar las estadísticas de producción para probar que se construye el "socialismo"... Se conoce lo suficientemente bien (mucho mejor después de una cierta *glasnost*) la degradación ecológica, humana y económica de un sistema de producción sin medida de costos, subvencionador de todas las pérdidas, basado en directivas que suprimen toda iniciativa y toda capacidad de corrección de los gastos inútiles, todo control real, toda democracia.

"La economía debe llegar a ser económica", proponía sin humorismo una consigna colocada en las calles de Moscú. Lo económico, en este caso, es el mercado. Se supone que va aparejado a la democracia y al bienestar y se opone a lo arbitrario de la política o a la "ideologización" de la economía. Los precios deben llegar a ser "reales" (en oposición a los precios subsidiados, "políticos"). Es necesario así suprimir las "protecciones" que "falsean" la evaluación de resultados, que desarrollan una "mentalidad asistencialista", que impiden liberar las "buenas especializaciones" en el mercado mundial. El Estado debe desligarse de la economía y dejar el lugar a una gestión privada que se supone más eficaz si los asalariados permanecen en sus puestos (si ellos quieren participar en la gestión, ¡que se conviertan en accionistas!); el discurso y los remedios son bien conocidos, han guiado las políticas aplicadas en el mundo entero en el curso de la década de los ochenta. Se supone que la crisis reside en toda intervención "voluntarista" en la economía (el socialismo sería el resultado último). Habría violación —se nos dice— a los equilibrios espontáneos y "naturales" a los que podría conducir un mercado libre basado en la propiedad privada y en la búsqueda del beneficio individual.

Esto implica un señalamiento y algunas preguntas.

El señalamiento: lejos de "despolitizar" la economía, se trata simplemente de otra política frecuentemente camuflada bajo un lenguaje de "experto".

Nos limitaremos a tres cuestiones: ¿el remedio se aplica y es aplicable? ¿Cuáles pueden ser los efectos? ¿Se pueden abordar de otra manera los problemas planteados (o cuáles son las alternativas)?

2. ¿UN REMEDIO APLICABLE?

Es necesario medir con exactitud la encrucijada. Se ha propuesto privatizar la mayor parte de una industria cuyos equipos son obsoletos, de reintroducir los automatismos del mercado en el corazón de la economía que los ha suprimido desde hace varias décadas y de confrontar dichas sociedades (en plena crisis) con el capitalismo mundial; y esto, sin protección alguna.

Manifiestamente, Alemania debe ser tratada aparte. Además de la cuestión nacional que evidentemente ha facilitado la absorción, había un Estado, una burguesía, capitales abundantes en una economía poderosa capaz de pagar el precio para asimilar a su mercado la parte Este (por lo demás el precio será mucho mayor que el previsto: se habla de un costo de 100 mil millones de DM, dos o tres ve-

ces más de lo previsto para el año 1990). La esperanza de una mejoría en el nivel de vida era suficientemente creíble, en dicho contexto, para que se llevara a efecto una transformación pacífica, aun cuando no deje de tener sus problemas.

Sin embargo, la privatización hace surgir la primera pregunta: ¿quién puede y quiere comprar (aun suponiendo resueltos los problemas de precios)? La privatización de los sectores marginales de la economía no es un problema, y ya ha comenzado. Se trata a todas luces de la restauración de toda una serie de ámbitos de la economía subterránea que han sido legalizados (reparaciones, artesanado...). La privatización de los servicios sociales hace surgir otras cuestiones sobre la equidad y la eficacia (¿el ingreso individual debe determinar la calidad de la enseñanza o de la salud recibida?). La otra piedra de toque importante se sitúa en la industria. La *nomenklatura* es evidentemente la principal captadora de ofertas de privatización, puesto que estaría dispuesta a transformar sus antiguos privilegios de funciones en privilegios (transmisibles) del dinero. Pero hay que poder hacerlo... En los primeros meses del año han surgido en Polonia y en Hungría escándalos debido a una legalidad dudosa: han revelado que se operaban ventas públicas de propiedades del Estado a bajos precios, auténticas privatizaciones salvajes que han implicado anulaciones jurídicas (los burócratas se vendían entre sí empresas u otros bienes públicos que fueron incapaces de administrar, a precios que desafiaban toda concurrencia). Existen poderosas mafias en la URSS dispuestas a lavar en las cooperativas las sumas colosales acumuladas fraudulentamente en el antiguo sistema. Pero aparte de estas categorías poco populares, hay que subrayarlo, no existe en estas sociedades una burguesía dotada de capitales. Esta se forma a partir de los sectores privados marginales y de las filas de la burocracia, pero con pocos montos de capitales tomando en consideración los fondos privatizables. ¿Quién más puede comprar empresas o acciones? Fundamentalmente el capital extranjero. Pero, por una parte, la reserva mundial es limitada y los capitales privados están deseosos de invertir en lugares rentables; por otra parte, si vienen a tomar por asalto a sectores claves de la economía, harán surgir problemas de soberanía nacional y habrá reacciones. La experiencia muestra también que no es evidente el aporte de capitales con tecnologías avanzadas (ciertos escándalos han revelado contratos técnica o ecológicamente desventajosos).

Prácticamente, en el curso de los últimos seis meses, más de seis mil millones de dólares de créditos han refluído brutalmente de Europa del Este y de la URSS: los bancos privados, de por sí desequilibrados por la crisis mundial, temen los montos de las deudas no pagadas. Se muestra que los capitales alemanes privados se niegan igualmente a invertirse en los nuevos *Länder*, a pesar de las invitaciones gubernamentales. En Hungría, Polonia, Checoslovaquia, Yugoslavia, en donde los cambios políticos han sido muy radicales, la privatización de la industria no (o casi no) ha comenzado. Su cuadro jurídico en general no ha sido estabilizado: la palabra "privatización" recubre de hecho una "desestatización" que puede tomar múltiples formas y que hace surgir distintas preguntas: ¿quiénes serán los propietarios y los gestores reales? ¿Qué necesidades serán satisfechas? Y en caso de cri-

sis, ¿cuáles serían las posibilidades de que las divisas permanecieran en los países cuando estos están confrontados a crecientes deudas externas?

En su conjunto, desde el inicio de la década de los noventa ha existido la tendencia a poner en entredicho los derechos acordados en 1987-1990 a los colectivos de trabajadores, en beneficio de una lógica del accionariado (¿popular?). Pero los trabajadores tienen poca razón, y medios, para comprar acciones de empresas deficitarias que cuentan con grandes oportunidades de venderse.

En la agricultura, las resistencias a la lógica liberal representan dos tipos: en Polonia, en donde la mayor parte de las tierras son privadas y de talla pequeña, la apertura de las fronteras y liberación de precios con la supresión de subsidios ha significado la desaparición pura y simple de los pequeños campesinos —de ahí sus revueltas. Por otra parte, el llamado a la privatización de los Koljoses choca contra la aspiración de los trabajadores agrícolas a cierta seguridad social que por lo menos ofrecía el antiguo sistema.

Todo ello es lo que plantea la cuestión de los efectos socioeconómicos de las medidas preconizadas.

3. ¿CUÁLES SON LOS EFECTOS?

La privatización y la “economía de mercado” no afectarán de manera uniforme a las diferentes sociedades: ya se ha dicho que habría que abordar diferentemente a la exRDA y a los otros países. El primero corre el riesgo de convertirse en una región subdesarrollada al interior de una de las más ricas potencias del mundo. Los otros, en su conjunto, se acercarán en cambio a las características recientes del continente latinoamericano y no tanto a las de Europa Occidental. Aún los Estados bálticos, las repúblicas ricas de Yugoslavia o Checoslovaquia (en otros términos las partes más ricas en relación al resto) resistirán poco al choque frontal de las economías más productivas. La caída de las empresas de Alemania del Este dan una indicación. Pero también habrá perdedores y ganadores en el interior de cada sociedad: las reestructuraciones industriales se traducirán en despidos masivos en sociedades que conocían un mal pleno empleo. Existe el riesgo de ver el desarrollo de las economías a “dos velocidades”, en donde la posesión de un empleo y de divisas por una minoría de la población abrirá un abismo en relación con la exclusión social de millones de personas: la profundización del abismo será la regla. En esos países en los que la escolarización ha sido masiva, donde los bienes culturales habían sido ampliamente subvencionados, se producirán regresiones culturales importantes, aun cuando las profesiones calificadas se verán sin duda revaluadas. La ganancia en libertad de creación artística será atemperada si no sofocada por las presiones del beneficio comercial. La represión de la religión cede el lugar en Polonia a la religión que se impone en todas las escuelas y que prohíbe el aborto.

Finalmente, las resistencias a la privatización y a las leyes del mercado pueden ser tales que cada vez más demanden un Pinochet para que las reprima. Lejos de acompañarse de menos Estado y de más democracia, el Estado fuerte deberá ser

la regla y se asiste a nuevos terrorismos intelectuales contra todo aquel que se opone al antiguo y al nuevo "modelo". Las luchas de emancipación nacional contra el orden stalinista se combinan con el aumento del chovinismo, del racismo y del antisemitismo. Las regresiones sociales y las dependencias nacionales inducidas por el liberalismo mercantil van a favorecer los nacionalismos populistas dictatoriales y reaccionarios.

¿Se está obligado a escoger entre esos males?

4. LAS FALSAS ALTERNATIVAS

La crítica inicial desarrollada por los liberales contra la arbitrariedad burocrática, es por supuesto pertinente. Pero se queda corta... La respuesta también lo es. Primero porque trata de forma indiferenciada a todos los sectores de la economía: la privatización de un restaurante o la de una infraestructura, la venta de cigarrillos y la de libros, los criterios de eficacia en la producción de zapatos y los que deberían de regir la organización de la salud (¿la degradación terrible de la salud en Estados Unidos en la década de los ochenta equivale a la de la URSS?). En otras palabras, hay que ir más allá de la falsa alternativa sector público ineficaz contra privatización supuestamente mejor.

Hay —entre paréntesis— una cierta dosis de hipocresía, o de miopía, dispuesta a preconizar en el Este (y en los endeudados países llamados del "Sur") la supresión de protecciones que los países capitalistas más desarrollados operan ampliamente: el liberalismo mercantil quiere imponer a los campesinos polacos la supresión de subsidios, es decir la pura y simple desaparición de los mismos frente a la Europa del Oeste verde, hiperprotegida y productiva. El estancamiento de las negociaciones en el GATT sobre la agricultura recubre verdaderas guerras comerciales entre diversos niveles de proteccionismo en Estados Unidos, en Europa y en Japón principalmente.

En segundo lugar, ¿existe una opción entre la arbitrariedad del partido único (asimilado al "socialismo") y la seudorracionalidad universal del mercado? Acaso no hay la opción por una sociedad eminentemente "política" en el sentido más rico del término, que implique despojar la dictadura del partido/Estado y sea devuelto a la sociedad entera: la agricultura es un ejemplo clave cuya encrucijada sobrepasa evidentemente las fronteras de la Europa del Este. Por razones de equilibrio ecológico y de ordenamiento territorial de las regiones, por razones sociales y éticas (el no admitir que hoy nadie muera de hambre en cualquier parte del mundo), por razones de eficacia (a escala de las necesidades humanas), la agricultura debería de escapar a las reglas del mercado: la creciente pobreza en el mundo ha sido la causa de la "sobreproducción" de mercancías de los años ochenta, lo que ha conducido a la destrucción de productos agrícolas mientras que la hambruna se ha ido expandiendo. En lugar de suprimir los subsidios y ver desaparecer a los pequeños campesinos, habrá que garantizarles una seguridad en el nivel de vida que corresponda a las tareas para las cuales ellos son irremplazables.

Las especializaciones a las que han conducido las indicaciones del mercado mundial han incrementado las dependencias y actualmente todos los productores de materias primas sufren graves crisis. Además aún no se ven los efectos positivos de los mercados financieros, ni los remedios del Fondo Monetario Internacional que representa una especie de "mano visible" del mercado que impone sus reglas en el mundo endeudado (salvo en Estados Unidos, el principal deudor del mundo...).

Hoy más que nunca es evidente que es esencial recurrir al juicio conciente de los seres humanos (y no a los automatismos del mercado) en los más diversos dominios: las técnicas, la energía, la organización y la seguridad del trabajo, la calidad de los servicios, las prioridades del desarrollo, los criterios de justicia social en la distribución de las riquezas materiales y culturales —y detrás de todas esas opciones, las relaciones de los seres humanos entre sí, entre comunidades nacionales, y sus relaciones con la naturaleza.

Finalmente, no sería necesario preguntarse por el problema no resuelto de una tercera vía, si fuera cierto que el capitalismo y la descentralización de los mercados aseguraran la reducción de desigualdades por la capacidad que efectivamente tiene aquel de producir la riqueza y de difundir los mercados. Pero la experiencia de la década de los ochenta prueba dramáticamente lo contrario. Al ritmo en que vamos, en el año 2000 habrá en nuestro planeta mil millones de individuos cada vez más ricos y nueve mil millones de pobres cada vez más pobres. ¿Cuál es la finalidad humana de las nuevas tecnologías si no permiten reducir los trabajos ingratos y asegurar el bienestar para las generaciones actuales y futuras?

La humanidad, así como el planeta, están amenazados de regresión si no se combate concientemente en dos frentes: contra la lógica ciega del beneficio y contra el burocratismo. Se puede utilizar una diversidad de instrumentos para satisfacer la variedad de necesidades humanas (no existe una receta universal para decidir cuáles son las mejores, pero hay que evaluar, hacer balances, equivocarse y rectificar). La principal fuente de nueva eficacia reside en el desarrollo de conocimientos y saber hacer humanos que implementen nuevos criterios de juicio de lo que es "costoso" o por el contrario "benéfico" desde el punto de vista humano (con todas las facetas culturales y sociales de individuos, hombres o mujeres, productores, usuarios, miembros de comunidades nacionales en sus relaciones mundiales y en su contexto natural). Esto es contradictorio con una lógica de exclusión, de marginalización social así como con una lógica de dictadura burocrática. Pero la encrucijada cada vez está más mundializada y no puede ser resuelta sino a esta escala. Tal es la dificultad mayor de una "tercera vía" de resistencia a las lógicas dominantes. Pero se tiene realmente la opción de renunciar a ello, frente a la creciente barbarie...

La crisis socialista: un momento de decisión

Giovanni Russo Spenna y Guillermo Almeyra

Para los griegos, *krisis* significaba decisión. Hablar de crisis del socialismo, por lo tanto, exige una visión clara del camino recorrido, que llevó a la actual encrucijada y, sobre todo, audacia e imaginación para elegir la vía que lleva hacia la meta y evitar la que conduce al desastre. En una crisis hay un amplio margen para optar, para las acciones concientes, para una voluntad templada en la comprensión del pasado inmediato. Una crisis no tiene un desenlace fatal, independiente de la voluntad de los que son, precisamente, integrantes de la misma y sus protagonistas.

Sin embargo, la prensa y los medios formadores de la cultura popular, así como los *maîtres à penser* que imponen las modas culturales, no tienen dudas: para ellos, la crisis de la práctica del stalinismo y de los partidos comunistas es, a secas, la crisis del marxismo, y la incapacidad de éste para encarar y resolver algunos de los problemas claves de nuestra época (el del Estado, el de las nacionalidades, por ejemplo) se identifica *tout court* con la crisis del socialismo. Y, en cada caso, crisis es para ellos sinónimo, no de lucha por la renovación, por la reorientación, no aprendizaje teórico-práctico de lo que no puede ser para intentar así otras vías sino, lisa y llanamente, descomposición del cadáver de la teoría socialista o su desecación que hace posible enterrarla en el cementerio de los dogmas pasados.

Hay que recordar sin embargo que el socialismo es anterior al marxismo y además que hay muchas corrientes comunistas que no fueron stalinistas y que, incluso, fueron combatidas por éste como enemigos mortales (trotskistas, anarcocomunistas, bujarinistas, titoistas, entre otras).

La “urgencia de socialismo” además es como una surgente natural. Y el curso que ella origina puede ser canalizado de muchas maneras diferentes o puede correr libremente hasta perderse, para resurgir, tiempo después, más adelante.

El imperativo ético, en efecto –la búsqueda de la igualdad, de la supresión de la explotación del hombre por el hombre, de la fraternidad y la paz universales, de la integración plena entre sociedad y naturaleza para volver a dar al ser humano su naturalidad, y de la eliminación de la miseria y la necesidad– tiene raíces milenarias. Esta es la base de todos los grandes movimientos subversivos, laicos o religiosos, desde el budismo y el cristianismo hasta el socialismo marxista. Sobre esta base crece, precisamente, la identidad entre socialismo y democracia, entre socialismo y pluralismo de opiniones políticas y religiosas, opuesto absolutamente al totalitarismo de la doctrina oficial y del partido único, y también la identidad entre socialismo y autogestión generalizada, de las personas y de las cosas. Por otra parte, Marx ni siquiera se planteó “resolver” los problemas del poscapitalismo sino que, más humildemente, buscó sólo comprender el mundo capitalista para transformarlo.

El capitalismo, lejos de ser un sistema eterno y permanentemente autorreparable, tiene su historia y su evolución. La concentración de la riqueza y del poder, el colonialismo y las guerras, las crisis y las carestías son las fuerzas subversivas que imponen una teoría anticapitalista y liberadora y que crean las condiciones para que las aspiraciones ideales o teóricas socialistas se transformen en movimientos de millones de hombres. Es el capitalismo quien crea, masivamente, una necesidad y una demanda de socialismo y quien educa, en escala global, a los que sufren las consecuencias de la destrucción masiva de la naturaleza, de la riqueza, de las vidas humanas. Si el carácter monstruosamente totalitario de un régimen que jamás fue socialista pero como tal se presentaba vacunó contra la idea del socialismo, de la fraternidad, de la democracia a todas las naciones infectadas por el stalinismo desde el poder estatal, la inmensa mayoría de la población humana conoce el capitalismo real, no el "socialismo real" hoy derrumbado. Y los efectos combinados de la aplicación de las recetas ortodoxas del capitalismo de choque y de las consecuencias de la guerra en todo el cercano Oriente, hacia la cual marchamos por necesidades económicas y políticas de la potencia estadounidense en crisis, educarán al altísimo costo a millones de personas en la necesidad de una política no capitalista y de la solidaridad internacional con los pueblos del llamado tercer mundo.

El mundo, como jamás antes en la historia, está unificado y las noticias e ideas circulan en tiempo real. En esta "casa común" de la cual tanto se habla, unos pocos tienen acceso al salón, al confort y al lujo mientras la mayoría sirve como doméstico o espera en el zaguán o ante la puerta la limosna que le permita sobrevivir. Ni siquiera en los países industrializados puede ofrecer el capitalismo un futuro mejor, pacífico y democrático: por el contrario, el ambiente y las conquistas sociales y culturales están hoy amenazados y la guerra colonialista y el armamentismo son fundamentales para la sobrevivencia del sistema, incluso después del derrumbe del régimen stalinista y del Pacto de Varsovia. No son los socialistas quienes garantizan por sí solos la continuidad de una aspiración y una acción socialistas: son las crisis revolucionarias las que crean millones de revolucionarios y dan voz y audiencia a las minorías intelectuales anticonformistas.

1. AÚN VIVIMOS EN LA FASE DEL NACIONALISMO Y DE LAS NACIONES-ESTADO

La fase abierta por la revolución francesa fue la de la creación y el desarrollo de los Estados nacionales y la del nacionalismo; y la primera y la segunda guerra mundial dieron un poderoso impulso, pero también una respuesta espúrea, a esa tendencia profunda con la creación de Estados resultantes de los cálculos de los vencedores o del predominio de las nacionalidades más fuertes. El stalinismo, el maoísmo y el "com-chovinismo" (Trotsky) de los partidos comunistas, algunos de los cuales llegaron al poder y construyeron Estados nacionales en Europa Oriental, tienen sus raíces en la misma.

El estallido del nacionalismo y del problema nacional en todos los países, de todos los continentes, desde la parte asiática de la URSS hasta el sudeste asiático,

desde los kurdos en Turquía, Siria, Irak e Irán, desde Palestina y Líbano o Chipre, Bélgica, Francia, Irlanda del Norte, Italia, España, hasta América Latina y el Caribe muestra que estamos aún en esta fase y no sólo por la subsistencia del neocolonialismo y del poder imperial.

Mientras socialismo es sinónimo de democracia y de eliminación del Estado, *esta fase impone aún la creación o el reforzamiento de los Estados sobre bases nacionales o étnicas*, en Africa, en Europa, en Asia, reduce o anula la democracia para quienes son diferentes étnica o ideológicamente y refuerza los aparatos estatales. La unificación del mundo, que hace obsoletos los Estados nacionales y utópicas las políticas autárquicas y estrechamente nacionalistas, no corresponde al triunfo paralelo de una concepción internacionalista y fraterna pues la economía no tiene las mismas leyes ni ritmos que la construcción de las conciencias políticas. Esta es aún la fase del nacionalismo, tanto del liberador de los pueblos que tratan de eliminar a sus opresores como del nacionalismo opresor de quienes intentan continuar dominándolos.

Una guerra en el Golfo Pérsico no solamente abarcaría de inmediato Israel, Jordania, Líbano, Siria, además de la zona del conflicto directo, y provocaría transformaciones decisivas en el mundo árabe sino que también, con la destrucción probable del 20 por ciento de las reservas mundiales de petróleo, podría provocar grandes conflictos sociales, resultantes de la crisis económica, en los países de Europa Oriental, la reducción al mínimo de la ayuda a estos de los países industrializados, una recesión en éstos últimos, con sus consecuencias sociales, problemas importantes para la reunificación alemana, grandes diferenciaciones políticas entre los europeos y Alemania, en particular, y los japoneses, por una parte, y Estados Unidos, por la otra, y en una agudísima crisis político-social en América Latina. Todo ello estimularía el desarrollo del nacionalismo, tanto en los países dependientes como en los industrializados, agravando las tensiones internacionales y creando incluso las condiciones político-económicas que pondrían en el orden del día futuros enfrentamientos bélicos entre las potencias capitalistas. Bajo la bandera del nacionalismo el mundo podría precipitarse hacia una espantosa decadencia de la civilización. O podría, en cambio, pasar a la fase de la superación de los particularismos, las diferencias étnicas, los nacionalismos, para entrar, empujado por la violencia de la historia, en la de la mundialización de la política y la del internacionalismo, sobre la base de la superación del capitalismo y de la apertura de una vía socialista también en los países industrializados.

Tal previsión parece absurda. Pero, ¿qué podría pensar un europeo inmediatamente después de las guerras napoleónicas, cuando el triunfo de la Santa Alianza parecía eterno? Sin embargo, 1848, 1871, 1917 mostraron que el sistema estaba minado. ¿Qué parecía el mundo en los años treinta, con el triunfo del nazifascismo y del imperialismo japonés y la amenaza de una guerra mundial que estuvo a un paso de acabar con la civilización? Nuestro siglo, al fin y al cabo, presenció el derrumbé de los Estados dinásticos, el del nazifascismo, el del colonialismo, el del stalinismo y el proceso actual no tiene sólo una salida, fatal y destructiva, sino que se enfrenta a una *krisis*, a la necesidad de decidir en la alternativa por una de dos

opciones: la capitalista, conocida, sufrida, y la socialista, hasta ahora jamás experimentada pero que tiene sus raíces en el imaginario colectivo desde la época de los sumerios y lo egipcios, sus bases éticas en todos los grandes movimientos de transformación social, y sus bases materiales y técnicas en la extensión mundial del régimen capitalista mismo y de sus medios de información.

2. EL FIN DE LOS PARTIDOS COMUNISTAS. EL CASO DEL PCI

En la mayoría de los países de Europa Oriental, los PC se sostenían gracias a la estructura de los servicios secretos y apoyándose en su identificación con el aparato estatal. Las bases sociales de sustentación de una burocracia conservadora, reaccionaria, totalitaria, sin ideas, que buscaba sólo privilegios iguales a los de los capitalistas, eran prácticamente nulas. De ahí su derrumbe apenas la URSS dejó de apuntalar tales burocracias, la facilidad de su asimilación al capitalismo, el odio legítimo de las masas por un régimen que se decía comunista o socialista y que, impidiendo toda oposición y toda politización, era considerado tal por sus víctimas.

Otros partidos comunistas de masas —el griego o el chipriota, el portugués, el italiano— tenían en cambio una base doble. Por un lado, eran el resultado de la lucha contra el fascismo y la ocupación extranjera, lo cual les dio legitimidad histórica y raíces populares, así como también viejos militantes respetados y abnegados, educados en la lucha pero también en el conservadurismo stalinista, en la carencia de coherencia teórica, en la sumisión a las órdenes y virajes de los aparatos, comenzando por el soviético. Por otro lado, llenaban el vacío de la socialdemocracia clásica que, por razones históricas, jamás pudo existir en los países de Europa meridional, y reunían en su seno sectores sociales con intereses opuestos, unidos sólo por el deseo de una administración estatal más honesta y eficaz y de un progresismo vago liberal-democrático.

Como la socialdemocracia, tales partidos “comunistas” eran y son nacionalistas, estatistas, no son partidos obreros sino en la medida en que incorporan u organizan un sector cada vez menor de la clase obrera tradicional, en particular de sus integrantes varones de mayor edad, y tienen una visión liberal de la historia y un funcionamiento burocrático, centralizado y autoritario.

El PC italiano, como sus congéneres, cree firmemente en la conquista del Estado desde dentro de las instituciones y mediante un proceso gradual, cree con igual firmeza en la necesidad de reforzar el Estado para realizar los cambios necesarios y en la posibilidad de reformar el capitalismo (anteriormente hablaba de “salir” de éste, pero sus últimos congresos abandonaron incluso tal expresión). El Partido Comunista Italiano, que se disolverá en su próximo congreso en enero de 1991, se considera *partido múlticlasista*, basa su política en lo que resulta compatible con las posibilidades (según él) de la industria y la economía italianas y, como los sindicatos y organismos de masa que dirige, se ha integrado en el funcionamiento del Estado y delega a éste, por ejemplo, la defensa de la democracia y la lucha contra el terrorismo mediante la represión policial y el reforzamiento de las

leyes o apoya la política internacional italiana (perteneciente a la OTAN, desde hace veinte años, el rearme, el envío de tropas al Golfo).

Si el PSOE, en su actual 32 Congreso, se encuentra con que el 67.2 por ciento de sus delegados ocupan cargos públicos y con que ninguno de ellos es obrero (*El País*, 6 de noviembre de 1990) y si el PS francés o el PS portugués tienen una composición similar, la transformación del PC italiano en un partido de cuadros, de las instituciones estatales y su alejamiento de la clase obrera solo se diferencia cuantitativamente de los partidos que, sin ser socialdemócratas clásicos, ocupan el papel de la socialdemocracia clásica en los países de la Europa del sur. Y allí donde no incide en el aparato estatal, como en el sur de Italia, el partido comunista prácticamente desaparece como partido de masa y oscila en torno al 6 por ciento de los votos, porque no tiene capacidad de arrastre clientelar y no es capaz tampoco de actuar como partido alternativo al régimen o, por lo menos, como partido de oposición.

El socialismo exige como requisito un intenso trabajo de educación y de organización de los sectores más explotados y oprimidos de la sociedad para crear en ellos una conciencia de clase diferenciada y combativa y demostrarles que existe la posibilidad de otro sistema alternativo. Las transformaciones económicas y sociales resultantes de la reconstrucción europea (facilitada no sólo por la intervención de EU sino también por la política stalinista desde Yalta hasta la actualidad) reforzaron la socialdemocracia y la socialdemocratización de los partidos comunistas occidentales, reforzaron el nacionalismo chovinista que la política nacionalista de esos partidos ancló en la mayoría de los trabajadores, redujeron el margen para quienes sostenían el internacionalismo y la solidaridad, fuesen ellos comunistas revolucionarios o cristianos de izquierda, y para quienes se oponían al Estado. La concepción socialdemocrática y su versión stalinista penetraron también en buena parte de la izquierda fuera de los partidos comunistas, que identificó el socialismo con la planificación estatal centralizada y prescindió de la democracia. Sólo pequeños grupos, sin medios y a menudo ilegales, mantuvieron posiciones socialistas antistalinistas durante los decenios de la reconstrucción europea que acaban ahora. No hubo ninguna fuerza organizada importante capaz de contrarrestar esta versión "socialista" estatalista y burocrática y la identificación con el socialismo de la dictadura burocrática conservadora stalinista, que actuaba así como espantajo y propagandista de las virtudes del capitalismo "democrático" de los grandes países industrializados.

Los cambios culturales y sociales resultantes de la reconstrucción crearon sí movimientos de masas en Europa Oriental contra el stalinismo, como en Polonia, desde 1953 hasta las grandes huelgas que crearon Solidaridad en 1980, o como en Hungría (1956) y Checoslovaquia en 1968, pero la represión consiguiente llevó a abandonar toda idea de revolución política en ese sistema para optar por la destrucción del mismo y la adopción del capitalismo. Mientras tanto, en Europa Occidental, desde 1968 y durante los años setenta, nacieron también fuertes movimientos al margen de los partidos comunistas o incluso contra la política de éstos que, sin embargo, con su política estatalista, lograron canalizarlos y hacerlos volver "al orden".

No sólo no hubo una educación socialista de las masas o al menos una política clasista de masas, sino que también hubo una educación masiva antisocialista, por parte del stalinismo, pero también de la socialdemocracia. Y el resultado, en escala diferente, pero también en un mundo que marcha hacia convulsiones terribles, es una situación semejante a la existente en vísperas de la primera guerra mundial, con la socialdemocracia completamente adaptada al capitalismo imperialista. La disolución del Partido Comunista Italiano, el mayor y más prestigioso partido comunista del mundo, y su pedido de integración en la Internacional Socialista es simbólica a este respecto .

3. POR QUÉ NO HUBO UN SOCIALISMO AUTOGESTIONARIO

La agresión imperialista y la guerra civil en un inmenso país atrasado, donde la clase obrera había casi literalmente desaparecido en 1919, impidió en Rusia aplicar las ideas de Marx y de Lenin sobre la extensión de la democracia “a las cocineras” y la desaparición del Estado. Las necesidades de la guerra anularon las posibilidades de una democracia que requiere, además, bases culturales y materiales entonces inexistentes y reforzaron el Estado, que aplastó al partido y a los marxistas, junto con la clase obrera y las conquistas democráticas y libertarias de dos revoluciones. En la URSS, también fueron culpables del stalinismo los “demócratas” del mundo occidental y los socialdemócratas alemanes que reconstruyeron en un mar de sangre el viejo militarismo reaccionario y el Estado que llevó a Hitler al poder. Si la autodeterminación nacional, como en Georgia, o la democracia soviética y la autogestión fueron destruidas entonces, eso no fue resultado del marxismo o del leninismo, sino de una negación y destrucción por un aparato burocrático específicamente ruso. No fue el socialismo sino la imposibilidad incluso de construir un Estado moderno, capitalista, lo que provocó el stalinismo. Un cambio profundo en Alemania no era imposible y hubiera podido evitar a la Rusia recién salida del zarismo la nueva barbarie stalinista, con su brutal modernización forzada. Así no fue y, con la complicidad del “cordón sanitario”, en vez del socialismo autogestionario, sobre las ruinas del bolchevismo resurgió el viejo Estado totalitario ruso y Europa y el mundo tuvieron que pagar por eso una guerra mundial y una posguerra que dio nuevo alimento al capitalismo y desprestigió el socialismo marxista incluso allí donde había nacido. La agresión stalinista contra Yugoslavia que había salido de una terrible sangría impidió también allí la vigencia de la autogestión, a pesar de lo previsto por Kardelj y Moshe Pijade, a pesar del entusiasmo con que los yugoslavos apoyaron al régimen de Tito en su lucha por la independencia nacional y la democracia. El partido único y la represión no fueron un mero resultado de la educación stalinista del PCI (después Liga de los Comunistas) sino medios de defensa contra los intentos de desestabilización que una y otra vez realizaba la URSS.

Ahora bien, no puede haber autogestión con un partido único, un Estado centralizador y con la miseria generalizada. La autogestión requiere un mínimo de bases culturales, de medios de información, para conocer y administrar las cosas y

las personas. Sin esa base, la burocracia se impondrá por decenios, por todo un ciclo histórico. Requiere además la posibilidad de decidir no sólo sobre el propio lugar de trabajo y la propia producción sino sobre toda la rama y la entera economía, así como sobre la política nacional e institucional del Estado, que debe ser transitorio, federal y cada vez más descentralizado, de modo de asegurar la posibilidad de la democracia directa en el territorio comunal y en el centro de producción.

El fracaso de la autogestión yugoslava o argelina o de la autogestión "en una fábrica sola" (LIP, en Francia, las fábricas metalúrgicas actualmente bajo autogestión en la Argentina) resulta, en los primeros casos, de la agresión externa que llevó al reforzamiento del Estado y de los aparatos de represión y a la fusión del partido con éstos y el Estado, pero también del atraso cultural y técnico relativo de esos países y, en los otros, de la imposibilidad de controlar desde la fábrica el abastecimiento, la financiación y la comercialización de los productos y de la necesidad de extender la autogestión a por los menos toda una rama o una región importantes.

El programa del primer congreso de Solidaridad, en 1981, ponía como centro el socialismo y la autogestión e incluso encaraba la constitución de una Cámara de la Autogestión paralela a la Dieta capaz de controlar a esta, pero veía a la autogestión como una suma de procesos fragmentados, locales, sin lazos estrechos con la autogestión social del territorio y con un plan de autogestión generalizado en escala nacional. La facilidad con que Lech Walesa y sus asesores de 1980-1981 pasaron hoy a la aplicación salvaje de la política del FMI, con el asesoramiento de quienes hambreadon a Bolivia, tiene en parte sus bases en los límites de esa concepción de la autogestión y en el hecho, también, de que la autogestión generalizada habría hecho imposible el compromiso — como se hizo en Polonia — con la *nomenklatura* y con la URSS y la dependencia de los capitales externos y habría llevado a chocar con los nuevos ricos, desarrollados ya desde los años setenta, y con los intereses y el control de la Iglesia.

4. EL SOCIALISMO ES POSIBLE Y NECESARIO

Los argumentos contra el socialismo son de diverso tipo: sería imposible porque no se habría realizado en ninguna parte del mundo; socialismo significaría sumisión al poder totalitario del Estado, a su vez controlado por una burocracia, casta o clase reaccionaria; la planificación es imposible por razones técnicas, dada la complejidad de la producción y requiere conocimientos que superan a los de los técnicos; el socialismo sería el contrario de la democracia, del pluralismo político e ideológico y de la libre circulación de las ideas...

Algunos de estos argumentos parten de una visión absoluta y absolutista del capitalismo, como principio y fin de la historia. La república burguesa fue una utopía hasta Cromwell y después hasta la revolución en Estados Unidos y la revolución francesa; se convirtió en un espantajo después de los jacobinos y el terror, pero terminó por imperar en las Américas y en Europa en el siglo pasado y comienzos de éste. Por otra parte, no sólo el partido bolchevique conocía el libre

juego de las tendencias y Lenin muchas veces quedaba en minoría, sino que también reconoció (aunque, a decir verdad, no de inmediato) los soviets ya en 1905, aunque de ellos estaba prácticamente ausente. El pluralismo político e ideológico y la existencia de diversos partidos fue una realidad durante la revolución de febrero de 1917 y hasta los comienzos de la guerra civil, en 1918, y los bolcheviques jamás defendieron la teoría del partido único, formaron coaliciones de gobierno con los socialistas revolucionarios de izquierda apoyados por los mencheviques internacionalistas y rechazaron la identificación entre partido y Estado. Stalin y el stalinismo enterraron en realidad, junto con la democracia soviética, el bolchevismo y los bolcheviques.

Otros argumentos, en cambio, son más serios. Siendo las revoluciones procesos espontáneos y nacionales y puesto que la gente las hace a pesar suyo, forzada por las circunstancias, y con una conciencia escasa del resultado de sus acciones, el cual no depende de la voluntad de los revolucionarios sino de las posibilidades históricas concretas, no hay ninguna garantía contra la degeneración burocrática de los procesos revolucionarios socialistas. Es más, cuanto más pobre, atrasado o destruido sea un país en revolución, más peso tendrá la delegación del poder de las masas a los dirigentes, más posibilidades habrá de una burocracia funcional, con poderes amplísimos derivantes de la falta de control, y más durará esa burocracia "socialista" que se convertirá rápidamente en un aparato conservador de sus privilegios, antisocialista y antidemocrático.

Pero las revoluciones, como los partos, obedecen a ritmos y leyes independientes de la voluntad. Se producen porque no hay otra salida, o porque la alternativa es peor, no porque sean deseables. Se producen como respuesta a enormes y trágicos desastres, guerras, grandes crisis económicas destructivas y angustiosas. Y en esas condiciones, que en la mayor parte de los países del mundo posiblemente imperarán en el próximo periodo, el funcionamiento "normal" de la república democrática parlamentaria desaparece, se esfuma, llevado por la tormenta porque las clases dominantes son siempre causantes de los desastres, porque su aparato de Estado pierde repentinamente el consenso, porque los parlamentos, hace rato, han dejado de decidir e incluso de conocer los problemas reales.

Ya hemos dicho también que la planificación no puede ser obra de los tecnócratas limitados e ignorantes ni de grandes aparatos estatales centralizados sino de los productores mismos, democráticamente organizados en una red que parte de sus respectivos territorios y se extiende desde allí a toda la nación. Existen los medios técnicos para conocer al instante las modificaciones en la producción y para poder tomar decisiones, pues la gente común no es menos inteligente que los gerentes de los grandes *trusts* o que sus políticos y abogados, sentados detrás de los aparatos fax y de los télex desde los cuales provocan las grandes crisis.

Además, una condición actualmente favorable al socialismo es que en la mayoría de los países del mundo la gente común no conoce las nefastas consecuencias del "socialismo real" sino las del capitalismo real, que las condena a la miseria, la opresión, la muerte. Hay también una ruptura generacional entre el mundo de este decenio y el que conoció todavía al stalinismo en toda su potencia maligna.

Y el desarrollo mismo del capitalismo a escala mundial generaliza elementos de cultura, rapidez de información, elementos de socialización en una escala mucho mayor que en el pasado, a pesar de que aumenta el número absoluto de alfabetos y desposeídos, de marginales y desocupados.

Las trágicas consecuencias de una extensión mundial del capital, con guerras salvajes en los países del llamado sur del mundo y la anulación de conquistas históricas en los países de desarrollo medio o, incluso, en los metropolitanos, crearán nuevas crisis, nuevos movimientos de masas, sin el control de los aparatos "socialistas", al margen de éstos. Surgirán de allí nuevas solidaridades de clase e internacionalistas y la defensa de las adquisiciones éticas de nuestra civilización —la fraternidad, la igualdad de los hombres cualquiera sea su raza, el repudio de la violencia bélica— que el capitalismo intenta anular.

Toda revolución se hace tanto para conservar el pasado en peligro como cambiar un régimen insoportable: las destrucciones humanas y materiales, así como el aniquilamiento de las bases ambientales para una sociedad civilizada, humana, provocarán sin duda reacciones masivas y explosivas, a menos que los hombres se resignen a ser esclavos y la civilización desaparezca.

El keynesianismo, base de la capacidad de la socialdemocracia de canalizar el descontento social en los países industrializados, ha sido abandonado precisamente cuando entramos en una situación semejante a la del siglo XIX, pero con un mundo altamente tecnificado y unificado por menos de 200 empresas, mundo cuya comprensión reclama una interpretación y una salida global. La democracia es hoy un bien con gran demanda y escasa oferta y su simple promesa no cumplida hace recordar siempre la lejana edad de oro no capitalista y requiere buscar la realización de la utopía socialista. No son los socialistas quienes trabajan sobre todo para el socialismo sino el viejo topo, que cava galerías sinuosas y largas, imprevisibles, pero eficaces.

Sin embargo, como lo demuestra el fin inglorioso del PCI, cuya política hizo posible el caso Gladio, la reconstrucción de un núcleo socialista en cada país y de un programa socialista sólo podría hacerse combinando las acciones concretas que responden a los intereses inmediatos de los trabajadores, la acción contra la guerra en el Golfo Pérsico, por la defensa de Cuba, de las organizaciones de masas de Nicaragua, de la democracia en todo el mundo, con el estudio de los cambios políticos y sociales introducidos por el capitalismo de hoy en cada país y en el planeta.

La parálisis teórica del PCI y la mera discusión sobre el nombre que en enero deberá tener un partido hoy paralizado ante las luchas sociales y ante la perspectiva de la guerra y que coincide en mantener una política social democrática y una estructura antidemocrática y stalinista, discutiendo sólo si debe seguir siendo un partido socialdemócrata clásico, con relaciones con los sindicatos (Ingrao y el No a la propuesta de la secretaria), o un partido a la PSOE liberal-democrático, un mero grupo de opinión integrado en el Estado (quizá por el intercambio de una fusión con el PSI), como plantea el actual secretario general comunista Achille Occhetto, no podrá llevar a la constitución de un fuerte núcleo socialista en Italia. Es

muy probable, por el contrario, que sean pocos los que romperán con ese partido que los ha deformado y desmoralizado y muchos más, cientos de miles más, los que se retirarán en lo inmediato de la política.

Pero el derrumbe del stalinismo y de sus grandes partidos europeos, si bien en lo inmediato deja las manos libres a la reacción, al imperialismo, para avanzar contra las relaciones de fuerza que tanto la URSS como los grandes partidos comunistas preservaban en parte por intereses propios y a pesar de su política conservadora y de coexistencia pacífica con el capital, a más largo plazo libran el campo de los escombros y eliminan todo equívoco respecto al socialismo. Como antes en 1917, los socialistas se encuentran hoy con que deben pensar en el socialismo sin ninguna referencia estatal, a no ser la breve de la Comuna de París y la casi igualmente breve de 1917-1918. Es poco, pero ese poco no impidió que los trabajadores rusos, como los parisinos, al comenzar este siglo también se lanzasen a tomar el cielo por asalto, conmoviendo al mundo.

“En el comienzo fue la acción”, corregía Marx las Escrituras, colocando sobre sus pies la relación entre teoría y práctica. Para construir un pensamiento, un Verbo, socialista, democrático, no hay otra vía que la de la oposición, alternativa, al capitalismo y a sus crisis y guerras imperialistas y un balance objetivo, frío, del stalinismo y de las responsabilidades de las llamadas “democracias”, tanto en el surgimiento de aquel como en el del nazifascismo. También, por supuesto, hay que ajustar cuentas con la visión jacobina del partido y de la revolución común a los bolcheviques (Lenin y Trotsky) y que favoreció la construcción del poder stalinista. Pero, en momentos en que la que es atacada es la idea misma del socialismo y en que muchos dan por despachado el marxismo, en bloque, lo primero es definir, *grosso modo*, de qué se habla. Creemos en la posibilidad y la necesidad de un socialismo democrático, autogestionario y de un partido no centralizado, pluralista para su vida interna y pluralista para la sociedad, federalista, autogestionario, libertario, en cuyo seno militen marxistas revolucionarios y revolucionarios cristianos o de otros orígenes. Sobre esa base, con espíritu científico, sentimos también la necesidad de un balance crítico de las limitaciones, errores, lagunas, de Marx, Lenin, Trotsky y no sólo del stalinismo, así como las del movimiento socialista mundial en este siglo tan dramático que aún nos reserva acontecimientos históricos decisivos.

Roma, 10 de noviembre 1990.

Crisis del Partido Comunista Italiano e internacionalismo

Enzo Santarelli*

1. Poco después de la liberación de Roma, cuando la guerra no había terminado todavía, el escritor Alberto Moravia publicó un pequeño ensayo intitulado *La esperanza, a saber cristianismo y comunismo*. En realidad, aun cuando salió a la luz en 1944, el folleto de Moravia se remonta a finales de 1942 cuando la batalla de Stalingrado y la guerra no se habían decidido. Ese texto es aún muy sugestivo. A este intelectual que era antifascista los hombres le parecían movidos y, particularmente, sostenidos por una “desesperación disfrazada de esperanza” o por una “esperanza portadora de vida”, que en la historia había asumido y habría revestido primeramente la forma del cristianismo y después la del comunismo; y, en este caso y con esta visión del “destino de los hombres”, le interesaba, como buen laico, y de manera particular, el aspecto psicológico.

Es en vista de esta esperanza, de esta ciudad terrenal, que, después de haber renunciado a la propiedad y a todas sus dependencias, los comunistas de todo el mundo luchan y combaten, sufren y mueren; es también en función de esta ciudad terrenal tan libre, de esta esperanza de eterna libertad, que soportan y aceptan [...] las infinitas limitaciones a la personalidad y a la contingente e inmediata libertad que hacen que el comunismo sea en la práctica muy similar al cristianismo y el partido comunista a la Iglesia.

En un encuentro internacional que se propone discutir el socialismo en los umbrales del siglo XXI, será oportuno detenerse al menos un poco en “el caso italiano”, representado en esta segunda mitad del siglo XX por algunas peculiaridades, sin duda relevantes aun para el contexto, de cierta manera análogo, de Europa Occidental.

Primeramente, en Italia –al igual que en Francia hasta la mitad de los años setenta– las esperanzas del movimiento obrero y socialista se concentran en primer lugar en el partido comunista, que detenta el primado numérico en la representación de las fuerzas de izquierda. La segunda peculiaridad está dada por un contexto histórico en cierta manera de excepción: “Italia tiene al Papa” decía Antonio Labriola (y sobre sus huellas, Antonio Gramsci). De cualquier modo se trata de un terreno de fuerte confrontación, aún en el tiempo del Papa Wojtyla, con los cristianos, con su religiosidad moldeada en el catolicismo y su organización confesional y política. Y de una encrucijada cultural de gran esplendor. La tercera particularidad que nos interesa aquí, consiste en la amplia resonancia que el movi-

* Traducción de José Manuel Juárez Nuñez.

miento obrero y los ideales socialistas han tenido, desde los primeros tiempos de la Primera Internacional y de la Comuna de París, entre los intelectuales y por tanto en las clases medias, y en el campo entre los campesinos, distinguiéndose de otras realidades nacionales. Antes de entrar en lo candente del tema, conviene recordar, como un último rasgo distintivo, muy reciente y aún bajo examen, la propuesta de autodisolución del PCI, como máxima fuerza de la izquierda italiana, en “un partido democrático de la izquierda”. Tratándose del más fuerte de los partidos comunistas de Occidente, que ha dominado el campo durante casi medio siglo, desde la obra de Togliatti constituida por tantos textos, hasta nuestros días, se puede tomar esto como punto de partida para un análisis que se propone por un lado distinguir las correlaciones que se dan entre la caída de la idea de la revolución (o sea de una radical transformación de las estructuras sociales) en Europa de posguerra y los mecanismos de crisis del socialismo-comunismo italiano; por el otro lado se propone examinar nuevamente de manera selectiva, bajo un perfil histórico, la experiencia política e ideal de la segunda mitad del siglo XX.

2. La reconstrucción de la línea política seguida o perseguida por el PCI desde los años cuarenta hasta los ochenta presenta, a título de hipótesis, algunos nudos de mayor realce: la cuestión de la transformación estructural de la vieja sociedad; las interrelaciones (desfases y condicionamientos) con el ciclo de las revoluciones y de los movimientos de liberación a escala internacional; la relación dialéctica del “partido nuevo”, su realidad y la conciencia colectiva del movimiento real de las masas con la restauración y el desarrollo del capitalismo, su aparato de seguridad y de alianzas incluso internacionales, de una parte; y con la esfera de los países y de los movimientos socialistas y antimperialistas, por la otra. Por todos estos aspectos nos limitamos únicamente a algunas hipótesis indicativas y esquemáticas.

En primer lugar, con gran realismo político, y sin costos ni excesivas respuestas negativas, en la transición del fascismo a la república democrática el PCI logra realizar una profunda y extensa penetración de las masas en el ambiente nacional. La resistencia es vista por amplios sectores populares y por la misma vanguardia comunista y de izquierda como el prólogo de una transformación si no revolucionaria, ciertamente radical de las relaciones sociales y políticas; por otra parte “el partido nuevo” contribuye a la superación (gradual) y a la reconversión de los residuos de aquella “actitud subversiva” propia de la vieja sociedad italiana, componente no secundario del antifascismo popular, que hubiese podido provocar algunas desbandadas con efectos contraproducentes. La esperanza de la revolución es pospuesta, ya que por un lado se agudiza, pero por el otro lado se desvía hacia expectativas externas.

La Rusia victoriosa de Stalin, como secuencia de tiempo de movimientos y guerras de liberación, hasta Vietnam, en parte es absorbida por las luchas por la tierra y por el trabajo, que acosan a la burguesía y actúan en el interior de los aparatos productivos, reivindicando algunas “reformas de estructura”. La vía, *grosso modo*, es la de la conquista de los poderes públicos, y de hecho el movimiento socialcomunista se instala ampliamente en las ciudades y regiones del centro de Ita-

lia y en menor medida del Valle del Po, desarrollando y repitiendo las jugadas del socialismo prefascista.

Por el contrario, a cambio del enraizamiento en el país y de una (limitada) legitimación política, la mayor parte de la izquierda de clase, socialistas y comunistas, una fuerza equivalente a la de la democracia cristiana, ha aceptado en sustancia “la continuidad del Estado”. La Asamblea Constituyente no tendrá de hecho el poder de abrogar la legislación fascista, y si la república se “fundará sobre el trabajo”, los postulados de igualdad social son inscritos únicamente en las declaraciones de principios. Hasta el edificio constitucional, en sus partes más innovadoras (consejos y administraciones regionales) será completado, formalmente, a principios de los años setenta cuando ya es demasiado tarde. En el transcurso de la guerra fría se ponen las bases del predominio político de la democracia cristiana, que se opone a la avanzada del movimiento obrero y socialista; en 1953 y en 1960, en varias formas, la iniciativa y la lucha desde abajo de socialistas y comunistas contribuyen a mantener abierta o a reabrir la vía de la democracia, pero el horizonte y la perspectiva de sembrar en el país los primeros gérmenes del socialismo se aleja. Es todavía más grave el hecho que bajo las alas del Pacto del Atlántico se injerte en los aparatos de la administración una red oculta tanto civil como militar, que encubre los servicios secretos y a la larga configura un “doble Estado” haciéndose cargo de la estabilidad social e internacional del país en su conjunto.

Es indudable que en los años de la “guerra fría” una fracción del PCI miraba a la Unión Soviética, casi como reemplazo de la esperanza de una revuelta social, que se alejaba (un dicho popular, un tanto irónico y un tanto bonachón corría por entonces en boca de muchos dentro y fuera del partido: “ha de venir Baffone”, en este dicho Baffone representaba a Stalin). Pero a través de los acontecimientos de aquellos años, desde el atentado a Togliatti en 1948 a la separación de Pietro Secchia del corazón de la organización, en 1954 el “partido nuevo” se configuró como una gran fuerza nacional y popular situada en primera fila para la defensa de la república y para la ejecución del mandato constitucional. Sin embargo, en el contexto del “doble Estado”, la *conventio ad escludendum* respecto a los comunistas, bloqueó por la izquierda el desarrollo de la democracia y contribuyó en medida notable al continuismo de la DC en el poder. Desde este terreno de lucha se traen las raíces lejanas de lo que posteriormente se llamó “un bloque de la democracia” representativa en Italia, y de su sistema político. Ni la subida al gobierno del PSI en 1963 al precio de una escisión, logró superar estas condiciones establecidas, la dialéctica entre democracia y socialismo fue distorsionada desde el inicio.

El movimiento del 1968, en su complejidad social representa un recodo en la cuestión del socialismo y comunismo en Italia, se subraya la conexión del movimiento de los estudiantes con la venganza de los obreros del “otoño caliente” de 1969; pero también, en contraste, el nexo dialéctico con “la represión de Estado” del 12 de diciembre, inicio de la “estrategia de la tensión” que habría dejado una gran sombra moral y una huella sangrante sobre los años sucesivos, hasta el delito Moro y más allá. Por otra parte, la ola de protestas sociales del 68-69 –mientras se

empalmaban a los movimientos y submovimientos del tercer mundo, Vietnam, China, el mito del "Che"— se levantaba lentamente desde la crítica a las reformas no cumplidas del centro izquierda y a su incompetente cuadro, hasta la recuperación gradual de la unidad de acción y de la combatividad de los trabajadores en los primeros años de la década de los sesenta. Italia había llegado a ser, entre tanto, una sociedad fuerte y profusamente industrializada, especialmente en el centro-norte; el sector terciario se extendía notablemente; mediante fuertes flujos migratorios y una urbanización intensiva se cambiaban las costumbres y la sociedad civil se reforzaba. En estas particulares condiciones la pujanza del movimiento estudiantil y del movimiento obrero, que se regeneraba en las fábricas y en la unidad sindical, se prolongó mucho tiempo más y en una dimensión "popular" más acentuada que en otros países.

Este fue el acto del nacimiento de una "nueva izquierda", considerado con molestia por la historiografía de los partidos, y que ha dejado huellas riquísimas (aun antes del 68, pero mucho más abundante, variada y difundida de inmediato) en la publicidad y en la prensa periódica. La onda larga del 68 —por primera vez en la "batalla de las ideas", en las fábricas y en las calles el PCI ya no se encontró solo en la izquierda, mientras a la derecha los lazos con el socialismo se debilitaron mucho por las diversas posiciones de éstos en el gobierno y en las administraciones locales— se hace sentir durante más o menos una década, condicionando a los partidos, a los sindicatos y contrastando, hacia el final, con la política de "solidaridad nacional" instaurada por el PCI con el ingreso en la mayoría parlamentaria (1976-1979). Al terrorismo de derecha que se manifestó en una década a través de numerosas matanzas (1969, Milán; 1970, Gioia Tauro; 1974, Brescia; 1980 Boloña) en los primeros años de los setenta, responde y corresponde (esquematisando) un terrorismo de izquierda. El *culmen* de las luchas de emancipación social que nacen del 68 obrero y estudiantil se alcanza en 1971-1972, pero el crecimiento de la violencia endémica y del terrorismo organizado constituyen una señal dramática del rápido declinar de todo un periodo ascendente de movilizaciones populares. Serán las brigadas rojas (con infiltraciones y condicionamientos activos y pasivos del "doble Estado") las que matarán a Aldo Moro, presidente de la DC, que proponía al partido en el poder un "tercer tiempo" además de las vallas y los límites del centro-izquierda, insistiendo en una "estrategia de la atención" respecto del PCI.

3. En el examen de las raíces de la crisis de la perspectiva socialista en Italia, dos momentos estrechamente ligados a la cultura política de las bases del movimiento popular revisten una particular importancia. En un primer momento, en el periodo que transcurre bajo el nombre de "reconstrucción", los dos partidos que se inspiran en el socialismo reflejan las expectativas y el empuje que viene desde la base de estratos sociales bien determinados. A través de la resistencia y de las luchas de la posguerra, los trabajadores, las mujeres y los jóvenes se mueven en un terreno "de clase", que frecuentemente se confunde con algunos sentimientos comunitarios, de iniciativa y acción contra la miseria. Permanecen como testimonio el injerto de los motivos políticos contemporáneos sobre las antiguas tradiciones, de

los cantos y de las fiestas populares; pero también la presencia de un “populismo” ideológico, del cual son portadores todo un estrato de literatos, artistas, organizadores de cultura y propagandistas políticos.

La “esperanza” (del socialismo, del ascenso social) atraviesa esta fase y expresa la aspiración colectiva de los estratos menos calificados de los obreros de las fábricas, de jornaleros agrícolas, de trabajadoras, artesanos, campesinos en una sociedad y en una cultura todavía atravesada por fuertes venas de tipo “rural”. Ahí hay también un proceso de ósmosis con la religiosidad y las motivaciones éticas y políticas del asociacionismo católico, que también se enraiza en el país en los mismos años de la “reconstrucción”.

El ambiente social y cultural del 68 se presenta radicalmente distinto. Sin embargo, no escapa a la influencia que ejercieron sobre los movimientos estudiantiles y en parte también sobre el movimiento obrero, los rasgos del espontaneísmo (y con éste el voluntarismo) y de un cierto anarquismo de fondo, recurrente en algunos pasajes esenciales y en los orígenes del movimiento socialista de la península. En las motivaciones y en la composición social prevalece ahora un ancho estrato de estudiantes –el estudiante masivo que caracteriza por primera vez a las universidades italianas y su vida de estudios tan rica de incomodidades, en la transición de cincuenta mil alumnos antes de la guerra a cerca de quinientos mil– en cierta manera representativo de nuevas y más delineadas e inquietas capas intelectuales de la pequeña y mediana burguesía. Al margen y alguna vez en el centro del otoño caliente y de las luchas que se siguieron –hasta la instalación de los consejos obreros y de los delegados de fábrica– se ubican núcleos consistentes de inmigrados del *mezzogiorno*, especialmente jóvenes, transformados en poco tiempo en obreros de fábrica dispuestos a arriesgarse y a la lucha, a los primeros impulsos asociativos. El movimiento de base se enriquece finalmente con elementos y componentes de lo más diverso: un filón católico cristiano, de inspiración ya sea conciliar o diversamente comunitario; otro filón feminista y neofeminista, que tendrá un largo espacio en las décadas sucesivas; es una reanudación del movimiento libertario y laico radicalizante.

La crítica (y competencia) de izquierda caracteriza entonces los movimientos sociales y culturales del 68, que son aún expresión de la renovación acaecida en la sociedad; el punto de partida es el partido comunista, como partido de oposición desde hace más de veinte años, conducido ahora por Berlinguer al “compromiso histórico” y a un diálogo cercano con la DC –y por ciertos aspectos, más cercano al poder. Es cansado estar a la par con la evolución y reproducción de clases medias, con el desarrollo urbano y las jóvenes generaciones, con el mismo desarrollo del proletariado más moderno, y con las posiciones y la elaboración de los movimientos de la izquierda social y de la extrema izquierda. También aquí –si bien el intento hasta ahora no se ha hecho más que al nivel de clasificación bibliográfica y de recolección de archivos– la cosecha de testimonios sobre el surgimiento de una nueva izquierda que pone en crisis a la “izquierda institucional” de los partidos, es abundante y elocuente.

Mientras que la época de la guerra fría se distingue por la “transformación progresiva del canto popular tradicional”, en la época abierta por el 68 los cantos de los estudiantes que encuentran resonancia también en el medio obrero son casi siempre de autores determinados. La confrontación entre estas dos épocas nos da el sentido del tiempo transcurrido, del surgimiento de una diferente psicología de masas, del devenir de la conciencia colectiva de los movimientos y de la inminente concentración de una crisis profunda del imaginario y en la idealidad socialista. En los primeros años de la posguerra sea desde las clases subalternas del campo (del norte y del sur) o bien desde las fábricas emergen cantos de esperanza que se ligan a la epopeya gloriosa de la resistencia, a toda una tradición de tipo nacional y a formas populares de mesianismo revolucionario, tal y como se habían expresado en los primeros años de la posguerra en el famoso canto *Bandera Roja*.

En 1948, después de la derrota del frente democrático popular en las elecciones del 18 de abril por un episodio de lucha sindical los mondadores cantan:

tres años de galeras son de paso,
tres años de galeras son de paso,
haremos como en el país lejano lejano,
donde está la bella Rusia y el pan lo dan.

De una lucha de fábrica, la de la “Reggiane”, en Emilia, nace contaminándose del espíritu libertario y de resistencia, la canción *Hijos de la fábrica*.

Nosotros somos garibaldinos
portamos la estrella roja
y unidos por Italia
vamos por la revancha.

El último alimento de la epopeya popular viene del 68, y en las estrofas cantadas ante los foros estudiantiles resuena y revive el internacionalismo, y al mismo tiempo se libera —en una relación completamente nueva entre “público” y “privado”— una profunda desesperación. Pino Masi, en particular canta la *Hora del fusil*:

Todo el mundo está estallando
en Vietnam se hace la historia
América Latina está combatiendo
y Cuba ha mostrado
el camino de la victoria;
en todo el mundo los pueblos
adquieren conciencia
y bajan a las plazas
con una violencia justa, por tanto...
que más quieres, compañero, para entender
que ha sonado la hora del fusil.

Muy pronto, y no sólo en esta rivera (la experiencia del 68 juvenil y estudiantil es larga y extensamente sintomática), se instala la hora de la amargura y de la desi-

lución. Las palabras de *Parece ayer*, también del mismo cantautor, ocultan la futura crisis de la perspectiva socialista, aun en Italia, y un parteaguas de la época:

Ya no es el 68, lo sé, pero con mayor razón
se nos impone al menos a nosotros vivir como
compañeros
o cuando lleguemos tal vez un día al poder
yo no se si sabremos ver al socialismo.

En definitiva, en el transcurso de los años setenta, el PCI se cruza con nuevos sujetos emergidos de la escena social, pero no logra darles un rol y una salida política adecuada, ni imponerles su propia hegemonía más articulada. Partidos y movimientos se yuxtaponen. A mediados de los años setenta la efervescencia electoral (bajo la ola de la renovación de la sociedad civil y de los referendos sobre el divorcio y el aborto) esconde la inminente crisis política.

La misma avanzada de la izquierda en numerosas ciudades y regiones del centro-norte en la elecciones administrativas de 1975, sobrecarga al PC de responsabilidades poco sostenibles, alimenta un optimismo injustificado y se disuelve negativamente en 1985. El PSI, que en los años del centro izquierda había adelgazado sus posiciones, después de la muerte de Nenni y con la gestión de Craxi detiene las pérdidas electorales y pone en marcha una nueva táctica: la de la "renta de posición", adecuada a un partido fiel-de-la-balanza, que mira a la expansión y a la recuperación ligado a la gestión del poder y muy crítico respecto del PCI. La presidencia del consejo confiada a Craxi mete en serias dificultades a la dirigencia del PCI, lo obliga a jugar de saque (servicio en el tenis)* y crea en los cuadros dirigentes y en los militantes un malestar en la lucha política cotidiana.

Finalmente en los ochenta, las dificultades se acentúan y se manifiestan plenamente mientras la iniciativa tiende a limitarse a las relaciones entre los partidos y se agota más en el tacticismo que en la táctica. Con la derrota de los obreros padecida en la Fiat (1980) y en el referendun sobre la escala móvil salarial se abren unas tijeras entre el partido y el sindicato de clase, y los militantes se encuentran desorientados en las elecciones más elementales.

El estado de emergencia en Polonia es vivido por el PCI como un trauma prologado y la primera respuesta relativa al agotamiento del empuje propulsor de 1917 (proclamada por Berlinguer valerosamente pero de manera impropia) es percibida como un "desgarramiento" por el corazón interno del partido y por la gran prensa. Están en discusión el viejo internacionalismo y las concesiones democráticas occidentales. Una operación semejante es puesta en marcha a finales del 89 por el nuevo secretario Occhetto que surge del movimientismo del 68 y apunta a los medios de comunicación. El camino invocado de urgencia bajo la emoción del muro de Berlín y del derrumbe de los exregímenes de democracia popular en los países de Europa centrorienta se presenta desde el inicio como un "acto irreversible" y sin apelación; la crisis del partido (y del comunismo en Occidente y en

* Aclaración del traductor.

todo el mundo) puede tener una sola salida –también si está mediado por un procedimiento enclavado en las “reglas del juego” entre los que sostienen el “no” y los que sostienen el “sí”: la extinción del partido. Cerca de la tercera parte de los votos de los congresistas responden por lo demás con un movimiento y un proyecto de “refundación comunista”.

4. La experiencia del PCI y del movimiento obrero y socialista en Italia se presta a varias consideraciones.

En esta breve reflexión conclusiva, realmente muy esquemática, se puede partir de dos interrogantes centrales desde nuestro punto de vista. ¿En qué medida la relación táctica-estrategia fundada y exitosa bajo la guía de Togliatti (1944-1964), descomponiéndose y complicándose en las fases sucesivas, se sitúa en el origen de la crisis de los años setenta y ochenta? y ¿en qué medida, más allá de los componentes autóctonos, en el fondo permanece por largo tiempo la crisis de las relaciones con el movimiento socialista y comunista que aún queda –considerando al internacionalismo como un elemento esencial y peculiar del socialismo– ha influido en los grupos dirigentes y en la base del partido empujándolos hasta sus últimas consecuencias?

En otras palabras, aquí entran en confrontación –confrontación dialéctica– la evolución autóctona de un partido excluido del gobierno, partido de masas, y la evolución del contexto internacional. El PCI en Europa, desde la mitad de los años setenta se da cuenta de que tiene un flanco descubierto, como consecuencia a la flexión del PCF que termina por inclinar definitivamente las relaciones de fuerza a favor de la Internacional Socialista. Una vez agotado el ímpetu combativo y propositivo de los movimientos y submovimientos del tercer mundo (la última revolución, la de Cuba en 1959-1960, últimas victorias sobre el imperialismo colonial en torno del 75) se advertirá con todo su peso el vacío de presencia de una auténtica organización internacionalista. La disolución formal en 1943 de la Tercera Internacional cuyas carencias se remontaban ciertamente mucho más atrás, había dejado una huella profunda en los cuadros y en las masas, privilegiando claramente la esfera de los Estados y de los gobiernos, que de esta manera asumían un valor mítico y jerárquico, por encima de los mismos partidos. Al socialismo de Estado le correspondía una especie de internacionalismo de Estado. Cuando interviene la crisis de las relaciones entre la Unión Soviética y la República Popular China, y la crisis del modelo soviético en la sucesión de Stalin a Jrushov y de éste a Brezhnev, también los partidos comunistas occidentales y su ideología y estrategia entran potencialmente en crisis.

En este punto surgen otros interrogantes conectados a los análisis de las experiencias históricas y correlativas a la perspectiva del conjunto del movimiento socialista (en sentido lato) a escala internacional. En primer lugar se trata de la relación entre comunistas y socialistas a escala mundial. Entre las diversas hipótesis dos parecen particularmente sugestivas e inquietantes. De un lado la separación de las experiencias colectivas del movimiento internacional parece corresponder a una expansión (y mayor articulación) de los movimientos de base del socialismo

—del movimiento obrero, de la protesta y de los empujes de las masas a escala mundial. Por el otro lado, ¿hasta qué punto las líneas de división y las disputas más antiguas (y de origen) de la izquierda obrera entre las diversas escuelas de pensamiento, sobre los grandes temas de la autoridad y de la libertad (desde Marx a Bakunin) y de las reformas/revoluciones (desde la Comuna de París hasta la Segunda Internacional) que han contrapuesto y desgarrado a los partidos que se reclaman de la perspectiva comunista y/o socialista, continúan siendo el epicentro histórico de las revoluciones industriales y democráticas y de las tres Internacionales?

Profundizando en las cuestiones así bosquejadas, toma relevancia la exigencia de los análisis de la estructura y de la dinámica del mundo contemporáneo, exigencia prioritaria desde todo punto de vista, pues el punto de vista de la observación y recolección de los datos empíricos, como el que mira a las interpretaciones y elaboraciones teóricas, a las cuales un marxismo no vulgar —es decir abierto a las nuevas ciencias— puede muy bien proveer y responder, ha sido dejado de lado demasiado tiempo.

En el terreno políticosocial e ideal se proyecta en cambio el problema de la reconstrucción y de la reconstitución del internacionalismo como una tarea a largo plazo. El examen del “caso italiano” revela de hecho, cuando menos, cuánto había contado en la práctica el desfase permanente entre el marco interno y el internacional.

El último punto que queremos tratar aquí hace alusión al problema de la paz, que también es connatural a las instancias y a los sentimientos, a las expectativas más profundas y válidas del socialismo. En la época contemporánea —como lo demuestra la crisis del Golfo Pérsico, que también en Italia ha dividido y divide a los mismos comunistas en crisis— el problema de la paz, aun cuando ha impregnado las vicisitudes ideales y políticas del movimiento obrero y socialista, representa una incontenible y desbordante preocupación con el pasar de las armas convencionales a las nucleares. Pero el discurso sobre la paz se complica ulteriormente, el día de hoy, con el fin de la guerra fría, con el tema crucial del “uso de la fuerza” (que nunca es neutral) por parte de la ONU y con los proyectos ventilados acerca de “un gobierno mundial”, en donde el péndulo oscila de manera dramática entre la diplomacia de los gobiernos con sus intereses creados y los sentimientos de justicia e igualdad de los pueblos, diseñados y expresados “a la medida del hombre”, reviste una gran y ejemplar actualidad. Esto es así porque constituye un indicador de toda una serie de “nuevos” problemas globales que se plantean frente a la idealización socialista requiriendo un esfuerzo de elaboración y de innovación práctica, tanto a nivel de asociación como político.

La experiencia histórica recabada del movimiento obrero y socialista en Italia no es obviamente la única a discutir y tomar en consideración, pero puede ser vista como un síntoma de una realidad más compleja y, tal vez, como un estímulo para logros inéditos y necesarios. Las fuerzas no faltan, con tal de que la discusión se prosiga hasta el fondo, fuera de toda diplomacia partidista contingente. Como quiera que sea ha sido un error —tanto en el plano nacional como en el internacional— el atribuir un papel privilegiado a la vía italiana hacia el socialismo o a las ela-

boraciones del pensamiento de Gramsci, teorizando en forma tan exclusiva la experiencia política del movimiento italiano. Todo esto ha llevado a una infravaloración (provincial y local, de manera típicamente intelectualista) del contexto internacional y de la problemática internacionalista. Ha implicado también, por otro camino, una visión excesivamente economicista o de alguna manera reduccionista de los problemas de la lucha política y de la perspectiva socialista en el interior del país.

Dicho esto no únicamente sobre la base de los acontecimientos más recientes en Italia, sino tomando en cuenta también toda una cantidad de datos convergentes del movimiento obrero y socialista –del pensamiento y de la praxis de este movimiento– en una fase en la cual la crisis actual podría empujar hacia la reelaboración en lugares intelectuales separados de las masas, es bueno reafirmar –sin por ello caer en el pragmatismo o en el eclecticismo– que el movimiento obrero y las organizaciones de los trabajadores permanezcan como la red primaria para volver a fundar el socialismo y el internacionalismo. En una de las últimas entrevistas de Louis Althusser, observó –como una admonición al tiempo presente– que Marx y Engels elaboraron el *Manifiesto comunista* con fundamento en la experiencia y en las exigencias de una determinada asociación obrera. Desde aquí se puede y se debe partir, continuando e innovando la praxis y el pensamiento. Partidos, sindicatos, movimientos y luchas están en el centro de la crisis y estarán en el centro de la reestructuración y de la reconstitución.

La caída del socialismo real y sus repercusiones sobre la teoría marxista

Enrique de la Garza Toledo

INTRODUCCIÓN

La relación entre caída del socialismo real y teoría marxista ha provocado reacciones diversas: 1) La que diría que el marxismo como teoría sigue más firme que nunca y que incluso se purifica con la crisis del socialismo real, que si hay crisis teórica, en todo caso es de los marxistas pero no del marxismo. Ejemplos de esta posición son los que Shaft llama los comunistas “honoris causa” del tercer mundo, que más que socialistas son pobristas. Entre ellos la idea de marxismo como ética también es común. 2) Los que consideran que el marxismo ha muerto y que su prueba más palpable es el derrumbe del socialismo real y la disminución de la influencia de partidos y movimientos marxistas en el mundo. 3) Los que consideramos que sí hay una relación entre caída del socialismo real y teoría marxista, aunque ésta no sea lineal, ni anule por deducción al marxismo teórico en su conjunto. El objetivo de este ensayo es explorar desde el marxismo posibles relaciones entre el tipo de socialismo que ahora se descompone y aspectos importantes de la teoría marxista clásica.

Aceptar la crisis del socialismo real después de 1989 es tarea fácil. Muchos reconocen la relación entre crisis económica y planificación central en aquellas sociedades –no entraremos a la polémica entre socialistas planificadores y socialistas de mercado–, otros piensan que el autoritarismo político también tendría que ver en esa crisis. De una forma o de otra, los indicadores de la crisis están a la vista: caída brutal del Producto Interno Bruto, inflación, desempleo masivo, caída en la inversión, disminución de los servicios públicos, baja productividad, atraso tecnológico, desastrosa organización de la producción, privatizaciones, etcétera; todo esto junto a una crisis política observable a través del rechazo de la población a muchos de los partidos comunistas en las elecciones en el Este, la transformación de algunos de ellos en partidos socialdemócratas (“la venganza del renegado Kautsky”), la llegada al poder de gobiernos de derecha como en Alemania Oriental, el resurgimiento de movimientos nacionalistas de derecha, etcétera. Aunque el proceso de descomposición del socialismo real es muy complejo pocos se atreven todavía a pensar que se trata simplemente de un proceso de purificación del socialismo, salvo que todavía creamos que hay un devenir histórico necesario y que se dará, a pesar de todas las vicisitudes, la victoria al socialismo en estos países.

Aunque el análisis de la crisis del socialismo real es complejo, salta a la vista su situación de crisis. En cambio, la crisis del marxismo como teoría implicaría re-

flexionar, aunque sea brevemente lo que significa la crisis de un gran paradigma. Las conclusiones apresuradas acerca de la relación entre crisis del socialismo real-crisis del marxismo teórico obedecen más que al análisis, al sentimiento o a la propaganda.

El marxismo, como gran paradigma, es en parte una visión del mundo, también una teoría social y una metodología. Como visión del mundo, producto del pensamiento avanzado del siglo XIX, es heredero del iluminismo, con su idea de progreso, del dominio de la razón sobre el mundo, de combate al oscurantismo (idealismo sobre todo). En la preocupación de Marx por descubrir las leyes de la historia y darles un fundamento materialista está el combate a los restos de la escolástica y las doctrinas filosóficas idealistas de su tiempo, reforzadas durante el periodo de la restauración en Europa. También el pensamiento de Marx se inscribe dentro de un gran movimiento intelectual que venía del Renacimiento, vinculando al nacimiento y desarrollo de la ciencia moderna. De una forma o de otra el eje central de la visión marxista del mundo en el siglo XIX se ubicaba en la disputa materialismo-idealismo, problemática sin duda relevante para su época.

Un primer sentido de crisis de un paradigma es cuando su problemática central (por ejemplo la disputa materialismo-idealismo) deja de tener la misma pertinencia que cuando el paradigma surgió. Todavía más, la crisis también se puede presentar cuando la insistencia sobre aquel eje central impide que el paradigma identifique nuevas áreas problemáticas, o haga un uso crítico (recuperativo) de áreas a analizar, problemas o conceptos teóricos que provienen de otros paradigmas. Es el caso del marxismo dominante en el siglo XX: el énfasis sobre el materialismo con posición a defender ante idealismos diversos tuvo a la larga consecuencias muy graves para el marxismo: un gran descuido de lo que Marx llamó "la cara subjetiva del objeto", determinismos diversos, el descuido del desarrollo de una teoría marxista de la acción social, que quedó subsumida en leyes materialistas de la historia; la práctica clasificatoria, ante las teorías no marxistas como Engels del socialismo utópico, que impidió la recuperación de espacios de conocimiento (ejemplo clásico de esta forma de crítica no recuperadora fue la de Lenin en *Materialismo y Empiriocriticismo*: el interés de Lenin es demostrar que el positivismo de segunda generación era un idealismo, objetivo que consigue brillantemente; sin embargo, lo más relevante podría haber sido rescatar desde una concepción marxista problemas nuevos de la epistemología que los positivistas estaban tratando de resolver a su manera; reflexionando no a partir de Hegel sino de los avances más importantes de las ciencias naturales). Tendríamos que preguntarnos si la insistencia del marxismo dominante en la lucha contra el idealismo es tan pertinente a finales del siglo XX o si más importante es desarrollar aquello que las teorías idealistas según el mismo Marx habían conceptualizado con mayor detalle: esa cara subjetiva del objeto. Sin desarrollar este aspecto, la importancia que en el marxismo tiene la acción colectiva se ha visto sujeta a determinismos económicos o concepciones iluministas de los partidos sin tener propiamente una teoría de la acción, más allá de fórmulas generales ("la lucha de clases es el motor de la historia").

Una segunda manera de entender la crisis de un paradigma es por ineficiencia explicativa o predictiva de su teoría, y en cuanto al método, ineficiencia para

creación de conocimiento. En estos sentidos la definición de una crisis del marxismo es menos obvia y más compleja que la simple eficiencia científica. Primero, porque una teoría compleja como es el marxismo implica diversos niveles de discontinuidad:

1) La obra de Marx, como la de cualquier otro gran pensador, no es un simple sistema hipotético deductivo, cerrado semánticamente, en él hay grados diversos de maduración teórica e incluso contradicciones. Además, escribe su obra en un periodo largo de tiempo, y en ella puede haber rupturas reconstructivas de su pensamiento, y no ser con esto un sistema unificado en el sentido de una teoría estándar. En parte por ello, las teorías de Marx aceptan lecturas diversas: no pueden ser vistas como sistemas lógicos totalmente coherentes (la coherencia lógica rigurosa implicaría proposiciones vinculadas deductivamente), su pensamiento en movimiento fue siempre inacabado y en crítica de sí mismo.

2) El marxismo de Marx, como todo pensamiento, también estuvo históricamente determinado. Lo cual significa que definió sus problemas de acuerdo a polémicas o realidades importantes en su época, criticó reconstructivamente teorías existentes en su momento (por ejemplo, la economía política clásica), se impregnó de valores sociales de su época (la tradición del socialismo utópico criticado por Marx, la confianza en el progreso, en la ciencia).

3) La lectura de los marxistas posteriores a Marx acerca de su obra también es históricamente determinada: destacaron problemas diversos y se olvidaron de otros; para el marxismo todo esto acentuado porque nunca ha sido simple perspectiva intelectual, sino estructuras y movimientos políticos, y con ello se vio muchas veces opacado o exaltado desde el poder político. Los vínculos entre perspectiva intelectual y poder político en otros paradigmas, sin estar excluidos, no fueron tan directos como en el marxismo; todo esto complejizado por la concepción de que la política científica implicaba una concepción total, desde la filosofía hasta la táctica política concreta, basada en una doctrina unificada y avalada primero por el partido y posteriormente por los Estados socialistas. La simbiosis entre teoría marxista y poder político fue también un factor importante de deslegitimización y de exclusión de marxismos alternativos en determinadas coyunturas históricas (del luxemburguismo y del gramscismo en los años veinte, como ejemplos). En esta medida, la combinación entre posición política y lectura teórica de Marx generó una gran diversidad de marxismos históricos en el siglo XX. A estas alturas no tiene sentido preguntarse cuál era el "verdadero", en el sentido de ser fiel a las ideas de Marx, porque todos los marxismos que ha habido y los que pueda haber en el futuro serán marxismos históricos, hijos de la exégesis, pero también de su tiempo. Por esto, hablar de la crisis del marxismo como teoría no puede dejar de lado la existencia de marxismos históricos muy diversos e incluso contradictorios en aspectos básicos. Aunque también es cierto que no todos ellos han sido igualmente relevantes en el plano combinado de la visión del mundo y la influencia política. Sin duda que hubo uno de estos marxismos históricos que fue más relevante: el marxismo leninismo. ¿Fue el marxismo leninismo hijo legítimo de Marx? Sin duda, pero también lo fue de la especial lectura de los bolcheviques, en particular de Lenin, desde un país atrasado como lo era la Rusia zarista.

Es decir, los posibles vínculos entre crisis del socialismo real y teoría marxista no podrían plantearse en abstracto, en el sentido de lo que “verdaderamente pensó Marx”, sino de la posible o no línea genético-histórica (como génesis del pensamiento entre Marx-marxismo leninismo y socialismo real). Esto implica dejar fuera líneas genéticas marxistas diferentes, para las cuales pudieran no ser válidas las consideraciones de este ensayo. Esta forma de análisis vale también para el futuro del marxismo. En lugar de suponer que todos han traicionado a Marx y que se impone una nueva lectura de la obra clásica para redescubrir la verdadera esencia de este pensamiento, es mejor preguntarse cuál es el ángulo de lectura de Marx que es pertinente a finales de siglo XX: qué de la obra de Marx hay que destacar para el siglo XXI como alternativa anticapitalista.

En síntesis, la crisis de un paradigma no puede ser simplemente un problema lógico o de verificación, sino también de legitimidad y de la presentación histórico-concreta que ese paradigma sufrió ante la sociedad. Esta presentación en sociedad del marxismo en el siglo XX fue sobre todo la del marxismo leninismo; por él entenderemos no sólo la codificación que del marxismo hizo el stalinismo, sino su génesis en el bolchevismo. Nos preguntaremos también si esta línea, a través de una lectura particular, llega hasta el propio Marx.

1. EL SOCIALISMO REAL Y EL SOCIALISMO-COMUNISMO TEÓRICOS

La forma que adquirió la construcción de socialismo en la URSS no fue el resultado de la aplicación lineal de las ideas vagas de Marx sobre el socialismo y el comunismo, sino que influyeron también en forma importante las limitaciones económicas, políticas y sociales concretas de Rusia; y finalmente fue el resultado de una enconada lucha política dentro del bolchevismo en los años veinte. Esa lucha implicó interpretaciones diversas de Marx acerca del socialismo; una polémica enconada, con posiciones contrapuestas sobre aspectos centrales de la construcción de una nueva sociedad, con vencedores y vencidos en esta lucha. Ejemplos de esta polémica fueron las referentes al control obrero, a la planificación central, a la cultura y el Estado, al monopolismo, al socialismo en un sólo país, a la colectivización forzada, etcétera. Decir que las decisiones finalmente adoptadas fueron simplemente deducidas del pensamiento de Marx, o incluso del Lenin de antes de la revolución, es una simplificación inaceptable. Es ignorar la crudeza de la lucha interna entre los triunfadores de la revolución de octubre, y que fue una versión de socialismo real la que triunfó.

Algo de lo que triunfó fue la idea de que el socialismo implicaba la planificación central. Aspecto del socialismo real que ahora está en crisis y al que se atribuye buena parte de la culpa del desastre económico en los países del Este. Nos preguntaríamos si el concepto de planificación central pudo tener apoyo en la obra de Marx (el sentido de la pregunta no es si literalmente Marx concibió al socialismo como de planificación central, sino si la lectura stalinista de Marx iba más allá de la tradición centralizadora del zarismo y el autoritarismo stalinista, para el cual la planificación central se traducía en poder central). El socialismo para

Marx era una sociedad de transición, que combinaba una parte de lo antiguo junto a rasgos de lo nuevo: lo nuevo era, como tendencia, la conciliación entre necesidad y libertad, la eliminación del fetichismo de la mercancía, la superación de la prehistoria de la humanidad en la que los hombres eran objeto para las fuerzas materiales que desencadenaban y luego no podían controlar, era la eliminación de la ley del valor y de la explotación.

En el caos del mercado capitalista encontraba Marx una manera de expresar la causa de las crisis cíclicas, con su destrucción periódica de fuerzas productivas. Por ello no es gratuito el alegato de Ernest Mandel en contra del socialismo de mercado: la libre competencia entre empresas estatales o cooperativas reproduciría las calamidades económicas capitalistas y no sería un camino hacia la anulación de la ley del valor. Ciertamente que entre la crítica al mercado y la planificación central no hay una relación lógica necesaria, pero también es verdad que la planificación central (en un contexto como el soviético de los años veinte, en su sentido económico, político y cultural) era coherente con la idea marxista general de tránsito hacia la eliminación de la ley del valor. Ahora sabemos que no fue una solución aceptable. Pero, ¿qué faltaba en la teoría de Marx que hubiese impedido fundamentar a la planificación central como la alternativa viable de construcción del socialismo? Este problema teórico se completa con otra idea marxista muy aceptada por los bolcheviques acerca de que el socialismo implicaría la paulatina extinción del Estado, y que, según Engels, significaría ir acabando con las funciones políticas del Estado y reduciéndolas a "tareas puramente administrativas".

La crítica de Marx al mercado tenía fundamento y siguen siendo válidas. Las tendencias hacia el equilibrio general de los neoclásicos es pura abstracción modelítica y, en su momento, la emergencia del keynesianismo no fue gratuita ni política ni teóricamente, ante las hecatombes periódicas del capitalismo dejado a las libres fuerzas del mercado. En este nivel, el análisis marxista de la explotación, de la crisis, su teoría del valor siguen siendo válidos, aunque en un nivel de abstracción insuficiente ante los nuevos fenómenos económicos. Ni la transformación del trabajo, ni la tercera revolución tecnológica, ni la revolución organizacional, ni la globalización de la economía muestran que el análisis abstracto del capitalismo ha dejado de ser válido. Sin embargo, la idea de planificación como remedio al caos del mercado capitalista está en Marx sin detallar y tiene detrás una visión abstracta de ese mercado y una confianza en la ciencia con una capacidad de predicción en lo social que es difícil atribuir ahora.

La planificación central stalinista, como planificación extrema, fue intento de retomar a su manera aquella crítica de Marx al mercado y empieza a acabar con la crisis, con la teoría del valor, con el fetichismo, aunque todo esto se haya intentado autoritariamente.

Es decir, la crisis de la planificación central repercute sobre la teoría marxista clásica en dos aspectos, el primero como concepción general y el segundo en sentido teórico. En el aspecto general, es la crisis del cientificismo, la creencia en que la ciencia de la sociedad puede tener una capacidad de predicción total de los actos humanos. No se trata en contraposición de caer en un nuevo irracionalismo, si-

no reconocer que en lo social, la ciencia más que predecir puede intentar definir el campo para la acción viable de los sujetos voluntarios. Esta crítica y alternativa conduce a cuál marxismo reivindicar en estos momentos. No será el marxismo estructuralista, ni el determinista, ni el hegeliano del devenir necesario, sino el de Marx de las *Tesis sobre Feuerbach*: un marxismo que sin negar la cara objetiva del objeto se vuelva más interrogativo sobre la cara subjetiva de aquel. Se trata del marxismo que concibe a la historia como articulación no reductiva entre subjetividad y objetividad y a la historia como campo relativamente abierto a la acción de los sujetos voluntarios. Para un marxismo así no tendría sentido la planificación total, porque no es posible predictibilidad total; en cambio, junto a lo estructurado tendrían cabida lo imprevisible e incluso lo irracional. Ese problema de la predictibilidad no es fundamentalmente técnico (la disposición de una supercomputadora capaz de resolver un enorme número de ecuaciones simultáneas), se encuentra en la propia concepción de reducción de las acciones humanas a factores y a ecuaciones, siempre habrá un residuo grande o pequeño a cargo de conexiones no necesarias.

La negación de la predicibilidad total puede tener dos connotaciones, la superficial que la atribuiría al desconocimiento de conexiones y la profunda que hablaría de que el concepto de totalidad marxista tendría que ser también problematizado. En primer lugar, ya no es sostenible una idea de totalidad total, como articulación total del universo. Esta es una idea que es anacrónica, proviene de la concepción mecanista del mundo anterior Marx. ¿Por qué no problematizar la idea de totalidad con la de articulación parcial, de lo pertinente, abriendo la posibilidad de que este concepto acepte al de discontinuidad, la ruptura o la catástrofe? Además, ¿por qué no aceptar con la epistemología moderna la idea de articulación dura y laxa? De tal forma que totalidad de ser un concepto ontológico acerca de la realidad se vuelva otro de carácter metodológico en tanto estrategia de reconstrucción abierta a la realidad y no modelo de realidad.

En sentido teórico económico, la planificación central se conecta con la domesticación del mercado. Sigue siendo válido que el motor de la empresa privada es la ganancia y que sus técnicas de planificación no anulan las incertidumbres del mercado capitalista, y que tampoco han terminado las crisis cíclicas. Pero después del fracaso de la planificación central tendríamos que reconocer que desde el punto de vista técnico resulta abstracto pensar que una camisa planificadora al mercado resolvería las crisis, etcétera. La planificación central trajo, es bien sabido, la burocratización como fenómeno objetivo. Es decir, a la teoría económica marxista le falta continuar su avance hacia lo concreto, incluyendo niveles que en la época de Marx eran poco relevantes para explicar los comportamientos económicos. Uno de ellos, íntimamente relacionado con el fracaso de la planificación central, es el de la relación entre economía y estructuras organizacionales de las empresas y de los Estados. El espacio de los procesos organizacionales se relaciona con el de la economía y con el de la política tradicional, y surge con propiedad con la constitución de los grandes monopolios capitalistas a finales del siglo XIX y sobre todo en los Estados capitalistas keynesianos y sin duda en los socialistas. Se trata de un espacio que no siempre fue tan importante y al que una teoría sobre la

economía, si no quiere ser abstracta, tendría que incluir. Para el capitalismo, el reconocimiento de un espacio organizacional con conceptos propios y problemas particulares, articulado al de la acumulación del capital, implica el reconocimiento de que la relación entre capital constante y variable no produce automáticamente plusvalía, sino es por intermediación de un juego de poderes en las líneas de producción y en las estructuras superiores de mando. No se trata de suplantarse en este caso la teoría de la explotación por una sobre el poder en las organizaciones, sino de continuar la reconstrucción de *El capital* hacia los niveles organizacionales. La ausencia en Marx y en Lenin de una teoría de la organización articulada a la de la plusvalía fue un elemento que contribuyó a pensar a la *planificación* central como remedio al caos del mercado, sin comprender las grandes ineficiencias que por otro lado traería objetivamente la construcción de un enorme aparato de planificación central. Al respecto, las teorizaciones de Marx y de Lenin sobre las burocracias del Estado pueden ser valiosas, pero insuficientes ante la complejidad de las estructuras organizacionales de las empresas (no aparece el problema de las luchas por el poder al interior de las burocracias como fenómeno objetivo y que evidentemente no terminó con la desaparición de la clase burguesa). En este mismo sentido, es inaceptable la ingenua propuesta de Engels de creer que se puede separar política de administración, la que tiene detrás una idea también muy simplista acerca del poder. Es decir, con clase burguesa o no, la gestión burocrática administrativa genera fenómenos de poder que pueden trascender los niveles microorganizacionales y convertirse en problemas de poder a nivel del Estado, sin necesidad de una clase dominante burguesa. Esta es una enseñanza del socialismo real.

2. LA DEMOCRACIA SOCIALISTA Y LA DICTADURA STALINISTA

La condena a la dictadura stalinista tiene gran consenso, aunque para algunos el stalinismo sea una deformación de la democracia socialista. No se trata de hacer derivaciones mecánicas entre una teoría y un proceso histórico. Ni de negar que el régimen político que se estableció en la URSS fue el resultado de una lucha entre los bolcheviques en la que hubo vencedores y vencidos: venció la idea de dictadura del proletariado como exclusión de partidos diferentes al PCUS, como exclusión de fracciones dentro del PCUS, y de partido como guía de la sociedad en todos sus aspectos, como partido totalitario. Sin embargo, hay dos conceptos teóricos en el marxismo leninismo que pudieron servir de fundamento al stalinismo en su versión de régimen político: la de dictadura del proletariado propiamente dicha y la de partido leninista del *¿Qué hacer?*

El concepto de dictadura del proletariado proviene de Marx y no se equipara con la dictadura abierta, por ejemplo la dictadura militar. Marx consideraba a la democracia burguesa como una dictadura de clase. En esta forma remite al contenido de clase del Estado y no a la forma de ejercer la dominación. Sin embargo, entre este concepto de Marx, con su nivel alto de abstracción, y lo sucedido en la URSS aparece una de las grandes virtudes y dificultades en el marxismo para dis-

tinguir lo abstracto de lo concreto: la identificación de lo concreto con lo abstracto y con ello la simplificación de la realidad.

Para la dictadura del proletariado, la confusión tiene dos orígenes. Primero, en la época de Marx el Estado capitalista seguía siendo en gran medida de exclusión del proletariado y de dirección directa de la burguesía (el “Estado mayor de los asuntos burgueses colectivos”). Los derechos políticos de los obreros no se habían generalizado, seguía presente la amenaza de una democracia burguesa reducida a la de los propietarios. A partir de la mitad del siglo XIX, paulatinamente tendió esta situación a cambiar —que despertó ilusiones electorales en Engels a finales del siglo en Alemania. El paso del marxismo a la Rusia autocrática contribuyó a que una multiplicidad de fenómenos nuevos de la democracia burguesa escaparan a las teorizaciones del marxismo leninismo, quedándose en sus niveles más abstractos de análisis como dictadura de clase.

El otro origen se encuentra en el escaso desarrollo de la teoría marxista sobre el parlamentarismo y de la dominación política como clásicos no hicieron propiamente una crítica de la teoría política clásica. Junto a esto, si el marxismo leninismo se aferraba a repetir una doctrina, en lugar de completarla ante los nuevos fenómenos (que se daban no en Rusia sino en Europa Occidental), era fácil pensar que la democracia burguesa era una dictadura encubierta de clase, la del proletariado no podría ser otra cosa, pero abierta, no hipócrita.

Parcería muy sencillo plantear, por tanto, la exclusión de la burguesía abiertamente de la política y establecer una democracia sólo de obreros y campesinos. Este planteamiento general no tenía ninguna profundidad en aspectos como los siguientes: aunque se excluyese a la burguesía y sus partidos, al interior de los partidos obreros podrían surgir procesos de dominación, como analizaban Weber y Michels más o menos en esa época; la democracia proletaria no podría ignorar fenómenos de clientelismo, patrimonialismo, manipulación e incluso terror políticos; que más allá de la esencia de clase de un Estado había un problema especial, que la teoría burguesa política había tratado mucho, el de la representatividad, que no se abordaba sino se suponía resuelto con la abolición del poder burgués; que los procesos de propaganda política podrían influir en un electorado, complicando el problema de la representación de intereses.

A todo aquello nunca se dio una respuesta teórica en positivo, sino que se remitió al concepto leninista del partido. El partido comunista se adjudicó no sólo la representatividad por definición de los intereses proletarios, sino la posesión de la conciencia de clase. Así, se erigió en vigilante de toda la sociedad, en guía de la construcción del socialismo. De un plumazo quedaban borrados los problemas señalados más arriba, o automáticamente resueltos por la dictadura del proletariado.

No estamos tratando de simplificar o negar que en Lenin hubo diversas concepciones de partido: no es igual el del *¿Que hacer?*, que el de 1905 o el de *El Estado y la revolución*. Las coyunturas políticas influyeron en estos cambios. Sin embargo, más allá de las variaciones estaba presente en Lenin algo que venía del propio Marx, el cientificismo. La tarea partidaria como política científica y la revolución como campo de una ciencia.

Es cierto que en Marx convivían dos almas, no siempre en concordancia, una que le venía del concepto inglés de ciencia natural y otra del romanticismo alemán. Esta última reivindicaba a los sujetos voluntarios del qué hacer de la historia, la primera remitía a las leyes transubjetivas que se imponían a aquellos más allá de su voluntad. En esta medida, son posibles varias lecturas de Marx en el eje sujeto-objeto. Pero, hay conceptos que apuntalan a la segunda y sirvieron de fundamento teórico a Lenin para su idea de partido: los de clase en sí y clase para sí. En estos dos conceptos de claro origen hegeliano, la conciencia de clase era el punto definitorio del arribo a la clase para sí, pero aquella no era simplemente la conciencia colectiva del proletariado en tanto identidad, identificación de un enemigo de clase, y la generación de un proyecto de sociedad alternativo, sino aquella que el proletariado tendría que adquirir de acuerdo a su “verdadero ser”. Lenin completó el panorama cuando planteó que el proletariado no podría generar su propia conciencia de clase, que su verdadera conciencia le llegaría desde afuera, desde el partido.

En todo esto hay una mezcla de ontología, sociología de la clase obrera y científicismo. Primero, negando el rico concepto de abstracto-concreto se cree que hay una sola manera de relacionar situación estructural con conciencia, se niega con ello que entre una estructura y una conciencia existan necesariamente mediaciones estructurales e históricas que impedirían identificaciones lineales. Muchas de estas mediaciones el marxismo leninismo poco las exploró, más bien las remitió al partido. Nunca podría haber formas de conciencia que dependieran solamente de una situación de explotación. Además de que nunca quedaron claros los criterios de correspondencia, se remitió a la correcta interpretación de la doctrina marxista para negar correspondencias alternativas.

Un marxismo desontologizado tendría que haberse preguntado no cómo el proletariado puede adquirir su conciencia de clase —conciencia en el sentido expuesto de correspondencia—, sino cómo la clase obrera puede convertirse en movimiento obrero concreto y en sujeto anticapitalista, en una coyuntura histórica y cultural determinada. Sobre la subjetividad obrera influyen muchos niveles además de los de explotación económica, que no pueden ser vistos simplemente como falsas conciencias o “desviaciones”, sino como parte de lo concreto de la clase.

En segundo término es una mezcla de sociología intuitiva y de iluminismo científicista. En la época de Lenin se basaba en la constitución de las dificultades objetivas y subjetivas para que la clase obrera accediese al conocimiento científico.

Su nivel educativo era muy bajo y el medio cultural y social de los obreros, así como sus condiciones de vida material, impedirían el desarrollo en ellos de niveles altos de abstracción.

Esta situación sociológica se ha transformado, aunque sigue siendo cierto que la ciencia en su nivel más alto es prerrogativa de cuerpos especiales. El marxismo siempre se concibió en parte como concepción científica del mundo, en parte como teoría y como metodología científica. Es una ciencia de aprendizaje difícil. Así, desde el punto de vista sociológico se trataba de justificar que hubiese un cuerpo especial de “profesionales de la revolución”, científicos de la revolución,

encargados de llevar la conciencia desde afuera al proletariado, sociológicamente imposibilitado de generar su propia conciencia de clase.

Esta concepción también está preñada de cientificismo: aún la versión gramsciana de la relación entre “saber” del partido y “sentir” de la clase no deja de ser cientificista: la clase proporcionará datos de su sentir a los científicos del partido que con su saber los procesarán y devolverán como táctica y estrategia. Relación parecida a la del científico natural que ante el desconocimiento provisional de las leyes teóricas de ciertos fenómenos se conforma con hacer correlaciones empíricas con estos datos, en tanto no se descubran sus leyes. Pero a ningún científico natural se le ocurriría dejar que las moléculas se correlacionaran por sí mismas. Toda esa concepción es cientificista porque no obstante reconocer que la historia la hacen las masas, la ciencia debe señalarles lo que tienen que hacer, para ir en el sentido del devenir histórico.

Ontología + sociología intuitiva + cientificismo iluminista son la base de la concepción de “partido guía” de Lenin y después de “Estado guía” de Stalin. Por ello el partido será el que guíe a la sociedad y vigile que no se aparte del rumbo histórico, por la posesión de una ciencia, la ciencia de la historia. En estas condiciones, no fue extraño que la guía del partido se convirtiera y justificase como dictadura y la de proletariado en dictadura del partido.

Si un marxismo nuevo quiere desontologizarse tendrá que negar la dialéctica hegeliana de la “clase en sí” y “para sí”, así como el concepto de “partido guía”. No significa abandonar el problema de cómo una clase social puede llegar a constituirse en sujeto anticapitalista, pero sin caer en la simplificación de atribuírselo solamente a una situación de explotación y a la acción concientizadora de los partidos. Primero, las formas de explotación en el capitalismo cambian y con ello sus efectos subjetivos. Si no se tiene una teoría compleja de que se constituyen las subjetividades de clase, es difícil que se tenga también una teoría del paso de una situación estructural a un movimiento social. ¿Llegó a generar el marxismo leninista una teoría de la acción colectiva? No lo creemos, la sustituyó por otra del partido. Desontologizar es negar que la clase obrera necesariamente tenga que adquirir determinada conciencia, porque es adjudicarle una misión metafísica, hegeliana, sustitutiva de la idea absoluta.

Un marxismo de nuevo tipo tendría que profundizar en la sociología de la clase obrera, que en la época de Marx y de Lenin era más bien impresiones. El análisis de las clases no puede ser solamente estructural, sino también subjetivo, porque un marxismo transformador de la sociedad no es simple análisis científico de ella, sino angulación de la acción colectiva, en la constitución de sujetos voluntarios. El concepto de clase social que todavía puede ser recuperado del marxismo es el que mira a los sujetos sociales y su constitución no determinada exclusivamente por las estructuras. Y uno de los aspectos importantes de esta constitución es la de sus subjetividades.

En este campo el marxismo leninista es pobre, el concepto de conciencia de clase en combinación con la idea de que esta llega desde afuera fue un obstáculo para la profundización en este aspecto. Otros marxismos fueron más ricos aunque

comúnmente fueron vistos como idealistas (Escuela de Frankfurt, Gramsci, Reich, Thompson, etcétera).

El paradigma del materialismo dialéctico y la cruzada materialista, en tanto demostrar insistentemente que la materia es la que determina la conciencia, se volvió un obstáculo para explorar los campos de la subjetividad y entablar un diálogo crítico –en el sentido marxista de la crítica de la economía política clásica– con las corrientes que sí habían reflexionado con riqueza sobre esta subjetividad. Parecía más importante el afán clasificatorio tan caro a Lenin: idealismos objetivos, subjetivos, revisionismos de derecha, de izquierda, ideología pequeñoburguesa, etcétera –que trazó un cinturón de protección sobre el marxismo leninismo legitimado desde el Estado soviético, la Tercera Internacional, o el movimiento comunista internacional.

Llegó la hora de tirar el lastre, es necesario que el marxismo del siglo XXI desarrolle una teoría de la subjetividad recuperando lo más avanzado del pensamiento no marxista. Remitir al concepto de conciencia del siglo pasado es desconocer toda la polémica de este siglo acerca de inconcientes, subconcientes, valores actuados inconcientemente, teorías de la representación, del discurso, del carácter, de la personalidad, etcétera.

Finalmente, en cuanto a la relación entre ciencia e historia. Es la ciencia sin duda un parámetro del cambio histórico en el mundo, no sólo como conocimiento positivo, sino también como visión del mundo. Sin embargo, como no estamos en la época de oro del positivismo, se tiene que reconocer que la realidad es más compleja que un todo orgánico –la unidad en la diversidad de Engels–, que ahora la ciencia puede incorporar conceptos que parecían antagónicos con la noción occidental de racionalidad: lo irracional, lo discontinuo, el hoyo negro. Paradójicamente, en este contexto la epistemología marxista si se actualiza podría tener mucho que ofrecer como alternativa a la larga crisis del positivismo.

Nociones poco desarrolladas en el sentido moderno de la epistemología, como las de ley de tendencia, mediación, concepto históricamente determinado, relación histórica entre los conceptos, abstracto y concreto, reconstrucción de la realidad en el pensamiento y totalidad, podrían ofrecer una alternativa a la crisis del concepto estándar de teoría, a la investigación científica como justificación de la teoría, a la noción de casualidad, a la idea de ciencia como problema puramente lógico empírico neutral. Pero esta posibilidad de ser nuevamente alternativa tiene varias condiciones: la primera, que el marxismo no puede pretender reivindicar un concepto de método de principios del siglo XIX, tiene que actualizarse reconociendo que mientras el marxismo leninismo le imponía un cinturón de protección, la polémica epistemológica de este siglo se refinaba.

Es decir, no puede pretender tener ya una epistemología y una metodología modernas, tienen que desarrollarse y actualizarlas.

La segunda es que no debe confundir totalidad como modelo teórico con totalidad como criterio epistemológico de construcción de conocimiento. Esta última es la que puede todavía alabar al marxismo de una bancarrota semejante a la del socialismo real: totalidad abierta, problematización de la realidad, descubri-

miento de articulaciones pertinentes, el rescate como categoría filosófico central no la de materialismo, sino la de crítica.

3. EL DESARROLLO DE LAS FUERZAS PRODUCTIVAS Y EL ESTANCAMIENTO PRODUCTIVO DEL SOCIALISMO REAL

El socialismo debería haber desarrollado enormemente las fuerzas productivas, al no estar sujetas al caos en el mercado y convirtiéndolas en desarrollo conciente y ordenado. Los primeros decenios del socialismo real en la URSS fueron efectivamente de impresionantes tasas de crecimiento del Producto Nacional Bruto (años con tasas superiores al quince por ciento anual). La Unión Soviética pasó de ser un país agrario a otro industrial. Los sacrificios fueron enormes.

Pero desde la década de los sesenta el ritmo de crecimiento disminuyó y en estos momentos se acerca a cero. Tecnológicamente hubo avances importantes como en el espacial y el militar, pero con atraso considerable en muchas ramas productivas. En estos momentos el rezago tecnológico es generalizado, sobre todo ante la emergencia de la tercera revolución tecnológica.

No puede simplemente achacarse al marxismo teórico esta historia de las fuerzas productivas en los países socialistas; sin embargo, la autocomplacencia del marxismo leninismo en el poder impidió que la teoría marxista se enriqueciese con nuevas reflexiones acerca de las determinantes y tendencias del desarrollo científico y tecnológico. El stalinismo se conformó con reafirmar que el desarrollo de las fuerzas productivas cambia a las relaciones de producción, sin explicar qué es lo que cambia a las fuerzas productivas más allá de generalidades.

La polémica de Bettelheim con los stalinistas parecieron enriquecer los horizontes de marxismo: no habría una ley natural de desarrollo de las fuerzas productivas impulsadas por el mercado, sino en el centro estaría la lucha de clases. Sin embargo, el gusto marxista por las grandes generalizaciones acabó por limitar la capacidad de investigar en concreto. Para el caso del desarrollo tecnológico hacían falta conceptos específicos, entender su dinámica interna, afinar las relaciones de este con la economía y la política; faltó entrar a polemizar con los teóricos de este siglo sobre desarrollo tecnológico; Schumpeter, neoschumpeterianos, defensores del concepto de “paradigma tecnológico”, del de “revolución tecnológica”, del de “trayectoria tecnológica”, etcétera.

Hay que reconocer ahora la insuficiencia de la noción de revolución científico técnica por su carácter meramente descriptivo y de la pifia leninista acerca de la crisis general del capitalismo, acuñada después de la revolución de octubre. Estos dogmas y simplezas conceptuales fueron un obstáculo para comprender el advenimiento de los Estados keynesianos, del corporativismo, del auge capitalista de la posguerra y de la reestructuración capitalista actual.

En síntesis, la conversión de la metáfora entre base y superestructura en doctrina básica a sostener se volvió un obstáculo para la creación de conocimiento y la acción política. Profundizar en las relaciones sociales en los procesos productivos, como uno de los niveles a considerar de la estructura económica, tiene que ver

con el desarrollo de las fuerzas productivas, en particular con la productividad, pero también con el tipo de socialismo que se quiere construir, con la idea de poder y de lucha de clases.

Una de las definiciones de comunismo de Marx era la de asociación libre de productores libres. Pero al final de la revolución de octubre no estaba claro quien debería ser el director efectivo de los procesos productivos, los obreros o el Estado. La oposición obrera abogó por lo primero, Lenin los condenó en su famoso ensayo sobre el izquierdismo. Sin duda, la grave situación económica justificaba a Lenin, ante el desorden inmediato que podría provocar la administración obrera. El interés legítimo por el crecimiento económico llevó también a Lenin a elogiar lo más avanzado de la organización capitalista del trabajo, el taylorismo. Este fue adoptado muy tempranamente en la URSS, sin sospechar sus consecuencias en cuanto al proyecto socialista y la democracia. La planificación central se creyó que resolvería el ideal marxista de dominar y acelerar a las fuerzas productivas, permitiría también no someterse a las leyes del mercado y la democracia se resolvería con la elección de diputados propuestos a los trabajadores por el partido.

La planificación central no ayudó a la extinción del Estado, aunque tampoco es obvio que la autogestión obrera hubiera sido una solución viable en las circunstancias soviéticas de los años veinte. La idea de nueva sociedad como federación de comunas se asemeja a las ideas utópicas socialistas previas a Marx y no está claro que hoy sea una noción que mire al futuro. Futuro de alta tecnología, de globalización de las economías, de grandes estructuras organizacionales en las empresas, etcétera. En el campo, por tanto, de alternativas a la idea de socialismo de Estado y de planificación central como alternativa al capitalismo, los marxistas de fines del siglo XX tendríamos que reconocer que más que alternativa segura en estos momentos hay todo un campo para la reflexión y la creación.

Un punto de partida, sin embargo, podría ser el pensar que el hombre socialista no es sólo aquel que ha doblegado a la ley del valor, sino también el que ha eliminado la alienación y la subsunción (el fetichismo de la mercancía, Marx lo asocia a la subsunción real y formal del trabajo al capital, y en escritos de juventud a la alienación).

Durante muchos decenios el marxismo leninismo despreció como pasajes históricos los de la sección IV de *El capital*, su análisis del proceso de trabajo. Desconoció que Marx encuentra en el proceso de trabajo una lucha por el poder, condición de la extracción de plusvalía. Este desconocimiento permitió en parte negar a la autogestión obrera con argumentos técnicos —el poder se reducía al del aparato estatal y la clase burguesa ya había sido derrocada. Otro tanto sucedió con la adopción del taylorismo. El despotismo stalinista en las fábricas se adaptó perfectamente al del taylorismo. Pero a la larga este despotismo taylorstalinista se volvió en contra de los propios objetivos de la productividad: la planificación central, con todo su burocratismo ayudó a convertir la disciplina rígida en relajación del trabajo; todo esto junto a una resistencia obrera cotidiana reflejada en la alta rotación de personal, el ausentismo y el trabajo a desgano.

Una nueva idea de socialismo tendría que ser viable, no pueden irresponsablemente repetirse fórmulas propias de una sociedad simple. Esta propuesta tiene que articular una idea de crecimiento económico, con la democracia y participación, que no se reduce a los parlamentos, sino que parte de los lugares de trabajo y de otros espacios de existencia cotidiana.

CONCLUSIONES

A la pregunta fundamental de si la crisis del socialismo real afecta a la teoría marxista hemos contestado en sentido afirmativo para el marxismo leninismo, corriente dominante del marxismo en este siglo. Afecta a algunos conceptos centrales de la teoría clásica: el de sociedad socialista viable alternativa a la capitalista, la planificación central no fue la solución, la autogestión tendrá que ser también repensada en un mundo mucho más complejo que el del siglo XIX; el de poder, de dominación, de Estado y de posibilidad de una democracia de nuevo tipo; el de la relación entre crecimiento económico, con desarrollo tecnológico, con estructuras organizacionales y con el poder en los procesos de trabajo.

Aunque esto no significa que la caída del socialismo real haya cuestionado uno a uno los conceptos teóricos marxistas. No ha sido cuestionada su teoría de la explotación, ni su concepto superior de la historia como articulación entre subjetividad y objetividad, ni tampoco la idea de que la economía no es un juego de factores cuantitativos sino un campo de relaciones sociales, un campo de fuerzas sociales; que la separación entre economía, política y cultura es puramente analítica, que en la realidad las relaciones económicas son también políticas y culturales al mismo tiempo. Finalmente, la metodología marxista (reducida por el stalinismo a las leyes de la dialéctica aplicadas al conocimiento) puede ser una salida a la crisis epistemológica actual, contiene en embrión grandes potencialidades. Hay grandes tareas a realizar a condición de eliminar todo dogmatismo y descalificaciones prematuras. El aspecto positivo de esta crisis es que ha roto legitimidades, permite pensar mas libremente a los marxistas.*

Pero hay posibilidad de subsistencia de la teoría marxista, a condición de que los marxistas que quedan abandonen los dogmas, se sitúen en la coyuntura de fin de siglo.

¡El Marx celestial muere, queda el hombre!

* En este contexto de crisis hay un vencedor momentáneo: el neoliberalismo. Su victoria será efímera. No se ha impuesto por tener una concepción teórica de la sociedad o del hombre superior a la del marxismo. Su teoría es todavía más pobre que la del marxismo leninismo. He aquí un rival actual para el marxismo que subsista.

2. LA PERESTROIKA Y LOS CAMBIOS EN EL ESTE

La perestroika en el marco de la opción socialista

Karén Jachatúrov

Los destinos del socialismo mundial, su teoría y su práctica despiertan interés en todos los países y provocan inquietud en considerable parte de la opinión pública internacional que vincula indisolublemente el futuro de la civilización humana, en el umbral del nuevo milenio, con la idea de la reestructuración social sobre los principios socialistas.

Y hay motivo para tal inquietud. La Unión Soviética atraviesa una profunda crisis social, económica y espiritual, agravada por los conflictos interétnicos, las tendencias centrífugas y separatistas, lo cual infunde preocupación por el futuro del gran Estado. Los procesos de renovación en los países de Europa del Este convierten en ficción el sistema socialista mundial. El movimiento comunista mundial también vive una crisis grave. Hay quienes afirman que el socialismo ha sufrido una derrota histórica.

Pero yo, como comunista convencido, veo con optimismo fundamentado la perspectiva del desarrollo socialista, al menos en mi propio país. No es la idea socialista en general la que ha fracasado, sino el comunismo de guerra, utópico y de ultraizquierda, refutado por Lenin en las postrimerías de su vida. Por ello, precisamente, hay fundamentos para afirmar que observamos en la URSS una crisis que no lleva al ocaso, sino a la renovación de la sociedad sobre la base de un nuevo enfoque de la esencia del socialismo.

Teniendo en cuenta nuestra propia experiencia y los logros teóricos a escala mundial, vemos hoy en el socialismo una magna idea que hunde sus raíces en los principios humanitarios de la cultura mundial y del pensamiento humano universal; un movimiento social crecido de la lucha de la clase obrera en la sociedad capitalista y convertido hoy en portavoz de los intereses de las más amplias fuerzas democráticas; un régimen socio-político que surge a determinado nivel de desarrollo de la civilización y se establece en distintas variantes con arreglo a las posibilidades históricas y las particularidades de cada pueblo.

Es difícil no compartir lo dicho por Mijail Gorbachov en el XXVII Congreso del PCUS, celebrado en julio pasado: "La ideología del socialismo se seguirá formando en el proceso de incorporación del país al progreso general de la civilización. Por ello, precisamente, el marco más amplio de su formación está determinado por la nueva mentalidad que se concibe ya como nuestro nuevo internacionalismo llamado a consolidar al mundo, y no dividirlo en campos opuestos". Aunar los esfuerzos en el progreso de la civilización humana es el imperativo de la época.

No vemos en el socialismo un modelo acabado, carente de perspectiva. Siempre es un proceso basado en la lucha por ampliar y afianzar los derechos y liberta-

des del hombre, la democracia económica y política; por suprimir toda clase de opresión social y nacional; por el triunfo de la justicia social y la solidaridad colectiva; por el desarrollo armonioso del individuo. En ello, justamente, consiste la esencia conceptual de la *perestroika* proclamada en abril de 1985 como la única alternativa razonable al sistema de administración autoritaria dominante a lo largo de los sesenta años posteriores a la muerte de Lenin, sistema que deformó la magna idea del socialismo.

Consideramos que la *perestroika* es una revolución dentro de la revolución, es una continuación de la obra inicial en 1917 por la revolución de octubre, de las ideas leninistas sobre un socialismo humanitarista y democrático. La *perestroika* está orgánicamente vinculada con la opción socialista del pueblo soviético.

Hoy la realidad soviética presenta muchas contradicciones, situaciones conflictivas y acciones destructivas. Por ejemplo, a mí me preocupa el hecho de que la conciencia mitológica y la idolatría arraigadas durante muchos años y correspondientes a los dogmas ideológicos del sistema de administración autoritaria se sustituyan en una parte de la sociedad soviética por otros extremos. En sus intentos de “demonizar” a la figura de Lenin, algunos de nuestros científicos, y no sólo ellos, tratan de encontrar en la herencia leniniana un código genético del terror stalinista y de toda la esencia antipopular del socialismo de cuartel.

La mayoría de los sociólogos soviéticos estiman que el principal postulado de la herencia leniniana no es la violencia, sino la creación en interés de la paz civil y la consolidación de la gente. En otoño de 1917, Lenin escribía en su famoso trabajo *La catástrofe que nos amenaza y cómo combatirla* sí en la orden del día sólo puede figurar la cuestión sobre un capitalismo estatal humanitarista y democrático, el que significará, de hecho el socialismo. Cuando a comienzos de los años veinte se desvanecieron las ilusiones sobre la posibilidad de derrotar de golpe a la burguesía mundial, la nueva y pragmática política económica llegó a sustituir la política de comunismo de guerra, violenta e igualitarista. Entonces apareció la tesis leninista de que “el cooperativismo en nuestras condiciones coincide totalmente con el socialismo” y “al propio tiempo, debemos reconocer un cambio radical de todo nuestro punto de vista sobre el socialismo”.

Los sucesores de Lenin echaron al olvido sus legados, lo cual acarreó consecuencias trágicas a varias generaciones de la sociedad soviética. Con motivo del 50 aniversario del asesinato de Trotsky, se acentuó el interés por su persona, y más aún en México, donde se efectuó, quizá, el más importante delito político del siglo XX. Así terminó el duelo entre los dos “eminentes jefes” de la Revolución de Octubre, los dos aspirantes al trono proletario, a cada uno de los cuales le negó Lenin en su testamento político el derecho a ser su sucesor.

Hoy se pregunta con frecuencia: ¿qué camino seguirá la historia, si Trotsky hubiera vencido a Stalin? No vale la pena hacer tales pronósticos, máxime que Stalin, según el criterio fundamentado de muchos analistas, fue un Trotsky frustrado. El “jefe genial de todos los tiempos y pueblos”, deliberando en una ocasión sobre la diferencia entre la oposición de izquierda y la de derecha, sentenció: “Ambas son peores”. Tal vez este absurdo verbal determina con suficiente preci-

sión el lugar que ocuparon los dos jefes en la época posleniniana. Dicho sea de paso, titulé así mis reflexiones con motivo del aniversario del asesinato de Trotsky, publicadas en el semanario soviético *Literaturnaya Gazeta* (4 millones 500 mil ejemplares de tirada).

A mi entender, Trotsky y Stalin son hermanos uterinos, hijos de la revolución de octubre. Ambos ansiaban destruir el imperio zarista, marginados socialmente por el mismo; ambos recurrían a todos los medios para asegurarse un poder cesariano; ambos veían una norma natural de la revolución en el desenfundado “terror rojo”; ambos juraban amor hacia el pueblo trabajador y, al mismo tiempo, despreciaban al hombre de la calle, conculcando despiadadamente sus derechos elementales, sobre todo su derecho a la vida; ambos era ideólogos del socialismo de cuartel, encarnándolo en la práctica; ambos eran mutuamente intransigentes y se mostraban igualmente intransigentes respecto a toda manifestación de disidencia incluso en el marco de la concepción comunista.

Los delitos de Stalin son por todos conocidos. ¿Y los de Trotsky? Fue el primero en decretar ejecuciones masivas de la población y fusilamientos de los comunistas. Procuraba militarizar la economía, formar “ejércitos de trabajo” y condenar al trabajo forzado a los obreros y campesinos. El primer comisario del pueblo para los asuntos extranjeros y el primer comisario del pueblo de las fuerzas navales de la Rusia soviética soñaba con abreviar a los “caballos rojos” con las aguas del Vístula y el Rin, el mar Mediterráneo y hasta el Océano Índico.

Después de la muerte de Lenin, Stalin y Trotsky dieron inicio a aquella lucha sectaria a muerte en el partido, la que vino a confirmar la amarga verdad descubierta ya por los jacobinos franceses: la revolución devora a sus hijos. En aquel duelo histórico y, al mismo tiempo, trágico para el país, Trotsky fracasó como político, pues no pudo percibir los anhelos mitologizados de las masas populares excitadas por el entusiasmo de los pioneros de la sociedad socialista.

En efecto, la revolución de octubre incorporó al proceso histórico a decenas de millones de trabajadores. Los soviéticos lograron vencer a la intervención armada foránea y a la contrarrevolución interna, crearon la potente industria y la agricultura colectivizada, liquidaron el analfabetismo, dieron escritura a casi cuarenta pueblos, acabaron con el yugo nacional y convirtieron las periferias atrasadas y oprimidas en repúblicas iguales en derechos. Los soviéticos hicieron su aporte decisivo a la victoria sobre el nazifascismo en la guerra más sangrienta en la historia de la humanidad y levantaron en años contados al país de la ruina posbélica. Fueron los primeros en el mundo en poner en órbita el satélite artificial de la Tierra y en enviar al hombre al espacio cósmico; consiguieron la paridad militar con Occidente, garantizando así la paz en la época de la “guerra fría”. La memoria histórica del pueblo soviético guarda cada año vivido con todas sus desgracias y alegrías, derrotas y victorias.

Ahora bien, voy a volver a los orígenes de nuestros problemas actuales, a la confrontación entre Stalin y Trotsky. Al paso rítmico de los batallones de hierro del proletariado –si tomamos la valoración dada por Lenin a las masas verdaderamente revolucionarias–, a diferencia de los palabreros de “izquierda”, le convenía

mucho más la consigna stalinista sobre la posibilidad de construir el socialismo en un país que la abstracta idea trotskista de la “revolución permanente”. La falsa preocupación paternal de Stalin por su propio pueblo pesaba mucho más que el aventurerismo de Trotsky, incrédulo y exportador de revoluciones a países ajenos.

La legión de propagadores partidistas, creciente numéricamente y fiel fanáticamente a Stalin, inventó una leyenda negra sobre el firme partidario de Lenin y el enemigo del leninismo. “Georgiano admirable” y “Judas Trotsky” (ambos calificativos sacados del archivo leniniano, inesperadamente citados luego como nombres bíblicos) se convirtieron en sinónimos del bien y del mal, respectivamente.

Por una parte, el indoblegable bolchevique Stalin, siempre fiel a Lenin, y por la otra, el menchevique “congénito” Trotsky, quien se unió a Lenin sólo en la víspera de la revolución de octubre. A decir verdad, éste último llamaría a Trotsky, al cabo de poco tiempo, “jefe eminente”.

El muy bien adiestrado y todopoderoso aparato del partido creó en un corto plazo un ambiente hostil respecto a Trotsky entre la “masa” de comunistas en consecuente crecimiento que sabía poco de los méritos del comisario del pueblo ante la revolución. Mientras el mismo Trotsky, quien se encontraba en un estado de euforia política y vivía solamente de los recuerdos de las recientes victorias en los frentes de la guerra civil, seguía calificando desdeñosamente al Stalin vengativo como la “mediocridad más destacada”.

El fracaso personal de Trotsky constituyó una etapa en el afianzamiento del poder absoluto de Stalin y del régimen totalitario en el país y luego fuera de éste. Los aliados de Stalin, provisionales y poco perspicaces, procedentes de la cada vez menos numerosa “guardia leninista”, demostraron con su falta de principios individual y colectiva la posibilidad de azuzarlos impunemente unos a otros bajo el pretexto de la lucha permanente contra toda clase de “sectas”, “desviaciones” y “oposiciones”. Se comenzó a comprender todo ello sólo en la época del Gran Terror. Por ello, cuando Zinóviev y Kámenev, Rikov y Bujarin, Frunze y Kirov apedreaban a Trotsky y a sus partidarios poco numerosos, cavaban la tumba a sí mismos y, peor todavía, a la perspectiva de un desarrollo democrático de país.

Los partidarios de Lenin, fusilados luego en su mayoría, participaban, más o menos activamente, en la campaña de represiones contra Trotsky: su deportación a Alma Ata y luego su exilio al extranjero. La propaganda stalinista declaró a Trotsky fascista, agente de todos los servicios de inteligencia reales e inexistentes, espía y saboteador internacional que vendía al por mayor y al por menor el país de los soviets.

El mismo Trotsky perdía cada año más el sentido de la realidad. Esperaba un derrocamiento de la “camarilla de Stalin” y una invitación al Kremlin para organizar la “revolución proletaria a escala mundial”. El odio hacia su enemigo principal le empujó a escribir una serie de panfletos de carácter antistalinista.

A lo largo de decenios el “trotskismo” se consideraba en la Unión Soviética una palabra más injuriosa. Según la lógica bolchevique de los años de preguerra, la socialdemocracia era peor que el fascismo, y el trotskismo peor que la socialdemocracia.

Hoy en la URSS se quita el tabú del nombre de Trotsky. Hace poco, se ha editado en Moscú su compilación *Acerca de la historia de la revolución rusa*; se preparan para la publicación otros trabajos. Por primera vez, en la enciclopedia *Gran revolución socialista de octubre*, Trotsky fue calificado como político y no como "espía internacional". Es necesario decir toda la verdad histórica sobre Trotsky, viendo en esta figura no el enemigo del socialismo en antigua interpretación de este término, sino el enemigo personal de Stalin. Pero hay que evitar que la campaña de difamación se traduzca, como suele suceder en nuestro país, en una campaña de publicidad desmesurada.

Los comunistas soviéticos no dejaban de repetir de año en año que el marxismo-leninismo no era un dogma, sino una guía para la acción. Entre tanto, las obras de Marx, Engels, Lenin y, posteriormente, del Stalin canonizado se convirtieron en una especie de Escritura Sagrada, ajena a todo pensamiento vivo y creador. La dialéctica fue sustituida por la metafísica más anquilosada. Si excluimos la anatematización de Stalin después del XX Congreso del PCUS, tal situación reinaba en nuestras ciencias sociales hasta los últimos tiempos. El socialismo en la URSS se denominaba real, desarrollado o en desarrollo.

Marx, Engels y Lenin fueron convertidos en íconos. Pero estos grandes pensadores y revolucionarios eran hijos, y a veces prisioneros, de su época con todas sus contradicciones y errores. Hoy es imposible pronosticar el futuro de la civilización mundial, basándose en *El capital* o *El manifiesto comunista* de Marx. Igualmente, *El Estado y la revolución* de Lenin (establecimiento de la dictadura del proletariado como la única estructura posible de todo Estado verdaderamente socialista) puede ser valorado hoy como búsqueda frustrada de un modelo mágico de desarrollo.

Los comunistas soviéticos están abiertos hoy, sin prejuicio alguno, a estudiar cualquier modelo de desarrollo social, por ejemplo el afianzado en los países escandinavos; están abiertos a dialogar con representantes de todas las orientaciones del pensamiento y la práctica socialistas, incluida, naturalmente, la Internacional Socialista. Otra cosa es que no podemos copiar modelos ajenos. Por ello, la *perestroika* es la búsqueda, basada en nuestra propia experiencia histórica, de un modelo de desarrollo socialista que corresponda a lo específico del pasado, el presente y el futuro de Rusia y de otras repúblicas soviéticas.

La *perestroika* en la Unión Soviética empezó por reformas políticas muy profundas, por el proceso de democratización que garantizó la libertad a todo ciudadano. La transparencia informativa quitó el velo de las cosas aparentemente más recónditas, permitió a la gente limpiarse de la inmundicia: temor, mentira e hipocresía. Por vez primera se hizo realidad la consigna "¡todo el poder a los soviets!". Las estructuras del partido y de gobierno entregaron el poder supremo a los congresos de diputados populares y al parlamento. El cuerpo de diputados fue elegido a base de pluralidad de candidatos.

El partido comunista renunció voluntariamente al monopolio sobre el poder político. En el país funcionan muchos partidos y movimientos políticos, entre ellos el partido constitucional-democrático (partido de la libertad popular), el partido de demócratas constitucionales, el partido socialdemócrata de Rusia, la unión de-

mocrática, la orden unión ortodoxa monárquica, el partido liberal-democrático, el partido socialista, el movimiento democristiano ruso, la unión democristiana de Rusia, el partido informativo-popular de Rusia, el comité "acción civil", la confederación de anarcosindicalistas, la unión de las fuerzas democráticas de la sociedad "unidad por el leninismo y los ideales comunistas", la plataforma marxista en el PCUS, la confederación del trabajo, el frente unificado de los trabajadores de la URSS y otros. Sólo en la pequeña Georgia aparecieron unos cuarenta partidos: desde el monárquico hasta el movimiento "Stalin".

El pluralismo político se afianza en la URSS acompañado por procesos dolorosos debidos, ante todo, a la falta de cultura política. Y no es de extrañar, pues el Estado ruso existe desde hace centenares de años, mientras el primer partido político legal apareció sólo en 1905. El pluralismo político en Rusia cuenta con menos de 15 años de su existencia. Por esto se explican en mucho hoy fenómenos negativos tales como la ola de mítines, la denigración mutua, el extremismo y la intolerancia, cuando un demócrata se convierte, bajo la bandera del anticomunismo, en luchador contra la disidencia. Creo que es un proceso provisional e incluso inevitable en algo, ya que el individuo obtiene al fin la verdadera libertad después de tantos años de aplastamiento de sus derechos civiles.

Hoy mucho depende de la capacidad del PCUS de recuperar la confianza entre las masas y llegar a ser la vanguardia de la sociedad. En este sentido, el XXVIII congreso del partido constituyó una etapa crucial. Puedo confirmarlo, ya que asistí al Congreso como invitado del CC del PCUS. El Congreso apoyó la política de Mijail Gorbachov y de sus partidarios, la declaración programática "Hacia un socialismo humanitarista y democrático" y el rumbo a la renovación del partido y de toda la sociedad en el marco de la opción socialista.

Pero los destinos del país dependen de la solución de los dos problemas clave: el económico y las nacionalidades.

La economía del país se halla en una situación crítica: las palancas del sistema de administración autoritaria centralizada y de planificación total (desde la producción de misiles hasta la de botones y chupones) ya no funcionan, mientras las leyes objetivas del mercado no han entrado en vigor todavía. A todo ello deben sumarse la inflación galopante, el creciente déficit de bienes de consumo, la subida de precios en el mercado libre, la disminución de la producción industrial y de la renta nacional, el aumento de la deuda externa, la crisis ecológica, el crecimiento de la delincuencia, la aparición de clanes mafiosos, etcétera. Como resultado, crece la tensión social que se expresa en huelgas y otros fenómenos negativos.

La única salida es pasar a ritmo acelerado a la economía de mercado. Se deben llevar a cabo reformas radicales, sobre todo en lo que respecta a las relaciones de propiedad. La causa principal de la crisis económica es el monopolio del Estado sobre la propiedad, que priva al hombre de la ligazón con los medios de producción, descarta la posibilidad de crear unas condiciones de trabajo en las que el interés económico del trabajador y del colectivo laboral se convierta en móvil de la producción y del intercambio. Actualmente, la propiedad estatal sirve de base para el sistema de administración autoritaria que impide el desarrollo de la

sociedad y sin cuyo desmantelamiento es imposible el proceso de renovación del país. Y no es de extrañar, pues, que todos los intentos anteriores de establecer unas relaciones económicas normales y crear un mercado, manteniendo intacto el monopolio del Estado sobre la propiedad, fueran condenados al fracaso. Por ello, la tarea primordial es transformar radicalmente las relaciones de propiedad liquidando el monopolio estatal. Debemos privatizar la propiedad, pero en el marco de la opción socialista.

Es necesario tener en cuenta el hecho objetivo de que los grupos de la población con pocos ingresos (unos diez millones de habitantes) tengan miedo a la economía de mercado. La revolución garantizó la instrucción y la asistencia médica gratuitas, las pensiones y otras formas de seguridad social. Pero cómo es posible comparar las tareas de la salud pública en los años veinte (luchar contra las epidemias y la mortalidad infantil masiva) con las que se plantean hoy y que resultan difíciles para cualquier Estado: garantizar materialmente el desarrollo de la medicina moderna y de la salud pública de alta calidad. La psicología masiva del parasitismo social prefiere la pobreza general, garantizada por el Estado, a la economía de mercado con los ingresos muy diferenciados.

El mercado regulado y socialmente orientado debe defender los derechos materiales de los pobres, sobre todo los pensionistas. El parlamento soviético aprobó la disposición "Medidas urgentes para estabilizar la economía nacional y pasar a la economía de mercado". Esto quiere decir que elaborando un programa de paso a la economía de mercado se prestará especial atención al contenido y el plazo de las medidas de estabilización, la protección social de los ciudadanos, la política respecto a los precios, divisas e impuestos; la política científico-técnica, la creación de condiciones propicias para el desarrollo de toda la infraestructura social, el complejo agroindustrial y las ramas industriales básicas; la estabilización de la situación ecológica en el país.

Otro problema muy importante concierne a las relaciones interétnicas, a la conservación de la federación soviética sobre una base cualitativamente nueva. La federación fue fundada en 1922 como unión voluntaria e igual en derechos, integrada primeramente por seis repúblicas socialistas soviéticas: Rusia, Ucrania, Bielorrusia, Georgia, Azerbaijón y Armenia. Posteriormente se sumaron Kazajstán y cuatro repúblicas de Asia Central. En fin, a la víspera de la segunda guerra mundial, a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas se incorporaron tres repúblicas bálticas, Letonia, Lituania y Estonia, así como Moldova.

La política stalinista respecto a las nacionalidades convirtió esta unión voluntaria de repúblicas soberanas, la única en la historia mundial, en un Estado unitario, declaró "contrarrevolucionarios" a los pueblos pequeños, desplazándolos por la fuerza de sus lugares de residencia y recortando las fronteras internas contrariamente a su voluntad.

La sociedad soviética afronta hoy los amargos resultados de aquella política irreflexiva y a veces criminal con respecto a las nacionalidades. Lamentablemente, ya son cosa común y corriente los conflictos interétnicos, incluidos los armados, entre algunas repúblicas federadas: Azerbaijón y Armenia, Uzbekistán y Kirguizia.

También surgen conflictos agudos dentro de las repúblicas debido a la discriminación de las minorías étnicas: en Azerbaiján, en torno al problema de Nagorni Karabaj; en Georgia, por los problemas de Abjazia en Osetia del Sur; en Uzbekistán, por los actos violentos contra los turcos mesjetas deportados en su tiempo a esta república; en Kirguizia, donde los uzbekos fueron víctimas de la violencia; en Moldova, donde tres comunidades nacionales pretenden lograr soberanía, etcétera. Las repúblicas bálticas se proponen separarse de la Unión Soviética.

El presidente de la URSS, en cooperación con los jefes de todas las repúblicas federadas, busca una solución constructiva a este problema, elaborando una nueva concepción del desarrollo de las relaciones entre todos los pueblos soviéticos y un nuevo acuerdo federal.

Existen diversas opiniones sobre la organización de una nueva unión. Representantes de muchas repúblicas federadas creen conveniente conservar los principios de la federación, pero cambiando radicalmente las relaciones existentes hasta ahora dentro de ella. Según ellos, la nueva unión ha de poseer todos los atributos de una formación estatal: soberanía, ciudadanía, legislación, propiedad, presupuesto y estructuras de dirección.

Representantes de algunas repúblicas abogan por una confederación. Pero sus opositores ven en ella un debilitamiento brusco del poderío del Estado, ya que con tal organización el Estado federado no va a poseer la soberanía necesaria ni otros muchos atributos estatales. El presidente de la URSS y el consejo de la federación adjunto a éste presentaron al examen del parlamento la propuesta de formar un comité encargado de elaborar un nuevo acuerdo federal e integrado por los máximos dirigentes de las repúblicas y con la participación directa del presidente.

Uno de los logros importantes de la *perestroika* en política exterior es la nueva mentalidad política con la prioridad de los valores universales, proclamada por la URSS. Cabe señalar que los fundadores del marxismo-leninismo también formularon así la cuestión. Por ejemplo, Lenin mencionó en su trabajo *Proyecto de programa de nuestro partido*, escrito a finales del siglo pasado:

...desde el punto de vista de las ideas fundamentales del marxismo, los intereses del desarrollo social están por encima de los intereses del proletariado, mientras los intereses de todo el movimiento obrero están por encima de los intereses de un grupo de obreros o de algunos momentos que vive este movimiento.

En la época nuclear, la prioridad de los valores universales se convierte en un imperativo.

¿Cómo entendemos nosotros, al igual que todas las personas sensatas, el concepto "nueva mentalidad política", aunque puede sonar de distinta manera en diversos países? Desde nuestro punto de vista es la necesidad de reconocer la vida humana y la paz universal como la medida suprema de todo; construir un mundo sin violencia ni armas nucleares; democratizar y humanizar las relaciones internacionales; desideologizar las relaciones interestatales; excluir los conflictos regionales y solucionar todos los litigios sólo por vía negociada; equilibrar los intereses universales y los nacionales; garantizar la seguridad global y equitativa, pues la se-

guridad puede ser global o no puede ser ninguna; reconocer la diversidad social del mundo y la existencia de cualquier estructura estatal, excepto a la que recurre a la violencia contra su propio pueblo o a la agresión contra otros pueblos; garantizar la libertad de opción por la vía del desarrollo como el supremo valor nacional; sanear la crítica situación económica mundial, teniendo en cuenta la deuda externa y el hecho de que la comunidad mundial no podrá ser estable mientras que los países ricos sigan enriqueciéndose, y los pobres empobreciéndose más aún; mostrar tolerancia política, ideológica, étnica, filosófica y religiosa como norma de conducta civilizada; reconocer la ideosincracia histórica y cultural de cada pueblo.

Hoy como nunca antes existen condiciones propicias para desarrollar una cooperación internacional a gran escala.

Primero, el mundo civilizado ha pasado de la confrontación a la cooperación, y la *perestroika* en la URSS contribuye a este proceso benéfico y a la estabilización de la situación internacional.

Segundo, se ha logrado un avance histórico en las relaciones soviético-norteamericanas, cuando la exhibición recíproca de los músculos y la confrontación irracional se sustituye por un proceso de cooperación que promete ser irreversible. En una declaración conjunta firmada en septiembre pasado por Mijail Gorbachov y George Bush se subraya: "Es imposible establecer un orden internacional pacífico, si los Estados grandes siguen absorbiendo a sus vecinos menos grandes". A mi juicio, este planteamiento debe extenderse no sólo al último caso (intervención de Iraq en Kuwait), que sirvió de pretexto para firmar dicha declaración sino también a otras acciones improcedentes tales como, por ejemplo, la agresión soviética contra Afganistán y la agresión norteamericana contra Panamá.

Tercero, Europa desde los Pirineos hasta los Urales se convierte en una casa común para sus habitantes, donde se produjo el mes pasado el acontecimiento positivo más importante en los últimos cincuenta años: la reunificación de Alemania. La confianza entre todos los países europeos da un potente impulso al fortalecimiento de la confianza en el mundo entero.

En América Latina también se desarrollan profundos procesos democráticos. Por primera vez en la historia política de este continente el poder en todos los países pertenece a los gobiernos elegidos por vía constitucional.

La opinión pública soviética menciona con satisfacción que América Latina sale al amplio camino del desarrollo histórico, saluda el creciente papel de algunos Estados latinoamericanos y de la región en general en los asuntos internacionales, expresa su apoyo a los procesos democráticos en América Latina.

Se están creando condiciones favorables sin precedentes para desarrollar los vínculos multilaterales y cualitativamente nuevos entre la URSS y países latinoamericanos. Por vez primera en la historia, los presidentes de Argentina, Uruguay y Brasil visitaron la URSS. La declaración sobre las acciones conjuntas en aras de la paz y la cooperación internacional, firmada durante la visita del presidente brasileño, se sale del marco de las relaciones bilaterales y es una clara manifestación de nueva mentalidad política respecto a las relaciones de la URSS con países latinoamericanos. El ministro de Relaciones Exteriores soviético también realizó por pri-

mera vez un viaje a países de América del Sur. Tienen importancia internacional los resultados de la visita oficial y de amistad efectuada por Mijail Gorbachov a la República de Cuba y el acuerdo de amistad y cooperación firmado entre ambos países. Fue la primera visita del jefe del Estado soviético a América Latina.

Mijail Gorbachov es partidario activo de imprimir más dinamismo a las relaciones soviético-latinoamericanas, sobre todo en política. En su informe al primer congreso de los diputados populares de la URSS, consideró necesario mencionar las posibilidades singulares, aparecidas estos últimos años, de hacer más estrechos y productivos los vínculos soviéticos con América Latina. Como partidario de la prioridad de los valores universales, el líder soviético se pronunció por liquidar la tensión en Centroamérica mediante el proceso de Contadora, por solucionar todos los litigios por vía negociada. La opinión pública soviética aceptó con satisfacción la valoración dada por Mijail Gorbachov al Estado y las perspectivas del desarrollo de las relaciones con países latinoamericanos, sus palabras pronunciadas durante la toma de posesión (marzo del presente año) acerca del creciente lugar que ocupa América Latina en nuestras relaciones exteriores, de la posibilidad de fortalecer también en este terreno las tendencias positivas del movimiento internacional.

Como índice de la actividad social, en la URSS crece el papel que desempeña la "diplomacia popular", incorporando a la política exterior a millones de soviéticos, representantes de todos los grupos sociales, profesiones y nacionalidades.

Los activistas de la "diplomacia popular" constituyen un móvil de diversas organizaciones no gubernamentales que se pronuncian por la paz, la solidaridad y la cooperación internacional. Una de tales organizaciones es el Comité Soviético de Solidaridad con los Pueblos de América Latina (CSSPAL), instituido a comienzos de 1984. Ultimamente, su papel va creciendo gracias a la reestructuración de las organizaciones sociales soviéticas y a los cambios positivos operados en América Latina.

El CSSPAL procura sintetizar la actividad de las organizaciones sociales soviéticas con respecto a América Latina, dando prioridad al establecimiento y ampliación de contactos con diversos partidos políticos. Una de sus tareas de mayor agrado es familiarizar a los soviéticos, sobre todo la juventud, con el patrimonio histórico, las tradiciones nacionales y la vida moderna de los pueblos latinoamericanos. Uno de los incentivos de esta labor es el próximo quinto centenario de la primera expedición de Colón, acontecimiento histórico sumamente importante para los destinos de la humanidad y la civilización mundial. Hace poco, el gobierno de la URSS formó una comisión "Encuentro de los dos mundos". El autor de estas líneas es vicepresidente primero de dicha comisión.

Además, el interés por este suceso se determina en la URSS por otro factor. Se trata del descubrimiento de América por los rusos por la parte asiática. En 1991 se conmemora el 250 aniversario de la expedición rusa que dio inicio a la potenciación de la parte noroeste de América del Norte. Cabe recordar que en el territorio de América del Norte, aparte de la Nueva Inglaterra, la Nueva España y la Nueva Francia, también existió la América Rusa. La Compañía Ruso-americana fundada en 1799 con su sede en la fortaleza Ross poseía una tierra en Alta California, vendida 140 años atrás. Posteriormente, fue vendida Alaska. Así, por las

veleidades de la suerte histórica, Rusia fue el primer país europeo en renunciar a sus colonias en América. El interés de los soviéticos por el pasado lejano es, ante todo, la memoria histórica como indicio de la pertenencia a la civilización mundial, como afianzamiento de nuestra participación humana en este mundo íntegro e interdependiente.

La *perestroika* en la URSS coincidió en el tiempo con el proceso de democratización en países latinoamericanos. Este hecho suscita en América Latina enorme interés hacia nuestra *perestroika* e induce a hacer un análisis comparativo de las sociedades que pasan del régimen autoritario a la democracia.

Claro que la *perestroika* en la URSS y los procesos democráticos en países latinoamericanos se desarrollan en condiciones de distintos sistemas políticos y sociales, tienen sus propias raíces y particularidades específicas. Pero con toda su diferencia, estos procesos, tanto en la URSS como en América Latina, se basan en una tendencia global a crear institutos democráticos en el marco de las sociedades civiles.

De ello habló de forma argumentada —comparando la situación actual en México y la URSS, la crisis que viven en el PRI y el PCUS tras perder su monopolio tradicional sobre el poder político, los procesos de privatización de la economía en ambos países— el director general del Instituto de Estudios Políticos, Económicos y Sociales del CEN del PRI, Abraham Talavera, en la conferencia científica internacional “Procesos de renovación democrática en la Unión Soviética y América Latina: orígenes y actualidad”, organizada en abril pasado por el Comité Soviético de Solidaridad con los Pueblos de América Latina y el Instituto de Ciencias Sociales del CC del PCUS con motivo de 120 aniversario natalicio de Lenin.

Las ideas de Lenin siguen despertando interés en el mundo entero, pero sobre una nueva base creada por la *perestroika*, proceso que por vez primera procura “desposar” el socialismo con la libertad, lograr lo inconcebible antes: garantizar la libertad y la justicia social al individuo. La *perestroika* con su consigna “*más democracia, más socialismo*” es la esencia de ello. El tiempo dirá en qué medida podrá el pueblo soviético materializar este ideal. Al optar por el socialismo, muchos millones de soviéticos no escatiman esfuerzos por hacer realidad el sueño secular de la mejor parte de la humanidad: la libertad y la justicia social.



Los avatares de la reforma económica en la URSS

Rosa María Aponte y Jan Patula

Los vientos que soplan sobre Moscú a finales del noviembre son muy fuertes y presagian una tormenta. Cada día, los medios de comunicación informan sobre nuevas dificultades que se suman a las anteriores: la escasez de bienes de consumo se hace insoportable, incluso en las grandes urbes, y las autoridades soviéticas planean importar de manera urgente grandes cantidades de víveres a fin de evitar el peligro de una hambruna. Paralelamente, en algunos países occidentales se están poniendo en marcha programas de ayuda con el envío de alimentos, ropa y medicamentos.¹ Al fantasma de la escasez que se cierne sobre la URSS, se añaden problemas de legitimación del equipo dirigente y el desmembramiento de lo que hasta ahora se denominó la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas.

Desde hace varios meses, las agrupaciones radicales, tanto en el parlamento central como en los soviets regionales, así como algunas organizaciones políticas, exigen la renuncia del gobierno central de Ryzhkov y el establecimiento de un gobierno de coalición. Hace un par de días B. Yeltsin, el popular político y presidente del Soviet Supremo de la República Rusa, llamó en Kiev, la capital de Ucrania, a organizar un plebiscito sobre la permanencia en el poder del presidente M. Gorbachov.²

Por otra parte, la tensión nacionalista ha llegado a los extremos al aumentar el número de las repúblicas que se declaran independientes y soberanas. No se trata sólo de las repúblicas bálticas (Lituania, Letonia y Estonia), que han emprendido este camino desde hace varios meses, sino también de Moldavia, Ucrania, Azerbaiján, Uzbeguistán y Rusia que se declararon, mediante una proclamación parlamentaria, Estados soberanos con libertad de administrar sus propios recursos y decisiones por encima del poder central. Pero también, en otras repúblicas o en el interior de ellas, existen movimientos que luchan por su plena independencia de Moscú.³ La cuestión nacional nulifica el fundamento legal y administrativo de la estructura actual de la Unión Soviética y exige de modo impostergable elaborar y poner en marcha un nuevo pacto federal. No se sabe a ciencia cierta si ese pacto será aceptado por la mayoría de las repúblicas, ya que en opinión de muchos analistas nacionales e internacionales, el proyectado pacto, que no ha sido aún elaborado ni aprobado, viene demasiado tarde para resolver el problema de la integración territorial de la URSS.⁴

1 L. Oplin, "Impacta a Occidente la crisis en la URSS", *Excelsior*, 24 de noviembre de 1990, p. 3.

2 "Mijail ante un pueblo desilusionado en el aniversario de la Revolución", *Excelsior*, 13 de noviembre de 1990, p. 3.

3 "Guide to 15 Soviet Presidents", *The Economist*, 24 de noviembre de 1990, p. 48.

4 "Gorbachev's new Constitution", *The Economist*, 24 de diciembre de 1990, p. 47.

¿Cómo es posible que un programa de reestructuración global del sistema, programa conocido universalmente con el nombre ruso *perestroika*, haya desembocado en una crisis económica, política y nacional, sin hablar de una crisis ideológica?

En esta ponencia, trataremos de responder a esta interrogante en relación a la transformación económica, dejando de lado, en la medida de lo posible, otros aspectos, por considerarlos tan complejos que ameritan un tratamiento especial.

De entrada planteamos la tesis de que las actuales dificultades económicas son la herencia directa del sistema anterior, el llamado sistema "impositivo burocrático", que se ha desintegrado por completo, pero que no ha sido aún sustituido por uno nuevo.

El que no se haya establecido un nuevo sistema se explica no sólo por lo complejo y tardado de cristalizar nuevos parámetros y normas de regulación que necesitan objetivamente tomar su tiempo, sino por la concepción errónea o tardía de reconocer las fallas del sistema, de elaborar una política coherente para eliminarlas y de obtener un mínimo consenso social.

En esencia, lo que planteamos para explicar el actual estado de cosas en la URSS, es la combinación de los factores "objetivos" y reales con los "subjetivos" de la política económica del régimen de Gorbachov. Pero dada la inercia de cualquier sistema para renovarse y ajustarse a los cambiantes requerimientos sociales, y más particularmente la inercia del sistema económico soviético, se otorgó el mayor peso de responsabilidad a la inconsistencia y la tardanza de las decisiones políticas centrales, amén de la falta de una clara visión del futuro y el deseado sistema global.

La inercia del sistema económico soviético deriva de su estructura, de su naturaleza misma. En otras palabras, tal como lo dijo el economista y diputado del Soviet Supremo de la República Federativa Rusa, U. L. Sheinis: "La razón principal de la crisis económica general es el *sistema centralizado de una economía monopolista y dirigida sólo por métodos administrativos*"⁵ (subrayado nuestro). Esta es una aseveración compartida hoy en día, generalmente tanto por los economistas soviéticos como extranjeros y como por una gran parte de la sociedad de la URSS.

El primer diagnóstico en este sentido ha sido hecho por un académico soviético, N. Schimielov, quien en abril de 1987 escribió en la revista *Novyi Mir*:

[...] la causa de nuestras dificultades no se debe únicamente a los gastos militares ni a las crecientes responsabilidades globales asumidas por la URSS [alusión directa a la ayuda cuantiosa a los países del tercer mundo, a la llamada "comunidad socialista" mundial y a los movimientos insurreccionales en Africa, Asia y América Latina] y también los esfuerzos persistentes de violar las leyes objetivas de la vida económica y de suprimir los incentivos naturales al trabajo, condujeron a resultados diametralmente opuestos a los preconizados. Ahora tenemos una economía desequilibrada, plagada por la escasez,

⁵ V. L. Sheinis, "Problemas y dificultades de la *perestroika* económica en la URSS", *Nueva sociedad*, núm. 108, 1990, p. 147.

una economía que rechaza el progreso científico y tecnológico y, para ser totalmente honesto, una economía no planificada.⁶

Se trató entonces de una opinión de un experto, de un hombre del *establishment* (aunque no muy consentido) y no de una crítica por parte de un disidente.

De las observaciones anteriores y las citas correspondientes se desprende que lo que está en juego es una reforma global del sistema, es decir la sustitución de todos los parámetros sobre los cuales reposa el sistema: los principios de regulación económica, la gestión y administración de los recursos, el establecimiento de precios, salarios, el cálculo de todos los insumos y factores productivos, la orientación del comercio exterior, el mayoreo y el menudeo, las prestaciones de servicios, etcétera.

Ahora bien, cabe preguntarse: ¿ha logrado la *perestroika* dar una respuesta a los problemas económicos, a la altura de los desafíos que existieron y siguen existiendo? De modo más preciso: ¿ha estado la política económica del equipo de Gorbachov en concordancia con la realidad, desde conceptualización, dirección de las reformas económicas, traducción de esas ideas en leyes y finalmente puesta en marcha de esas leyes en la práctica económica?

De ello nos ocuparemos en la segunda parte de la ponencia. Por razones obvias, nos concentraremos en aspectos esenciales verificados en la realidad, pasando por alto todo el alud de proclamaciones, gestos y palabras que han acompañado el proceso de reformas en la URSS desde el ascenso al poder de Gorbachov en marzo de 1985.

Desde la perspectiva de hoy resulta relativamente fácil distinguir varias en los programas de las reformas. La primera de alrededor de dos años de duración, se caracterizó por perseguir la modernización y aceleramiento del crecimiento económico que —como dijo el propio Gorbachov en su libro— había llegado a niveles peligrosos de “estancamiento” durante los últimos años del régimen de Brezhnev.⁷ La palabra clave de todo ese periodo era la aceleración (*uskorenje*), la estrategia era lograr altas tasas de crecimiento de un promedio de cinco por ciento anual, aunque la fase inicial, la del despegue, situaba las metas más modestamente del orden de 3.5 o 4.1 por ciento. En este periodo se retomaron medidas implantadas durante el breve periodo de Y. Andropov (1983-84), tales como el mayor rigor en la disciplina laboral (la ley antialcohólica), la lucha contra el ausentismo en los sitios de trabajo, el énfasis en el cálculo económico más preciso en macro y microescala, la mejor racionalidad en la elaboración de los planes, quinquenal y anuales. Además, se decidió reorientar los recursos financieros de las áreas más obsoletas de la industria pesada hacia los sectores de producción de maquinaria más moderna y de energía. Todo ello fue acompañado por una depuración de los cuadros dirigentes desde las instancias centrales del partido comunista (la lucha por afianzarse en el poder), del gobierno de la unión y de las repúblicas hasta los lugares más apartados en la administración local y económica.

⁶ Cit. por A. Kruczek (seud) “W sowieckiej prasie”, *Kultura*, núm. 5, 1987, p. 116.

⁷ M. Gorbachov, *Perestroika. Nuevas ideas para mi país y el mundo*, Diana, México, 1987, p. 48-57.

El balance de todo este periodo fue bastante pobre, si nos atenemos a los resultados económicos concretos. De acuerdo con G. T. Khanin, el investigador conspicuo de las estadísticas soviéticas y quien ha revelado hace muchos años la falsificación sistemática de los datos estadísticos en la URSS, el programa de “aceleración” del crecimiento económico no logró sus objetivos por carecer de vínculos de retroalimentación. El resultado tangible de todo ese periodo ha sido, en palabras de Khanin, la siguiente: “La política de aceleración sólo condujo a la cacería insensata de aumentar el volumen de producción a costa del deterioro de la calidad de los productos y a la inflación de los precios”.⁸ El ya citado V. I. Sheinis también aprecia negativamente los efectos económicos de este periodo: “Durante dos años preponderaron las improvisaciones poco competentes y una dudosa reconstrucción (*perestroika*) de estructuras organizativas”.⁹

A partir de junio de 1987 se introdujo con fanfarrias la primera “reforma global” del sistema, conforme a la proclamación oficial del mismo Gorbachov. Este segundo periodo también duró aproximadamente dos años, y anticipando el análisis cabe constatar que también terminó con resultados negativos. En boca del secretario general de PCUS, la *perestroika* debe: “englobar no sólo la economía, sino también el sistema político, la esfera espiritual e ideológica, el estilo y los métodos de trabajo del partido y de todos los cuadros dirigentes. Entre la palabra reestructuración y la revolución habría un signo de igualdad”.¹⁰

El punto de partida para un mecanismo económico supuestamente nuevo debía haberse constituido con la ley sobre la autonomía de las empresas industriales, comerciales y agrícolas; esa ley fue aprobada en junio de 1987 e implantada a partir del 1 de enero de 1988. Conforme a esta disposición legal, las empresas deberían regirse según los cálculos de costos y beneficios con posibilidad de establecer por su cuenta las redes de cooperación y comercialización, sin la imposición de las órdenes desde el *Gosplan* o el ministerio correspondiente, asimismo podría emplear el número más adecuado de trabajadores y remunerarlos según sus calificaciones profesionales y su rendimiento. El propósito de la ley ha sido bien claro: desplegar el potencial productivo de las empresas y al mismo tiempo incentivar el buen trabajo, tanto de los cuadros administrativos como de los propios trabajadores. Dicha ley otorgaba también a los trabajadores el derecho de formar “colectivos laborales” ampliando facultades de decisión, entre ellas, elegir al director y aprobar los planes económicos.¹¹

Sin embargo, la confianza depositada en la autonomía de las empresas no se cumplió por varias razones:

1. La ley dejaba la puerta abierta a la injerencia de la burocracia central y local, al persistir organismos burocráticos de control como la oficina de distribución de materiales (*Gossnab*) y la cámara de control de calidad (*Gosstamdart*).

⁸ G. I. Khanin, “What has caused the present crisis”, mimeo, 1990, p. 9.

⁹ V. I. Sheinis, op. cit. p. 149.

¹⁰ M. Gorbachov, op. cit. p. 48.

¹¹ “Dokumente”, *Osteuropa-Wirtschaft*, núm. 1, 1988, pp. 91-94.

2. El gobierno, en vista de crecientes dificultades de abastecimiento, se vio obligado a pedir "encargos" de cuotas de producción y venta de sus productos a las instancias estatales, a cambio de proporcionarles insumos y medios financieros.
3. Se dio una oposición y a veces un sabotaje premeditado de los cuadros administrativos y del partido comunista (las famosas células del partido en los centros de trabajo).
4. Persistieron las concepciones sociopsicológicas "igualitarias", la llamada "urovnikovka".
5. Siguieron las corruptelas del mercado negro, gris, rojo, semirojo¹² y de otros colores, en contubernio con las autoridades estatales y policíacas.

No corrieron mejor suerte los intentos de reformar la agricultura, el verdadero talón de Aquiles de la economía soviética. En ese sector, como en un lente de contacto, se reflejan los males que aquejan al sistema soviético: la centralización de la toma de decisiones llevada hasta el absurdo, la burocratización de la gestión administrativa (sobre catorce millones de personas empleadas en la agricultura, cuatro millones son burócratas), una concentración de los medios técnicos incomparablemente mayor que en cualquier otro país junto con una crónica falta de respuestas y la subsiguiente paralización de esos medios en el periodo de cosechas, una productividad escandalosamente baja, sólo para mencionar los principales agravios de este sector.

En ocasión del XVII¹³ congreso del PCUS en febrero de 1986 el grupo reformista del partido emprendió una lucha por reestructurar la ineficiente agricultura soviética formando colectivos de trabajo más reducidos y responsables, por parcela o volumen de producción. Como resultado de un choque entre conservadores y reformistas en las instancias del partido, se decidió celebrar un pleno del comité central especialmente dedicado a remediar las fallas estructurales de la agricultura. Así, el cónclave del órgano dirigente, en mayo de 1988, abrió las puertas para permitir el arrendamiento de tierras por cuarenta y nueve años, sin especificar los procedimientos. En otro pleno del comité central, en octubre del mismo año, se precisaron las formas y modalidades del arrendamiento, dejando la capacidad de decisión a los soviets locales y la directiva de los *Koljoces* (granjas colectivas). Se nombró a Y. Ligachov, el número dos en la jerarquía del partido, como máximo responsable de los problemas de la agricultura.

El conocido conservadurismo de Ligachov y su visión dogmática sobre la "superioridad" de la propiedad colectiva sobre la familiar imposibilitaron impulsar la transformación agrícola, sobre todo en la república Rusa y en Ucrania, los graneros de la Unión Soviética.¹⁴ Si a ello añadimos la resistencia, por razones ideológicas y materiales, de la *nomenklatura* de los soviets y de los *Koljoses*, obtenemos un

¹² Sobre el florecimiento de diferentes tipos de mercados véase G. Grossman, "Informal Personal Incomes and Outlays of the Soviet Urban Population", en A. Portes *et al.*, *The Informal Economy*, The John Hopkins University Press, Baltimore, 1989, pp. 152-169.

¹³ Aganbegyan A., *Inside Perestroika. The Future of the Soviet Economy*, Harper & Row, Nueva York, 1989, pp. 160-183; N. Schmelov "Anticipos y deudas", *Foro Internacional*, núm. 112, 1988, pp. 152-169.

¹⁴ V. I. Tikhonov, conferencia sostenida en la Universidad de California en Berkeley, el 6 de mayo de 1990.

cuadro nada halagüeño respecto a los cambios de las relaciones de producción en la agricultura soviética. Hay que resaltar, sin embargo, el proceso de colectivización acelerada y casi completa en las repúblicas bálticas de Lituania, Estonia y Letonia. Pero la situación en esos países es muy específica y está determinada por razones históricas, también en lo que se refiere a la agricultura.

El fracaso de la transformación de la agricultura soviética en este periodo se evidenció en el destino que sufrió el aclamado programa de fusión de seis ministerios, cuyas funciones se relacionaban directa o indirectamente con la agricultura, *Gosagroprom*.

El programa, instaurado en 1985, debía romper las barreras burocráticas para la coordinación de los asuntos agrícolas, desde el cultivo hasta el procesamiento industrial de los productos de la tierra. Sin embargo dio lugar a un supermonstruo burocrático, incapaz de resolver cualquier cuestión de la agricultura que no fuera la protección de la *nomenklatura* en este renglón. En opinión de sus críticos, la decisión del jefe del *Gosagroprom* tenía que pasar por treinta y dos eslabones hasta alcanzar la granja.¹⁵ Esa supuesta simplificación administrativa, así como la coordinación de los programas agrícolas abortaron por completo, y el organismo encargado de ello fue disuelto en 1989.

En cambio, tanto los reformistas soviéticos como los economistas occidentales coinciden en que la ley sobre cooperativas, adoptada en mayo de 1989, constituyó el mayor logro alcanzado en este tiempo.¹⁶ En opinión de V. I. Tikhonov, presidente de las asociaciones cooperativas y un ferviente impulsor de ellas, la legalización de la actividad genuinamente cooperativa, basada en la asociación de los productores y dueños de capital y de servicios, ha tenido un éxito extraordinario, como se puede apreciar en las siguientes cifras: en dos años de su existencia, ese sector aumentó el volumen de producción de trecientos millones de rublos a cuarenta y un mil millones, es decir creció de 137 veces, y en 1990 participó en cinco por ciento en la formación del PNB. Igualmente, el número de empleados en este sector se elevó en el mismo lapso de tiempo de 70 000 personas a 4.5 millones.¹⁷

A mitad de este periodo surgió la convicción de que para promover una verdadera reestructuración económica es necesario hacer cambios institucionales y legales en todas las esferas de la vida, más allá de las remociones personales en los aparatos del poder, característicos de la primera etapa de la *perestroika*. Como lo constató L. Abalkin, el prestigiado economista soviético, en la tribuna de la XIX conferencia del partido comunista, que fue convocada por la presión de las bases para redefinir el rumbo y dar el impulso necesario para la transformación global del sistema, "no se produjo aún una ruptura radical en la economía y ésta no superó todavía el estado de estancamiento".¹⁸ El mismo economista, y posteriormente

¹⁵ "Cooperatives, to be or not to be" *Moscow News*, núm. 28, 1989, p. 2.

¹⁶ Aslud A., *Gorbachev's struggle for economic reform*, Cornell University Press, Ithaca, 1989, p. 163; P. Hanson "Ownership and Economic Reform", *Radio Liberty Research*, R. L. núm. 154, 1989, pp. 3-12 y la conferencia de V. I. Tikhonov ya citada.

¹⁷ Según los datos proporcionados por V. I. Tikhonov conferencia citada.

¹⁸ *Pravda*, 30 de junio de 1988, cit. según *The Current Digest of the Soviet Press*, núm. 31, 1988, p. 2.

el viceprimer ministro, planteó en esa ocasión el problema crucial para la democratización del sistema soviético cuando se preguntó si es "factible contar con una organización democrática de la vida social teniendo un sistema de partido único".¹⁹ Recordemos que Gorbachov defendió desde el principio el papel hegemónico del partido comunista, argumentando que: "en verdad el impulso de la *perestroika* comenzó por iniciativa del partido comunista, y el Partido lo conduce [...] Ha probado que es capaz de iniciar y encabezar el proceso de renovación de la sociedad".²⁰

De la XIX conferencia del PCUS, que significó el repliegue de las fuerzas conservadoras en la dirección del partido comunista, salió la recomendación de renovar el prestigio de los soviets, originalmente la fuente del poder legislativo y ejecutivo, posteriormente domesticados a partir de 1921 y finalmente convertidos en adorno para lucir el nombre del país. En efecto, con fanfarrias en la superficie y una tenaz lucha política subterránea, se celebraron las elecciones al parlamento en la primavera de 1989. Hay que anotar que su estructura y modalidades fueron modificados radicalmente a fin de dotarlo de un poder supremo de la representación social. Incluso, se cambió el nombre de una cámara al aceptar la denominación de Congreso de los Diputados del Pueblo, un organismo amplio y numeroso. Por otro lado el Soviet Supremo, de aproximadamente quinientos miembros funciona como una instancia casi permanente de debates legislativos.

Lo que atrajo la atención de los comentaristas nacionales e internacionales fue el complejo juego de elecciones, de varias instancias y listas, sin llegar a una competencia abierta entre los diferentes programas y agrupaciones que los sostuvieron. En esta ocasión, como en tantas otras, se evidenció la manipulación de los *aparatchiks* del partido y del Estado en el momento de elaborar las listas electorales. En su resultado, el noventa por ciento del nuevo parlamento se integraba, y sigue integrado, con miembros del partido, y la participación de los reformistas radicales en su seno llegó a ser minoritaria.²¹ Así pues, el año de 1989 marcó el inicio de una tercera etapa que continúa ahora.

Nos es fácil trazar claramente una línea divisoria, ya que, por un lado, las elecciones parlamentarias reflejaron un nuevo clima político social encauzado y supervisado en cierta medida por los aparatos del poder, y por otro lado, aquella oportunidad permitió movilizar a vastos sectores de la población, dando lugar al despertar de la sociedad civil, que se manifiesta en el surgimiento de más de 60 mil agrupaciones informales diferentes.²²

Sin embargo, no menos trascendental para la ruptura de 1989 fue la irrupción violenta de las masas, tal como se produjo en ocasión del enorme movimiento huelguístico del verano del mismo año, y cuyo eje constituyó el paro de los mineros en todas las cuencas carboníferas del país.

¹⁹ *Ibíd.*

²⁰ M. Gorbachov, *op. cit.*, p. 61.

²¹ J. Patula, "Elecciones legislativas en la URSS", *Excelsior*, 5 de abril de 1989, Sección Metropolitana, pp. 1 y 3.

²² R. Perle, "Helping Gorbachev discard a broken idea" *U. S. News & World Report*, 15 de marzo de 1990, p. 40.

De esta manera, a la “revolución desde arriba”, como se había desarrollado la *perestroika* hasta 1989, se sumó la “revolución desde abajo”, deseada por Gorbachov y su equipo,²³ pero no menos sorprendente y cargada de presagios para el futuro. Tiene toda la razón E. Semo cuando observa: “pero a partir de 1989 el movimiento popular irrumpió en la escena. En formas inesperadas y con intensidad desigual, decenas de millones de ciudadanos y ciudadanas comenzaron a participar”.²⁴

Lo característico de esta etapa es el estado de confusión, de dramatismo causado por los conflictos nacionales y por los problemas de agudo desabasto de los productos de primera necesidad, y las fisuras cada vez más visibles en la cúpula dirigente, en medio de los intensos rumores —que circulaban no sólo en forma oral sino también por escrito— sobre el inminente golpe militar o la imposición del estado marcial en todo el territorio de la unión.²⁵

En el plano estrictamente económico, y éste es el tema de mi ponencia, hay que notar la inconsistencia de las medidas, la incongruencia entre los fines perseguidos y los medios utilizados y un desesperado esfuerzo por romper el círculo vicioso de lo que Sheinis llama “el rito adelante, *stop*, atrás, con la oposición del aparato burocrático y de las capas medias del mando”.²⁶

Veamos de cerca esta encrucijada, nada envidiable para ese país y el resto del mundo. En la toma de posesión de la presidencia de la URSS, un puesto de nueva creación en marzo del presente año, Gorbachov anunció que iba a “radicalizar las reformas económicas” con el propósito de emprender la “transformación controlada hacia las relaciones de mercado” y así instaurar un sistema de economía mixta.²⁷ Semanas después, el portavoz del presidente descartó la posibilidad de introducir la “terapia de electrochoque”, como se la denominaba a través de los rumores.²⁸

Paralelamente, con el rechazo de los proyectos de la Thatcher, se instauró una amplia comisión encargada de elaborar un programa global de transformación de las relaciones económicas, comisión cuya principal recomendación consistió en reducir el déficit presupuestario mediante recortes de subsidios a los productos de consumo diario. Conforme a estas recomendaciones, el precio de los productos básicos debería aumentar de dos a tres veces de golpe a partir del 1 de julio. Sólo por la movilización de amplios sectores de la población, en primer lugar de los mineros quienes amenazaron con una huelga general, y de los diputados reformistas radicales, el régimen se vio obligado a renunciar al “choque sin terapia”, como lo calificó G. Popov, alcalde de Moscú.²⁹

²³ Cf. M. Gorbachov, op. cit., pp. 54-59.

²⁴ E. Semo, “La revolución en el Este apenas empieza y su rumbo visible es el socialismo”, *Proceso*, núm. 733, 19 de noviembre de 1990, p. 40.

²⁵ “Russia meets the market”, *The Economist*, 15 de septiembre de 1990, pp. 13-14.

²⁶ V. L. Sheinis, op. cit. p. 149.

²⁷ M. Parkis, “Market economy needed quickly, Gorbachev says” *San Francisco Chronicle*, 25 de marzo de 1990, p. 1 (reimpresión de los *Angeles Times*).

²⁸ M. Dobbs, “Gorbachev slows radical overhaul of the Economy”, *San Francisco Chronicle*, 25 de abril de 1990, pp. 1 y 4.

²⁹ M. Dobbs, “Soviet Miners shows muscle”, *San Francisco Chronicle*, 25 de abril de 1990, p. 1.

Sin embargo, en los últimos meses maduró la conciencia sobre la necesidad de sustituir el viejo mecanismo económico, que mientras tanto se había desmoronado por completo, por uno nuevo, de economía del mercado. Significativo al respecto era la postura del propio Gorbachov. Según G. N. Zoteyev un economista promercantilista, el presidente de la URSS tuvo que liberarse de sus esquemas mentales, ya que Gorbachov “entendió de que el sistema impositivo staliniano no funciona más y tuvo la gran ambición de romperlo. Pero al mismo tiempo, él (Gorbachov) entendió que el sistema occidental de mercado, incluyendo la institución de la propiedad privada, tampoco parece aceptable, desde el punto de vista político”.³⁰

El giro en la posición de Gorbachov se puede ubicar en su discurso televisivo del 27 de mayo, en el cual el Presidente de la URSS y secretario general de PCUS anunció:

...sólo el mercado puede salvarnos ya que el mercado es necesario para la transformación radical de nuestra economía, para pavimentar el camino para las empresas, para la independencia económica de los colectivos laborales y de cada uno de los trabajadores y de los ciudadanos [...] La introducción del mercado va a crear condiciones para premiar a los que trabajan bien y para aumentar la productividad; el mercado va a tener que resolver los problemas que estamos discutiendo desde hace diez años.³¹

El problema crucial estriba en cómo lograr tal transformación, en condiciones económicas adversas (inflación, escasez de productos y desequilibrio presupuestal, de pagos y del comercio exterior), así como encontrar el consenso social necesario para un tipo determinado de mercado. ¡He aquí el *quid* del asunto!

Las discusiones más recientes en torno al programa global de mercantilización de la economía revelaron ser muy arduas y encarnadas incluso en el seno del Soviet Supremo. Se presentaron y debatieron las propuestas del plan radical elaborado por un equipo de economistas bajo la dirección de S. Shatalin, plan denominado de “500 días”; se discutió también otro plan más moderado, firmado por primer ministro Ryzhkov y una síntesis ofrecida por el académico A. Aganbegyan para adoptar una versión distinta, que constituye una mezcla de los tres proyectos anteriores.

Las discusiones podrían parecer naturales y hasta cierto grado bienvenidas, tanto más que se trata de asuntos cruciales para el país y la sociedad. Lo preocupante radica en la incógnita de su implantación, cuando la República Federativa Rusa, la mayor de todas, aceptó en su Soviet Supremo el plan de Shatalin, las repúblicas Bálticas están completamente absorbidas por su completa independencia y separación de la unión y Ucrania está trabajando sobre su propio programa de transición.

³⁰ B. Keller, “Perestroika in crisis”, *New York Times*, 13 de mayo de 1990, p. 13.

³¹ “Market Revolution”, *San Francisco Chronicle*, 28 de mayo de 1990, pp. 1 y 4.

Por otra parte tienen que comprobarse en la práctica que funcionan, es decir hace falta que tengan medios de aplicación. Los poderes extraordinarios otorgados en octubre por el Soviet Supremo de la URSS al presidente Gorbachov para 18 meses, así como la más reciente aprobación parlamentaria de la subordinación del consejo de ministros al consejo federal, presidido por el mismo Gorbachov.

En conclusión, y a título de previsión del futuro, cabe constatar que la URSS vive el momento más crucial de su historia, tesis que está compartida por todo el mundo, en el ámbito nacional e internacional. A la *perestroika*, como medio de transformación del sistema económico, le espera un futuro incierto y cargado de dramatismos. *Grosso modo*, se pueden prever tres formas de evolución de la situación.

1. El equipo de Gorbachov logrará conducir la nave del Estado y de la sociedad en medio de Escilos y Garubdas (referencia a múltiples obstáculos y la enorme tarea a resolver). Lo haría al contar con el apoyo indispensable tanto de los conservadores como de los reformistas radicales. Hay que reconocer de que tal alternativa es más racional, menos costosa y más aceptable por la sociedad. Presupone una extraordinaria capacidad de maniobra de Gorbachov (lo que por otra parte ha demostrado la habilidad y capacidad de impulsar la transformación de la manera más conveniente y en el tiempo más prudente. Implícita y explícitamente, tal perspectiva reposa sobre la premisa de una relativa calma social y sobre la cuantiosa ayuda de los países occidentales para aliviar los dolores de parto de un nuevo sistema.

2. En caso de la pérdida de control sobre la situación social y nacional por parte del gobierno de Gorbachov, se pueden dar las condiciones para un golpe militar por parte de algún grupo externo al equipo de Gorbachov o entre sus colaboradores. El desenlace es difícil de prever, dada la efervescencia en las filas del ejército y la amplia movilización social.

En lo que se refiere al sistema económico propiamente dicho, pueden darse distintas situaciones, desde el retorno craso al modelo staliniano de los años 1952-53 hasta la transición a un régimen económico neoliberal al estilo de Pinochet en Chile. Los ejemplos más exitosos económicamente, como los de Corea del Sur, Taiwán, Singapur, Malasia, y represivos en el plano político y social, pueden también servir de referencia para propiciar la salida.

3. Cuando la insatisfacción popular, aunada a los sentimientos nacionalistas, no encuentre posibilidades de solucionarse pacíficamente, los crecientes reclamos en esos rubros, podrían eventualmente tomar la vía insurreccional, con una revolución violenta, cuyo desenlace —como en tantas otras revoluciones sociales y nacionales— queda fuera de cualquier previsión, ya que al lado de unos componentes justicialistas e igualitarios puede hacer surgir conductas dictatoriales, altamente impositivas y coercitivas en su aplicación.

La historia, pensándola en términos del futuro, queda abierta en cuanto a sus probabilidades evolutivas y al mismo tiempo sujeta a la interacción de tantos y tantos factores, de diferentes índoles, que pueden marcar su rumbo.

Procesos de modernización en Armenia

Gayaneh Majmourian*

El tema principal de mi informe es: "Armenia en el epicentro de la explosión étnica: genocidio y la experiencia de supervivencia".

Mi pequeña república de 3.5 millones de habitantes concentra todos los problemas que existen en la Unión Soviética: de orden ecológico, económico y cambios de poder; las cuestiones sociales y las contradicciones nacionales; los problemas de derechos políticos y de autoconservación. Por ser los primeros en el proceso de aplicación de las medidas de la *perestroika*, somos ahora los primeros en enfrentarnos a la cuestión de supervivencia ante los peligros de un nuevo genocidio.

La supervivencia es un problema para toda la humanidad. Se manifiesta en la ecología, en la economía mundial, en las relaciones políticas y militares y en la cooperación internacional. Se expresa a nivel regional y en las contradicciones interregionales. También encuentra expresión en los problemas internos del Estado-nación y en el funcionamiento de los Estados multinacionales. En estos últimos la cuestión étnica es de vital importancia, debido a que las contradicciones nacionales y su supresión pueden engendrar violencia y explosiones sociales. La violencia de carácter étnico, cuando es un instrumento de la política nacional del Estado, constituye un acto de genocidio, ya sea en su forma local o en forma aniquiladora de holocausto.

Ya se han agotado las viejas fórmulas de vida, tanto en la sociedad de mercado como de economía planificada. Todos necesitamos nuevas ideas estratégicas. Pero para algunas naciones más pequeñas, como Armenia, los riesgos son mucho más elevados. Es por esto que estamos interesados en asimilar la experiencia mundial en la esfera de la detección temprana de síntomas de genocidio y en el reajuste de las contradicciones interétnicas, desde el nivel de la sicología social hasta el de la negociación política. Estamos empeñados en coordinar la actividad de investigación orientada a la supervivencia, buscando pistas que sean útiles para todos. Creemos que Armenia puede servir de campo de experimentación de nuevas ideas, como zona piloto y campo de cultivo activo. Damos la bienvenida a todos los especialistas e institutos que tengan interés.

Antes de pasar a analizar los procesos en Armenia al calor de la *perestroika*, tenemos que hablar acerca del genocidio en la historia de Armenia. Como fenómeno político-social, el genocidio ha sido analizado a grandes rasgos. Pero lo más importante consiste en descubrir las fuentes de destrucción y en comprender cómo contrarrestarlas. Si conocemos el mecanismo y la fuente del peligro, entonces podemos intentar disminuirlo o neutralizarlo. Por consiguiente, se le da prioridad al análisis concreto y al pronóstico efectivo.

* Traducción de Marco A. Gómez.

Armenia fue foco de la atención pública a partir del 20 de febrero de 1988, cuando el Soviet de la Región Montañosa de Karabaj en su sesión regional adoptó una decisión de apelar a las repúblicas soviéticas de Armenia y Azerbaiján sobre el asunto de su reunificación con la madre patria, Armenia. Antes de esta sesión, se habían adoptado decisiones parecidas a nivel de distrito y se había celebrado un referéndum técnico. Esto constituye un fenómeno sin precedentes en la realidad soviética. En los primeros años se crearon repúblicas; en 1954 un territorio de la magnitud de Crimea fue transferido de Rusia a Ucrania, pero nunca antes semejante decisión había sido tomada por el propio pueblo, de un modo democrático y respetando las normas de legitimidad.

El motivo de esta iniciativa sin precedentes es la política de discriminación nacional en Azerbaiján en general, y en Karabaj en particular. Fue y es la causa de las condiciones intolerables de vida de los armenios y de su huída de la región autónoma. La discriminación incluye una política demográfica activa que busca alterar la composición étnica de la región. El gobierno republicano prohibía en las escuelas el estudio de la historia armenia y limitaba los cursos sobre lengua y literatura armenias. Ver la televisión armenia era técnicamente imposible, no obstante que la distancia entre fronteras es de siete kilómetros. No se permitían vínculos culturales nuestros con la región y se modificó la historiografía de Azerbaiján. A la gente se le decía que no eran armenios, sino azerbaijanos armenizados. Aunque es un hecho que los dos pueblos tienen religiones y culturas diferentes, e idiomas de diferentes familias lingüísticas. Se afirma también en la antropología que existe el armenoide como un tipo especial. En esta pequeña región de unos 4.4 mil kilómetros cuadrados de extensión, rica en más de 1 600 monumentos étnicos históricos, que datan del siglo IV al siglo XIX, las iglesias fueron saqueadas y demolidas, y las piedras utilizadas en la construcción de carreteras y edificios. Sólo se registraron oficialmente 64 de esos 1 600 monumentos, y una iglesia armenia en Fizuly fue cubierta como un monte artificial, con una inscripción en la parte superior que decía: "Gloria al Partido Comunista de la Unión Soviética".

La política de empleo seguida implicaba que ninguna persona que hubiese obtenido una educación superior en Armenia podía obtener un trabajo en Karabaj. Esta prohibición era particularmente aguda en las esferas de la administración, del derecho y de la medicina. Las vías de comunicación de la región estaban en muy malas condiciones, especialmente los caminos. En contraste con las aldeas habitadas por azerbaijanos, las aldeas armenias carecían de gas, de agua potable y de tubería de agua. Los sistemas de irrigación y las plantas de generación de energía eléctrica servían a la población fuera de Karabaj, pero no a la que vivía en su interior. Se le quitó toda autonomía también al personal administrativo industrial.

Gracias a todas estas medidas la proporción de la población armenia se redujo, entre 1926 y 1979, de 94.4 al 76 por ciento, no obstante que la tasa de nacimientos era comparable. En este periodo permanecieron en Karabaj sólo uno de cada diez armenios. Entre 1981-1985 las inversiones *per cápita* en Karabaj fueron dos veces, y en 1986 2.7 veces, menores que en Azerbaiján. Y toda la región no contaba con más de 18 kilómetros de vías de ferrocarril. En términos generales, en el

periodo 1970-1979 diez mil armenios y 35 mil rusos emigraron anualmente de Azerbaiján. Si bien, de acuerdo con datos oficiales azerbaijanos, en 1926 había en la república unos 41.2 mil kurdos habiendo obtenido su autonomía entre 1923 y 1929, lo cierto es que, según las mismas fuentes oficiales azerbaijanas, actualmente no quedan ni kurdos ni autonomía. Por el contrario, en Armenia en el periodo 1926-1976, la población rusa ha crecido en 3.6 veces y la kurda en 3.4 veces.

Es de este modo que la política demográfica, de empleo, de inversión, de comunicaciones, de vínculos culturales y las tendencias de historiografía oficial provocaron un malestar nacional. Es por esto que, desde el principio, la gente sabía que su problema era de carácter político y buscó una solución política.

Sus demandas tenían como antecedente político el destino de la República Autónoma de Najicheván, ubicada en territorio armenio pero bajo administración de Azerbaiján. En 1917 esta región tenía un 40 por ciento de población armenia y, actualmente, ninguna. El 24 de junio de 1922 el gobierno soviético de Azerbaiján prohibió oficialmente el regreso de refugiados armenios a sus casas, decisión que fue reconfirmada el 29 de mayo de 1929 y que sigue en vigor hasta la fecha.

Por estas razones la demanda masiva fue tan unánime. Su alto grado de disciplina, de legalidad y de respeto hacia las instituciones del Estado hicieron que se extendiera la explosión democrática en la vida política de la URSS. La decisión tomada en Karabaj el 20 de febrero de 1988 fue seguida al día siguiente por la manifestación en Ereván, capital de Armenia. Sin embargo, los medios masivos de comunicación soviéticos guardaron silencio. El 23 de febrero el programa oficial de noticias Vremya informaba que el comité central del partido comunista calificaba el llamado y la demanda como "contrarios a los intereses de los trabajadores".

En Armenia se produjo la explosión. A la gente se le estaba diciendo que el partido conocía mejor sus intereses y necesidades que ellos mismos.

Karabaj fue colocada bajo la administración de Azerbaiján por decisión del partido, el 5 de julio de 1921. En esa fecha ni siquiera hubo un plebiscito. Un poco antes, de acuerdo con el tratado entre Rusia y Turquía firmado el 16 de marzo de 1921, Najicheván se otorgó a Azerbaiján en calidad de protectorado. Aunque la Armenia soviética era reconocida como república independiente, ni siquiera participó en las conversaciones. De suerte que ahora que los resultados insatisfactorios de la decisión del partido se ponen de evidencia, provocando un movimiento masivo, se muestra que lo que el partido hacía era apropiarse de los intereses de la gente y decidir acerca de sus necesidades.

Los acontecimientos de esos primeros días habían demostrado que esa doble y triple subordinación, que ese trazo imperial de las fronteras se había establecido para negar los derechos del pueblo a la tierra y a la toma independiente de decisiones. La mezcla demográfica de las naciones y la reinterpretación de la historia servían los mismos propósitos. En 1920, tanto el comisario de Relaciones Exteriores, G. Chicherin, como Lenin hablaban, acerca de la región armenia de Karabaj, de que había que respetar la voluntad de la población. El decreto Azerbaijano del 7 de julio de 1923 aporta pruebas respecto a la autonomía otorgada a la parte armenia de la región. Pronuncia el acto de creación de la autonomía y culpa al Im-

perio Ruso por su política de genocidio y aniquilamiento de las naciones más pequeñas. Como prueba se recordaba los *pogroms* masivos en Transcaucaso en 1905-1906, en la llamada guerra armenio-tártara.

En 1988 los armenios tenían que escuchar algo completamente imposible de comprender: si querían vivir en la madre patria, si querían tener derecho a su tierra, por más intolerable que resultara la discriminación podían abandonar sus hogares, pero tenían que someterse. El resultado fue un rechazo de tal magnitud que después del tercer día las manifestaciones habían crecido de 30 000 a 300 000 manifestantes. En Ereván hacía tiempo no se manifestaban actos criminales. Pero el 24 de febrero comenzaron las huelgas, acontecimientos poco acostumbrados en el ambiente soviético. Por primera vez el pueblo hacía recordar a los círculos oficiales quién sostenía a quién. Pero como resultado de todo esto el representante del comité central confirmaba la ocurrencia de los primeros intentos de *pogroms* en Agdam, Karabaj, con las consiguientes pérdidas en vidas humanas. Luego vino el llamado de Gorbachov a las dos repúblicas y Ereván decidió suspender las huelgas y reanudar el trabajo. Ese mismo día comenzó el *pogrom* de Sumgait. Fue organizado minuciosamente.

Para entonces, ya había llegado el primer secretario del Partido Comunista de Azerbaiján y principal dirigente del Consejo de Ministros. Este participa junto con el secretario del comité del partido de la ciudad en una reunión el 27 de febrero. En los centros industriales de la ciudad se acarrearon piedras y se prepararon armas de fierros viejos. Fueron traídas pandillas adicionales en autobús desde Bakú. Los teléfonos se cortaron y los atacantes llevaban consigo listas de direcciones. La milicia se mantuvo totalmente al margen y no se proporcionó ayuda médica.

Los medios masivos de comunicación guardaron silencio, no hubo pronunciamiento oficial alguno de condolencias, y prácticamente ningún castigo ni acusación. La acción genocida de la masacre, que recordó los días más sombríos de 1915, fue calificada simplemente de *hooliganismo* (pandillerismo). Fue un *shock*. Como resultado de la aniquilación genocida organizada por el gobierno otomano turco en 1915, la nación armenia perdió una población de 1.5 millones de personas. Después de ese holocausto dejó de existir la Armenia Occidental, turca. Pero nadie creyó que eso podría suceder en el ambiente soviético.

El *pogrom* de Sumgait cumplió los mismos objetivos y realizó las mismas atrocidades que el de 1915. Pero su propósito fue más local. Tenía que detenerse al pueblo, asustándolo, porque intentaba mejorar su situación política. Los funcionarios gubernamentales tendían a manejar el asunto de Karabaj como una cuestión económico-social, pero no política. Sin embargo, por más básico que fuera el aspecto económico-social, el problema iba más a fondo. Además, cuando a alguien se le da dinero, constituye un donativo pero no ofrece ninguna garantía. Y los derechos políticos son justamente una garantía frente a la discriminación, y ese es el punto que se quiere hacer. El Estado puede darte una dádiva pero uno quiere estudiar cómo hacerse de sus propios recursos y garantizar su independencia.

Si el socialismo tiene alguna ventaja, ésta consiste en la garantía de la seguridad social, de la defensa social. Sin embargo, el *pogrom* de Sumgait mostró que no

todos los pueblos ni todas las personas tiene acceso a ellas. La masacre reveló que el Estado no extiende sus obligaciones a todos los individuos y naciones, particularmente si son pequeñas. Hasta ahora la filosofía del contrato social no ha sido absorbida por el pensamiento político. El Estado soviético no reconoce al pueblo como portador de derechos soberanos. Es por esto que Karabaj se convirtió en el campo piloto de la reconstrucción y es la piedra de toque principal del éxito o no de la democracia en la URSS.

El lugar de los acontecimientos fue elegido con toda lógica. En calidad de ciudad industrial nueva en que la población armenia, de unos 17 mil habitantes, vivía como una minoría dispersa hacía a ésta muy vulnerable. Hubo un intento parecido de *pogrom* en el sector armenio antiguo de Kirovabad, pero allí la población pudo organizar la autodefensa. Soumgait estaba a sólo 22 kilómetros de la capital de Azerbaiján, de modo que las acciones se podían organizar y reforzar más fácilmente. Además, debido al silencio que guardaban los medios masivos de comunicación soviéticos, la gente simplemente no se enteraba de las decisiones que se estaban tomando en Karabaj.

Este *pogrom* refrescó la memoria histórica sobre la masacre de 30 mil armenios en Bakú en septiembre de 1918 y de los 40 mil armenios en el corazón del Karabaj, su ciudad principal, Shousha, en marzo de 1920. En el contexto del siglo XX se exige prestarle una atención muy seria al genocidio como respuesta política a la cuestión nacional, utilizando la violencia y la opresión. El refuerzo tecnológico vuelve más efectivo el ejercicio del genocidio, colocando a las naciones más pequeñas en una situación cada vez más vulnerable. De tal suerte que, cualquiera que sea la circunstancia social, si un Estado es totalitario resulta cada vez más fácil la implantación de una política violenta y de deportaciones respecto a las naciones pequeñas. Especialmente en condiciones de crisis.

El derramamiento de sangre fue necesario para impedir la regulación política de la cuestión, porque no había argumentos que rechazar. El pueblo organizado, pacífico y respetuoso de la ley tenía que ser contrapuesto por multitudes violentas porque no había nadie que reconociera que el pueblo común y corriente no era tan ajeno a las normas de la democracia. Es preciso señalar, sin embargo, que inmediatamente después de lo de Soumgait, el 9 de marzo, el comité central del partido comunista de la URSS y su buró político crearon su primera comisión, de una larga sucesión de comisiones, para estudiar el asunto, aunque no siguió ningún pronunciamiento político calificando la masacre.

El segundo *shock* de Armenia fue provocado por los medios de comunicación centralizados que, al mismo tiempo que intentaban tranquilizar la tensión del público, diseminaban noticias sumamente hirientes. Tales publicaciones surtieron un efecto muy desestabilizador. Además, la creación masiva de esta imagen negativa no se debía exclusivamente a un acto de desinformación, sino que constituía un impulso preconcebido para nuevos ataques.

De una potencia notable resultó el efecto incisivo del artículo "Emociones y conciencia" publicado por el periódico *Pravda* el día 21 de marzo. En él todo el movimiento de Karabaj se atribuía a los elementos corruptos y al egoísmo y se ex-

puso una imagen falsa del comité de Karabaj. La redacción era tan incorrecta e inapropiada que el corresponsal especial de *Pravda* en Armenia, Yu. Arakelian retiró públicamente su firma del material impreso. La publicación de este material creó una gran desconfianza hacia todo el sistema oficial de información. También quedó expuesto que la política de información seguida tendía a crear una imagen de igualdad entre la gente que participaba en manifestaciones pacíficas y los responsables de los *pogroms*, entre los organizadores de las sesiones del parlamento y los responsables de las matanzas. Comenzaba el juego de reubicación de los significados.

Hay una diferencia crucial entre lo nacional y el nacionalismo. El primer significado implica un desarrollo intenso por cuenta propia. El segundo implica la tendencia de vivir a costa de otros, empleando la opresión y un sistema de privilegios por parte de ciertos grupos étnicos. Sin embargo, en los medios de comunicación de la unión se tildó de nacionalista la voluntad del libre desarrollo, y no se culpó al privilegio, a la discriminación ni a la violencia. No se culpó al acto genocida del *pogrom* porque se podía herir el sentimiento nacional. Se nos decía que no se podía acusar a un pueblo entero, que si se denunciaba el *pogrom* se podía herir a toda una nación. Sin embargo, la experiencia histórica ha demostrado que el peligro del nazismo, durante la segunda guerra mundial, consistió precisamente en su capacidad de atraer a las grandes masas y que es necesario movilizar la conciencia pública. El silencio intencional sobre los hechos de Soumgait indujeron las nuevas masacres de Kirovabad, Bakú, Fergana, Osh, Novy Uzen. Inclusive después de que a los armenios de Soumgait de la zona montañosa de Karabaj se les decía, y se les sigue diciendo hasta la fecha, que tenían que permanecer bajo el dominio de la república, los poderes estaban organizando con éxito las masacres.

Sin embargo, no sólo se dejaba sin condenar este crimen ultrajante, sino que el 26 de marzo se envían destacamentos del ejército soviético al pacífico Ereván. Su primera acción consistió en contener la Plaza de la Opera, lugar de manifestaciones, llamada en la ciudad Plaza de la Libertad. Desde el verano de 1988 comenzaron las batallas legislativas. Fueron acompañadas en Armenia por combativas manifestaciones, *sit-ins*, huelgas de hambre en que la gente demandaba que su Soviet Supremo funcionara como la voz oficial de la nación. El Soviet Supremo de Armenia tenía que responder ante el segundo paso dado en la zona montañosa de Karabaj desde el mes de febrero, en que Azerbaiján levantó un bloqueo para ocultar la subordinación económica a dicha república.

El 13 de junio de 1988 el Presidium del Soviet de Azerbaiján publicó una resolución especial en la que se rechaza el llamado a favor de la región autónoma, dirigido a Bakú desde el 20 de febrero. Después, dos días más tarde, el 15 de junio, la sesión del Soviet Supremo de Armenia, produjo un acuerdo de incluir a Karabaj en la estructura de la RSS de Armenia, haciendo referencia al artículo 70 de la Constitución de la unión acerca de los derechos de autodeterminación de las naciones. El Soviet de Armenia dirigió un llamado al Soviet Supremo de toda la unión para que resolviera positivamente a favor del mencionado traslado administrativo. La sesión del 15 de junio lanzó acusaciones a nombre de la nación por los

sucesos de Soumgait y extendió sus condolencias a las familias de las personas muertas y por las pérdidas sufridas.

Con una respuesta inmediata la sesión del 17 de junio del Soviet Supremo de Azerbaijón rechazó el llamado de Armenia. En tanto, la sesión de la zona montañosa de Karabaj adoptó una resolución de aceptación de la jurisdicción inmediata de la unión y de trasladar el juicio sobre los sucesos de Soumgait al jurado de la Suprema Corte de la unión. La jurisdicción de toda la unión es un compromiso que contempla la igualdad política de todas las naciones, independientemente del tamaño y del número. Este concepto fue presentado por la organización del Partido Comunista de Armenia ante la XIX Conferencia del partido comunista de toda la unión, celebrada el 27 de junio pero no obtuvo una respuesta positiva ni mayor atención por parte de las instituciones de toda la unión.

El 12 de julio de 1988 la sesión regional del soviet adoptó una decisión de separarse de la composición azerbaijana, pero el 18 de julio el Presidium del Soviet Supremo de toda la unión respondió rechazándola y con la creación de una nueva comisión. Y, a partir del 21 de septiembre, tanto la región autónoma como el distrito vecino de Agdam fueron puestos bajo toque de queda.

Entre mediados de noviembre y el mes de diciembre se estaba gestando la siguiente crisis política. Como cualquier acto se interpretaba como una provocación, así se consideró el que Karabaj sostuviera una cooperación económica con la República de Armenia. Mostrándose nerviosa por esta cooperación la agencia oficial de información de Azerbaijón divulgó un mensaje el 17 de noviembre, en el que se afirmaba que los armenios construían una empresa industrial en el lugar sagrado y reserva ecológica, Top-Khana, situado en la zona montañosa de Karabaj. En realidad, el sitio no tenía nada de sagrado para los azerbaijanos ni constituía tampoco una reserva ecológica y se llamaba Khachin-tap. La gente pudo haber sido fácilmente tranquilizada por los medios de comunicación de toda la unión o por un simple traslado al lugar por parte de la televisión. Pero esto no se hizo.

El 17 de noviembre comenzaron las manifestaciones en Bakú. Las demandas presentadas fueron: que se detuviera toda construcción en el lugar, que se creara un estatuto de autonomía para los azerbaijanos residentes en Armenia y que se eliminara la autonomía de Karabaj. Una vez más se interpretaba a la autonomía como una simple propiedad de una república, sin conceder los derechos de separación. Esta interpretación también era vigente a nivel de toda la unión. Los manifestantes tampoco querían admitir que sus compatriotas ya gozaban de autonomía en Armenia, pues la República Autónoma de Najicheván, aunque está ubicada totalmente en suelo armenio, es administrada, no por Ereván, como podía esperarse, sino directamente por Bakú.

Desde el 21 de noviembre los participantes en las manifestaciones en la ciudad de Bakú gritaban las consignas de "Soumgait" y "libertad a los héroes de Soumgait". Un enorme retrato de uno de los líderes de las pandillas colgaba de uno de los edificios de gobierno. En el ambiente de agitación que se había creado circulaban turbas por la ciudad y, a partir del 23 de noviembre empezaron a extenderse los *pogroms* por todo el territorio de Azerbaijón centrándose en los blan-

cos armenios de Kirovabad, Shamjor, Mingechaur, Kazaj. El 24 de noviembre se anunció que Bakú se hallaba bajo régimen especial, pero las manifestaciones siguieron hasta la noche entre el 4 y 5 de diciembre. El 5 de diciembre el pogrom comenzó en la propia capital, pero se encontró con una resistencia activa por parte de los armenios. A partir de este momento la necesidad de la autodefensa se convirtió en un concepto y una preocupación nacional, tanto en el nivel no oficial como en el oficial.

Aprovechándose de la iniciativa de autodefensa, aunque su necesidad fue obvia y llegó a ser inevitable, los medios masivos de comunicación oficial tuvieron la oportunidad de hablar sobre el terrorismo armenio, de la agresión y el peligro para la población azerbaijana y para la paz en todo el país. Los actos bárbaros perpetrados en contra de los armenios jamás fueron calificados de terrorismo ni de agresión, ni constituían un peligro para la paz en la zona transcaucásica.

Fue en este momento, a fines de noviembre, que tuvieron lugar por primera vez en la república armenia los actos en reacción a las deportaciones. Se registraron pérdidas de vidas humanas, pero nunca fueron aplaudidas. Y los círculos oficiales armenios reconocieron que no podían garantizar la seguridad de la población azerbaijana en las condiciones imperantes. No fue sino hasta finales de noviembre que los medios masivos de la unión mencionaron el problema de los refugiados; desde noviembre habían estado utilizando y razonando la situación en relación con el movimiento de Karabaj.

El 7 de diciembre de 1988 la república de Armenia fue sacudida por un terrible terremoto. Devastó la tercera parte del territorio, afectó gravemente la segunda y tercera ciudades más grandes y destruyó totalmente a la ciudad de Spitak ubicada en el epicentro. El temblor sumó a las pérdidas en vidas humanas medio millón de damnificados sin hogar. Y durante esos mismos días en que imperaba la conmoción y desesperación dos factores contribuyeron a influir en el estado de ánimo social.

Al calor de los acontecimientos de Bakú y de los telegramas de condolencias por el terremoto, el 12 de diciembre fueron arrestados varios miembros del públicamente reconocido Comité de Karabaj, y M. Gorbachov, de visita en Armenia, acusó al pueblo de nacionalismo. La dirigencia esperaba que el terremoto haría olvidar todas las demás cuestiones.

Se llevó a cabo un intento por sacar en avión a todos los niños de pecho rescatados del terremoto, provocando un total repudio. Se planeaba dar a los niños en adopción a familias de toda la Unión Soviética y la acción se consideró un gesto de internacionalismo. Pero como siempre, ignoraba el sentimiento nacional, especialmente el espíritu nacional de un pueblo poco numeroso. Representante de una nación con experiencias de genocidios étnicos destructivos, con una población no muy numerosa y portadora de una cultura tradicional vigorosa y rica, Armenia guarda relaciones internas étnicas y familiares muy estrechas y una actitud sobre-protectora respecto a los niños. Es por esto que la sacada de los niños provocó tal tormenta. "En Armenia no hay niños huérfanos", gritaba la población.

El segundo factor se manifestó ante el apoyo moral y la actividad de rescate de todo el mundo. En la situación en que nos sentíamos tan abandonados y deses-

perados, la operación de solidaridad tan vasta y oportuna nos mostró la simpatía y comprensión que existía en el mundo hacia nosotros.

Sin embargo, el terremoto no sólo puso de manifiesto la solidaridad del mundo. Porque, mientras tanto, el bloqueo de las vías férreas y de las carreteras en combinación con la piratería de las provisiones se convirtió en el pasatiempo favorito de la república vecina, que permitió el paso de sólo el 4 por ciento de los envíos. Una vez más, los poderes de toda la unión guardaron silencio e ignoraron el problema. El bloqueo significaba la demolición de hecho de la integridad económica de la unión, algo mucho más sustancial que cualquier gesto político. Desemascará de nuevo que el gobierno de toda la unión no asumía con seriedad sus obligaciones con respecto a sus miembros más pequeños.

De este modo 1989 fue el año de reponerse del terremoto, de los refugiados y de los sin hogar. En julio, el académico A. Sájarov propuso el concepto de confederación, según el cual las repúblicas autónomas y de la unión disfrutarían de derechos políticos iguales. En agosto, el congreso de los representantes populares de Karabaj creó el consejo nacional como su autoridad soberana elegida. Y el 17 de septiembre, bajo una situación de bloqueo apremiante, se convocó a una sesión del Soviet Supremo de Armenia.

Se hizo un llamado a la Unión Soviética para que convocara a una sesión urgente (del Soviet Supremo de la Unión) para discutir la siguiente agenda:

- la cuestión de la seguridad de la población armenia en toda la región y, especialmente, en los distritos pertenecientes a la región montañosa de Karabaj
- sobre la ausencia de seguridad en las filas del ejército soviético
- sobre el bloqueo y la reparación de los daños causados, que serían pagados del presupuesto de la república en que se cometieran estos crímenes.

El soviét armenio solicitaba a su homólogo de la unión que en su siguiente sesión reconociera la decisión tomada por la región montañosa de Karabaj y la plena capacidad de sus representantes elegidos. Esta sesión del Soviet de Armenia, del 17 de septiembre, desconocía por ilegal las decisiones tomadas en 1920-1921 respecto al destino y los derechos de Armenia.

El congreso del 4 de noviembre del movimiento de toda la nación de armenia presentó e institucionalizó la visión completa de la vida nacional. Los puntos fundamentales del programa adoptado consistieron en repudiar la dependencia respecto a fuerzas exteriores y en afirmar la necesidad de la independencia política porque, de otro modo, se pierde la posibilidad de representar y proteger los intereses políticos nacionales. Durante casi un año y medio Armenia vivió separada del sistema de la unión. El Acuerdo de toda la unión fue violado por las autoridades centrales, al extremo de violentar la seguridad física. Ni uno solo de los llamados del parlamento republicano dirigidos a la unión obtuvo respuesta, ni aún nuestra propuesta de solidarizarse con la condena al genocidio de armenios cometido por el Imperio Otomano en 1915.

El congreso del movimiento de toda la nación armenia adoptó como objetivos inmediatos:

- 1) La reunificación de la región autónoma de Karabaj con Armenia.
- 2) La necesidad de llegar a un nuevo acuerdo entre Armenia y la Unión Soviética que incluya la libertad de crear las instituciones del poder republicano; el reconocimiento al derecho de separación; la reconstrucción de las unidades del ejército nacional que fueron desmanteladas en 1956; el derecho de establecer relaciones económicas internacionales libres, de establecer relaciones diplomáticas con países extranjeros—Armenia disfrutaba de tales derechos en el periodo inicial de la historia de la unión— y de participación como miembro en las organizaciones internacionales.
- 3) El que todas las leyes de la unión tengan que ser ratificadas por el parlamento republicano.
- 4) El proyecto de una nueva constitución republicana.
- 5) Un proyecto económico que incluya a la libre empresa.
- 6) El que la tierra sea transferida a los agricultores con derecho a ser heredada.
- 7) El que se declare zona de emergencia a la zona afectada por el terremoto.
- 8) El fortalecimiento del carácter estatal del idioma armenio.
- 9) El libre funcionamiento de la iglesia.
- 10) Reconocer el carácter prioritario de los problemas ecológicos y de refugiados.
- 11) Promover que el genocidio de los armenios de 1915 sea reconocido por las Naciones Unidas.
- 12) Promover que el Soviet Supremo de la unión reconozca el carácter ilegítimo del Acuerdo de Moscú del 16 de marzo de 1921 respecto a Najicheván y de la decisión del Partido Comunista de Rusia, del 5 de julio de 1921, respecto a la región montañosa de Karabaj.
- 13) La revisión de la causa judicial seguida en contra de los “enemigos del pueblo” después de 1920.
- 14) La promulgación de la condena, previo un análisis comprehensivo, de los sucesos de Soumgait.
- 15) La transferencia de los presos armenios que cumplen sentencias en todo el país para que completen sus sentencias en los establecimientos penitenciarios de la república armenia y,
- 16) La reconstrucción toponímica de la historia.

Este programa representaba las principales tendencias del ideario nacional y de la actividad política futura. Por su parte, el Soviet Supremo de la unión emitió una decisión el 28 de noviembre que reintegraba mediante la fuerza a la región autónoma de Karabaj a la dominación de Azerbaiján. Esta decisión contenía una cláusula especial de preservación del *status quo* en la composición demográfica de la región, pero sin atribuir a nadie su enforzamiento. Como en muchas otras ocasiones, en la práctica sólo se cumplían los puntos más explícitos. Como resultado de esta decisión la región montañosa de Karabaj fue despojada de todas las instituciones de poder elegidas y al ejército se le dio rienda suelta. En respuesta a esta política, Armenia y la región montañosa de Karabaj celebraron una sesión legislativa conjunta el primero de diciembre de 1989.

En la sesión conjunta, la república de Armenia confirmó las decisiones del 20 de febrero y 12 de julio de 1988 y del 16 de agosto y 19 de octubre de 1989, reco-

nociendo la autodeterminación de la región. Con esto la república de Armenia reconocía al Consejo Nacional Autónomo y el hecho de la reunificación. Extendió al conjunto de la población de Karabaj el derecho de ciudadanía armenia y asumía la obligación de proteger a los compatriotas en los distritos anexos al territorio armenio.

El Soviet Supremo de Armenia y el Consejo de la Región Montañosa de Karabaj llamaron la atención a los actos de genocidio de Shousha, Bakú y Kirovabad, señalando que no habían sido objeto de una evaluación jurídica ni política oficial. Tuvieron que subrayar que Azerbaiján había adoptado el derecho constitucional que señala abiertamente la acción de exterminio de la autonomía. La sesión conjunta no ratificó la decisión del soviét de toda la unión, comunicando el hecho a todas las repúblicas soviéticas y, por intermedio de los canales del Ministerio de Relaciones Exteriores republicano, a la comunidad europea e internacional y a los miembros de las Naciones Unidas.

La legislatura conjunta armenia dio a conocer que no había reconocido la decisión del Soviet Supremo de la unión, tomada después que la delegación armenia abandonara la sala del parlamento. Al mismo tiempo, esta sesión del primero de diciembre se mostró en desacuerdo con la protesta emitida por el Ministerio de Relaciones Exteriores por la resolución del Senado de Estados Unidos de solidaridad con la región montañosa de Karabaj, tomada el 19 de noviembre. Una vez más los medios de comunicación soviéticos tuvieron que informar de la desaprobación masiva, aunque la prensa de la unión no publicó la resolución. La sesión conjunta armenia interpretó la resolución de Estados Unidos como un apoyo al derecho de autodeterminación y no como un acto de inmiscuirse en los asuntos internos. El documento del parlamento republicano decía que la protesta del ministerio soviético de Relaciones Exteriores no reflejaba la opinión de los armenios ni la de sus organismos de poder.

Los sucesos de enero de 1990 marcaron un nuevo pico en la guerra fronteriza interétnica, con la nueva explosión de violencia en la capital de Azerbaiján. El 14 de enero el Comité de Defensa Nacional de dicha república hizo un llamado para invadir la región de Karabaj y en Armenia se fundó el Centro de Salvación Nacional. A partir de esta fecha hasta el 18 de enero todo Bakú ardía de *pogrom*, sin que actuara el poder del Estado, incluyendo las fuerzas militares. Y no fue sino hasta que comenzaron las consignas en contra del poder soviético y se produjo la expulsión de oficiales soviéticos de Najicheván y otros lugares, y que la violencia en contra de los armenios en Bakú se transformó en un movimiento de desintegración del poder soviético, que el Estado decidió manifestar su instrumentalidad y fuerza.

Desde el 20 de enero las fuerzas militares empezaron a desbloquear las calles que fueron escenarios de las batallas callejeras. Al día siguiente volvió bajo control soviético la capital de Armenia, después de los tiroteos y pérdidas de vidas humanas.

Sin poder mantener la cortina de silencio que le caracterizaba, los medios de comunicación de la Unión Soviética hicieron circular en gran escala las noticias de pérdidas de vidas en el ejército, culpando por igual a las dos repúblicas, estimulando así el sentimiento antiarmenio por todo el país, pues se sabía que los armenios habían sido los instigadores de los procesos políticos en Karabaj. La situa-

ción llegó a ser tan aguda que un oficial de alto rango en Ereván, el general mayor M. Sourkov, denuncia esta noticia, comunicando oficialmente que ni un solo miembro del personal del ejército había perdido la vida durante el movimiento de Karabaj.

Con base en la decisión del 28 de noviembre de 1989 del soviét de toda la unión, la república azerbaijana promulgó un edicto sobre la nueva división administrativa de la región montañosa de Karabaj, con el fin de alterar su composición demográfica. A partir de este momento el poder administrativo de la región autónoma queda en manos de oficiales del ejército que imponen una extensa política de terror y de violación de los derechos humanos, sugiriendo a la gente que abandone su suelo patrio. Por otra parte, el 24 de abril de 1990, en el momento en que la nación entera dispersa por todo el mundo se encuentra conmemorando en ceremonias de consolación el 75 aniversario del genocidio de 1915, quedan arrestados los participantes de las reuniones conmemorativas en Karabaj. En las condiciones de toque de queda, en que las líneas privadas de teléfonos son cortadas voluntariamente y transferidas al ejército y, aún más, en que se ordena el cierre de ventanas en las noches calurosas de verano, al comenzar el periodo de toque de queda, se llevan a cabo los arrestos de personas, que son lanzadas a las cárceles sin que medie ninguna acusación ni decisión judicial. Los vuelos de avión desde Armenia, que constituyen el único vínculo de la región autónoma con el mundo exterior, quedan prohibidos y se les limita. Y aunque la decisión tomada el 28 de noviembre contenía algunos aspectos positivos en el papel, en la práctica sólo se convocan los puntos más opresivos.

El mes de agosto de 1990 se presentó el triunfo electoral del movimiento de toda la nación armenia, habiendo obtenido alrededor del 60 por ciento de todos las curules del Soviet Supremo (de la república). Sin embargo, simultáneamente, el Partido Comunista de Armenia queda representado en la alta legislatura (de la unión) con una cuota de más del 70 por ciento. Luego de la adopción por el parlamento (de la república) de la Declaración de la Soberanía Nacional se introduce una serie de leyes que incluyen la Ley de Propiedades del 4 de octubre. Este último documento proclama la igualdad, plena legitimidad y protección por el Estado de la propiedad cooperativa y privada, incluyendo la propiedad de organizaciones internacionales y de ciudadanos extranjeros.

En ese mismo mes de octubre un grupo de diputados armenios del parlamento de la unión se declaran en huelga de hambre durante la sesión del Soviet Supremo, en protesta por el grave estado de terror, tanto oficial como no oficial, imperante en la región autónoma. El grupo de diputados intelectuales, en el que participa el eminente hombre de ciencias, Víctor Ambartsoumian, protestaba en contra de la disolución de hecho de la estructura administrativa de la región autónoma y exigía el restablecimiento de las instituciones de poder democráticamente elegidas en la región montañosa de Karabaj.

El pensamiento político contemporáneo, acumulado y reflejado en la Declaración de Soberanía, reconoce la independencia política como una tendencia legítima y normal, como el resultado esperado del proceso intencionado, pero fue precisamente la propia política del poder central la que condujo a las ideas étni-

cas de la política a la situación última de su separación del Estado de la unión. De tal suerte, que la disposición de las repúblicas más pequeñas a firmar nuevos acuerdos va a depender de sus términos reales, aunque los tres años de experiencia del movimiento de Karabaj ha expuesto una realidad, en el sentido de que el Estado no tiene la intención de respetar las libertades más importantes ni los derechos inalienables de los grupos más pequeños.

La radicalización de los pueblos se conecta inmediatamente con la intención manifiesta del Estado de rechazar los problemas nacionales en vez de tratarlos con el respeto merecido. Es consecuencia de la insatisfacción con el abismo existente entre las consignas democráticas de la reconstrucción de la URSS, su política exterior positiva y su respuesta opresiva a las necesidades internas de las naciones.

A menudo la independencia política se representa como algo antagónico al proceso de integración económica. Sin embargo, en el sistema bipolar dicha forma de integración resulta la más apropiada y la más ventajosa para los grupos más pequeños. En el marco de la política de integración actual del poder central de la Unión Soviética se sugiere que la cooperación debe darse exclusivamente sobre la base de la subordinación inmediata, en lugar de la interdependencia mutua de la especialización industrial. El gobierno de toda la unión sustituye los beneficios mutuamente compartidos por la subordinación político-administrativa directa, aunque en las estructuras políticas contemporáneas es casi imposible inducir que el gobierno central ajuste cuestiones nacionales mediante la negociación política. El desequilibrio de poder entre los numéricamente grandes y los pequeños es tan enorme, las posibilidades de que sean expresados los intereses de las nacionalidades más pequeñas son tan limitadas, que los poderes centrales simplemente descuidan la necesidad de respetar las individualidades étnicas en su política cotidiana. Resulta fácil la composición de documentos con un carácter de lo más progresista, sólo que el papel no parece merecer mucho crédito.

Finalmente, ¿cuál es la percepción que tiene el Soviet Supremo de Armenia en cuanto lo que debe comunicarse políticamente? Afirmamos que aplicar y soportar la violencia conlleva el peligro real de la destrucción de los pueblos numéricamente pequeños y que, de todos modos, no presenta ni presentará posibilidad alguna de soluciones positivas. La puesta en práctica de instrumentos no violentos en la interrelación de los pueblos representa la condición *sine qua non* de la supervivencia, tanto de países enteros, como de toda la humanidad. Es posible la creación de una nueva relación en una Unión Soviética sobresaliente, pero no sobre la base de consignas de reunificación como un fin en sí mismo, sino sobre la base de propuestas de colaboración en esferas sujetas a la discusión, empezando, por ejemplo, con la ecología. Y sólo sobre la base de lograr establecer un fundamento sólido de socios será posible transitar hacia puntos más complicados y más debatibles de la discusión.



La reunificación alemana: contexto y expectativas

Carlos A. Rozo

En los países de Europa Central y del Este vive el 2.5 por ciento de la población mundial y se produce el 2 por ciento de la producción global mientras que su participación en el comercio mundial se aproxima al 4 por ciento del total. Aun en el contexto europeo su producción es equivalente a sólo un 10 por ciento de la producción de la comunidad económica. Estos indicadores hacen pensar que las expectativas que sus transformaciones han despertado tienen un carácter más político que económico al menos en el corto plazo.

Si se le observa desde una perspectiva de largo plazo, entonces, entran consideraciones sobre el potencial económico. Desde esta base comparar los niveles de vida de la población de estos países con los de los países capitalistas es complicado y depende, en parte, del tipo de cambio que se escoja. Si la base es el tipo de cambio oficial el ingreso *per cápita* fluctúa entre los 5.5 y los 12.5 miles de dólares, mientras que si se calcula al tipo de cambio del mercado negro el rango de ésta fluctuación es 1.9 y 5.2 miles de dólares. En términos netamente monetarios es evidente que estos niveles de ingreso son inferiores a los que disfrutaban la mayor parte de los países industriales pero superiores a los que disfrutaban los habitantes de la mayor parte de los países en desarrollo.

Conciliar estos niveles tampoco es sencillo al considerar las diferencias básicas en los patrones de consumo existentes pues el patrón de consumo regional difiere sustancialmente de los patrones de consumo occidentales. En forma indicativa se puede apuntar que la alimentación y las bebidas demandan entre el 40 y el 50 por ciento del ingreso familiar, mientras que para servicios la proporción destinada fluctúa entre el 10 y el 15 por ciento. La diferencia entre los dos patrones de consumo es aún más drástico si se tiene que el gasto en habitación solo ha consumido entre el 5 y el 15 por ciento en aquellos países mientras que en los países capitalistas este gasto mínimamente fluctúa entre el 30 y el 40 por ciento del gasto total. El resto del ingreso que fluctúa entre el 45 y el 30 por ciento, constituye ahorro el cual también es alto en relación a las tendencias occidentales. Estos indicadores hacen suponer que las transformaciones de estos países hacia economías capitalistas de mercado implican modificaciones radicales no sólo en el marco estructural sino igualmente en el comportamiento de los consumidores.

Si bien bajo cualquier óptica los niveles de ingreso son relativamente altos, al comparar la estructura productiva de estos países con las de otras áreas geográficas se encuentra que están particularmente atrasadas en algunos sectores de la producción, incluso frente a países en desarrollo, como pueden ser los de América Latina. Un indicador relativo de esta situación es el denominado como "indica-

dor de fotocopiadoras”. Mientras en América Latina existen 292 mil fotocopiadoras, en Europa del Este solo hay en existencia 17 mil unidades; esto es, 18 veces más fotocopiadoras en una que en la otra región.

Por supuesto, este es un indicador de doble significado pues si por un lado se puede tomar como evidencia del nivel del desarrollo tecnológico de la región por el otro constituye una medida elocuente del mercado potencial existente. Esta, por supuesto, es una de las facetas que más interesan a Occidente pues constituye uno de los factores más expresivos para imaginar las oportunidades de inversión que existen en la región al igual que para visualizar una perspectiva de posibilidades para las exportaciones de las economías occidentales.

Otros indicadores de interés en esta dirección son la tasa de analfabetismo y la proporción de la fuerza de trabajo que labora en el sector manufacturero. Mientras que en Europa del Este el analfabetismo es de sólo el 1 por ciento en América Latina su nivel ronda por el 20 por ciento. Por su parte, mientras que en América Latina sólo el 30 por ciento de la población labora en el sector manufacturero en Europa del Este lo hace el 70 por ciento de los trabajadores. La conclusión que se puede deducir es que la fuerza laboral está mejor preparada para asumir un proceso de rápido crecimiento industrial que lo que podría hacerlo la fuerza de trabajo latinoamericana. Parece intuirse que las condiciones socioeconómicas entre las dos regiones son mucho más favorables, en general, para la población de Europa del Este que para la de América Latina. Un elemento mucho más significativo en este respecto lo constituye el hecho de existir una más igualitaria distribución del ingreso en el este europeo que en América Latina.

No obstante estos elementos positivos sobre el nivel de bienestar y el potencial aparente de los mercados de estos países hay dudas y pesimismo sobre las posibilidades del desarrollo futuro de la región. Inclusive se advierte de los peligros de que Europa del Este puede llegar a convertirse en la nueva América Latina en lo que respecta a endeudamiento externo; esto es, que aquellos países puedan convertirse en un “hoyo negro” para todo el capital que los bancos quieran o estén dispuestos a prestar a la región. Las causas de este pesimismo residen en los ya altos niveles de endeudamiento, como en Polonia y Hungría, a la carencia de sistemas contables que faciliten la transición, a la inexistencia de un sistema legal corporativo, a los bajos niveles de capacidad empresarial y a las prácticas aún existentes de trueque con que funcionan estas economías. Pero aún mayor en éste periodo de transición es la incertidumbre que genera el paso de una estructura de propiedad estatal a otra de propiedad privada.

1. QUÉ SE ESPERA DEL ESTE EUROPEO

Los procesos de transformación que se vienen impulsando en estos países tienen como objetivo central la puesta en marcha de reformas institucionales que conduzcan al establecimiento de economías de mercado. Se han planteado cambios de origen estructural, organizacional y legal, para que estas economías dejen de depender de los rígidos mecanismos de la planeación central a fin de que res-

pondan a las necesidades y a las condiciones de las fuerzas de la oferta y de la demanda.

Estas reformas institucionales hacia un sistema de mercado deben ser capaces, entonces, de introducir los siguientes elementos:

1. *Un sistema de precios.* Esto es, una estructura en que los precios sean indicadores adecuados para la producción y la comercialización porque reflejan verazmente las escases relativas y porque promueven la eficiente asignación de los recursos disponibles. Esto significa la libre determinación de los precios en el mercado que desaliente la formación de una estructura industrial monopólica.

2. *La liberalización de los salarios.* Los cambios en la estructura salarial fomentan las diferencias salariales a fin de promover la movilidad de la fuerza laboral. Se pretende en esta forma desalentar el superempleo que caracterizó a estas economías y que la fuerza de trabajo renuncie al alto grado de seguridad laboral que disfrutó en el pasado.

3. *Una descentralización del sistema de decisiones.* Se obliga a que sean los empresarios y no las burocracias los responsables de la toma de decisiones que requiere el proceso de acumulación de capital. Este es un factor crítico en el paso de la planeación al mercado.

4. *Una reforma del sector externo.* Esta reforma tiene como eje central la apertura de la economía hacia los mercados internacionales pues se opta por la necesidad de que los productores nacionales se enfrenten a la competencia del extranjero y la economía se haga, en esta forma, más responsiva a las indicaciones dictadas por los precios internacionales.

5. *Reformas organizacionales y jurídicas.* Los elementos más importantes en esta dirección serían introducciones de nueva creación en el campo de las finanzas y en el de la propiedad. En primera instancia aparece la urgencia de una red de intermediación financiera que cuente con las disposiciones jurídicas y contables necesarias y adecuadas para promover transacciones financieras reales que no sean meras transferencias como ocurría anteriormente. El otro elemento es el establecimiento de un régimen de derecho de propiedad bien definido que haga de lado el sistema de propiedad estatal y que dé prioridad al establecimiento generalizado de la propiedad privada.

Estas cinco líneas de reforma deben darse, además, en el marco de una transformación sustancial de las funciones del propio Estado en cuanto a su papel en el proceso económico. Se plantea, consecuentemente, el establecimiento de una organización estatal que garantice una estricta disciplina financiera a fin de lograr, por un lado, orden en las actividades presupuestales y por otro la instrumentación de una estricta política monetaria antiinflacionaria. El objetivo final de ésta última debe ser la liberalización total del sistema de precios para cuyo propósito debe haberse logrado, con anterioridad, un adecuado control de la liquidez y del sistema de determinación de tasas de interés. Análogamente, para lograr la disciplina fiscal se requiere de la privatización de los activos gubernamentales y de mecanismos adecuados de financiamiento empresarial que hagan de lado el mecanismo de transferencias unilaterales.

En las condiciones actuales de desarrollo de Europa del Este se considera que las reformas necesarias no sólo son pertinentes en cuanto a su contenido sino que además es de trascendental importancia el ritmo al cual se implementen; sin embargo, no existe consenso sobre este punto. De hecho, el debate en este campo ha sido intenso sobre dos posiciones centrales: la gradual o institucional y la rápida o radical.

El enfoque gradual está orientado por el postulado de que los ajustes necesarios tengan el menor efecto disruptivo en la economía y en la sociedad en general. Se considera que paso a paso se puede llegar a construir una economía de mercado sin que sea necesario desperdiciar los beneficios que el sistema anterior proporcionaba. Por su parte, los radicales, que encuentran su mayor apoyo en el Fondo Monetario Internacional, consideran que los menores costos de la transición se obtienen al enfrentar a estas sociedades a una transformación inmediata de las condiciones existentes. En ésta última visión no hay una vía intermedia entre la planeación y el mercado como parecería existir en la opción gradual.

Esta diferencia de opiniones sobre el ritmo de aplicación de las reformas tiene que ver no sólo con las posibilidades, condiciones y efectos domésticos de cada país sino además porque de la forma en que se proceda en cada uno de ellos se pueden generar efectos perturbadores en los demás como también los puede haber para el resto de Europa. Uno de estos efectos es el movimiento migratorio.

El ejemplo más dramático de las transformaciones que se vienen dando en Europa del Este lo constituye el caso de la República Democrática Alemana (RDA) que en menos de un año sufre la abolición total no sólo de su estructura económica sino además social y jurídica. Por las condiciones particulares en las que se da el proceso difieren sustancialmente de las del resto de los países sin que se puedan plantear paralelismos posibles. El marco de la reunificación de las dos Alemanias define condiciones y posibilidades únicas que no son imitables en los otros países en términos metodológicos y mucho menos en términos financieros. A examinar algunos de los elementos de este peculiar proceso nos dedicaremos a continuación.

2. LA REUNIFICACIÓN DE LAS ALEMANIAS

Por más de 40 años la reunificación de las dos Alemanias constituyó un anhelo y un objetivo de los gobiernos de la Alemania Federal aunque no lo haya sido así para los de la Alemania Democrática. Finalmente, el 3 de octubre de 1990 se dio el paso trascendental que acabó con dicha separación. Previamente se había iniciado el proceso dando cumplimiento a los requisitos necesarios que impuso el Tratado de Unión Económica, Monetaria y Social negociado entre los dos gobiernos alemanes, luego de las elecciones de marzo de 1990 que llevaron al poder al primer gobierno no comunista en la historia de la RDA encabezado por el democristiano Lothar de Maizere.

El tratado, que entró en vigencia el 1 de julio de 1990, definió objetivos intermedios a lograr en el camino hacia la reunificación definitiva. La armonización de

los sistemas institucionales, la introducción de una moneda común y de una política monetaria única y el ajuste necesario de las economías reales constituyeron las metas previas y necesarias para encarrilar a las dos economías en la dinámica de integración.

El paso más inmediato y definitivo que impuso el tratado para entrar en la fase de un proceso de reunificación lo constituyó la integración monetaria; esto es, la introducción de la moneda germano occidental, el *Deutsche Mark* (DM) como moneda única en las dos Alemanias. Se negoció, con amplio beneficio para los alemanes orientales, una tasa de intercambio entre las dos monedas a la cual se hizo el trueque que abolió al marco oriental.

El debate sobre la pertinencia del gradualismo o del radicalismo en la dinámica de este proceso fue muy intenso e incluso encontró en posiciones opuestas al gobierno federal y al banco central alemán el *Bundesbank*. Naturalmente, las consideraciones de orden político prevalecieron sobre las de orden técnico al optarse por un proceso instantáneo de integración monetaria. La necesidad de frenar la migración entre los dos países y la expectativa de que los germanoorientales pudieran rechazar su propia moneda prevalecieron como argumentos de los radicales sobre los gradualistas que postulaban la necesidad de la coexistencia de las dos monedas durante algún tiempo para que el tipo de cambio que se estableciera sirviera de amortiguador para los empresarios de la RDA. Además el gradualismo sería un mecanismo para aliviar los ajustes en salarios nominales que se presentarían y como un instrumento para evitar problemas en el canje de las deudas comerciales existentes.

El rechazo al gradualismo y la rapidez con que se dio el proceso de transformación monetaria condujo a la instantánea implantación del sistema de mercado por la simple eliminación de la moneda de la RDA.

Al entrar en circulación el DM en la RDA los germanoorientales optaron por satisfacer sus postergadas necesidades o anhelos de consumo en Occidente con lo cual implantaron un rechazo amplio, aunque no necesariamente generalizado, de la producción estealemana. Esta modificación de las condiciones básicas de la demanda y de la oferta ocasionaron un desplome de la producción que no tiene precedente en ninguno de los otros países del área. Se impuso, en la práctica, una estructura económica descentralizada y competitiva en la RDA a partir del reconocimiento del DM como la moneda nacional. La consecuencia básica de este desenvolvimiento, ha sido argumentado, fue optar por una rápida reunificación de los dos países ante la posibilidad de un desplome absoluto de la economía del Este cuya efecto inmediato hubiera sido la migración masiva hacia la RFA.

En realidad, pensamos que la relación de causa-efecto entre el desplome de la producción y la reunificación total no es tan clara y lineal. El argumento común generalmente propuesto y que los líderes conservadores de la administración federal hacen suyos es que el desplome de la economía, como consecuencia de su propia ineficiencia, entre finales de 1989 y mediados de 1990 dejó como única alternativa la reunificación inmediata. El argumento alternativo que proponemos es que el discurso político de la Democracia Cristiana con el canciller Kohl a la cabeza desde finales de 1989 —una vez caído el muro de Berlín— en favor de la “reu-

nificación inmediata" condujo inequívocamente al desplome económico por las expectativas que generó en la población germanooriental. En los otros países esteuropeos al no existir la opción fácil de resolver sus problemas por medio de una unificación han tenido que enfrentar la transición manteniendo las estructuras productivas heredadas del pasado. Se han implantado políticas económicas de conversión hacia una economía de mercado que han tenido efectos negativos sobre la producción y el empleo pero en ningún caso de la magnitud del desplome ocurrido en la RDA, como veremos más adelante.

Los estealemanes hubieran tenido que hacer lo propio de no haberseles propuesto la unificación inmediata, como lo hizo la Democracia Cristiana, a finales de 1989. En esta propuesta no hubo consideraciones sobre el costo en que se pudiera incurrir pues se hizo exclusivamente por razones de orden político. Las gigantescas subestimaciones que se hicieron del costo a que ascenderá el proceso durante los próximos años es consecuencia de la prisa y de la improvisación con que se procedió.

3. TRANSFORMACIONES Y CONSECUENCIAS

El éxito del proceso de reunificación requiere de profundos cambios estructurales que puedan resolver las grandes diferencias que existían entre los dos países. Así, mientras la población de la exRDA representa aproximadamente el 30 por ciento de la población de Alemania federal el producto nacional bruto constituye, aproximadamente, sólo el 10 por ciento de la segunda. Por su parte, la productividad de la mano de obra oriental se calcula en sólo 30 o 35 por ciento de la productividad existente en la República Federal. Además, el comercio exterior de la República Democrática se realizaba en más de un 50 por ciento con los países del Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME) que no respondía necesariamente a condicionamientos de orden técnico o económico sino más bien políticos y de cooperación regional.

Más importante aún son las condiciones infraestructurales con las cuales cuentan las provincias de la ahora exRDA. Se ha reconocido que dicha infraestructura es mucho más deficiente de lo que en un principio se había supuesto. Además de ser poco competitivo el sistema de comercialización la estructura de transportes y de comunicaciones es, en realidad, mínima e ineficiente. Una gran deficiencia es que la infraestructura existente no cuenta con seguridades para proteger el medio ambiente por lo cual éste se encuentra seriamente deteriorado.

En estas condiciones el éxito futuro de la reestructuración industrial sobre la base de una economía de libre empresa depende de: 1) que se aclare la incertidumbre sobre las condiciones legales de la propiedad privada; 2) establecer condiciones apropiadas para la creación de pequeñas y medianas empresas; 3) impedir que en la etapa de transición el incremento en los salarios absorba el incremento en productividad y 4) en definir las responsabilidades en el mejoramiento del medio ambiente y su lamentable estado de contaminación.

En este contexto el costo del proceso de reunificación se convierte en un factor de importancia fundamental no sólo para la economía alemana sino en general

para la economía internacional. Dado que no hay un programa ordenado o de planeación oficial para la reindustrialización que requieren las provincias del Este el proceso ha sido planteado sobre el apoyo de dos fuerzas fundamentales. Por un lado estaría el incremento esperado en el ingreso tributario en las provincias del este, lo cual conduciría a un incremento en los ahorros y por tanto a una dinámica positiva de acumulación de capital. El otro factor lo constituye, por supuesto, la dinámica que imprima al proceso la iniciativa privada con sus flujos de capital tanto desde las provincias occidentales como desde el exterior, esto es desde Estados Unidos, Japón u otros países europeos. La paradoja actual es que ninguna de estas dos fuentes ha dado los frutos esperados.

En un primer momento se consideró que el costo de este proceso sería fundamentalmente aportado por el sector privado con el apoyo del sector público. Con el paso de los meses y por la forma en la cual se han ido desarrollando los eventos durante el último año parece evidente que esta expectativa sobre el capital privado tendrá que ser modificada. Es un hecho que el proceso requerirá de una mayor participación del sector público en la aportación de los recursos necesarios para realizar las transformaciones requeridas. Esta modificación en las aportaciones sectoriales que son necesarias se deriva no sólo de las mayores necesidades de financiamiento debido a las deficiencias percibidas en la infraestructura y en el aparato productivo entre los dos países sino, además, por la respuesta concreta y poco satisfactoria con que el capital occidental ha seguido a sus declaraciones de entusiasmo e intención de invertir en el Este hechas bajo la euforia de la caída del muro de Berlín a finales de 1989.

El monto de las transferencias gubernamentales fue recalculado en 40 mil millones de marcos alemanes para 1990 y en 60 mil millones para 1991, lo cual constituye 40 mil millones más de los originalmente estimados a inicios de 1990. Se ha llegado incluso a considerar que dadas las condiciones del diferencial de productividad entre el este y oeste alemanes serán necesarios 1 100 millones de marcos alemanes entre 1991 y el año 2000 para que al despuntar el nuevo siglo la productividad del este se aproxime a un 80 por ciento de la del oeste. Este monto de requerimientos de inversión constituyen aproximadamente el 60 por ciento del PIB de la República Federal Alemana en 1990.

Un elemento vital y preponderante en estas nuevas estimaciones del costo de la reunificación lo constituye, por supuesto, el costo de la descontaminación del medio ambiente. Hay que tomar en cuenta que un gran número de empresas del este funcionan a base de lignito, combustible de carbón, que tiene características altamente contaminantes. En consecuencia el cambio hacia el uso del petróleo o el gas, como combustible, será muy costoso.

4. LA ECONOMÍA DE LA REUNIFICACIÓN

Desde que se planteó la posibilidad de la reunificación de las dos Alemanias a finales de 1989 la tendencia que se ha manifestado en las respectivas economías domésticas de cada una de ellas muestra direcciones opuestas. Mientras que la

actividad económica en el oeste tiende al alza, en el este, por el contrario, se manifiesta una tendencia hacia la recesión. El crecimiento del producto nacional bruto (PIB) real occidental en el tercer trimestre de 1990, por ejemplo, fue del 8 por ciento, comparado al trimestre inmediatamente anterior y de 5.5 por ciento en comparación al de un año anterior. Por su parte en las provincias del este se experimenta una caída permanente de la actividad económica desde principios de 1990 pero particularmente desde el 1o. de julio de dicho año. Esta caída en la dinámica de la acumulación es consecuencia no sólo del incremento en la competencia a la que se enfrentan los productores estealemanes sino principalmente a la caída de la demanda interna y de las exportaciones. Esto ha sido consecuencia de la preferencia de los residentes del este por los productos del oeste; lo cual en un inicio condujo, prácticamente, a compras de pánico y de las posibilidades de los otros países del CAME de adquirir bienes fuera de la región, lo cual ha hecho que se reduzca el comercio intrarregional.

La consecuencia inmediata de esta situación es que el desempleo en el este ha ido en continuo crecimiento. Hacia finales de 1990 se estimaba el desempleo abierto en cerca del 7 por ciento de la población laboral y la parte que sólo labora parcialmente en cerca del 20 por ciento .

Esta tendencia hacia un desarrollo desigual entre las dos partes del país deriva del tremendo impulso a la demanda agregada en el Occidente proveniente del Oriente como consecuencia del rechazo de los habitantes de la exRDA a los bienes producidos domésticamente. Para la economía germanooccidental esta situación ha sido de gran beneficio pues ha servido para compensar la pérdida de dinamismo que se había experimentado recientemente. En particular en el sector exportador se había sentido en una caída debido a la pérdida de dinamismo económico de los países industriales; esto es, el fuerte crecimiento que las exportaciones germanas habían mantenido en años anteriores empezaba a experimentar un cierto desaceleramiento. En forma complementaria, sin embargo, desde junio de 1990 se manifiesta un crecimiento sostenido de las importaciones de la RFA como un factor necesario para resolver algunos cuellos de botella en sectores de la producción de bienes que se demandan y se requieren en las provincias del este.

Esta dinámica ha llevado a que el consumo en las provincias occidentales haya tenido un impulso considerable últimamente, de tal forma que en el tercer trimestre de 1990 experimentara una tasa nominal de crecimiento del 7 por ciento y real del 4 por ciento. Este impulso al consumo deriva, por supuesto, de los impactos positivos que esta situación ha tenido en la parte occidental al incrementar el empleo y al empujar al alza los salarios. El incremento en la demanda agregada doméstica compensa, en consecuencia, la caída en la tasa de crecimiento de las exportaciones.

Las expectativas para 1991 no modifican sustancialmente el panorama. El informe de los cinco centros de investigación económica de la RFA postulan que el crecimiento del PIB continuará positivo en el oeste aunque a una tasa menor que en 1990. Se pronostica una tasa del 2.5 por ciento respecto del 4 por ciento experimentado en 1990. Para las provincias del este la tendencia decreciente continuará

aunque en forma desacelerada, así del 16 por ciento de caída experimentada en 1990 se pasará a un 10 por ciento en 1991. No obstante el menor ritmo de la desaceleración económica en el este estos institutos consideran que el desempleo abierto continuará incrementándose hasta el 17 por ciento y el empleo de tiempo parcial se mantendrá cercano al 20 por ciento. Esta perspectiva de corto plazo no da indicios de un mejoramiento de la situación económica para las provincias del este alemán.

Si bien estos resultados pueden ser evaluados a la luz de los cambios que han ocurrido en las preferencias de los consumidores estealemanes, también es pertinente apuntar que el desplome que afecta a la economía en la exRDA tiene causas profundas en la falta de respuesta de los capitales alemanes para invertir en las provincias del este. A finales de 1990 eran relativamente pocas las empresas que ya se encontraban realizando inversiones en las provincias del este, entre las cuales se cuenta a la Volkswagen con 5 000 millones de DM, la Opel (subsidiaria de la General Motors) y la Mercedes Benz en el sector automotriz; la BAFS en el sector químico y la Allianz, el Deutsche Bank, el Dresdner Bank y el Commerzbank en el sector financiero.

5. EL COSTO DE LA UNIFICACIÓN

No obstante las disparidades del crecimiento el proceso de reunificación ha implicado una transferencia masiva de recursos financieros del oeste al este, lo cual ha impuesto un crecimiento del déficit presupuestal del gobierno federal. Para 1990 este déficit fue estimado en 95 000 millones de DM, es decir 3.5 por ciento del PNB mientras que para 1991 dicho déficit puede llegar al 5 por ciento del PNB con alrededor de 140 000 millones de marcos. El interrogante central es, por supuesto, ¿cual será la fuente de financiamiento de estas gigantescas magnitudes de capital?

La situación política derivada de la primera contienda electoral de la Alemania unificada, el 8 de diciembre de 1990, hizo que hasta tal fecha ninguno de los partidos políticos deseara aclarar las respuestas a la pregunta anterior sobre la procedencia del financiamiento de la reunificación.

Una vez que Helmut Kohl asegura su continuidad como canciller para un nuevo periodo legislativo se plantea, entonces, la necesidad de incrementar los impuestos para cubrir las erogaciones exigidas por la unificación a pesar de la consigna electoral de no incremento de impuestos. Este es un procedimiento que no puede tener aplicación inmediata y que debe ser cuidadosamente programado, en particular, al considerar las restricciones que pueden imponer las propuestas de homogeneización impositiva que se están discutiendo dentro de la CEE a la luz del proyecto de 1992.

En tanto la alternativa impositiva encuentra una vía de instrumentación el gobierno alemán probablemente continuará recurriendo a los mercados internacionales como lo ha hecho en 1990, cuando por primera vez desde 1984 se emitieron Notas Promisorias por un valor de 19 000 millones de DM. Por supuesto, ésta no

es una opción del todo deseada por el gobierno alemán y por otras autoridades financieras internacionales. Por un lado, esta vía orilla a que la posición neta de activos extranjeros alemanes se continúe incrementando más allá de los 500 mil millones de DM 1990. Por otro lado, este tipo de endeudamiento podría tener efectos significativos en los precios y en las tasas de interés domésticas pero aún más preocupante es que podría tener un relevante impacto sobre las tasas de interés internacionales como consecuencia del efecto de desplazamiento (*crowding out*) de las necesidades de capital para inversiones privadas que implican los requerimientos crediticios del sector público alemán.

Un elemento de apremio para cambiar las tendencias en las provincias del este es la consideración de que la propia recuperación de la actividad económica en esas provincias podría significar un ahorro significativo en los gastos para seguridad social de entre 20 y 30 mil millones de DM en los próximos años. Estos son los efectos retroalimentarios del crecimiento y de la acumulación de capital.

Para evitar estos efectos financieros y monetarios negativos el financiamiento necesario empieza a obtenerse de recortes presupuestales que viene ejerciendo el gobierno federal en líneas diversas tales como programas laborales, el gasto militar, recortes en subsidios para los sectores de la construcción, de la energía y del transporte en las propias provincias del este. Pero también se ha recurrido al incremento en los precios de los servicios públicos como se ha hecho en el servicio telefónico.

Un factor adicional relevante en el esquema de financiamiento es el control que se ejerce y se ejercerá para mantener al mínimo posible el incremento salarial, particularmente en las provincias del este, para así mantener bajos los costos de la producción y de las demás actividades de modernización que se hacen necesarias.

El tema del financiamiento de la reunificación es uno de los más delicados pues su valoración ha sido tremendamente subestimada. Una causa es la exagerada fe depositada en la voluntad de la iniciativa privada para asumir las necesidades de inversión que demanda el proceso; segundo, los cálculos políticos a través de los cuales se dio prioridad al objetivo de lograr la reunificación rápidamente sin mayor consideración por el costo involucrado; tercero, el más alto nivel de desempleo que se ha manifestado en comparación a las estimaciones originalmente; cuarto, la más baja recaudación impositiva en las provincias del este pues sólo se espera recaudar 40 mil millones de DM en 1990 cuando original la estimación era de 53 mil millones y quinto, el mayor costo que tendrá la modernización de la infraestructura y de la limpieza del medio ambiente sobre las estimaciones iniciales.

6. CONCLUSIONES

A escasos doce meses de iniciados los movimientos de democratización en la RDA el camino recorrido rebasa inmensamente las expectativas que se pudieron tener de lo que se lograría en tan poco tiempo. Con muy bajo error de equivocación puede afirmarse que nadie pensó que en tan corto periodo se resolviera la denominada "cuestión alemana"; esto es la reunificación de las dos partes en que

se dividió la Alemania derrotada al término de la segunda guerra mundial. Lo casi impensable en octubre de 1989 era una realidad el 3 de octubre de 1990. En tan sólo once meses se terminó con la separación de más de cuarenta años.

También hay indicios de que las expectativas despertadas a finales de 1989 fueron demasiado optimistas en cuanto a la celeridad con que podrían ocurrir los cambios y en cuanto al costo financiero en el que se tendría que incurrir para lograr la modernización de las provincias del este de la nueva Alemania unificada.

Estas dos fallas de cálculo económico se deben, en parte, a los juegos políticos que pusieron en marcha los partidos políticos de la antigua RFA, en particular el Partido Demócrata-Cristiano con Helmut Kohl a la cabeza, para capitalizar a su favor las ansiedades democráticas y consumistas de los germanoorientales.

Ahora que los costos de la reunificación empiezan a mostrar su verdadera dimensión y que los sacrificios que ello puede implicar en el corto y mediano plazo se empiezan a manifestar comienzan, entonces, las recriminaciones y las críticas por no haber optado por alternativas posibles pero que ya no están al alcance.

Sin embargo, hay que considerar la perspectiva de largo plazo en la que no ponemos en duda el éxito de la tarea que han emprendido los alemanes. El costo de corto plazo que tengan que pagar será, quizá, alto y generará, indudablemente, profundas cicatrices. Pero como lo ha planteado el canciller Kohl, en el largo plazo la gran mayoría de los alemanes tenderán a ver estos costos como una inversión en el futuro de su país que lo fortalecerá y lo ubicará en la posición de compartir la dirección de los destinos mundiales.



El fracaso del socialismo real ante las demandas de democracia e igualdad: ¿qué ha logrado la mujer siendo el hombre que no quiere ser?

Marianne Braig

1. La caída del muro de Berlín, por lo demás sin un antecedente comparable con el asalto a la Bastilla, estuvo precedida de innumerables “fiestas de la libertad”, de las cuales todo el mundo fue invitado a participar a través de la televisión. La libertad, valor evidente en el mundo occidental, se convirtió en un concepto desgastado, así como este desgaste había alcanzado las masas en Europa del Este.

¿Qué clase de libertad se estaba celebrando allí? ¿Era realmente la libertad de movimiento y la libertad de salir de su propio país, la libertad de palabra y de crítica, la libertad de opinión, la libertad de consumo o de inversión, la libertad de elección entre diferentes partidos (o nombres), la liberación de un pueblo de la opresión resultante del orden social, del Estado y sus leyes, la liberación del individuo de las normas opresoras de su sociedad o la libertad de autodeterminar su propia vida?

Cuando en 1968 las tropas soviéticas ocuparon Checoslovaquia, se acabó la esperanza de un camino socialista propio hacia una sociedad libre. Con ello, la Unión Soviética se aferraba a su posición militar hegemónica en Europa del Este y continuaba su carrera armamentista frente a los Estados Unidos y a Europa del Oeste. Esta carrera armamentista significó la pérdida para siempre de importantes recursos y fuerzas necesarias para el desarrollo social. El levantamiento en otoño de 1989 termina con un cambio de sistema: parece como si la libertad no solo estuviera ligada a un tipo de economía de mercado sino encadenada al capitalismo real.

El fracaso de las sociedades socialistas frente a las exigencias de libertad es evidente. Pero ¿había algo que valía la pena conservar y defender aún? A esta pregunta, que se hacían cada vez menos entre noviembre de 1989 y marzo de 1990, las respuestas fueron exiguas. En el verano de 1990 ello quedó reducido a la libertad personal de las mujeres de poder determinar sobre su propio cuerpo, vale decir a la libertad de poder decidir por sí solas sobre el aborto. Parece paradójico que lo último que defendieran del socialismo era un derecho personal, para mí un elemento fundamental de la libertad. Pero, ¿qué pasó con el valor socialista y comunista básico de igualdad?

¿Fracasaron las sociedades del socialismo realmente existente también o mejor dicho sobre todo en última instancia en su propio terreno?

2. La igualdad constituye sin lugar a dudas el valor central de épocas precedentes en el movimiento obrero. Las primeras luchas sociales perseguían la igualdad social y el desmonte de la desigualdad económica y legal entre las diferentes capas y clases.

Asimismo la igualdad entre el hombre y la mujer fue la exigencia esencial de los primeros movimientos feministas.

En Marx, el nexo entre desarrollo social y emancipación femenina parecía claro. En una carta del 12 de diciembre de 1868 le escribía a Ludwig Kugelmann: "El desarrollo social se puede medir exactamente por la posición social del sexo bello (incluidas las feas)".¹ En consecuencia, para los socialistas la "cuestión de la mujer" constituía una parte de la cuestión social (contradicción secundaria). En el prefacio de una crónica acerca del papel de la mujer en la historia de la RDA, se dice que "la solución de la cuestión de la mujer sólo se puede lograr a través de la constitución de la sociedad socialista. Ella exige la integración de la mujer en condiciones de igualdad en la vida profesional, civil y familiar, en todas las áreas de la practica social".²

¿Cómo era esta integración en condiciones de igualdad en la RDA?

La integración de las mujeres en la vida profesional impresiona: A fines de los ochenta el 91 por ciento de todas las mujeres tienen una ocupación, casi la mitad de los asalariados son mujeres. Las diferencias en el nivel de la cualificación formal profesional entre hombres y mujeres fueron reducidas sucesivamente, mediante la llamada ofensiva de perfeccionamiento profesional para mujeres, en el marco de los planes de promoción a la mujer, hasta mediados de los setenta. En 1985, el 81.5 por ciento de todas las mujeres ocupadas en la economía poseían una formación profesional completa. Estos hechos eran utilizados hasta el otoño de 1989 en la política y en los medios como prueba suficiente de la realización exitosa de la igualdad de derechos en la RDA. El hecho de que con ello aún no se había logrado la superación de las desigualdades sociales entre los géneros se constituía en un tabú. Tanto hombres como mujeres en la RDA no gozaban ni de las mismas condiciones en el trabajo profesional ni de las mismas posibilidades y recursos para su formación profesional. En especial los hombres no gozaban de igualdad frente a la vida familiar, vale decir, no eran integrados al trabajo doméstico y al cuidado de los niños.

Pues pese a las famosas conductoras de locomotora y de grúa, la importante participación de médicos e ingenieros mujeres en la RDA, también existía una división tradicional del trabajo entre los sexos. Mientras que en los años cincuenta y sesenta había una amplia promoción de las mujeres en todas las profesiones a raíz de la gran demanda de fuerza de trabajo, desde fines de los años sesenta la distribución de los sexos en las diferentes ramas de la economía permaneció estática. Los puestos de trabajo en actividades reproductivas y de servicios constituyen un

¹ MEW, Bd. 32, pp. 582-583.

² Siegfried Scholz, Hans-Jürgen Arendt (eds.), *Zur Rolle der Frau in der Geschichte der DDR. Vom antifaschistisch-demokratischen Neuaufbau bis zur Gestaltung der entwickelten sozialistischen Gesellschaft (1945-1981)*, Leipzig, 1987, p. 6.

mercado de trabajo propio de mujeres: el 72.2 por ciento de los ocupados en el comercio son mujeres, en la educación 77 por ciento, en la salud 83.3 por ciento. Estas son cifras similares a las de los países de economía de mercado. La participación de la mujer dentro del personal de dirección de la economía es de cerca de un tercio del total, pero varía fuertemente según sectores de la economía y se reduce de manera significativa en función de la importancia del cargo en todos los sectores, inclusive en los de mayor participación femenina.

El campo de elección profesional para muchachas jóvenes, aunque más amplio que en la RFA, era estrecho: el 60 por ciento de las muchachas que culminaron su educación escolar en 1987 se distribuyeron en 16 profesiones de nivel técnico. Oficios meramente femeninos son: mecanógrafa, vendedora, auxiliar de contabilidad, obrero calificado en textil, maestra, enfermera, entre otras. En una sociedad en donde se pagaba salario igual por trabajo igual, estas profesiones femeninas son las más mal pagadas.

La igualdad de la mujer en el acceso a la educación, casi 15 años más temprano que por ejemplo en la RFA, llevó a que más mujeres que varones jóvenes terminaran su formación escolar con el bachillerato. Las consecuencias fueron una subvaloración pecuniaria del bachillerato en el contexto de una nivelación salarial general y un pago peor de las profesiones académicas feminizadas en el sentido de una fuerte participación femenina. En las altas jerarquías de la ciencia se encuentran más mujeres que en el Occidente pero aún así también son una minoría, en la investigación en ciencias naturales están sobrerrepresentadas y desde 1975 se han reducido inclusive las ofertas de trabajo para muchachas en el área de desarrollo técnico.

También en la RDA el trabajo remunerado sólo constituía la mitad del trabajo femenino. Sin duda, la oferta cuantitativa de las guarderías infantiles en los años ochenta era a nivel internacional una de las mejores: en 1989 el 95 por ciento de los niños menores de 6 años tenían un lugar en los jardines o en las guarderías infantiles, 81 por ciento de los escolares hasta diez años tenían una plaza en las guarderías escolares. Instituciones como estas eran por lo general organizadas por las empresas y se constituyeron en las primeras víctimas de la privatización de los antiguos combinados estatales.

Sin embargo, también en el socialismo realmente existente, el trabajo asalariado femenino estuvo ligado al trabajo doméstico. Pese a la tecnificación del trabajo doméstico, observable también en la antigua RDA, pero mucho menos sofisticado que en la RFA, y a los servicios sociales limitados al cuidado de los niños, el gasto de trabajo doméstico es comparable con el de la RFA. El antiguo instituto de investigación de mercados de la RDA (*Markforschungsinstitut der DDR*) partía de una cifra de 45 a 47 horas semanales para una familia promedio. Las mujeres trabajaban por lo tanto un segundo turno, lo que significa que el trabajo doméstico (aproximadamente 70 por ciento) era realizado por madres ocupadas plenamente, es decir con 40 a 43 o 44 horas de trabajo semanales por fuera del hogar. La sobrecarga se agudizaba aún más, pues las carencias en la oferta de bienes y servicios tenía que ser compensada de manera individual.

En otros países de Europa del Este estos problemas cotidianos eran aún mayores.

La igualdad de derechos en el sentido de igual acceso a las posibilidades profesionales y de educación tiene que degenerar en una retórica económica si parte formalmente de un trabajo profesional igual y si toma como modelo el comportamiento profesional masculino, liberado del lastre del trabajo doméstico. Este modelo requiere que la mujer sea más fuerte que el hombre.

El objetivo de tratar a la mujer en condiciones de igualdad en la antigua RDA, tenía que haber considerado las condiciones de desigualdad de las mujeres como madres y amas de casa.

Frente a esta contradicción, el partido de la clase obrera aprovechó el papel primordial de la política sobre la economía para apoyar a la mujer en sus problemas específicos, consecuencias de su género.

¿Cómo se preocupó el partido por las “madrecitas” asalariadas?

El partido de la clase obrera (PSUA) desde muy temprano había asumido obligaciones de asistencia para trabajadoras con el fin de crear condiciones bajo las cuales “las mujeres pudiesen compatibilizar aún más exitosamente su actividad profesional con sus labores como madres en la familia”. Un instrumento importante para lograr este objetivo fue la creación de comités femeninos del partido en las empresas industriales y agrícolas de propiedad estatal, dispuesto por la dirección del PSUA a comienzos de 1952. El punto de partida era la difícil situación laboral y de vida de las trabajadoras —en su mayoría viudas de guerra y solteras— que en la posguerra habían asumido —como en la RFA— los trabajos más sucios y duros como fuerza de trabajo no calificada, a raíz de un excedente femenino de 2 millones y de la escasez de fuerza de trabajo. Los sindicatos siempre juraron defender los intereses de las mujeres asalariadas pero en la práctica se comportaban con indiferencia y evasividad, al igual que la dirección empresarial.

El PSUA atacó las situaciones objetivamente penosas existentes y a través de los comités femeninos les permitió a las mujeres articular sus intereses frente a la dirección de la empresa y del sindicato y ejercer presión para tratar de imponer sus derechos legales en la empresa.

Simultáneamente, con la creación de comités femeninos propios, el partido le quitó el poder a la organización de mujeres existentes (Liga femenina democrática de Alemania), la cual había surgido de comités femeninos democráticos antifascistas y había creado grupos propios en las empresas. Estos grupos fueron eliminados y la organización femenina independiente del partido reducida al “barrio y al ama de casa”. El partido se hizo cargo del trabajo femenino en la empresa. Las mujeres de los comités femeninos empresariales del PSUA impusieron el perfeccionamiento femenino, la creación de jardines infantiles y comedores, la asignación de viviendas para madres solteras. Asimismo organizaban fiestas de la empresa, paseos y fiestas navideñas para los niños de los miembros de la empresa. Con base en la situación concreta de desigualdad, ante todo de las madres solteras, ellas trataron de mejorar su situación.

Los logros sociales que fueron posibles para las mujeres en la Alemania del Este, serían los siguientes:

- Tenían el derecho a una plaza de trabajo, y también se crearon las condiciones necesarias para que las madres de niños pequeños pudieran trabajar de tiempo completo.
- Para prácticamente todos los niños había guarderías o lugares en los jardines de niños durante las horas de trabajo. Las condiciones jurídicas y de trabajo estaban orientadas hacia la completa armonía entre la educación de un hijo y el ejercicio profesional.
- Ambos trabajadores, padre o madre, tenían el derecho de pedir vacaciones con goce de sueldo por largo tiempo cuando los niños menores de 14 años se enfermaban.³

En la República Federal de Alemania se conceden cuando mucho 5 días al año de permiso siempre y cuando el niño no sea mayor de 8 años.

Las madres solteras que por lo general en todo el mundo se encuentran en una situación más difícil que las mujeres casadas y las cuales a menudo son objeto de discriminación, eran en la RDA no solamente reconocidas sino especialmente favorecidas y tenían una mejor situación relativa que las madres solteras en Alemania Occidental.

Las camaradas en los comités femeninos de las empresas tenían a sus espaldas al partido con su lucha por los derechos de las trabajadoras. Tenían tanto el “apoyo” como el “yugo” del partido, puesto que ejercían muy poca influencia política dentro del partido. Las propias organizaciones de mujeres fueron expulsadas de las empresas. La intervención del partido convirtió a los problemas de las mujeres en problemas políticos sin que por esto tuviera la necesidad de integrar a las mujeres a la política. El trabajo remunerado se volvió fuertemente trabajo femenino, la situación de la mujer se convirtió en preocupación de los hombres del partido. Una mujer que cuenta sobre su actividad en un comité femenino de una empresa, dice: “El director de la empresa nunca nos consideraba como del mismo rango. Nosotras éramos la quinta rueda del coche. No teníamos nada que decir. Entonces se inmiscuyó el partido. ¡Ve Usted! ahí es donde ‘necesitamos del partido’.”⁴

También acerca de una asamblea de mujeres en la empresa, recuerda: “Yo abrí la sesión con un saludo. Luego introduje al secretario del partido. Todo lo referente a lo político tenía que mencionarlo él. Y entonces le pedí al director de la empresa que también dijera unas palabras. El estaba nuevamente de acuerdo con las demandas de las mujeres, con que adquirieran una mejor cualificación y que concluyan con sus cursos de aprendizaje.”⁵

El Partido imponía de una manera tutelar y protectora por encima de los comités de mujeres el respeto a los derechos de las trabajadoras en las empresas. El

³ Joachim Frick, Krause, Peter, Vortmann Heinz, *Die ökonomische Situation von Alleinerziehenden in der DDR und der BRD in den 80er Jahren*, en DIW-Wb 42/90, pp. 598-603.

⁴ *Ibid.*, p. 28.

⁵ *Ibid.*, p. 31.

derecho de las mujeres a organizarse como ciudadanas y pelear por sus propios intereses se les negaba de la misma manera que a los hombres. La igualdad significaba ante todo igualdad económica entre trabajadores. Su significado desaparecía cuando se trataba de la relación de los individuos frente a la sociedad y al Estado.

En los cuarenta años de existencia de la RDA ninguna mujer pudo alcanzar los niveles más altos del poder en el comité central del partido. Una sola mujer estaba en el politburó, otra, la esposa de Honecker, en el Consejo de Ministros. En los gremios de decisión más altos donde no solamente se discutía sobre cifras abstractas sino donde se decidía qué, cuánto, con qué calidad y a qué precio se produciría y se distribuiría, no se encontraban representados los intereses de las consumidoras y ciudadanas. Qué moda y cuáles cosméticos deberían producirse, si formarían parte de los artículos de lujo o de los de primera necesidad, todo esto lo decidían los hombres... viejos por lo demás. Por eso es que no es de sorprender cuando las mujeres yugoslavas se quejan de las deficiencias de las toallas sanitarias o de la falta de preservativos.

3. En vista de que las mujeres tanto en el socialismo real como en el capitalismo se encuentran excluidas de las "posiciones clave" de poder, así como de las posibilidades de compartirlo, tanto en los gabinetes, en las empresas, en las escuelas, en las tiendas de departamentos, etcétera, sería lo más sencillo unirse a otras feministas y propagar el fin del ideal de la igualdad. Con esto nos encontraríamos en la buena compañía de un Aristóteles, quien intentaba tratar "a lo igual, con igualdad, a lo desigual, de una manera desigual".

Pero si tomamos en serio a la igualdad como el elemento central de la lógica de la emancipación, hay que defenderla en contra de su reducción y difamación. La igualdad no se disuelve en la nivelación economicista o en la asimilación a lo masculino como esto si fuera lo general.

La revolución francesa había ya convocado los aspectos contradictorios de la idea de la igualdad, a saber, igualdad solamente entre iguales, o la igualdad entre lo desigual. La Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano abrió la posibilidad —como promesa universal potencial— de pensar en la igualdad de derechos para los que no son iguales. Lo decisivo en este momento consistió en que la igualdad de las mujeres fue pensable en aquel tiempo, en que los "derechos humanos se proclamaban desde los techos" aún cuando dicha igualdad solamente fue reclamada por una minoría, ante todo por Olympe de Gouges.

El concepto de igualdad expresa una relación entre personas, objetos, circunstancias y determina de qué manera éstas pueden considerarse como iguales. Es decir, la igualdad debe ser siempre primero buscada, demandada y realizada. Esto presupone que lo que se está comparando o se pone en relación son personas diferentes. Según Ute Gerhard "la igualdad absoluta significa identidad".⁶ Sin embargo, cuando en primera instancia la igualdad se produce entre lo desigual,

⁶ Ute Gerhard, *Bürgerliches Recht und Patriarchat*, en Ute Gerhard et. al. (eds.), *Differenz und Gleichheit. Menschenrechte haben (k)ein Geschlecht*, Frankfurt A.M., 1990, p. 191.

tiene que existir un punto de referencia común que le de su legitimación. El Estado de Derecho se constituye en las sociedades modernas como el punto de referencia común. Este otorga a cada individuo sin importar raza, sexo o clase los mismos derechos frente a él y le garantiza los mismos derechos frente a los otros individuos. El Estado de Derecho está ligado a la democracia, la constitucionalidad, a la separación de lo privado y lo público.

Habermas⁷ caracteriza en sus tesis sobre el "Strukturwandel der Öffentlichkeit" ("Cambio estructural de la esfera de lo público") el surgimiento de la esfera pública representativa burguesa en el siglo XVIII, como opinión pública crítica y en la segunda mitad del siglo XIX marca su desenvolvimiento ulterior hacia una esfera pública dentro de un Estado benefactor. Desde principios del siglo XIX la esfera pública burguesa reclamó, partiendo de los derechos de libertad burgueses, la apertura al público de las sesiones del parlamento y de los tribunales y finalmente el derecho al voto y con esto los derechos de participación política.

En esta demanda de la esfera pública burguesa referente al control sobre la participación en el poder político no se integró a las mujeres. Solamente los hombres blancos, propietarios y educados podían disfrutar inicialmente de los derechos civiles que fueron modelados a su imagen y semejanza pero articulados como derechos humanos. La constitución burguesa de lo político como una generalidad en la esfera de lo público que es racional, mediable y configurable coincidió con la expulsión de la esfera íntima y privada y con la exclusión de las mujeres pensantes y actuantes. El destinatario de lo público burgués era el Estado. La administración del Estado, la política y la dimensión pública de la política se convirtieron con esto en asuntos exclusivamente de hombres.

El fracaso histórico de las sociedades socialistas no radica en la negación del Estado ante las mujeres o en la disolución de la familia ante la fábrica bien en el sofocamiento de la esfera pública entre un Estado/partido que se inmiscuía en todo y que se declaraba como responsable de todo y una pequeña esfera de lo privado (familia, grupos de la iglesia, entre otros). El Estado y su partido otorgaron a las mujeres, así como también a otros grupos (cristianos, jóvenes, extranjeros) una esfera determinada por una cuota de participación específica dentro de lo político. La constitución de estructuras públicas y autónomas fue prohibida y los derechos a constituirse como ciudadanas les fueron negados. El Estado se inmiscuyó, por una parte, en casi todas las esferas salvo en algunos pequeños enclaves, mientras que por otro lado, negaba a sus ciudadanos cualquier tipo de derechos, y prohibía la manifestación de necesidades e intereses fuera de los canales públicos controlados, así como imposibilitaba el que dichos intereses fuesen públicamente reconocidos.

La esfera pública constituida democráticamente, entendida como espacio de tolerancia, dentro de la cual los diferentes procesos de formación de voluntad política se pueden confrontar pluralísticamente, es decir, con los mismos derechos. El poder político es controlable y se puede elegir entre diversos partidos políticos

⁷ Jürgen Habermas, *Strukturwandel der Öffentlichkeit*, Neuwied, 1962.

u otras opciones de participación social puesto que presupone que todos tienen los mismos derechos humanos entendidos como derechos de libertad.

4. Después del transcurso de este último año podemos hacer un balance provisional del cambio de sistema y nos planteamos la pregunta: ¿Qué han aportado la libertad y la democracia para las mujeres?

La respuesta de muchas mujeres de los países de Europa del Este dada hace unos días en la primera Conferencia de mujeres del KSZE en Berlín fue desalentadora:

El socialismo real no ha aportado a las mujeres prácticamente nada fuera del duro trabajo asalariado, y la nueva democracia la está despojando de los pocos logros alcanzados, como lo son la relativa independencia económica, las instituciones para el cuidado de los niños o el derecho al aborto. En Hungría ninguno de los partidos políticos se interesa por los problemas de las mujeres.⁸

Al realizarse las primeras elecciones libres y secretas fueron elegidas muchas menos mujeres como representantes en el parlamento que las que ya se encontraban en las cámaras populares controladas por los partidos de Estado y que tenían garantizada su participación en base a cuotas reglamentadas. En Rumania se redujo el porcentaje de mujeres del 34.3 por ciento al 3.5 por ciento, en Checoslovaquia del 29.5 por ciento al 6 por ciento, en Hungría del 20.9 por ciento al 7 por ciento, en Bulgaria del 21 por ciento al 8.5 por ciento. En comparación con estos países la situación en la República Democrática Alemana no era tan negativa. En las elecciones del 18 de marzo se redujo el porcentaje de mujeres de la cámara popular del 32 por ciento al 20.5 por ciento. En contraste con la República Federal Alemana la participación de las mujeres es todavía mayor, si consideramos que en ésta el 15.4 por ciento de los delegados son mujeres (en España en comparación son únicamente 5.3 por ciento).

Pero no sólo en las nuevas representaciones populares sino también en los movimientos por los derechos civiles se pueden apreciar pocos esfuerzos para constituir un movimiento en pro de los derechos de la mujer. En todos los países que eran socialistas se está discutiendo la prohibición del aborto (en Rumania siempre estuvo prohibido). En Eslovenia y Polonia ya se han elaborado bosquejos para la modificación de la constitución.

Cuando el derecho a la libertad se ve restringido al hecho de escoger entre distintos tipos de mermeladas, de frutas y de partidos políticos, a ser responsable en caso de enfermedad, en el cuidado de los niños o de los ancianos, entonces degenera la libertad y se convierte en ideología (por ejemplo al verse confrontados con la necesidad de tomar una elección entre las diversas compañías de seguros. Anteriormente existía solamente una aseguradora estatal y no se podía optar libremente. Ahora los individuos tienen que asumir no solamente la responsabili-

⁸ Maria Adamik, Socióloga de Budapest, citado en el periódico TAZ del 15 de noviembre de 1990, p. 5.

dad de su elección, sino también la carga de culpa que implica el no haber hecho la elección adecuada).

La libertad del individuo se reduce a la remuneración de su rendimiento personal y la autodeterminación se identifica con la disposición a correr riesgos y el regocijo de hacer nuevas inversiones de dinero. La gris depresión cotidiana de la igualdad se combate con la idea de libertad que se ofrece en la propaganda de colores brillantes. Así entendida la libertad es elogiada en abstracto como la liberación de la economía del primado de la política y del mercado de las cadenas del Estado.

De esta manera no sorprende que los dirigentes de los ex combinados se sientan liberados de la economía estatal y tengan la esperanza de que con la economía de mercado podrán alcanzar un "nivel mundial". El "descuido eterno en nuestras empresas" lo remiten gustosamente a las madres trabajadoras, "ya que siempre faltaban algunas y nunca había sustituciones, seis semanas de vacaciones pagadas porque supuestamente los niños estaban enfermos, luego estaban las mujeres enfermas, tenían su día doméstico o habían ido de compras. Y por si fuera poco el descontento con la licencia de maternidad por un año."⁹

Partiendo de su situación de desigualdad entre los géneros, la exRDA realizó intentos positivos de integrar a las mujeres a la esfera del trabajo con igualdad de derechos, es decir, como trabajadoras con obligaciones de madre. Con esto forzó a la economía a financiar y organizar las correspondientes plazas de trabajo, el cuidado de los niños y la preparación profesional de las trabajadoras. Estos intentos son las primeras víctimas de esta libertad entre desiguales que son tratados como iguales.

La armonía entre el trabajo remunerado de mujeres y hombres con sus obligaciones como padres reestructurando al trabajo remunerado y regulando el trabajo en la familia, se ha convertido en una demanda central del movimiento de mujeres del mundo occidental. En contra de esto postulan los empresarios las demandas de rendimiento del mercado internacional como un impedimento de lo anterior. Ellos colocan gustosamente a las mujeres frente a la alternativa de deber y tener que ser como el hombre, que ellas no son, o a la de ser mujer y adaptar su trabajo de la manera adecuada, es decir, renunciar a él.

El socialismo no fracasó de ninguna manera en el intento de favorecer a las madres en sus condiciones desiguales de trabajo, de la misma manera que el capitalismo sueco tampoco desaparecerá debido a sus aportaciones sociales que favorecen a las mujeres.

En la competencia del sistema el capitalismo debería también asumir tareas sociales y el Estado benefactor debería hacer esfuerzos para alcanzar la justicia social. El mercado libre y la economía privada no han construido hasta ahora en ninguna parte del mundo departamentos baratos y adecuados para los ciudadanos

⁹ Conversación con el director de una empresa durante la época inmediata posterior a la caída del muro. Citado por Tröger, Annemarie. *Die Intelligenz in der Wende - Gedanken zu den Veränderungen in der DDR, Feministische Studien*, Jg. Nr1, Mai 1990, p. 115.

que perciben los salarios mínimos. Y los campesinos trabajan e invierten bien sólo cuando se les garantizan precios y sueldos. En las sociedades desarrolladas e industrializadas las mujeres también quieren al igual que los hombres poder decidir sobre su trabajo y sus formas de vida.

Las madres solteras del Berlín este no querían mudarse al sur del Bronx ni aún en la búsqueda de la libertad, pues no hay otra cosa que reprima la libertad más que la falta de dinero, comida y vivienda. Ellas querían libertades individuales en base a la justicia social.

Por fin quiero subrayar que las mujeres ganaron hasta el momento muy pocas libertades en este proceso de democratización y están a punto de perder las pocas libertades individuales garantizadas. El derecho a la autodeterminación sobre el propio cuerpo y la libertad de decidir cuándo y cuántos hijos tener no ha podido hasta ahora ser obtenido en el marco de los derechos para la libertad —con algunas excepciones— por la vía democrática y no será conseguido por las mujeres definitivamente. Este derecho a la libertad individual, un derecho fundamental para alcanzar la igualdad jurídica y social de la mujer, no es combatido solamente por la corte suprema de los Estados Unidos o por el Papa Juan Pablo II sino también por casi todas las mayorías electas democráticamente en Europa Oriental. En Latinoamérica así como en Africa y en Asia la prohibición del aborto acompaña a la esterilización sin consentimiento de las mujeres. Aparentemente la libertad de la mujer de proteger su propio cuerpo frente a los intereses demográficos del Estado no forma parte de las libertades burguesas y de la democratización de los países.

La pregunta que me planteo es la siguiente: ¿no deberíamos ver en esto un fracaso del llamado mundo libre dentro de su terreno más propio, a saber, el de la libertad? Tanto la libertad de los individuos en su diferencia, así como la igualdad entendida como la capacidad de asumir los mismos derechos y obligaciones recíprocamente —es decir, algo así como la victoria de los derechos humanos— no ha sido celebrada en las múltiples celebraciones para la libertad. Como ya dije anteriormente: el asalto a la Bastilla no aconteció en 1989.

Por una respuesta socialista ante la caída de las economías dirigidas: a propósito del caso polaco

Jan Malewski*

En la actualidad nadie duda de la caída de las economías que por abuso del lenguaje se les llama *socialistas*. Generalmente se admite la existencia de una crisis estructural y no coyuntural cuya causa principal reside en el crecimiento diferencial de la productividad del trabajo entre esas economías y la del capitalismo desarrollado.

A la economía del tiempo de trabajo, decía Marx, en definitiva se reduce toda la economía. La distancia que hoy separa la productividad del trabajo en las economías de tipo soviético de la de los principales centros imperialistas atestigua el retraso histórico en el que fue sumergida la primera experiencia histórica del desarrollo poscapitalista con la llegada de la contrarrevolución stalinista.

El fracaso del llamado *socialismo real*, las tentativas de restauración capitalista a las que asistimos actualmente son el resultado –diferido en el tiempo– de la sujeción del proletariado y del campesinado soviético por la burocracia stalinista. Sumisión prolongada después de la segunda guerra mundial a las clases obreras y campesinas de los países de Europa del Este.

Esta distancia se agravó después de la revolución tecnológica marcada por la generalización de las técnicas informáticas. A este propósito un ejemplo nos dice más que un largo discurso: mientras que en 1983 las fábricas Fiat de Italia producían en promedio 11.8 vehículos por empleado y por año, la fábrica de automóviles polaca de Bielsko-Biala (construida en 1970 empleando una licencia de Fiat) sólo producía 7, mientras que en la fábrica de automóviles de Varsovia (modernizada en 1960 gracias igualmente a una licencia de Fiat) un empleado estadísticamente hablando sólo producía ¡3.9 vehículos! Después de 1983 ha aumentado la productividad del trabajo en un promedio de 5 a 7 por ciento por año en la industria automovilística de los centros imperialistas. En Polonia ha disminuido. Esto no es de ninguna manera el fruto de mayor fervor o entusiasmo manifestado por los asalariados de las empresas capitalistas ni de la pereza de los trabajadores polacos –y más generalmente de los de la URSS y de los países del Este. Eso se debe más bien al retardo tecnológico acumulado en el Este, como la sustitución de manufacturas por la industria moderna se desprende de la superioridad tecnológica de esta última.

¿Por qué las economías falsamente llamadas del *socialismo real* (irreal sería el término más preciso!) han fracasado al inicio de la más reciente revolución téc-

* Traducción Javier Ortiz Cárdenas.

nica? La respuesta a esta cuestión implica el análisis de su funcionamiento, aunque sea brevemente.

1. LAS CONTRADICCIONES DE LA DOMINACIÓN BUROCRÁTICA

El propietario alienado

La abolición de la propiedad privada de la industria y de los bancos no ha conducido a la socialización de la economía. Ya Trotsky señalaba que *si la propiedad privada, para que llegue a ser social, debe pasar ineluctablemente por la estatización, como la larva para transformarse en mariposa debe pasar por la crisálida [...], miriadas de ninfas o crisálidas mueren antes de convertirse en mariposas*. En el Este, la clase obrera (y con ella la mayoría de la sociedad) fue privada de la principal función de ser propietaria de los medios de producción: de la capacidad de administrar y disponer del sobreproducto social que ella misma produjo. Esta función ha sido acaparada por el aparato estatal-económico, que domina la sociedad a través de medios coercitivos no económicos.

La categoría social surgida de este aparato no ha llegado a ser una verdadera propietaria de los medios de producción —su capacidad de disponer permanece limitada. Disponía de ciudades y de campos a nombre del *pueblo trabajador*. No se trata de un simple slogan constitucional, porque esta expresión, como otras parecidas, reflejan el cuadro de las relaciones de fuerza establecidas entre el *pueblo trabajador* y la capa burocrática. Es a través de esas relaciones que se expresa el hecho de que el aparato burocrático en su conjunto, en tanto capa social, no ha llegado a ser plenamente propietaria de los bienes que parecía dominar totalmente. De igual forma los miembros individuales de la capa burocrática, no importa de que privilegios materiales hayan dispuesto, lo cierto es que hacían uso de ellos gracias a la función que cumplían y todas sus tentativas por servirse indebidamente de ella con el fin de acrecentar su riqueza particular, podría ser sancionada al sobrepasar los límites del sistema (y así sucedió cuando ponían en peligro la estabilidad del centro burocrático).

Una capa dominante desgarrada

A causa de esos límites la *nomenklatura* del Estado-partido ha permanecido muy diferenciada. Sólo las cúpulas dominan hasta cierto punto su propio trabajo y el de otros. Los segmentos inferiores están sometidos a las cúpulas del aparato a través de los mismos medios de presión directa que los obreros dominan, por tanto, el trabajo de otros pero no su propio trabajo. El temor del futuro, expresión de la alienación hacia su propio trabajo, caracteriza no solamente a los productores directos sino igualmente a los organizadores de la producción.

El poder burocrático es inestable desde su nacimiento, le falta enraizarse en las relaciones de producción que podrían legitimar su papel ante los ojos de la sociedad.

Así como la voluntad de enriquecimiento de los propietarios es el motor del desarrollo de la propiedad privada, sólo la satisfacción sin cesar y acrecentada de las necesidades del propietario colectivo –de la sociedad– puede ser el motor del desarrollo de la propiedad colectiva. Sólo con esta condición se puede esperar que el propietario colectivo (o sus parcelas: los trabajadores de una empresa dada) se comportará como verdadero propietario –tenderá a maximizar los efectos y a minimizar los esfuerzos. Pero en el sistema de economía centralizada por la burocracia ningún sujeto económico se puede comportar de esa manera, porque los intereses vitales de cada uno de los grupos sociales imponen ciertos comportamientos a todos sus miembros. En otros términos las relaciones sociales gestadas en el marco de la dominación burocrática minan al interior de la relación de propiedad dominante y las relaciones de producción fundadas en ese marco. Intentemos presentar de forma esquemática esos comportamientos:

- Los trabajadores, privados de la influencia sobre el resultado de su trabajo y de la participación en los beneficios ligados a dicho resultado están condenados a tener una actitud defensiva: exigir aumento de salarios y al mismo tiempo economizar sus propios esfuerzos.
- Los dirigentes de diversos niveles deben ante todo preocuparse por salvaguardar la posición privilegiada obtenida. En el marco de las reglas burocráticas eso implica que por una parte, así sea sólo en apariencia, se realicen las directrices centrales, en primer lugar el mantenimiento de los trabajadores en la sumisión y el incremento de la explotación de su trabajo (comportamiento ofensivo). Por otra parte eso exige insertarse en el seno de una camarilla aparatista y la ampliación de su influencia en la burocracia, lo que representa una actitud defensiva frente al aparato central. Esas camarillas o grupos de presión, para que amplíen su influencia en el seno de la *nomenklatura*, deben realizar inversiones extensivas, principal medio de incrementar su clientela y asegurar la dominación sobre sectores cada vez más importantes de la *nomenklatura*. Mientras más se amplía su peso en ésta más llegan a dictar sus condiciones cuando se trata de repartir los medios presupuestales y las nuevas inversiones. De ahí se sigue que las ramas de la economía más importantes sean aquellas que aseguren el mejor salario a los trabajadores y se desarrollen más (al menos en tanto que la crisis no haya modificado las relaciones de fuerza en el seno de la burocracia). El terror stalinista pudo haber desestabilizado durante algún tiempo esas presiones y detener el incremento de su potencialidad. Después de los eventos de la *desestalinización* –es decir la detención del terror dirigido contra el aparato mismo– esos grupos de presión han desarrollado su poder oculto, hasta privar al centro burocrático de lo esencial de sus capacidades, como lo es el reparto del producto nacional.
- La dirección burocrática concentra las presiones contradictorias de los diversos grupos sociales, los apetitos de los grupos de presión intermedios y las demandas de su clientela, las necesidades del desarrollo del aparato de dominación (el ejército y la policía, pero también los peldaños intermedios de la gestión y del

control de la sociedad, desde el partido hasta la administración económica e ideológica). Omnipotente en apariencia por su capacidad de destituir a cada dirigente intermedio, juega un papel bonapartista en primer lugar para responder a los apetitos de los diversos sectores del aparato, ellos mismos fuente de los grupos de presión informales.

Los frutos de la gestión centralizada del producto social global

Para responder a las exigencias crecientes con el refuerzo de los diversos grupos informales en el seno del aparato del Estado, de la economía y del partido, el centro burocrático tiende a concentrar en sus manos no sólo el sobreproducto, sino el producto social global. De ahí se sigue que las empresas no dispongan de los medios necesarios para la reconstitución de los medios de producción, ni para el incremento de su producción, ni de los fondos necesarios para la satisfacción de las necesidades colectivas (educación, salud...) de los trabajadores. De ahí se sigue también que se reduzcan al mínimo necesario los fondos para la ayuda social. Pero el centro mismo, desgarrado por las demandas contradictorias que ampliamente sobrepasan sus capacidades, no satisface sus necesidades, o no lo hace más que parcialmente. Se sigue, entonces, por una parte, la reducción de gastos sociales y, por otra, la ruina del aparato productivo y la incapacidad de las empresas para modernizar sus instrumentos de producción. Esta realidad es la que recubre el llamado fraudulento de la *planificación socialista* y que los economistas de los países del Este han llamado, más justamente, *la economía dirigida*.

Porque la burocracia es incapaz de planificar. Lo mismo que el mercado, no es solamente un vínculo técnico entre los productores entre sí y, entre productores y consumidores sino es una relación social, el plan es ante todo una relación social de producción. Solo es concebible entre productores libremente asociados. La burocracia por el contrario, se erige como un intermediario obligado entre las empresas productivas. Al ser externa a las preocupaciones de los trabajadores, desorganiza en lugar de armonizar y coordinar los esfuerzos de la producción.

Para la burocracia el consumo social es un costo, que hay que reducir al mínimo bajo el pretexto de realizar sus propios fines, mientras que para los productores directos el consumo y su incremento son fines en sí mismos. De igual forma, para la burocracia el tiempo de trabajo de los obreros es elástico, mientras que para los trabajadores se da en el marco de cierto nivel de desarrollo dado y tienden a reducirlo.

El aumento del consumo y la reducción de los gastos del trabajo —he ahí dos funciones del progreso social y técnico. Así, el plan determinado por los trabajadores mismos en función de su interés y necesidades sentidas dispone en principio de un mecanismo automático que intenta desarrollar la técnica y las tecnologías.

Por el contrario, la planificación burocrática, una planificación externa al proceso de producción, no posee tal mecanismo. Las direcciones de empresas son en general hostiles a la introducción de nuevas tecnologías, al considerar que ponen en peligro la realización de los índices del plan extendidos al máximo para obede-

cer a la lógica de la centralización del producto social. Además, cuando ese producto es insuficiente para satisfacer al mismo tiempo las necesidades de crecimiento de la producción y del consumo y las de mantenimiento y desarrollo del aparato de dominación, el centro burocrático efectúa recortes en el consumo, limita el desarrollo de la producción e incrementa las tensiones en el intercambio. Tales actividades crean tensiones sociales que requieren no solo el empleo de la fuerza sino también implican, para eliminarlas, la agilización del consumo y el equilibrio de los aprovisionamientos. La burocracia confrontada a este círculo vicioso, en su búsqueda constante de reservas a utilizar, ha construido un enorme aparato de control (improductivo) y ha tratado de abarcar por medio del plan al conjunto de funciones productivas.

Aun cuando pueda parecer paradójico, la enfermedad que sufre *la economía dirigida* desde décadas tiene por nombre insuficiencia y no exceso de planificación.

Las opciones vergonzosas para la supresión del patrón monetario

Las opciones del reparto del producto social centralizado por la dirección burocrática no pueden ser transparentes. Primero, porque van en contra del interés de la inmensa mayoría de la población. Pero también, porque chocan en general contra el conjunto de peldaños intermedios que raramente obtienen lo que corresponde a sus necesidades representadas. En fin, numerosas opciones surgen de la autorización pura y simple, obtenida por el procedimiento legal de la planificación, por la decisión unilateral del centro o de ciertos grupos de presión particularmente poderosos. Tales opciones en lo inmediato son contradictorias entre sí, pero sobre todo a lo largo del tiempo. No pueden ser más que vergonzosas, como lo son los privilegios de la burocracia. Se basan en la superposición de intercambios desiguales entre la ciudad y el campo, entre diversas ramas y entre la economía nacional y la extranjera. Los subvenciones contradictorias que se sobreponen, los aprovisionamientos “engañosos” y la fijación unilateral de precios por empresas y ramas a la larga han impuesto una estructura de precios totalmente artificial e inestable, que ha destruido el patrón general del valor que fue la moneda. A fin de cuentas eso es lo que ha impedido toda opción racional por parte del centro burocrático.

2. LA ALTERNATIVA

La economía burocrática se ha desintegrado desde su creación por la contradicción entre las relaciones de propiedad colectiva y la gestión de un aparato burocrático colocado por encima de la sociedad y que escapa a todo control de la misma.

Esta contradicción puede ser resuelta de dos formas: ya sea al parcelarizar y privatizar la propiedad estatal de manera que las relaciones de propiedad correspondan a las relaciones de gestión, o por el contrario, al socializar la gestión de la propiedad colectiva. En 1981 en Polonia, Solidaridad se había pronunciado en favor del paso de la propiedad estatal a la propiedad social, dicho de otra manera por la transferencia de la gestión a los órganos de autogestión de los trabajadores.

La selección de una de las dos vías no es neutra. La selección de la privatización y de la parcelización de la propiedad implica que no se cambie la condición del obrero en el seno de la sociedad. Continuará siendo explotado y subyugado, permanecerá como objeto y no como sujeto del proceso de producción. Será entonces privado del control de su propio trabajo y del sentido del mismo. Lo que cambiará, será su superior —en lugar del regente burocrático que nunca estará seguro de lo que le aporte el futuro tendrá un propietario “legítimo” conciente de su lugar. El jefe del trabajador es el que llegará a ser el sujeto de la producción, y poco importa que sea un antiguo director, un exministro o un capitalista nacional o extranjero. La selección de la socialización de la administración, es decir de la autogestión, permite por el contrario comprometer el desarrollo social en el camino de la desalienación del trabajo en el que son los trabajadores los que llegan a ser sujetos.

Las dos soluciones conducen a una ruptura del stalinismo, al cierre del paréntesis histórico abierto por la sujeción de la clase obrera por parte de la burocracia después de la supresión de las relaciones capitalistas. Sin embargo, no es difícil percibir que en el caso de la privatización se trata de un retorno al punto de partida —lo que desde la perspectiva de la clase obrera significará la renovación de su lucha contra el capital. Por el contrario en el caso de la socialización se trata de ir hacia adelante, hacia la creación de un nuevo sistema social fundado en el interés de la mayoría de la sociedad polaca, anclado en las aspiraciones tradicionales del movimiento obrero.

3. UNA TRANSICIÓN INVERTIDA EN POLONIA

Polonia desde todos los puntos de vista puede ser considerada como un laboratorio por las tentativas de reformas económicas y sociales que tratan de superar las contradicciones inherentes a la dominación burocrática. En efecto, en Polonia, después de una década de ensayos infructuosos de reformas económicas mercantiles dirigidas por la burocracia, es donde se ha desvanecido ésta última ante la presión del movimiento de masas, que ha buscado un compromiso histórico con la dirección surgida de ese movimiento. Es en Polonia donde el antiguo régimen, poco antes de su desvanecimiento, ha suprimido la tutela administrativa sobre los precios, abriendo la vía a la solución neoliberal. Finalmente es en Polonia en donde se ha operado desde el 1 de enero de 1990 un plan de ajuste aceptado por el Fondo Monetario Internacional (conocido bajo el nombre de plan Balcerowics, siguiendo el nombre del viceprimer ministro y ministro de economía del gobierno de Tadeusz Mazowiecki). Los primeros resultados ya pueden ser apreciados.

Los primeros efectos del plan Balcerowics

a) Ha conducido a modificar la estructura del reparto del ingreso nacional. Los ingresos del trabajo han sido seriamente disminuidos: las esperanzas del *plan Balcerowics* preveían una baja de salarios reales de cerca del 25 por ciento (el fin de

la reforma económica introducida el 1 de enero de 1982 bajo la cubierta del estado de guerra había sido la misma, pero en aquel entonces las huelgas no permitieron tal baja), pero en realidad han sido reducidos en cerca del 40 por ciento. Los ingresos del capital se pensó crecerían considerablemente, pero la recesión provocada por las decisiones gubernamentales y por la desorganización de la producción han hecho funcionar mal ese bello instrumento. De hecho mientras que los ingresos de los campesinos se han estancado, incluso retrocedido en ciertos sectores (producción de lácteos y de carne), los del artesanado y del pequeño comercio han caído, los ingresos de los intermediarios económicos y la especulación se han elevado considerablemente.

b) Ha aumentado la desocupación, considerada como un factor indispensable para disciplinar a los trabajadores y romper sus lazos de solidaridad. Se trataba según la percepción del gobierno de una condición necesaria para atraer el capital extranjero a Polonia. La desocupación, inexistente en diciembre de 1989, sobrepasa actualmente el millón, aun cuando las grandes oleadas de despidos colectivos no han comenzado. Aunque esta política ha contribuido a reducir la importancia del sindicato Solidaridad, no la ha destruido. El reciente incremento de huelgas, como primeros signos de recomposición potencial en el seno de Solidaridad (específicamente la caída en su seno de posiciones sostenidas por el sector más abiertamente sumiso al gobierno), muestran que la clase obrera polaca ha preservado sus capacidades de resistencia colectiva.

c) Ha abierto el mercado polaco a las mercancías importadas —es lo que ha sido y sigue siendo la principal reivindicación del Fondo Monetario Internacional, cuya política intenta actualmente sobre todo contrabalancear la crisis de sobreproducción ya iniciada en Estados Unidos. La caída de una parte de la industria polaca —de aquella que produce para el mercado interno— ha sido un efecto secundario. Esta industria no puede sostener la competencia occidental, porque es menos eficaz (emplea en general tecnologías que consumen más trabajo y más energía para el mismo efecto final) y no dispone de la capacidad de inversión que permita recuperar su rezago. Dicha *apertura del mercado* (es decir, la liquidación del monopolio del comercio exterior y la supresión de una buena parte de los impuestos aduanales a la importación) no podía ser efectiva más que a condición de aumentar los precios internos colocándolos a nivel de los que rigen mundialmente. La pretendida *recuperación inflacionaria* (los aumentos a los precios administrativos y a otros de enero de 1990) sirvió principalmente a esos fines.

d) La baja producción industrial (menos del 30 por ciento en el primer semestre de 1990) ha sido el precio de la reducción draconiana del nivel de vida de las masas. Eso se reforzó por la ausencia de competitividad de la industria polaca, primeramente la de bienes de consumo. Y finalmente fue provocada por la restricción brutal del crédito y su considerable encarecimiento. La mayoría de las empresas polacas desde entonces han debido hacer frente a increíbles y numerosas dificultades de tesorería que las han conducido a una compleja red de endeudamientos mutuos.

c) Después de un aumento a los precios de consumo del orden de 150 por ciento en el primer trimestre de 1990, la inflación temporalmente se ha detenido: los índices de precios de agosto y septiembre no sobrepasan el 10 por ciento mensual (el año de 1989 terminó con una alza del orden del 100 por ciento anual). Sin embargo la caída de la producción industrial que continúa deja presagiar una elevación de la inflación en el futuro, los ingresos de los asalariados no podrán ser reducidos al infinito. La desaceleración de la inflación conjugada con la caída del dólar en los mercados cambiarios ha permitido mantener una tasa estable de cambio interno (alrededor de 9 400 *zlotys* por un dólar), condición indispensable para permitir las inversiones extranjeras.

Un optimismo neoliberal injustificado

El objetivo de la política neoliberal manejada por el gobierno de Tadeusz Mazowiecki es el de introducir las relaciones capitalistas en Polonia. Eso no significa que dicho objetivo pueda ser logrado fácilmente.

Tal política no tiene base social en el país, en ninguna clase o capa social seria. Ha podido tener durante un cierto tiempo la simpatía de la población convencida equivocadamente que eso le permitiría realizar sus propias aspiraciones. Pero, como lo atestigua el desarrollo actual del movimiento huelguístico, se trata más bien de un sostén muy enclenque. Porque el costo de la política implementada ha sido soportada en primer lugar por los tres grupos sociales esenciales: el nivel de vida de los obreros y de los intelectuales ha disminuido drásticamente mientras que los campesinos han visto que su capacidad de inversión se ha reducido, lo que no deja de tener sus efectos en la producción agrícola.

Los intentos por crear *ex nihilo* una clase burguesa en Polonia se enfrentan a innumerables dificultades. El sector privado tradicional y las capas superiores de la burguesía ciertamente habían gozado en el pasado de exorbitantes privilegios de consumo. Pero su riqueza, en gran parte consumida de forma improductiva, sólo permite realizar una mínima acumulación primitiva de capital. Ante la ausencia de celo por parte del capital extranjero para invertir en Polonia, el equipo de Tadeusz Mazowiecki ha hecho votar por la Dieta una ley de privatización que permite prever una gran dispersión de la propiedad a través de la distribución de bonos del tesoro cambiables por acciones de empresas privatizadas a todos los ciudadanos, por la venta de acciones a precios promocionales para los asalariados de empresas privatizadas (hasta lograr competir con el 20 por ciento del capital) y la venta de acciones a crédito. No hay duda que dicha dispersión de la propiedad permitirá a fin de cuentas que una ínfima minoría de accionistas aseguren el control de una gran parte de las empresas privatizadas. Pero tal cambio de relaciones de propiedad no solucionará de ninguna manera el problema de la baja inversión de la industria y no autoriza tener esperanzas de un despegue económico.

La *mercantilización* de la economía, introducida al inicio del gobierno de Mieczyslaw Rakowski y seguido después por Tadeusz Mazowiecki consiste ante todo en la liberación de los precios. Los iniciadores de este programa piensan que

con ello se permitirá transformar la estructura convaleciente de precios en Polonia –fruto de una prolongada *desmonetización* de la economía durante los últimos cuarenta años de reformas de precios incoherentes y sobrepuestos implementadas en las dos últimas décadas. Suponen que la espontaneidad de los precios conducirá finalmente por un lado a una situación de equilibrio entre la oferta y la demanda y, por otro lado, permitirá liquidar aquellos productores cuyo costo de producción es superior al costo medio de producción. Esperan igualmente que la apertura al mercado mundial obligará a las empresas a disminuir sus costos de producción bajo la presión de la concurrencia de mercancías extranjeras, que es susceptible, por otra parte –de acuerdo a la privatización de la industria– de contrabalancear la estructura monopolista de la industria polaca.

Esta visión peca de optimista.

Primeramente, la estructura de precios en Polonia refleja la estructura convaleciente de la producción, cuya expresión mas grave es el subdesarrollo de la industria de transformación que produce los bienes de consumo. Esta industria, dejada de lado desde hace décadas, en la que los costos de producción (aparte de los salarios) son muy elevados y cuyos productos están lejos de igualar el patrón mundial, no es capaz de hacer frente a la competencia de mercancías importadas. Sería posible revertir la situación al instaurar importantes tasas arancelarias aduaneras a las importaciones y al utilizar los fondos recolectados en inversiones para la modernización de determinadas ramas industriales se trata sin embargo, de una solución que implica una fuerte dosis de intervencionismo estatal, lo que va en contradicción con el ultraliberalismo que profesa el actual equipo gubernamental. Además de que la influencia de dicha solución sobre la estructura productiva sería lenta.

En segundo lugar, la productividad del “capital” fijo en Polonia es muy baja en comparación con el nivel mundial. Es el efecto de la aplicación de tecnologías obsoletas, bastante consumidoras de fuerza de trabajo, de energía y de materias primas, aun cuando el bajo costo de la mano de obra no presiona para que se sustituya el trabajo vivo por el muerto, fundamento de la innovación. Eso es igualmente válido para las eventuales inversiones extranjeras, interesadas en primer lugar por la mano de obra barata de Polonia, lo que las conducirá a transferir a este país bastante trabajo vivo, es decir lo que significa ino ser muy moderno! La influencia de tales inversiones sobre la estructura de la economía es por tanto débil.

En tercer lugar, la industria polaca –tanto el sector privado balbuciente como el sector estatal– sufre de falta de medios para invertir. Se trata del efecto acumulado del medio salto hacia adelante de Gierek y de la política que intenta transferir el peso del desequilibrio presupuestal sobre las espaldas de las empresas conducidas por el equipo del estado de guerra. El gobierno de Tadeusz Mazowiecki, al limitar radicalmente los subsidios para la industria y al comprimir el crédito, ha agravado más esta situación. Es difícil de imaginar cómo las empresas en el límite de su estrangulamiento financiero puedan ser capaces de modificar la estructura de los costos de producción, además de que el gobierno ha decidido conducir una política de crédito caro.

En cuarto lugar, el déficit relativo de capitales en el mercado mundial, debido en gran parte al déficit presupuestal de las metrópolis imperialistas y acrecentado por los efectos de la crisis del Golfo, torna ilusorias las esperanzas del gobierno en lo que se refiere al flujo masivo de capitales extranjeros. La inestabilidad política, social y económica de Polonia (como de los otros países del Este), inherente a la *transición en reversa*, hacia el capitalismo, comprometida por los dirigentes de esos países incrementa aún más las dudas de aquellos que disponen de capitales en el extranjero.

En quinto lugar sería ilusorio creer que el eventual desarrollo fulgurante del capital privado conducirá a modificar la estructura productiva. Dicho capital siempre es bajo (en 1989 el sector privado ha participado en el 7.4 por ciento de la producción industrial y ha abarcado el 5.2 por ciento del conjunto de inversiones en la industria) y aun una política que lo favorezca durante muchos años no permitirá que sea un factor de inversión serio. En Polonia siempre es más interesante invertir el capital por fuera de la producción y nada permite presagiar un cambio en esta situación.

La falsa alternativa de Walesa

La política económica del gobierno de Tadeusz Mazowiecki ha sido recientemente retomada por los expertos económicos del Acuerdo del Centro, quienes sostienen la candidatura presidencial de Lech Walesa. Las proposiciones económicas de este último consisten en proseguir en lo esencial las opciones políticas y sociales del *plan Balcerowics*. Difiere de este último en dos puntos. Por una parte, consciente de la ineficacia del *laissez-faire* en materia de política económica, reclama una mayor utilización del poder del Estado al servicio de la restauración capitalista, con el fin de acelerar su ritmo. Por otra parte, ante el peligro de un estallido social, anuncia una amplia distribución gratuita de una parte de la economía en vías de privatización y promete disminuir la desocupación.

Tanto en el dominio de la manipulación social su proyecto, por determinado tiempo, es realista, como en el dominio de la economía adolece de múltiples debilidades semejantes a las de sus competidores. Se trata en efecto de una huida hacia adelante frente a los obstáculos contra los que chocó Tadeusz Mazowiecki.

4. ESBOZO DE UNA REFORMA ECONÓMICA AUTOGESTIONARIA

En una situación de déficit generalizado como es el de la economía polaca sería ilusorio de contar con los mecanismos espontáneos. Al contrario, sólo la concentración de medios alrededor de alternativas concientes puede permitir el despeje de la economía. La selección de alternativas sobre las que habría de iniciarse la modernización de la industria no es simple. Exige un conocimiento detallado del estado de la economía y de todas sus empresas. Implica una selección difícil entre la inmensidad de necesidades no satisfechas y la concentración de los escasos recursos ahí en donde los efectos se den rápidamente y correspondan de me-

por manera a las aspiraciones sociales. Tal opción sólo puede ser tomada con la participación de todos los trabajadores –y ello implica el desarrollo de la autogestión en las empresas y la coordinación de consejos de autogestión a nivel del país y de las regiones. Eso implica también privaciones, pero de un contenido social diferente a las implantadas por Balcerowics.

El reciente aumento de luchas sociales y la apertura de debates dentro de la profunda crisis de dirección de Solidaridad –sólo la organización aunque poco influyente en Polonia y también en el conjunto de lo que fue el bloque soviético! (con la excepción posible de la muy joven confederación de trabajadores soviéticos)– permiten esperar que las condiciones sociales indispensables para que se lleve a cabo dicha reforma podrán ser reunidas en este país. En efecto, ante la larga ausencia de una actividad autogestiva de la clase obrera, las proposiciones hechas aquí no tienen ningún sentido.

Solidaridad, pese a una larga autonomización de su dirección y las ilusiones procapitalistas que por el momento dominan en su seno, es una organización muy democrática y con una tradición de autorganización sin equivalente en el movimiento sindical europeo, por lo que puede llegar a ser el motor de la reforma. Eso implica sin duda alguna que la experiencia vivida actualmente por los trabajadores polacos sobre la vía de restauración capitalista sea asimilada por los mismos. Eso implica también un retorno a las fuentes programáticas del sindicato: al programa adoptado por su primer congreso en otoño de 1981 que se pronunció por *un nuevo orden económico y social que articule el plan, la autogestión y el mercado*.

Nos pronunciamos por una reforma autogestionaria radical, porque sólo ella puede permitir sacar de la crisis y del subdesarrollo la economía polaca. Tal reforma no puede ser introducida desde lo alto, por vía de un decreto o de una ley aun cuando sea adoptada por unanimidad en las dos cámaras parlamentarias. Exige la participación conciente de la mayoría de los trabajadores y de los agricultores y su autogestión.

Presentamos a continuación, bajo forma de tesis, los rasgos más generales de tal reforma.

1. Las empresas deben ser administradas por los trabajadores a través de los consejos compuestos por delegados de departamentos y de otras unidades existentes en el seno de la empresa, elegidos en elecciones libres y revocables en todo momento por los electores. El consejo de autogestión puede emplear diversos especialistas o solicitar determinado trabajo si lo juzga necesario para su actividad. Presentará en la prensa de la empresa o en el curso de asambleas regulares (realizadas al menos una vez al mes, durante las horas de trabajo) la situación de la empresa y el reporte de la realización de las tareas que le fueron conferidas por los trabajadores. El director debe ser elegido y revocable por el consejo, es decir depende del consejo. Es así como se puede entrar a la vía de desaparición de la división social del trabajo (es decir a desvanecer los niveles de diferencia entre los administradores y los administrados) y a que se interese cada uno en la empresa en la que trabaja y de la economía en su conjunto. Eso permite liberar la inmensa

energía social dormida y conduce al incremento del rendimiento del trabajo y de la mejoría en la calidad de los productos.

2. La economía es una totalidad y los procesos que se llevan a cabo en ella implican un control social de conjunto. Es necesario, por tanto, disponer de una entidad que dirija esos procesos. A escala del país esa puede ser la cámara autogestionaria, compuesta por delegados de productores directos elegidos y revocables por los consejos de autogestión obrera, campesina y de artesanos. Dicha cámara debería contar con todas las prerrogativas económicas de la dieta actual y en particular autorizar el presupuesto del Estado y del plan. Este último debe ser presentado bajo forma de variantes (las decisiones esenciales en la economía se resumen a sencillas opciones sociales y políticas: a quién se le quita y a quién se le da—tales decisiones no pueden ser tomadas a espaldas de aquellos a quienes se les quita o se les da). La primera tarea de la cámara deberá ser la organización y una discusión nacional sobre los programas de salida de la crisis y escoger entre las variantes propuestas.

3. El plan económico deberá ser elaborado desde la base, a través de la coordinación de planes elaborados en cada empresa a escala regional, y planes regionales a nivel del país. La centralización de recursos sólo puede concernir, y eso durante un largo periodo de transición, al empleo de una parte del plusproducto social global. Por otra parte, la inversión para la modernización de la tecnología—cuya importancia deberá ser determinada por la cámara autogestionaria de todas las empresas— será definida por los consejos de empresas. El grado óptimo de centralización del excedente social depende en efecto en última instancia del nivel de desarrollo de las fuerzas productivas y por tanto de la persistencia de las relaciones mercantiles en el seno de la economía. En fin, en ningún caso la planificación democrática puede consistir en una gestión centralizada del producto social global.

Los planes de las empresas deben ser elaborados sobre la base de índices generales (adoptados por la cámara autogestionaria), el reparto del excedente social entre una parte consagrada al consumo de los trabajadores, el fondo de consumo colectivo (hospitales, educación, transporte urbano etcétera), la acumulación de empresas y el fondo central de inversiones, serán adoptados—sobre la base de variantes presentadas— por los consejos de autogestión, después de la consulta a los trabajadores. Los planes de las empresas deben en seguida ser coordinados a escala regional y del país, lo que permite apreciar *a priori* una amplia gama de necesidades materiales y de efectuar la selección para la parte centralizada del fondo de inversiones. Las decisiones sobre el empleo del fondo central de inversiones serán tomadas a nivel central. Se refieren al financiamiento en las empresas seleccionadas. Todas esas discusiones y decisiones deben ser transparentes, lo que limitará el riesgo de que sean tomadas decisiones erróneas.

4. Para poder conducir una política económica seria, y en particular para poder planificar el desarrollo económico, hay que disponer de un patrón general del valor. Dicho patrón no existe actualmente en Polonia, porque el sistema de precios no refleja ni la relación entre oferta y demanda, ni la cantidad de trabajo incorporado en cada mercancía. Por tanto es necesario crear dicho patrón.

¿Cómo? El patrón más general del valor es el tiempo de trabajo humano, es por tanto de aquí de donde hay que partir. En todas las unidades de producción los trabajadores deben establecer cuánto tiempo de trabajo exige su producción anual. (Se obtendrá así, en un primer momento, una aproximación, sin considerar el desperdicio –incalculable– del tiempo de trabajo en las empresas, ni las diferencias de calificación. Eso constituirá un instrumento contable superior, y de lejos, a todos aquellos que cuarenta años de burocratismo dejaron como herencia). Resulta entonces sencillo calcular cuánto tiempo de trabajo es incorporado a cada producto y cuál es la cantidad media de trabajo necesaria para la producción de cada tipo de producto. Esto fundamenta una contabilidad universal. Además permite establecer inmediatamente la comparación de la productividad del trabajo en las empresas que tengan un perfil semejante, así como medir la distancia que separa a la industria polaca de la de los países desarrollados basándose en datos similares del extranjero. La contabilidad en horas de trabajo debería ser conducida paralelamente con la contabilidad monetaria, lo que permite confrontar precios y valor de las mercancías y actuar cuando se abren los dos.

5. El sistema de precios convalece desde hace mucho tiempo en Polonia: los precios sólo tienen una relación lejana con la cantidad de trabajo incorporada y con la demanda social (después de su liberalización reflejan más o menos el estado de la demanda satisfecha pero de ninguna manera el reflejo de las necesidades sociales). El cambio en la estructura de precios, si debe corresponder a las aspiraciones del mayor número de gente, exige una modificación profunda de la estructura del ingreso y del ahorro (de la riqueza acumulada). Es el único medio que permite combatir la inflación. La estructura del ingreso debería estar basada en el aporte del trabajo y sólo débilmente diferenciada (es el único medio para que corresponda a la totalidad del valor producido). En cada empresa es necesario calcular el tiempo de trabajo gastado y dividirlo por el número de asalariados a tiempo completo. El resultado así obtenido permitirá calcular cuánto tiempo de trabajo utiliza globalmente la sociedad. En seguida –pero se trata de una decisión política que debe ser tomada por la representación nacional de productores– hay que decidir sobre la parte que hay que consagrar al consumo (partiendo del principio de no distinguir entre el consumo de los trabajadores productivos del de los empleados de servicios públicos) y la parte que sirve para la acumulación. En fin, sabiendo cuál es la parte destinada al consumo, es posible decidir sobre las diferencias que la sociedad está dispuesta a tolerar en el consumo individual –es decir el tipo de diferenciación social que está dispuesta a soportar en función de determinados criterios. Solamente con tales operaciones será posible un cambio radical en la estructura del ingreso –algunos perderán, otros ganarán, pero el sistema así obtiene

do será transparente y justo (es decir corresponderá a la concepción de justicia social de la mayoría de la sociedad).

6. La liquidación de la inflación exige modificar la estructura global del presupuesto del Estado con el objeto de disminuir los gastos improductivos. Con ese objetivo hay que suprimir de inmediato todos los gastos de relumbrón del Estado y reducir de forma radical los gastos militares así como los administrativos. Exige igualmente dejar de pagar de inmediato la deuda externa y emprender actividades con miras a constituir un entendimiento de los países endeudados para rechazar en común la deuda externa. Dichas actividades pueden contar con el sostén de la opinión pública en las metrópolis imperialistas, como lo atestiguan las movilizaciones que ahí se dan en favor de la supresión de la deuda del tercer mundo. Asimismo es necesario suprimir el sobreproducto líquido concentrado en las manos de una ínfima minoría polaca, surgido en gran parte de operaciones ilícitas. Eso implica la introducción de una nueva moneda. A partir de determinada fecha se introduce una nueva moneda y cada ciudadano recibe la suma correspondiente a su ingreso calculado sobre la base de decisiones derivados del mecanismo presentado en el punto 5. Eso permite congelar durante algún tiempo el ahorro (el dinero sin contrapartida bajo forma de mercancía). La escala de compensación de este ahorro deberá ser decidida por parte de la representación nacional de productores, pero la duración del congelamiento debe ir en función del desarrollo de la producción de bienes. No se trata de una solución muy justa —todos aquellos que han podido transformar anteriormente su ahorro en bienes materiales o transformarlo en divisas saldrán ganando. Pero es la única solución posible si se quiere romper radicalmente con el dinero quemante.

7. Sólo a partir de esta modificación radical de la estructura del ingreso y del ahorro es que se puede comenzar a hablar de introducción de relaciones mercantiles. Estas, en efecto, son necesarias en el marco de una economía de penuria —su desaparición sólo será posible cuando el desarrollo de las fuerzas productivas conduzca a un nivel suficiente para que se dé la abundancia de bienes. Tal es el caso de Polonia hoy en día. Su liquidación parcial bajo Stalin fue una manifestación particularmente nefasta del aventurerismo burocrático y en ningún caso puede ser identificada como una política socialista. Sin embargo la reconstrucción de tales relaciones sociales tiene que ser conducida con precaución, si se quieren minimizar los terribles costos sociales. La liberación de precios es uno de los aspectos de esta reconstrucción. Exige reservas mínimas y que el nivel de la producción sea suficiente para que permita la satisfacción de las necesidades mínimas. En lo que se refiere a los principales bienes de consumo (carne de puerco y de res, leche y lácteos, etcétera) actualmente estamos lejos de haberlo logrado. Razón por la cual durante un periodo transitorio —antes de que la producción de esos bienes llegue a determinado nivel (o que aparezcan las oportunidades de importar)—, el grado de introducción de relaciones mercantiles en la distribución debe depender de la de-

cisión de todos aquellos que soportarán las consecuencias. El sistema de subvenciones y de racionamiento de mercancías —considerado como desviación temporal de las reglas definidas— puede ser un mal menor a condición de que la distribución de bienes racionados se someta a un auténtico control social.

8. Dos criterios deben determinar las decisiones concernientes al empleo de la parte del sobreproducto social consagrado al fondo de acumulación y guiar las opciones de inversión de los consejos de empresa. En primer lugar la acumulación (las nuevas inversiones) debe servir para ahorrar el tiempo de trabajo principalmente. En segundo lugar las nuevas inversiones deben ser canalizadas principalmente para la satisfacción de necesidades, que al no darse actualmente esta se impone recurrir al racionamiento. El ahorro de tiempo de trabajo social actualmente es posible en numerosos casos. Porque la estructura del empleo en las empresas es el producto de ensayos que durante años han incrementado la explotación de los trabajadores. Hay demasiados supervisores, controladores, empleados de la administración cuyo papel consiste sobre todo en crear las condiciones para que el trabajador se vea presionado a aceptar la explotación creciente. Los consejos de autogestión en cooperación con los sindicatos deberán de inmediato orientar a los que ocupan puestos superfluos hacia otro tipo de trabajo en el seno de la empresa (o en concertación con empresas circundantes). Lo mismo vale para los trabajadores de la administración estatal o local, que en gran parte efectúan un trabajo inútil. En una situación de crisis no se puede pagar el lujo de mantener puestos de trabajo ficticios, sino darle trabajo a todo mundo. De igual forma hay que limitar estrechamente el ejército profesional (al introducir en su lugar la autodefensa de los trabajadores —tiendas de armas en las empresas, bajo el control de los consejos) así como el aparato policiaco reduciéndolo a un nivel mínimo juzgado como indispensable. Se obtendrá de esta forma una gran reserva de fuerza de trabajo, cuyo empleo en la producción y los servicios (a nombre del principio de a todo aquel que quiere y puede trabajar obtiene trabajo) permitirá de inmediato limitar la semana de trabajo a treinta y cinco horas (o menos). Eso liberará una inmensa energía hasta entonces petrificada por la burocracia reinante y permitirá un rápido crecimiento de la producción y del ingreso nacional.

La conciencia que se tiene de ser un ciudadano que goza a plenitud sus derechos, que toma realmente parte en la definición de la vida social y del desarrollo económico es un factor determinante para el crecimiento de la productividad del trabajo y para la liberación de la energía social. Basta recordar el entusiasmo y la generosidad que reinaba en agosto de 1980 en las empresas ocupadas, recordar a qué punto la conciencia que cada huelguista tenía lo conducía a actuar con lo mejor que tenía, para ser convencido. Que cada uno llegue a ser sujeto en lugar de otorgarle este estatuto sólo a algunos individuos sacados al azar, es un fin por el cual vale la pena luchar.

Polonia: crisis de transición

Jozef Pinior*

Se habla mucho aquí en Occidente sobre el fin de la historia. Del otro lado, en Europa Oriental, cada cosa tiene el sentir de un nuevo comienzo. Nada ha sido establecido en forma definitiva y el sentimiento dominante, a despecho de la fatiga y la frustración, es una profunda aspiración por la emancipación: el deseo humano de libertad y justicia.

Allá en el Este, no están listos los remedios. Las victorias se mezclan de continuo con los desastres y con nuevos problemas. Los acuerdos de la Mesa Redonda de 1989 entre la oposición democrática, congregada en torno de Lech Walesa, y la burocracia posestalinista, encabezada por el general Jaruzelski, condujeron a la destrucción del sistema de la dictadura monopartidista y fructificaron en la forma de libertades políticas amplias –primero y principalmente, la legalización de Solidaridad, la posibilidad de que las organizaciones obreras trataran sus problemas en los lugares de trabajo. Por otro lado, los acuerdos aceptaban una reforma de mercado libre, cambios económicos que eran una defección del liderazgo de Solidaridad con respecto al programa de autogestión sostenido por el sindicato en 1980-81; una defección de la visión de democracia y autogestión que trataba de vincular conjuntamente planeación, autogestión obrera y mercado. Esto fue posible debido al debilitamiento del movimiento obrero bajo la ley marcial, cuando experimentó represión y persecución. El general Jaruzelski no había tenido éxito en la destrucción de Solidaridad. De cualquier modo, había tenido éxito en el rompimiento de la autorganización de la clase obrera polaca, al conducir a Solidaridad a la clandestinidad, a la conspiración. El efecto de esto fue desconectar el liderazgo conspiratorio de su base en los lugares de trabajo. Este liderazgo, entonces, fue sometido a una fuerte presión por la ideología del mercado libre.

El programa de cambio económico acordado en la Mesa Redonda tomó, eventualmente, la forma del plan de Balcerowicz –un plan completamente dependiente de las prescripciones del Fondo Monetario Internacional–, ideas aceptables por el FMI y los gobiernos occidentales, en particular Estados Unidos. La emancipación del pueblo polaco, en el momento de su más grande éxito, enfrentaba nuevas limitaciones y nuevos desafíos. Había sido ganada la democracia política, pero mes a mes se hacía patente que la burocracia, que había estado en el poder hasta aquel momento, estaba en la mejor posición para explotar las condiciones del mercado libre, y que una nueva élite y nuevas formas de explota-

* Traducción de Hugo Enrique Sáez A.

ción y dominación estaban emergiendo. Seguiría una despiadada confrontación entre los sueños de la oposición sobre los derechos humanos y sobre el "capitalismo de rostro humano", y la dura realidad de un país sujeto al experimento de implantación del mercado.

El plan de Balcerowicz tomaba en cuenta una caída en la producción del 10 al 15 por ciento. La declinación actual de la producción, entre enero y mayo de este año (1990), remontó al 30 por ciento. Los precios al consumidor en abril de este año fueron 150 por ciento más altos que en diciembre del año anterior. De cualquier manera, el salario real tuvo una caída de alrededor del 43 por ciento. El desempleo a fines de octubre se ubicaba en alrededor de un millón de personas. La mitad de éstas eran mujeres. También debe ser recordado que todavía no hemos entrado a un periodo de clausura de fábricas ni al despido de grupos enteros de trabajadores. Los sueldos promedio mensual en la economía polaca entre enero y septiembre estaban alrededor de novecientos mil *zloty*, que equivalen a unos 94 dólares. En comparación con el año precedente, alrededor de 9 por ciento menos departamentos fueron construidos, y la escasez de vivienda es un problema polaco fundamental. Los ferrocarriles llevaron 29 por ciento menos bienes este año y el transporte por carretera se redujo un 59 por ciento.

El proceso de transformar la propiedad estatal de las fábricas está procediendo con lentitud. Este proceso es complicado y poco claro, incluso la burocracia posestalinista está muy activa en usar mecanismos de mercado para su propio beneficio, con el fin de preservar su posición dominante. En general, la economía polaca parece estar indefensa frente a las presiones del capital occidental y sus instituciones financieras. El proceso de instauración del mercado está siendo centralizado directamente por el gobierno y ha sido creado especialmente un Ministerio para la Transformación de la Propiedad, a cuya cabeza se encuentra el jefe de los asesores económicos del primer ministro Mazowiecki, Janusz Kuczynski. Los planes de este ministerio prevén un periodo de transición de cuatro años hacia una economía estilo occidental. Uno de los primeros negocios occidentales en establecerse en Polonia es la firma sueco-suiza Asea Brown Boveri (ABB), que aspira emplear 20 000 personas en Polonia, en sociedad empresaria con un amplio número de firmas polacas. En este momento, ABB está involucrada en sociedad empresaria con dos fábricas, una en Elblag y una en Wroclaw. En la sociedad empresaria en Elblag, ABB tiene una mayoría accionaria y cuatro de los siete miembros del consejo directivo. En Wroclaw, donde han sido creadas dos sociedades empresarias en combinación con la firma polaca "Dolmel", las acciones de ABB subirán progresivamente, de modo que después de tres años controlará el 67 por ciento. Hasta ahora los negocios del tipo ABB han sido en extremo cuidadosos. Ellos están pensando en el largo plazo y si van a entrar a este mercado no van a estar despidiendo gente justo ahora. Probablemente la cosa más importante desde su punto de vista es crear división en la propia clase obrera. Por ejemplo, en Elblag, en la nueva empresa asociada, los salarios fueron aumentados en un 50 por ciento. La recesión, al arruinar la economía, también reduce la capacidad de la sociedad entera para ofrecer alguna resistencia efectiva. Otros en Occidente son

más impacientes y exigen cambios más amplios en Polonia como condición para invertir su capital. Esto incluye aspectos como el derecho a transferir todos sus beneficios fuera del país, o el derecho de adquirir tierra por los nacionales extranjeros. Hans Peter Stihl, el presidente de la cámara de industria y comercio de Alemania Occidental (*sic*), en una conferencia de prensa en Varsovia con ocasión de la apertura de la oficina económica alemana, el 2 de noviembre, describió este último factor como un obstáculo fundamental para el flujo de inversiones occidentales.

Para otros, Polonia es un buen lugar para el depósito de desechos incómodos, lo que profundizará aún más la situación ya catastrófica del medio ambiente. Desde julio de 1989, es decir, desde la introducción del decreto sobre importación de desechos, han sido hechas propuestas a las firmas polacas para el depósito de 18 millones de toneladas de desechos. Es sabido que 37 mil toneladas de tales desechos han llegado a Polonia. El contrato más grande para importar desechos a Polonia ha sido concluido con la firma alemana federal (*sic*) HTA de Duisburg. De acuerdo con el convenio, la empresa polaca aceptará y tratará 385 mil toneladas de "zinc concentrado". En realidad, este concentrado es una mezcla de varios productos de desecho originados en las fábricas alemanas de acero. Un envío del mismo ha sido detenido en la frontera, en Szczecin, y está esperando ser recobrado de nuevo por sus remitentes. ¿Se convertirá la frontera entre Polonia y Alemania, sobre el Oder, en un nuevo Río Grande? ¿Será construido un nuevo muro sobre el Oder, un símbolo de explotación y dominación, un abismo que divida al mundo en los finales del siglo veinte?

Todavía hay mucha esperanza en Polonia. Todavía hay muchas contiendas arduas para ser dirimidas. Una energía fresca se sigue generando desde los niveles más bajos de la estructura de Solidaridad, que todavía es un símbolo de emancipación para los trabajadores. Desde enero hasta fines de agosto hubo alrededor de 130 huelgas en Polonia. La mayoría fueron en mayo, cuando hubo 70, y en septiembre, cuando hubo 29. El periodo de apoyo al gobierno de Mazowiecki ha pasado. Hay una creciente ola de insatisfacción con los niveles de ingreso y el carácter de la reforma económica. Los sindicatos están demandando discusiones y negociaciones con el gobierno. Huelgas u otras acciones de protesta han involucrado o, actualmente involucran, a los trabajadores del transporte municipal, trabajadores de autobuses y trenes, trabajadores de la industria del vidrio, la fuerza policial, los portuarios, mineros del lignito y del azufre, y, sobre todo, los mineros del carbón. Las huelgas en las minas están creando una situación enteramente nueva. Fue la huelga minera en la Alta Silesia, en agosto de 1988, la que condujo a una ola de huelgas nacionales que, a su vez, ganaría finalmente la Mesa Redonda de negociaciones y la legalización de Solidaridad. Hubo un paro sorpresivo por dos horas convocado por Solidaridad en 65 minas de carbón, realizado el 6 de noviembre, y el liderazgo de la sección minas de Solidaridad ha llamado para una huelga general el 20 de noviembre —cinco días antes de las elecciones presidenciales. Esta puede ser una huelga con ocupación. Los mineros lo decidirán en un referéndum. Los mineros están demandando incrementos salariales y la eliminación de las diferencias salariales entre diferentes minas. Los mineros también están de-

mandando la revisión del Presupuesto y la asignación de 3.5 billones de *zloty* a la industria minera. La situación en las minas es tan desesperante que las patronales han tomado la decisión sin precedentes de acabar con los gastos de los comedores de los trabajadores y aun en seguridad, con la esperanza de obtener beneficios económicos de la reducción de costos.

El drama de la situación polaca es que esta clase trabajadora militante no ha producido, por lo menos hasta ahora, alguna variante de alternativa política seria ni para la estructura posestalinista prevaleciente con anterioridad, ni para los nuevos mecanismos de dominación del mercado libre. Por el momento, toda la escena política está sobrecargada por la pugna para la presidencia entre Lech Walesa y Tadeo Mazowiecki. En torno a Mazowiecki se concentran todos los intelectuales prominentes de Solidaridad: Adam Michnik, Jacek Kuron, Bronislaw Geremek y Jerzy Turowicz. Los más vocingleros grupos de apoyo a Mazowiecki en el ROAD (o acción democrática) se identifican con la filosofía política del gobierno, con el programa económico del FMI para Polonia. Ellos arguyen que la sociedad debe sacrificar el colectivismo y marchar sumisamente hacia el mercado libre. ROAD confía en los valores liberales y democráticos, aunque es el gobierno de Mazowiecki quien ha introducido la educación religiosa en las escuelas estatales, sin intervención del parlamento, sin un referéndum, simplemente por decreto del ministerio de educación. Es el gobierno de Mazowiecki el que ha introducido cambios a las regulaciones en el servicio de salud para obstruir el aborto tan rápidamente como sea posible, en acuerdo con los deseos de la iglesia. Esto ha ocurrido enteramente sin aprobación parlamentaria y sin debate en la sociedad más amplia, aunque formalmente todavía hay aborto libre en Polonia. Por último, es el gobierno de Mazowiecki el que ha decidido utilizar la fuerza contra los campesinos que protestaban. En esta situación, Lech Walesa se ha convertido una vez más en un símbolo para los descontentos. Ha consolidado detrás suyo la base de la clase trabajadora de Solidaridad. Parece muy improbable que vaya a perder con Mazowiecki. El conjunto del programa de Walesa gira en torno al slogan de la "aceleración". Representa un autoritarismo populista que promete a cada uno lo que quiere oír. Promete privatizaciones más rápidas a los empresarios individuales y, al mismo tiempo, pleno empleo y acciones en sus empresas a los trabajadores. ¿Podrá Walesa subordinar Solidaridad a sus propios deseos o ganará Solidaridad una mayor autonomía y Walesa como presidente tendrá que tomar en cuenta la fuerza de la clase trabajadora? Hay muchos elementos desconocidos. Por un lado hay bastante frustración y desorientación. El stalinismo ha dejado tras de sí un legado desastroso en la cultura política, una completa incomprensión de los problemas del mundo contemporáneo. Hay una desmoralización, cuya más sorprendente manifestación es el sentimiento de antisemitismo y racismo. Se trata de fenómenos que proveen un suelo fértil para toda clase de autoritarismo. Por otro lado, encontramos en el Este de Europa una muy profundamente enraizada aspiración a la emancipación, una creencia en la posibilidad de un mundo mejor. La situación es inestable. Está caracterizada por un dinamismo social y una fuerte nece-

sidad de retener y desarrollar ampliamente la democracia ampliada, a la que apenas se ha llegado.

Los trabajadores apoyan a Walesa. Se hallan bajo la influencia de la iglesia y de la ideología del mercado libre. De todos modos, estos mismos trabajadores no vacilan en recurrir a la acción huelguística contra un gobierno que haya emergido de Solidaridad. Un año ha sido más que suficiente para que Mazowiecki y sus ministros perdieran su enorme prestigio y popularidad. La clase trabajadora está influenciada por la corriente fundamentalista católica. A pesar de ello, esta misma clase obrera es escéptica y no se muestra inclinada a ser cooperativa con la nueva élite política y económica. La izquierda tiene que encontrar su papel entre estas antinomias. Tiene que señalar el camino hacia los nuevos horizontes, que también existen dentro de los recientes cambios. Debe engarzarse con los intereses de los oprimidos y con la búsqueda de la sociedad para controlar su propio destino, con sus esfuerzos por liberarse de todas las formas de explotación y dominación. En las esperanzas cotidianas de los oprimidos y en su lucha por un futuro mejor yace el significado de la historia humana. Aquí es donde la izquierda debe acometer de nuevo sus tareas para luchar por la meta todavía no realizada de la emancipación de Europa del Este.

Checoslovaquia: a un año de la revolución de terciopelo

Daniela Spenser Grollová

El 17 de noviembre fue el primer aniversario de la revolución de terciopelo. Los estudiantes universitarios, los mismos que hace un año la habían encabezado, convocaron a la población a no festejarla. Adujeron que el aniversario debería servir para una reflexión sobre por qué las estructuras políticas que sostienen la violencia y la injusticia seguían vigentes a un año de distancia del levantamiento nacional contra ellas. Por el otro lado, la nueva prensa amarillista, a la que la abolición de la censura también dio la palabra, ofuscó el aniversario con declaraciones de que los acontecimientos del año pasado no fueron una revolución, sino un pacto entre los que se fueron y los que han llegado a la dirección del gobierno. Václav Havel, por su parte, quiso demostrar a la población que el mundo ha cambiado y escenificó debajo del jinete San Wenceslao, el santo patrón de Bohemia, la cabalgata hacia el reencuentro de aquellas partes del mundo divididas hasta hace poco por la guerra fría.

En mi ponencia quisiera hacer un diagnóstico de manifestaciones tan dispares como las mencionadas y ubicarlas en el contexto histórico anterior a noviembre de 1989, tanto como en el de su evolución posterior. Me baso en mi experiencia como pionera de pañuelo rojo en el cuello, participaciones en manifestaciones, gritando viva Dubcek, y luego tratando de convencer a los soldados soviéticos de que se habían equivocado de país, porque en 1968 en el nuestro no había contrarrevolución, y finalmente, en mi reciente viaje a Checoslovaquia después de 22 años, en donde me reuní con mis amigos de entonces, hablando de las experiencias pasadas y expectativas del porvenir. Para sistematizar el trabajo me basé en la prensa checa y eslovaca.

Parto de la convicción de que las revoluciones en Europa Central y Oriental representan una liberación de un sistema opresivo que no permitía el desarrollo y fortalecimiento de la sociedad civil. Actualmente, al encontrarse libre de los estreñimientos del régimen totalitario, la sociedad en Checoslovaquia se está buscando a sí misma y a su Estado, reconstruyendo los lazos de solidaridad ciudadana, sistemáticamente cortados a lo largo de los cuarenta años.

Considero que el efecto sociológico principal del régimen totalitario ha sido la atomización de la sociedad. La unidad nacional forjada durante la lucha antifascista, para no remontarnos al nacionalismo antimperial decimonónico, dio pie después de la guerra al apoyo popular masivo, mas no mayoritario, al partido comunista. Sin embargo al darle un golpe parlamentario a los demás partidos políticos, subordinándolos a su dirección del Estado, al ilegalizar un sinfín de organizaciones cívicas, creando otras pero desde arriba, el partido comunista hizo el

primer corte de los lazos horizontales y verticales creados en las décadas anteriores. A principios de los cincuenta el apoyo popular al partido comunista llegó a chocar con sus métodos stalinistas, que culminaron en 1952 con el proceso político, totalmente fabricado por sus artífices, contra un ala de la dirección del partido. Véase la película *La confesión* de Costa Gavras. Once dirigentes fueron colgados, cientos fueron encarcelados, miles perdieron sus trabajos y el derecho a vivir una vida normal. Una parte de la solidaridad ciudadana se desgastó en ese ambiente de terror, la que persistió fue canalizada por el partido/Estado hacia el stalinovismo bajo la consigna de que “todos somos iguales, pero algunos más que otros”. La consecuencia de dividir a los ciudadanos entre los buenos y los malos rebajó la solidaridad y ética humana aún más al grado de oportunismo y arribismo, véase la película *El hombre de mármol* de Andrzej Wajda.

La Primavera de Praga de 1968 aspiró a devolverle al socialismo su cara humana, que, se creía entonces, había perdido en el transcurso de su historia, pero que era su faz auténtica. El intento fue destruido en nombre del socialismo e internacionalismo proletario. A partir de los años setenta, cuando la violación de aquella aspiración fue presentada a la población como el regreso a la normalidad, se exacerbaron las características sociales creadas antes, aunándose a ellas el cinismo. La población cayó en una profunda apatía y amnesia política y volcó sus energías en la satisfacción de apetitos consumistas, en inventarse triquiñuelas para engañar a las autoridades y unos a otros. Frases como “el que no le roba al Estado, le roba a su familia,” o “el Estado pretende pagarnos y nosotros pretendemos trabajar”, son botones de muestra. Además de su obvio efecto económico, la baja productividad del trabajo y la relativa escasez de productos para satisfacer la demanda consumista produjo una red de relaciones de trabajo en la que se entrelazaban los mercados blancos, grises y negros de mercancías que no eran estructuras paralelas sino partes íntegras de un solo sistema económico. Lo que quiero enfatizar es la degradación paulatina de las relaciones humanas aun en ausencia del sistema económico rigido por el mercado.

La única excepción de iniciativa civil que no sucumbió a la represión, por más perseguida que fuera, había sido la Carta 77, una asociación ideológicamente heterogénea de personas que se negaron a ser partícipes, y por lo tanto cómplices, del régimen que la gran mayoría de la población desdénaba, pero por las características antes mencionadas, no estaba en disposición de confrontar. Por lo menos en las grandes ciudades la gente sabía de las iniciativas de la Carta 77 en favor de los derechos humanos. Sus denuncias de la violación de los derechos humanos por el mismo gobierno, que mantenía en alto los preceptos constitucionales y los acuerdos de Helsinki, permitía a los disidentes poner al gobierno en entredicho ante la población checa y eslovaca y ante el mundo. Nombres como Havel, Simec-ka, Hájek, Ruml, Vaculík, se hicieron notorios, tanto porque circulaban sus escritos en *Samizdat*, como porque periódicamente se les hacían juicios en los que se les acusaba de subvertir el sistema socialista y generalmente se les privaba de libertad.

Huelga preguntarse entonces, ¿cómo fue posible, dadas las características de la sociedad antes propuestas, que la población se levantara en contra del régimen, y tras su caída escogiera a los disidentes como sus representantes?

Todas las proporciones guardadas, la represión de la manifestación popular del 17 de noviembre del año pasado en la Avenida Nacional en Praga puede compararse con la represión de la Plaza de Tiananmen en Beijing un año antes. La indignación cundió en todo el país y las manifestaciones que siguieron se movieron por un fuerte y único impulso: abajo el régimen.

El régimen, que ya no tenía a la Unión Soviética que lo sostuviera, se fue abajo. Si bien los estudiantes eran los organizadores de las manifestaciones y un importante enlace entre las ciudades y el campo y entre la capital y las fábricas alejadas a Praga, fueron los disidentes el cerebro de las demandas sin componendas con el gobierno. La Carta 77, robustecida por multitud de simpatizantes, y desde el principio por algunos oportunistas, se convirtió en el Foro Cívico en Bohemia y Moravia y en Público contra la violencia en Eslovaquia. Considero que el haberle reconocido el liderazgo del movimiento a la que había sido una disidencia perseguida por el régimen caído no fue una decisión política programática, sino un impulso moral. Fue un reconocimiento a la rectitud de aquél grupo a la vez que una autocrítica pública a la falta de esa entereza dentro de la sociedad. A partir de aquél reconocimiento y esta crítica la sociedad empezó a recuperar una conciencia colectiva, empezó con muchos tropiezos y errores a reconstruir partidos políticos, asociaciones, movimientos, es decir, empezó a participar en los asuntos públicos. (Para las elecciones locales que tuvieron lugar el 24 de noviembre de 1990 se inscribieron 42 partidos políticos y movimientos. En cada pueblo o ciudad participaron en promedio cuatro candidatos, en Praga veinte). En ese proceso las nuevas demandas y necesidades de la sociedad, las exigencias de la política del Estado, internas y externas, y la obra inédita de la reconstrucción económica del país, demostraron que el Foro Cívico, en torno al cual había habido consenso para derrocar el antiguo régimen, carecía de un programa para encabezar la siguiente fase. Eso se debió al hecho, según el mismo Havel, de que el Foro Cívico se consideró un movimiento transitorio que no aspiraba ni a convertirse en un partido político ni a una definición ideológica. Ambas tendencias se asociaban demasiado a la estructura del partido comunista que se acababa de rechazar.

En la crítica que se le ha hecho al Foro Cívico y en su reciente transformación podemos vislumbrar hacia dónde se mueve la sociedad, qué es lo que demanda, cómo lo demanda, qué respuestas le da el gobierno y cómo se las da. El Foro Cívico en Bohemia y Moravia y el Público contra la violencia en Eslovaquia han sido los movimientos sociales mayoritarios que ganaron las elecciones parlamentarias en junio, gozando todavía de la popularidad conquistada en noviembre y diciembre de 89. Sin embargo, pronto se evidenció que las personalidades del Foro Cívico, los antiguos disidentes, no estaban capacitados para dirigir un movimiento de masas y que sus puestos dentro del gobierno y el parlamento no les dejaba tiempo para el Foro Cívico. En otras palabras, al tomar el poder, el Foro Cívico no elaboró un programa propio de cambio social y de una relación nueva entre la sociedad

y el Estado. Hubo un gobierno y un parlamento democráticamente elegidos, pero las críticas desde abajo y desde arriba apuntaban a que las viejas estructuras, una gran parte de la *nomenklatura* y métodos burocráticos de administración, la misma gente en los mismos puestos, seguían incólumes. Alrededor de septiembre se produjo una escisión dentro del foro que no fue sino un reflejo de la desmoralización de la población y de una relativa pérdida de confianza en el gobierno y en el Foro Cívico. La escisión se dio en torno al ritmo de las implantaciones de las reformas económicas y la desburocratización de las instituciones públicas de los representantes del viejo régimen. En ocasión del aniversario de la invasión del Pacto de Varsovia en agosto, Havel habló de la búsqueda de identidad del Foro Cívico, del nerviosismo de la población por el estancamiento del proceso de cambio que todos esperaban pero cuyo programa aún faltaba por elaborar. Pero la crítica al Foro Cívico destacaba precisamente que era el foro el que no tomaba ninguna iniciativa, Havel incluido, y que si había ganado las elecciones no era en favor de un programa sino porque los votantes temían el retorno del partido comunista, que seguía, y sigue siendo, la segunda fuerza política en el país. La falta de perspectivas, y la consiguiente inseguridad ante el futuro, debilitó el foro y la confianza en Havel.

A partir de septiembre se empezó a discutir en el parlamento el nuevo proyecto económico y sus leyes como la ley de restitución y la ley de privatización. El tenor de la primera ley es el reconocimiento de la ilegalidad de las estatizaciones de la propiedad privada, llevadas a cabo en los años cincuenta. La ley de privatización es entendida como la desincorporación de la propiedad del Estado y su transferencia a través de subastas a manos privadas. Ambas leyes han sido ampliamente discutidas en ambas cámaras del parlamento y aprobadas a fines de octubre. La privatización pequeña se refiere al comercio, pequeñas empresas y los servicios, la privatización grande se refiere a la desincorporación de las fábricas a través de la venta de acciones. No es casual que al mismo tiempo que estas leyes se discutían en el parlamento, en las elecciones para la dirección del Foro Cívico perdió el candidato de Havel y ganó el arquitecto de las nuevas reformas económicas, Václav Klaus.

Con la elección de Klaus el foro se ha definido ideológicamente como derecha democrática para diferenciarse y distanciarse del centro ideológicamente indefinido, representado por Havel, y de la izquierda, que debe su origen a la Primavera de Praga, pero que se autodefine como partidaria del socialismo democrático. Sin que queden totalmente claras las circunstancias, al parecer este grupo, llamado *Obroda*, o sea Regeneración, fue expulsado recientemente del Foro Cívico por dejar de ser afín a sus ideales y su programa.

A mi modo de ver, el proceso de la cristalización y definición política e ideológica apenas empieza en Checoslovaquia. La ley de privatización entra en vigor el 1 de diciembre. Es cuando empezará la bancarrota de empresas, el desempleo, el éxito de otras, el surgimiento de desigualdades sociales y la inseguridad. La concepción del Estado y sociedad de Klaus ganó en el Foro Cívico y queda por verse si refleja verdaderamente la posición de los electores, cosa que debió haberse re-

flejado en las elecciones locales cuyos resultados todavía no tenemos, ya que una de las críticas hechas al foro fue que perdió contacto con el movimiento de masas que lo había llevado al poder.

Según el mismo Klaus en Checoslovaquia existe una desconfianza del mercado, un miedo a dejar la suerte de la sociedad en manos de mecanismos impersonales y por el contrario una confianza en la posibilidad de resolver los problemas económicos políticamente. Superar esta desconfianza, aduce Klaus, requerirá de una revolución más profunda que la que se libró en noviembre del año pasado. Klaus da el socialismo por enterrado pero no el Estado burocrático que no ha sido sometido a la misma crítica que el marxismo y el socialismo.

¿Qué podemos concluir a un año de la revolución de terciopelo? En mi opinión, es totalmente falso de que la historia ha llegado a su fin. Por el contrario, es el fin de una era y el inicio de otra. Considero que el fracaso del socialismo real es una lección histórica para buscar un nuevo camino hacia la justicia porque ya sabemos que uno más no lo es. La lección sociológica del proceso en Checoslovaquia es que después de la revolución, como después de las anteriores, se crea un abismo entre las expectativas de la población que espera mejoras sociales, económicas y políticas inmediatas, y la imposibilidad de que así sea. Que las revoluciones, al ser rupturas con el pasado, buscan convertirse en lo contrario de lo acababan de derrumbar. Si aquello fue insostenible para la población, lo contrario es una liberación, un gigantesco paso adelante. Sin embargo, al soltarse las impacencias con el estado insatisfactorio de las cosas después de la revolución, en Checoslovaquia la confianza en el Estado y en sus dirigentes ha asegurado que el proceso de transición fuera, hasta ahora, pacífico y conducente al fortalecimiento de instituciones democráticas.

¿Capitalismo o socialismo? El único camino conocido y aceptable para la población en este momento es la restauración de las relaciones de mercado y la devolución de la propiedad a manos privadas o antiguos dueños dentro del sistema político parlamentario sobre la base, es cierto, de un desconocimiento de lo que mercado y propiedad privada implican. La ilusión de los trabajadores, se dice, es tener las normas de trabajo checoslovacas, el sistema de seguro social sueco y consumir como los norteamericanos. No cabe duda de que la experiencia del socialismo deformado va a interferir e incidir en los procesos de cambio, una vez para obstaculizarlos, otras veces para modularlos. Considero que la experiencia de cuarenta años de seguridad en el empleo, del derecho a la educación, a la asistencia médica no serán fáciles de borrar de la conciencia de la gente así como no se borrarán las aspiraciones, por tantos años reprimidas, de la libertad individual. De la fusión de ambas conciencias, tras un proceso largo y penoso, saldrá una sociedad en la que a mí personalmente me gustaría vivir.



Privatización en los países del socialismo de Estado: el caso húngaro

Edith Antal

El cambio político en los países de Europa del Este, del socialismo burocrático de Estado hacia el establecimiento del marco formal de un sistema pluripartidista parlamentario ya se ha llevado a cabo, relativamente muy rápido y sin mayores conflictos, gracias a que la inevitabilidad de este hecho ha logrado crear conciencia entre la mayor parte de la sociedad. De ello ni siquiera los miembros de la *no-menklatura* han sido la excepción. La vieja élite política incluso en algunos casos, como por ejemplo en Hungría, ha tomado el papel de iniciador de los cambios de sistemas, aun cuando en un principio éste no ha podido medir la dinámica completa y los alcances finales de la transformación que emprendió.

Sin embargo, en lo que respecta al cambio del sistema económico, que en este momento está en marcha, se va a necesitar un periodo de mucha mayor duración, debido a que sus costos sociales son muy grandes, incomparablemente más elevados que los del cambio político. Resulta completamente ilusorio evitar algunos conflictos fuertes en el seno de la sociedad. Una de las causas de la agudización de la crisis que actualmente se vive en estos países, se encuentra justamente en el aplazamiento, hasta ahora, de dichos conflictos. La situación social crítica de estos países se explica por el hecho de que la vieja élite política no ha podido asumir la tarea de hacer chocar los diferentes intereses que existían en la sociedad, porque el puro reconocimiento de ello dentro del sistema del socialismo de Estado hubiera minado su legitimidad. Hecho que, al fin y al cabo, ha terminado con estos sistemas, y el mismo que por una buena parte de la sociedad fue entendido como el fin del socialismo.

Hoy en día el adjetivo "socialista" en los discursos se ha convertido en un simple prefijo privativo. Hasta los socialistas más convencidos se ven obligados a reconocer que el socialismo es "una bella idea y una fea realidad", como Göran Therborn se expresó, muy atinadamente, sobre el tema hace poco (Therborn 1990).

Como contrapeso a la palabra "socialismo" que parecía perder credibilidad, ha aparecido de inmediato otro término mágico, el "mercado". Para una buena parte de los intelectuales de nuestros tiempos el mercado es la curación para todos los males de la sociedad. Es el único fenómeno racional, es decir no autoritario, entre todos los reguladores sociales. El mercado, en calidad de máximo arbitro, de alcance infinito y completamente autoregulador, se ha vuelto la nueva ilusión. Claro, existen diferentes grados de apasionamiento que van desde el neoliberalismo ortodoxo pasando por el liberalismo clásico y llegan hasta las socialdemocracias de tintes distintos (*El socialismo...* 1990). Entre ellos las diferencias

consisten en matizar los favores del mercado en su calidad de salvador universal, en cuanto que señalan sus limitaciones, sus contradicciones internas y las consecuencias referentes a la injusticia social. En todo caso, hay que reconocer que indicar los efectos no del todo deseables de los mecanismos del mercado no equivale a proponer otra cosa en su lugar.

Sin embargo, en esta era de adoración del mercado sin adjetivos, se debe tener en cuenta que las condiciones del funcionamiento del mercado han sido, y son, establecidas siempre en el campo político y *a posteriori* confirmadas en terreno jurídico (Ferge 1989). Consecuentemente, hablar sobre el mercado en concreto, en cierto lugar y tiempo, es lo mismo que remitirse a una discusión acerca de las reglas del juego político y de los mecanismos de cierta práctica política real. Dado que éstos últimos en cada formación social son particulares, hay que hablar del mercado búlgaro, mercado norteamericano, mexicano etcétera, al menos hasta la fecha en que se demuestre que en Bulgaria, Estados Unidos y México la práctica política y las reglas del juego político son las mismas. De allí se deduce que pensar en el mercado en abstracto es como no pensar en nada o pensar en todo. En este sentido hay una coincidencia fantasmal entre socialismo y mercado. Una cosa es sostener valores socialistas como igualdad, justicia o solidaridad, y otra referirse a la práctica del socialismo rumano, sueco o de un partido político que se declare socialista.

Regresando al mercado, se conoce ampliamente que los países del socialismo del Estado de Europa Central y Oriental tras el derrumbe de sus sistemas políticos fueron invadidos de consejeros económicos provenientes de las filas de los neoliberales de países occidentales. Para estas fechas, principios de 1991, ya también se sabe que los primeros resultados concernientes a sus recomendaciones no han sido los más deseados. Pensemos aquí en lo acontecido en Polonia, donde en el último sufragio la población se manifestó claramente en contra; o en la movilización masiva de la sociedad húngara a finales de octubre, que en dos días ha logrado desmovilizar el sistema de comunicaciones del país, evocando de esta manera más las tradiciones de los ideales anarcosindicalistas de una huelga general que los métodos de la desobediencia civil (Bayer 1990).

En opinión de John Kenneth Galbraith (Galbraith 1990), los famosos consejeros económicos occidentales que proveyeron con sus ideas a los nuevos gobiernos de los países del Este de Europa para el periodo de la transición hacia la economía del mercado cuentan con dos características en común:

1. Todos ellos son personas quienes ya hace tiempo guardan rencores a causa de que las economías occidentales hayan hecho concesiones a las presiones sociales, es decir, a los ideales del Estado de bienestar y al apoyo social de los pobres.
2. Todos ellos aceptan, e incluso consideran benéfico, al menos temporalmente, la privatización, el desempleo, la inflación y la drástica caída de los niveles de vida. Y esto es, porque para ellos el elemento esencial de la terapia del choque es la suposición de que la pérdida del empleo y el hambre ayudarán al surgimiento de una nueva moral del trabajo. Por ejemplo, ellos creen, y sin pena alguna difunden en los medios, que en Polonia el desempleo masivo, la privatización general y

los bajísimos salarios de la población dentro de un par de años tendrán efectos muy seductores para los inversionistas extranjeros.

Esta ideología puede ser resumida en lo siguiente: un par de años de verdadero sacrificio y todo se mejorará. Es la premiación social de ser víctima, idea que está lejos de ser novedosa, pues ya hace mucho que la Biblia había prometido que los pobres llegarían más fácilmente al paraíso.

Entre las advertencias más comunes que se han hecho frente a semejantes ideologías no estaría por demás recordar las siguientes: La economía de mercado de manera exclusiva, sin la fuerte intervención del Estado, no se ha producido hasta ahora en ningún lugar del mundo. Es una evidencia también que la economía basada en la planificación central, burocrática y autoritaria es absurda e irracional, incapaz de funcionar, pero el capitalismo en ninguna parte donde ejerce ha podido ofrecer protección suficiente y accesible para los sectores sociales de bajos ingresos. En los sistemas capitalistas hoy en día existentes, de una manera indiferente, hay tanto empresas privadas como estatales que funcionan bien o mal.

A partir de estas ideas, que de una manera breve expresan las experiencias de los sistemas, por lo menos es posible deducir que es tarea común tanto para las sociedades de Occidente como de Oriente encontrar un sistema que pueda reunir los beneficios de una actividad tal, que al mismo tiempo que esté orientado al mercado, sea socialmente motivante.

1. PRIVATIZACIÓN EN EUROPA DEL ESTE: RAPIDEZ U HONESTIDAD

Para la mayoría de los habitantes de los países poscomunistas está claro que el fenómeno más importante del momento es la privatización, aun cuando no es el asunto sobre el cual versan la mayoría de los discursos políticos, los medios de comunicación o los debates parlamentarios.

El concepto clave es el cambio de propietario, pues es el que determinará la nueva sociedad en la cual los este-europeos vivirán en el futuro. Actualmente, en el centro y este de Europa, saber quién es dueño de qué cosa, es el mayor enigma. Hay mucha confusión acerca del camino misterioso que recorre la riqueza nacional. Como en Hungría, Checoslovaquia y Polonia, donde más del 90 por ciento de la industria es propiedad del Estado que en su forma actual no produce ganancias, es necesario que el cambio hacia la economía de mercado sea rápido y profundo, para que los resultados se presenten a corto plazo. Sin embargo, para ello hace falta establecer, como condiciones mínimas, el mercado de capitales, el de valores y un sistema bancario moderno. Actualmente en esta parte del mundo pueden pasar meses para lograr cambiar un simple cheque, por tanto la mayoría de transacciones se hacen al contado (*HVG* 1990).

Otra particularidad local es que los programas de privatización están acompañados por los fantasmas de los antiguos dueños, no hay día que no aparezca algún excapitalista húngaro o polaco para exigir sus bienes de antes de la guerra a los usuarios actuales. Se pueden imaginar las complicaciones y los riesgos sociales a los que llevará, por ejemplo, instrumentar la idea de devolver las tierras a los

dueños de 1947 en Hungría, según el deseo de uno de los partidos de la coalición gubernamental.

Los fines de la privatización tampoco son demasiado claros. Hay quienes creen que el objetivo no es modernizar la estructura industrial, sino es simplemente una buena oportunidad de engordar las reservas adelgazadas del Estado.

Respecto a la estructura de la propiedad existen dos ideas básicas: una es, "convertiremos todo en acciones y dividiremos entre todos"; y la otra, pretende vender la propiedad estatal a verdaderos dueños, es decir competentes, sean quienes sean.

El cuello de botella para ambos ideales es la cantidad de capital disponible, que conforme a la herencia socialista es una carencia en todos estos países. Entonces la primera decisión que cada gobierno debe tomar es vender todo rápidamente a los que tengan dinero, o poco a poco, según que la gente adquiera capacidad de compra. Al seguir el primer camino los únicos que podrán comprar son los extranjeros y algunos miembros de la dirección actual de las empresas, generalmente provenientes de la élite comunista. Esta vía, a pesar de que se considera la más efectiva, es la que menos honesta y aceptable le parece a la mayoría. Mientras que la segunda, que asegura la distribución de los bienes entre la sociedad, suena muy correcta, pero a falta de capitales no ofrece mejoras a nivel de productividad a mediano plazo, al mismo tiempo que la paciencia del pueblo se le considera como variable finita del análisis (Figyelo 1990).

Tal dilema levanta actualmente fuertes pasiones en la población húngara y polaca, donde la riqueza nacional ya se encuentra en venta. Por un lado, según la enseñanza socialista, la gente siente como propios los bienes comunes y no soporta que éstos pasen a manos de los que "no merecen", o sea capitalistas extranjeros o comunistas corruptos. Por el otro lado, está claro que las empresas no pueden prosperar en manos de gente completamente descapitalizada.

En Hungría la llamada "privatización espontánea" ya ha comenzado a partir de 1988, cuando las empresas se han convertido en sociedades por acciones. Pero, en aquella ocasión, no han experimentado mayores alteraciones en su funcionamiento, puesto que no ha habido cambios importantes ni en la forma de producir, ni en los propietarios. El carácter espontáneo también ha planteado algunas dificultades, por ejemplo, ¿cómo se puede fijar el precio de la tierra, los bienes raíces y el saber experto en un país donde no hay mercado? La aguda falta de reglas al respecto ha llevado a encontrar una serie de "trucos de subvaloración" muy fantásticos, cuya fama para este año ya ha sobrepasado las fronteras. La venta de las empresas al capital extranjero, tales como Húngar-Hotels o Tungsram, muy por debajo de su valor, ha causado gran escándalo y ha provocado la indignación masiva de la población húngara (Beszélo 1990).

Un subproducto peculiar de la privatización espontánea en Hungría fue la desintegración de las grandes empresas en una serie de miniunidades accionistas, a tal grado que la casa central muchas veces se ve reducida a una sola oficina, un teléfono, y un montón de deuda acumulada. En estos casos, es difícil saber incluso de qué propiedad se trata, estatal o privada. El caos que rodea las relaciones de

propiedad es ininteligible, nadie puede afirmar con certeza en la fábrica de quién está trabajando. Ni hablar de que cuando, por suerte, aparece un comprador potente, generalmente no sabe con quién tiene que sentarse a negociar.

A raíz de los escándalos de la privatización espontánea se ha formado la Agencia de Privatización cuya tarea es asegurar la honestidad y rapidez en los negocios. El Foro Democrático, el partido principal de la coalición gubernamental, por su parte a nivel de discurso había optado por la "privatización programada", que significa priorizar tanto las instituciones locales como a los trabajadores en la compra de las acciones frente a los grandes inversionistas nacionales y extranjeros. Uno de los problemas prácticos de esto, sin embargo, es la crónica falta de capitales que, como lo señaló el partido opositor la Alianza de Demócratas Libres, jamás llegará a establecer un mercado capitalista de acciones en el país. Otro problema, igualmente importante, consiste en la coherencia entre el discurso político y la acción económica concreta, tema que trataremos más adelante.

En Polonia parece ser que, frente al principio de rapidez, ha ganado terreno el intento de involucrar amplias capas de la sociedad en la privatización. No se permite, por ejemplo, que las empresas mismas inicien su propia venta, y las acciones las ofrecen más baratas a los trabajadores. No obstante, la duda que flota en el aire es de dónde va a sacar dinero el empobrecido pueblo polaco para solventar la grave crisis de la producción, por no hablar de la modernización del país.

Los polacos, más que los húngaros, se relacionan muy sensiblemente a la cuestión de la propiedad extranjera dentro del territorio nacional. Un inversionista alemán, ya desde antes de la segunda guerra mundial, se veía con sospecha en Polonia, y tampoco parece probable en la actual situación que al obrero polaco le gustaría tener un jefe del país vecino. A pesar de que el nacionalismo no tolera la venta de un sólo pedazo de tierra a los granjeros alemanes, la reconstrucción del país requiere de mucha inversión extranjera. Siete mil empresas están en quiebra, de éstas hasta ahora solamente nueve han encontrado nuevos dueños (*HVG 1990*).

Mientras tanto los ideólogos en Hungría y Polonia están discutiendo sobre el porcentaje de la industria que debe quedarse en manos del Estado, los economistas desesperadamente buscan clientes adincrados, y finalmente, los sociólogos, en su mayoría de educación marxista, repiten inalcanzablemente: ¡ciudadado! esto es algo delicado, la nueva estructura de la propiedad, señores, definirá la sociedad del futuro en el centro y el este de Europa.

2. CRISIS VERDE EN EUROPA DEL ESTE

Gracias a las fuerzas impulsoras e irrefrenables de la economía del mercado, hoy en día los campesinos este-europeos pasan más tiempo en protestas frente al edificio del parlamento, marchas sobre las calles de las capitales y mítines en compañía de vacas, puercos, pollos y tractores, que en los mismos campos. Todo señala que los agricultores sienten añoranza por los dulces tiempos del socialismo, cuando mal que bien en el campo se recibía algún apoyo.

En las pancartas que los campesinos estealemanes han llevado consigo a la plaza Alexander de Berlín, muy ilustrativamente se comparan a sí mismos con las bestias en camino al matadero; los productores polacos también han sepultado ya un gran ataúd negro con el rótulo "agricultura" y una cruz al lado, conforme a los estrictos requisitos de la ceremonia católica.

En la parte oriental de la Alemania unificada actualmente es imposible comercializar los productos agrícolas estealemanes, los del otro lado le gustan más al cliente, e incluso cuestan menos. El ganado en los establos, que parece sardina en lata, en lugar de aportar consume dinero. La carne de cerdo, de res, la leche, la mantequilla, el trigo, la papa y la col están formando montañas, pues el comercio boicotea los productos del Este, se quejan los productores. La movilización campesina más grande en la historia de casi 41 años de la —ahora ya difunta— RDA ha tenido lugar justamente en los últimos minutos de su existencia (Népszabadság 1990).

La Cámara Agrícola de la RFA, por su parte sostiene que el costo para volver competente a la agricultura del Este, al nivel europeo, es que el 50 por ciento de los campesinos dejen el campo. Con ello se explica el recorte brusco del apoyo, pues antes en la RDA la subvención era de 32 millones de marcos al año. Está claro que la agricultura de la exRDA no se va a poder mantener en pie, al menos que —al igual que en la RFA— el Estado la apoye. En el Este la mayor parte de la producción proviene de las grandes cooperativas y empresas estatales, solamente existen 4 mil pequeños productores, pero ellos han abastecido hasta ahora el 40 por ciento de la leche, 12 por ciento de huevos y el 11 por ciento de la verdura.

El caso de Polonia es el opuesto, ahí la masa de los campesinos pequeños y medianos conforma el 40 por ciento de la población. Mientras que en todos los países del socialismo real el campo ha sido reorganizado en forma de empresas estatales y cooperativas, en Polonia la propiedad privada de la tierra jamás ha bajado del 75 por ciento de la tierra cultivable. A este hecho se han referido los productores polacos cuando expresaban sus temores: lo que los comunistas no han podido en cuarenta años, lo logrará el gobierno de Mazowiecki en uno: hundir al campo polaco (HVG 1990).

A lo largo de las décadas pasadas, al mismo tiempo que en las ciudades el desabasto de alimentos básicos ha sido constante, los frutos del campo se han mandado a la URSS por energéticos, o a Europa Occidental a cambio de alimentos de segunda y forrajes. Ahora las posibilidades de comercialización se han restringido, la URSS ya no quiere vender al Este petróleo por alimentos, y el Occidente, que sufre de sobreproducción agrícola, trata de proteger lo suyo. Por añadidura, el mercado interno polaco también se ha reducido en un 20 al 40 por ciento, debido a la caída drástica del nivel de vida en el último año de terapia de choque.

Las dificultades de comercialización combinadas con la política restrictiva de retiro de subvenciones, liberar precios y no establecer precios de garantía para el campo, están llevando al campesino polaco a la ruina, sobre todo a los propietarios medianos, dependientes del crédito rural y de los costos de la maquinaria agrícola. Tomando en cuenta el gran peso del sector en la sociedad (el 40 por ciento), en Polonia la cuestión del campo no es solamente económica. La posibili-

dad de un gran conflicto social queda abierta, en gran parte debido al hecho de que la política económica liberal voltea las grandes masas del campesinado en contra del gobierno actual. El descontento masivo de la población rural, profundamente católica, ante las condiciones actuales de crisis política puede convertirse en una base social amplia para la manipulación populista y conservadora.

Hungría, el mayor exportador agrícola en la región, aparte de dar de comer a sus más de 10 millones de habitantes vende al extranjero alimentos suficientes para otros 5 millones de personas. En el sector rural trabaja el 12 por ciento de la población, distribuyéndose entre las empresas estatales (29 por ciento), las cooperativas (62 por ciento) y las granjas individuales (1.2 por ciento), mismo que en los últimos 20 años ha podido combinar el trabajo colectivo con el privado de manera eficiente. La agricultura húngara, que se conoce como la rama más exitosa en el país, ha podido salvar varias veces la economía nacional del derrumbe durante la historia del socialismo. Sin embargo, la ola ciega liberalizadora también ha alcanzado el campo húngaro, y a los economistas de mercado, como si no quisieran entender lo que sabe todo el mundo: la agricultura en todos los países donde realmente funciona está fuertemente subvencionada. Todo debido a la simple razón de que los precios de los productos industriales relacionados con el trabajo en el campo se han incrementado en un 120 al 130 por ciento en las décadas pasadas, mientras que los precios agrícolas solamente lo han hecho en un 40 al 50 por ciento (HVG 1990).

En Hungría, donde existen las condiciones naturales, humanas y técnicas para una producción agrícola de alta calidad, incluso sofisticada, es necesario seguir apoyando las iniciativas, y no dejar que el campo se descapitalice. Si bien la mayoría de los agrónomos reconocen este hecho, también surge un problema de carácter político. Uno de los partidos de la coalición gubernamental, dizque para hacer justicia histórica, desea reestablecer las relaciones de propiedad rural correspondientes al año de 1947, es decir regresar las tierras a sus antiguos dueños. Esto significará destrozarse la estructura actual y dispersar la propiedad en manos de personas quienes jamás se han dedicado al campo. Se teme que en caso de aceptarse la propuesta el país pasará hambre para los tiempos de la próxima cosecha.

Todos los países del Este buscan las formulas del éxito agrícola entre las estructuras de propiedad establecidas en Europa Occidental. Queda en segundo plano lo más importante que es volver competentes a los productores en el mercado abierto en la forma que sea, empresas grandes estatales, cooperativas o granjas individuales. En el mundo desarrollado hay ejemplos para cualquiera de ellas, siempre y cuando se asegure una subvención estatal.

Parece obvio que en los países de Europa del Este hay que introducir sin tardanza el sistema de precios para los productos agrícolas. Es también experiencia internacional común que los productores individuales sólo trabajan cuando se tiene claro el resultado que se puede esperar de su producción y se conoce el precio final. La razón del crecimiento agrícola, donde se haya dado, fue siempre que los productores han invertido a sabiendas de un beneficio garantizado por el Estado. No es secreto para los economistas que el reconocimiento de este simple hecho es

el que explica, por ejemplo, el gigantesco crecimiento del sector agrícola en Estados Unidos a lo largo de los últimos cincuenta años.

3. PEQUEÑA BURGUESIA, CAPITALISTAS DE *NOMENKLATURA* E INTELLECTUALES COMPRADORES

En Hungría la nueva clase propietaria ya está surgiendo, a manera de un fenómeno diversificado que involucra varios sectores de la sociedad. Las capas sociales que en el caso húngaro nutren las filas de los nuevos dueños son: una nueva clase media de pequeños propietarios, la burguesía de la *nomenklatura*, un grupo de inversionistas extranjeros en estrecha colaboración con cierta capa de intelectuales especializados, llamados "compradores" (Szelényi 1990).

En realidad, la reorganización de una nueva clase propietaria ya había comenzado a mediados de los sesenta, pero en aquellos tiempos ésta se había restringido al ámbito exclusivo de la pequeña propiedad. A finales de los sesenta, al lado del sector estatal dirigido por la planificación central, empezó a ganar cada vez mayor terreno la llamada "segunda economía", cuya figura clave fue el pequeño propietario. A lo largo de las décadas posteriores a 1965 aquella parte de la población que parcialmente vivía de la pequeña iniciativa privada ha llegado a conformar del 5 al 10 por ciento. El área de su actividad productiva y mercantil quedó restringida entre marcos administrativos estrechos que fueron definidos con precisión por el sistema *kádárista*. La gran mayoría de este sector había conservado su empleo fijo en el sector estatal durante todo el tiempo, pero ya para los años ochenta más de la mitad de sus ingresos provenían de la pequeña iniciativa.

En cuanto al origen social del sector pequeño propietario, existen varios estudios sociológicos (Hankiss 1989) que demuestran que sus integrantes salieron de aquellas capas que antes del socialismo real ya se habían dedicado a la iniciativa privada, o bien fueron descendientes de este tipo de familias. Como tendencia general se puede afirmar que tras una desviación forzada de dos o tres décadas a la que les obligó el socialismo de Estado, esta capa social poco a poco regresaba a la carrera donde se ubicaban sus padres o abuelos antes de 1945 o 1949.

Para la segunda mitad de los ochenta, y sobre todo en los últimos años, se ha incrementado el número de los pequeños propietarios que ya podrían vivir exclusivamente de la iniciativa privada. No obstante, su ascenso ha sido moderado puesto que los pequeños y medianos propietarios en Hungría hasta la fecha deben pagar impuestos demasiado altos, y esta política de la regulación económica en gran medida obstaculiza el desarrollo normal de sus actividades. Un ejemplo puede ilustrar fielmente su situación actual: en opinión de los dueños de talleres textiles, para poder ganar 100 mil florines necesitan producir por un valor de un millón de florines (Szelényi 1990).

En el año del cambio, 1989, la novedad respecto a la dinámica social es que se abrieron nuevos canales hacia la capitalización. En el verano de 1989 se elaboró la llamada "Ley de conversión" que estableció la posibilidad de que los administradores de las grandes empresas estatales se volvieran rápidamente propietarios.

Los sociólogos húngaros E. Hankiss y E. Szalai han denominado al proceso que empezó a gestarse a partir de esta ley “la conversión de la burocracia de cuadros en gran burguesía” (Szalai 1990). En Polonia se está dando algo muy parecido, según los estudios realizados por la socióloga J. Staniszkis alrededor del 20 por ciento de la propiedad estatal ya se ha “privatizado” de esta misma manera (Staniszkis 1990). La prestigiada socióloga llama a dicha fórmula “capitalismo político”, puesto que en su opinión se trata de una gran maniobra que convierte el poder político en capital financiero y productivo. Es probable que dicho mecanismo en Hungría se haya dado en menor escala que en Polonia, al menos hasta ahora. Los últimos cálculos al respecto estiman que en Hungría hasta el momento ha pasado a manos privadas por el mecanismo mencionado un monto que representaba el 5 por ciento de la riqueza nacional, del cual una buena parte es propiedad extranjera. La verdad es que una de las cosas más difíciles de saber en este momento es justamente quién, qué y cuánta propiedad se ha adquirido por vía de la “privatización espontánea” desde el verano de 1989.

Tras su llegada al poder, en mayo de 1990, el nuevo gobierno húngaro se ha esforzado en ejercer algún tipo de control sobre la privatización. Curiosamente, el gobierno que se autodeclara de centro-derecha quiso exponer los procesos de privatización a la luz pública, es decir trataba de “nacionalizar la privatización”. Este hecho ha provocado de inmediato la fuerte crítica de la oposición liberal, argumentando que el poder únicamente tenía la intención de monopolizar la corrupción a favor de los partidos gubernamentales. La disputa todavía sigue, pero es un hecho que al lado de la pequeña burguesía que ya existía desde antes, se ha formado otra nueva capa de capitalistas a partir de los anteriores directores de empresas y de su clientela comercial. Se cree que esta nueva capa puede ser la semilla para la formación posterior de un gran empresariado capitalista. Según la lógica de E. Hankiss, existe en Hungría un grupo de llamados “barones verdes” que intentan convertir las cooperativas agrícolas en una especie de grandes latifundios, en los cuales el mayor paquete de acciones queda en manos de los antiguos presidentes de las cooperativas. Esta lucha que se está dando actualmente en el campo se libra por una parte importante de los bienes de la nación, por un billón de florines.

El tercer sector de los nuevos capitalistas en formación se compone de los propietarios extranjeros y, junto con ellos, de sus colaboradores intelectuales especializados. Estos últimos son personas que trabajan en las nuevas empresas mixtas por salarios muy por encima del promedio nacional.

Las empresas mixtas por lo regular se forman de la siguiente manera: la vieja dirección de las grandes empresas estatales por medio de sus relaciones comerciales consigue clientes occidentales dispuestos a comprar empresas estatales, puestas en venta a precios subvalorados. Después de efectuar la operación compraventa, los nuevos dueños extranjeros premian a los directores con algunas propiedades en forma de acciones o los emplean en posición de gerentes bien pagados. Es este segundo caso los exburócratas por lo menos reciben salarios mucho más altos que los pagados en otras empresas, y además en divisas.

A los tecnócratas, quienes hacen posible llevar a cabo transacciones de este tipo, los sociólogos húngaros les llaman "intelectuales compradores". El término de "burguesía compradora" generalmente se usa en los países del tercer mundo para denominar aquella fracción de la burguesía nacional que construye "las posiciones de puente" con las grandes corporaciones extranjeras. Este tipo de burguesía compradora en Hungría no existe, simplemente porque no hay ningún sector capitalista que pudiera jugar dicho papel. Pero en muchas ocasiones el equipo de la dirección de las empresas, así como los ingenieros principales, pueden desempeñar papeles semejantes. Su función no es la acumulación del capital nacional, sino representar los intereses de las ganancias de corporaciones extranjeras en sus países a cambio de considerables beneficios.

La nueva clase de propietarios capitalistas, compuesta de tres fracciones, se encuentra dividida también por su posición política. La primera, la de los pequeños propietarios, está interesada en limitar la privatización espontánea, en romper el monopolio de las grandes empresas estatales y en descentralizarlas, en conseguir concesiones en materia de impuestos y en bajar el pago del seguro social, etcétera. Mientras tanto el segundo y tercer sector apresuran la "nacionalización de la privatización". Hasta ahora la política económica de Hungría ha favorecido a los dos últimos. Hoy en día, en el país, tiene ventajas considerables el inversionista extranjero, por ejemplo en materia de impuestos y de accesos al mercado, sobre los ciudadanos húngaros. Es evidente la prioridad de que gozan los viejos cuadros en colaboración con las empresas mixtas sobre el hombre de negocios que recién empieza. El argumento central de esta política económica es que ellos son quienes promueven más el avance tecnológico y el acceso al mercado internacional para la gravemente enferma economía nacional. A pesar de la razón que pueda tener la introducción de dicha política, una cosa es cierta: desde el punto de vista del desarrollo de la sociedad en cuanto a las posibilidades de organizar una sociedad civil, plural y democrática, la citada política no es ventaja ninguna.

La evolución social de Hungría, y también de una u otra manera en los demás países de Europa del Este, en los últimos veinte años se caracterizó por el proceso de transformación hacia una sociedad ciudadana, compuesta por pequeños propietarios. Había tenido lugar una especie de revolución silenciosa que venía desde abajo, desde la vida cotidiana, en un sentido de transformar poco a poco la estructura económica y social del sistema comunista. Sin subvalorar la importancia de los cambios políticos en los últimos dos años, es indispensable señalar que sería un grave error interpretar la situación actual como la relación entre una élite política activa y una sociedad pasiva. Los verdaderos protagonistas del derrumbe de los sistemas del socialismo burocrático de Estado fueron los millones de ciudadanos desconocidos quienes en la práctica de todos los días a lo largo de los años han vaciado, han dejado sin contenido, el aparato estatal. El costo social de esto fue terrible. "Los verdaderos héroes de este proceso son aquellas personas quienes a la edad de cuarenta y cinco años murieron de infarto, quienes llevaron una jornada de trabajo de dieciseis horas, insertadas en el sistema de la 'tercera servidumbre'" (Széleányi 1989).

Los resultados de esta marcha forzada hacia la formación de la sociedad civil fueron los cambios espectaculares de los sistemas políticos durante 1989-90. Fueron los años cuando la burocracia, por decirlo de alguna manera, había perdido definitivamente su idioma propio y había quedado completamente incomunicada en el seno de las sociedades.

En el caso de Hungría los autores de los cambios fueron entonces dos: los trabajadores de la ciudad y el campo quienes mediante la segunda economía comenzaron a conquistar autonomía para sí y a establecer una sociedad de ciudadanos y intelectuales críticos al sistema. Ambas vías hacia la sociedad activa, compuesta de ciudadanos, han confluído en Hungría en el derrumbe del poder autoritario unipartidista. Característica que vuelve más optimistas las esperanzas para la democracia y el pluralismo en este país, aun cuando en este momento la venta de la riqueza nacional esta flotando, como la espada de Damocles, encima de las cabezas de los burócratas para salvar su poder en el nuevo sistema.

BIBLIOGRAFIA

BAYER, József,

(1990): "Engedetlenség Es válságmenedzselés", *Népszabadság-Hétvége*, 3 de noviembre, Budapest.

Beszélő

(1990): semanario húngaro de análisis político, Budapest.

El Socialismo del Futuro

(1990): revista de debate político, núm. 1, Fundación Sistema, Madrid.

FERGE, Zsuzsa

(1989): Van-e negyedik út A társadalom politikai esélyei, *Kozgazdasági és Jogi*, Budapest.

Figyelő

(1990): semanario húngaro de análisis económico, Budapest.

GALBRAITH, John Kenneth

(1990): "Running race to capitalism", *The New York Review of Books*, 25 de noviembre.

GERE, Adám

(1990): "Minden a Foldre épül", *Beszélő*, núm. 46, Budapest.

HANKISS, Elemér

(1989): *Kelet-európai alternatívák*, *Kozgazdasági és Jogi*, Budapest.

HVG

(1990): semanario húngaro de economía y política, Budapest.

KORNAI, János

(1990): "Kiegészítések a ropirathoz" en la revista *Kozgazdaság Szemle*, núm. 6-7, Budapest.

Nepszabadság

(1990): diario húngaro, Budapest.

STANISZKIS, Jadwiga

(1990); *The ontology of socialism*, Oxford University Press.

SZALAI, Erzsébet

(1990): *Gazdasági mechanizmus, reformtorekvések és nagyvállalati érdek*. Ed. Kozgazdasági és Jogi, Budapest.

SZELÉNYI, Iván y MANCIHN, Róbert

(1988): Piac, "redistribució és társadalmi egyenlőtlenségek a kelet-európai szocialista társadalomban" en la revista *Medvetánc*, núm. 2-3, Budapest.

SZELÉNYI, Iván

(1989): "Úton Közép Európába" en la revista *Világ*, 21 de septiembre, Budapest.

(1990): "Komprádorok, nómenclaturatókések, kispolgárok", *Népszabadság*, 22 de noviembre, Budapest.

THERBORN, Göran

(1990): Exposición pronunciada en el seminario *El socialismo*, México, noviembre.

3. HORIZONTES DEL SOCIALISMO EN AMÉRICA LATINA



Asedio a la utopía

Mario Payeras

1. Lo primero es reafirmar nuestra elección del camino revolucionario. Ni la crisis del socialismo; ni el drama de los pueblos en el pasado soviético, atrapados en encrucijadas de penuria y de fuego en su afán por emanciparse y cuyo clamor llega todavía hasta nosotros; ni el desplome reciente de tramos completos de la inmensa superestructura, erigida en décadas de rigidez y dogmatismo, pero también de pensamiento creador y batallas contra el atraso y la subordinación, nada nos disuade del empeño por encaminar nuestro futuro hacia el socialismo, ni dejar de reconocer en 1917 la alborada de la humanidad. No desconocemos el caos, la confusión, las privaciones de toda índole que entraña la *perestroika*; pero en ningún momento olvidamos tampoco que estamos ante el esfuerzo vivo de una sociedad por decidir libremente su destino, que ya no es ahí la prehistoria, sino la historia.

Sólo se entiende lo que significa la crisis del socialismo para los pueblos del tercer mundo si se tiene presente que la perspectiva anticapitalista se impone para nosotros en la hora actual, no sólo como camino deseable de emancipación social, sino antes aún como única posibilidad de sobrevivencia nacional y cultural. Hoy más que nunca, los pueblos de América Latina y del tercer mundo en general sufrimos las consecuencias del capitalismo periférico y del imperialismo, el sistema que en nuestras sociedades representa las más de las veces explotación, desempleo, migración, desplazamiento, represión y discriminación, y en términos norteamericanos significa guerra de intervención, expropiación de nuestro trabajo a través del intercambio desigual, endeudamiento estructural, ideología productivista, consumista y despilfarradora, depredación de la naturaleza y contaminación del ambiente, consumo pasivo de modas tecnológicas, bagatelización del consumo para las masas, drogadicción, pornografía y otras enfermedades de la decadencia.

En el debate actual acerca de lo que ocurre en el este de Europa son múltiples las interpretaciones y pocas las propuestas constructivas. Las posturas van desde aquellas que minimizan los reveses y subrayan exclusivamente lo positivo, hasta el punto de vista de quienes parecieran contraponer democracia y revolución, reduciendo sus preocupaciones al reclamo de la primera. Hay, en fin, los que piensan que la *perestroika* significa el perfeccionamiento del socialismo, sin advertir la profundidad de la crisis, y los que consideran que la reforma de Gorbachov es el fin del socialismo y una traición a los principios revolucionarios. Para nosotros, la *perestroika* es nada más que un método político —el método de decir la verdad, reconocer los errores y confiar en las masas para corregir el rumbo—, método sin duda inspirado en Lenin y en los fundadores del socialismo, Marx y Engels.

Frente al capitalismo, la *perestroika* representa la libertad humana, en su sentido más profundo de iniciativa sobre el movimiento social, la posibilidad de cambiar la vida, de remodelar el propio destino y escapar a las leyes ciegas de la necesidad. El logro más concreto de la *perestroika* hasta hoy es haber asumido la crisis del socialismo y haber propiciado el acceso de una docena de pueblos a la autodeterminación —inmenso mérito histórico por sí sólo—, y su efecto general es haber clausurado la guerra fría y haber iniciado una era de distensión y cooperación entre las potencias. En el presente trabajo se trata de abordar las implicaciones que tal crisis y tales cambios significan para América Latina.

En nuestra opinión, la más importante consecuencia de la crisis del socialismo para las sociedades tercermundistas en general, y para América Latina en particular, es la configuración de un cuadro de interrogantes y límites de diversa índole que le confieren a la lucha revolucionaria por transformaciones radicales —como las que reclaman nuestras sociedades para remontar la subordinación y la miseria— un carácter utópico, al menos en el sentido precisado por Adolfo Sánchez Vázquez de limitaciones temporales para su realización. Ninguno de los factores que explicaron en su momento el surgimiento del marxismo ha desaparecido, y en las sociedades tercermundistas a estos factores hay que agregar los que se derivan del carácter dependiente de nuestras sociedades, de la subindustrialización a que se nos ha reducido y del lugar periférico que ocupamos en el sistema capitalista. No tenemos respuesta para estas interrogantes ni poder para abatir estos límites, pero los consignamos porque constituyen desafíos a nuestra utopía, y ésta se comprende mejor si se establece la índole de los retos.

La primera interrogante se refiere a preocupaciones legítimas del mundo actual en el torno al régimen político, y puede formularse en la forma de la siguiente pregunta: ¿Cómo hacer la revolución —acto que de acuerdo a la definición clásica supone derrocar a una clase y expropiarla— y defenderse entonces de la agresión del imperialismo y de la reacción, sin militarizar el Estado y sin restringir la democracia? Por supuesto —dicho esto sin ningún ánimo peyorativo—, para aquellos proyectos revolucionarios cuyo programa se limita a la democratización de la sociedad, esta cuestión carece de importancia; pero ocurre lo contrario en el caso de proyectos de revoluciones que hayan resuelto la cuestión en el sentido de la pregunta. La revolución nicaragüense —para la cual esta preocupación fue un propósito explícito— no escapó a los efectos de la militarización; la llamada revolución de terciopelo, por su parte, presentada como ejemplo de cambio pacífico, es una tergiversación del problema, por la simple razón de que, desde ningún punto de vista, es posible equiparar a las burocracias partidarias derrocadas en el Este con clases dominantes. El repliegue de dichas élites ante las masas movilizadas de Checoslovaquia, Hungría, Polonia, RDA y Bulgaria no se corresponde con el comportamiento histórico de las clases dominantes asediadas durante la revolución. La represión rumana es excepción que en este caso confirma la regla. La utopía en este punto consiste en incorporar la democracia al arsenal de la lucha y a la defensa de la revolución.

Una segunda interrogante adopta más bien la forma de la siguiente paradoja: para sociedades agrarias y atrasadas el marxismo sigue siendo sin duda la teoría de la emancipación; pero la crisis del socialismo tiene uno de sus antecedentes y de sus contradicciones actuales en la estatización en que deriva la expropiación de los medios de producción, cuando esta expropiación se lleva a cabo en sociedades agrarias y atrasadas. La autogestión democrática de los medios de producción supone (Marx, *Crítica del programa de Gotha*) grados de organización social y de socialización previa de la producción que por ahora son atributo exclusivo de las sociedades industrializadas. La utopía revolucionaria consiste en depositar en manos de los atrasados, de los analfabetas, la autogestión democrática de la producción y de la sociedad.

La tercera interrogante es una inquietud francamente perturbadora, como es la preocupación de que la sociedad humana no haya encontrado todavía un sustituto al acicate que para la laboriosidad representa en los regímenes de propiedad privada el beneficio individual. Así parecen demostrarlo la inimaginable incuria y despego con que los trabajadores del campo socialista —y los del mundo entero— se comportan ante los medios de producción estatizados. No se trata de reconocer aquí a este rasgo un atributo suprahistórico o una supuesta “esencia” humana, sino de reconocer hechos documentados profundamente en artículos, libros, cifras y autocríticas oficiales. En Cuba, experiencia ejemplar e insospechable en la apelación a la austeridad, una de las autocríticas más frecuentes de los dirigentes del país se relaciona con la negligencia y el dispendio de los bienes sociales. Esa incuria y ese desapego están en la base de la crisis económica soviética, y la medida económica más dramática de la *perestroika* hasta el momento se orienta precisamente a restablecer el beneficio personal para dinamizar una economía desfalleciente. La utopía en este punto estriba en la necesidad de que aquellos que necesitan abolir el fetichismo de la mercancía para consolidar su libertad, recurran al mercado para avanzar en su propósito.

Un dato revelado hace pocos días por Fidel Castro ilustra de manera elocuente el grado de dependencia del socialismo cubano en relación al subsidio soviético: para seguir obteniendo la cantidad de petróleo que hoy recibe Cuba de la URSS, sin precios de subsidio, la isla tendría que producir veintiseis millones de toneladas de azúcar, es decir, el triple de su producción actual. Estas cifras constituyen en realidad el fin de una ilusión, la cual estuvo en la base del conjunto de estrategias políticas de la izquierda marxista en el continente desde 1961, cuando se proclamó el socialismo en Cuba y la isla rompió lazos con el imperialismo estadounidense. Según dichas estrategias, como parte de una supuesta época de tránsito del capitalismo al socialismo, las sociedades revolucionarias, al desgajarse del capitalismo, hallarían en el campo socialista asistencia económica, militar y tecnológica para construir su propia sociedad sin explotación.

De manera dramática, la crisis del socialismo confirma el postulado marxiano del papel determinante en última instancia de la base económica en la estructura de la sociedad, esa vez en pellejo propio, en la economía soviética. En dos sentidos confirman los hechos dicho papel: en un sentido concreto, como límites que la

intervención del Estado registra para subordinar la acción de leyes económicas como la ley del valor, obligando hoy en la URSS al viraje histórico hacia el mercado; y en un sentido general, en tanto que se confirma el postulado marxiano que concibe al comunismo como modo de producción ligado orgánicamente al capitalismo altamente desarrollado. Lo que hoy ocurre en el Este significa que ni en la URSS, ni en Cuba, ni en ninguna otra sociedad es posible subvencionar el socialismo, y que una de dos: o bien el socialismo surge como Marx lo previó —como sanción revolucionaria de la socialización que ya existe en gran escala en la producción—, o bien se logra lo que por ahora es una utopía, como es hallar fórmulas y caminos que nos conduzcan a sociedades de transición, donde la producción esté subordinada a las necesidades sociales, aunque sin desarraigar las bases de la propiedad privada ni desarticular los mecanismos del mercado, condiciones que resumimos en el concepto poscapitalismo.

De manera que para nosotros, observadores y beneficiarios al mismo tiempo del proyecto socialista en la Unión Soviética —el proyecto que quiso abreviar la marcha de una sociedad atrasada a través del proceso histórico, accediendo al socialismo mediante el extravío de la revolución—, hoy la pregunta crucial es, como está planteado, si el socialismo representa una palanca para salir del atraso y la subordinación, o si más bien es un punto de llegada y son otros los comienzos.

A la luz de estas constataciones, sin embargo, es útil preguntarse qué habría ocurrido en el mundo si Lenin y sus camaradas hubieran razonado en el sentido de reconocer que el socialismo sólo es viable en sociedades altamente desarrolladas y hubiesen renunciado a construirlo en su aislada patria. Es obvio que el imperialismo no habría tenido freno alguno; que no se habrían producido los movimientos de liberación nacional que cambiaron la fisonomía del mundo contemporáneo, y hoy seguramente nos enfrentaríamos a una nueva barbarie. La idea socialista seguiría siendo un sueño, sin la experiencia planetaria de su forja y sus límites con que hoy contamos.

2. Creo en el valor de la utopía como instrumento heurístico y como referencia teórica en esta hora de desplomes y necesarias recomposiciones del mundo por el que luchamos. Entiendo la crítica de Sánchez Vázquez al abuso de este concepto (*Reexamen de la idea de socialismo en el umbral del siglo XXI*, 1985), pero pienso a la vez que después de Tienanmen y de lo que ocurre en el Este la realidad no autoriza ortodoxias. Por lo tanto, es nuestro deber asediar la utopía, pensándola, construyéndola por ahora entre los militantes y entre las masas como búsqueda programática y como certeza para un futuro que no puede tardar mucho. No partimos de cero. En la lucha hemos aprendido, y en Cuba y Nicaragua, en las últimas décadas, hemos por momentos distinguido el clamor de la sociedad igualitaria, demoleadora de lo viejo y creadora de nuevos conceptos sobre la justicia, el nuevo orden social que Marx vislumbró en la ráfaga de fuego de la Comuna. En Nicaragua hemos de asistir en el próximo futuro a nuevos capítulos de gesta popular, y en Cuba hemos de ver la nueva forja, la otra hora de los hornos que necesita el noble acero de la revolución.

Cinco son los rasgos que para una sociedad poscapitalista nos parecen imprescindibles, rasgos que coinciden con preocupaciones que plantean aquí y allá los movimientos emancipatorios del mundo actual y que resultan claves para la convivencia civilizada:

1. Democracia autogestionaria, entendida como pluralismo político con hegemonía popular, prensa libre y fortalecimiento creciente de la sociedad civil frente al Estado;

2. Economía no productivista, cuya prioridad se oriente a la satisfacción de las necesidades sociales;

3. Política de reconstrucción, protección y administración ecológica del medio ambiente;

4. Nueva nación, en aquellas sociedades donde coexistan diversos grupos socioculturales, nación que se caracterice por la igualdad de derechos entre dichos grupos y por el cese de la discriminación étnica, social y sexual y,

5. Nuevo orden económico internacional que compense globalmente a nuestros pueblos por la expoliación histórica de sus recursos y por los efectos del intercambio desigual.

Para pensar nuestra emancipación, lo primero es dotarnos de pensamiento independiente. Ya hemos aprendido de Europa lo suficiente para entender su mensaje ecuménico y su lección secular, pero también para captar sus límites. Hoy, la crisis de otro paradigma europeo —el socialismo realmente existente— debe apresurar el surgimiento de un 1821 del pensamiento latinoamericano, donde sin renegar de ninguna herencia intelectual creadora, asumamos la definición de nuestro propio destino. Cuba vuelve a Martí, sin renunciar a Marx; el continente entero tiene tras de sí una fecunda tradición libertaria de resistencias y revoluciones sociales, de repúblicas independientes y sociedades poscapitalistas, herencia política para una identidad futura, trascendente al neoconservadurismo y al socialismo burocrático. El acervo cultural de la humanidad no debe impedirnos asentar nuevas atlántidas sobre los encajes de piedra de las ciudades mayas y sobre la joroba cósmica de Machu Picchu.

Se trata de crear realidades más acordes con nuestras necesidades, sólidas de herencias universales, pero singulares también en la obra y en la palabra. El socialismo, en tanto que paradigma social, y el método crítico de Marx, son parte de ese acervo y debemos asumirlo como una de las creaciones más nobles del espíritu humano y de la lucha de los pueblos. Sin embargo, recuperando la tradición crítica del filósofo del proletariado, su poderoso sentido de la realidad, hoy podemos decir a nuestra vez que los filósofos se han limitado a interpretar el mundo y los revolucionarios a transformarlo, pero de lo que se trata ahora en primer lugar es de recuperarlo.

Recuperarlo, en primer lugar, como concepto de la naturaleza. No existe en Marx una concepción de la naturaleza que pudiera constituirse hoy, para nosotros, en punto de partida para responder a la crisis ambiental que se cierne sobre la civilización contemporánea. Apelando a una visión unitaria de hombre y naturaleza, con frecuencia se evocan las obras juveniles de Marx, donde ambas catego-

rías aparecen reconciliándose e interpenetrándose. Tributario en definitiva del concepto de progreso dominante en su tiempo, Marx no logró escapar del punto de vista que considera a la naturaleza objeto a dominar, y en sus obras de madurez quedó soterrada aquella dialéctica de paradojas fáciles (el “naturalismo de la humanidad” y el “humanismo de la naturaleza”) de los *Manuscritos* de 1844, bajo el rigor de la madura dialéctica de *El capital*, donde la naturaleza vuelve a ser concebida como reino a cuyas expensas se emancipa el ser humano. Escribe Marx en la obra mencionada:

En efecto, el reino de la libertad sólo empieza allí donde termina el trabajo impuesto por la necesidad y por la coacción de los fines externos; queda, pues, conforme a la naturaleza de la cosa, más allá de la órbita de la verdadera producción material. Así como el salvaje tiene que luchar con la naturaleza para satisfacer sus necesidades, para encontrar el sustento de su vida y reproducirla el hombre civilizado tiene que hacer lo mismo, bajo todas las formas sociales y bajo todos los posibles sistemas de producción. A medida que se desarrolla, desarrollándose con él sus necesidades, se extiende este reino de la necesidad natural, pero al mismo tiempo se extienden también las fuerzas productivas que satisfacen aquellas necesidades. La libertad, en este terreno, sólo puede consistir en que el hombre socializado, los productores asociados, regulen racionalmente este su intercambio de materias con la naturaleza, lo pongan bajo su control común en vez de dejarse dominar por él como por un poder ciego, y lo lleven a cabo con el menor gasto posible de fuerzas y en las condiciones más adecuadas y más dignas de su naturaleza humana. Pero, con todo ello, siempre seguirá siendo éste un reino de la necesidad. Al otro lado de sus fronteras comienza el despliegue de las fuerzas humanas que se considera como fin en sí, el verdadero reino de la libertad, que sin embargo sólo puede florecer tomando como base aquel reino de la necesidad. La condición fundamental para ello es la reducción de la jornada de trabajo.¹

No es posible pensar el desastre ambiental provocado en Europa de Este por la torpe industrialización y el productivismo que caracterizó al afán burocrático por imitar la opulencia burguesa, sin relacionarlo con la visión del progreso, de la necesidad y de la libertad contenidos en la cita anterior. Dominar sin fin la naturaleza, transformar el cosmos en un inmenso predio de caza: tal ha sido el sueño de milenios, apuntan certeramente Horkheimer y Adorno en su *Dialéctica del iluminismo*,² y agregan: la humanidad seguirá encadenada a la naturaleza mientras el hombre no disipe su pretensión de dominio, que justamente es lo que lo mantiene atado a la naturaleza.

El pensamiento de Engels sobre el mundo natural, sin embargo, representa un punto de partida diferente y esperanzador, más acorde con nuestras preocupaciones actuales y con las realidades de hoy. Muchas de sus lúcidas intuiciones y de

¹ Karl Max, *El capital*, T. III, FCE, 1985, p. 759.

² Editorial sudamericana, Buenos Aires, 1988, p. 288.

sus reflexiones visionarias, englobadas en la condena legítima al materialismo dialéctico, han sido descartadas con ligereza, sin distinguir en el desvío ontologista el núcleo emancipador.

El capitalismo, en efecto, a partir de la concepción industrialista y productivista que le es inherente, está haciendo inhabitable el planeta. El tipo de civilización material gestado por el capitalismo –basado en la quema de hidrocarburos, en la ampliación progresiva del capital constante depredador, en el consumismo, en el progreso como sinónimo de eliminación sistemática del trabajo físico a expensas del ambiente– es el responsable principal de la crisis ambiental, a consecuencia de la sobrecarga de CO₂ en la atmósfera y el “efecto invernadero” que tal saturación provoca, la crisis de la capa de ozono, la desertificación y la alteración del régimen climático por la tala de los bosques, la infición de las ciudades, del campo, de las fuentes de agua, etcétera, a causa de la polución industrial y automotriz, y la crisis de los océanos que se vislumbra por la rapacidad y contaminación humanas.

La biósfera terrestre se halla en nuestros días en el límite de tolerancia de la irrupción humana en su ámbito. Siendo que no está en nuestras manos modificar los márgenes de tolerancia, el único camino es cambiar nuestro concepto de civilización. En la estructura de los mundos actual, además, el concepto de progreso del capitalismo supone que el primer mundo monopoliza la capacidad social de producir la tecnología, mientras que el tercer mundo se convierte en consumidor pasivo de modas tecnológicas sin correspondencia alguna con su verdadera capacidad social, profundizando la brecha industrial y científico-técnica. La cultura humanista y ambientalista no puede ser sino anticapitalista.

No hay necesidad de antropomorfizar la naturaleza, atribuyéndole subjetividad como lo hace Ernst Bloch,³ para aceptar como útil la tecnología aliada que este pensador concibe, la tecnología que no aspira a dominar, a destruir, sino que busca respetar una realidad capaz de alumbramientos que apenas comenzamos a entrever, y de los que el ser humano, en tanto que especie natural, es el ejemplo más brillante. Pertencemos a la franja tropical, patria del ser humano y depósito actual de biomasa y ecosistemas matrices de la vida del planeta, hecho que no puede estar ausente en un pensamiento nuevo. La trama de la vida tiene tal complejidad, que su sola comprensión es camino inicial para liberar al ser humano de la fuerza de la necesidad.

Gestar una nueva civilización supone remontar tres puntos de vista, profundamente arraigados en la sociedad burguesa actual y en las aspiraciones de aquellas masas del excampo socialista europeo que reclaman consumo sin más:

- a) La búsqueda de la “abundancia” sin límites y del consumo sin límites;
- b) La concepción de la tecnología como instrumento para dominar a la naturaleza y
- c) La idea del progreso y del confort como holganza creciente.

Gestar una nueva civilización supone, también, recuperar la filosofía, en cuanto disciplina del espíritu orientada a la totalidad. A partir de la segunda mitad del

³ Citado por Jürgen Moltmann, en *Sobre la naturaleza*, FCEI, 1989, p. 131.

siglo XX asistimos a la crisis de la filosofía, dominada en Occidente por el cientifismo y el pesimismo de la razón, y en el Este por la inanidad del materialismo dialéctico. “Hay resistencia a pensar el todo por temor a transformarlo”,⁴ pero nunca la realidad había necesitado como hoy de pensamiento, en función de su reconstrucción para el ser humano. No se trata de concebir la totalidad como: “ciencia de las ciencias”, ni como una ontología que resume y suelda los resquicios de las ciencias, sino como un concreto pensado al cual nos elevamos a partir de las conclusiones de la ciencia, pero como método para ver el conjunto sin que ello signifique adicionar los resultados parciales del conocimiento científico. Sobre la totalidad no puede haber ciencia, sino saber. Hoy, como hace dos mil años, se trata de no perder de vista el conjunto y distinguir lo esencial de lo que no lo es.

Sea como *res cogitans* y como *res extensa*, como objetividad y subjetividad, como mundo del trabajo y mundo natural, la postura del pensamiento que engendra dicotomías nos sigue impidiendo acceder a la totalidad. En los hechos, hombre y naturaleza son inseparables; el primero, en tanto que ser natural es producto de la segunda, y sólo en tanto que tal se halla en capacidad de hacer historia. En cuanto ser social, el ser humano no se independiza de la naturaleza, no rompe con ella, sino que continúa llevando en sí sus determinaciones. El grado de dependencia que como especie natural tenemos en relación al hábitat, revelado en nuestros días por la crisis ambiental, ha echado por tierra el sueño greco-cristiano que denigra al cuerpo, su animalidad, su materialidad, colocándonos frente a la necesidad de asumir no sólo la historicidad como distintivo humano, sino a la par, e indisolublemente, la biologicidad que el idealismo y la religión le negaron a la especie a lo largo de dos milenios de filosofía.

Para los pueblos del tercer mundo, la emancipación social y nacional implica también una lucha por la apropiación del saber, en un mundo donde las tecnologías y técnicas de la información adquieren el rango de factores fundamentales de poder. *Mutatis mutandi* podemos coincidir con la siguiente preocupación de J-F Lyotard:

Se sabe que el saber se ha convertido en los últimos decenios en la principal fuerza de producción, lo que ya ha modificado notablemente la composición de las poblaciones activas de los países más desarrollados, y que es lo que constituye el principal embudo para los países en vías de desarrollo. En la edad posindustrial y posmoderna, la ciencia conservará y, sin duda, reforzará más aún su importancia en la batería de las capacidades productivas de los Estados-naciones. Esta situación es una de las razones que lleva a pensar que la separación con respecto a los países en vías de desarrollo no dejará de aumentar en el porvenir.⁵

⁴ T. Adorno, *Sobre la lógica de las ciencias sociales*, Grijalbo, México, 1978.

⁵ Jean-Francois Lyotard, *La condición postmoderna*, Red Editorial Iberoamericana, México, 1990, pp. 16-17.

Recuperar el mundo, en fin, como concepto de la historia. El desastre del socialismo real en los países del Este ha llevado a algunos ideólogos neoconservadores a proclamar el fin de la historia, anunciando el reino milenarío del capitalismo. Una rápida revista del nuevo panorama mundial emergido en 1989 basta para contradecir este tenaz sueño burgués. Para el primer mundo, la hora actual se parece al clima de optimismo que reinó en 1918, al finalizar la primera guerra mundial. Había cesado la conflagración bélica, no se vislumbraban nuevos antagonismos, la prosperidad era el único signo visible en el horizonte —y la única preocupación—, e incluso la revolución rusa parecía un sueño efímero, destinado a desplomarse, como hoy los caracteres cínicos de la *perestroika* andan aquí y allá, en camisetas y cigarrillos, en llaveros y *souvenirs*: una moda política más, una revolución domesticada por Occidente. Sin embargo, ninguna de las contradicciones del mundo contemporáneo —las que llaman a luchar, a rebelarse— han sido abolidas. El imperialismo sigue ahí, invadiendo territorios; la subordinación económica y social de continentes enteros se acentúa; siguen la guerra, el *apartheid*, las inmensas desigualdades. Bajo la apacible apariencia de los acontecimientos en la cumbre arde la brasa de la contradicción.

La crisis del socialismo reveló no sólo el declive de la Unión Soviética como superpotencia mundial sino también el de Estados Unidos, sociedad acosada hoy por los múltiples signos de la decadencia, además de constituir un país superconsumidor de energía que carece de energéticos propios en la escala necesaria. En la Cuenca del Pacífico, nuevos ciclos de la historia mundial están a punto de comenzar o ya han comenzado, con la emergencia del Japón y de las neopotencias de Asia a la competencia intercapitalista, mientras la unidad alemana surge cargada de contradicciones y entraña amenazas que otra vez recuerdan las grandes posguerras del presente siglo. Y en todos los continentes —aun en Norteamérica y Europa— centenares de millones de desposeídos procedentes de los países periféricos, agobiados por el hambre, la enfermedad, el desempleo, la explotación, la discriminación y la contaminación ambiental, observan con indignación y muchas veces con odio la opulencia y el despilfarro de sus dominadores, y gestan nuevos mundos en sus sueños y en su vigilia. Detrás de la *perestroika*, no lo olvidemos, hay un pueblo que en este siglo ha soportado en dos ocasiones la historia mundial sobre sus hombros de gigante, y puede volver a hacerlo.

La imagen de un devenir circular, a la manera de Vico, es una tentación teórica en la hora actual; pero esta visión de la historia, así como las concepciones etapistas y jerarquizadoras que implican todas a su modo el fin de la historia, no captan la incesante renovación de la humanidad, ni asumen la certeza, muchas veces constatada en el transcurso del proceso histórico, que la vida en el universo es lucha.

Octubre de 1990.



Los debates estratégicos de la izquierda latinoamericana

Sergio Rodríguez Lascano

Agonía no es preludio de la muerte, no es conclusión de la vida. Agonía —como Unamuno escribe en la introducción de su libro— quiere decir lucha. Agoniza aquel que vive luchando; luchando contra la vida misma. Y contra la muerte [...] el marxismo es lucha, es agonía

José Carlos Mariátegui, Signos y Obras

1. Escoger una cita de Mariátegui para iniciar una explicación de la situación en la que se encuentra el marxismo en Latinoamérica no es casual. Volver a Mariátegui en estos momentos de confusión significa retomar el camino de elaboración de una concepción que no puede contentarse con simplemente repetir esquemas válidos para sociedades altamente industrializadas, pero que tampoco puede permitirse el lujo de tomar la especificidad nacional como el único componente fundamental para analizar y diseñar una respuesta global que permita ayudar a nuestros pueblos en su lucha por la liberación nacional y el socialismo.

Las diversas corrientes socialistas estamos enfrentando una de las crisis más agudas de nuestra historia, un salto cualitativo. Una ruptura en el proceso normal de cambio, es una crisis. El origen del término “crisis” proviene de la medicina. En su significado griego original hacía referencia al momento crucial o decisivo de una enfermedad, “cuando la muerte o la recuperación están en juego” (según M. Rader). La crisis se producía en una enfermedad “siempre que la enfermedad aumentara en intensidad, desapareciera, se tornara en otra enfermedad, o bien terminara por completo” (R. Stern). Entonces, en un sentido estrictamente médico, una crisis no es necesariamente algo malo, indica más bien la variabilidad inherente al progreso de la enfermedad. Es la irrupción en patrones de desarrollo relativamente homogéneos, de momentos en los cuales el cambio para bien o para mal se intensifica, en momentos en los que un patrón de desarrollo se cancela y otro (tal vez) se instaura. “Es un tiempo de ansiedad y un tiempo de esperanza” (John Holloway, *Crisis, fetichismo y composición de clase*).

Esta se da en medio del desastre económico del capitalismo subordinado latinoamericano. Es decir, se da en el momento en que la burguesía y sus diversos Estados han demostrado una infinita incapacidad, ya no digamos para satisfacer las necesidades más urgentes de la población (ese nunca ha sido su objetivo), sino fundamentalmente para responder a los retos de una economía mundial capitalista cada vez más competitiva. La CEPAL bautizó la década de los ochenta como “la década perdida” para América Latina; diez años donde no hubo crecimiento eco-

nómico, donde incluso se dieron procesos de desindustrialización en países como Argentina y Perú. Una década donde la burguesía latinoamericana decidió no arriesgarse en la crisis y sacó sus capitales, una década donde se manifestó la peor crisis de los viejos proyectos burgueses nacionalistas y con ella la de una buena parte de los mecanismos de control burocrático sobre las masas. Eso quiere decir que la izquierda socialista latinoamericana entró en crisis en el momento en que era y es más necesario que nunca plantear una respuesta global a los problemas económicos, políticos y sociales que requieren nuestros países. Se trata de una crisis que no es producida por el éxito del capitalismo subordinado sino porque el fracaso ha sido tan grande que la respuesta se hizo más ingente que nunca. Eso llevó muchas veces a telescopiar la revolución y a no entender que la crisis económica no genera forzosamente radicalización y conciencia.

La izquierda latinoamericana está obligada entonces a repensar muchos de sus paradigmas, a entender que ella misma es víctima de un sinnúmero de contradicciones y que éstas no deben significar parálisis. Si es verdad como dice Holloway que el marxismo es antes que nada “una teoría de la inestabilidad social”, como guía para la acción, debe ser entendido como el intento de elaborar una estrategia que abarque la inestabilidad (contradicciones) política que se expresan entre las clases, en el bloque social emergente, entre los sujetos revolucionarios, en los frentes políticos de izquierda y al interior de la misma organización revolucionaria.

En el centro del pensamiento político marxista reina un elemento: el antagonismo, el conflicto entre fuerzas sociales, entre clases, entre fracciones de clase. Estos conflictos no son analizados, comprendidos en su conjunto, como problemas que podrían ser “resueltos”, como se cicatriza una herida. Diversas corrientes sociopolíticas integran la noción de antagonismo, de conflicto en sus ideas. Pero disuelven su agudeza tratándolos como disensiones, tensiones cuyo desenlace necesita una convergencia razonada de intereses, que pueden solaparse parcialmente. De esta manera, eluden la profundidad y el anclaje estructural de los conflictos sociales —se expresen de un modo pasivo o activo, según las fases históricas—, remite evidentemente a un dato: las condiciones de dominación, de explotación, de opresiones multiformes inherentes a una formación social. Es una banalidad ciertamente. Sin embargo, la amnesia de las banalidades dice más sobre el que olvida que sobre lo olvidado (Charles André Udry, *El conflicto está en el centro*).

Ese conflicto político (esa agonía) se manifiesta fundamentalmente en la izquierda latinoamericana en la contradicción existente entre la lucha por las reformas y su difícil vinculación en la lucha por la ruptura revolucionaria. Esta contradicción ha querido ser ridiculizada por los gradualistas al explicarla como irresoluble. Y sin embargo en varias fases de la historia se ha demostrado como viable, más aún, como la única salida realista.

Entender la dialéctica que existe entre proceso y momento, entre guerra de posiciones y guerra de movimientos, entre consenso y hegemonía.

En un sinnúmero de ocasiones la izquierda latinoamericana ha querido exorcizar esa contradicción ya sea viendo hacia atrás, elevando a modelos procesos revolucionarios pasados.

Tenemos que evitar caer en el error típico de los estrategas militares. Como el arte de la guerra no permite experiencias de laboratorio, están condenados a formarse en el estudio de las guerras pasadas y esto les conduce a menudo a imaginar la próxima bajo la forma de la anterior, a construir inútiles líneas Maginot: no llevemos a nosotros una revolución de retraso (Daniel Bensaïd *Revolución: nuevo capítulo*).

O ya sea pintando un panorama, un modelo de sociedad futura, que no se desprende de ningún análisis concreto:

Hay que decirlo alto y claro: no hay ni racionalidad económica universal, ni una "visión" normativa de las alternativas culturales, sexuales, nacionales determinadas por la "ciencia" marxista. El centro de gravedad de las respuestas socialistas está en el derecho a elegir, un derecho que no debe ser formal, y por tanto debe asociarse con los medios para elegir. Desde ese punto de vista, mejor es no "pensar" demasiado el socialismo por adelantado. (Catherine Samary, *Volver a imaginar el socialismo*).

2. La izquierda revolucionaria latinoamericana está confrontada a la necesidad de responder a una serie de interrogaciones para poder sobrevivir. El imperialismo ha tenido un relativo pero importante éxito al ubicar a los diversos países latinoamericanos como escenarios viables para implementar su política basada en los conflictos de baja intensidad. Cuyo nombre no deja de ser una broma macabra. Conflictos de baja intensidad que produjeron sesenta mil muertos en Nicaragua (el 1.5 por ciento de población, es decir un millón doscientas mil personas si habláramos de México), setenta mil en El Salvador y cien mil en Guatemala. Para no hablar del número de muertos en Panamá producto de un error técnico de la aviación norteamericana (por cierto que los asesinados en el barrio de Chorrillos fueron más que todos los que hubo en las revoluciones de Europa del Este—Timosoara incluida) y sin embargo esta política no se reduce a la represión.

El imperialismo norteamericano, opresor fundamental de nuestros pueblos, ha ido perfeccionando sus mecanismos de control. Se podría hablar de una cierta sofisticación de la política imperialista. Siguen sacando lecciones del triunfo sandinista del 19 de julio de 1979 y de la nueva situación política.

La deuda externa sigue siendo el instrumento privilegiado que ha venido utilizando el imperialismo para avanzar en su política de dominación. Gracias a la deuda externa tiene una injerencia sobredeterminante en el diseño de la política económica de los diversos gobiernos, vía el FMI; pero más importante aún, gracias a la deuda externa ha logrado incentivar el proceso de privatización y reorganización social que se vive en todos nuestros países. La aprobación del plan Brady amarra más que nunca la suerte de las diversas economías latinoamericanas al

proceso de reestructuración imperialista. El plan Brady no significa una modificación de tal naturaleza que asegurara un nuevo crecimiento sostenido de las economías latinoamericanas a cierto plazo. Con esto el imperialismo demostró una vez más que no estaba dispuesto a pagar por los servicios prestados. Simplemente recordemos que una buena parte de la reestructuración capitalista llevada a cabo por las metrópolis imperialistas (reorganización del trabajo y reestructuración tecnológica) fue financiada por el llamado tercer mundo.

Ahora se nos plantea el Acuerdo de Libre Comercio como la verdadera solución a mediano plazo de la crisis de América Latina, en especial para aquellos países con un cierto nivel de industrialización y con cierto margen de recursos nacionales. Es decir en especial México, Brasil, Chile, Argentina y Colombia. Y al mismo tiempo privilegian en el proyecto aquellos países "conflictivos" donde es necesario hacer algo en el terreno económico para impulsar un cierto desarrollo, si no se quiere que la crisis social madure hacia una revolución (algunos países de América Central, Perú y Bolivia por ejemplo).

La franja de libre comercio busca atraer capitales imperialistas hacia nuestros países bajo la ilusión de que esto permitiría un acceso sin restricciones al mercado norteamericano. Se quiere crear la imagen de un mundo multipolar donde es posible para los países del tercer mundo jugar con las contradicciones internas de los países imperialistas. Es necesario señalar que la propuesta Bush no está en contradicción con el imperialismo japonés ni con el alemán. De lo que se trata es de aprovechar la situación de América Latina para extraer jugosas ganancias, reubicar el papel de nuestros países en la división internacional del trabajo, asestar un nuevo golpe a los trabajadores de las metrópolis imperialistas y profundizar la brecha de productividad del trabajo con respecto a la Unión Soviética. La creación de la franja de libre comercio fortalecerá al sector más reaccionario de las clases dominantes de nuestros países, la burguesía asociada, debilitará aún más los proyectos nacionalistas burgueses y pequeño burgueses (más allá de que coyunturalmente puedan ganar cierta simpatía por su defensa del viejo Estado populista) y buscará un ataque global contra la clase obrera (demasiado politizada según los expertos japoneses). Si bien es cierto que una política de esta naturaleza no resolverá la situación económica de América Latina, la cual cada día se agrava más, sería completamente equivocado banalizar la propuesta o responder como si el mundo no hubiera cambiado en los últimos diez años.

Al acuerdo del libre comercio no le podemos contraponer el trueque latinoamericano o un nuevo orden económico internacional (sueño de las corrientes burguesas populistas y de la izquierda dependientista). Una respuesta a la altura del reto será indudablemente acuerdo de libre integración de los trabajadores de Canadá, Estados Unidos y América Latina. Un acuerdo que no permita ese desequilibrio salarial de trece a uno entre el obrero norteamericano y obrero mexicano. Porque de permitirse, el salario del obrero norteamericano y canadiense caerá de una manera estrepitosa, en tanto el ejército industrial de reserva será ahora de decenas de millones de trabajadores latinoamericanos. Una cuestión similar en un sentido inverso, sucederá con los niveles de productividad. Aquí tenemos un buen

ejemplo de cómo la izquierda latinoamericana debe repensar su estrategia. Acostumbrada a dividir al mundo en países y en campos olvidó que hay otra división fundamental: de clases, y ahora inevitablemente deberá retomar esa visión.

3. Todos los debates estratégicos están determinados por el desbordamiento del “campo socialista”, el aislamiento y la crisis del castrismo y las corrientes castristas, el fortalecimiento de una ideología posibilista y gradualista, cierta caída en la institucionalidad burguesa y el surgimiento de corrientes socialdemócratas al interior mismo de los partidos revolucionarios y clasistas.

La caída del muro de Berlín fue saludada por el grueso de los partidos revolucionarios y de izquierda en general. De alguna manera, en América Latina se asumió una posición que buscaba impedir que los gobiernos burgueses y la derecha se apropiaran de lo que estaba pasando en Europa del Este. La desaparición del “campo socialista” tiene, sin embargo, consecuencias muy grandes en el diseño de las hipótesis estratégicas.

Hasta hace algunos meses, al seno de la izquierda latinoamericana prevalecía el dogma de considerar al “campo socialista” como a la retaguardia de la revolución. En privado se podía hablar mal de la burocracia, pero en público se defendía al “campo”. Según esta visión, la existencia del “campo socialista” neutraliza cualquier posible intervención estadounidense. Todo esto bajo el diseño de una revolución que se quedaba en los límites de las fronteras nacionales.

Ahora el “campo socialista” no existe más. Y una parte fundamental de la izquierda revolucionaria latinoamericana se ha quedado sin punto de referencia internacional. Esta parte de la izquierda fue formada y educada en esta concepción por el castrismo. Para Fidel Castro, el único enemigo es el imperialismo y especialmente el imperialismo norteamericano. Toda su política ha estado determinada por esa concepción. Su añoranza por el “campo socialista” parte de la idea de que la caída del muro de Berlín cambió la correlación de fuerzas en favor del imperialismo. Y la intervención de Panamá y el desembarco de decenas de miles de marines en Arabia Saudita lo reafirman en esta visión.

Este es un pensamiento distorsionado que, sin embargo, parte de y refleja parcialmente la realidad. Más algo totalmente superado por la *perestroika*.

Es claro que la conclusión que Fidel Castro saca es totalmente equivocada. Al identificar socialismo con los gobiernos dictatoriales que dominaban en Europa del Este, al no deslindarse de los mismos y al no cambiar las relaciones jerárquicas y burocráticas que existen en Cuba, el castrismo se ha aislado. Ninguna organización revolucionaria latinoamericana puede solidarizarse con esa visión a riesgo de perder cualquier oportunidad en su propio país. En otras palabras, no se puede luchar por la democracia en América Latina y, al mismo tiempo, defender el unipartidismo y las relaciones burocráticas existentes en Cuba. De esta manera, el castrismo pasa a ser una ideología cada vez más arcaica y poco atractiva.

A esto hay que agregar el peligro que hoy se cierne sobre la revolución cubana. Gorbachov parece decidido a disciplinar a la dirección castrista a través del paulatino retiro de la ayuda económica. Este hecho busca bien obligar a un cam-

bio de actitud, bien provocar una explosión social. Pero las diferencias con otros países de Europa del Este son múltiples. Fidel no es Honecker. Existen sectores fundamentales de las masas que lo apoyan.

Por otro lado, más que recuperar para el capitalismo a Rumanía, Hungría, Polonia o incluso Checoslovaquia, a Bush le interesa recuperar Cuba. Para los Estados Unidos, Cuba es una herida abierta, un símbolo a derribar. Por eso la televisión y los periódicos de Miami están desarrollando una impresionante labor sobre el millón de exiliados cubanos que allí viven preparándose para la intervención.

Es por ello que la defensa de la revolución cubana constituye hoy en día una tarea prioritaria. También para nosotros, Cuba es un símbolo: el de la revolución. La caída de Fidel no sería una liberación de energía humana revolucionaria sino el disparo de salida de cientos de miles de cubanos radicados en Miami que buscarían convertir a Cuba en un nuevo casino y prostíbulo. Pero, al mismo tiempo, salir en defensa de la revolución cubana es generar un movimiento político que presione hacia los cambios necesarios. La izquierda revolucionaria latinoamericana tiene, entonces, la obligación de dirigirse a la dirección castrista y demandarle un proceso de democratización.

Recientemente el compañero Víctor Tirado López hizo una declaración lapidaria: "creo que se está cerrando el ciclo de las revoluciones ant imperialistas, entendiéndolas como enfrentamiento total, militar y económico con el imperialismo [...] por eso pienso que a lo más que se puede aspirar es a la convivencia con el imperialismo, aunque nos duela y nos cueste decirlo". Para él, y partiendo del hecho de que los por él llamados países socialistas no tienen la menor intención de ayudar a los procesos revolucionarios, el único combate posible es el de tratar de evitar que una línea de capitalismo salvaje sea la que se imponga. Esta declaración no deja de ser simbólica. Para amplios sectores de masas y para la vanguardia la revolución de 1979 significó la comprobación de que era posible y viable derrotar al imperialismo. Ahora este tipo de declaraciones puede traer impresionantes efectos desmoralizadores.

La respuesta a la aseveración de que la revolución no puede resolver los problemas del subdesarrollo la hacemos de la siguiente manera: es verdad que la revolución no resuelve los problemas del subdesarrollo, pero ¿acaso se pueden resolver sin la revolución? La revolución solamente abre la vía para crear una sociedad más justa. El subdesarrollo es producto del saqueo imperialista y mientras éste siga existiendo aquél no desaparecerá. ¿Acaso hay otras opciones para países tan pequeños como Nicaragua? Sin la revolución antimperialista no existe la más mínima posibilidad de salir del subdesarrollo y sobre todo de generar una verdadera soberanía nacional y comenzar a crear un sistema más justo. Para lograr lo anterior es necesario enfrentar al imperialismo. Sabemos que la correlación de fuerzas no es la mejor, sabemos que los aparatos burocráticos han jugado un papel nefasto para asegurar el dominio imperialista. Pero sabemos también que la revolución antimperialista ayuda a cambiar la correlación de fuerzas y que, en cambio, declaraciones como las de Tirado ayudan a que el imperialismo actúe con mayor prepotencia y se ensañe contra nuestros pueblos.

No deja de ser significativo que tanto la revolución cubana como la revolución nicaragüense tuvieron como punto de partida, al nivel de sus ideólogos, la idea de que era posible romper la dependencia económica con el triunfo revolucionario. Tanto los textos de los economistas que estaban alrededor de Frank País en Cuba, como los textos de Jaime Weelock, ubicaban el problema en cómo transformar esos países de monoexportadores en industrializados, rompiendo la dependencia. Ni en Cuba ni en Nicaragua hemos visto que se realice ese sueño. El modelo cubano y nicaragüense partió de un mismo esquema: era necesario utilizar la economía agroexportadora como si fuera el sector uno de la producción, haciéndola jugar un rol dinamizador de la industrialización. El resultado está a la vista; ambas economías siguen siendo dependientes. Al nivel político el método fue diferente: mientras el Che Guevara recomendaba que a cada agresión del imperialismo era necesario responder con una medida más radical que afectara sus intereses, los sandinistas trataron hasta el cansancio de evitar la confrontación con el imperialismo. Desde luego, aquí solamente un sectario podría sacar conclusiones sobre el supuesto reformismo del FSLN. Lo que sucedía era que la correlación de fuerzas mundial había variado sustancialmente. La URSS no estaba en la menor disposición de ayudar a Nicaragua de la manera que lo hizo con Cuba.

Ambas visiones se volvían a juntar cuando analizaban al mundo. Según ellos el mundo estaba dividido en tres campos: el imperialismo (normalmente aquí sólo se ponía al norteamericano), el mundo socialista y el tercer mundo. El primero era el enemigo, el segundo era la retaguardia estratégica de la revolución y el tercero era el más importante porque sería el factor de cambio cualitativo de la correlación de fuerzas mundial. Con esta visión, los revolucionarios latinoamericanos (en especial los cubanos y nicaragüenses) nunca se han dirigido a la clase obrera de los países imperialistas. Por eso Fidel Castro no entendió el significado de mayo del 68 en Francia, por eso se dirige antes que nadie a los apartados de dominación burocrática. Por eso, en especial los cubanos, nunca han comprendido el significado de las luchas antiburocráticas en Europa del Este o en China. Todo esto ha traído como consecuencia que Fidel aparezca ante los movimientos antiburocráticos como un congénere de Ceucescu. Y al mismo tiempo la evolución a la derecha de esos movimientos democráticos conforman a Fidel en su análisis. Estamos hablando de una especie de desencuentro permanente entre la revolución política antiburocrática y la revolución antimperialista.

Recientemente, en el encuentro de organizaciones de izquierda y socialistas de América Latina, Marco Aurelio García dirigente del PT de Brasil formuló una visión que es necesario profundizar. El compañero señalaba la importancia de no permitir que una serie de conquistas democráticas de la humanidad sean pasadas a cuenta de la burguesía. El sufragio universal, la libertad de creencias, los derechos nacionales, etcétera, no pueden ser caracterizados como derechos burgueses, sino como derechos democráticos que incluso la burguesía restringe y utiliza a su conveniencia. Hoy la burguesía tienen la hegemonía en la lucha por la democracia, los socialistas no podemos hacer vacío o *mutis* en esta cuestión. Necesitamos luchar por la hegemonía en la democracia y debemos plantear nuestro mode-

lo de **sociedad democrática**: Queremos una sociedad donde los funcionarios no ganen más que un obrero medio calificado. Donde no exista separación entre el poder ejecutivo y el legislativo (es decir la eliminación del bonaparte, caudillo, dictador o presidente), donde exista la revocabilidad de los puestos, el pluripartidismo, etcétera.

Pero ahora no basta con esbozar la sociedad democrática que queremos construir. Es necesario luchar por la hegemonía en la democracia desde el capitalismo mismo. Y eso tiene que ver con el necesario abandono de una visión hegemónica sobre las organizaciones de masas. Si vemos a las organizaciones de masas como simples brazos de partido bajo el capitalismo, inevitablemente estamos prefigurando la relación que existirá en el socialismo entre el partido y el Estado y entre el partido y las organizaciones de masas. La necesidad de la autorganización de masas (es decir de la autogestión de masas) no es algo que solamente se pueda plantear después de la revolución. En muchos sentidos el tipo de estructuras de masas que surjan en la crisis revolucionaria y el tipo de cultura política que se genere determinará el tipo de democracia que se construya después de la revolución.

Construir la democracia preparando el camino al socialismo es el reto para los revolucionarios latinoamericanos. Desde hace algunos años se ha venido discutiendo el papel que juega en ese camino el poder popular. Se trata de crear una estructura de masas que, al margen de la legalidad o bien aprovechando los requisitos de la legalidad, va creando un poder alternativo que poco a poco administra (en el mejor sentido de la palabra) la vida social. Ese tipo de organización presenta los problemas reivindicativos de las masas, al mismo tiempo que reorganiza democráticamente la participación del pueblo y organiza la defensa del pueblo contra el poder del capital. La política de poder popular puede tener logros fundamentales en los momentos en que se vivan crisis de régimen. En esos momentos la táctica del poder popular puede ser la clave para encontrar los elementos rupturistas que permitan una solución a la crisis de gobierno y vuelvan a replantearse los elementos de transición pacífica que inevitablemente restablecerá los mecanismos de dominación. Desde luego, no hay que confundir una visión de construcción del poder popular con una idea asistencialista, profundamente reaccionaria, que sirve más para legitimar el poder del Estado y una ideología supraclasista. Y tampoco se puede confundir con una visión manipulatoria que realmente inhiba la autorganización por medio del dominio de un caudillo.

Estas son solamente algunas reflexiones a partir de las modificaciones que hemos visto en los últimos meses. Si bien es verdad que la correlación de fuerzas no se ha modificado a tal nivel que podamos pensar en un proceso de estabilización de las corrientes capitalistas a mediano plazo en nuestros países, también es cierto que las corrientes socialistas atraviesan por una de sus más agudas crisis. La derrota sandinista; la masacre contra el pueblo colombiano y el cambio en la correlación de fuerzas en la izquierda colombiana con una relativa hegemonía de las corrientes socialdemócratas, tipo M-19; el terrible resultado electoral en Perú después de la división de Izquierda Unida; la situación tan complicada en la que se encuentran los revolucionarios salvadoreños; el aislamiento y la campaña con-

tra Cuba, etcétera, nos hablan de las dificultades. Claro, no hemos vivido derrotas históricas, pero estamos en una correlación de fuerzas más complicada.

Las definiciones fundamentales las vamos a vivir en Brasil donde el proletariado brasileño y su vanguardia, el PT, están comenzando a vivir lo que ha sido norma en el resto de países de América Latina: la austeridad, el desempleo y los bajos salarios. Del resultado de esos combates depende una gran parte del futuro de la revolución. Igualmente, lo que sucede en Colombia en la organizaciones revolucionarias será fundamental. Y sin lugar a dudas, en Cuba y en Nicaragua se vivirán aspectos fundamentales que determinarán la evolución de la correlación de fuerzas.

4. Podríamos decir que en esta primera etapa, después de la caída de las dictaduras burocráticas, la derecha ha sacado la mejor parte. La revolución siempre va acompañada de la contrarrevolución. En el terreno ideológico, la derecha ha comenzado a elaborar su visión sobre el supuesto “fin de la historia” o sobre la necesidad de abandonar las utopías sociales y pasar al campo del pensamiento débil. El problema es que las teorías fuertes, de cambio, no fueron elaboradas por un cerebro brillante, sino en función de situaciones sociales determinadas. Mientras siga habiendo explotación, opresión contra las mujeres, racismo, etcétera, se necesitará de teorías fuertes. Se requerirá de la vanguardia.

La historia no ha llegado a su fin. Estamos viviendo la fase negativa de un proceso social que no se detendrá con la caída de las dictaduras stalinistas o con una supuesta modernidad. Esta fase negativa puede parecer ante nuestros ojos como algo apabullante pero tarde o temprano el proceso recobrará su impulso inicial, la historia recuperará la moral. Esta fase negativa nos está dejando lecciones fundamentales y de ella saldrá una concepción socialista más sólida y más fuerte. El stalinismo ha sido barrido y ese sólo hecho nos abre un panorama político prometedor, a condición por supuesto de mantener un espíritu abierto. Esto no significa echar por la borda nuestra teoría. Con Trotsky seguimos pensando que más allá de lo que sea necesario cambiar, hay algo del marxismo revolucionario que no estamos dispuestos a modificar: siempre nos hemos situado (y lo seguiremos haciendo) en función de los explotados y los oprimidos. Esa es nuestra convicción. Siempre estaremos, como recomendaba Walter Benjamin, “a la izquierda de lo posible”. Esta no es la primera crisis ni será la última.



Crisis centroamericana y perspectiva socialista

Gustavo Porras Castejón

En el umbral del siglo XXI la perspectiva de la región centroamericana aparece cargada de nubarrones. El abismo económico, tecnológico, cultural y político que separa a los países de esa área con respecto a los del mundo desarrollado y de mediano desarrollo no ha dejado de crecer, y nada permite vislumbrar que esa tendencia pueda revertirse por vía de la mera evolución. En Centroamérica son indispensables revoluciones sociales y políticas, pero esa aguda necesidad inscrita en los hechos y las carencias no está presente ahora como posibilidad. Entre los factores que determinan esto están los que derivan de los grandes sacudimientos y transformaciones ocurridas en el otrora "campo socialista".

El desarrollo de los países centroamericanos requiere de un nuevo poder capaz de ordenar la economía y la sociedad de manera que puedan emprenderse obras impostergables de beneficio colectivo e interés nacional. Este imperativo, sin embargo, se encuentra ahora situado en un contexto en el que hegemoniza como nunca el mercado capitalista y la consiguiente disolución de todo lo que le sea ajeno. La reducción del Estado a ente subsidiario es impuesta por los hechos; la idea del Estado como "promotor del desarrollo" es engavetada por los mismos que la propusieron, atendiendo a la evidencia de una realidad que no se proponen ni pueden transformar.

La crisis del socialismo incide en este panorama desde diversos puntos de vista: permite que el imperialismo mejore cualitativamente su correlación de fuerzas en el área, propicia o refuerza en amplios sectores la idea de que no existe alternativa frente al capitalismo y echa por tierra el proyecto según el cual la posibilidad de transitar del subdesarrollo al socialismo se basaba en la ayuda que llegaría del campo socialista. De estos factores seguramente el último citado es el de mayores consecuencias. Una vez cancelado el "socialismo subsidiado" —lo cual es una necesidad histórica— ello significa que la base material de una revolución debe lograrse en el contexto nacional e internacional dado, o bien que, para que sean posibles las revoluciones, es necesario que sea subvertida globalmente la racionalidad del capitalismo, la ley del valor. Ninguna de estas posibilidades está presente en Centroamérica.

Los revolucionarios centroamericanos debemos regraduar nuestros objetivos, pero no podemos perder de vista que nuestros países requieren para subsistir que se pase de la prehistoria a la historia, de manera que la sociedad humana conscientemente organizada pueda gobernar en su beneficio la dinámica cada vez más compleja mediante la cual produce y reproduce su vida. Que de esta actividad constitutiva de la especie no deriven leyes ciegas que permitan que las cosas su-

bordinen a las personas y las mercancías destruyan nuestro hábitat. Sólo mediante cambios cualitativos en la organización de la producción y del comercio es concebible un nuevo orden económico internacional en cuyo contexto pueda detenerse la creciente marginalidad de nuestros países.

Los revolucionarios centroamericanos no podemos proponernos como tarea actual la toma del poder, si entendemos esto como nuestro acceso exclusivo al mismo para desde allí impulsar la revolución que tradicionalmente hemos concebido, liquidadora de la explotación y portadora de un modo de producción superior. Frente a ese designio se opone una correlación de fuerzas que es desfavorable, y el hecho de fondo que consiste en que carecemos objetivamente de la posibilidad material de aplicar transformaciones que subviertan la esencia del modo de producción capitalista. Sin embargo esto no excluye, sino muy probablemente supone, que los revolucionarios podamos participar en fórmulas de poder compartido cuyo propósito sea la democratización de nuestros países. Se trata de encontrar los caminos que conduzcan a mejorar crecientemente la correlación de fuerzas entre nuestros pueblos y sus dominadores internos y externos. Nos corresponde para esto replantearnos todos los elementos constitutivos de nuestras concepciones: la organización, sus objetivos en el tiempo, el sujeto social de los cambios, la valoración de éstos atendiendo a la situación concreta y no a paradigmas, la profundidad y extensión de las alianzas y nuestro papel en ellas. Democratizar la política para desde allí luchar en mejores condiciones por la democratización de la economía y de la sociedad parece ser el camino, aunque el esbozo general de este proceso no resuelva la cuestión crucial del cómo, sobre todo al constatar que la reacción centroamericana se opone a estas pretensiones con el mismo furor y bestialidad de siempre, por cuanto para ella se trata de la misma revolución que desde hace décadas procura desplazarla.

Centroamérica se encuentra en crisis, pero en la región se han producido transformaciones cualitativas de signo muy diferente según los países. En Nicaragua, a pesar de la derrota electoral del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), la revolución trastocó de raíz al cuerpo social, propiciando un protagonismo popular que coloca en otra perspectiva al devenir histórico de ese país. No corresponde especular sobre los procesos que allí ocurran ni mucho menos prefigurar sus resultados en el tiempo, pero es preciso constatar que la historia cupular que ha caracterizado a Centroamérica en general y a Nicaragua en particular sufrió una ruptura decisiva en la patria de Sandino.

En El Salvador y en Guatemala —aunque a niveles muy diferentes— la rebelión popular sacudió como nunca el orden vigente y abarcó a grandes sectores de población que, al margen de cuál sea ahora su posición en el conflicto, accedieron a grados de beligerancia y actividad política que conforman un nivel cualitativamente distinto de protagonismo, el cual está muy lejos de haberse agotado. Sin embargo en esos países —y siempre advirtiendo sobre las diferencias—, los procesos de guerra popular emprendidos por los revolucionarios no pudieron coronarse con la victoria, aunque tampoco han podido ser derrotadas las fuerzas militares de la revolución ni privadas de iniciativas políticas. No obstante, se ha producido un *im-*

pasé que ha conducido a la búsqueda de solución política a dichos conflictos en un contexto internacional desfavorable que contribuye a que, en ambos países, las fuerzas de la reacción no estén dispuestas a adoptar las medidas de democracia efectiva que pudieran ponerle fin a la guerra. Mientras esta situación persiste sin visos de solución, su cauda es una creciente descomposición de la sociedad, particularmente palpable en Guatemala. En el plano político es preciso constatar además el hecho de que en Centroamérica las elecciones han favorecido a opciones que van del centro derecha a la derecha.

Junto con estos sacudimientos y en consonancia con los imperativos de la nueva división internacional del trabajo que se ha venido gestando, las sociedades centroamericanas —con la relativa excepción de Nicaragua— han experimentado cambios que modifican profundamente su perfil. Al proyecto de industrialización por la vía de la sustitución de importaciones al interior de un mercado centroamericano protegido de la competencia externa le sucede una política de ajuste cuya ley de hierro es la capacidad de competir en los mercados internacionales. A las políticas “desarrollistas” que procuraban crear fuentes de trabajo les sucede la economía informal. A la estrechez del espacio económico que debería resolverse ampliando el mercado interno responde la clase dominante exportando sus capitales, y sobre todo especulando con ellos en los mercados financieros. Aprovechando la corrupción, la impunidad, la voracidad de políticos y empresarios y también la miseria urbana y rural, el narcotráfico extiende sus redes. Al Estado que formalmente se propuso “promover el desarrollo” sin nunca lograrlo, y que recurrió al gasto público (endeudándose), para compensar con él el déficit de la inversión privada (procedimiento que permitió niveles de corrupción sin precedente), le sucede un Estado al que sólo le está permitido reducir su déficit fiscal por la vía de recortar en primera instancia los gastos sociales y privatizar las pocas empresas en su poder. Sólo adelgazándose y abaratándose puede el Estado aspirar a seguir siendo sujeto de crédito, promotor de la espiral interminable del endeudamiento.

El resultado social de todo esto es muy complejo y apenas lo comenzamos a atisbar, sin contar para ello con informaciones precisas. Las estadísticas tradicionales nada nos pueden decir con respecto a la economía informal, a las actividades especulativas de los grandes empresarios y menos aún con relación a la economía clandestina del narcotráfico, y sin embargo no es aventurado afirmar que es en estos renglones —y sobre todo en los dos últimos— donde se encuentran las claves del mundo del dinero, que cada vez tiene menos que ver con el mundo del trabajo.

Quizá el fenómeno más preocupante en función de las luchas sociales sea el de la informalización de la economía, proceso mediante el cual amplios sectores de la población abandonan el terreno de las relaciones laborales, y con él el de las luchas e intereses que le son propios. Se trata de sectores que, aunque se mantengan en condiciones de penuria, se ven impulsados espontáneamente por su situación a reclamar del Estado y de la sociedad “que dejen hacer”.

¿Qué significa todo esto en función de la perspectiva socialista? La pregunta no admite respuestas contundentes, pero son indispensables algunas reflexiones.

En Nicaragua, en efecto, la revolución propició el protagonismo popular ya mencionado, pero no hay que olvidar que, sobre todo durante los últimos años de su gestión, el FSLN se vio compelido a aplicar una política económica que de hecho tuvo que ceñirse a la lógica del ajuste estructural exigido por el FMI. La destrucción provocada por la guerra tuvo un efecto devastador sobre los esfuerzos económicos emprendidos por la revolución sandinista, pero en la adopción por el gobierno de la doctrina fondomonetarista deben apreciarse además las determinaciones introducidas por la racionalidad de la economía capitalista vigente globalmente y de la cual la revolución no podía sustraerse por simple voluntad. En El Salvador y Guatemala las fuerzas revolucionarias han tenido que modificar sobre la marcha los objetivos de su accionar. Aunque nunca hubieran hecho explícitos sus propósitos socialistas siempre se les asoció con ellos, y ahora se entra en un periodo en el que, por diversos factores, la viabilidad de éstos es profundamente cuestionada. ¿Ello tiene su origen en lo ocurrido en Europa del Este?

Afirmarlo así equivaldría a sobrestimar el aspecto meramente ideológico e incluso propagandístico, y subestimar lo que significa el lenguaje de determinadas realidades y la diversidad de aspiraciones que ha ido surgiendo en correspondencia con el desarrollo de la sociedad. Lo que ocurre ahora enriquece la reflexión sobre uno de los conceptos de Marx más controvertidos:

...la humanidad se propone siempre únicamente los objetivos que puede alcanzar, pues, bien miradas las cosas, vemos siempre que estos objetivos sólo brotan cuando ya se dan o, por lo menos, se están gestando, las condiciones materiales para su realización.

Las sociedades centroamericanas se han diversificado y complicado como fruto de un proceso en que economía, sociedad y política (sin orden de prelación), forman un todo inseparable y manifiesto. La economía informal, la maquila, la migración masiva a Estados Unidos, la inestabilidad política, la represión, la corrupción, el narcotráfico, el escepticismo de unos, el conformismo de otros y el beneplácito de los menos —entre otros factores— son los ingredientes de una mutación social que, ante la ausencia de alternativas profundas, se adapta a lo que existe procurando hacer de la necesidad virtud. Se suma a esto la percepción generalizada de que la alternativa socialista fracasó a nivel mundial. Remontar lo anterior exigirá, entre otras cosas, de una ardua y prolongada batalla ideológica en la que será indispensable que los argumentos encuentren creciente confirmación en los hechos: esto es, que del proceso desencadenado por la *perestroika* vaya surgiendo un tipo de sociedad que responda a las expectativas y anhelos de una humanidad cada vez más conciente.

Lo que hemos dado en llamar crisis —sin poder sustituir hasta ahora ese término que por genérico ya muy poco dice—, es un fenómeno mediante el cual la pobreza se vuelve extrema entre los asalariados de bajos ingresos y los pequeños productores tradicionales, pero donde esto coexiste con el enriquecimiento de otros sectores de la población cuya dimensión y peso específico no se pueden subestimar. Coronando todo esto se encuentra una clase dominante que ha dado un

salto cualitativo en su proceso de acumulación. La crisis es también la de las finanzas públicas, y su principal corolario es el deterioro vertiginoso de todo aquello que le corresponde o le correspondería impulsar al Estado: salud, educación, servicios, infraestructura. En consecuencia, deterioro del interés social y nacional, perpetuación de las bases del atraso, triunfo del más fuerte en una batalla crecientemente desigual.

¿Qué podemos esperar del capitalismo en función de remontar esta crítica situación que amenaza incluso nuestra existencia como Estados independientes?

Para nosotros, países pequeños y agobiados por el atraso secular, la perspectiva no puede estar en la competencia desproporcionada que priva a nivel mundial. Tampoco los parámetros de nuestro bienestar pueden ser lo que rigen en el mundo industrializado y consumista. Carecemos de recursos naturales comerciables de gran magnitud, pero nuestra región constituye todavía una de las principales reservas de la biosfera terrestre. Para proteger este tesoro y comenzar a colmar nuestros rezagos requerimos de un modo de producción y de vida en el que prevealezca el interés general por encima del particular, y esto en un marco de nuevas relaciones entre los países. Al constatar los saltos que necesitamos para salir del abismo no podemos menos que valorar, a pesar de sus grandes contradicciones y lagunas, la obra modernizadora y transformadora de las grandes revoluciones anticapitalistas del siglo XX.

Es de todos conocido que la revolución rusa —matriz del socialismo real— no se produjo como coronación de un desarrollo capitalista previo que hubiese llegado en su ascenso a encrucijadas irresolubles y hubiera construido en ese proceso condiciones materiales que permitieran pasar a un modo de producción y distribución superior. Por el contrario, la primera revolución dirigida por un partido marxista tuvo como escenario la enormidad y el atraso del imperio zarista con su abigarramiento nacional y social. Con la toma del poder en 1917 los bolcheviques demostraron que esa era una posibilidad abierta para los marxistas aún en países atrasados, siempre y cuando se resolvieran correctamente las tareas que habían de cumplirse para ello. Pero una cosa era tomar el poder y otra muy distinta transformar a la vieja Rusia de acuerdo a los parámetros concebidos por Marx para prefigurar la sociedad socialista. Mientras los bolcheviques pensaban que con su triunfo se inauguraba la construcción de reino de la libertad, lo que de hecho se iniciaba era el traumático, contradictorio y grandioso proceso que, mediante saltos y cataclismos, llevaría a constituir la Unión Soviética y a colocarla en la posibilidad de influir decisivamente su siglo y la historia mundial.

La joven república soviética nació acosada por la guerra y por el bloqueo económico de las potencias capitalistas, y obligada a encontrar en sí misma los recursos necesarios para, en primera instancia, reponerse de la devastación ocasionada por la guerra mundial y la guerra civil y luego enfrentar las deudas del atraso secular en todos los órdenes. A estas ingentes necesidades se sumó otra de profundas implicaciones: la de prepararse para una nueva guerra mundial que se perfilaba sobre todo en el rearme de Alemania y el ascenso del nazismo. Además de la precariedad material, la revolución enfrentó el atraso cultural y político. Más del 90

por ciento de la población era analfabeta y por siglos los zares habían gobernado su imperio sin permitirle a su enorme burocracia el menor grado de iniciativa, lo cual no era un mero capricho de la autocracia sino el reflejo de lo que representaba la ignorancia generalizada.

La revolución rusa se abocó desde sus inicios a colectivizar los medios de producción y de vida apremiada por sus necesidades internas y externas, las cuales conspiraban en contra de transiciones más evolutivas, menos abruptas y caóticas. Junto con la propiedad colectiva creció el aparato estatal y ello estuvo acompañado del creciente autoritarismo, la desnaturalización del partido que se confundió con el Estado y la desnaturalización también del marxismo, que de arma de la crítica pasó a convertirse en instrumento apologetico de la política oficial. La hipertrofia del Estado, la complejidad de la planificación global y centralizada de la economía, el ejercicio despótico del poder y la proliferación de la burocracia —entre otros aspectos— comenzaron a poner de relieve lo lejos que estaba la realidad de la profecía marxiana según la cual el primer día de la revolución marcaría el inicio de la extinción del Estado, que de administrador de las personas pasaría solamente a administrador de las cosas.

Pero lo que interesa aquí no es reconstruir a grandes rasgos una historia conocida sino destacar que, a pesar de sus grandes contradicciones y lacras, entre las cuales la más terrible fue el terror staliniano, la revolución fue capaz de remontar en plazos nunca vistos las más graves secuelas de la miseria y la ignorancia. Hacer el balance de sus ejecutorias —que no es el propósito de estas notas— no puede consistir en comparar lo realizado con paradigmas teóricos, sino que debe partirse de las condiciones concretas que la revolución hubo de enfrentar y lo que logró en ese contexto. Asimismo, es necesario introducir el factor tiempo. La revolución rusa, por ejemplo, alfabetizó a las grandes masas y divulgó por doquier la cultura. Es cierto que, a causa del despotismo, la población fue privada de información, de la posibilidad de ejercer la crítica, de comparar posiciones o planteamientos distintos e incluso de conocer con fidelidad su propia historia, todo lo cual afectó el desarrollo del pensamiento. Pero en cambio esa población se apropió aceleradamente de contenidos fundamentales de la cultura universal mediante el acceso que para la misma construyó la revolución, y eso por sí solo es un hecho cultural y político de largo aliento que apenas se comienza a hacer manifiesto en la política concreta, en la acción de masas.

Mucho se podría decir también de la obra transformadora de la revolución china, la cual rescató a esa gigantesca y milenaria nación del deterioro a que había sido conducida por el Imperio, las clases dominantes y los intereses extranjeros, todo lo cual amenazaba incluso su existencia como país. El solo hecho de que esa revolución le haya asegurado una existencia digna a la quinta parte de la humanidad en un país donde la población sufrió por siglos permanentes hambrunas, es suficiente para medir lo que significa la revolución. Junto a China, en cambio, se encuentra otra enorme nación de vieja civilización, en donde se conquistó la independencia pero no se hizo revolución: la India. Sus masas famélicas son la terrible evidencia de lo que para la India ha significado el capitalismo. Se debe evocar así-

mismo –y en particular por ser una revolución en nuestro Continente–, el caso de la revolución cubana. Allí también la revolución ha realizado una obra que trasciende a las carencias y lacras y que ha colocado sobre otras bases el porvenir de Cuba.

Sin embargo, hoy en día las grandes revoluciones anticapitalistas del siglo XX son cuestionadas por sus propios ciudadanos puesto que, a pesar de sus logros, entraron en una fase de estancamiento y exacerbación de sus contradicciones la que a todas luces requiere, para ser superada, de transformaciones cualitativas. La gran pregunta que muchos nos hacemos es si lo que conocemos por socialismo –en la URSS, en China y en Cuba– es un sistema en el que los problemas del autoritarismo, el burocratismo, la ineficiencia económica y otros pueden ser superados sin que se altere la esencia colectivista del sistema. Nos preguntamos si es efectivamente posible que el socialismo pueda sustituir al lucro como móvil exclusivo de la producción. Reflexionamos también acerca de si, hegemonizando la propiedad colectiva y el control estatal de la misma, es posible la correlación de fuerzas entre Estado y sociedad civil que es imprescindible para la democracia.

Frente a éstas y otras muchas interrogantes que no admiten respuestas precipitadas ni actos de fe, lo que corresponde es afirmar posiciones de principio. Desde nuestra perspectiva de países pobres, marginados y reprimidos debemos valorar en todo lo que implica la obra transformadora de las revoluciones anticapitalistas del siglo XX, tomando en cuenta que para obtener esos resultados fue indispensable derrocar al poder establecido, construir otro y colectivizar los medios de producción fundamentales. El hecho de que una revolución profunda no esté ahora a nuestro alcance no implica dejar de apreciar su necesidad. Mientras tanto no se trata de aferrarse a ideales abstractos, sino de buscar los caminos que nos permitan avanzar, teniendo siempre presente el objetivo. No se trata tampoco de proponerse repetir el camino que condujo al “socialismo real”, pero sí de reflexionar profundamente sobre esa experiencia sin incurrir en el defecto de tirar al niño junto con el agua sucia.

No podemos aventurar opinión sobre el curso que habrá de tomar la llamada “crisis del socialismo real”, pero sí afirmar que con la *perestroika* se está abriendo un ciclo revolucionario de nuevo tipo y que las revoluciones hacen avanzar la historia. Para analizar esta experiencia reafirmamos la validez del método marxista y para luchar por el futuro de nuestros pueblos la adhesión a los intereses de los explotados y desposeídos.

México, DF, 25 de noviembre de 1990.



La crisis del socialismo en El Salvador

Rafael Guido Béjar

A Jesús Rojas (Toño Cardenal), compañero imprescindible,
al igual que "Ellacu", Segundo y "Nacho".

Las fuerzas políticas más importantes involucradas en el conflicto salvadoreño coinciden en señalar que el fin de la guerra puede ocurrir a lo largo de 1991. Tras un eventual cese al fuego se abriría una tregua larga –de “paz armada” ha sido catalogada– que abriría un proceso más prolongado de pacificación y búsqueda concertada de la estabilidad política, en el cual llegaría a su fin el conflicto armado y se iniciaría la instalación de lo que podría llamarse un sistema democrático liberal de mercado.

Impensable giro que ha seguido la evolución de la siempre sorprendente vida política de El Salvador. Así como en la década de los sesenta era inimaginable, hasta para la misma izquierda de la época, la adopción de la vía armada, en la década de los ochenta –sobre todo en los primeros seis años– nadie apostaba por una solución negociada entre enemigos de guerra tan obstinados e intransigentes que han operado por años con base en una estrategia de exterminio. Muy atrás ha quedado la imagen de una revolución victoriosa en El Salvador al estilo de Cuba y/o de Nicaragua, aunque también queda atrás la otra parte de la alternativa de aniquilamiento, la de la derecha tradicional, es decir, la continuidad exclusiva de la tradicional dominación oligarco-militar que aún no termina de pertenecer al pasado salvadoreño.

La negociación política supone para la izquierda de El Salvador el inicio hacia la fundamentación de un nuevo acuerdo social entre los grupos fundamentales de la sociedad. Esta situación social, este momento de concertación, es producto no sólo de la confrontación y voluntad de los elementos internos más activos y definitivos (el FMLN, la Fuerza Armada, las corporaciones populares y empresariales, etcétera) sino también –y con igual o mayor peso que éstos en diversos momentos– del factor internacional. No sólo de la política directa que han ejercido diferentes fuerzas exteriores –los norteamericanos, europeos, latinoamericanos o del exbloque socialista– sino por sucesos imponderables, como el cataclismo del socialismo real y los profundos cambios que aceleró, por un lado, y provocó, por otro, a nivel internacional. La formación de un nuevo orden internacional, y en éste la peculiar y simultánea rearticulación interna de El Salvador, está imponiendo silenciosamente una salida social inédita frente a las férreas estructuras de la sociedad salvadoreña y a las voluntades políticas de un largo proceso que por mucho tiempo mostró sólo salidas (posibilidades) radicales y polares.

La reflexión que aquí se presenta gira en torno a los cambios ocurridos en la estrategia de la izquierda salvadoreña, de manera especial en los últimos seis años, periodo simultáneo a la profunda crisis del socialismo. Debe recordarse que las fuerzas de izquierda en El Salvador siempre fueron catalogadas por EU y otros países occidentales como marxistas radicales que tras un triunfo militar impondrían un orden socialista con características ortodoxas similares a las del bloque socialista.

La perspectiva de este trabajo no es la relación orgánica que pudo o no haber existido entre el movimiento revolucionario salvadoreño con los gobiernos y partidos de Europa del Este —relación que siempre fue manejada por la derecha salvadoreña y EU como de supeditación y dependencia extremas—, sino la de las identificaciones ideológicas y políticas de la izquierda salvadoreñas con utopías, tipos de orden social y formas de organización política, modos de ver el futuro, lógicas de análisis y de acción, etcétera, que compartieron con esos países y que, ahora, han mostrado modificaciones y variantes de considerable magnitud en ambos actores.

1. LA CRISIS DEL SOCIALISMO Y LA IZQUIERDA EN EL SALVADOR

Como era de esperarse, la lógica de las fuerzas enfrentadas, ante la crisis de los países de Europa del Este, llevó a que la dirigencia de izquierda minimizara sus repercusiones en El Salvador y la derecha los maximizara.¹ La izquierda hace un mayor énfasis en que esta crisis descubre la naturaleza estrictamente interna de la lucha salvadoreña, que había sido injertada, en forma artificial, en el conflicto Este-Oeste y que esta crisis sólo tiene influencias colaterales, “indirectas”, en el proceso salvadoreño. El derrumbe socialista, para la derecha, confirma la inutilidad del sistema por el que pugna la izquierda y la anacronía de la lucha insurgente.

Sería imposible no establecer asociaciones entre las posiciones de los dirigentes insurgentes en la actual coyuntura socio-política salvadoreña y las transformaciones que ocurren en el “socialismo real”. La misma sensibilidad mostrada por la dirigencia del movimiento revolucionario salvadoreño ante los cambios que se operaron en los partidos y gobiernos de los países del este europeo, desde 1985, en el marco de la distensión entre la URSS y EU, con respecto al debilitamiento de su relación con los países del tercer mundo, indican la intensidad y el tipo de relación.²

¹ Al menos públicamente, pues varios documentos indican gran elaboración frente a este problema, en lo que respecta a la izquierda salvadoreña.

² El problema del distanciamiento de los países del Este con el tercer mundo fue planteado por el FMLN en abril de 1985, momento de preparación del vigésimo séptimo congreso del PCUS; en noviembre de 1987, en el 70 aniversario de la revolución de octubre; en junio de 1989, previo al congreso de diputados de la URSS para discutir el informe de Gorbachov sobre política internacional; en noviembre de 1989, para el 72 aniversario de la revolución de octubre. Ver Jorge Handal Schafik, *Sólo el socialismo puede sacar al tercer mundo de su problemática*, Ediciones Liberación, s.l., 1990, pp. 13-14. Ver la nota núm. 14. Otro dirigente del FMLN plantea: “Todos nuestros referentes ideológicos han sido la tradición de la lucha revolucionaria mundial y nuestros anhelos y aspiraciones han estado de-

Tampoco sería posible imputar a los cambios del campo socialista una relación de determinación en los ocurridos en la vida política salvadoreña, en especial en el comportamiento de la izquierda. Es muy difícil, por ejemplo, aislar las consecuencias aportadas por otros hechos internacionales simultáneos a la crisis del socialismo, tales como –a nivel regional– la intervención norteamericana en Panamá, la derrota político-electoral de los sandinistas, los avances de reestructuración de la unidad política centroamericana a niveles intergubernamentales; u otros más globales, como la guerra del Golfo Pérsico, la expansión de la influencia europea en América Latina, en especial la política socialdemócrata y liberal, la transición a un tipo de democracia de los países latinoamericanos, los cambios en la integración productiva y política a nivel mundial (Europa del 92; el Acuerdo de Libre Comercio entre EU, Canadá y México; el mercosur o la integración del cono sur latinoamericano; Japón y la cuenca del Caribe, etcétera).

Por otra parte, no podrían olvidarse hechos significativos al interior del país como, por ejemplo, la formación de un fuerte movimiento pacifista, el Debate Permanente por la Paz compuesto por más de cincuenta organismos civiles salvadoreños, a partir del 88 con el beneplácito de la iglesia católica; el cansancio de guerra manifestado abiertamente en sectores importantes de la población; los movimientos ecologistas que protestan por los estragos de la guerra en la naturaleza salvadoreña y desarrollan planes de protección y renovación de la misma; la dinámica político electoral que atrajo a aliados del FMLN, las formas de asimilar la crisis económica por los distintos grupos económicos dominantes de El Salvador, las diferencias de la derecha salvadoreña etcétera. Todo esto también forma parte del complejo sistema de causación del cambio social y político en El Salvador.³

Interesa, no obstante, rastrear el impacto que la crisis del socialismo ha tenido en la vida socio-política salvadoreña. ¿Cómo podía no afectarla un hecho que ha modificado la vida de un tercio de la humanidad, las formas de vinculación con el mundo exterior de los países que formaban el Pacto de Varsovia, las relaciones internacionales globales de poder y los vínculos entre los países centrales capitalistas? Como ya se ha mencionado, el expediente político más importante en la arena salvadoreña, durante la transformación del socialismo iniciada con el lanzamiento de la *perestroika*, ha sido el proceso de negociación, sobre todo luego de las “revoluciones de terciopelo” del 89.

Este proceso, entre las fuerza política de izquierda –antes identificada muy fuertemente con soluciones y objetivos socialistas y con posiciones y políticas del “socialismo real”– y el movimiento conservador –que no logra superar su tradición de poder para renovarse en el campo productivo y político, mucho menos en el ideológico–, en efecto, no es un *resultado directo, causal, de la crisis del socialismo, aunque –y esto por el sólo hecho de formar parte, por incorporación artificial o*

positados en los logros del socialismo”. Ver Jorge Meléndez. *Los cambios del mundo actual y el papel del movimiento revolucionario*, Editorial Venceremos, s.l., 1990.

³ En este trabajo, no obstante, no se pretende la reconstrucción histórico-social de todas las interrelaciones mencionadas sino presentar ciertas reflexiones sobre posiciones políticas e ideológicas que han resultado de este panorama y las posibles consecuencias para la política salvadoreña.

no, del problema Este-Oeste y por su identificación en contra del oeste que hoy queda fortalecido a nivel mundial— pero sí forma parte de las relaciones socialistas que hoy sufren una modificación radical.

No quiere decir esto que por la crisis del socialismo se imponga una solución negociada en El Salvador. Esta posibilidad es tan antigua como la misma instalación de la guerra abierta que data de principios del 81. En efecto, desde entonces la alianza FMLN-FDR propuso una salida negociada que nunca fue considerada por el gobierno salvadoreño ni por las fuerzas de derecha y luego, durante la gestión de Duarte, 1984-89, hubo varios intentos frustrados. No obstante, la crisis del socialismo ha sido un factor potenciador y acelerador de esta solución como de las posiciones políticas que hoy presenta la izquierda salvadoreña. No debe pensarse, por esto, que la negociación, por ser parte de esta crisis, se hace en (y/o tenga) términos desventajosos o perjudiciales para el sector popular salvadoreño. La fuerza política interna del sector se mantiene y puede alcanzar muchas de sus metas originales. No obstante, la forma de negociación, las modificaciones ideológico-políticas de los negociadores, los nuevos términos en que se plantea la negociación y posiblemente los resultados y consecuencias de la misma, son parte de la crisis, como también lo sería de una eventual recuperación del sistema socialista. Es parte de la crisis, tal como lo es la situación de los sandinistas o del resto de movimientos revolucionarios en el mundo.

2. ¿FIN DE LA UTOPIA SOCIALISTA EN EL SALVADOR?

Un primer aspecto importante de subrayar es que el movimiento revolucionario salvadoreño mantiene su carácter utópico. La derecha salvadoreña, como sus iguales a nivel internacional, han tratado de aniquilar la utopía de su adversario y, con el pretexto del fracaso del socialismo real, de negar cualquier posibilidad de utopía.⁴ El FMLN mantiene el problema de la redistribución social equitativa como central a su actividad y objetivos, lo mismo que la idea de que para alcanzarla es necesario el cambio de estructuras sociales, políticas y económicas. Se mantiene, también, el supuesto de que para realizar ese cambio deben de afectarse las estructuras del poder, por eso el énfasis en la desmilitarización y la democratización, para luego realizar los cambios económicos y sociales necesarios. Mantiene, también, la idea de que la fuerza propulsora de la democracia debe provenir de una participación más amplia de los sectores populares y de otras capas sociales.

No obstante, se advierte un cambio en los horizontes utópicos del FMLN.⁵ Consecuente con la propuesta de la “revolución democrática”, en la que se plantean las relaciones futuras entre la sociedad civil, el Estado y la sociedad política,

⁴ Para una crítica del “fin de las utopías” en la literatura política latinoamericana reciente, ver Rafael Guido Béjar y Otto Fernández, “El juicio al sujeto”, en *El juicio al sujeto*, Editorial Porrúa, México, 1990.

⁵ “Sólo se designarán con el nombre de utopías aquellas orientaciones que trasciendan la realidad cuando, al pasar al plano de la práctica, tiendan a destruir, ya sea parcial o completamente, el orden de cosas existente en determinada época”. Ver Karl Mannheim, *Ideología y utopía*. FCFE, México, 1987, p. 169.

el funcionamiento de la democracia se transforma en la orientación utópica clave para el periodo actual. La posibilidad de establecer los procedimientos democráticos, garantizados por el mantenimiento de la fuerza política necesaria, la relación pluriclasista que supone la democracia, la diferenciación crítica con los patrones del socialismo real, el mantenimiento de la necesidad de los cambios internos frente a tendencias internacionales opuestas, etcétera, además de confirmar la importancia de la democratización añaden un fuerte tinte nacional al planteamiento.

En el desarrollo programático del FMLN, el cual sufrió variaciones importantes durante toda la década de los ochenta, pueden advertirse las variaciones utópicas de manera más nítida. El Cuadro 1 muestra algunas de las modificaciones generales más importantes. Los límites de una propuesta prosocialista fueron reconocidas desde muy temprano de la guerra civil, así como las restricciones que suponían dichos programas en términos de alianzas internas e internacional.

El desplazamiento hacia otro terreno utópico es, entonces, muy visible. Desde una perspectiva de crítica radical podría pensarse que el FMLN ha sucumbido ante las sirenas del capitalismo, al reconocer los niveles de vida y de funcionamiento político de ciertos países como "modelos".⁶ Pero entre hacer una comparación de estos cánones con los actuales de El Salvador y el pensar al capitalismo como utopía hay una gran diferencia, aunque muchas confusiones y equívocos.

El planteamiento que aquí se sostiene es que la izquierda salvadoreña está en el tránsito de la utopía socialista a la utopía de la democracia liberal, la cual en su orientación utópica permite pensar en los cambios necesarios para alcanzar las metas sociales de la izquierda salvadoreña.⁷ Esto continúa en la tradición que prioriza la dimensión política frente a la sociedad civil y al orden social en general. La democracia adquiere, así, una gran radicalidad que concentra, por un lado, el punto más débil que ha sido criticado a los aliados socialistas del FMLN y, por otro, el punto que más han exigido al FMLN sus aliados occidentales. La democracia es, entonces, un imperativo histórico pero también convicción y vocación no explicitada en años anteriores.

⁶ Ver notas 23 y 24.

⁷ Jesús Rojas planteaba que el FMLN buscaba "una democracia real, sin adjetivos". Ver Jesús Rojas, "El hombre que dejó todo por su misión", *La Jornada*, 14 de abril de 1991. Rojas cayó dentro de este nuevo contexto utópico. El 11 de abril, dos días antes de su muerte a manos de las fuerzas armadas salvadoreñas, Rojas había planteado esperanzado: "después de 10 años de guerra hemos conquistado el derecho de retomar el camino de la vida política sin que nos maten". Ver "En carrera contra el tiempo, la paz de El Salvador", *Excelsior*, 12 de abril de 1991. Jorge Meléndez, dirigente guerrillero, se refiere a este mismo punto: "El verdadero problema en nuestro país es la falta de democracia". Y refiriéndose a los cambios que el país ha experimentado en la pasada década: "Todo este cambio del panorama nacional sienta las bases para el desarrollo de otro esquema de confrontación social de intereses a través de un sistema político democrático [...] Lo que está en el centro del debate es si la confrontación social de clases, a futuro, podrá realizarse en nuestro país sin necesidad de la lucha armada. Si la confrontación social puede realizarse por vías y mecanismos pacíficos y políticos". Ver Jorge Meléndez, *Los cambios del mundo actual y el papel del movimiento revolucionario*, Editorial Venceremos, s.l., 1990, pp. 13 y 20.

CUADRO 1
Variaciones programáticas del FMLN
1979-1991

Año	Nombre del programa	Definición político-ideológica
1979	Gobierno Democrático Revolucionario (GDR)	“...creación de las bases económicas para desarrollar el socialismo. Plantea crear un área de desarrollo capitalista y otra socialista”.
1983	Gobierno de Amplia Participación (GAP)	“...desde el punto de vista ideológico y económico no es más que el desarrollo del capitalismo en El Salvador, la profundización del desarrollo de la reforma que hay que hacer en el capitalismo, con un gobierno pluralista”.
	Proyecto Político (PP)	“...una síntesis del GAP, al que le hemos agregado otros aspectos referidos a la lucha anti-intervencionista, por la soberanía y la independencia [...] constituye una aproximación del programa mínimo”.*
1990	La Revolución Democrática Nacional	“...significa: [1] Democracia nacional con dignidad; [2] Nuevo orden económico social; [3] Fin del militarismo; [4] Nuevas fuerzas de seguridad pública, juicio a los responsables de crímenes y fin de la persecución política; [5] Poder judicial independiente e imparcial y legislación de protección de los derechos humanos y de la mujer; [6] Rescate de la soberanía nacional y política exterior independiente.”

Fuentes:

1979-1983: Fermán Cienfuegos, *Veredas de la Audacia. Historia del FMLN*, Ediciones Roque Dalton, México DF, 1989, pp. 87-91.

1990: FMLN, *La revolución democrática. Proclama del FMLN a la nación*, Ediciones Liberación, El Salvador, 24 de septiembre de 1990.

* El PP es un programa mínimo único que sirve de integrador ideológico-político para “una vanguardia dispersa”.

La democracia liberal es una utopía total legítima, como la del socialismo, pues ningún orden social occidental ha llegado a desarrollarla eficazmente. Mucho menos en El Salvador, donde no ha sido, ni remotamente, utopía de los grupos que siempre han controlado el poder estatal ni, mucho menos, un orden corriente, concreto y de facto. En El Salvador, la democracia nunca ha llegado a realizar su contenido virtual. Este giro, no obstante, tiene consecuencias operati-

vas y, también, en el plano ideológico y en el de la lógica política. Estos son los cambios en el movimiento revolucionario salvadoreño al que nos referiremos.

3. LA ESTRATEGIA POSTSOCIALISTA DEL FMLN

La crisis del socialismo, en El Salvador, no se expandió de manera catastrófica, como quizás podrían haber esperado los analistas que siempre han supuesto una fuerte dependencia del movimiento revolucionario salvadoreño de los países socialistas. Tampoco generó nuevas corrientes y posiciones político-ideológicas al interior de la izquierda. Más bien, creó un espacio donde las corrientes y posiciones ya existentes en el interior del FMLN, ahora en condiciones nuevas, pueden definirse y evolucionar con mayor precisión y potencialidad. Pueden desarrollar elementos nuevos que adquieran predominio sobre los otros que anteriormente determinaban el cuadro ideológico-político, etcétera.

La tendencia hacia la solución política negociada —ya iniciada, perfilada e instalada en años anteriores, antes de la *perestroika* incluso— no ha alterado, de manera sustancial, las estructuras y las correlaciones de fuerza político-militares del conflicto bélico interno. Y hasta el momento no hay muestras de graves repercusiones en el ámbito de la legitimidad de la conducción política y militar. Tampoco han aparecido críticas tan severas que afecten la credibilidad y el liderazgo político del FMLN. Este, por otra parte, no se ha debilitado como fuerza política y, en opinión de algunos de sus dirigentes, ha experimentado un fortalecimiento político.⁸

Los cambios en el interior del FMLN, a los cuales se ha hecho referencia arriba, son visibles desde finales del 88. En esa época se consolida en el FMLN la posición estratégica que, sin renunciar a la realización de las transformaciones sociales, planteaba la imposibilidad inmediata de una victoria militar como forma de acceso al poder estatal, y los altos costos sociales para la sociedad salvadoreña de la prolongación de la solución del conflicto social por la vía militar. En 1990-91 ya ha adquirido posibilidades prácticas inmediatas y contornos más definidos la adopción de la vía negociada que usa, de manera simultánea, la presión militar contra sectores guerristas, para lograr diseñar “reglas del juego” fundamentales y luego abrir los procesos electorales para acceder al poder estatal.⁹

⁸ Ver nota.

⁹ “El FMLN no abriga expectativas de una victoria militar. No le apostamos a eso. Nosotros mantenemos que es necesario usar la presión militar para disuadir a estos sectores guerrilleros, convencernos que no nos pueden derrotar y que nos dispongamos a una negociación de verdad [...] aunque estuviera a las puertas la posibilidad de una derrota militar del ejército, nosotros creemos que la solución política es la mejor para este pueblo. Estamos convencidos de que para reconstruir este país lo mejor es una concertación con todos los sectores que quieren participar.” Ver “El FMLN no abriga expectativas de una victoria militar, tampoco nos podrán derrotar: Jesús Rojas”, *Excelsior*, 30 de marzo de 1991. Villalobos también ha planteado que no hay ya posibilidad de una solución militar al conflicto y que el poder armado sólo es una “garantía” para realizar las transformaciones estructurales. Ver “La democratización y la desmilitarización puntos clave del programa político del FMLN”, *La Jornada*, 21 de marzo de 1991.

Así, desde el 1988, el FMLN ha desarrollado intensas discusiones internas¹⁰ cuyo resultado fue la precisión de un proyecto revolucionario, renovado, que debía ser “abierto, flexible, pluralista y democrático”. La nueva propuesta, *una revolución democrática*, equivalía a un acercamiento a los cánones socio-políticos identificados y aceptados por la tradición política de Occidente.¹¹ En los primeros meses del 89, el FMLN dio una amplia difusión a un largo documento que contenía los fundamentos político-ideológicos con base en los cuales presentaba, en marzo del mismo año, la idea de la revolución democrática y una propuesta de negociación al gobierno salvadoreño.¹²

El contexto en que se lanza esta nueva propuesta es evaluado por el mismo FMLN como muy favorable para su accionar político-militar: se preveía un estallido insurreccional de las masas, habían expandido su presencia a 13 de los 14 departamentos de El Salvador, efectuaban fuertes actividades en la capital y en cinco cabeceras departamentales. El análisis del FMLN incluía el agravamiento de la crisis estructural del sistema salvadoreño, la descomposición del gobierno que articulaba a distintas fuerzas de poder (EU, PDC, parte del ejército, burocracia estatal, etcétera), auge del movimiento de masas y el fracaso de la política de Reagan en la región centroamericana.¹³

Los puntos más importantes de la nueva propuesta se referían a que no era posible ni necesario: 1) eliminar totalmente la propiedad privada; 2) establecer un

¹⁰ Este fue un largo periodo de “puesta al día” política. Ellacuría llamó “su Vaticano II”, a esta reunión del 88, la cual duró varios meses produciendo, entre otras posiciones, la propuesta de participación electoral en enero del 89. Ver la nota núm. 7. Ver Gianni Beretta, “Hay que darle una oportunidad a Cristiani” (entrevista a Ignacio Ellacuría), *Pensamiento Propio*, Managua, núm. 63, septiembre de 1989.

¹¹ El rasgo de definición ideológico-político quizá sea mucho más problemático de definir, pero el cambio estratégico fue bastante visible. Ellacuría, por ejemplo, captó este cambio de la siguiente manera: “Desde hace tiempo venimos defendiendo esa tesis [no hay futuro para un estallido insurreccional]. Quizá es el punto de mayor discrepancia con el FMLN, pero el tiempo nos dio la razón. En el 82, sabotear la energía o proclamar un paro del transporte animaba a las masas a levantarse. Hoy, al contrario, enemista a mucha población como lo demuestran fehacientemente nuestras encuestas. Además, el FMLN, soñando indefinidamente en una insurrección no puede ahondar en una estrategia de lucha política aún profundamente revolucionaria (con un marxismo abierto como dice el comandante Villalobos), aunque todavía no se han dado todas las condiciones en el país. Esa estrategia ya fue diseñada el año pasado por la comandancia general del FMLN cuando se reunieron durante meses en lo que llamé su Vaticano II. De ahí surgió su propuesta de participación electoral de enero [1989]. Todavía ese proceso de ‘puesta al día’ no está terminado y hay vacilaciones tácticas pero sí mejorara el clima se podría suplir la lucha armada con la política”. Ver Beretta, op. cit., p. 50.

¹² Este documento completo se encuentra, como artículo firmado por Joaquín Villalobos, Comandante del FMLN, en la revista *Estudios Centroamericanos (ECA)*, San Salvador, núm. 483 y 484, 1989. La segunda parte de este artículo fue publicada en inglés, por primera vez, en la revista *Foreign Policy*, Washington D.C., en su edición de primavera fechada el 6 de marzo de 1989. Una versión en español, ya firmada por el FMLN, fue publicada por la revista *Pensamiento Propio*, Managua, núm. 60, año VI, mayo 1989.

¹³ Ver Gianni Beretta y Joaquín Villalobos, “Los puntos sobre las íes”, revista *Pensamiento Propio*, Managua, núm. 57, año VII, enero-febrero 1989.

régimen de partido único; 3) eliminar o negar la existencia y participación de otras fuerzas políticas distintas a las revolucionarias; 4) cerrar o censurar los medios de difusión; romper con la Iglesia y luchar contra la religión y 5) eliminar el juego electoral. Es claramente un esfuerzo programático de diferenciación de la tradición socialista reconocida por partido único, dictadura del proletariado o del partido, rompimiento con la iglesia, control sobre los medios de comunicación, centralismo estatal, partidos monoclasistas o al menos de "alianza obrero-campesina", etcétera.¹⁴

El FMLN, con esto, recrea sus credenciales democráticas y su decisión de identificarse con la política del mundo occidental. Junto a otras medidas, como visitas a los gobiernos centro(latino)americanos, reforzamiento de las relaciones directas con la Internacional Socialista, conversaciones con diputados norteamericanos, etcétera, potenciaron su credibilidad democrática.

El rasgo que acompaña el desplazamiento de utopías ha sido un proceso de desideologización muy marcado en el FMLN. Este es muy evidente en la reiteración de varios dirigentes del FMLN en separarse del marxismo o de cualquier otro elemento de identificación ideológico que pueda afectar un acercamiento de consenso nacional.¹⁵ También aquí hay un movimiento desde una ideología arraigada no sólo en un sistema teórico y filosófico sino en un punto de vista relacionado con una situación vital de determinados grupos sociales, por lo tanto de un sector de la sociedad, hacia otra forma ideológica más extensa de dimensiones nacionales. Esto denota el cambio de ámbito predominante que va de lo social a lo nacional, de lo clasista a lo global de la sociedad.

Por otra parte, la línea de negociación se ha visto reforzada por dos hechos, entre otros, que muestran un cambio objetivo en la forma de hacer política en El Salvador en el periodo de la crisis del socialismo, la atracción de la vía electoral,

14 "...la realidad de los sucesos en el bloque socialista ha expuesto claramente las deficiencias de ese modelo de desarrollo, sobre todo en su sistema político, basado en un omnipotente partido único, rector del pensamiento ideológico y con el control total del aparato de Estado y de los medios de difusión [...] La democracia en esos países se circunscribe dentro de los límites ideológicos definidos como revolucionarios marxista-leninistas a partir de la elaboración y aprobación del partido y custodiados por éste. Todo lo que se saliera de ese marco ideológico atentaba contra el sistema y entraba en el campo de la disidencia considerada contrarrevolucionaria". Esta cita de Jorge Meléndez, op. cit., refleja la crítica al modelo socialista de que parte la propuesta de la "revolución democrática" del FMLN.

15 "La lucha del pueblo salvadoreño y del FMLN contra la injusticia social y las dictaduras militares, no depende de nadie ni es extensión de la lucha entre los polos ideológicos o militares. Celebramos en ese sentido el fin de la guerra fría Este-Oeste. El tiempo de la guerra fría pasó y aún así la lucha del pueblo salvadoreño se mantiene firme. Esto demuestra que ni somos ni jamás fuimos consecuencia del conflicto Este-Oeste. *Nuestra lucha está por encima de todo signo ideológico* y no es exclusiva de nuestro frente. Es una lucha de todo el pueblo. (Ver FMLN, *La revolución democrática. Proclama del FMLN a la nación*, San Salvador, Ediciones Liberación, 1990.) El FMLN debe poner su acumulación de fuerzas al servicio de todas las fuerzas políticas y sociales y debe *abandonar las posiciones ideologicistas que lo separen del consenso nacional*. La posición revolucionaria correcta en nuestro país es la del interés nacional mayoritario". Ver Jorge Meléndez, op. cit., p. 14. (Subrayado en ambas citas de RGB.)

frente a la armada, en los grupos de izquierda y el apareamiento de un nuevo movimiento social, el movimiento pacifista.

De hecho, la dinámica y la creciente institucionalidad electoral atrajeron, modificaron, e incluso hicieron desaparecer una importante forma orgánica y una importante alianza político-popular: el Frente Democrático Revolucionario (FDR). Al hacer esta afirmación no se desconocen los motivos socio-políticos que llevaron a los integrantes del FDR a tomar la opción de retirarse del frente para seguir una línea política diferente: sus intereses políticos individuales, la presión de los partidos occidentales, la crisis misma del socialismo, etcétera. El FDR había sido un importante organismo de representación de sectores medios y de la sociedad civil de El Salvador en la década de los ochenta, una alianza de organismos sociales y de partidos tradicionales de la oposición salvadoreña; estos últimos llegaron a dirigirlo y a constituirlo en su totalidad en los últimos años de su existencia. El FDR fue el principal aliado del FMLN durante ocho años.

El FDR aún no ha sido disuelto oficialmente, pero de hecho los partidos que lo constituían —el Movimiento Nacional Revolucionario (MNR), el Movimiento Popular Social Cristiano y la Unión Democrática Nacional (UDN)— regresaron a El Salvador desde el exilio a finales de 1987 y adoptaron la estrategia electoral abandonando —aunque sin condenar— la lucha armada. Dos de ellos, el MNR y el MPSC, formaron con otro partido no perteneciente al FDR, el Partido Social-Demócrata (PSD), una nueva coalición político-electoral denominada “Convergencia Democrática”. El UDN mantiene una actividad individualizada. De hecho, en las reuniones de diálogo y concertación los partidos del FDR forman parte del sistema de partidos, junto con Arena, el PCN y otros partidos de derecha, frente a su antiguo y anti-sistémico aliado FMLN.¹⁶

También el FMLN, antes de las elecciones presidenciales del 89, planteó la “Propuesta para convertir las elecciones en una contribución a la paz” en la que propone su participación electoral y la aceptación de la legitimidad de las elecciones para alcanzar el poder y, desde el cual y de acuerdo con las reglas de la democracia liberal, realizar su programa social de reformas para el bienestar del pueblo.¹⁷

¹⁶ A una pregunta sobre la alianza FMLN-FDR, Salvador Samayoa respondió: “Esa alianza, que jugó un papel histórico importantísimo, ha sido superada por un fenómeno cuantitativa y cualitativamente superior: la concertación que hemos estado teniendo con la mayor parte de las fuerzas políticas y sociales del país. Desde hace meses el FMLN se dedica a concertar su posición con ellas”. (Ver Gianni Beretta, “Audacia política” (entrevista a Salvador Samayoa), *Pensamiento Propio*, Managua, núm. 76, noviembre-diciembre 1990, p. 27.) Queda en pie, a pesar de la inteligente respuesta del dirigente, la desaparición de un prestigioso mecanismo de alianza política con una fuerza específica de la sociedad salvadoreña, los intereses que llevaron a la diferenciación política a los integrantes del FDR y los determinantes políticos del cálculo político que llevó a aceptar esta diferenciación.

¹⁷ El FMLN siempre aceptó la posibilidad de participar en las elecciones, en tanto estuvieran instaladas en “un nuevo orden” o con requerimientos que presupongan antes de transformaciones sociales y políticas muy fuertes. Para una lista detallada de las propuestas del FMLN sobre participación electoral ver Carlos Acevedo, “La propuesta de paz más viable del FMLN”, *Estudios Centroamericanos* (ECA), San Salvador, UCA, núm. 483-84, 1989, pp. 53-7. Acevedo plantea la novedad de la propuesta del 89: “Por primera vez en todas sus propuestas políticas formuladas desde comienzos de la

En 1988, también apareció un fuerte movimiento social pacifista promovido por el arzobispado de San Salvador¹⁸ con pautas de movilización y comportamiento socio-políticos muy diferentes a los conocidos hasta el momento. Su principal objetivo es la búsqueda de consenso nacional para la paz y la solución del conflicto impulsando el método del consenso y de la desradicalización de posiciones: el "Debate nacional". Para los analistas políticos salvadoreños,¹⁹ este debate significó la reaparición de las fuerzas sociales en la discusión de los problemas nacionales y la búsqueda de nuevas formas de representación y participación políticas.

Entre sus logros más importantes pueden mencionarse: el acercamiento entre fuerzas sociales distintas y aun divergentes para llegar a acuerdos sobre puntos fundamentales del país; avanzar en la idea de la paz en general y de la necesidad de la negociación como medio para conseguir la paz; más de mil propuestas provenientes de más de cincuenta organizaciones son temas obligados para los líderes y programas políticos desde entonces; es un intento prolongado de representación oficial de las fuerzas sociales, de reorganización de la sociedad civil, frente a las fuerzas políticas.²⁰ Es evidente que la transición que se daba en las fuerzas políticas de izquierda, también tenía su correspondencia en las organizaciones más representativas de la sociedad civil, en su dimensión popular.

4. DIVERGENCIAS AL INTERIOR DEL FMLN

A más de 18 meses de consumadas las revoluciones del este europeo, sin llegar a derrumbes instantáneos ni a "*mea culpas*" conmocionales, las posiciones ideológicas y los horizontes utópicos del frente, como ya hemos visto, muestran variaciones considerables, tal como se ha planteado arriba. Pero estos cambios han provocado o dinamizado las diferencias en cuanto a posiciones y propuestas entre los componentes político-ideológicos de la principal organización de la izquierda salvadoreña.²¹

década, el FMLN manifiesta su disposición a concurrir a elecciones en un futuro cercano, cuantificado con precisión: el 15 de Septiembre [...] Sin embargo, el FMLN admite la legitimidad de la vía electoral, no sólo como un principio abstracto, sino como una posibilidad real que él está dispuesto a contribuir a historizar en el corto plazo si se cumplen ciertas *condiciones mínimas*". (Subrayado RGB.)

¹⁸ Segundo Montes, *El Salvador 1988. Estructura de las clases y comportamiento de las fuerzas sociales*, Departamento de Sociología y Ciencias Políticas (UCA) e Instituto de Derechos Humanos (IDHUCA), San Salvador, 1988, pp. 59-72.

¹⁹ Ver ECA, "Debate nacional 1988", *Documentos y análisis*, San Salvador, UCA Editores, núm. 478-479, agosto/septiembre 1988.

²⁰ Otros aportes de este movimiento pacifista fueron la necesidad del cambio de método para conseguir la aceptación de sus propuestas y para propiciar un amplio consenso popular; mostrar las posibilidades y los límites de futuras alianzas sociales y políticas; el reconocimiento del liderazgo de la iglesia como fuerza nacional genérica y promotora de la solución política negociadora. Ver ECA, op. cit., pp. 713-727.

²¹ "Efectivamente, han habido puntos de vista diferentes, de lo cual me alegro mucho. En medio de uno de los periodos más complejos de la historia reciente de la humanidad y del pensamiento (con la caída de referentes ideológicos y políticos vigentes desde hace décadas), hubiese sido una tristeza

Durante la “estampida al capitalismo”, como llama Galbraith al periodo de descomposición del bloque del “socialismo real”, y más concretamente entre 1987 y 1991 en la alianza de izquierda se han dado distintas reacciones en relación a la opción ideológica. Las posiciones van desde los que critican a los referentes empíricos del socialismo pero que no abandonan a éste como horizonte utópico²² ni tampoco al marxismo, hasta la posición que dice adiós al marxismo, al socialismo, como utopía y como referente sociológico, y ven con simpatía el desarrollo de determinados países capitalistas,²³ pasando por la fugaz identificación ideológica y política con la socialdemocracia internacional²⁴.

que no se generara un profundo debate en el FMLN. Las fuerzas vivas precisamente tienen que ser permeables a su contexto. Al contrario, mientras la izquierda en muchas partes del mundo se quedó desconcertada, desalentada y sin perspectivas, el FMLN es una de las fuerzas revolucionarias que ha podido salir fortalecida de toda esa confusión. Hay y seguirá habiendo discusiones internas”. Ver Gianni Beretta, “Audacia política” (entrevista a Salvador Samayoa), *Pensamiento Propio*, Managua, núm. 76, noviembre-diciembre 1990, p. 27.

²² Schafik Handal del Partido Comunista Salvadoreño (PCS) dice al respecto: “En América Latina lo que está haciendo crisis es el capitalismo dependiente y pensar en una solución a todos los problemas teniendo al capitalismo como alternativa, es realmente sin sentido, y no tiene sentido ni históricamente ni en términos prácticos [...] toda la problemática social, política, económica para América Latina y el Tercer Mundo en general, tiende a ser agravada por el capitalismo, no por el socialismo, nosotros no hemos formado parte del socialismo. Entonces, *para nosotros está claro que la alternativa para el Tercer Mundo es el socialismo*. Ahora bien, el socialismo que ha existido hasta hoy, que ha dado en llamarse socialismo real, está pasando por una gran crisis, y la pregunta es esta, *¿es ese socialismo nuestra alternativa?*, evidentemente no. *El gran problema de ese modelo de socialismo que está en crisis, es que es un modelo sin democracia, así se construyó y ese es su gran problema...*” Ver Schafik Jorge Handal, *Sólo el socialismo puede sacar al tercer mundo de su problemática*, Ediciones Liberación, s.l., marzo 1990 (subrayado RGB).

²³ Villalobos, al ser entrevistado, en marzo 7, 1991, por *The New York Times* afirmó “que su grupo no podía seguir siendo considerado un movimiento marxista”; “que la coalición guerrillera se había separado del marxismo”, al cual llamó “sólo una teoría política más como cualquier otra”; que “su coalición, el Frente Farabundo Martí para la Liberación, ahora quiere modelar el futuro de El Salvador de acuerdo a importantes países capitalistas como Alemania, Japón y el cercano Costa Rica que no tiene ejército y está atado de manera muy fuerte a la economía de los Estados Unidos”. Ver Mark A. Uhlig, “Un importante rebelde salvadoreño modifica sus metas”, *The New York Times*, (Internacional), 7 de marzo de 1991. Otra posición, más mediada, dentro de un discurso favorable al socialismo en términos generales, sitúa en el corto plazo la renuncia a la construcción del socialismo: “*Nosotros en El Salvador no aspiramos a establecer el cambio hacia un sistema socialista, sino que el cambio en El Salvador es hacia un modelo propio, muy adecuado a las condiciones de desarrollo, a nuestras fuerzas productivas, acorde a la idiosincrasia de nuestro pueblo*, acorde de las relaciones que mantenemos entre El Salvador y EU, entonces por lo tanto tratamos de buscar un modelo propio, pero ese modelo necesariamente tiene que pasar por ser independiente, que debe tener la capacidad de no sólo convivir con la comunidad internacional y con los mismos Estados Unidos, sino tener la capacidad de independencia, de poder decidir sus caminos.” Ver entrevista con el comandante Leonel González en FMLN, *Hemos abierto la coyuntura de desenlace hacia la democracia y la soberanía*, Ediciones Liberación, s.l.f.

²⁴ El *New York Times*, en su edición del 18 de marzo de 1990, decía: “Como parte de este proceso, líderes insurgentes expresan que ellos ya rechazaron el comunismo [...] que están dispuestos a mantener una participación importante de la empresa privada, además de construir una extensa red de segu-

Difícil situación de esta organización político-militar que mantiene sus objetivos sociales transformadores frente a un dinámico neoliberalismo privatizador sostenido con gran determinación por la derecha en franca recomposición y fortaleza electoral y frente a la imagen del fracaso del socialismo real —con poca capacidad de recuperación hasta el momento—, tantas veces mostrado como paradigma social y ante el cual hoy asume una postura crítica y diferenciadora.

Se entienden los cambios que han tenido lugar en la izquierda salvadoreña, pero aún quedan más preguntas que respuestas. Si a la línea marxista la nueva realidad global la deja muy rezagada y débil, ¿son la socialdemocracia o el neoliberalismo los que modelarán las futuras estructuras de la sociedad salvadoreña? ¿Podrá un nuevo pensamiento nacionalista orientar la reestructuración social salvadoreña? ¿Qué puede resultar de todo este profundo momento de rompimiento y recomposición ideológico y político? ¿La nueva alternativa socio-política en El Salvador está entre un sistema democrático-liberal de mercado (revolución democrática) o sistema oligarco-militar (estructuras tradicionales de dominación en El Salvador)?

ridad social". La misma nota cita al comandante Fermán Cienfuegos: "No nos consideramos ni comunistas ni marxistas-leninistas. Somos los nuevos demócratas de esta sociedad. Constituimos la nueva fuerza para el cambio social en el país. Y trabajamos para contribuir al proyecto político". (Ver Lindsey Gruson, *The New York Times*, 18 de marzo de 1990.) Samayoa ha planteado sobre estas posiciones: "Por ejemplo, en lo estratégico hubo organizaciones del FMLN que en un determinado momento pensaron que la opción era la identificación ideológica y política con la socialdemocracia internacional. Esas opciones tienen ahora su factor de corrección". Ver Gianni Beretta, "Audacia política" (entrevista a Salvador Samayoa), op. cit, p. 27.



La crisis del socialismo real y la parálisis de la izquierda

Sergio de la Peña

1. EXPLICAR EL ASOMBRO

La tesis principal de estas reflexiones es que la crisis del socialismo, que culmina con su desmoronamiento en casi todos los países donde se impuso para asombro general, se precipitó en gran medida por la transformación que ha tenido lugar en el capitalismo. De manera que para entender las causas de la parálisis de la izquierda de frente al derrumbe de los países socialistas no basta con reconocer los factores endógenos que lo favorecieron sino también el desarrollo del capitalismo a partir de mediados de siglo.

2. DOS CAUSAS DE LA CRISIS DEL SOCIALISMO

La crisis del socialismo real en parte resulta de la revolución mundial capitalista que se inició hace casi dos décadas y sigue su curso con diversos tiempos y consecuencias en cada país. Consiste en la transformación acelerada de las bases y formas productivas en el capitalismo, que penetra con nuevo apetito homogeneizador a los rincones más apartados del globo. Con lo cual se han generado nuevas normas y una integración superior de la economía mundial.

Muchas son las causas de tales novedades, pero las principales son la alteración profunda de las relaciones de producción y de explotación. Alteración que a su vez se sustenta en la introducción acelerada de avances tecnológicos, y en la derrota mundial que ha sufrido el trabajo.

La revolución capitalista ha trastocado las relaciones económicas y sociales en los países desarrollados, y se extiende al resto del mundo. Se trata de una ruptura civilizatoria que provoca cambios en todo, incluso en el socialismo.

La alteración de las relaciones de explotación y de las pautas de acumulación van redefiniendo las contradicciones sociales y generando nuevas. Desde luego se modificó la relación entre las clases. En consecuencia se ha echado a andar un proceso de cambio de las relaciones de poder, la política, el Estado, la sociedad, la ideología, la cultura. Se generan nuevos conflictos sociales nacionales y mundiales. Todo está en tensión por efecto del cambio inminente y el concretado.

A su vez la crisis del socialismo real proviene de dos causas que coincidieron en el tiempo y están relacionadas entre sí. Cualquiera de ellas habría producido por sí misma grandes rupturas y derrumbes, más aún al combinarse.

Una es de carácter mundial a través de las presiones de la competencia capitalista, que siempre estuvo presente en algún grado, y que se intensificó cada vez

más desde mediados de siglo. Pero hizo explosión con la revolución ya evocada, que tensó hasta la ruptura las relaciones económicas mundiales.

Los países socialistas se vieron confrontados con una competencia intensa e insostenible. Porque no daban ya sus estructuras para crear e incorporar los avances tecnológicos que se precipitaban en tumulto, al no poder generar la masa crítica en ciencia, tecnología y acumulación, que los mantuviese en la frontera del desarrollo.

Son muchas las causas de esa incapacidad, que ya era insoslayable desde los años sesenta. Pero remiten a final de cuentas a la insuficiencia en el desarrollo democrático de la vida socialista. La soberbia del poder ilimitado, el autoritarismo y el dogmatismo como cultura, ahogaron la vitalidad creativa de la revolución socialista. Tal fue la causa interna de su derrumbe.

3. BLOQUEO CAPITALISTA Y DESARROLLO INICIAL DEL SOCIALISMO

Lo cual no impidió que hubiese grandes avances materiales durante décadas, en la medida en que sucedieron dentro de un ámbito altamente cerrado y ajeno al exterior. Aislamiento que se debió sobre todo al bloqueo que se impuso a cada país socialista. El capitalismo estableció un riguroso sitio. Lo cual se vincula con el hecho de que hasta mediados del siglo XX el orden capitalista admitió y auspició la existencia de espacios económicos apartados de la competencia mundial.

El sistema capitalista se formaba por una red de mercados nacionales amarrados entre sí por las mediaciones y controles del comercio externo de cada país. El espacio internacional del valor estaba constituido por ese amarre, más que por la suma de los espacios nacionales. De hecho, por la insuficiente competencia y la débil integración de la economía mundial, no sucedía antes de la segunda guerra mundial sino una comparación altamente mediada de las estructuras productivas nacionales (eficiencia, productividad, costos), ni se creaba un campo internacional de homogeneidad del valor que penetrase de manera significativa en la mayoría de los países.

De esta manera el socialismo real surgió, prosperó y resistió las presiones externas mercantiles durante medio siglo, con todo y sus inmensos defectos, porque el capitalismo se encontraba aún en un estadio muy primitivo de su desarrollo, a pesar de los espectaculares avances que había logrado.

4. NUEVO RUMBO CAPITALISTA Y GUERRA FRÍA

En la posguerra se impuso una nueva integración mundial bajo la hegemonía de Estados Unidos. Pero la guerra fría distorsionó los nuevos impulsos integradores capitalistas al imponerse el predominio de la política sustentada en el principio de aislar el espacio socialista y mantener al mundo "al filo de la guerra". Gracias a los muros de los países socialistas y el bloqueo de sus sitiadores, las novedades capitalistas se mantuvieron casi fuera.

La nueva pauta del capitalismo mundial en la posguerra fue marcada por la exportación masiva de capitales. De manera que desde mediados de siglo se trans-

formó gradualmente la tradicional guerra entre burguesías nativas y externas por los mercados locales protegidos, en fraternal asociación. La cual, por cierto, no declinó la protección tradicional respecto al exterior.

Mientras tanto se iniciaban bajo la influencia de las nuevas pautas los intentos de integrar mercados regionales, como en el caso de Europa a finales de los cincuenta. Con todo seguían operando las formas tradicionales de acumulación y reproducción a pesar de los nuevos flujos comerciales y de capitales. Pero se multiplicaban las transformaciones que empujaron a final de cuentas a la gran crisis de transición del capitalismo en que estamos.

Se emprendió el tránsito a la actual era en la década de los setenta, cuando la crisis capitalista se agudizó con la inmensa capacidad instalada, la amenaza permanente de sobreproducción, y las tormentas financieras que conmovieron a la economía mundial. Pero sobre todo por la irrupción de nuevas formas de hacer capitalismo.

5. LA SUBVERSIÓN DE LAS NORMAS CAPITALISTAS

El súbito ajuste de precios del petróleo en 1973 fue uno de los estímulos que precipitaron las transformaciones capitalistas, al optar los países desarrollados por el recurso tecnológico para enfrentar el problema. Pero fue un aspecto de un proceso general que se venía gestando desde antes e iba poniendo en creciente tensión las relaciones mundiales. Finalmente las alteró.

La ruptura sucedió cuando las relaciones de producción sustentadas en una nueva forma de subordinación del trabajo y en la incorporación permanente de los nuevos ingenios de la tecnología, se impusieron como normas mundiales y trastocaron las anteriores. Tocó al Japón encabezar la ruptura con sus métodos de explotación del trabajo y de penetración de los mercados mundiales. En realidad se iban extendiendo también cambios en las relaciones de producción en otros países que marcaban los avances de una competencia feroz. Fue el caso de Alemania.

En la segunda mitad de los setenta se convirtió en hechos concretos el “peligro amarillo” representado por el Japón. Más aún al sumarse los cuatro tigres asiáticos en los ochenta, dedicados con entusiasmo a la tarea de aprovechar nichos de exportación mediante una producción sustentada en una explotación del trabajo más intensa, con mayor productividad, y menos costos que los mundiales.

Estas relaciones productivas y formas de rescatar segmentos crecientes de los mercados externos, se convirtieron gradualmente desde finales de los setenta en subversivas del orden capitalista mundial a partir de que capturaron una parte significativa y creciente del intercambio. De ser un fenómeno marginal pasó a ser central para el capitalismo al convertirse sus pautas en normas de la competencia a vencer, en la medida en que se vieron obligados los demás países a tomarlas como referencia para no rezagarse. Se aceleró la alteración mundial de las relaciones de producción que se venía perfilando desde mediados de los setenta.

6. LA DERROTA HISTÓRICA DEL TRABAJO

La única solución capitalista posible para los países desarrollados era volver competitivo el trabajo nativo respecto al que marcaba las nuevas normas, que al principio fue el oriental y luego sumó el de los países que ajustaban sus relaciones de producción. Lo cual se podía hacer de diversas maneras, pero resultó más barato y conveniente efectuarlo mediante el ajuste del trabajo a las nuevas pautas, y la transformación sustancial de la planta productiva de cada país.

De lo que se trata desde entonces en cada caso nacional es de lograr una combinación eficaz de productividad y explotación que ponga de nuevo a su economía en pie de lucha. En este esquema es necesario violentar las tendencias y leyes capitalistas para recuperar competitividad, para lo cual se requiere de una intensa acumulación y una enérgica intervención estatal en todos los casos.

Se emprendió una cruzada mundial de transformaciones nacionales, a tal grado generalizada, que se convirtió en una transición capitalista.

La solución supone modificar las relaciones de explotación en contra de los trabajadores, lo cual nunca es fácil. Los trabajadores se resisten. Pero fueron hábilmente aprovechadas por los Estados las perturbaciones de la crisis de los setenta, como fue el estancamiento y la desocupación, para imponer una derrota espectacular al trabajo y obligarlo a aceptar los nuevos términos del juego. Derrota a tal grado intensa y generalizada en todo el mundo que muy bien puede superar la catastrófica que sufrió por la crisis del 29.

El argumento para ello fue que las consecuencias de la crisis eran peores que los efectos de las soluciones. Lo cual no dejaba de ser convincente para los trabajadores, ante la inminencia de perder el puesto de trabajo. Más todavía ante la decidida intervención estatal mediante imposiciones y presiones. Los trabajadores se vieron obligados a aceptar los cambios desde finales de los setenta y sobre todo en los ochenta. En algunos casos se firmaron pactos con empresarios y gobiernos (Italia, España). En otros simplemente sucedieron los grandes ajustes y la sujeción a las nuevas pautas y disciplinas que incluyeron el deterioro de los salarios reales, eliminación de prestaciones, flexibilidad de labores, eventualidad en el trabajo, salario por desempeño, contratos individuales y de corto plazo, jubilación acelerada, compartir puestos de trabajo para evitar mayor desocupación.

En el mejor de los casos los salarios reales se incrementaron, pero por debajo de la productividad (Alemania, Suecia). En otros solamente lograron defender prestaciones. En los peores fue la derrota en todos los campos (Estados Unidos). No es sorprendente que en los ochenta haya decaído notablemente la tasa de sindicalización y la combatividad obrera, ni que se originasen teorías sobre su desaparición como clase en vista de tales descabros. En todo caso, los trabajadores fueron metidos sin remedio a las nuevas relaciones de explotación impuestas por la competencia mundial y las nuevas tecnologías. Los países respectivos estaban listos para competir.

De esta manera la recuperación de la acumulación sustentada en la tecnificación de procesos productivos e incorporación de trabajadores a las nuevas normas

de explotación, se logró a partir de la reconversión industrial que se inicia desde finales de los años setenta. De su importancia habla que se convirtió en un gran estímulo a la demanda por la sustitución de gran parte de la planta productiva, y por la reducción radical de la vida útil de la maquinaria y equipo. Este lapso de utilidad pasó de ser entre cinco y diez años, a la mitad en la actualidad.

Una consecuencia que es importante destacar es que la reconversión industrial absorbió en un movimiento de "crecimiento hacia adentro" al conjunto de países desarrollados durante los ochenta, ocupados como estaban en dirigir cuanto recurso disponían a sus tareas de transformación de la planta productiva mediante el uso de maquinaria y equipo producido por ellos mismos. Lo cual inevitablemente provocó una astringencia mundial de fondos financieros para los demás países, así como el efecto de marginación en el intercambio que se estimuló entre regiones desarrolladas.

7. LA INTEGRACIÓN MUNDIAL Y LA COMPETENCIA CON EL SOCIALISMO

La comparación con los niveles de desarrollo y de consumo socialistas y capitalistas más avanzados, que se intensificó desde principios de los años setenta, puso en evidencia las deficiencias de las economías planificadas, y que eran cada vez más difíciles de resolver. Creció la presión interna a favor de un intercambio más intenso, y con ello de la competencia con el exterior, por los apetitos y aspiraciones de la gente y por el evidente rezago productivo. Los muros económicos empezaron a caer en los setenta. Los del reclamo democrático tuvieron que esperar una década de acumulación de fuerzas y agravios para lograrlo.

Lo cierto es que las transformaciones del capitalismo impusieron la nueva competencia y una integración mucho más intensa que reduce radicalmente las posibilidades de aislamiento de los mercados nacionales, incluyendo los socialistas. Se avanza hacia un estadio superior de homogeneidad del valor, sin ser todavía un espacio plenamente unificado. Los nichos del nacionalismo económico han sido grandemente eliminados.

También fueron minadas las barreras capitalistas contra el socialismo, y con ello se pusieron en entredicho las de aquellos países. Estos, debilitados por su incapacidad para construir una sociedad democrática, eficiente, competente, dinámica, con reservas para responder a los retos internos y externos, se vieron de pronto enfrentados a un ajuste imposible.

8. EL DERRUMBE DEL SOCIALISMO

El derrumbe del socialismo real ha asombrado a todos. Aun los que tradicionalmente venían denunciando las deformaciones y crímenes, fueron sorprendidos por la demolición de regímenes que parecían seguir en la pelea. Ante ello las viejas explicaciones sólo pintan retratos desvaídos de tiempos idos, renuevan denuncias añejas y reiteran fórmulas que tienen poco que ver con la realidad.

Lo cierto es que se nos movió radicalmente la realidad. No en cuanto a que haya desaparecido la clase obrera y por lo tanto las luchas de clase, como afirman algunas interpretaciones, sino por las alteraciones económicas, sociales y políticas que ha sufrido. Sin duda las razones de las luchas sociales también se han alterado. Después de todo el capitalismo está pasando a una etapa superior, y arrasando a todo el mundo en su movimiento.

Lo único claro hasta ahora es que la gran transformación capitalista se emprendió bajo la combinación de los tres factores que le fueron esenciales: la derrota mundial del trabajo, la incorporación de nuevas tecnologías y la nueva integración del mercado.

9. LA DIALÉCTICA EXPERIENCIA-CONOCIMIENTO

Hay que reiterarlo. Lo que ahora sucede en el mundo es una transición general, una gran revolución que compromete las relaciones de producción en su sentido técnico, entre capital y trabajo, y una nueva disciplina social y laboral que se impone a este. Se trata de una globalización e integración mundial más completa, y de una alteración de las estructuras de poder, de la cultura, de las relaciones familiares.

La relación de explotación capitalista se redefine y con ella las clases sociales y sus luchas. Cambian en alguna medida las contradicciones y luchas sociales que éstas generan y surgen nuevas. Es el caso de la nueva integración económica mundial, que plantea gran violencia sobre valores y prácticas fundamentales que han sido guía y aspiración de los pueblos durante siglos, como es el caso de la soberanía, la autonomía, la independencia, la nación. Lo cierto es que hay contradicciones que perturban de nueva manera a las sociedades, como es el caso del contenido y práctica de la hegemonía mundial, del neoimperialismo, que reclaman también nuevas explicaciones.

En esto el marxismo está atrapado por su método. Al igual que todas las corrientes que pretenden explicar el mundo, pero el marxismo se reconoce en su dialéctica. Esta demanda de la experiencia histórica para desprender categorías, conceptos, tendencias, de la realidad, a fin de comprenderla.

Todo esto, y no solamente el dogmatismo, los atrasos, los agravios que nublan la vista, la ausencia de talento o de estudios, es lo que explica en buena medida la confusión de la izquierda. Es más, aún no se lograba una explicación satisfactoria del subdesarrollo anterior, cuando éste cambia aceleradamente en aspectos principales. Transformación que todavía no se consolida e incluso menos se comprende en plenitud.

Las cuotas sociales, las normas conocidas, las relaciones usuales, las contradicciones seculares, todo está en proceso de cambio. Y al mismo tiempo, no se dispone aún de un aparato conceptual y de una explicación que sea algo más que el acercamiento general de lo que sucede.

10. LA CRISIS DEL SOCIALISMO EN MÉXICO

De manera que la crisis del socialismo se presenta en México envuelta en conmociones internas y mundiales que se deben entender previamente para poder abordar con cierta eficacia la tarea de comprender las consecuencias que aquella tiene. Pasa dicha comprensión por la inteligencia de la crisis y de las transformaciones que están teniendo lugar en el mundo por efecto de la revolución capitalista, y la forma como se ha impuesto en México.

En nuestro caso la noticia de la crisis mundial llegó en forma de la conmoción y auge petrolero y la feria del endeudamiento externo, que se extiende desde 1973 hasta 1981. Y mientras que se inició en 1976 el largo proceso de ajuste salarial a la baja, que aún continúa, en cambio los impulsos para la transformación tecnológica se amortiguaron por el poderoso sistema de protección y subsidio. En el mejor de los casos se sobrepuso a la planta productiva anterior una nueva capa de empresas con tecnología avanzada, la inmensa mayoría de capital extranjero, pero sin desplazar necesariamente sectores obsoletos.

A su vez, en los setenta la izquierda hizo grandes esfuerzos y emprendió experiencias que aún no se evalúan en toda su importancia y complejidad. No se puede olvidar qué pasó desde los intentos guerrilleros urbanos y rurales hasta la irrupción en la práctica electoral, aún si ambos campos resultaron minados y estrechamente acotados. Tampoco fueron menores las rupturas del sindicalismo independiente, ni la redefinición de prácticamente todas las organizaciones de izquierda en una u otra forma, desde la espectacular disolución del Partido Comunista Mexicano en una nueva corriente socialista, hasta los cambios de contenido, aún si no necesariamente de forma, de otras organizaciones socialistas.

Para entonces el alejamiento del patronazgo de los países socialistas sobre los partidos era viejo. En cambio persistía la adhesión a los esquemas y dogmas tradicionales y nuevos, con pocas excepciones individuales. La crítica a los países socialistas por el eurocomunismo y otras corrientes escandalizaba pero dentro de la convicción de que se trataba de espacios rescatados de manos del capitalismo, aún siendo susceptibles de urgentes y profundas transformaciones, incluso revolucionarias.

11. LA CRISIS QUE MOVIÓ LA REALIDAD

En cuanto estalló en 1982 la crisis de la deuda externa de México, recurrió casi toda la izquierda a la defensa del viejo esquema del nacionalismo económico, empezando por el apoyo delirante a la expropiación de la banca. Salió a relucir el viejo estatismo para marcar la respuesta de la izquierda frente a las infames políticas de ajuste idel propio Estado!

Lo cierto es que nadie tenía opciones ante una realidad que apenas ahora empieza a entenderse. Ni siquiera la derecha, pero el gobierno contaba con el consenso popular. Por eso le fue tan fácil introducir las brutales medidas de ajuste y la liberalización de la economía, sustentadas fundamentalmente en la contrac-

ción salarial y la eliminación de salarios indirectos en forma de subsidios. Lo cierto es que se puede disputar la inteligencia de las medidas pero no la exigencia de adaptarse para la competencia mundial. El problema fue, y sigue siendo, que la izquierda no tiene respuestas ni ofrece alternativas ante un mundo revolucionado por el capitalismo donde han cambiado los marcos de referencia tradicionales.

Un grave problema para la izquierda en estos largos años de crisis ha sido lo anquilosado de su concepción de la realidad. Casi tanto como la derecha. En todo caso la idea global del capitalismo y del mundo quedó rebasada ampliamente por los acontecimientos mundiales. De aquí que la sorpresa del derrumbe del socialismo haya sido aún mayor.

12. EL DERRUMBE DEL SOCIALISMO REAL Y LAS TAREAS PENDIENTES

En todo caso la experiencia fue desoladora. Para unos era la desaparición de un proyecto histórico que costó millones de vidas y sacrificios. La derrota mundial y definitiva. Otros se refugiaron en la fórmula de negar que “eso” había sido socialismo, de manera que no se ha derrumbado porque jamás ha existido. Cada quien lleva el luto como puede.

El hecho es que una experiencia histórica que compete a todos los socialistas ha terminado y se abre otra. Y les compete porque cualquier nueva experiencia tendrá que partir de un ajuste de cuentas con los éxitos y fracasos, errores y aciertos del pasado. Y de un inmenso esfuerzo de comprensión de la realidad para su formulación teórica.

Lo cual perfila para el pensamiento socialista una larga tarea de reflexión. La realidad se movió, de manera que añadió ajenidad a las insuficiencias y deficiencias de que sufría el marxismo. Para que el pensamiento socialista responda a las exigencias que el mundo le plantea con formas frescas de pensar a la realidad, con proyectos sociales y soluciones nuevas y creativas, que correspondan a los apetitos y necesidades presentes del ser humano y del mundo, tiene que hacer una profunda revisión.

Revisión que empieza por el pensamiento socialista. Y por los usos que se le ha dado al marxismo, desde su conversión en instrumento para romper cabezas en vez de discurso para enriquecer, hasta su transformación en ideología de Estado en vez de fuente permanente de crítica y de proposiciones creativas.

Solo así el pensamiento socialista se renovará y tomará nuevamente la palabra para recuperar la posición de avanzada que mantuvo hasta los setenta. La responsabilidad por el vacío que dejó desde entonces en el pensamiento mundial es doble, porque lo provocó y sigue allí a la espera de ser nuevamente llenado.

Para empezar, la izquierda tiene que hacer un ajuste de cuentas con su pasado. No para abjurar del mismo ni para aceptarlo como condena, sino para entenderlo a fin de sacudírselo de encima. Porque sólo de esa matriz histórica puede salir la idea renovada, el nuevo proyecto socialista. Los socialistas mexicanos no deben asumir los crímenes del stalinismo ni los errores del socialismo real. Pero

tampoco rehusarse a aprender de esas experiencias. Deben dejar que los muertos entierren sus culpas, no ser sus herederos.

Se tienen que replantear todas las preguntas, dudar de las respuestas automáticas, y cuestionar explicaciones que relumbran no por verdaderas sino por sobadas. De esa larga tarea resultará el rescate de muchas cosas pero se habrán de abandonar creencias y verdades falsas que la realidad se encargó de reprobado.

Poner a prueba todo, desde lo esencial a lo más complejo, a partir de la experiencia acumulada. Esa es la tarea que se le está exigiendo a la izquierda en México y en el mundo para responder a sus objetivos históricos, cada vez más demandantes y complejos. Porque los agravios capitalistas que dieron razón de ser al socialismo, como son la injusticia, la inequidad, la explotación, la destrucción de seres humanos, la enajenación, más otros que se han sumado, forman la realidad.

Realidad que impone en México la necesidad de comprender desde las nuevas condiciones del Estado, la nación y la soberanía de frente a la inevitable reconversión industrial, hasta la nueva inserción del país en las relaciones mundiales. Hay viejas y nuevas contradicciones a entender para enfrentar.

Es el caso de la operación de un Tratado de Libre Comercio tripartita. La nueva movilidad espacial, laboral y social de la fuerza de trabajo mexicana, habrá de alterar las relaciones de explotación, los perfiles de las clases sociales y de sus conflictos, al Estado. Todo lo cual delinea nuevas luchas sociales y de clase para disputar sobre la prosperidad y poder de los trabajadores, los conflictos de las minorías nacionales, los agravios étnicos, regionales, raciales, religiosos.

Pese a recesiones y tropiezos que pueda tener la economía de Estados Unidos, para México se perfila una etapa de crecimiento de por lo menos una década por efecto del proceso de integración. Así sea tarde, y tras sustos y conmociones económicas violentas por desajustes y sacudidas, finalmente habrá condiciones para que se acelere la acumulación con fuerte apoyo en la inversión externa, que encamine al país al desarrollo capitalista. Es posible que la transformación y ampliación de la base productiva, la expansión de las exportaciones, del mercado interno y de la demanda de mano de obra dentro y fuera del país, sean factores de un crecimiento y cambio económico prolongado.

Todo sufrirá conmociones profundas. Desde el contenido y práctica de la soberanía nacional hasta los conflictos y luchas sociales y clasistas. También las estructuras políticas y culturales serán afectadas. Comprenderlo y actuar en consecuencia es parte central del quehacer que deberá realizar la izquierda mexicana, ahora que salga de su asombro por el derrumbe del socialismo y abandone la complacencia de autoflagelarse.

Los nuevos retos de la izquierda mexicana

Francisco González Gómez*

No es nuevo decir que la izquierda socialista mexicana se encuentra en una encrucijada. En medio de una doble derrota (la que proviene del ascenso del neocardenismo en 1988 y la del derrumbe del llamado socialismo real), se enfrenta a retos fundamentales para garantizar su sobrevivencia con un proyecto autónomo que le permita constituirse en una fuerza política de importancia.

Ante los cambios acelerados en los países de Europa Oriental, que han puesto de relieve el verdadero carácter *no socialista* de los regímenes allí existentes, la izquierda se halla ante la necesidad de trazar un claro deslinde con estos regímenes y estudiar con seriedad sus experiencias. Es evidente que sin esta definición no podrá darle credibilidad a su discurso democrático y revolucionario. En verdad, un deslinde teórico es insuficiente, pero reconstruir —o construir una teorización que pueda corresponder a las condiciones históricas de este fin del milenio— es un primer paso indispensable en el proceso de redefinición del proyecto socialista. No se trata de hacer tabla rasa del pasado, sino de asimilar las enseñanzas que se derivan de los primeros intentos de construir una sociedad sin explotación. No es una tarea fácil, en distintos países ya se han dado algunos pasos en esta orientación, pero aún son insuficientes.

1. ASIMILAR LAS EXPERIENCIAS DEL "SOCIALISMO REAL"

Al abordar los acontecimientos en Europa del Este, es necesario reconocer que estamos ante un fenómeno nuevo y cualitativamente distinto, que nació con la forma en la que se resolvieron las contradicciones existentes en el seno de la revolución obrero-campesina de octubre de 1917, fenómeno que no puede abordarse con conceptos y categorías adecuadas a otras realidades histórico-sociales. Concretamente, nos encontramos ante una formación social que no es capitalista ni socialista, sino un nuevo sistema de explotación del trabajo, por ello no basta con utilizar categorías como "degeneración burocrática del socialismo" o "expresión máxima del capitalismo del Estado", para dar dos ejemplos, sino que es necesario desarrollar una nueva conceptualización adecuada a los hechos históricos que es preciso explicar.

* Quiero dejar constancia que esta ponencia fue discutida y en buena parte redactada conjuntamente con Luis Lorenzano, amigo y compañero de lides políticas. Desde luego que la responsabilidad global de las ideas aquí presentadas es mía.

Consideramos que debe organizarse mejor la discusión en torno a la naturaleza de este sistema social. Con el fin de contribuir a la discusión del tema, adelantamos como hipótesis los siguientes puntos:

- a) en el nuevo sistema se continuó la explotación del trabajo asalariado, con la variante (ya expresada en el capitalismo) de llevar a un nivel muy elevado la cosificación del trabajo, de desvincular a los trabajadores de cualquier participación en la orientación del proceso productivo y de toda injerencia en el control de las relaciones de trabajo y de producción; de esta manera, apareció en su expresión máxima la tendencia a considerar la fuerza de trabajo como puramente generadora de valor de cambio y, consiguientemente, esa expresión llevó a anular a los trabajadores de la vida social, sometiéndolos a formas de colectivización forzosas y códigos draconianos;
- b) pero esta cosificación del trabajo va acompañada de una "sobredeterminación política" del valor de cambio de esa fuerza de trabajo (y a partir de allí, del valor de cambio de todas las mercancías), lo que redundó en una distribución "política" de las rentas;
- c) ello consolidó la posibilidad de llevar al máximo la tendencia a la separación entre organización y ejecución del trabajo y la vida social, y tareas de "dirección";
- d) la complementariedad de los procesos anteriores se expresó en la estatización del conjunto del tejido social y en la constitución de una clase dominante de nuevo tipo, formada por los "organizadores" y "directores" de la fuerza de trabajo social, con su núcleo duro en el partido como "clan" que poseía las llaves de la distribución "política" de las rentas (y de su contrapartida: las inversiones).

Tales rasgos no abarcan el conjunto heterogéneo de fenómenos que constituyeron a este sistema, pero abarcan los elementos sustanciales que permiten comprender los procesos desatados en ellos, así como la crisis eclosionada en la segunda mitad de 1989. Con este planteamiento se quieren evitar dos errores cometidos por algunas de las interpretaciones principales de dicho sistema. Por un lado, están aquellos que ven en él una manifestación extrema del capitalismo de Estado. En este caso no se aprecia la importancia real que tuvo la revolución de octubre y su fuerza transformadora, los nuevos fenómenos sociales que se plasmaron en la URSS, y se recoge la idea grata al hegelianismo de que gracias a una "astucia de la razón" se ha cumplido el ciclo histórico en forma ineluctable: según esto ningún país puede eludir su paso por el capitalismo. Lo que no se entiende en esta perspectiva es la aparición de un nuevo sistema de explotación que no se enmarca dentro de los límites y caracteres del capitalismo, así como el alcance histórico universal de la revolución de febrero a octubre de 1917.

En el otro extremo de estas interpretaciones se halla la idea de que el socialismo llegó a implantarse en estos países, pero que por una degeneración del partido, por la aparición de la burocracia, devino en un socialismo burocrático al que debe depurarse y democratizarse —dejando de lado la discusión escolástica acerca del carácter de "casta" o "clase" o "nueva burguesía" que habría tomado el sector dominante— desestimando los datos que ponen de relieve que en la consolidación del sistema predominó la ausencia de democracia proletaria y la conformación de una economía estatizada, que no socializada.

Otro aspecto central para la comprensión de este fenómeno es la forma en que se implantó el nuevo sistema en la mayoría de los países del bloque oriental, como resultado de la división del mundo en esferas de influencia al concluir la segunda guerra mundial. En la lucha contra el fascismo, en el curso de esta guerra, se crearon las condiciones para llevar adelante una lucha revolucionaria con altas posibilidades de triunfo en cuatro países europeos: Francia, Italia, Grecia y Yugoslavia. En Yugoslavia la revolución se llevó a cabo a pesar de los acuerdos entre las potencias y sin el auxilio de la URSS. En los tres primeros la política impuesta por el PCUS obedeció a los principios de reparto del mundo con las potencias occidentales, incluso la revolución griega fue abandonada a su suerte y se permitió que el ejército inglés la aplastara. En correspondencia, en torno de la URSS se formó un cordón de países en los cuales se implantó desde arriba el nuevo sistema. En algunos casos la clase obrera y la lucha popular jugaron un papel de relativa importancia en la transformación de estos países, pero en lo fundamental fue la presencia del ejército rojo y el reparto de esferas de influencia lo que determinó los cambios en esta región.

Además, la resistencia del gobierno yugoslavo a someterse a los dictados de Stalin provocó una escisión en el "bloque" recién formado. Los yugoslavos también aportaron su crítica a que la forma de la propiedad no equivale a socialismo, y buscando un camino distinto en la autogestión "controlada". Lo cual no quiere decir que su práctica responda en todo a una forma distinta de organización social, sino que es muy probable que, al igual que en China, se haya tratado de una variante del nuevo sistema.

En los otros países de Europa Oriental, la economía se sometió a las necesidades de la reconstrucción de la URSS, las relaciones económicas entre los países tuvieron un marcado carácter "colonialista" y se implantaron sistemas opresivos de los cuales los mismos luchadores que habían sido considerados y se autoconsideraban comunistas (como Arthur London por ejemplo), fueron víctimas.

No puede subestimarse en este proceso el prestigio alcanzado por la URSS como vencedora del fascismo, ni tampoco el grado de desorganización de las clases dominantes de estos países, que en mayor o menor medida habían ligado su destino al fascismo. Así, a la derrota de éste quedaron carentes de legitimidad, "completamente desquiciadas, privadas de organización y reducidas a la impotencia política".¹ Las relaciones de estos países con la URSS estuvieron marcadas por la imposición del modelo soviético de desarrollo económico, que no tomaba en cuenta las particularidades de cada nación, y que sometía su economía a los intereses del desarrollo de la URSS. No había relaciones de igualdad entre los Estados nacionales, sino de subordinación; dos ejemplos sirven para ilustrarlas: las sociedades mixtas, encabezadas por la URSS, favorecían el control de ésta sobre la economía de los otros países; además adquiría sus productos a un precio inferior

¹ Isaac Deutscher, *Stalin. Biografía política*, ERA, México, 1965, p. 484.

a las cotizaciones mundiales, y los pagaba en rublos no convertibles en el mercado mundial.²

Para consolidar la subordinación a la URSS e impedir que el ejemplo yugoslavo cundiera, se persiguió —en los países de “democracia popular”— a todos los dirigentes que no fueran de la confianza absoluta de Stalin y del equipo dirigente del PCUS. Estas persecuciones obedecieron también a las luchas por el poder en el seno de los partidos comunistas de esos países. Es obvio que no se trata de defender las posiciones políticas de estos dirigentes, que en la mayoría de los casos defendían variantes “ingenuas” o “nacionales” del sistema explotador presentado como “socialismo”, sino de denunciar y reprobar los métodos mediante los cuales fueron llevados a juicio y condenados a muerte acusados de “nacionalismo”, “cosmopolitismo”, “titoismo”, etcétera, Lazlo Rajk en Hungría, Kostov en Bulgaria, Clementis y Slanski en Checoslovaquia, Dodje en Albania, V. Luca y Ana Pauker en Rumania. Años después, estas persecuciones fueron denunciadas oficialmente y develada su perversidad. Los tristes resultados de ellas (al igual que las persecuciones en la URSS en los años treinta), permiten afirmar que “ninguno de los gobiernos anticomunistas de antes y después de la guerra ejecutó y encarceló a tantos comunistas como los gobiernos stalinianos entre 1949 y 1953”.³ Con motivo de estos procesos desaparecieron centenares de personas indirectamente implicadas, sobre todo los cuadros comunistas que habían permanecido periodos más o menos prolongados en Occidente. Entre los más afectados por estas persecuciones se encontraron, especialmente, los antiguos miembros de las Brigadas Internacionales de España.⁴

Los elementos señalados (incluido el esbozo histórico de cómo surgió y se implantó el nuevo sistema en Europa Oriental), no abarcan el conjunto heterogéneo de los fenómenos que constituyen este sistema, pero comprenden aspectos sustanciales que permiten entender la celeridad del proceso desatado en la segunda mitad de 1989.⁵

Así, entendemos a la *perestroika* como un intento de reformar al aspecto de la “determinación política” del valor de cambio, llevando por esa vía a que la dinámica económica asuma perfiles “más normales”, se desarrolle competitivamente y de esa manera se eleve la productividad del trabajo (problema fundamental del

² Jean Elleinstein, *El fenómeno staliniano*, Laia, España, un1977, p. 154.

³ Francois Fetjò, *Historia de las democracias populares*, T. 1, Martínez Roca, España, 1971, p. 34.

⁴ Lilly Marcou, *El movimiento comunista internacional desde 1945*, Siglo XXI, España, 1981, p. 38. En Checoslovaquia, la caída de Slansky arrastró a la perdición a más de 1500 intelectuales casi exclusivamente judíos. Aún sin contar con cifras definitivas se calcula que entre 1948 y 1951 fueron excluidos de los partidos de las “democracias populares” uno de cada cuatro militantes. Gert Robel en *Europa después de la Segunda Guerra Mundial, 1945-1982*. 1. Siglo XXI (Historia Universal Siglo XXI, 35-1), México, 1986, pp. 245-246.

⁵ No hemos desarrollado aquí, sólo lo hemos apuntado al comienzo del trabajo, los poderosos elementos socio-históricos que impidieron u obstaculizaron la conformación de sociedades verdaderamente socialistas. Nos referimos a los obstáculos internos a las propias clases explotadas, no a las habituales indicaciones acerca del “atraso estructural”, el “bloqueo imperialista”, etcétera, que por cierto son importantes, pero sólo como “catalizadores” y no como explicación de la génesis del nuevo modo de explotación.

régimen soviético). En las perspectivas del equilibrio gorbachoviano, no se incluye una modificación profunda al sistema de trabajo que, según se ve, debe continuar siendo objeto de explotación (como lo ejemplifica, para citar un hecho, la prohibición de las huelgas como “atentatorias a la *perestroika*”). La disminución o cese de la determinación política del valor de cambio de la mercancía fuerza de trabajo (y por ende, de las demás mercancías) implica “menos estatismo”, pero en absoluto la tendencia a la superación del abismo entre “dirigentes” y “ejecutantes”. Por este conjunto de razones no es posible considerar a la *perestroika* como una “renovación del socialismo” sino como una política de reformas para refuncionalizar y hacer más eficiente al sistema de explotación.⁶

En Europa Oriental, en la medida en que han irrumpido las masas, la situación se ha hecho más compleja ya que las reivindicaciones del movimiento pueden llegar a introducir importantes cambios en el aparato estatal y en la dominación del partido de Estado, y abren una perspectiva muy compleja en la que, compiten hasta el momento, grupos burocráticos reformadores y tendencias proburguesas, aunque no debería descartarse la posibilidad de la aparición de crecientes demandas de democracia de base, autonomía y autogestión. El ejemplo más claro de la evolución de los movimientos actuales de oposición se da en Polonia, donde Solidaridad se ha dividido ante la definición del rumbo a seguir.⁷

Para algunas corrientes del socialismo mexicano, como el trotskismo y el maoísmo, el deslinde frente a los países del llamado socialismo real estaba hecho desde hace años, aunque con matices distintos. Para otras, sobre todo las herederas del lombardismo, comprender el derrumbe de las burocracias supuestamente socialistas representa un esfuerzo mayor y, en algunos casos, imposible de realizar dada su afinidad política e ideológica con el sistema implantado en esos países.

2. LOS RETOS DEL SOCIALISMO MEXICANO

La izquierda socialista dependió durante muchas décadas de la adopción de orientaciones y modelos que poco se correspondían con la realidad nacional. Obedecía esta actitud a la influencia del movimiento comunista internacional y del

⁶ Al analizar la situación actual del “bloque socialista”, muchos han olvidado la experiencia y el significado de la revolución cultural china. Es indudable que en sus principios se contenía la denuncia del nuevo sistema de explotación y su esencia era la necesidad de encontrar una alternativa revolucionaria para cambiar de rumbo. La revolución cultural insistía en la crítica de las prácticas sociales que conservaban los viejos hábitos de dominación y la separación entre dirigentes y dirigidos, entre trabajo manual e intelectual, entre ciudad y campo. Su crítica contenía —más allá de las posibles pugnas por el poder— el desenmascaramiento del verdadero carácter de las relaciones de clase implantadas y representó un gran esfuerzo por construir el socialismo con la participación de las masas, desde abajo, rompiendo con los marcos de una visión “productivista” y “economicista”. Por todos estos elementos, la revolución cultural representó una aproximación, desde el campo de la revolución y de la lucha de clases, a la crítica del “socialismo real”. Comprender sus limitaciones, sus errores y las causas de su derrota, son elementos fundamentales para desarrollar una crítica del nuevo sistema y adoptar una perspectiva revolucionaria.

⁷ Al revisar el trabajo para su publicación, se encuentran conceptos ampliamente desbordados por

PCUS en nuestro país. Podrían ponerse muchos ejemplos al respecto, pero lo que interesa es recordar que la influencia de los comunistas mexicanos avaló durante mucho tiempo la conducta y la acción política del extinto PCM. Hoy es imposible defender la legitimidad de un proyecto o de una línea política a partir del respaldo de un inexistente movimiento comunista internacional y de un "partido guía". Hoy la política y el proyecto socialista tienen que sustentarse en el apoyo que deriva de su eficacia para organizar al movimiento de masas y dirigir sus luchas políticas y reivindicativas.

Ha llegado el momento de comprender lo que siente y desea la sociedad mexicana, de abandonar el doctrinarismo manualesco y pensar nuestro país por nosotros mismos. Llevar adelante esta tarea es un proceso lento, zigzagueante, y no está garantizado de antemano el éxito. Al contrario, existen muchas dificultades para la formulación de un proyecto socialista en México. Una de ellas es el necesario ajuste de cuentas con nuestro pasado teórico, revisarlo críticamente y recuperar la teoría revolucionaria liberada de los viejos "ismos", dejando de ser trotskistas, maoístas o leninistas, para reencontrarnos en el socialismo crítico y revolucionario.

Aún en ese punto, es indispensable hacer un recuento serio y profundamente crítico del marxismo y su desarrollo, enjuiciar nuestra tradición y la tradición mundial del socialismo, destacar los elementos que se encuentran vigentes y reconocer en qué sentido el desenvolvimiento de la realidad o las limitaciones de la teoría marxista obligan a encontrar nuevas respuestas.

De esta manera, *el primer reto que enfrentamos consiste en la formulación de un proyecto socialista renovado, libre de dogmatismos y acorde con nuestra realidad*, que de respuesta a cuestiones básicas como la justicia social, la soberanía nacional, el desarrollo económico, la libertad política y, desde luego, esboce el camino para una sociedad sin explotación.

El marxismo nunca fue una doctrina al margen de la historia y de las transformaciones del capitalismo. Es una doctrina condicionada y acotada por sus circunstancias históricas. El capitalismo de finales del siglo XX tiene rasgos específicos desconocidos hace cien años, en aspectos importantes es diferente al conocido por Marx. En el curso de este siglo han aflorado nuevas contradicciones sociales y con ellas nuevos actores sociales. Simultáneamente ha empezado a superarse la idea de que hay una relación necesaria entre los objetivos socialistas y las posiciones de los actores sociales en las relaciones de producción. "La era de los sujetos privilegiados —en el sentido ontológico, no práctico— de la lucha anticapitalista ha sido definitivamente superada".⁸

El capitalismo se encuentra sometido al asedio de nuevas fuerzas emergentes. Un proyecto socialista no puede ignorar la importancia de estos nuevos movimientos sociales. Entre ellos destacan la lucha femenina en contra de la sociedad patriarcal y la situación subordinada de la mujer en nuestra sociedad: la lucha

el curso histórico; en particular, nos referimos a la profundidad de las tendencias que se esfuerzan por implantar plenamente el capitalismo.

⁸ Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Siglo XXI, España, 1987, p. 103.

ecológica para frenar la devastación en que está sumiendo el capitalismo al planeta y que promueve nuevos enfoques para el desarrollo industrial; y la lucha de los colonos, que sobre todo en los países atrasados tiende a convertirse en una fuente importante de movilización y cambio social.

Desde luego que no se debe tratar a los nuevos movimientos como movimientos periféricos en relación con un centro obrero, real o potencial, ni como sustitutos del movimiento obrero, sino como integrantes de un amplio frente potencialmente anticapitalista. Todos ellos son movimientos sociales en los que concurren muy distintas fuerzas políticas y en los que hay corrientes que limitan el alcance de las reivindicaciones y la crítica a la sociedad actual. Es sabido que el significado político de un movimiento no está dado desde el comienzo, depende de su articulación con otras luchas y reivindicaciones.

Nuestro segundo reto es articular dentro de un proyecto integral de transformación de la sociedad a los nuevos actores sociales, sean el feminismo, el ecologismo, las minorías sexuales, los movimientos de colonos y pobladores o cualquier otro movimiento generado por las contradicciones del sistema capitalista.

La democracia política se ha convertido en un valor universal. En muchos pasajes de Marx, y más importante aún, en la práctica de los movimientos socialistas revolucionarios, siempre existió una relación indisoluble entre democracia y socialismo. Recobrar esta tesis nos lleva a plantear la cuestión de la democracia por lo menos en tres niveles: en la vida política nacional, en la vida interna de las organizaciones de masas y en la relación entre las organizaciones políticas y las de masas.

Democratizar la vida política del país es el eje de una importante movilización nacional. Acabar con el autoritarismo del régimen, restringir las atribuciones casi omnipotentes del presidencialismo, liquidar el sistema de partido de Estado, son un conjunto de demandas que movilizan a amplios sectores de la población. Se trata, indudablemente, de una lucha de gran trascendencia en la cual participa activamente la izquierda socialista. Sin embargo, el éxito no debe hacernos olvidar que un proyecto socialista es más amplio que las reivindicaciones democráticas y que, desde luego, en el mediano y largo plazo tiene objetivos diferentes a los que sostienen corrientes que hoy se ubican también en el campo de la democracia, como las del nacionalismo revolucionario.

El centro del discurso de las corrientes políticas nombradas en última instancia, se ubica en la recuperación de los principios de la revolución mexicana y la democratización del país. A partir de ahí se ha desarrollado una tendencia a diluir el proyecto socialista en los marcos de la lucha democrática, incluso a aceptar acríticamente el nacionalismo revolucionario y la supuesta vigencia de los principios de la revolución mexicana. Revivir sin más el nacionalismo revolucionario no garantiza el desarrollo futuro del movimiento de masas, ni permite superar su nivel de prácticas sociales y por consiguiente de formas de conciencia; de modo diverso se repite la experiencia de los años treinta y no se contribuye así a desarrollar un proyecto socialista propio.

Si bien es necesaria la mayor vinculación con el movimiento de masas generado por el neocardenismo, también es preciso tener una perspectiva propia, socia-

lista, a corto y a largo plazo. Hoy, ante la crisis del socialismo real, esta perspectiva es más urgente que nunca. *En nuestro país el tercer reto al que se enfrenta la izquierda socialista es participar activamente en la lucha democrática sin reducirse a ella, ni diluirse en el nacionalismo revolucionario.*

En el otro extremo son algunos grupos socialistas reducidos, escasamente vinculados a la lucha de masas, con actitudes doctrinarias dogmáticas e integristas, los que levantan la bandera del socialismo. Esta tendencia doctrinaria, preocupada por el avance del neocardenismo, a veces comete el error de considerarlo como su adversario principal, aislándose del movimiento social que representa. De ahí difícilmente va a surgir un proyecto socialista que incorpore lo nuevo, asimile la experiencia internacional, comprenda la realidad del país e influya en el movimiento obrero y popular.

También es imprescindible desarrollar la democracia en el seno de las organizaciones de masas. En muchas de ellas prevalecen prácticas atrasadas: clientelares, caudillistas, etcétera, pero es indudable que el desarrollo del movimiento de masas sólo puede contemplarse a partir de que dichas organizaciones practiquen en su seno la democracia y superen el gremialismo. Ambas cuestiones van unidas. No basta con practicar la democracia interna en estas organizaciones, también hay que superar el gremialismo, incorporarlas a la acción política, encontrar los mecanismos mediante los cuales puedan integrarse en un amplio movimiento para la democratización y la transformación socialista del país.

En la relación entre partidos y organizaciones de masas hay que abandonar la idea de que éstas son simples correas de transmisión. Respetar su autonomía significa respetar sus necesidades, el modo en que formulan sus demandas y su funcionamiento propio. Es un reto de la izquierda desarrollar organizaciones de masas vinculadas a la lucha política. Debemos rechazar la idea, grata a las sectas y a los partidos "comunistas", de que ellos son los portadores de la verdad revolucionaria y que eso les da derecho a pretender subordinar a las organizaciones de masas a necesidades, demandas y expectativas dictadas "desde fuera".

De la negación de esta práctica no puede salir únicamente el concepto de que las relaciones entre organización y partido se resuelven en un llamado "partido de ciudadanos". En la lucha por la democracia las organizaciones sociales no corporativizadas juegan un papel fundamental. Es un error de signo contrario al que acabamos de criticar, el reducir a las organizaciones de masas solamente a sus demandas propias, gremialistas, trasladando la lucha política únicamente al ámbito de los miembros de esas organizaciones considerados aisladamente, como ciudadanos.

Frente a la visión liberal, proveniente del siglo XVII con John Locke, reafirma ahora por el nuevo auge del neoliberalismo de diluir las relaciones sociales intersubjetivas en el atomismo de los ciudadanos que depositan un voto individual en una urna, es preciso reivindicar en la práctica el carácter social y organizado de las múltiples formas de la lucha social y política. Estas múltiples formas exceden el voto individual y ninguna organización o partido que sólo haga hincapié en lo electoral podrá recoger y expresar esa multiformidad del tejido social.

Es un error limitarse a reconocer que hay un amplio movimiento de masas en lucha por la democracia y a la vez considerar que el agente privilegiado en esa lucha política es el partido de ciudadanos. En este gastado esquema, a él le correspondería hacer la política y a las organizaciones de masas la lucha por las necesidades y reivindicaciones "gremiales". Puede parecer increíble que a estas alturas se haga semejante división de la lucha social y política; que sólo se puede explicar por el predominio de una corriente, en este aspecto liberal, incapaz de comprender que las organizaciones de masas desempeñan un papel fundamental en las confrontaciones democráticas.

Forma parte de un debate global la definición de los aspectos económicos del proyecto socialista. Es un reto, de los más difíciles, prefigurar los elementos integrantes de ese proyecto. De inmediato destacan dos aspectos centrales: el papel de la propiedad estatal y el de la planificación central.

En nuestro país, durante mucho tiempo prevaleció en parcelas importantes de la izquierda la idea de que la intervención estatal en la economía siempre era positiva y que las nacionalizaciones de ramas de la economía acercaba objetivamente al socialismo. A estas alturas es difícil sostener esta tesis. Uno de los rasgos del socialismo "realmente existente" era su estatismo exacerbado. La experiencia de la URSS demuestra que el estatismo engendró nuevas formas de dominación y una burocracia que se convirtió en una nueva clase explotadora. Sin embargo, esta apreciación está dada en un sentido puramente negativo. En la misma economía capitalista moderna el Estado desempeña una función de gran importancia. Es evidente que en un proyecto socialista deben precisarse y debatirse las modalidades de la intervención estatal.

Otro tanto sucede con la planificación centralizada. Para algunos, ésta ha sido un fracaso total, argumentan que resulta imposible (por su alto grado de complejidad) planificar una economía moderna desarrollada; en el pasado, cuando la economía de la URSS era menos compleja, la planificación funcionó, ahora cuando es más avanzada, ya no funciona. Por otro lado, los defensores de la planificación subrayan su carácter democrático incompatible con los mecanismos de la burocracia. Se trata sin duda de un debate que continuará vigente un largo tiempo.

En resumen, redefinir un proyecto socialista para nuestro país implica responder a los problemas acuciantes de la renovación y desarrollo del marxismo, la integración de los nuevos actores sociales y de las nuevas formas de lucha y organización política de las masas, y la definición de los elementos centrales para precisar una economía de la transición al socialismo.

El desarrollo de un nuevo proyecto socialista exige un esfuerzo mayor de sistematización teórica y de militancia política al lado de las masas. Los comunistas mexicanos que no hemos renunciado a la lucha por una sociedad más justa, más libre, más igualitaria y en la que prevalezcan los mejores valores de la humanidad, tenemos ante nosotros un gran reto, levantarnos de dos derrotas y contribuir a construir ese mundo nuevo.

El eclipse de la izquierda en México

Arturo Anguiano

1. LA CRISIS DEL SOCIALISMO

La crisis del socialismo se ha convertido en un lugar común, en un supuesto que prácticamente se toma como un elemento más de la realidad cuya explicación se obvia. Se extiende no sólo a los regímenes burocráticos y autoritarios que vienen de derrumbarse en Europa Oriental (los llamados países de socialismo real y primero que nadie la Unión Soviética), sino igualmente a las organizaciones y movimientos que bajo distintos signos han representado en el mundo grandes vertientes socialistas caracterizadas por prácticas y proyectos específicos, pretendidamente alternativos al régimen capitalista. Más aún, esa crisis se identifica como el fin del marxismo que, bajo distintas tendencias y enfoques, fundamentó en términos generales al socialismo.

Los vientos están cambiando de aires y el mercado y la competencia, en la economía como en la política, parecen invadir de nuevo inexorable y arrasantemente la atmósfera de todas las naciones, dispersando y transfigurando los anhelos sociales de libertad y democracia, igualdad y autogestión que estuvieron en la base de las grandes movilizaciones de masas y revoluciones del siglo que expira.

Esa crisis del socialismo, que paradójicamente se sobrepone y vela la crisis de fondo del capitalismo, se expresa en quiebra de aparatos políticos partidarios, en desconcierto y abandono de perspectivas teóricas y políticas de las diversas tendencias socialistas en los diversos países. Con variantes, ritmos y alcances particulares según tradiciones, fuerza y condiciones de cada organización, corriente o movimiento, pero aparece como una gran *crisis de disolución*, más que de recomposición, al menos en lo fundamental y hasta el momento.

En el trasfondo no sólo está el desprestigio acarreado por el socialismo real sino también el de la socialdemocracia, cuya gestión del capitalismo ha colocado en situación lamentable a los pueblos de los países donde han ocupado el gobierno. Se creó de entrada una crisis de credibilidad del socialismo, acompañada de la revitalización de las expectativas en el capitalismo, la que se extiende incluso a movimientos antiburocráticos.¹

Parte de esa situación ha sido el abandono de la reflexión y elaboración sobre esa problemática y sus perspectivas. Al menos en México, ése ha sido el caso ya que se dejan de lado o desvirtúan incluso concepciones y programas que le dieron su perfil político y organizativo a la izquierda organizada.²

¹ Ernest Mandel, "Situación y futuro del socialismo", *El socialismo del futuro*, Madrid, núm. 1, 1990, p. 80

² Es importante partir de una definición de la izquierda, pues ahora existen muchas confusiones al

La crisis particular de las diversas vertientes socialistas en que tradicionalmente se ha articulado la izquierda mexicana, madurada en la última década de fracasos y extravíos, ha encontrado en el derrumbe del socialismo real y del stalinismo el catalizador de su proceso de disgregación política, más que la posibilidad de recomposición y reorganización teórico-práctica que debiera facilitar el abandono de dogmas estatales. Pareciera como si el largo proceso de cuestionamiento crítico y revitalización ideológica que se suscitó en particular desde el 68 —con el ascenso de la lucha estudiantil mundial y el fin de la primavera de Praga por la invasión de los tanques soviéticos— no hubiera sido suficientemente profundo y sólido como para posibilitar un despliegue sin trabas y un salto cualitativo del socialismo y el marxismo. En su desmayo, los socialistas mexicanos optaron por la fuga electoral primero, y su posterior caída en el escepticismo y la sobrevivencia pragmática.

La ruptura, en 1987, de la Corriente Democrática del PRI encabezada por Cuauhtémoc Cárdenas y su candidatura a la presidencia, además de acelerar la crisis política del régimen,³ planteó al conjunto de la izquierda socialista un nuevo reto, el que acabará por desatar y disparar las corrientes centrifugas gestadas en el interior de las distintas organizaciones partidarias. Paradójicamente, en el transcurso de un movimiento de masas sin precedentes, el que brotará por todas partes alentado por la fuerza creciente de la campaña electoral de Cárdenas, la izquierda toda acabará siendo arrastrada por una dinámica aparentemente sin retorno que la precipitará a una verdadera *crisis de disolución* de proporciones históricas.

2. EL NADIR DE LA IZQUIERDA

Que el conjunto de la izquierda mexicana viva hoy una crisis de grandes proporciones que amenaza desembocar en su disolución y consiguiente derrota histórica,

respecto. Hace algunos años escribí: "La izquierda, debe quedar claro, se ha definido básicamente como un conjunto de fuerzas independientes del régimen predominante en México, esto es, del Estado, sus partidos, sus formas de control de las masas y de la burguesía. Esto es al margen de que algunas de las alternativas de izquierda se ofrezcan como puentes entre las masas y el Estado y a pesar, inclusive, de que estructuren su política primordialmente en relación a éste, al que colocan, al fin de cuentas, como el centro de todo cambio" (A. Anguiano, "La izquierda en su nadir", *Brecha*, núm. 2, invierno 1987, p. 14., Adolfo Gilly, en una singular lógica, la definió como "partidos, organizaciones o tendencias que proponen como meta última de su programa una reorganización socialista —es decir, no basada en el capital, la ganancia y la acumulación capitalista, sino en el gobierno de los trabajadores, la propiedad colectiva y la planificación económica— de la sociedad mexicana", luego de lo cual identificó cuatro corrientes, entre las que incluyó la "liberal/cardenista" que descubre en Rafael Galván y los electricistas democráticos de los setenta y en un "sector extremo del PRI", sin que explique la ligazón de éstas con los presupuestos anticapitalistas de su definición (*México, la larga travesía*, Editorial Nueva Imagen, México, 1985, pp. 175-176). Pueden sin duda existir muchas definiciones y matices, pero me parece que la precisión más que la ambigüedad es lo que hace falta para entender los cambios y recomposiciones que se han venido produciendo en nuestro país.

³ Véanse mis trabajos, "Vientos de cambio en México", *Brecha*, núms. 5/6, invierno 1988, pp. 3-22 y "Crisis política, modernización y democracia", en Arturo Anguiano, coordinador, *La modernización de México*, UAM-X, México, 1990, pp. 387-106.

sólo puede explicarse como resultado de un largo proceso de luchas y conflictos que no encontraron una solución de continuidad y acabaron en debilitamientos y desgastes, sembrado de rupturas y recomposiciones fallidas que la desconcertaron.

Había sido muy difícil y penoso para la izquierda abrirse un espacio en un país dominado por la presencia apabullante del régimen político corporativo y las secuelas sociales e ideológicas de la revolución mexicana. Expulsada en lo fundamental de los sindicatos y demás organizaciones sociales corporativizadas por el Estado, la izquierda se refugió e hizo fuerte primero en las universidades, hasta que el destello del 68—con el largo proceso de transición política que entonces inició—preparó las condiciones para que su larga travesía del desierto alcanzara el umbral.

En efecto, en los setenta afloraron situaciones que fueron madurando por la acción de los cambios económico-sociales de las décadas anteriores, cuya combinación con la caída de México en un duradero periodo de tonalidad recesiva acicatearon a las masas trabajadoras, quienes irrumpieron tumultuosamente en la escena política nacional. Entonces comenzó a producirse un reencuentro de los socialistas con los de abajo, y sus habilidades y visiones no fueron ajenas al proceso de recomposición, movilización y reorganización que los trabajadores y oprimidos no han dejado de desarrollar a lo largo y ancho de la nación, si bien con altibajos y contradicciones. Fue un verdadero encuentro con la realidad, con el país real. Los esfuerzos de la izquierda por enraizarse nacional y socialmente, comprender la vida de la gente y el transcurrir del país y jugar así un papel protagónico, se tradujeron en experiencias, prácticas y reflexiones colectivas que la empezaron a cambiar decisivamente. De hecho, la izquierda se fue *reciclando* con el movimiento obrero y de masas, uniendo a él su destino y volviéndose sensible a los ritmos y consecuencias de enfrentamientos políticos y luchas sociales.⁴

A pesar de la fuerza material que fue adquiriendo el movimiento de masas—en tensión por los efectos sociales de la larga declinación de la economía y de las políticas gubernamentales de estabilización— y no obstante la participación significativa en las movilizaciones y ensayos de reorganización de los trabajadores de las organizaciones políticas de izquierda, en realidad éstas nunca lograron una inserción social duradera y profunda. Su peso efectivo en el movimiento de masas siempre fue reducido, parcial, localizado, y sobre todo endeble, sin continuidad, volátil. Jamás ha podido superar su *desfase* respecto al movimiento, esto es, la brecha aparentemente irreversible que existe y se amplía sin cesar entre el conjunto de la izquierda organizada y el movimiento social del país.⁵

⁴ Como escribí en otro lugar: "La izquierda principió a *reciclarse* con el movimiento obrero y de masas. Las tendencias y destino de éste, aunque no de manera mecánica ni siempre directa, condicionaron la suerte y el rumbo de aquélla. El auge de las luchas acompañaron la buena fortuna de la izquierda, al menos de las corrientes más audaces y sólidas y con mayores lazos sociales, mientras que las derrotas y caídas, la apatía y desconcierto de los núcleos activos de las masas, especialmente de los trabajadores, sumieron a la izquierda en una situación y estado de ánimo semejantes" ("La izquierda en su nadir", cit., p. 6). Cfr. Julio Moguel, *Los caminos de la izquierda*, Juan Pablos Editor, México, 1987, especialmente el cap. I.

⁵ He desarrollado este tema en "La izquierda...", cit. Hay que precisar que ese movimiento social sólo circunstancial o sectorialmente ha alcanzado gran importancia y visos de continuidad. Tal vez una

En los años más duros de la crisis y reestructuración del capitalismo mexicano en los que —luego de la recesión de 1982— el movimiento obrero y de masas fue colocado en una situación difícil, la izquierda no persistió en la búsqueda de por sí tardía de su inserción social. Con sus energías disminuidas y sin iniciativas políticas de peso, fue separando su destino del curso intermitente, contradictorio y en extremo delicado de un movimiento de masas de más en más constreñido por la ofensiva desarticuladora del Estado y los patrones. En especial a partir de 1984 cuando los trabajadores se repliegan hacia una resistencia más fragmentada, soterrada e incluso de carácter latente.⁶ La izquierda se dispara entonces, tratando de encontrar atajos que la proyectaran y dieran relevancia a nivel nacional, al margen o por encima de las condiciones y ritmos del movimiento popular. Entabla la huida hacia el refugio electoral que las reformas políticas del régimen ofrecieron como alternativa institucional. En un país sin democracia electoral ni mecanismos electorales y parlamentarios claros y confiables, la izquierda asumió no obstante las elecciones como proyecto político de fondo, sujetándose a su dinámica y reglas particulares, a su *lógica arrasante*, muy distinta e incluso enfrentada a la lógica y ansiedades del movimiento.

Así pues, los sucesos nacionales determinados por la declinación del régimen político corporativo, la caída sostenida de la economía y movilizaciones de masas discontinuas pero significativas, si bien comenzaron cambiando a la izquierda al sensibilizarla y socializarla en cierta medida, al final acabaron por desconcertarla y arrastrarla. En lugar de fortalecer y reafirmar sus perspectivas teóricas y políticas y prepararse para articular una opción política de fondo que le permitiera reorganizarse en la base de la sociedad, fue diluyendo sus perfiles socialistas y autónomos, quedando atrapada en una dinámica que la diluye y desnaturaliza. Ante la reestructuración y reorganización del régimen dominante y de la economía nacional, la izquierda ha tendido en los hechos a la supervivencia electoral y al suicidio social, político y organizativo, supeditándose hasta a programas —como el cardenista— en cuyo combate había forjado su autonomía.

La izquierda había comenzado a cambiar sus prácticas, preocupaciones y concepciones políticas y organizativas en la medida en que se vinculó e integró a distintos sectores sociales, participando vitalmente en las experiencias del movimiento de masas. Ahora el abandono de la izquierda del medio de las organizaciones sociales, con sus reivindicaciones, ritmos y luchas específicas, aunado a su *entrega* a las campañas electorales, también la cambiarán en forma decisiva, dotándola de nuevos derroteros.

de las principales trabas para el desarrollo de una izquierda de masas, sea la inexistencia de tradiciones autónomas de movilización y organización de las masas mexicanas. Por esto también se puede explicar el rezago de la politización de los de abajo, o mejor, la despolitización e ideologización con la que el régimen priísta los ha logrado mantener aturdidos.

⁶ De hecho, el mayor auge huelguístico en varios años y el frustrado segundo paro cívico nacional en el que concurrió toda la izquierda política y social del país fueron el punto culminante de un periodo de movilizaciones, a partir del cual éstas se desarticulan y reducen considerablemente.

El nuevo terreno político caracterizado por lo electoral y la gestión de su- puestos espacios de poder (municipios, curules, relaciones públicas), resultará en los hechos *excluyente*, al menos su cnloquecedora y envolvente dinámica no dejará espacio ni tiempo para el desarrollo de otro movimiento que no sea el electoral. La izquierda reconvertida profundizará su crisis política e ideológica, transfigu- rándose hasta deslavar e incluso perder su perfil político socialista. El abandono de programas de largo plazo dirigidos a la transformación desde abajo de la socie- dad y de la dominación capitalistas, así como el rechazo o la renuncia abierta o disfra- zada del marxismo, se acompañaron de un pragmatismo universal que justifica accio- nes y políticas de toda índole, de ninguna manera mediadas por principio alguno.⁷

Se impone y generaliza entonces la *lógica de los aparatos partidarios*, los cua- les se refuerzan cada vez más por la catarata de recursos financieros y políticos –fuera de toda proporción respecto a la capacidad propia– que las leyes electora- les aseguran a los partidos legalmente registrados. Por consiguiente, las direccio- nes de los aparatos también se fortalecen y se desprenden de la dependencia que debieran tener respecto a las bases. *Es la hora de los aparatos*. Los militantes par- tidarios son sometidos a un régimen de campaña permanente que los agota, que no les deja más perspectiva política que la pugna por los cargos, los enfrentamien- tos facciosos y los realineamientos personales que conllevan. Las lealtades perso- nales sustituyen las posiciones políticas. El empobrecimiento de la vida partidaria, la despolitización de los miembros, el estancamiento orgánico y el aislamiento social se extienden. La democracia interna, por todos postulada, se violenta permanentemente por el poderío y los intereses de los aparatos y su inercia autoritaria y fraccional.

En suma, la vieja cultura política priísta, profundamente enraizada en la so- ciedad toda, se reproduce en forma ampliada en el conjunto de los partidos de iz- quierda legalmente registrados. A veces aquélla se engarza perfectamente con las tradiciones burocráticas y verticalistas copiadas de los países del socialismo real y del viejo dogmatismo stalinista. Lo mismo sucede con las organizaciones políticas que, sin estar legalizadas, caen en la misma dinámica desquiciante por la vía de los acuerdos y alianzas electorales.

La caída en el pragmatismo extremo y la pérdida del perfil político de clase de hecho vuelven vulnerable a la izquierda, precisamente en lo que representaba su principal fortaleza: su independencia política e ideológica respecto al Estado y el régimen de la revolución mexicana. El pragmatismo socava los fundamentos de tal autonomía y el abandono del programa y los métodos socialistas deja a la iz- quierda a merced de visiones y mitos ideológicos que forman parte de los resabios culturales de una ideología nacional burguesa fuertemente arraigada. Más que po-

⁷ “El pragmatismo, el ‘realismo político’, que van ganando a la mayoría de la izquierda, que se ufa- na por ‘hacer política nacional’ y no caer en la mera lamentación, deteriora la elaboración teórica, la pervierte, la vuelve estéril y acomodaticia. Lo peor de todo, lo más significativo y posiblemente lo que corre el riesgo de acarrear consecuencias duraderas, es que el pragmatismo y la crisis ideológica que expresa, conducen a la mayor parte de las corrientes a *deslavar*, perder o de plano abandonar la *visión de clase*, la *perspectiva desde la óptica del proletariado*, de los intereses de los trabajadores en su con- junto” (A. Anguiano, “La izquierda...”, cit., p. 22).

litar a la base de la sociedad, se le despolitiza y distorsiona la propia realidad, subestimando al Estado y su curso, al tiempo que magnifica y retoma en forma extrapolada cuestiones como el paternalismo estatal, la supuesta economía mixta, una inasible soberanía que ve amenazada por todas partes y un nacionalismo y una deuda externa que reemplazan todas las contradicciones de clase y los procesos internos del país.

La falta de perfil político borra en la práctica las fronteras partidarias de las distintas vertientes socialistas,⁸ lo que hace más incomprensible —para las masas y ciertos sectores de opinión pública— la subsistencia de organizaciones que se enfrentan más entre sí, y dentro de sí, que con el régimen capitalista y el Estado que supuestamente representan sus enemigos. La carrera por la unidad de la izquierda que particularmente desde las legislativas de 1985 se entabló por casi todos los organismos y corrientes que la integraban entonces, en la búsqueda de un partido único que subsumiera y potenciara sobre todo a los tres partidos registrados (PSUM, PRT y PMT), en gran medida tuvo ese trasfondo político y obedeció al predominio de las exigencias electorales. Su fracaso virtual al lograr en 1987 fusionar en el PMS únicamente a una parte de la izquierda (PSUM, PMT y PPR, básicamente), no se debió a la permanencia de encontradas líneas políticas y visiones del país, sino a intereses de los aparatos partidarios y sus burocracias.⁹

Que veinte años después de la ruptura histórica del 68 la izquierda reincida en el nacionalismo de la revolución mexicana —fundamento ideológico en el cual el régimen priísta se afianzó— y se encuentre buena parte de ella enredada en sus secuelas, no puede explicarse si no se considera su enflaquecimiento orgánico, su regreso al *autismo social* y la pérdida de perspectivas políticas. Su caída, en fin, en su nadir, en el punto más bajo de su trayectoria de las últimas dos décadas, luego de movilizaciones masivas, luchas tumultuosas, ascensos y retrocesos, fusiones partidarias y rupturas que, a pesar de su aliento y sentido profundo, no posibilitaron que la larga marcha de la izquierda tuviera como desenlace una recomposición novedosa, con raíces sociales profundas, resistentes y duraderas entre los sectores sociales subordinados y el movimiento de masas.

Como un poderoso torbellino, la crisis combinada del capitalismo y el socialismo golpea y sacude bruscamente a la izquierda, desencajándola y llenándola de asombro y confusión. Su declinación no ha dejado de prosperar a pesar de fusiones, alianzas y más fusiones. La resta de siglas, que al menos producen los reagrupamientos organizativos, no revierte el aislamiento social de la izquierda y su falta

⁸ Utilizo el término vertiente pues me parece más adecuado para explicar la diferenciación de las corrientes de izquierda, varias de las cuales desembocan en una u otra. A fines de 1986 distinguía dos, la neolombardista y la comunista de izquierda, tomando como criterio básico la cuestión de la independencia de clase y viéndolas en un proceso de intrincada recomposición que prácticamente atravesaba todas las organizaciones socialistas. Vid. "La izquierda...", cit., p. 11 y ss. Moguel hace otra caracterización de las distintas corrientes de la izquierda (op. cit., pp. 117-128), muy similar a la descrita por Adolfo Gilly, op. cit., pp. 175-180.

⁹ Véase Arturo Anguiano, Adolfo Gilly y otros, *Por una alternativa socialista para los trabajadores*, s. e., México, 1988, pp. 28-39.

de arrastre entre las masas, ni tampoco lo logran las campañas electorales unitarias. En cambio, la perturban y desconciertan y terminan por precipitarla en el escepticismo y la inmediatez.

El escepticismo, en el contexto de la crisis generalizada de los socialistas, mina los procesos unitarios aparatistas, corroe internamente a las organizaciones partidarias. En ausencia de un referente político consistente y válido, la falta de confianza lanza a los militantes en todas direcciones. Las disciplinas y lealtades políticas se desvanecen y los aparatos se van vaciando. Mientras más se refuerzan éstos con los recursos estatales y más se sobreponen a las bases y desarticulan y pervierten sus propias estructuras, más los partidos se vuelven organismos sin vida, sin capacidad efectiva de movilización y actuación.

En vísperas de la campaña electoral de 1988 el panorama de la izquierda condensaba esa situación de crisis profunda en dos proyectos electorales: el primero integrado en torno al PRT y Rosario Ibarra como candidata presidencial (bajo la denominación de Unidad Popular) y el segundo dirigido por el flamante PMS con Heberto Castillo como candidato. El uno y el otro difícilmente diferenciables en términos políticos, pero comprensibles tanto por las metas de los respectivos aparatos partidarios, como igualmente por las personalidades encontradas de sus candidatos. Ambos proyectos traslucían fragilidad y poca consistencia: el primero anonadado por una larga lucha tendencial aplastada con métodos nada democráticos¹⁰ y el segundo apenas tratando de ensamblar las dispares piezas de una nueva aventura unitaria.

Abandonados sus vínculos con los movimientos sociales y abrumados por los requerimientos legales de la reforma electoral, los aparatos partidarios solamente miraban hacia sí mismos. Todo el periodo preelectoral, de 1985 a 1987, no habían sino ensayado formas de crear una opción atractiva para las elecciones al tiempo que se deshacían en las resistencias por preservar su partido-aparato. El auge de los pronunciamientos unitarios expresó deformadamente la incapacidad de la izquierda de avanzar en una unidad política efectiva, ni siquiera en una unidad electoral temporal, y su verdadera vocación aparatista y particularista.

3. DESCONCIERTO Y ESPERANZA

El desconcierto de la izquierda mexicana se agravará ante la incapacidad de los partidos de responder al reto que representó la ruptura de la Corriente Democrática del PRI encabezada por Cuauhtémoc Cárdenas y la candidatura presidencial de éste último. Si bien se introducía un nuevo e importante elemento en la situación nacional pues la escisión del partido de Estado aceleraba el desgaste y descrédito del régimen político prevaleciente, incomodaba paradójicamente a una izquierda que —con no pocas dificultades y conflictos— había acabado por armar dos proyectos electorales con posiciones similares que buscarían preservar, o hasta ampliar, su espacio político en la campaña nacional a punto de arrancar.

¹⁰ *Idem*, para un seguimiento de la lucha interna en el PRT y de las posiciones enfrentadas.

Adicionalmente, la afiliación de Cuauhtémoc Cárdenas al PARM como paso previo a su postulación por este partido y sus acuerdos con el PPS y el PFCRN (expST) que desembocaron al poco tiempo en la formación del Frente Democrático Nacional (FDR),¹¹ avivaron recelos y desconfianzas ya que esos partidos paraestatales tenían una larga historia de supeditación e incondicionalidad al régimen.¹² El lastre con el que Cárdenas inició su campaña electoral el 29 de noviembre de 1987 pesó tanto que ni siquiera dejó percibir la rápida radicalización de sus posiciones políticas, que precisamente lo condujeron a plantear en forma reiterada la confluencia con la izquierda socialista.¹³ Al no restringirse a su alianza con los paraestatales e intentar ligarse a la izquierda y dirigirse al movimiento de masas, en la práctica Cuauhtémoc fue ahondando su ruptura política con el régimen priísta.

Fue hasta febrero de 1988 que la candidatura de Cárdenas comenzó a crecer como marejada imparable y cuando las resistencias y desconfianzas de buena parte de la izquierda hacia él comenzaron a trocarse por una nueva apuesta. A partir de la gran concentración de La Laguna, el 14 de febrero, en efecto, las movilizaciones de masas se desataron y militantes de distintos partidos, incluidos el PMS y el PRT o sus aliados, fueron jalados por ellas sobre todo localmente, donde las definiciones y acciones eran más simples y al cabo más precisas y contundentes.¹⁴

¹¹ *Vid. Plataforma común del Frente Democrático Nacional*, Jalapa, Ver., 12 de enero 1988 (documento fotocopiado), donde se plantea la candidatura a la presidencia de Cuauhtémoc Cárdenas como “una alternativa real de cambio por la vía constitucional”. El FDN quedó integrado originalmente por las siguientes organizaciones: PARM, PFCRN, PPS, Unidad Democrática, Partido Verde Mexicano, Corriente Democrática, PSR, Partido Nacional del Pueblo-Comité de Defensa Popular, Fuerzas Progresistas de México, Federación de Organizaciones Obreras del Distrito Federal y Consejo Nacional Obrero y Campesino de México, ninguna de las cuales destacaba por su peso social o su consistencia política y práctica. El texto también fue reproducido por el efímero periódico *Corriente Democrática*, núm. 4, junio 1988.

¹² A manera de ejemplo del desarrollo y carácter de esos partidos, véase mi trabajo “Un partido paraestatal”, *Relaciones*, México, núms. 1/2, 1989, pp. 28-35.

¹³ Incluso el núcleo de dirigentes del PRT que meses después se unirían a Cárdenas y promoverían la creación del Movimiento al Socialismo, afirmaban en noviembre de 1987: “No puede haber duda sobre el carácter de aparatos dependientes del Estado de partidos como el PARM, el PPS y el PST. El sentido del paso dado por Cárdenas al afiliarse al PARM y aceptar su postulación por esos tres partidos es preciso: rompe con el PRI haciendo explícito que esa ruptura no entraña una ruptura con el campo de clase ni con el sistema político tal cual éste es hasta el momento; utiliza un aparato político burgués que él puede controlar, el PARM; promueve a su alrededor un reagrupamiento del núcleo definitivamente más nacional-populista de los partidos del Estado, el PPS y el PST, que ven amenazada su función y su existencia misma por la ruptura de los viejos pactos que lleva adelante Salinas de Gortari (en rigor, los partidos ‘paleros’ no son necesarios en su esquema); y ofrece así un polo nacional-populista, no socialista, ligado de todos modos al Estado aunque haya entrado en crisis con la política actual de éste. Por otra parte, Cuauhtémoc Cárdenas se da así una plataforma propia e independiente desde la cual negociar con la izquierda socialista [...] sin quedar preso de dicha izquierda como individualidad aislada, que es el camino que le ofrecía Heberto Castillo al invitarlo a ingresar al PMS” (“La política electoral del PRT y la izquierda socialista”, en *Por una alternativa...*, cit., p. 69).

¹⁴ *Vid.* mi trabajo “Vientos de cambio...”, cit., p. 12 y ss.

La campaña electoral se fue deslizado por un terreno fertilizado por los años de crisis económica y por las repercusiones de la agresiva política de austeridad y reestructuración productiva del Estado y el capital. La energía contenida de las masas, la acumulación de agravios, resentimientos e inconformidades saltaron por todas partes a través de manifestaciones claramente antigubernamentales y de rechazo al candidato presidencial del PRI. Las demandas más vitales de los distintos sectores sociales salieron a flote y encontraron eco en Cuauhtémoc Cárdenas, quien las asumió e impulsó en su recorrido por la nación, dándole así una suerte de continuidad a la larga resistencia del pueblo. Esto incidió indiscutiblemente en la radicalización del propio Cárdenas, quien cambió en forma patente en el curso de su campaña.

Ante un incontenible torrente social y político que se fue transformando en un gran movimiento nacional por la democracia, parecía que no quedaba más remedio que apoyar la candidatura de Cuauhtémoc, pues las masas habían ya optado por ella y el riesgo era el abandono y la confrontación. La dinámica de las organizaciones de izquierda involucradas en los dos proyectos electorales encabezados respectivamente por el PMS y el PRT, adquirió un doble sentido: por abajo, tanto bases militantes como direcciones locales, de más en más se involucraban en la movilización desencadenada por Cárdenas, mientras arriba, en las direcciones nacionales, crecían las aprehensiones por las campañas de sus candidatos, Rosario Ibarra y Heberto Castillo, quienes perdían audiencia y credibilidad al tiempo que se disparaban como candidaturas básicamente anticardenistas.

Desde un principio las campañas de la izquierda tradicional estuvieron lejos de suscitar el entusiasmo de los militantes, ya no digamos de las masas. No lograron siquiera delinear propuestas alternativas, desbordadas y sustituidas en los hechos por la actitud intolerante –y a la defensiva– de sus candidatos presidenciales respecto al candidato de FDN. El PRT vio cómo se disolvía al paso de los días su coalición, la Unidad Popular, y cómo una franja de su dirección y su militancia avanzaba en la construcción de una corriente socialista, el Movimiento al Socialismo (MAS), que se unió a la movilización electoral cardenista y se convirtió en un polo de referencia de la izquierda. El PMS también trataba de detener el generalizado vuelco de sus miembros hacia el movimiento alentado por Cuauhtémoc Cárdenas.

En realidad, se aferraban a sus grises campañas, pues no les importaba demasiado la reacción de los de abajo, cuando no estaban acostumbrados a disputar el poder sino a lograr un desempeño en el cual sostener su capacidad de negociación con el gobierno a la hora del reparto de votos y curules.

De hecho, la campaña electoral y la fuerza de la candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas representó poco a poco el comienzo de cierta recomposición de la izquierda. Se manifestó organizativamente en el MAS y en el posterior viraje de última hora del PMS,¹⁵ aunque en el fondo esos fueron sólo destellos de un proceso más amplio que se estaba dando desde abajo.

¹⁵ El PMS explicó luego su viraje por “la inconsecuencia para fortalecer la unidad de los sectores democráticos”, señalando que en el curso de su campaña electoral “las coincidencias programáticas

El MAS surgió el 18 de marzo como una expresión del carácter social y político de la movilización electoral sin precedentes que se estaba desarrollando en el país.¹⁶ Resultó de la convergencia de distintas tendencias y fracciones de militantes socialistas que desde el interior de sus partidos y grupos habían pretendido enfrentar la lógica de los aparatos, priorizando la unidad con el fin de potenciar la actividad de las masas en el periodo electoral. También de viejos y nuevos militantes desilusionados y alejados de aquellos, atraídos por la novedad de la campaña masiva de Cárdenas y la propuesta original del MAS. Ante la división y desconcierto prevalecientes en la izquierda, el MAS buscó contribuir al reagrupamiento y participación de todos aquellos que, reclamándose del socialismo, consideraron fundamental participar con autonomía en el movimiento nacional de masas desencadenado por la candidatura presidencial de Cuauhtémoc Cárdenas. Su propósito más general era impulsar un rompimiento profundo del poder del PRI que permitiera la democratización radical de la sociedad.

Se partía de la coyuntura electoral como un hecho político ineludible que imponía una respuesta unitaria de la izquierda. No porque se pretendiera suplantarse las luchas sociales que en la base de la sociedad no dejaban de venir a menos ante la fuerza de la ofensiva gubernamental, sino porque se consideraba que podría ser un punto de referencia, la posibilidad de canalizar descontentos y energías, constreñidos pero reales.

Por la manera como nació, el MAS se asumió como un movimiento político plural unitario que incorporó en su seno la diversidad de orígenes, experiencias, trayectorias, formas organizativas y propósitos sectoriales o parciales de las luchas de resistencia que en estos años de crisis han ido configurando la variedad de fuerzas y corrientes que tienden hacia una perspectiva socialista mexicana. Por encima de sus propias reducidas fuerzas, el MAS abrió las compuertas a los riachuelos socialistas que dispersos comenzaron a confluír hacia el torrente cardenista. El vínculo de Cuauhtémoc y el MAS, en el contexto de la campaña electoral, los cambió a ambos. Representó la unión del primero con el socialismo mexicano con lo que su candidatura dejó de figurar supeditada a los partidos paraestatales siempre fieles al gobierno —si bien ahora en revuelta—, mientras el MAS apareció como un intento renovado y autónomo de recuperar algunas de las tradiciones nacionalistas de la revolución mexicana, representadas por Cuauhtémoc Cárdenas,

entre el candidato del FDN y el PMS se hicieron más claras” (V Pleno del Consejo Nacional del PMS, “Las elecciones del 6 de julio y la situación política que se ha creado”, *La unidad*, 31 de julio 1988). Véase también Heberto Castillo, “La campaña demostró que el pueblo confía más en Cuauhtémoc”, *Proceso*, núm. 605, 6 de junio 1988, pp. 6-13. En verdad, casi hasta el último momento el PMS se resistió al cambio ya producido desde abajo combatiendo “el voto de ocasión, que no busca la organización permanente” (Vid. “Llamamiento del PMS. Votar por los socialistas para crear la fuerza democrática y un nuevo poder”, *La Jornada*, 26 de mayo 1988).

¹⁶ En los siguientes párrafos retomo elementos de un texto que elaboré para el congreso del MAS, el cual nunca se discutió a pesar de haber sido avalado por el conjunto de la coordinadora nacional de ese organismo: “Propuesta organizativa para el Movimiento al Socialismo” (agosto 1988). Véase también MAS, *Movimiento al Socialismo*, I, folleto spi que incluye la convocatoria y el llamamiento para la creación del MAS (también publicado el segundo en *La Jornada* y *Excelsior* del 11 de marzo 1988) y Adolfo Gilly, “Cardenismo, socialismo y elecciones”, *La Jornada*, 1 de junio 1988, suplemento.

sin subordinarse a ellas. Aunque el vínculo entre ambos fue posible primero que nada por su convergencia en la demanda democrática. El proceso que aceleró esa alianza concluyó en la práctica el 6 de julio en una *candidatura única* contra los partidos del régimen, PRI, PAN y PDM.

Como no se trataba de unirse a Cárdenas para diluirse en el movimiento en creciente que lo sostenía, sino desarrollar nuevas experiencias y propuestas que posibilitaran una salida hacia adelante, el MAS se planteó estructurar en el contexto de la movilización de masas una gran corriente nacional de carácter socialista que incorporara a trabajadores, colonos, campesinos, intelectuales, estudiantes, mujeres, jóvenes en general. De manera que, no sólo en las calles y plazas, sino principalmente en sus centros de trabajo, organizaciones sociales y lugares de habitación o desempeño, en el campo como en la ciudad, laboraran por una alternativa socialista en la perspectiva de un cambio de fondo en la situación en que viven, laboran y luchan.

Por esto el MAS se definió como *movimiento*, lo que significaba un proceso vivo de movilización, reflexión colectiva, coordinación y organización, capaz de involucrar sin rigideces ni esquemas preconcebidos a decenas de miles e incluso cientos de miles de mexicanos dispuestos a construir un México democrático y libre, desde abajo y con la participación de todos. Un proceso, por ello, de creación colectiva de una nueva cultura política democrática, de socialización de experiencias de lucha en todos los terrenos y niveles, de acción unitaria en la resistencia en la base a los planes reestructuradores del capital y el Estado, de combinaciones complejas y novedosas –por obra de la actividad de todos– de las luchas reivindicativas y políticas.

Tal era la novedosa propuesta del Movimiento al Socialismo, que resultaba acorde con la riqueza y amplitud de la propia movilización por la democracia estimulada por la campaña electoral de Cuauhtémoc Cárdenas. Apuntaba por ello hacia la posible recomposición de la izquierda y su posible reavivamiento social. En realidad, el MAS no adelantó sino solamente condensó fragmentaciones y rupturas de los propios partidos, heridos por el sectarismo, la falta de política y el realismo pragmático. Esa recomposición y reorganización en ciernes atravesaba y afectaba a todos. A todos acabaría por convulsionar y determinar su destino.

Así, el desconcierto y desilusión por la crisis y carencia de perspectivas políticas de la izquierda, cedió en cierta medida su lugar a la esperanza en la renovada movilización y en la posibilidad de cambio que encarnó Cuauhtémoc Cárdenas. Ya no importaba tanto su procedencia priísta ni los partidos paraestatales que lo rodeaban ni tampoco la pesada carga ideológica de su discurso, sino el *sentido profundo* de las energías sociales desencadenadas, que en su caudal desbordante arrastraba temores, certitudes y mitos.

4. EL FRACASO DE LOS APARATOS

El desconcierto y falta de sensibilidad política ante el fenómeno cuauhtemista, por parte de los aparatos partidarios de izquierda, condujeron a éstos a campañas electorales débiles, que no sólo no tuvieron eco entre la población, sino que se ex-

hibieron como sectarias, divisionistas, inconsistentes, y al límite, marginales. La verdadera insurrección ciudadana que se produjo el 6 de julio y los resultados electorales de ese día hicieron que la sorpresa llevara a los aparatos a la frustración y pérdida de perspectivas autónomas.

El PMS venía de una fundación reciente plagada de compromisos entre los distintos agrupamientos que le dieron forma. Su equilibrio interno era todavía muy frágil y su atmósfera estaba cargada por prejuicios resultados de enfrentamientos y disputas que solamente se dejaron de lado para conformar una alternativa electoral que todos, sin falta, consideraban imprescindible para el 88. Además de eso, el fracaso de una posible coalición electoral con el PRT, con la que se hubiera garantizado por vez primera una izquierda unida al menos en las elecciones nacionales, así como la realización de elecciones primarias en su seno a fin de definir su candidato presidencial, se tradujeron en una cerrazón y enojo muy fuertes de la dirección del PMS ante la propuesta unitaria de Cárdenas. Era una situación curiosa, pues el PSUM y el PMT —los principales componentes del nuevo partido— habían basado buena parte de su política nacional en la posibilidad de alianzas con lo que denominaban “sectores democráticos y nacionalistas” del régimen. Más aún el PMT, que durante años pretendió representar en cierta forma la corriente radical de la revolución mexicana que tenía un punto de referencia básico en Lázaro Cárdenas.

La dureza con la que en particular Heberto Castillo —el viejo cardenista cofundador con el expresidente y su hijo Cuauhtémoc del Movimiento de Liberación Nacional en los sesenta— atacó durante toda su campaña electoral a éste último, que por cierto contrastaba con la coincidencia de fondo de los planteamientos de ambos candidatos, traslucía en gran medida una extraña disputa por un legado que reclamaba para sí, aparentemente con mayores bases, Cuauhtémoc Cárdenas. No sólo no pudo despegar la candidatura presidencial del PMS, sino decayó su prestigio y prácticamente fue anulada por la movilización contundente en torno al candidato del FDN y el MAS.

Presionado por todas partes, ante la perspectiva de que la población impusiera en los hechos —como lo hizo— la candidatura única del movimiento democrático y la izquierda, el PMS apostó en el último momento a colgarse de la ola para detener la disgregación interna y preservar —si no es que incluso potenciar— su clientela electoral, sacudida por la fuerza de atracción de Cuauhtémoc Cárdenas.¹⁷ En su irrefrenable lógica aparatista, el PMS contrastaba la flaqueza orgánica y el desprestigio de los partidos paraestatales que rodeaban a Cuauhtémoc, con su mayor experiencia y tradición organizativa (proveniente sobre todo del sector PCM/PSUM), lo que le podría favorecer en la alianza forzada con el FDN. Sin embargo, el fracaso fue inminente. Abandonado por parte de su tradicional electorado —de los partidos que le dieron vida, se entiende—, su caída electoral representó

¹⁷ Véase la “Propuesta de Heberto Castillo a Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano y la Corriente Democrática”, *La Jornada*, 4 de julio 1988 y el “Convenio político que suscriben la Corriente Democrática y el Partido Mexicano Socialista”, *Corriente Democrática*, núm. 4, junio 1988.

el costo por la incapacidad de percibir a tiempo los cambios en la situación y por aferrarse a sus particulares fines de aparato, contrarios a los vientos unitarios que renovaron bruscamente la atmósfera nacional. En adelante, el PMS se esforzará por lavar sus culpas, desentendiéndose de su propio proyecto apenas con un año de vida y poniéndose más bien al servicio de Cuauhtémoc Cárdenas.

El PRT fue quien más se arruinó en la coyuntura electoral pues en los hechos fue ignorado por sus votantes anteriores y ni siquiera mantuvo el registro legal,¹⁸ lo que precipitó su desgajamiento y virtual disolución. El cambio de actitud de Rosario Ibarra desde el 6 de julio, sin embargo, haciendo a un lado su combate contra Cárdenas y compartiendo sus reclamos por el respeto al voto, ayudó a amortiguar y posponer un poco el golpe. Tratando de escapar de su derrota, el PRT quiso aparecer como el abanderado de la lucha contra el fraude electoral del gobierno, colgándose de iniciativas y acciones ajenas.

Pero el PRT no perdió únicamente su registro en la coyuntura electoral de 1988. Extravió su perfil político y la oportunidad de desempeñar un papel decisivo en el relanzamiento del movimiento de masas y la recomposición del socialismo mexicano. Echó por la borda su sello distintivo, largamente forjado, como la fuerza unitaria de la izquierda, el que le permitió crecer, influir ciertos sectores y organizaciones sociales y atraer durante varios años a buena parte de los agrupamientos de la izquierda radical. Su proyecto de partido de los revolucionarios¹⁹ enraizado en el pueblo —principalmente entre los trabajadores—, que ofreció como remate del largo y complicado proceso de convergencia de las corrientes socialistas independientes, naufragó ante la prepotencia y el sectarismo del aparato perretista, empeñado en rentabilizar su registro legal y renuente a compartir las esperadas curules. Por esto mismo, se fue enflaqueciendo la Unidad Popular desde el momento de su gestación.²⁰

Incluso la política electoral como expresión de las luchas reivindicativas y de impulso de las diversas formas autónomas de organización de las masas, que había caracterizado al PRT, fue canjeada por un radicalismo vacío que en vez de enfrentarse al candidato del gobierno combatió a Cuauhtémoc Cárdenas. Esto le restó así la fama del más intransigente opositor del régimen priísta nutrida muy particularmente por su unión duradera con Rosario Ibarra.

Lo más importante es que diluyó su perfil político socialista de partido de trabajadores abierto, democrático, igualitario y vitalmente antiburocrático. En efec-

¹⁸ El PRT insistió en que el gobierno, al efectuar el fraude contra el FDN, disminuyó de paso su votación, cuando en verdad por ningún lado se vieron sus votos. "Entendemos que el objetivo principal del gobierno no era el PRT, era el cardenismo, del que trataban de manipular su votación. Eso repercutió en nosotros y la única posibilidad de que no nos afectara era que nosotros pidiéramos una negociación con el gobierno, pero no íbamos a pedirla" (Entrevista con Edgard Sánchez, *La Jornada*, 29 de julio 1988).

¹⁹ Esa posición sobre la posibilidad de un partido de distintas corrientes de izquierda revolucionaria la planteó el PRT desde su III congreso nacional, en realizado a fines de 1981. Véase PRT, *Crisis capitalista y perspectivas del proletariado*, México, junio, 1981, pp. 102-103.

²⁰ Véase "La ruptura de la Unidad Popular", en *Por una alternativa...*, cit., pp. 76-77.

to, la ruptura de los dirigentes y militantes que en lo fundamental habían desplegado una opción política globalmente distinta a la de la dirección hegemónica, fue la conclusión de un largo proceso interno en el que se degradaron todas las relaciones y se violentaron las normas, instancias y tradiciones organizativas. Bloqueo del debate, falta de política, desorientación, manipulación de los órganos partidarios, falseamiento de la elección de delegados y hasta acarreo y manejo de campesinos y colonos fueron prácticas que el grupo cerrado de la dirección introdujo durante el V congreso nacional del PRT efectuado en julio de 1987, con el objetivo de aplastar a la disidencia.²¹

El reforzamiento, desde 1982, del aparato partidario mediante el control fraccional de los recursos provenientes de las prerrogativas legales, se tradujo en la despolitización de la vida partidaria y la sustitución de la disciplina interna y las posiciones políticas por un complejo de lealtades personales, a través del cual un grupo hermético y excluyente se sobrepuso al conjunto de la militancia. El abandono del PRT por sus militantes no se limitó al núcleo que dio vida al MAS en 1988, lejos de ello, no ha dejado de producirse, sobre todo por parte de quienes provenían de los núcleos sindicales. Significativamente, el partido ha cambiado su composición interna, trocando al militante organizado por afiliados, volviéndose una organización donde predominan colonos y campesinos, más susceptibles que los trabajadores sindicalizados a operar como clientelas políticas electorales.

En fin, lo que ha sido central, se pervirtió la elaboración teórico-política, la que se hizo cambiante y acomodaticia, al servicio de un pragmatismo sin medida y de más en más raquítica e inconsistente. De hecho, luego de un largo recorrido en el que el PRT se había formado en un internacionalismo y anticapitalismo que lo distinguieron, se vistió con el nacionalismo que flotaba en el ambiente y en él fundamentó todos sus intentos unitarios en el seno de la izquierda. Esto no sólo difuminó sus contornos políticos, sino que además provocó su ruptura interna.

La languidez política y organizativa en que cayó el PRT, reforzada con su fracaso y la pérdida de recursos y medios provenientes del registro, lo condujeron a la virtual desarticulación y a sobrevivir como un aparato arruinado sin vida militante. Esta situación difícilmente podrá remontarse y en cambio todas las inercias acumuladas corren el riesgo de agudizarse por la recaída en el sectarismo, el acrecentado marginamiento social y la mayor fragilidad ideológica. Como antaño el PCM o el PSUM, el movimiento cuauhtemista y su desembocamiento político, el PRD, son su principal punto de referencia, en contra del cual tratan de reafirmar su organización y reabrirse un espacio. Contradictoriamente, a pesar del enfrentamiento con el PRD que estimulan los dirigentes del PRT, andarán con él o a su lado, en un intento por subsistir políticamente.

El pragmatismo vuelto línea partidaria y la degradación ideológica harán prácticamente imposible una política congruente que pudiera revitalizar al partido, lo diferenciara con claridad y sin artificio, facilitándole las condiciones para

²¹ Una fundamentación amplia de este proceso se puede encontrar en diversos documentos incluidos en *Por una alternativa...*, cit. En especial véase el capítulo 2, pp. 42-67.

redefinir y restaurar su perfil político en forma precisa y creíble. En cambio, si se dispersa la niebla doctrinaria que por momentos se espesa, no se descubrirá nada que distinga al PRT como proyecto político-programático. Por eso, el Frente Patriótico Nacional y el Acuerdo Nacional por la Democracia, promovidos por el PRD como sus propuestas fundamentales, cuentan con el aval y la participación acrítica del PRT.

La vida reciente del PRT se ha dedicado con apremio al objetivo de reconquistar el registro, con el propósito de volver a disfrutar de las mieles financieras y políticas de la legalidad, rehabilitar su aparato venido a menos y re proyectar la presencia pública partidaria, que por lo menos crea la ilusión de influencia política. Es de esperarse que el registro lo relance por la senda de elecciones sin fin, si bien con menores posibilidades objetivas que antes debido a la presencia del PRD e incluso del flamante Partido del Trabajo, y a su innegable raquitismo. Sus conflictos internos, reanudados a un nivel elemental por el agotamiento y la pérdida de la mayoría de los principales cuadros políticos, mantienen al PRT en tensión ante la amenaza permanente de rupturas y abandonos. La arrasante dinámica que imponen las obligaciones electorales implícitas en el registro legal, apresurarán desenlaces imprevisibles. Nada parece indicar que pueda recobrar la votación requerida para retener el registro y su cuota de curules, lo que será nueva fuente de engaños y conflictos. Partido aislado, empobrecido, con sus aportes políticos y organizativos descompuestos o abjurados, burocratizado y condicionado por un aparato cada vez más despolitizado: tales son en síntesis los elementos que caracterizan el eclipse del PRT.²²

Pero la lógica de los aparatos y la cultura política de los socialistas que cada vez tiene mayores problemas para desprenderse de los hábitos priístas, no sólo terminaron por descalabrar a los partidos tradicionales de la izquierda electoral, PMS y PRT, sino igualmente se reprodujeron al interior de quienes pretendían renovar el medio y reestructurar una nueva corriente socialista de masas, a través de la experiencia del MAS. Este se había asumido como un proceso en marcha, como un movimiento abierto a todas las corrientes y personas coincidentes en la necesidad de la ruptura del conjunto de la población trabajadora con el Estado y su régimen político corporativo, en la lucha por sus reivindicaciones vitales y la construcción desde abajo de la democracia. Trataba de ligar la actividad electoral con la resistencia social, sin supeditar ésta a la primera. Partía de entender la democracia y el socialismo no como abstracciones, sino como una práctica colectiva que desde ahora se inicia y debe realizarse día a día, preparando las condiciones de autorganización de masas y disposición de cambio que permita al pueblo retomar en sus manos su destino.

²² Al igual que en 1988, las alianzas electorales del PRT para el 91 obedecen más a las necesidades de aparato y del apuro por refrendar el registro legal, que a perspectivas políticas claras. El Frente Electoral Socialista (FES) que ha podido armar con algunos residuos del viejo comunismo y miembros indistinguibles tiene pocas posibilidades, a pesar de tratar de presentarse como la opción "A la izquierda", como apunta su lema de campaña.

La preocupación no era competir con las demás fuerzas políticas que convergieron en el movimiento, mucho menos “disputarle” a Cárdenas y su corriente la hegemonía o utilizarlos. Más bien se percibía la posibilidad de una alianza inédita –sin sacrificio de autonomías políticas imprescindibles– del nacionalismo y el socialismo con la finalidad de darle continuidad a la marea nacional por la democracia que desembocó en la insurrección ciudadana del 6 de julio. La rápida evolución de las posiciones políticas de Cárdenas y la profundización de su ruptura real con el régimen prevaleciente, apuntaban inclusive hacia posibles recomposiciones de las distintas fuerzas participantes, imprevisibles y seguramente desconocidas. Por esto también en el MAS se consideraba indispensable preservar la idea de *movimiento* como forma específica de organización flexible y ágil, abierta, capaz de reproducir y coordinar las múltiples vías y mecanismos de participación que las propias masas se dan en el curso de sus luchas y en su vida cotidiana, ahí donde laboran, habitan y se manifiestan colectivamente.

Pero esa concepción, que engarzaba con la lógica y el carácter igualitario y franco del movimiento de masas electoral, no se sostuvo. Se debilitará y olvidará muy pronto. Al igual que los partidos legales y sus aliados, el MAS abandonó su autonomía política que era *supuesto básico* para una alianza mutuamente beneficiosa con Cuauhtémoc Cárdenas y para concretar ese proyecto de articulación de un nuevo movimiento de masas. El MAS de hecho fracasó en sus propósitos de largo plazo, los cuales por cierto no eran compartidos por todos sus integrantes. Algunos de éstos recayeron en el pragmatismo, colocaron por delante sus intereses particulares y se afanaron por ligarse e influir cada quien por su cuenta –como grupo o individuo– a Cuauhtémoc Cárdenas, poniéndose incluso “a su servicio”.

Se incurrió en la búsqueda de vínculos personales que les permitieran asegurar su lugar en el nuevo proyecto político organizado –que sin duda vendría– y sin importar demasiado el carácter, la dinámica y la política que pudiera asumir. La relación directa con Cuauhtémoc se consideró la clave, la que a su vez, al concretarse, se transformó en una nueva fuente de poder al interior del MAS que lo desequilibró –a su coordinadora nacional que hacía las veces de dirección–, empujándolo a la virtual disgregación, incluso antes de su incorporación formal al proyecto del PRD.²³ En vez de defender y alimentar la propuesta original de corriente socialista abierta al interior del movimiento cuauhtemista en evolución, se entregó a la inercia de éste, dejando de lado la autonomía política e ideológica y subsumiéndose en una versión maquillada y sin futuro de la política populista del régimen de la revolución mexicana.

Sin contar siquiera mínimamente con un aparato, el MAS finalizó enredándose en la lógica aparatista. Se perdió el papel decisivo que durante pocas pero estrechecedoras semanas desempeñó y no encarnó ya más que fracciones, organizadas

²³ En torno al congreso del MAS y algunos de los pronunciamientos discrepantes que se produjeron véase en *La Jornada*: Félix Goded, “Todo tiene sus tiempos” (15 y 16 de octubre), “Declaraciones y convocatoria de la Corriente Autogestionaria del Movimiento al Socialismo” (20 de octubre) y “Acuerdos” (7 de octubre, todos de 1988).

o laxas, a punto de encontrar refugio y un espacio de poder al interior del “partido que nace el 6 de julio”, como dijera Cárdenas. Fue la manera como el MAS huyó también hacia adelante, como se disparó un proyecto político novedoso que por primera vez en muchos años aparecía como una posibilidad de solución de la crisis de grandes proporciones de la izquierda socialista en México, en lugar de ser solamente una expresión adicional de la misma.

La autollamada izquierda extraparlamentaria, por su parte, dejó de existir en México prácticamente desde que la reforma política abrió la posibilidad de participación en elecciones ampliamente financiadas por el propio Estado. A pesar de la inoperancia de instituciones como el congreso de la unión y los congresos locales, hasta los organismos más reacios y antiparlamentarios acabaron pujando por abrirse la eventualidad de ingresar en ellos y tener acceso así a la cauda de relaciones y beneficios materiales que conllevan. El movimientismo, la línea de masas, la autonomía y la lucha contra los “partidos de la reforma política” acabaron por ser suplantados por la ocupación de espacios de poder autónomo, incluso ahí donde no existe ni pizca de poder ni de autonomía. En realidad la interminable lista de agrupamientos se fue reduciendo al calor de las fusiones, aunque éstas no dejaron de crear nuevos y cada vez más insignificantes organismos políticos. Los más notables fueron: OIR-LM, ORPC, MRP, PPR (exCorriente Socialista), ULR, ORP, y organizaciones sociales frentistas –que algunos denominan izquierda social– generalmente dirigidas por aquellas. Todos acabaron girando en la lógica de la reforma política y de las campañas electorales, para lo cual las más de las veces hubieron de aliarse –e incluso fusionarse– a quienes despreciaban: al PRT y el PSUM/PMS.

A finales de 1990 algunas de esas agrupaciones y algunos más desembocaron en el Partido del Trabajo, especie de “partido federado y frentista, que aglutina a distintas tendencias en una sola posición política e ideológica de lucha revolucionaria para la transformación de México”.²⁴ Constituido por 22 organizaciones fundamentalmente de carácter local, el espacio político electoral que busca abrirse es sumamente precario, tanto por su fragilidad interna –la mayoría de sus miembros fueron educados en el abstencionismo– como por la existencia del PRD y el PRT, contra quienes deben crearlo. La rapidez con que obtuvo el registro legal y los vínculos de sus principales dirigentes con el gobierno de Salinas de Gortari, han suscitado dudas sobre su independencia y sus propósitos políticos. Es ante todo un frente electoral de circunstancias que “carece de implantación [nacional], programa y estructura”.²⁵

La fuerza de todos los aparatos –los oficiales y los de la oposición de izquierda– no había sido suficiente para detener la confluencia, desde todos los lugares, del malestar y anhelo de cambio democrático de las masas. Los partidos socialistas sufrieron desgarres y desilusiones que incrementaron su incertidumbre. Unos

²⁴ Congreso constitutivo. PT, *Unidad nacional ¡Todo el pueblo al poder!*, folleto s.p.e., p. 2.

²⁵ Luis Hernández, “El Partido del Trabajo: realidades y perspectivas”, *El cotidiano*, núm. 40, marzo-abril 1990, p. 28. Además de la lista de los integrantes del PT, se encuentra aquí una relación bastante idílica y sesgada de la que se pretende la historia de la principal corriente política que lo funda, la línea de masas.

viraron en la víspera de las votaciones sin por ello salvar la piel, otros se hundieron sin remedio en la soledad. Empero, en la práctica, a final de cuentas, en detrimento de los inconmensurables aportes del turbulento torrente cuauhtemista, si bien fracasaron en sus propósitos expresos todos los partidos de izquierda, se volvió a imponer el predominio y la estrechez, la *lógica*, de sus aparatos. Sus objetivos e intereses, sus prácticas y prioridades, ajenos a los requerimientos de una situación de crisis política y social sin igual, habían sido cuestionados por la revuelta de sus propios militantes, lo que sin embargo no bastó para que, en especial con el viraje del bloque del PMS, no volviera a prevalecer la cultura aparatista en la parte organizada del movimiento emergente.

El apremio de las necesidades electorales, la ausencia de participación efectiva de las masas en la toma de decisiones —en gran medida debido a la naturaleza inorgánica, espontánea y difusa de las movilizaciones—, dejaron manos libres a los numerosos aparatos políticos que al final desembocaron en el apoyo a Cárdenas. El pragmatismo, *saber* esencial del aparato, será la base única que posibilitará la “homogeneización” de lecturas distintas e incluso enfrentadas de la realidad nacional y la política poselector. Ese pragmatismo determinará el destino inmediato y dispar de las diversas organizaciones, las de izquierda y las paraestatales.

En realidad, los partidos paraestatales resultaron los únicos bien librados e incluso sus más exageradas esperanzas de sobrevivencia —que los lanzaron a la rebelión contra el régimen que los había desahuciado, a pesar de haberles infundido vida— fueron desbordadas con amplitud. Aunque justamente sus intereses aparatistas en disputa imposibilitaron un mayor alcance de las votaciones del FDN, por su negativa a registrar candidatos únicos de todos los partidos que lo integraron.²⁶

Las votaciones del 6 de julio, que confirmaron el vuelco de las masas en favor de Cárdenas, descontrolaron al FDN que sin duda nunca esperó —ni los partidos que lo conformaban imaginaron— tal alcance. Pero asimismo afianzó la decisión del régimen priísta de no ceder el terreno y contraatacar desarticulando al FDN por la vía de la reasimilación de los partidos paraestatales, empachados éstos con la catarata de votos que jamás habían soñado recibir. Esto aceleró la radicalización de Cuauhtémoc Cárdenas y preparó las condiciones para una reestructuración de sus alianzas y la ligazón muy singular entre él y la izquierda socialista.

²⁶ Sobre las votaciones inesperadas que lograron los partidos del FDN y el PMS se puede consultar Alberto Aziz Nassif y Juan Molinar Horcasitas, “Los resultados lectorales”, en Pablo González Casanova, coordinador, *Segundo informe sobre la democracia: México el 6 de julio de 1988*, Siglo XXI Eds., México, 1990, pp. 138-171). Mucho se comentó sobre la oportunidad perdida por los partidos aglutinados en torno a Cárdenas debido a lo limitado de sus candidaturas de coalición. Por ejemplo: “La suma de los votos recibidos por estos organismos les hubiera permitido ganar 87 diputados por mayoría: 77 al PRI y diez al PAN. La unidad les hubiera redituado 33 distritos de 40 en el Distrito Federal; 29 de 34 en el estado de México; todas las diputaciones de Morelos y Michoacán (4 y 13 respectivamente). Finalmente, en Guerrero y Veracruz hubieran ganado dos escaños, y en Coahuila, Durango, Hidalgo y Oaxaca uno. Por la dispersión del voto sólo obtuvieron 20” (Segio Aguayo Quezada, “La izquierda habría ganado 87 diputaciones en alianza”, *La Jornada*, 17 de julio 1988). Véase también la nota de Leonardo Valdés, “Si hubieran...”, *La Jornada*, 2 de agosto 1988.

5. DESESPERANZA DE LA ESPERANZA

La candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas se convirtió durante la campaña electoral en una esperanza de cambio para numerosos sectores de la sociedad, no sólo de los radicalizados bajo los perdurables efectos de la crisis económica y las políticas gubernamentales de austeridad y reestructuración productiva, sino de muchos núcleos populares que vieron en ella una oportunidad de expresión de sus resentimientos y demandas apagadas. Esa esperanza acabó por encenderse también entre la izquierda socialista que veía cómo de manera inesperada resurgía y se levantaba un movimiento de masas arrinconado en una situación de virtual repliegue en el terreno de sus luchas reivindicativas. Más aún, presenciaba una acelerada politización de masas despolitizadas y aturcidas por el Estado y su maquinaria corporativa. El deseo de cambio contenido se liberó y expandió por todas partes, bajo la forma de confianza en Cuauhtémoc y rechazo de más en más abierto y poderoso al gobierno, el PRI y su candidato modernizador. Como nunca antes, fue generalizándose desde abajo la exigencia de claridad y respeto en las elecciones, la inquietud democrática.

Pero la esperanza puesta en Cárdenas por parte de aparatos partidarios constreñidos a sostenerlo, expresaba distorsionadamente la *desesperanza* de una izquierda debilitada, sin perspectivas políticas propias —o sin interés o empuje para impulsarlas—, carente de vínculos efectivos o muy flojos y parciales con las movilizaciones de masas suscitadas. La larga marcha que en condiciones adversas había llevado a cabo la izquierda en el país sin siquiera cerrar la brecha que la separaba del movimiento social, contrastaba con la espontaneidad, rapidez y alcance sin precedentes de la identificación de éste con quien apenas comenzaba a deslindarse del régimen priísta. Parecía como si Cuauhtémoc Cárdenas y la movilización tumultuosa surgieran de la nada o de la memoria de un pasado lejano anclado en el umbral de los cuarenta, pero no, se preparó y brotó por todo lo sucedido. Condensó luchas, irritaciones, agravios, recelos, rupturas, contenidos y aplastados pero expresados en distintos momentos y lugares durante las dos décadas anteriores y que en su mejor época la propia izquierda socialista había ayudado a estimular o esclarecer entre la población con sus propuestas y afanes.

Con la sorpresa de las votaciones y por la actitud generalizada de alerta y vigilancia ciudadana el 6 de julio, así como por las potencialidades que traslucían, la mayoría de los aparatos partidarios de izquierda asumieron al renovado cardenismo, redescubierto tan tardíamente, como la tabla de salvación ante su declive y descalabros. En sus cálculos pragmáticos Cuauhtémoc Cárdenas simbolizó, entonces, la clave de la democracia en el país por la perspectiva que abría de unión del nacionalismo de la revolución mexicana y el socialismo independiente. Era la nueva vía de una transición democrática al margen del poder y la posibilidad de solución de continuidad de la crisis de la izquierda.

La lucha por la democracia, contra el fraude electoral y la prepotencia del régimen y en denuncia de la ilegitimidad de Carlos Salinas de Gortari —declarado presidente electo—, que extraordinariamente se desplegó y reprodujo en forma

ampliada después del 6 de julio, creó la impresión de que el movimiento se volvía permanente.

La búsqueda de trasfondo político de la incontenible insurrección ciudadana condujo pues al reavivamiento de los mitos políticos oficiales, que precisamente habían sido golpeados y desmontados por la movilización.²⁷ Tras la figura crítica de Cuauhtémoc Cárdenas se alimentó una alternativa que mistificó la protesta de las masas y se postuló como la verdadera continuidad del régimen de la revolución, revitalizando la desgastada y maltrecha ideología de la revolución mexicana, con la que se apaciguó a la masas durante décadas. Curiosamente, el fracaso del PRI y el éxito de Cárdenas se interpretaban simultáneamente como expresión de la persistencia y vitalidad de la revolución mexicana, incluso por teóricos socialistas, quienes poco a poco devinieron simples ideólogos de un cardenismo idílico, imposible de encontrar en la historia real del país y que poco tenía que ver con la revuelta de las masas contra el gobierno y el PRI, que eran quienes formaban parte del único régimen de la revolución mexicana realmente existente.²⁸

Esto se reforzó por las definiciones políticas de Cuauhtémoc planteadas frente a grandes concentraciones de masas, su mayor ligazón con la izquierda independiente y su propuesta de una salida organizada —por la vía de la creación de un nuevo partido— al movimiento nacional por la democracia.

La impotencia y desesperanza de la izquierda, su desconcierto, se manifestaron en su renuncia a conservar su autonomía política y programática —no organizativa— al interior del movimiento electoral por la democracia, la que hubiera podido preparar una estrecha y fructífera relación entre aquella y Cárdenas. El entreveramiento de las tradiciones y experiencias del nacionalismo de Cárdenas y el socialismo mexicano, en un contexto de aguda crisis capitalista y desgaste profundo del régimen corporativo, tal vez se hubiera traducido en una recomposición de fuerzas y organizaciones opositoras desconocida, capaz de darle continuidad y una dirección política definida al movimiento nacional emergente. Por la dinámica de radicalización e independencia que llevaba Cuauhtémoc, acorde con su unión a las demandas y expectativas sociales de las masas movilizadas, existía la posibilidad de su transcrecimiento político.²⁹ En lugar de esto, prácticamente todas las tendencias de izquierda sumadas al movimiento coadyuvaban a reafirmar

²⁷ Sobre la caída de los mitos políticos oficiales véase mi ensayo "Crisis política...", cit., especialmente p. 389 y ss.

²⁸ Tal vez la visión más extrema sea la planteada por Adolfo Gilly, quien luego de haber ubicado al cardenismo como una de las cuatro principales corrientes de la izquierda mexicana, concluye que ésta ya estuvo en el gobierno con Lázaro Cárdenas, sin que ofrezca por cierto ninguna fundamentación. Vid. *Nuestra caída en la modernidad*, Joan Boldó i Climent Editores, México, 1988, pp. 131-154. Véase igualmente su canto al viejo y al nuevo cardenismo en "Solidaridades", incluido en Adolfo Gilly, coordinador, *Cartas a Cuauhtémoc Cárdenas*, Ediciones Era, México, 1989, pp. 38-65. Sobre el cardenismo de a veras, escribí en 1972 un libro con el que traté de contribuir a su desentrañamiento, desmontando los mitos y mistificaciones tan en boga entonces, como ahora: *El Estado y la política obrera del cardenismo*, Ediciones Era, México, 1975.

²⁹ Sobre el proceso de ruptura de Cárdenas se puede consultar mi trabajo "Vientos de cambio...", cit., pp. 9-12 et passim.

en Cuauhtémoc Cárdenas no lo que lo impulsaba hacia adelante profundizando su separación política con el régimen, sino lo que lo ancló en un ayer ideológico sin futuro ni vigencia actual. De hecho, reincidieron en los antiguos mitos populistas que al menos una vertiente de la izquierda había desnudado desde 1968 y se supeditaron políticamente a Cuauhtémoc Cárdenas y a la Corriente Democrática.

Esta actitud representa una ruptura histórica con la tradición del 68 que había sacudido fundamentalmente a la vieja izquierda confundida con el peso y el carácter del régimen de la revolución mexicana, abriendo el camino a nuevas corrientes, nuevas preocupaciones, nuevas experiencias críticas y autónomas. La mayoría de la izquierda que surgió durante y a partir del movimiento estudiantil-popular del 68 precisamente se afirmó en un marxismo abierto, liberado de lastres dogmáticos, confrontando a la vertiente hegemónica integrada por el comunismo stalinista y el lombardismo en sus diversas variantes, atrapados ambos en la telaraña ideológica de la revolución mexicana.

El problema era que la revolución mexicana y su régimen político se caracterizaban por su ambigüedad constitucional de origen, que podía albergar opciones bastante diferentes, desde la modernizadora de Miguel Alemán o la de nuestros días, hasta esa opción aparentemente más radical que todo mundo identificaba con Cárdenas viejo. En ese sentido, lo que volvió apremiante el 68 era primero que nada la necesidad de reapropiarse la historia nacional en forma crítica, de cuestionar y reflexionar, de elaborar sobre la problemática de la revolución mexicana y sus secuelas, de descifrar el régimen de partido de Estado y desmistificar el populismo y el nacionalismo que década tras década apabullaron y sometieron a sus reglas a las corrientes socialistas. La independencia teórico-política, así, se presentaba como condición para el resurgimiento de una izquierda capaz de encontrarse con el país y vivir la vida real de la población trabajadora.

Sin embargo, si no había existido una izquierda de masas autónoma en México, con un proyecto político independiente claro, no se debía fundamentalmente al atraso e incompreensión de la realidad, sino en gran medida a la fortaleza y el consenso real que logró el régimen de la revolución mexicana en su etapa ascendente y que luego se sostuvo en su proyección ideológica y en los aparatos corporativos que garantizaron el dominio sobre la sociedad y subyugaron de paso a la propia izquierda. La ruptura con la ideología dominante y el desarrollo de proyectos políticos autónomos acelerados a partir de 1968 y del relanzamiento de las luchas obreras y populares en los setenta, le abrieron a la izquierda socialista la posibilidad de encontrarse con los movimientos sociales y desplegar su actividad y presencia en el país.

En ese sentido, prácticamente muchos de los avances que había logrado la izquierda independiente desde la coyuntura del 68, empiezan a desvanecerse veinte años después al influjo de un nuevo movimiento nacional de grandes proporciones y consecuencias. De hecho asistimos al cierre de un ciclo histórico de la izquierda. Expresa esto la fragilidad e inconsistencia de una izquierda que no ha sabido trascenderse encontrando la vía para la fusión duradera con la vida de las masas, en-

redada una y otra vez en la maraña de los ancestrales mitos ideológicos del nacionalismo revolucionario.

En su desesperanza por el fracaso de sus planes autónomos y el desconcierto por el fenómeno cuauhtemista, en su soledad en medio de multitudes tumultuosas que irrumpen en la política cuando de ellas ya sólo se esperaba la postración, las organizaciones y corrientes de izquierda se abandonaron como nunca a la esperanza electoral. Por ello, en su lógica de aparato, lo que contaba era garantizarse un espacio y una relación de fuerzas en el nuevo proyecto partidario esbozado por Cárdenas, en la perspectiva actualizada del cambio por la alternancia del poder vía las elecciones. Poco importaba que se hicieran a un lado visiones diversas de la realidad y la vida, sobre el hacer y el querer, desapareciera el programa socialista tras una mitología nacional desgarrada y se extraviara el futuro autogestivo e igualitario que propugnaba. En una nueva *fuga de la izquierda*, esta vez hacia un pasado y una disolución en puerta sin retorno, acabó más pronto que tarde la convergencia del nacionalismo populista y el socialismo mexicanos.

6. LA CAÍDA EN EL PRD

Realmente hace falta reconocer que la izquierda contribuyó en forma importante a inclinar a Cuauhtémoc Cárdenas hacia la propuesta de canalizar el movimiento nacional por la democracia hacia la creación de un nuevo partido político nacional. Cuando Cárdenas planteó, el 14 de septiembre de 1988 en el Zócalo de la Ciudad de México, en medio de una multitudinaria movilización en protesta por el fraude electoral, que había que “organizar el partido que nace el 6 de julio”, ya todo el mundo en la izquierda se esforzaba por asegurarse un lugar en ese singular proyecto.³⁰

El 21 de octubre se concreta esa iniciativa por medio de la firma de un “*Llamamiento al pueblo de México*” a organizar el Partido de la Revolución Democrática y un discurso de Cuauhtémoc Cárdenas donde se plantea como finalidad “impulsar el proyecto nacional de la revolución mexicana”.³¹ Destaca la intención de

³⁰ Dijo Cuauhtémoc: “Convoco desde aquí a que organicemos políticamente la gran unidad revolucionaria que entre todos hemos edificado y que constituye nuestra garantía de continuidad y de triunfo. Tenemos como bandera primigenia la Constitución de 1917 y la afirmación de sus grandes principios emanados de la revolución mexicana. Puede surgir una coalición, una federación o un partido político [...] Necesitamos agrupar nuestras fuerzas en una organización de todos los mexicanos, que cualquiera que haya sido su trayectoria política y cívica precedente, nos hemos encontrado y coincidimos en este movimiento [...] México requiere que formemos una organización que sea la expresión política del voto ciudadano del 6 de julio, así como del cambio cultural que la conciencia colectiva está viviendo en estos tiempos de lucha y de esperanza. No nos proponemos que sea la herramienta sólo para ganar elecciones y constituir gobiernos. Queremos eso y también mucho más: queremos abrir los cauces para que la sociedad pueda reorganizarse a sí misma y a sus instituciones en libertad, con tolerancia y justicia” (Cuauhtémoc Cárdenas, *Nuestra esperanza apenas comienza*, Editorial Nuestro Tiempo, México, 1988, pp. 162-163).

³¹ Cuauhtémoc Cárdenas, *Nace una esperanza*, Editorial Nuestro Tiempo, México, 1990, pp. 21-37. “La base de nuestro entendimiento –señaló Cárdenas– está en que todos estamos convencidos que hoy, para superar los problemas que hoy el país y el pueblo enfrentan y para asegurar el tránsito hacia

darle continuidad a las movilizaciones electorales y en torno a la defensa del voto a través de su encauzamiento organizativo. Tal vez por esto se parte aún del doble carácter de su propuesta: “La organización de ciudadanos que proponemos construir necesita la capacidad de acción y decisión propias de un partido y la flexibilidad, inventiva y autonomía de sus diferentes componentes, propia de un movimiento”.³² El 7 de mayo de 1989 quedará formalmente constituido el PRD.

Sin embargo, en la práctica muy pronto se dejará de lado el aspecto de movimiento y prevalecerá la lógica de partido. La pretensión de volver permanente e incluso organizar bajo la forma institucionalizada de un partido político a un movimiento nacional de masas vivo y poderoso, tan difuso y heterogéneo como el suscitado por la candidatura presidencial de Cuauhtémoc Cárdenas, desembocará en fracasos y frustraciones. Lo que se impondrá en los hechos será, más bien, la necesidad de estructurar una maquinaria para las elecciones, lo que no dejará de entrar en conflicto con el sentido profundo del movimiento social que le dio origen. Un movimiento social tiene cauces, ritmos, tiempos, formas de organización, de expresión y posibilidades e intereses muy distintos a los de un partido.³³

Al igual que el otro gran movimiento autónomo de carácter histórico efectuado veinte años antes, en 1968, el movimiento nacional por la democracia del 88 rebasó e incluso derrumbó estructuras partidarias y aparatos sociales, y precisamente esto le dio su novedad y fuerza inesperada. Fue un movimiento que, a pesar de tener en su base múltiples formas y tradiciones de organización y participación, se definió principalmente por su carácter inorgánico y espontáneo, por brotar por todas partes como un sinnúmero de afluentes que dieron forma a un tempestuoso torrente que se desbordó abriendo cauces y brechas donde no había sino diques y barreras. En su transcurrir, hizo saltar en la práctica las tradiciones corporativas y los elementos ideológicos que las sustentan, sustituyéndolos por vasos comunican-

estadios superiores en nuestra organización política y social, así como en la convivencia internacional, es indispensable llevar a la práctica el proyecto nacional de la revolución mexicana, que se expresa en la carta constitucional del 17 y en la proyección de sus principios a la actualidad y al futuro” (p. 29). Según el propio Cuauhtémoc, se sumaron al proyecto del PRD “los miembros del Partido Verde, de Fuerzas Progresistas, el Consejo Nacional Obrero y Campesino de México, Organización Revolucionaria Punto Crítico, Partido Liberal, Movimiento al Socialismo, Grupo Poliforum, de la Asamblea de Barrios, Asociación Cívica Nacional Revolucionaria, Consejo Nacional Cardenista, Convergencia Democrática y OIR-Línea de Masas”, a los que habría que añadir al PMS (pp. 26-27). Una parte de la OIR-LM se alejaría muy pronto y daría forma al PT.

³² *Idem*, p. 36. Algo parecido se planteó más tarde en su “Declaración de principios” (anteproyecto): “El PRD es partido en cuanto se propone gobernar; es movimiento en cuanto se propone la reorganización de la sociedad; y es alianza en cuanto en él convergen, sobre la base de principios comunes, diversas corrientes de ideas, ninguna de las cuales se considera excluyente de las otras: demócratas y nacionalistas, socialistas y cristianos, liberales y ecologistas” (Partido de la Revolución Democrática, *Documentos básicos (Anteproyectos)*, spe, p. 3). La preocupación del partido con rasgos de movimiento —luego olvidada— se desarrolla en Adolfo Gilly, “El PRD, un partido del movimiento”, *En movimiento*, Carta mensual, núm. 1 (en verdad, único), pp. 2-6. Aunque carece de pie editorial, el artículo mencionado está fechado en abril de 1989.

³³ Esta visión incluso alimentó la polémica en el PRD sobre su carácter. *Vid.* Jorge Alcocer, “PRD: a la hora del congreso”, *Nexus*, núm. 155, noviembre 1990, p. 57.

tes, circuitos, canales, sentimientos y objetivos propios que le dieron cierta unidad a las movilizaciones y seguridad a sus participantes.

Por su esencia espontánea y su enorme disparidad regional, social, cultural, reivindicativa, es que el movimiento emergente requirió de una figura como la de Cuauhtémoc para activarse y desarrollarse.³⁴ En él cada quien vio lo que quiso, conforme a sus odios, irritaciones, protestas, necesidades y anhelos. Las masas lo hicieron depositario de sus agravios y demandas particulares esquilgadas y desviadas —contenidas por tantos años de dominio y manipulaciones priístas—, probablemente por su trayectoria personal y familiar y por la esperanza de cambio que se contagió por todas partes. No obstante, el programa del movimiento nacional atravesó todas las demandas, articulándolas y sintetizándolas en un punto: *democracia*, entendida como participación y respeto al voto, pero igualmente como repudio a la prepotencia de un poder sin límites.

Por supuesto, cada quién le agrega lo que quiere a ese sentido profundo y unánime del movimiento, según sus muy particulares intereses o propuestas. Incluso, lo que apareció como una ruptura popular con algunos de los elementos más odiosos del régimen priísta, se interpretó como el anhelo restaurador del *verdadero* proyecto de la revolución mexicana, lo que solamente se puede concluir por la mistificación ideológica.³⁵ Pero lo cierto es que, fuera de ese anhelo democrático y la ilusión en Cuauhtémoc Cárdenas que se reprodujo y prendió en todas direcciones, el movimiento no se identificó con ningún programa político, régimen o emblema partidario.³⁶

El PRD ensaya canalizar al movimiento democrático nacional precisamente hacia una organización y un programa histórico que poco tienen que ver con su dinámica, orientación y propósitos político-sociales de fondo. Entre más se empeña en darle forma y vida a su aparato, más el PRD abandona los rasgos del movimiento que le dieron fuerza y originalidad a la marea cuauhtemista y la ciñe con

³⁴ Según Tonatiuh Guillén, el carácter inevitablemente caudillista del movimiento electoral en torno a Cuauhtémoc Cárdenas se desprende del predominio de la cultura política tradicional. Véase su interesante y sugerente trabajo “La cultura política y la elección presidencial de 1988. Hacia un análisis del neocardenismo”, *Frontera Norte*, núm. 1, enero-junio 1989, pp. 125-150.

³⁵ Como escribí en otra parte: “No es creíble que los millones de gentes hayan votado por la revolución mexicana y por el sistema político que de ella brotó, como insisten en decirlo muchos voceros e intelectuales oficiales u oficiosos. Votaron contra el PRI y el gobierno, contra la antidemocracia y el verticalismo que sufren día a día, contra la corrupción y los acarreo, contra la prepotencia del poder absoluto y a favor de la democracia. Votaron por Cárdenas pues en él se reconocieron y depositaron su confianza por su pasado familiar y por el propio, que le dio una credibilidad que ningún candidato ni partido opositor han tenido nunca. En la lucha de Cuauhtémoc por superar la antidemocracia y cerrazón del PRI y el gobierno se identificaron decenas de miles, pues también la han vivido de innumerables formas” (“Vientos...”, cit., p. 14).

³⁶ Cfr. Víctor Manuel Durand Ponte, “Neocardenismo y transición política”, en Manuel Canto y Víctor Durand, coordinadores, *Política y gobierno en la transición mexicana*, UAM-X, México, 1991, p. 171: “No se trató [...] sólo de un movimiento ciudadano que se identificaba con un programa o un partido, se trató más bien de la reproducción de las identidades de distintos grupos, que estaban siendo negadas por la crisis y la política gubernamental, sumándose por ello a la candidatura de Cárdenas”

una propuesta ideológica que la confunde y desactiva. Significativamente, el 14 de septiembre de 1988, cuando Cárdenas planteó "organizar al partido que nace el 6 de julio", fue el punto más alto de la movilización por la limpieza de las elecciones, luego del cual comenzó a menguar, en lugar de transcrecer bajo la forma partido, como se proponía.

El arranque de la organización del PRD coincide entonces con la declinación del propio movimiento social y político que elevó la figura de Cuauhtémoc y, adicionalmente, con la desarticulación del FDN que lo postuló.³⁷ Los promotores del PRD no sopesarán esta situación y en la inercia del 6 de julio ignorarán también las señales brindadas por los procesos electorales que con motivo de las elecciones estatales o municipales se produjeron desde finales de 1988. A pesar de su enorme desigualdad en cuanto a participación y resultados, pero magnificando sobre todo Michoacán y Guerrero donde se desencadenaron movilizaciones regionales, éstas fueron considerados por el PRD como la prueba de la continuidad del movimiento democrático electoral. Se nubló la particularidad de aquéllas y la desactivación y agotamiento de éste.

La pretendida organización del movimiento ciudadano nacional se ha desviado en los hechos hacia la estructuración de una federación en extremo heterogénea de grupos, aparatos y redes de personalidades que se disputan la cercanía con Cuauhtémoc Cárdenas, el líder indiscutible del movimiento democrático electoral. El PRD quedará tributario de éste último, no en cuanto a su vitalidad y riqueza, sino asumiendo las elecciones como *la* vía del cambio y lo electoral como *el* movimiento de masas por excelencia. Hecho para las elecciones en un país sin democracia electoral, al igual que los otros partidos, el PRD vivirá desde el principio prisionero de la mecánica y los ritmos enloquecedores que imponen las campañas, y más que encontrar una solución de continuidad que le de permanencia al movimiento del 6 de julio, actuará cada vez más en su lugar y a su nombre.

En este proceso, los lazos que se anudaron entre las masas y Cuauhtémoc Cárdenas durante las jornadas electorales corren el riesgo de desamarrarse o diluirse por la carencia de una opción política de fondo en la que pudieran reconocerse y encontrar orientación la multiplicidad y variedad de los movimientos sociales que se expresaron en la crítica coyuntura electoral del 88. Para ello, sin duda, no basta la figura del excandidato presidencial por fuerte que haya sido el arraigo que alcanzó ni la acrecentada irritación suscitada por la renovada prepotencia y el fraude electoral del régimen priísta. El problema es que parece imposible que la influencia y la atracción de Cuauhtémoc se puedan trasladar hacia el PRD, el que se entrapa en una maraña ideológica desfasada y no parece dirigirse a buscar un enraizamiento social duradero, que solamente puede surgir de una participación cotidiana y extensa en la base de las organizaciones y resistencias sociales.

³⁷ Cuauhtémoc explica cómo se fue disgregando el FDN antes y después del 14 de septiembre, hasta desaparecer de hecho después de la salida del PRD luego del 18 de marzo de 1989, gracias por supuesto a la actitud de los partidos paraestatales y no sólo a la creación de su propio partido. Véase su presentación al libro *Nace una...*, cit, pp. 7-19.

Así, un movimiento difuso aunque poderoso y con un significado político fundamental, será sustituido por un partido aún más difuso, ambiguo y sin potencialidades orgánicas. La marea ciudadana anunciadora de participaciones y rupturas, la reemplazará una amplia camada de nuevos dirigentes y de grupos que buscarán su espacio de poder al interior del PRD y disputarán por curules y todo tipo de cargos resultados de campañas y negociaciones en que desembocan invariablemente los procesos electorales.

Lo que se planteó de entrada como la novedad y fuerza del PRD, su composición heterogénea proveniente de las distintas posiciones y trayectorias³⁸ que confluyeron en su construcción, se va a convertir en fuente de conflictos y posiciones políticas muchas veces ambiguas y contradictorias. A falta de una base teórico-política común y ante el pragmatismo que se generaliza como cemento unificador de sus dispares componentes, el PRD se desarrollará como un aparato débil en el que los debates políticos adoptarán la forma de pugnas de poder de grupos y personalidades, solamente mediadas por Cuauhtémoc Cárdenas.³⁹ Es curioso que de la tradición y experiencia de las corrientes convergentes, tanto de izquierda como priístas, lo que primero que nada se reafirma son la lógica y la mecánica de los aparatos, profundamente arraigadas en la cultura política mexicana y que trascienden ideologías y programas.

Por consiguiente, la difícil coexistencia en que se desenvuelve el PRD no creará condiciones propicias al desarrollo orgánico partidario mediante una militancia masiva que pudiera reagrupar y encaminar organizadamente al menos núcleos sociales significativos, movilizados y politizados durante las jornadas de 1988. A pesar de las decenas de miles de afiliados que afirma tener el PRD —y sin duda tiene— lo cierto es que la vida del partido está determinada por unos cuantos miles de miembros activos que en los diversos lugares del país hacen presencia y organizan el trabajo partidario.⁴⁰ Son los miembros de los distintos agrupamientos originales

³⁸ Según Adolfo Gilly, en el PRD “convergen al menos cuatro corrientes de ideas, dos provenientes del PRI y del Estado, dos de la oposición de izquierda. Las enumero: a) El cardenismo proveniente del Movimiento de Liberación Nacional, de la Tendencia Democrática [de los electricistas] y del Testamento de Lázaro Cárdenas; b) el nacionalismo estatal, proveniente de sectores de anteriores gobiernos definitivamente desplazados a partir de 1982; c) el socialismo independiente, cuyos orígenes se reconocen en diversos movimientos de la izquierda mexicana que se remontan a los años 20 y 30 y se renuevan después de 1968, en los años 70 y la primera mitad de los 80; d) el comunismo mexicano, cuyo paradigma y punto de referencia [...] fueron los regímenes estatales de la Unión Soviética, Cuba y similares del Este europeo, y cuya matriz principal pero no única fue el antiguo Partido Comunista Mexicano” (“El perfil del PRD”, *Nexos*, núm. 152, agosto 1990, p. 63).

³⁹ Cuauhtémoc insiste reiteradamente en el tipo de problemas y conflictos organizativos que surgen entre miembros de los distintos agrupamientos que lo fundaron. Véanse por ejemplo los siguientes significativos discursos: “Por la construcción democrática del PRD”, en *Nace una...*, cit., p. 115-134, “¡A construir el partido”, *Coyuntura*, núm. 3, segunda quincena de febrero 1990 y “Discurso inaugural del 7 Pleno del Consejo Nacional”, *Coyuntura*, núm. 11, primera quincena de agosto 1990.

⁴⁰ “Hoy el PRD cuenta con 1 730 000 miembros, de los cuales 900 000 se han afiliado en este año y la mayor parte a raíz de que se convocó a celebrar este 1er. congreso nacional y nuestros congresos estatales. Por otro lado, nuestro partido encabeza 118 ayuntamientos municipales y tiene representación

y de otros que surgieron al calor de las movilizaciones y que dan forma a una intrincada red de relaciones y representantes —o candidatos a representantes— que han hecho del PRD su espacio privilegiado de acción política y la posibilidad de su proyección. Por eso es que el PRD va pareciéndose más al PRI que a los antiguos partidos de izquierda, en lo que se refiere a su composición, caracterizada más por burocracias y grupos de poder difusos sustentados en clientelas electorales, que por militantes organizados sectorial y territorialmente. No deja de ser significativo que la mayoría de los candidatos y electos del PRD provengan de las filas del priísmo y que muchos de éstos incluso sólo hubieran roto con el PRI cuando fracasaron en su intención de ser postulados por éste y en cambio lo logran por el primero.

En detrimento de su autoproclamación como el partido que reúne y expresa la marejada del 6 de julio, el PRD no ha logrado transformarse en un partido de masas. Ni de lejos ha capitalizado organizadamente siquiera una cuota importante de la tumultuosa e inconmensurable influencia que alcanzó Cuauhtémoc Cárdenas. Apenas ha estado en posibilidad de extender su presencia nacional por medio de la actividad persistente del propio Cárdenas y de campañas electorales que, en cascada, no han dejado de sucederse en forma interminable. Los resultados han sido sin embargo dispares y por lo general muy por debajo de las expectativas alimentadas. Y si bien el número de afiliados no ha dejado de progresar, éstos nunca han sido el parámetro adecuado para medir la fortaleza de un partido, pero sí lo es su capacidad efectiva de organización, actividad, movilización y conducción político social que resultan de la inseparable concurrencia vitalizadora de los militantes. En este terreno se encuentran justamente las principales carencias del PRD.

Por ello el PRD se asemeja también a los partidos de izquierda, que con una presencia pública considerable e incluso a veces en aumento por la proyección de las campañas electorales, no podían superar el abismo que los separaba de las masas, por su contrastante baja *capacidad efectiva* de movilización y organización político-sociales. Lo novedoso es que el PRD además no encuentra cómo colmar la brecha desproporcionada que existe de entrada entre el partido y su dirigente principal. Quiéralo o no, tal grieta termina por reproducirse a su interior entre Cuauhtémoc Cárdenas y el conjunto de los miembros de la dirección nacional, muchos de cuyos integrantes sólo cuentan por su cercanía con el primero. Todo hace que Cuauhtémoc se sobreponga irremediamente a una dirección básicamente disgregada y al propio partido débilmente articulado, corriendo el riesgo de dispararse.

Esa situación se ha transformado en *una visión y un método de organización partidarios* que en forma un tanto artificial se reproducen al interior del PRD. Planteados como su esencia, desembocan en una organización jerarquizada bajo una suerte de presidencialismo que recorre todas sus instancias, particularmente las de funcionamiento cotidiano. Se desdobra con una especie de parlamentarismo in-

de minoría en 680 más, cuenta con 63 diputados en las cámaras locales y en el Congreso de la Unión con 4 senadores y 54 diputados, contando entre ellos a 6 compañeros que hasta hace unos días formaban parte de la Fracción Independiente, con quienes siempre hubo un trabajo coordinado y coincidencia en los fundamentos" (Cuauhtémoc Cárdenas, "Discurso en el 1er. Congreso Nacional. Partido de la Revolución Democrática, 16 de noviembre de 1990", fotocopiado).

terno que, en su extensión ineficaz e inviabilidad, anula la discusión colectiva y termina cediendo las decisiones de fondo a organismos reducidos, dominados por el peso desproporcionado de los presidentes.⁴¹ Hasta los métodos internos de selección de candidatos a cargos de representación pública son un remedo de las elecciones nacionales, con todos sus vicios y secuelas,⁴² y donde a final de cuentas pueden imponerse resoluciones desde arriba que cancelan las pretendidamente tomadas abajo.

Todo lo anterior, que se ha convertido en un rasgo del PRD, ha determinado que éste aún no haya podido convertirse en un auténtico partido y en su lugar se alargue el proceso inicial de ensamblamiento de fracciones que no terminan por disolverse. Para la historia de un partido es muy poco el tiempo transcurrido y pudiera parecer exagerado esperar del PRD lo que ningún otro partido ha alcanzado en toda su existencia. Pero lo cierto es que las expectativas desmesuradas en la organización, influencia y peso político real de ese proyecto en la sociedad mexicana, no se han satisfecho mínimamente, día a día se desvanecen y nada apunta hacia un desenlace favorable.

El PRD se estructura por consiguiente como un *partido de fracciones/aparato* que disputan por extender su micro espacio de poder y su incidencia en los procesos clientelares que los favorecen. Pero se encuentra sobredeterminado por el peso de su presidente nacional, quien muy a su pesar asume el tamaño y el papel de caudillo, empeñado en mediar y lograr el equilibrio interno. De hecho, sin Cuauhtémoc Cárdenas sería imposible conservar unidas la distintas piezas del rompecabezas sin solución que es el PRD. Por esto también las fracciones/aparato alientan y extrapolan la figura del caudillo, cuando todas deberían pugnar por crear condiciones para la formación y el funcionamiento de una dirección colectiva de iguales y con autoridad propia dentro y fuera del partido.⁴³ Debido al peso excesivo del presidente nacional que le dio vida, el PRD es igualmente un *partido caudillista*.

Al parecer, la manera como se está estructurando el PRD es la única posible en el contexto de la pretendida fusión de corrientes y agrupamientos distintos y hasta enfrentados que alberga. Muchas de las tradiciones priístas han impuesto su predominio, embonando con los hábitos autoritarios y pragmáticos de la izquierda. No es un partido que se sustente en la lucha de ideas y concepciones, indispensable en la definición de una política partidaria original, lo que no quiere decir

41 Véanse los *Estatutos del PRD*, especialmente el "Título segundo, De la organización, representación y dirección del partido".

42 Basta referirse a las desgastantes pugnas internas que se reproducen sin cesar por la lucha por los cargos de elección popular de los muy variados y abundantes procesos electorales. Si bien los mecanismos internos que se instrumentan pueden facilitar postulaciones debidas a la decisión colectiva, la manera como transcurren degradan y deterioran todas las relaciones y estructuras, reproduciendo las tradiciones priístas.

43 Esto también puede ser a causa de la falta de confianza y hostilidad que prevalece entre ellas que las hacen descargar en Cuauhtémoc la responsabilidad de la mediación y el equilibrio. Un ejemplo notable de la situación que mencionamos se encuentra en los mencionados *Estatutos del PRD*, donde se descarga en el presidente nacional la responsabilidad de integración del comité ejecutivo nacional, si bien de cualquier forma debe votarse en el consejo nacional (*Estatutos del PRD*, art. 37).

que carezca de ellas. La recaída generalizada en la ideología nacional revolucionaria sobre la cual se ha uniformado y opacado al partido obliga al pragmatismo con el fin de aterrizar en algún tipo de política práctica. Por esto es que en el PRD predomina la *lógica del aparato* incluso cuando todavía no logra armar un aparato partidario centralizado.

Esa heterogeneidad exacerbada se ha tratado de subsanar también cimentando al partido en lo que todo mundo coincide fue la demanda central del movimiento electoral del 88: la democracia. Por esto el nombre y la finalidad de revolución democrática. Esta se definió en principio de manera que en el fondo se presentaba como un proceso de democratización de la sociedad desde la base, social y políticamente, retomando así las demandas de más de dos décadas de movilizaciones y luchas —a lo largo y ancho del país— de muy diversos núcleos sociales, sectores y regiones. Sin embargo, el contenido impreciso de la idea de revolución democrática se fragmenta y en los hechos ha sido sobredeterminado por el carácter político electoral de la marea del 88. De ahí que cada vez más el PRD caiga en una *visión electoral de la política* que se sintetiza en su planteamiento básico de “restaurar la república”, en un país donde jamás ha existido ninguna república ni un efectivo sistema electoral libre.

7. PRD: UNA VISIÓN ELECTORAL DE LA POLÍTICA

Esa visión electoral de la política, y el pragmatismo que la sustenta, explica y determina a la vez la fragilidad e inconsistencia político-ideológicas del PRD. La mayoría de los aportes analíticos y teóricos —incluso prácticos— de la izquierda se harán a un lado y se sustituirán por ciertas ideas dispersas, mezcladas con algunos de los presupuestos y desplantes ideológicos del viejo priísmo, que no producirán sino una visión parcial y distorsionada de la realidad y de la política. Así, mientras el PRD retoma como cuestión decisiva la lucha contra el régimen de partido de Estado, propone acriticamente como opción precisamente el marco constitucional en cuya ambigüedad descansó y se desarrolló ese régimen, buscando enmendarlo solamente de sus excesos. No cuestiona la dominación que garantiza ese régimen —que no es otro que el de la revolución realmente existente—, sino sólo los mecanismos mediante los que se reproduce. Busca “democratizar las relaciones del Estado con la sociedad”,⁴⁴ pero para nada se ocupa de la naturaleza del primero ni de las relaciones sociales que se desprenden de su actividad.

Su visión de la economía nacional y sus propuestas económicas pretendidamente alternativas, tienen más que ver con la ideología que con la política práctica. Aunque asume algunas de las reivindicaciones de los de abajo, dirigidas a aliviar su lamentable situación material en la que han sido lanzados por la crisis y las políticas gubernamentales de estabilización, predomina en el PRD una visión que reproduce las mistificaciones sobre la economía mixta, el desarrollo nacional, la

⁴⁴ PRD, *Propuesta política para el primer congreso nacional del PRD. Hacia el primer congreso nacional*, Serie documentos políticos de divulgación, México, 1990, p. 16.

intervención estatal, el paternalismo, la soberanía, etcétera, que formuló el antiguo régimen de la revolución mexicana, es decir el PRI, el gobierno, el Estado y hasta los empresarios, quienes ahora pretenden cambiar de piel y de política.⁴⁵

En sus textos, el PRD habla de “nueva disciplina social”, de “ganancias en función de la productividad y la competitividad”, de “mercado fuerte” y propone un “acuerdo nacional para el crecimiento con la participación democrática de todos los sectores productivos”, cuestiones nada ajenas a los planteamientos gubernamentales. En realidad, para nada plantea ya no digamos una alternativa anticapitalista de largo plazo —lo que era una de las propuestas vertebradoras de la izquierda socialista—, sino ni siquiera medidas que en su transcurrir pudieran asumir una dinámica anticapitalista. Habla, sí, de dominación corporativa y de la necesidad de suprimirla, pero de ninguna manera menciona la dominación del capital ni el despotismo patronal en la empresa.

En realidad, por todas las características que se mencionan, fuera de la maraña ideológica que lo desengrana de los procesos actuales del país, el PRD sólo ha logrado formular una cambiante política electoral que remite al origen del partido. Su visión electoral de la política lo conduce a concebirse como un *partido para las elecciones* y por esto es que incluso ha magnificado los procesos electorales transformándolos en una perspectiva política de fondo, en la verdadera posibilidad de cambio.⁴⁶ El PRD retoma con esto la dinámica que desde hace algunos años atrapó y disparó a la izquierda socialista.

Su política electoral pretende darle continuidad y permanencia al movimiento nacional por la democracia de 1988, buscando reproducir en los distintos estados del país movimientos electorales regionales que sean la extensión del primero y que en un proceso de acumulación de fuerzas pudieran recrear y potenciar en 1994 (año de elección presidencial) las condiciones críticas que posibilitaron la insurrección ciudadana del 6 de julio. La meta sería derrotar en forma contundente, por la vía de las votaciones, al PRI y restaurar el régimen republicano supuestamente imaginado por los constituyentes y que jamás siquiera ha asomado. La manera como están previstas las elecciones a lo largo y ancho del país y los tiempos en que se efectúan facilitan precisamente un régimen de campaña electoral permanente que pareciera favorecer el fogueo y la acumulación de fuerzas.

⁴⁵ Vid. PRD, *Propuesta política...*, cit., pp. 48-53; 1990: *situación nacional (balance y propuestas)*, Secretaría de Estudios Económicos y Sociales del CEN del PRD, octubre 1990, p. 15-34 y Cuauhtémoc Cárdenas, “Discurso en el 1er. Congreso Nacional...”, cit., donde entre otras cuestiones se dice: “La complejidad de las relaciones económicas exige, hoy más que nunca, de mecanismos democráticos para armonizar intereses diversos y en ocasiones encontrados, en torno al interés común de un desarrollo nacional soberano, suficiente y justo”.

⁴⁶ “El PRD ha visto en las elecciones una de las vías para lograr la transformación democrática de las estructuras económicas, del régimen político y de las relaciones sociales” (Cuauhtémoc Cárdenas, “Un compromiso unitario”, discurso pronunciado en el acto inaugural del Foro Nacional el 19 de junio 1990, en PRD, *Acuerdo nacional para la democracia. Hacia el primer congreso nacional*, Serie documentos de divulgación, México, 1990, p. 8). Aquí mismo se afirma: “entendemos a nuestro agrupamiento como una herramienta electoral puesta al servicio del conjunto de fuerzas políticas y sociales democráticas del país” (p. 7).

El problema es que no han dejado de prevalecer los resultados desfavorables al PRD en la mayoría de las elecciones efectuadas después del 6 de julio de 1988 y un movimiento electoral en un país sin democracia electoral carece de futuro, precisamente porque —a diferencia de otros movimientos políticos— requiere resultados muy precisos y palpables, sin los cuales se desalienta y pierde sentido.

La visión electoral de la política matiza todas las decisiones del PRD y concluye por empobrecer sus perspectivas a fuerza de simplificarlas. Parece ser que la lectura que hizo de las elecciones del 2 de julio de 1989 en Baja California y en Michoacán, en especial, condujo al PRD a un antigobiernismo elemental que subordinará cada vez más cualquier propuesta de política alternativa al régimen. En las primeras, prácticamente fue abandonado por votantes que apenas un año antes habían colocado en primer lugar a Cuauhtémoc Cárdenas con más el 37 por ciento de la votación, pasándose masivamente al PAN, en tanto que en las segundas la cerrazón oficial no sólo despojó al PRD mediante un fraude masivo, sino que lo confundió, colocándolo a la defensiva.⁴⁷

Asimismo, las persecuciones, fraudes, hostigamientos y represiones contra el PRD y sus miembros por parte del Estado, profundizarán la situación defensiva del PRD y lo conducirán a una situación difícil que tratará de superar ampliando sus alianzas, para de esta forma contrarrestar al menos el aislamiento con el que lo pretende acorralar el régimen.⁴⁸

Tales situaciones impregnarán de manera fundamental la actividad y la política del PRD, sobre todo la electoral que lo condiciona decisivamente. En ese contexto, mientras más se expande su concepción electoral de su política, más ésta última se satura y tiende a vaciarse de contenido y a distanciarse incluso del cúmulo de sentimientos y demandas sociales que estuvieron en la base de la oleada del 88. Así, de la propuesta de Frente Patriótico Nacional que básicamente logra reunir a fines de 1989 —en algunas declaraciones comunes— a fuerzas políticas y sociales independientes, pasa al planteamiento del Acuerdo Nacional por la Democracia (ACNADE) abierto a todas las fuerzas, clases y corrientes con el propósito de reforzar el frente antigubernamental.⁴⁹

⁴⁷ En realidad, esta situación se entiende en gran medida como una reacción de autodefensa del PRD, “al que por lo visto se quiere exterminar arrebatándole todos los triunfos en sus lugares de mayor influencia: Michoacán y Guerrero, el año pasado; algunas regiones de Nayarit, otras de Coahuila y el estado de México este año” (“Elecciones transparentes: nadie duda del fraude”, *Informe especial*, 23/XI/90, núm. 29, p. 5). Sobre las elecciones en Baja California y Michoacán véase, Rhina Roux, “Crisis, definiciones y desilusiones: las elecciones del 2 de julio y el régimen mexicano”, *Relaciones*, núm. 3, 1990, pp. 54-65 y Mario Herrera y José Negrete Mata, “Baja California, el fracaso del PRD”, *Socialismo*, núm. 5, enero-mayo 1990, pp. 79-94. De hecho las tendencias que marcan esos procesos se prosiguen y profundizan, colocando al PRD en una situación de más en más difícil. *Vid.* también *Estudios Políticos*, nueva época, núm. 2, abril-junio 1989, dedicado a “Procesos electorales estatales en México” y Miguel Angel Romero, “Elecciones: nueva situación geopolítica”, *El cotidiano*, núm. 39, enero-febrero 1991, pp. 14-20.

⁴⁸ El citado *Informe especial* concluye: “La guerra contra el PRD es evidente: solamente entre julio de 1988 y enero de 1990, 56 militantes del PRD fueron asesinados”.

⁴⁹ “El régimen ha demostrado que no está dispuesto a ceder a los argumentos o a las buenas razo-

La propuesta se pretende al margen y por encima de ideologías, yendo de acuerdos para la defensa del voto a la solicitud de alianzas electorales pluripartidistas *asépticas*, estrictamente antigubernamentales. Lleva a la confusión y deslavamiento políticos que crean más desconcierto que posibilidades de articular una alternativa sólida al régimen priísta. El ejemplo de la extraña alianza electoral PAN, PRD, PDM en San Luis Potosí para la postulación de Salvador Nava como candidato a la gubernatura, es una muestra tibia de lo que se plantea. Un ejemplo extremo fue la propuesta –sin eco– del PRD al PAN de llevar a cabo una campaña opositora única en la elecciones legislativas de 1991 en el Distrito Federal, que seguramente hubiera acabado por despolitizar mayormente a la gente, que al final de cuentas optaría por el “voto útil” o por la abstención. Así, el deseo participativo y democrático que caracterizó al movimiento del 88, la politización masiva que incipientemente esbozó una ruptura política e ideológica con el régimen, los desplazará un antigobiernismo elemental y vacío,⁵⁰ por medio del cual el PRD trata de estimular reflejos primarios de las masas, cambiantes y fácilmente asimilables por el régimen u otros partidos como en el caso citado de Baja California.

La *oposición sin adjetivos* en la que ha caído el PRD no es más que una oposición sin contenido, pues está dirigida a canalizar una oposición que no distingue proyectos políticos ni programas y que por lo mismo difícilmente puede significar una ruptura política de fondo con el régimen, como sí lo fue en los hechos la de 1988. Es una política desesperada, endeble, que se contradice incluso con propuestas anteriores del PRD y su dirigente nacional, que rechazaban alianzas electorales con el PAN, precisamente por la diferencia de políticas y visiones de la realidad.⁵¹ Representa el colmo del pragmatismo pues en el fondo la propuesta

nes. Será preciso vencer su resistencia con una movilización y una organización tan vasta, omnipresente y multiforme de las fuerzas ciudadanas que lo obligue a retroceder sin poder utilizar la violencia como único recurso. Este es el propósito del acuerdo nacional para la democracia que el PRD propone para organizar, desde la sociedad, una transición pacífica y ordenada del corporativismo al pluralismo y del autoritarismo a la democracia, de modo que la sociedad misma pueda decidir su porvenir y elegir a sus gobernantes” (PRD, *Propuesta política...*, cit., p. 56). Se plantea convocar y establecer compromisos con partidos políticos, organizaciones campesinas y sindicatos, empresarios, académicos y estudiantes, corrientes del partido oficial “que luchan por los principios y objetivos de redención de la revolución mexicana”, funcionarios de Estado y cuadros del PRI, movimiento urbano popular y trabajadores no asalariados, etcétera. (PRD, *Acuerdo nacional...*, cit., pp. 9-10). También consúltese el citado discurso de Cárdenas ante el primer congreso del PRD.

⁵⁰ En realidad, esta es una de las debilidades importantes que han dejado al PRD en una situación indefendible. Muchas de las críticas de sus opositores externos e internos lo toman como punto central de su falta de perspectivas y del despilfarro del potencial del 6 de julio. Véase por ejemplo Luis Salazar, “Notas sobre el perfil político del PRD”, en Gilberto Rincón Gallardo y otros, *México, la búsqueda de alternativas*, Ediciones de Cultura Popular, México, 1990, p. 133, Roberto Gutiérrez, “Cultura política y transición a la democracia. PRI y PRD en la coyuntura actual”, *Sociológica*, núm. 11, septiembre-diciembre 1989, pp. 43-57 y José Luis Gutiérrez Espíndola, “Identidad, subjetividad y política. El neocardenismo: revolución o democracia”, *Sociológica*, núm. 14, septiembre-diciembre 1990, pp. 210-242. Este último incluso ve una concepción “insurreccionalista” y una “estrategia de confrontación” en el PRD, lo que a su parecer sería la causa de su aislamiento. *Vid* igualmente del mismo autor “PRD: los fantasmas de la insurrección”, *Cuadernos de Nexos*, núm. 29, noviembre 1990, pp. I-IV.

⁵¹ Significativamente, poco antes del viraje hacia el ACNADE, Adolfo Gilly, uno de los ideólogos

inmediata busca solamente alcanzar en 91 la "mayoría" en el Congreso de la Unión, con la ilusión de efectuar una *verdadera* reforma política que supuestamente "disuelva" al régimen del partido de Estado y garantice elecciones libres para 1994. Para lo cual, por supuesto, no se cuenta con la identidad de propósitos con el PRI que ya expresó en forma elocuente el PAN, precisamente el más importante de los partidos convocados por el PRD. Es una lucha por el poder sin alternativa de poder.

La concepción electoral de la política ha conducido ya al PRD a desdibujar su perfil político marcado por su defensa intransigente de lo que considera el proyecto nacional de la revolución mexicana, al poner por delante la confluencia y negociación con quienes al parecer serían adversarios históricos del mismo. Cuando se perciben las coincidencias de fondo entre los planteamientos del PAN y las políticas modernizadoras de Carlos Salinas de Gortari, se entiende menos el pretendido acuerdo nacional por la democracia propugnado por el PRD. Peor aún si se considera el legalismo y la propuesta de "restauración de la república" de este partido que no hacen sino reproducir los mitos constitucionales de la revolución mexicana, bastante alejados no sólo de la realidad histórica de México, sino también de los intereses panistas.⁵²

El pluriclasicismo del ACNADE permea todas las propuestas políticas del PRD y aún al propio partido. Se entiende, pues su origen está en el régimen de la revolución mexicana y en la propia Constitución de 1917. Pero si en los años de auge de este proyecto se tradujo en la supeditación de los trabajadores y demás núcleos sociales oprimidos, el pluriclasicismo ahora carece de sentido, cuando la maduración de la sociedad ha desembocado en clases sociales claramente diferenciadas y con peso social decisivo, y cuando la ofensiva modernizadora del Estado no hace más que afirmar y reforzar el poder de las clases privilegiadas.

Tal vez sea éste el aspecto que provoque más reticencias y mala conciencia en algunas franjas de izquierda socialista que persisten al interior del PRD. Toda su historia había sido la afirmación de un proyecto autónomo de los trabajadores frente al Estado, el capital y el régimen político y la ideología resultados de la revolución mexicana realmente existente. Pero si comenzaron reincidiendo en los mitos ideológicos contra los que se rebelaron, en aras de las conveniencias prag-

más influyentes del nuevo cardenismo, escribió: "el PRD no ha establecido alianzas electorales con el PAN ni ha llamado a votar por los candidatos de este partido. La razón es muy sencilla: el PAN tiene un programa de gobierno que no sólo es diferente del nuestro, sino que en cuestiones fundamentales como el ejido, la educación, la reestructuración capitalista, los derechos sociales, la deuda externa, las relaciones con Estados Unidos y con América Latina, es divergente y hasta antagónico con relación a nuestras propuestas. Votar por sus candidatos sería votar por ese programa" ("El perfil...", cit., p. 65).

⁵² Véase PRD, *La reforma del Estado. Hacia el primer congreso nacional*, Serie documentos políticos del PRD, México, 1990. Por cierto, en el papel, coinciden mucho con los planteamientos de Salinas de Gortari, aunque los matices no dejan de ser considerables (Cfr. *El reto*, Editorial Diana, México, 1988, especialmente "El reto por la democracia") y por supuesto no es lo mismo sostenerlos dentro o fuera del poder.

máticas concluyeron sosteniendo el pluriclismo como una “novedad” más de su partido plural.

El PRD es entonces un *partido pluriclasista*, al menos en su propuesta, y en esto se asemeja también más al partido de Estado que combate, el PRI, que a los tradicionales partidos de izquierda, incluso los que vivían en el apremio por alianzas con el Estado y empresarios que catalogaban de diversas maneras.

El perfil del PRD probablemente pueda desprenderse de los elementos que hasta el momento se señalan. Pero lo cierto es que al interior de ese partido, en la medida en que subsisten corrientes y tradiciones enfrentadas que no terminan por desintegrarse, cada quien lo define de acuerdo a sus particulares intereses, aspiraciones y perspectivas. Es lo que sucedió con el movimiento de masas levantado antes y después del 6 de julio y ahora se reproduce con el partido que se desprende del mismo. En cierta medida, la subsunción de la izquierda en el viejo prúismo de la Corriente Democrática y el reforzamiento del pragmatismo, no dejan de producirse por la imperiosa necesidad de sobrevivir en la que cayó aquella con la prolongación y agravamiento de su crisis política.

Scría un error considerar que por eso la izquierda ha dejado de existir en el interior del PRD. Por más que predomine el nacionalismo revolucionario de Cárdenas y que incluso vuelva a ser retomado y hasta teorizado por muchos que habían logrado romper con él impulsados sobre todo por la lógica del movimiento de masas autónomo que intermitentemente no ha dejado de fluir, lo cierto es que persisten diversas corrientes socialistas –incluso marxistas–, así sea deslavadas y transfiguradas. Sufren un eclipse debido a la superposición del viejo nacionalismo revolucionario. Lo que sí, son corrientes que corren el riesgo de descomponerse si prosiguen en la lógica de aparato y en el pragmatismo que las despeñan por una opción netamente electoral sin perspectivas de enraizamiento social, a pesar de proclamaciones en contrario y prevenciones de algunos de los integrantes del propio PRD.

La apuesta al PRD que hizo una buena parte de la izquierda mexicana representa en los hechos el sacrificio del proyecto socialista del futuro en aras de una sobrevivencia subordinada que pretende aprovechar la oportunidad de un desbordante movimiento popular sin precedente al que no le ve fin y la personalidad carismática de Cuauhtémoc Cárdenas para, por un atajo, reencontrar a las masas. Es de nuevo la concepción de la revolución por etapas la que reaparece actualizada con la visión de la lucha por la democracia (la democracia política, según se subraya) y la transición democrática desde el régimen corporativo en crisis por la inusitada vía de un golpe de mano parlamentario.

De cualquier manera, la intención inicial de combinar las trayectorias y los aportes del nacionalismo y el socialismo que todo mundo tomó como buena en el PRD, sólo se ha traducido hasta ahora –no parece que cambie la tendencia– en un nacionalismo desfasado sin socialismo de ningún tipo. Más que en una fusión en una anexión. En lugar de una especie de socialdemocracia a la mexicana, lo que se ha impuesto es un viejo cardenismo superideologizado sin perspectivas políticas creíbles.

8. UN FUTURO EXTRAVIADO

Atrapada entre su pasado de debilidad social y la fortaleza del populismo renovado, por un lado, y el pragmatismo como supervivencia en el presente, la izquierda ha extraviado el futuro, esto es, la perspectiva política y el proyecto estratégico. Se agarró desesperadamente de una esperanza social alimentada por la campaña presidencial de Cuauhtémoc Cárdenas, la cual se ha vuelto cada vez más difusa, indefinida y propicia a todas las interpretaciones. Abandonó la utopía que en el fondo representaba el proyecto socialista igualitario en aras de un presente cada vez más indefinido, estéril y sin perspectivas.

La desfiguración del proyecto socialista no viene de ahora sino que en gran medida se encuentra ligada al peso de las tradiciones de la mayoría de la izquierda mexicana que, como la de numerosos países, tenía como marco de referencia los regímenes autoritarios del socialismo real y sus teorizaciones dogmáticas ajenas al marxismo. Incluso la corriente trotskista representada principalmente por el PRT, reprodujo asimismo dogmatismos y funcionamientos jerárquicos que contradecían la letra de sus aportes teóricos originales. La subordinación a un proyecto nacionalista revolucionario en desuso atraviesa todas las corrientes y paradójicamente reaparece la gran vertiente neolombardista reactualizada bajo la luz de un cardenismo desgarrado.

El abandono del marxismo, no sólo de la parte de izquierda atascada en el PRD, sino igualmente del PRT y el flamante PT, en aras de un democratismo sin adjetivos, parece afirmarse a pesar de declaraciones en contrario de algunos reticentes. Precisamente esto manifiesta la profundidad de la crisis de la izquierda socialista, la que con el fin de salir de su debilidad social y la ausencia de perspectivas políticas, se subsume en un neocardenismo que poco tiene que ver con sus orígenes ni con sus objetivos.

No existe hoy opción socialista organizada y creíble. Ha fracasado a todas luces la forma partido como organización de vanguardia básica para el cambio de sociedad, pero también las formas populistas de organización claramente autoritarias. Por todas partes, esas concepciones y prácticas se tradujeron en el desarrollo de aparatos asentados en burocracias y jerarquías, desigualdades y subordinaciones. En suma, en antidemocracia, contradiciendo la vocación democrática e igualitaria que supuestamente se encontraba en la base de sus proyectos políticos de fondo.

Indudablemente, hace falta repensar las experiencias de los socialistas mexicanos durante el largo ciclo histórico abierto en 1968 con la ruptura respecto al régimen de la revolución y cerrado en 1988 con la recaída en los desplantes ideológicos de ese mismo régimen ahora en decadencia. Para preparar el futuro se requiere de una perspectiva a largo plazo. La contradictoria coyuntura actual puede representar un costo muy pesado y posiblemente duradero para los socialistas, cuando podría haber dado el terreno y el marco de la salida de su prolongada crisis política e ideológica.

Las posibilidades de cambio de tales tendencias seguramente se están gestando con el relanzamiento de la producción en nuevas condiciones "modernizadas" que han comenzado a lograr el Estado y el capital y la resistencia de los trabajadores que —con derrotas y desgastes tremendos— no han dejado de persistir. La larga

crisis de la economía en un contexto de luchas numerosas e incluso duras que no pudieron detener las políticas de estabilización capitalista, no solamente terminó por colocar a la defensiva, en una situación de resistencia sorda y fragmentada, a los asalariados y demás oprimidos, sino que particularmente minó las fuerzas colectivas del trabajo. La recuperación económica, incluso limitada y parcial, la reindustrialización que predomina sobre la desindustrialización que han traído los vientos de la reestructuración modernizadora dirigida por el gobierno salinista, inyectarán seguramente nuevos bríos en las masas y permitirán que se desate el movimiento social que no ha dejado de prepararse.

Si el PRD y el resto de la izquierda prosiguen su orientación básicamente electoral, posiblemente sólo incrementen o renueven sus clientelas electorales, si bien no puede excluirse un desánimo social por una ciudadanía trunca y con esto una caída generalizada de las votaciones. Pero si la izquierda y el PRD no acaban como aparatos electorales sin vida militante y en cambio se involucran cada vez más en los procesos que viven los distintos sectores en la base de la sociedad y en las luchas sociales reivindicativas, muy probablemente vivirán cimbramientos, rupturas y recomposiciones que pudieran abrir un nuevo ciclo de la izquierda, motivado por las redefiniciones y deslindes políticos que necesariamente conllevarían. La prueba de los hechos, más allá de lo electoral, sería decisiva.

Para que el eclipse de la izquierda pudiera concluir en una nueva recomposición de los socialistas no sólo se requeriría que desde ahora hundiera sus raíces en la vida cotidiana del pueblo trabajador, fundiendo su destino con las resistencias y el destino de las masas, sino igualmente y de forma central reactualizar el proyecto socialista, que no tiene por qué perder vigencia por el derrumbe de regímenes que se erigieron en su nombre. La apuesta del MAS apuntaba en la dirección correcta para recomenzar el camino, pero se abandonó el proyecto de corriente de masas autónoma por la subordinación y aliento del nuevo caudillo. Ante el pragmatismo electoralista, se requiere perseguir la utopía —como propone Mario Payeras—, hacerla viable con la participación y decisión: colectivas de las masas en la lucha por la igualdad, la democracia y la autogestión que solamente el socialismo visualiza y que poco tienen que ver con la democracia mercantil, puramente electoral, que por todos lados ha cobrado auge a pesar de su propia y duradera crisis.

En fin, la conclusión rápida, que pienso es fundamental, es que hoy en México, en el umbral del siglo XXI, no existe un proyecto, una opción socialista organizada que tenga un mínimo de credibilidad. Hay evidentemente agrupamientos pequeños que quedan al margen de la corriente cardenista, que han sido muy sacudidos y golpeados por ésta, pero en realidad no logran reafirmarse y diferenciarse políticamente, ni tampoco pueden definir su perfil. La izquierda en México, como el movimiento obrero y de masas, no ha dejado de recomponerse de manera muy compleja en las últimas dos décadas y si no triunfan sus tendencias suicidas y en cambio se involucra en el movimiento de masas autónomo, sin mitos nacionalistas ni stalinistas, estará en condiciones para reanudar el camino hacia el porvenir y aprovechar los inmensos aportes de la marea democrática que cimbró a México en 1988 y renovó los aires de la atmósfera nacional.

4. ECONOMÍA DE MERCADO Y CRISIS DEL MARXISMO



Validez y utilización de la teoría marxista del valor

Alejandro Valle Baeza

INTRODUCCIÓN

En el libro *La economía política del socialismo factible*¹ Alec Nove analiza la necesidad de una economía política del socialismo habida cuenta que se considera es deseable y posible una sociedad superior al capitalismo. Nove afirma que no hay una economía política del socialismo; pero que es preciso construirla y el marxismo es indispensable para ello. En su análisis, frecuentemente dedicado a las cosas prácticas de la economía, la teoría marxista del valor tiene un papel decisivo. Muchas de las críticas a los países que se denominan o que se denominaban socialistas tienen que ver con la obvia ineficiencia económica y con su retraso con respecto a los países capitalistas avanzados. Una de las soluciones que se están impulsando para combatir el atraso en esos países es la mayor participación del mercado. Ello quiere decir asignarle un papel más activo a los precios. Sin embargo, es claro que el marxismo no ha resuelto satisfactoriamente la cuestión de los precios dentro de la teoría del valor. Las discusiones que el mismo Nove reseña son una buena muestra de ello. En la Unión Soviética se discutió sobre la vigencia de la "ley del valor" en su economía. Stalin afirmó que dicha ley sólo podía regular la producción en el capitalismo.² Los precios en la URSS deberían tener un papel solamente evaluativo del rendimiento. Posteriormente a la muerte de Stalin, se aceptó que debían fijarse los precios de manera "racional" de modo que se le agregaba un margen a los costos promedio. Más tarde se modificó ese criterio por el de un porcentaje sobre el valor del capital y se sostuvo que ello concordaba con "el precio de producción de Marx en el tomo III de *El capital*".³

Creemos que tanto para entender mejor al capitalismo, como para construir un socialismo diferente se requiere una teoría económica marxista mucho más desarrollada que la que hoy tenemos. Consideramos que hay algunos indicios claros de que se está avanzando en uno de los aspectos claves de la teoría económica marxista: la teoría marxista del valor (TMV). En este artículo comentaremos uno de esos avances y presentaremos un resultado propio que de ser correcto facilitará mucho la utilización y el desarrollo de la TMV. Veremos pues dos cuestiones: a) La TMV es una teoría comprobable de acuerdo a los cánones positivistas que nos rigen en nuestro mundo occidental y cristiano. Estas comprobaciones operan so-

¹ A. Nove, *La economía política del socialismo factible*, Siglo XXI de España y Pablo Iglesias ed., Madrid, 1987.

² Citado por A. Nove, *El sistema económico soviético*, Siglo XXI eds., México, 1982, p. 232.

³ *Ibid* p. 235.

bre agregados de mercancías, agregados en general determinados por dificultades prácticas que obligan a trabajar de esta manera, b) la obtención *gruesa* de los valores de mercancías individuales lo que, pensamos, tiene enormes posibilidades de aplicación al análisis concreto. Veremos pues cómo pueden obtenerse valores de mercancías específicas tales como maíz o trigo.

Si la TMV puede corroborarse de acuerdo a los cánones positivistas ello no es suficiente desde el punto de vista marxista; pero tampoco es deleznable.

1. UNA APRECIACIÓN DEL ESTADO ACTUAL DE LA DISCUSIÓN SOBRE LA TMV

Principalmente la TMV ha sido discutido como el problema de “la transformación de valores en precios de producción”. Cientos de artículos académicos han analizado la relación que hay entre los precios que les permitirían obtener a todas las industrias una rentabilidad uniforme (los precios de producción) y los valores de las mercancías. La discusión se ha dado con ciertas dificultades técnicas que no interesan a todos los economistas ni a todos los científicos sociales, pero sobre todo se ha dado en un tono excesivamente abstracto. Puede darle la impresión a muchas personas que la TMV es una discusión bizantina, o bien que se trata de una discusión entre filósofos con un alto grado de dificultad técnica.

Distanciándose de la discusión muy abstracta sobre la relación entre precios y valores han habido una serie de trabajos que nos permite hablar de la TMV de una manera mucho más “terrenal”. Veamos esto. Primero trataremos de aclarar por qué resulta complicado hablar de valor de manera accesible.

Trabajo incorporado

La primera dificultad que debe superarse para entender lo que es el *valor* y hablar en términos más concretos del valor es entender el concepto de trabajo incorporado, una especie de ancestro conceptual del valor formulado por David Ricardo. Recordemos que Ricardo⁴ enumeró unas ocho clases distintas de trabajos necesarias para producir medias y de cuyas cantidades dependerá el valor de cambio de dicho bien. Ricardo aclara que hay otros trabajos más a los que “huelga referirse” pero no tocó siquiera la cuestión de la circularidad de la producción: la elaboración de los barcos en los que se transporta el algodón precisa de éste último y de mercancías que también lo ocupan, etcétera.

⁴ “Primero es el trabajo necesario para cultivar el suelo donde crece el algodón; segundo, el trabajo de transportar el algodón hasta el país donde van a fabricarse las medias, operación que incluye una porción del trabajo utilizado durante la construcción del barco que lo va a transportar, porción incluida en los fletes de las mercaderías; en tercer lugar, el trabajo del hilandero y del tejedor; en cuarto, una parte del trabajo del ingeniero, del herrero, del carpintero que erigieron los edificios y construyeron la maquinaria con cuya ayuda se producen las medias; en quinto lugar, el trabajo del comerciante al menudeo y de muchos otros a los cuales huelga referirse.” D. Ricardo, *Principios de economía política y tributación*, FCE, México, 1973, p. 19.

Así resulta que el trabajo incorporado es un concepto más complejo de lo que parece a primera vista. *El trabajo incorporado en la producción de una mercancía depende del trabajo directamente gastado en su producción y del trabajo gastado en una multitud de bienes, los que pueden ser la totalidad de los productos de una economía nacional.* De manera que, generalmente, el trabajo incorporado en una mercancía puede conocerse sólo *simultáneamente* con la determinación del trabajo incorporado *en todas las demás mercancías.* El hecho anterior no es más que la expresión de la interdependencia de los trabajos en una sociedad mercantil. Debe destacarse la relación entre el problema de la determinación del trabajo incorporado y los problemas de insumo producto: por ejemplo, recordemos que la producción de una cantidad consumible o neta de cualquier mercancía usualmente requiere que se produzcan cantidades muy precisas de todos los bienes. El modelo de insumo producto sólo se planteó y resolvió hasta fines de los años cuarenta por Vasily Leontief y un equipo de trabajo.⁵ De manera que David Ricardo y Carlos Marx se enfrentaron a un problema que sólo mucho tiempo después de ellos quedó cabalmente planteado. La información básica reunida por primera vez por Leontief fue el cuadro de transacciones intersectoriales efectuadas en la economía estadounidense en el año de 1939. Por primera vez se conoció, con cierto nivel de agregación, cuánto compró cada sector de la economía a todos los demás en un año. Con esa información pudo calcularse que un aumento salarial del diez por ciento afectaría de manera desigual a la industria estadounidense. Por ejemplo, dicha elevación salarial implicaría un aumento de más del seis por ciento en la construcción y de menos del tres por ciento en el sector de elaboración de productos alimentarios.⁶ Leontief también calculó la cantidad de trabajo directo e indirecto que se requeriría para la producción de un millón de dólares de la economía estadounidense en cada rama en el año de 1947.⁷ Como ejemplo tenemos algunos de sus resultados que se muestran en el Cuadro 1.

Puede observarse que hay grandes diferencias entre las cantidades de trabajo directo y las de trabajo total (directo más indirecto) que se requerían para producir un millón de dólares. Tales diferencias provienen de que el trabajo total toma en cuenta lo que habrá que gastar para reponer, con la tecnología actual, los insumos consumidos en cada rama, el trabajo necesario para reponer los insumos consumidos en la producción de esos insumos, etcétera. Como se ve Leontief resolvió en términos cuantitativos lo que, mucho tiempo antes, Ricardo expresó verbalmente y eliminó los etcétera de la definición.

El trabajo total que la sociedad debe gastar para producir un millón de dólares de, digamos, motores de combustión interna es un dato del que puede derivarse el trabajo incorporado por unidad de valor de uso. Si se conoce la cantidad de trabajo

⁵ Leontief cita "The Economics of Industrial Interdependence", *Dun's Review*, febrero de 1946 en *Análisis Económico Input-Output*, Ed. Ariel (Demos), España, 1975.

⁶ W., Leontief, "Salarios, beneficios, precios e impuestos" (1947) en *Análisis Económico Input-Output*, Ed. Ariel (Demos), España, 1975, pp. 83-95.

⁷ W. Leontief, "Las relaciones entre los factores y la estructura del comercio estadounidense: nuevo análisis teórico y empírico" (1956) en *Análisis Económico Input-Output*, ed. cit., pp. 167-206.

CUADRO 1

Sector	Trabajo	
	directo	indirecto + directo
	(años-hombre/millón dólares)	
Extracción de minerales no ferrosos	222.37	295.1
Minera de azufre	64.55	76.4
Fabricación pulpa de madera	51.22	134.8
Altos hornos	25.62	170.4
Motores de combustión interna	87.54	203.6

socialmente necesario para la producción de una cantidad monetaria de determinada mercancía (un millón de dólares de motores de combustión interna); bastará dividir esa cifra entre el precio para saber el trabajo incorporado en una unidad física de producto. Hay dificultades cuando se trabajan agregados para tener un precio puesto que deberá ser un precio promedio, además el resultado será un tiempo medio; de cualquier manera parece que trabajo incorporado es un concepto muy tangible.

Valor y trabajo incorporado

Marx definió la mercancía como unidad de valor y valor de uso, sostuvo además que el valor de cambio era la forma de manifestación necesaria del valor. El valor de Marx y el trabajo incorporado de Ricardo son conceptos próximos pero no iguales. Las diferencias están en que Marx nunca perdió de vista que lo que se está analizando son las relaciones entre los hombres. De manera que no debe pensarse en que una operación como la contabilidad del tiempo de trabajo gastado por la sociedad en la producción de las distintas mercancías es un problema exclusivamente técnico; sino que es un problema que se resuelve dependiendo de las relaciones de producción que los hombres establecen entre sí. Existen, pues, distintas formas históricas de solución de los problemas económicos. Por ejemplo, en las sociedades capitalistas se contabilizan los trabajos que tienen rendimientos diferentes de acuerdo a la eficacia promedio. Esto se hace cuando se vende un producto a un precio uniforme a pesar de que haya sido elaborado en condiciones muy diversas. Con dicha solución los productores más eficientes resultan beneficiados y castigados los menos productivos, sin importar las razones de las diferencias. Así se tratan con el mismo rasero-las diferencias en productividad debidas a las distintas laboriosidades de los productores o a la desigual fertilidad de la tierra. Como esta cuestión, están otras: el tratamiento de la calificación del trabajo, la distinción entre trabajo productivo e improductivo. De manera que Marx⁸

⁸ Mishio Morishima destacaba que la contabilidad en valor es "observable" ya que no es más que cálculos en términos de empleo, *Marx Economics*, Cambridge University Press, Gran Bretaña, 1973, p. 20.

cuando se refirió al valor siempre enfatizó que se trataba del trabajo socialmente necesario: recordemos la definición de *magnitud de valor* de Carlos Marx:

Es sólo la cantidad de trabajo socialmente necesario pues, o el tiempo de trabajo de trabajo socialmente necesario para la producción de un valor de uso lo que determina su magnitud de valor [...] En cuanto valores, todas las mercancías son, únicamente, determinada medida de tiempo de trabajo solidificado.⁹

En rigor el trabajo incorporado de Ricardo es un concepto indeterminado, Marx no cometió ese error aunque no puede asegurarse que la definición de valor de él sea suficiente para cualquier problema. Lo que queremos aclarar aquí es que el trabajo empírico no puede rehuir los aspectos tratados por Marx. Así, por ejemplo, si se sumaran trabajos de distinta calificación se estaría considerando que todo el trabajo es no calificado. Podemos decir que lo único que puede observarse es algo semejante al valor de la TMV y por lo tanto es lo que encontraremos en los trabajos empíricos aunque sea de manera grosera.

2. COMPROBACIÓN DE LA TMV

Entre las comprobaciones empíricas de la TMV está el pionero trabajo de Anwar Shaikh, *The transformation from Marx to Sraffa*¹⁰ donde utilizó datos de W. Leontief para comprobar para la economía estadounidense de 1947 que había una fuerte correspondencia entre valores y precios de mercado que arrojó un coeficiente de correlación múltiple de 0.95814. Shaikh con datos de Edward Wolff constató que para 1967 la correlación (R^2) entre *la producción ramal en términos de valor y en precios de mercado fue de 0.94894*. De manera análoga, Shaikh examina un trabajo de Graziella Marzi y Paolo Varri¹¹ quienes proporcionan datos para comprobar la correspondencia entre precios de producción y valores para la economía italiana en los años de 1959 y 1967. Analizando los precios de producción que corresponderían a una tasa de ganancia de 40 por ciento Shaikh encuentra una correlación R^2 con los valores de 0.866 para 1959 y de 0.920 para 1967. La conclusión de Shaikh es muy clara: hay una fuerte correspondencia entre precios y valores que puede medirse con el coeficiente de correlación. De manera que hay un sólido apoyo empírico para la TMV.

Pavle Petrovic¹² efectuó un análisis similar al de Shaikh con datos de la economía yugoslava para los años de 1976 y 1978. El estudio de Petrovic abarca diversas clases de precios (producción, precios de mercado, etcétera) y valores. El yu-

⁹ C. Marx, *El capital*, t. I, v. 1, Siglo XXI eds., México, 1981, pp. 48-49.

¹⁰ A. Shaikh, "The transformation from Marx to Sraffa", en Ricardo, Marx, Sraffa, Mandel, E. y A. Freeman, A. eds., *Verso Books*, 1984, pp. 43-84.

¹¹ G. Marzi, y P. Varri, *Variazioni di produttività nell'economia italiana: 1959-1967*, Bologna citado por A. Shaikh, op. cit.

¹² P. Petrovic, "The deviation of production prices from labour values: some methodology and empirical evidence", *Cambridge Journal of Economics*, 1987, v. 11, pp. 197-210.

CUADRO 2

Desviación entre la participación sectorial en valor y en precios corrientes

Año	DCM en %
1976	11.84
1978	11.80

goslavo empleó una medida de desviación entre precios y valores (la desviación cuadrática media) y llegó, por ejemplo, a los resultados del Cuadro 2.

El yugoslavo concluyó que hay una sólida base empírica para la proposición ricardiana de que una variación de 1 por ciento en los beneficios ocasionaría una variación de ese orden en los precios relativos de las mercancías; y como —según Ricardo— los cambios en los beneficios no excedían el 6 por ciento o el 7 por ciento la teoría ricardiana del valor sería que el trabajo incorporado determina un 93 por ciento de los precios.

Otro trabajo sobre el tema es el de Eduardo Ochoa¹³ quien analiza todos los datos disponibles sobre la economía estadounidense para verificar la TMV. Ochoa nos presenta los siguientes resultados y los contenidos en el Cuadro 3:

$$DAM(p, d) = \frac{1}{n} \sum \frac{|p_i - d_i|}{d_i}$$

La conclusión de Ochoa es que tanto los precios de producción como los precios de mercado están notablemente próximos a los valores de las mercancías en la economía estadounidense de posguerra.¹⁴

Yo propongo un método para verificar la correspondencia entre valores y precios corrientes que no precisa como todas las verificaciones anteriores de datos de insumo producto.¹⁵ Los datos necesarios son la participación en el empleo y en el valor agregado monetario de las distintas ramas. He probado que para el caso de capital circulante puro si $li = yi$ para todo i implica que:

$$P = \alpha M$$

donde li es la participación en el empleo de la rama i , yi es la participación en el PIB de la rama i , P es el vector de precios corrientes y M es el vector de valores trabajo. De ahí se sugiere que la correspondencia entre li e yi sirva como indicador de la correspondencia entre P y M .

Aprovechando la disponibilidad de datos he utilizado este método indirecto para analizar anualmente la manufactura estadounidense de posguerra. Mis con-

¹³ E. Ochoa, "Values, prices, and wage-profit curves in the US economy" *Cambridge Journal of Economics*, 1989, v. 13(3), pp. 413-429.

¹⁴ *Ibid*, p. 425.

¹⁵ A. Valle, *Valor y precio: una forma de regulación del trabajo social*, Facultad de Economía (Economía de los 90), México, 1991.

CUADRO 3

Relación entre precios de producción y de mercado con los precios valor en la economía de EUA

Año	Desviación absoluta media	
	Precios	
	producción	mercado
1947	18.5	19.9
1958	13.1	11.8
1961	12.7	12.1
1963	12.6	11.8
1967	13.7	10.8
1968	13.2	10.7
1969	12.8	10.2
1970	12.5	10.3
1972	13.0	12.0
Promedio	13.6	12.2

clusiones refuerzan las encontradas por los autores que han analizado la economía estadounidense. En la Gráfica 1 se muestran los resultados de la desviación absoluta media entre l_i e y_i para la industria manufacturera pesada con l_i a la que se denomina N y otra desviación absoluta media ponderada con y_i que se denomina Z .

La conclusión es clara: la TMV es una teoría que puede ser comprobada de acuerdo a los cánones del positivismo. Esto como sabemos es un gran paso, aunque desde el punto de vista marxista no sea suficiente ya que el criterio de la práctica es el decisivo.

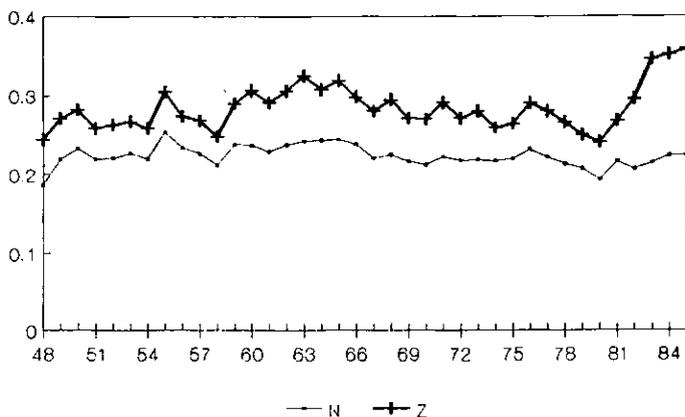
3. UN SEGUNDO VISTAZO A LAS COMPROBACIONES DE LA TMV

Todas las comprobaciones de la TMV se enfrentan a dificultades que han sido discutidas innumerables veces en trabajos teóricos, para señalar algunas: a) la distinción entre trabajo productivo del que no lo es; b) la reducción de trabajo calificado a trabajo no calificado; c) las diferencias en la intensidad del trabajo y, d) la forma de contabilizar el capital fijo. Cada uno estos problemas podrá ser resuelto satisfactoriamente según se avance en definir la utilidad de los resultados, aunque de acuerdo a la llamada quinta ley de la termodinámica los resultados cuantitativos nunca concuerdan exactamente con las leyes.

La obtención gruesa de valores a partir de los precios

Todos los métodos empleados para corroborar la TMV, excepto el mío, obtienen valores a partir de información de insumo producto recabada en términos de pre-

GRÁFICA 1

Estados Unidos de América 1948-85
Manufactura desv. abs. med. N y Z

cios, se trata de una “transformación inversa” que debe efectuarse a *nivel de toda la economía*. A continuación discutiremos otra aproximación al problema de la transformación inversa sólo que a *nivel de una mercancía*. Es un procedimiento grueso que nos permitirá llegar a conclusiones claras sólo en determinados casos, por ejemplo comparando los valores de una mercancía entre países con productividades muy diferentes. Nuestro procedimiento será también aplicable para tener una idea del orden de magnitud de los cambios en el valor cuando analicemos un periodo largo. Antes de introducirnos al problema propiamente dicho veremos un concepto indispensable.

Definición de expresión dineraria del valor

Un concepto sumamente útil para utilizar la teoría marxista del valor (TMV) es el de *expresión dineraria del valor*¹⁶ que sería *el nombre en dinero del valor* o la relación entre la producción de una economía nacional en dinero y el valor de esa misma producción en términos de valor trabajo en el tiempo t :

¹⁶ Este concepto fue propuesto por Marx en el tomo I de *El capital*: “Supongamos que en 1 quarter de trigo y en 2 libras esterlinas (aproximadamente 1/2 onza de oro) se representa una magnitud igual de trabajo socialmente necesario. Las L 2 son expresión dineraria de la magnitud de valor que representa el quarter de trigo, o sea su precio”. K. Marx, *El capital*, t. I, Siglo XXI eds., México, 1981, p. 124. Un autor contemporáneo que utiliza un concepto análogo es Michel De Vroey “Value, Production, and Exchange” en *The Value Controversy*, Verso Books, Gran Bretaña, 1980, pp. 173-201.

$$\alpha_t = \frac{\sum U_i p_{it}}{\sum U_i m_{it}} \quad (1)$$

donde U_i es la cantidad de la mercancía i producida en el tiempo t en unidades físicas, p_{it} es el precio de esa misma mercancía y m_{it} es la magnitud de valor correspondiente.

Podemos escribir un precio cualquiera:

$$p_{it} = \alpha_i \beta_{it} m_{it} \quad (2)$$

donde p_{it} es el precio de mercado de la mercancía i en el tiempo t ; β_{it} engloba tanto las desviaciones sistemáticas (entre los precios valor y los precios que resultan de la formación de la ganancia media y de la renta) como las aleatorias debidas al mercado; m_{it} es el valor de la mercancía i en el tiempo t .

Cuando se analizan los precios valor es claro que la proporción entre precios valor y el valor es la expresión dineraria del valor, si una mercancía tiene un valor de 10 años hombre y su precio valor es de 20 pesos significa que el "nombre" del trabajo de un hombre durante un año es "dos pesos". Si otra mercancía tiene un valor de 20 años hombre su precio valor deberá ser 40 pesos. Sin que cambiara el valor de ambas mercancías podría ocurrir que el nombre en dinero del valor se modifique; por ejemplo, de 2 pesos/año hombre (\$/aH) a 15 \$/aH. Entonces los respectivos precios deberán ser 150 \$ y 300 \$. Decir que el precio de la mercancía 1 aumentó de 20\$ a 150\$ puede significar dos cosas distintas: a) un aumento de la expresión dineraria del valor de 2 a 15 o, b) un aumento del valor de la mercancía de 10 aH a 75 aH. Sólo conociendo la expresión dineraria del valor podría distinguirse entre ambas situaciones. Sin embargo, una idea de Marx acerca de la relación entre valores y precios es que aunque hay desviaciones considerables entre los precios corrientes y los precios que serían exactamente proporcionales al valor de las mercancías el valor "domina" al precio.

La idea precedente puede precisarse un poco más: cuando dos mercancías distintas tienen valores muy diferentes las desviaciones β_{it} generalmente tienen poca importancia. Un automóvil cuesta más trabajo social que un kilogramo de maíz y por ello sus precios deben expresar ese hecho; a pesar de las fluctuaciones de la oferta y la demanda o de las discrepancias sistemáticas atribuibles a la renta territorial o a las distintas composiciones orgánicas con las que se produce una u otra mercancía. De la misma manera si analizamos el valor de una mercancía producida en dos países con niveles productivos muy distintos, como por ejemplo México y los Estados Unidos de América podremos despreocuparnos de las distintas composiciones orgánicas con las que se produce en ambos países o relegar en el análisis las diferencias de tasa de ganancia, etcétera.

4. COMPARACIÓN ESPACIAL DE PRECIOS Y VALORES

Analicemos los precios para el mismo tiempo t en dos países A y B para la misma mercancía:

$$p_A = \alpha_A \beta_A m_A$$

$$p_B = \alpha_B \beta_B m_B$$

el cociente de sus precios será:

$$\frac{p_A}{p_B} = \frac{\alpha_A \beta_A m_A}{\alpha_B \beta_B m_B}$$

supongamos que las diferencias entre los valores A y B son considerables y que eliminamos los efectos de las expresiones dinerarias del valor α_A y α_B sobre los precios, la TMV afirma que las magnitudes β_i son relativamente menores. De manera que dividiendo un precio cualquiera entre la expresión dineraria del valor tendríamos el valor aproximado de las mercancías y podríamos comparar la productividad en el país A con la del país B para el caso de la mercancía analizada.

Por otro lado, si denotamos con U^*_A el vector renglón correspondiente a la canasta formada por la demanda final en el país A y si U_A denota la canasta formada por todos los bienes en el país A (la producción bruta), podemos considerar a α^*_A una aproximación a la expresión dineraria del valor α_A :

$$\alpha^*_A = U^*_A p_A / U^*_A M_A$$

donde M_A es el vector columna con los valores de las mercancías.

Como se ve la expresión anterior sería el valor *agregado por hombre ocupado* en el país A . De manera que podremos dividir cualquier precio entre α_A y así obtener una *aproximación guesa* al valor de una mercancía. De manera análoga, el valor agregado por hombre ocupado será un coeficiente con el que se podrán conocer los valores de manera aproximada en el país B .

Hagamos un ejercicio para México y los Estados Unidos de América con las ideas anteriores. Tomemos una mercancía que no ofrece muchas dificultades para su comparación, el trigo. En el Cuadro 4 tenemos los datos pertinentes. Es notable que los precios al mayoreo son del mismo orden de magnitud que la tasa de cambio de cada año. Sin embargo ello no significa que un trabajador mexicano pudiera comprar la misma cantidad de trigo con una hora de su trabajo que un obrero estadounidense. Si comparamos los ingresos por hombre empleado en México con los de EU a la tasa de cambio vigente encontramos: a) que los precios son del mismo orden de magnitud para un cierto conjunto de mercancías, b) los ingresos por hombre empleado son muy diferentes.

Estáremos constatando que *los precios se han equiparado en el mercado mundial, pero los valores nacionales son muy distintos*. Aquí estamos viendo cómo puede utilizarse la distinción entre valor y precio que hace la TMV. Lo que observamos mediante esta distinción es análogo a lo que ocurre dentro de una industria compuesta por empresas productoras del mismo valor de uso pero con diferentes costos dentro de una misma economía nacional: los precios son iguales pero los tiempos de trabajo individualmente gastados en la producción difieren por lo que los ingresos serán desiguales. Al utilizar en esta última comparación los ingresos o

CUADRO 4

Valores relativos del trigo en México y en EUA, 1950-79

Precio \$/kg.	EUA		Precio \$/kg.	México		Val. rel.	
	Expr. Valor \$10 ³ /aH	Valor aH10-6 /kg 3 = 1/2		Expr. Valor \$10 ³ /aH	Valor aH10-6 /kg 6 = 4/5		7 = 6/3
(1)	(2)		(4)	(5)			
50	0.71	5.93	0.014	0.69	5.02	0.14	9.97
55	1.04	7.73	0.011	1.11	9.24	0.12	11.21
57	1.01	8.08	0.010	1.12	11.45	0.10	9.80
58	0.93	8.46	0.009	1.26	12.33	0.10	11.62
59	0.91	8.93	0.008	1.20	12.82	0.09	11.51
60	0.91	9.11	0.008	1.23	14.08	0.09	10.88
61	0.92	9.46	0.008	1.22	15.09	0.08	10.34
62	ND	9.91	ND	1.20	16.05	0.07	ND
63	1.00	10.31	0.008	1.32	17.62	0.07	9.67
64	0.86	10.80	0.006	1.31	20.53	0.06	9.99
65	0.72	11.27	0.005	1.34	22.08	0.06	11.94
66	0.82	11.69	0.006	1.21	24.20	0.05	8.90
67	0.77	12.02	0.005	1.22	26.12	0.05	9.16
68	0.67	12.79	0.004	1.25	28.54	0.04	10.39
69	0.64	13.45	0.004	1.24	31.13	0.04	10.49
70	0.68	14.27	0.004	1.24	34.48	0.04	9.43
71	ND	15.58	ND	1.21	36.80	0.03	ND
72	ND	16.71	ND	1.23	41.21	0.03	ND
73	1.64	17.90	0.007	1.25	47.83	0.03	3.56
74	2.15	19.11	0.009	1.37	61.44	0.02	2.48
75	1.75	21.23	0.007	1.83	71.93	0.03	3.86
76	1.92	22.97	0.005	1.98	88.17	0.02	4.21
77	2.11	24.78	0.004	2.27	113.89	0.02	5.32
78	2.65	26.66	0.004	2.66	138.77	0.02	4.39
79	3.33	28.80	0.005	3.22	173.53	0.02	3.66

Fuentes: para EUA 1950-70 *Historical Statistics of the United States Colonial Times to 1970*. Para los años posteriores *Statistical Abstract of the United States*. El precio se puso en pesos por kilogramo para facilitar la comparación, en tanto que la expresión del valor está en miles de dólares por año hombre. Para México INEGI, *Estadísticas históricas de México*. Para 1950-69 la expresión del valor se calculó como PIB/hombre ocupado (en miles de pesos por año hombre). Posteriormente fue PIB/hombre remunerado.

ND = no hay el dato

Los datos impresos están redondeados a menos cifras que las empleadas para los cálculos.

valores añadidos por hombre en vez de los salarios estamos eliminando la posibilidad de que se den distintas tasas de plusvalía. Estamos procediendo de igual manera en nuestras comparaciones entre la economía mexicana y la estadounidense.

Puede verse que por ejemplo la expresión dineraria del valor para EU en el año de 1950 era de 5 930 dólares por año-hombre de trabajo y para ese mismo año esa variable para México era de 5 020 pesos por año-hombre. De manera que un mismo precio de, digamos 0.69 pesos por kilogramo de trigo en México y en EU; significa cosas muy diferentes en cada uno de los dos países: un trabajador mexicano que obtuviera un ingreso promedio igual al PIB promedio compraría, si lo gastara íntegramente en trigo, aproximadamente 10 veces menos que un trabajador estadounidense similar. Esas eran las diferencias de productividad entre ambos países por lo que hace al trigo y se redujeron a cerca de 3.7 veces para 1979. Ello ocurrió así porque el valor unitario del trigo en EU se redujo en 1979 a un 35.7 por ciento del de 1950; esa reducción en México fue de 14.3 por ciento. Ver Cuadro 4.

Los datos muestran una diferencia clara entre los valores relativos en ambos países que corresponde a nuestra percepción sobre la distancia entre la riqueza por hombre ocupado que hay entre México y EU. *Estamos explicando mediante la TMV por qué aunque se igualan precios en el mercado mundial se diferencian los ingresos por trabajador ocupado.* Hay desde luego muchas preguntas que pueden hacerse a partir de los resultados anteriores, una puede ser: ¿por qué aumenta el valor del trigo en los EU a partir de 1970, mientras que en México siguió disminuyendo? Como esa habría que plantear y tratar de responder otras, pero no pretendemos analizar aquí las cuestiones de la agricultura triguera de los dos países¹⁷ sino mostrar que un análisis muy simple puede arrojar resultados que son por lo menos muy sugerentes. Nuestro propósito ha sido ilustrar que es posible utilizar el valor en el análisis concreto. Nos parece que a pesar de lo grueso de la conversión de precio a valor del trigo se muestra con claridad por qué es crucial la distinción entre valor y precio. Supongamos que son correctos nuestros resultados y que lo que encontramos para el trigo se aplique para un grupo considerable de mercancías, entonces podremos plantear una serie de problemas relevantes: ¿cómo es posible que con diferencias de productividad tan grandes la economía mexicana se abra a la competencia externa?, ¿puede la TMV responder a la pregunta de cuáles son las ventajas o las desventajas del comercio exterior? ¿La apertura comercial se decidió en todos los países, incluidos los otrora llamados socialistas, con base en alguna teoría y si fue así en cuál? También podría analizarse qué está ocurriendo en algunos sectores de la economía, detectar sectores retrasados con respecto a la dinámica global de una economía nacional.

Los elementos discutidos en este trabajo parecen indicar claramente que a pesar de las críticas a la TMV, ésta puede desarrollarse y con ella la "economía política del socialismo factible" tendrá un importante punto de apoyo.

¹⁷ Obtuvimos resultados similares para el maíz.

El desplazamiento del problema del mercado y la recuperación de Marx

Etelberto Ortiz, Federico Manchón y Mario L. Robles

El propósito de nuestro trabajo es mostrar cómo a partir de una situación paradójica, la crisis actual del socialismo, se encuentra una de las circunstancias más apropiadas para una recuperación crítica, pero con grandes perspectivas, del marxismo. La situación la consideramos paradójica, puesto que ocurre en medio de una serie de hechos que nos la presentan llena de contradicciones, que la hacen sumamente interesante. En particular llama nuestra atención que después de más de cincuenta años de “negar” el mercado, de pronto todos se plantean una vuelta “de luces” al mercado, como si fuera el paraíso perdido.

Nos proponemos mostrar que:

1. De hecho, de 1930 a 1980, en el plano de la teoría económica se vivió en un mundo de negación del mercado, tanto en un nivel de desarrollo teórico básico, como en el de la praxis de política económica;

2. La “vuelta al mercado”, en la teoría, es como la entrada a un túnel desconocido, que en el rescate del pensamiento de Marx puede constituir una luz de indudable importancia.

Estos dos hechos contrastan con un desarrollo de la realidad económica caracterizada por: a) la crisis de los años setenta, b) la recuperación de las economías desarrolladas sobre la base de un nuevo patrón de estructuración productiva y de mercado, c) la crisis de los países socialistas. Ello nos indica una importante reestructuración económica global.

En nuestra ponencia pretendemos esencialmente presentar: la forma en que el problema del mercado fue desplazado del pensamiento económico contemporáneo y algunos de los aspectos que hoy son críticos al entendimiento de las economías de mercado, y sobre los cuales encontramos líneas de indudable importancia en el marxismo.

1. EL DESPLAZAMIENTO DEL MERCADO

De 1930 a 1980, desde el ejercicio de la política económica, tanto en países capitalistas como socialistas, se vive una serie de modelos que propugnan intervenciones del Estado, en una forma u otra y con diferentes alcances, las cuales pretenden justificarse en la afirmación de la incapacidad de los mercados de autorregularse.

Las corrientes más importantes que comparten la proposición de incapacidad de autorregulación del mercado son el keynesianismo, la economía neoclásica or-

todoxa, las concepciones sobre el desarrollo y las nociones asociadas a la construcción del socialismo.

a) Es claro que el caso más evidente es el keynesianismo común. El punto de partida es la incapacidad de la economía de mercado para lograr el pleno empleo lo que impone la necesidad de intervención del Estado a fin de evitar caídas drásticas del nivel de ingreso y empleo. Una parte importante del análisis keynesiano descansa en un mecanismo de precios sujeto a limitaciones: los ajustes en cantidades son más rápidos y fáciles que los ajustes en precios. Esto crea la imagen de estructuras de mercados que carecen de la flexibilidad necesaria para operar razonablemente.

b) Un caso menos evidente es el de las políticas de corte neoclásico ortodoxo. En términos genéricos el punto central de estas corrientes es la idea de que las políticas fiscal y monetaria deben formularse de tal manera que interfieran lo menos posible en la economía real, es decir que no afecten el mercado. Este último debería regirse por la “ley de Walras”, que es una proposición teórica fundamental. Cualquier acción que interfiera los mecanismos de mercado inducirá a los agentes a tomar decisiones equivocadas en la asignación de los recursos de que disponen. El punto de extrema debilidad en este argumento se observa en la dificultad de establecer un relación clara entre lo monetario y lo “real”. Esta debilidad hace que la teoría del equilibrio general de ascendente walrasiano no nos de una imagen clara del mercado, y tan sólo proporcione una metáfora del mercado. Es interesante observar que, en general, entre los economistas neoclásicos no parece haber conciencia sobre las implicaciones de estas limitaciones. Los mejores economistas neoclásicos que comprenden este problema destacan las siguientes implicaciones para el análisis de política económica:

- se da una dicotomía entre el mundo “real” y el monetario,
- no existe un sólo modelo de política macroeconómica que tenga una buena base microeconómica, por tanto jamás se tiene certeza sobre el tipo de respuesta, ni sobre las razones que puedan llegar a fundarla, de los agentes que reaccionan ante diversos estímulos,
- los conceptos que dan sustento a la política económica ortodoxa, hoy en día, están llenos de contradicciones y sólo los mantiene juntos cierto “empirismo” sobre aspectos en los que se logran consensos corporativos (por ejemplo el “pacto”).

c) Un tercer paquete de teoría en el que encontramos un desplazamiento del problema del mercado es la muy rica literatura sobre desarrollo. En América Latina destaca el enfoque estructuralista y el conjunto de nociones que en un momento dado dieron sustento a las concepciones del desarrollo endógeno a partir de los cuarenta.

El núcleo conceptual que les da origen es la idea de que el subdesarrollo implica que los mercados en los países atrasados no pueden funcionar de manera eficiente. Se los considera rígidos e incapaces de generar circuitos virtuosos de acumulación, mayormente distorsionados no por elementos externos, sino porque los agentes participantes adoptan acciones que limitan el funcionamiento del sistema de precios. En consecuencia, se postula que el desarrollo requiere de una firme intervención y orientación del Estado, a fin de poner en movimiento las fuerzas que puedan conducir a romper inercias y limitaciones que impiden a los

mercados operar adecuadamente. Una versión más radical de ese punto de vista es el que propone que dentro del capitalismo es imposible alcanzar el desarrollo en los países de industrialización tardía. La razón estaría en la incapacidad, tanto de las acciones de los capitalistas como de las acciones de los Estados, para abrirle al país un lugar en un mundo controlado por las empresas transnacionales. La idea es que el desarrollo es inalcanzable a través de la acción del mercado y, en consecuencia, no es necesario ocuparse ya de su operación. Lo que se considera importante son las acciones que se puedan realizar para establecer un proceso de desarrollo autónomo. Lo desafortunado del caso es que las políticas que se desprendieron de estos enfoques no condujeron, al final de cuentas, a un rompimiento definitivo con la esfera capitalista y no puede descartarse que hayan contribuido a las situaciones de entrapamiento del desarrollo de los países en que tuvieron predicamento. Adicionalmente estos enfoques condujeron a dejar de lado la investigación y el análisis sobre los desarrollos que resultan del proceso de acumulación a nivel mundial, proceso que tiene por base las economías de mercado. En consecuencia tenemos una reconfiguración de complejas estructuras de economías de mercado respecto de las cuales nuestro conocimiento es muy pobre. Esto ha llevado a que instituciones que llegaron a ser líderes en propuestas de políticas alternativas, como lo fue la CEPAL, permanezcan mudas frente al neoliberalismo actual.

d) Por otra parte, y con dinámica propia, tenemos el enfoque que da sustento a las tentativas desarrolladas para construir una sociedad socialista. En ellos se plantea de manera expresa un modelo alternativo a la economía de mercado. A este se lo identifica con la anarquía de acciones irracionales de los capitalistas en su búsqueda desordenada por maximizar sus ganancias. Esas acciones suelen verse asociadas al desperdicio y al mal uso de los recursos, acciones que necesariamente descansan en la explotación de la fuerza de trabajo.

La respuesta adecuada consistiría en una asignación de recursos, fundada a su vez en una racionalidad que garantice el crecimiento de la producción y permita suministrar los bienes necesarios para el bienestar de la sociedad, en particular de los trabajadores. Curiosamente el modelo típico de planeación científica con el que se presenta este proceso, el de Langei-Taylor, tiene una similitud y un paralelismo notables con el modelo neoclásico de equilibrio general. En efecto, los modelos de planificación descansan en una visión de "lo real", es decir de balances de materiales y de mano de obra, que nada nos dice sobre la designación monetaria de sus magnitudes. Este énfasis condujo a que muchos economistas marxistas consideraran como estructural y fundamental en los procesos económicos a las magnitudes físicas y sus proporciones, estimando que éstas podían ser definidas independientemente de lo monetario, a lo que consideraban secundario.

Desde nuestra perspectiva, las experiencias de política económica antes referidas, así como sus fundamentos teóricos, pueden reducirse a dos troncos básicos en la interpretación sobre la economía de mercado: 1) el desarrollo de la teoría neoclásica del equilibrio general y 2) el desarrollo del marxismo.

1) Es indudable que la teoría neoclásica del mercado logra su mejor momento desde principios de los años treinta hasta finales de los años setenta. Este desarro-

llo descansa de manera crucial en los modelos walrasianos de equilibrio general. La estructura lógica de su construcción exige los siguientes postulados:

- los agentes son individuos aislados que entran en relación a través de los intercambios,
- en estos intercambios los agentes se guían exclusivamente por sus gustos (funciones de utilidad) y por sus escaseces (las limitaciones de sus dotaciones, es decir la restricción de presupuesto),
- es posible definir una solución (teorema de existencia) que, de conformidad con las condiciones anteriores, resulta ser expresión de la conducta racional de los agentes (principio de maximización de las ganancias y minimización de los costos),
- esta solución, que es única, sólo puede ser alcanzada siempre y cuando se adopte un supuesto extremo que, sin embargo, contradice las dos primeras condiciones antes referidas: todos los bienes deben ser sustitutos en todas las canastas posibles de consumo (supuesto de sustituibilidad bruta en todas las funciones de utilidad),
- la solución es identificable y única sólo si es posible formular y resolver el problema como si no se dieran operaciones en el mercado, salvo aquellas que corresponden con la solución de equilibrio general. En consecuencia, la única posición en las relaciones de oferta y demanda que puede ser determinada es aquella en que se da el equilibrio, el que una vez identificado implica la desaparición de las funciones de oferta y demanda,
- como es sabido esta solución descansa en la utilización de una figura teórica, el subastador walrasiano, figura mítica que permite que se socialicen las expresiones de demanda y oferta de todos los agentes, y que de ese desorden surja una solución que es la solución racional. En cualquiera de los mercados el subastador walrasiano opera como una caja negra, respecto de la cual es posible percibir un profundo malestar entre los economistas neoclásicos.

Estas limitaciones están presentes tanto en el enfoque tradicional del modelo Hicks-Samuelson como en la versión moderna Arrow-Debreu. De ello se desprende que el problema central de la teoría de los precios, es decir, la forma en que los agentes económicos se socializan a través del mercado, queda sin explicación. Lo único que se nos da es una figura metafórica, que de ninguna manera puede ser tomada como una explicación de los procesos a través de los cuales se da realmente la socialización en la economía mercantil.

Las consecuencias de esta imagen carente de un contenido teórico que explique la naturaleza del mercado son sumamente importantes. Buena parte de las críticas se han generado en el interior mismo del campo neoclásico, originando un serio debate, del que podemos extraer lo siguiente:

- no es posible entender los precios fuera de la posición de equilibrio, siendo siempre las conductas de los agentes errores, situaciones en las que las fuerzas del mercado han desaparecido;

- se puede explicar un punto de equilibrio u otro, más no se puede decir nada respecto al movimiento desde el uno hacia el otro, por lo que no pueden entenderse los problemas dinámicos de los mercados;
- las operaciones en equilibrio parecen operaciones de trueque, aunque, sin embargo, está demostrado que bajo condiciones de trueque el modelo de intercambios generalizados se torna contradictorio, puesto que si se incorpora el dinero únicamente como medio de cambio, resulta que para que el dinero funcione debe tener un precio positivo, no obstante lo cual en equilibrio su precio sería cero, es decir resultaría expulsado de la economía, situación claramente contradictoria con una economía mercantil;
- el capital resulta un concepto inidentificable: no se sabe qué es –cosa o dinero o ambos–, ni se sabe cómo medirlo;
- los modelos macroeconómicos se construyen partiendo de agregados indeterminados desde la teoría microeconómica, que es la que se supone que les da coherencia, con lo que siempre operan sobre supuestos extremos o contradictorios, como la neutralidad del dinero, la igualdad de todos los agentes frente al mercado, etcétera;
- una imagen de la economía que resulta formada por individuos libres, cuyas acciones en el mercado dan sustento a un modelo de democracia: los votos en el mercado deciden la orientación de la economía.

2) Por su parte el marxismo parece haber estado dominado por tres preocupaciones, las cuales no dejan espacio para una reflexión y crítica sobre el análisis del mercado.

En primer lugar tenemos la controversia sobre la relación entre valores y precios de producción, el tristemente célebre problema de “la transformación”. El problema está en el corazón del modelo de Marx. Lo que resulta inaudito es que este problema hasta ahora no ha permitido una profundización del conocimiento de la economía mercantil. Es decir, la manera en que se ha abordado ha producido más una desmovilización que un impulso del conocimiento. En general tenemos dos maneras de aproximación:

- la búsqueda de un modelo formal en el que la transformación de la estructura del valor en la de los precios sea una conversión cuantitativa a través del axioma de la tasa uniforme de ganancia, búsqueda que bien puede identificarse con una suerte de marxismo ricardiano;
- o las versiones en las que se da una definición independiente de cada una de las dos estructuras, careciendo en consecuencia de relación, o dándose entre ellas una relación que no es más que una antinomia irresoluble.

En realidad, ambos puntos de vista resultan insuficientes para definir una aproximación congruente a la teoría de la socialización mediante el mercado. Lo esencial es que se deja de lado el carácter capitalista de las relaciones sociales a través del mercado, determinación que es un problema central en la aproximación marxista a una explicación del mercado capitalista.

En segundo lugar tenemos una visión en la que predomina la preocupación por el monopolio y el capital financiero. Indudablemente estas son características importantes del capitalismo de nuestro tiempo que nadie debe ignorar. No obs-

tante, la justa preocupación por estos fenómenos conduce a una visión que ha limitado el desarrollo del marxismo. Nos referimos a la noción de que la existencia y predominio de monopolios implica la negación de la ley del valor, cual si esta descansara en un modelo de competencia perfecta de tipo neoclásico.

La dificultad con este enfoque es que se limitó a postular la inoperatividad de la ley del valor, postulado que obvió demostrar, para sustituir a la ley del valor por un mercado en el que privan las decisiones autónomas y arbitrarias de los monopolistas, como si no existieran límites a las acciones de unos dadas las acciones de los otros, es decir olvidando lo fundamental de cualquier enfoque teórico en economía: las relaciones de interdependencia recíproca. Esta visión nos deja la imagen de una suma de monopolios, no la de una estructura de relaciones a través del mercado. Como se ve, con ello nos quedamos, una vez más, sin teoría del mercado. La construcción de la teoría del capital en Marx permite refutar estos puntos de vista.

Por otra parte, la presencia de la relación con el capital financiero es un hecho reconocido por economistas de toda clase. Las razones por las cuales la asociación de los monopolios con el capital financiero acentuaría la desaparición de las relaciones mercantiles son aún menos claras, y no conocemos ningún trabajo que, desde el marxismo, permita una explicación consistente de las nuevas estructuras. Otro enfoque que debe tenerse en cuenta cuando consideramos al marxismo contemporáneo es el del capitalismo monopolista de Estado. Aquí, a la existencia predominante de los monopolios se asocia un modelo de intervención del Estado en la economía en un grado tan considerable, que el Estado termina asumiéndose como una forma más del capital, haciéndose indistinguibles capital, mercado y Estado. La consecuencia es que nos deja un enfoque que no permite una visión crítica del quehacer de aquello que parecía su principal objeto de preocupación, el Estado.

2. EL MARXISMO ACTUAL FRENTE AL ANÁLISIS DEL MERCADO

Hoy nos encontramos con una paradoja: de una parte el embate neoliberal nos presenta una “gran imagen” de las virtudes del mercado frente al gran fracaso de los proyectos de política económica y social en los que se pretendió negar al mercado. El argumento se apoya en múltiples ejemplos:

- el éxito de la recuperación japonesa y alemana,
- el éxito de los NICs,
- el fracaso de los modelos de industrialización endógena sobre la base de políticas sustitutivas de importaciones,
- el empantanamiento de las economías socialistas en los últimos diez o quince años.

Hoy se pondera sin límite el gran poder de acumulación y movilización de las fuerzas productivas que supuestamente permite el capitalismo que opera libremente, el que demostraría así un potencial de cambio y progreso aún mayor que el logrado por las economías socialistas.

Nuestra dificultad como analistas de la economía es que con ello estamos frente a una serie de problemas que se nos presentan como “cajas negras” carente de respuestas formales, por ejemplo:

- los llamados modelos exitosos, ¿están asociados al libre mercado o a políticas intervencionistas planteadas inteligentemente?
- los llamados modelos fracasados de industrialización endógena ¿se pueden explicar por la intervención estatal o por la forma en que estas experiencias operan las fuerzas del mercado?
- el estancamiento en las economías socialistas, ¿debe ser considerado en el nivel de las relaciones de producción o es derivado del modelo político con que se asumieron?

La economía neoclásica difícilmente puede proporcionarnos respuestas que no estén cargadas de imágenes ideologizadas sobre estos problemas. Nuestra tesis es que al interior del marxismo es posible recuperar líneas de desarrollo teórico capaces de establecer los términos de esos problemas y avanzar en su análisis. Hoy vemos una especie de “regreso atropellado” al mercado, tanto de los países en proceso de industrialización que durante algún tiempo adoptaron modelos con fuerte énfasis al crecimiento hacia adentro, como de los países socialistas. En ambos casos se ha desembocado en severas crisis, debido al retraso de estas economías para lograr un proceso de cambio en su productividad y modernización competitiva en relación con las economías más avanzadas.

Este regreso al mercado da la imagen de quien corre tras un ferrocarril en marcha, luchando a codazos con otros que también luchan denodadamente por colgarse de cualquier puerta o estribo que les permita un lugar en el tren del progreso y un proceso continuo de acumulación. Hoy ese tren se identifica con “la modernidad” y “el mercado”, aunque nadie sabe con certeza ni hacia dónde va, ni cuál es el costo de abordarlo, ni cuáles son las incertidumbres asociadas a viajar en el lugar que los dueños del tren quieran asignarles. Tampoco es claro cómo funciona el asunto de mantenerse dentro del convoy, pues es evidente que puede haber caídas por los tumbos que da.

En este punto, y dada la discusión que este foro ha ofrecido, resulta irresistible llamar la atención sobre un punto que se ha venido presentando de manera implícita. Tenemos la imagen de un mundo dividido en dos: la sociedad civil y el Estado. La sociedad civil es el espacio que se forma por la socialización de los individuos a través del mercado. En este mundo ahora se observa una expansión sin precedentes que parece amenazar una figura a la que antes se consideró esencial en la gestación del mercado: el Estado-nación. No obstante, este debilitamiento de la figura del Estado-nación viene acompañado de un refortalecimiento de los nacionalismos a ultranza en los países centrales, como en los casos norteamericano, japonés y alemán. Por el contrario, en los países del socialismo real, pareciera que el espacio de socialización por la producción hubiera sido engullido por el Estado, generándose con ello la crisis del socialismo real. En esta otra figura nos encontramos la imagen de un debilitamiento del Estado-nación, pero de distinta naturaleza. En este caso se habla de la recreación del mercado, del mercado socialista. Lo que no sabemos es la manera en que esta entidad se puede concebir fuera del Estado.

Marx nos deja consideraciones importantes en su análisis de la sociedad mercantil, de las que no nos da una versión acabada, pero sí numerosas pistas de investigación. Las más interesantes de ellas por cierto parecen haber sido canceladas por el llamado marxismo oficial u ortodoxo. De entre todas, hay una que nos parece particularmente importante en el análisis de la actual sociedad capitalista y en los problemas que aquejan al llamado socialismo real: sus consideraciones sobre el problema de la determinación del valor por el trabajo. La tradición ortodoxa en general toma por bueno un supuesto simplificador que Marx utiliza en el tomo I de *El capital*: todos los trabajos se igualan en trabajo simple y, desde esta proposición se intenta resolver el problema de la relación entre valores y precios de producción. Evidentemente la cosa no funciona porque los valores dependerán de la suerte que las mercancías corran en el mercado. Nos enfrentamos a un doble problema: la denominación del valor de las diversas mercancías y de los distintos trabajos. Los únicos trabajos que han tomado este problema seriamente son los de Krause, Ruy Fausto y Robles, derivándose de ellos una visión en la que no es posible hablar de una determinación unívoca de los precios por los valores, sino de una visión dinámica del proceso de reproducción. Una consecuencia de este desarrollo es que un esquema de planificación que niege el problema de la validación de los criterios de valorización social a través del mercado conduce a graves errores que los planificadores bien pueden estar interesados en no reconocer. Un mercado socialista tendría que ser capaz de hacer patentes los errores de planificación y poner en marcha los mecanismos de su corrección.

Otros ejemplos en esta dirección han sido las diversas lecturas del marxismo como un enfoque en que lo que cuenta son las "condiciones de producción" y por ello se entiende negar los problemas de realización del valor y los problemas monetarios. Este es el caso de enfoques como los de Hilferding o del marxismo ricardiano.

Curiosamente una de las matrices teóricas más importantes para desarrollar una concepción integradora de los problemas monetarios la encontramos en Marx, la cual todavía es necesario desarrollar con seriedad.

Consideramos que es necesario reconocer una gran debilidad en el conocimiento de la naturaleza de los problemas planteados. Los casos exitosos antes citados, los neoliberales insisten en explicarlos por las bondades del mercado, mientras que en el caso coreano el director de su banco central lo atribuye a políticas de fomento bien dirigidas, disciplina laboral, coherencia entre objetivos e instrumentos de política, controles de flujos de capital, fuertes estímulos a la inversión productiva, engarce con intereses y estrategias de grandes conglomerados, más conservando nichos para el desarrollo de corporaciones nacionales, etcétera. Quizás resulte paradójico que ambas partes puedan tener razón, es decir una operación de los mercados que implique políticas de direccionamiento del proceso de acumulación.

En nuestra visión, el marxismo contiene el armazón básico para profundizar en el conocimiento de una economía capitalista, en la cual el capital es el sujeto determinante, produciéndose mercancías y dinero no como simples cosas, sino como capital, problema que ha sido dejado de lado por el llamado marxismo ortodoxo.

El problema sigue siendo la pertinencia de la construcción de lo social a través de las relaciones mercantiles, es decir de la socialidad por el mercado. El problema es que el trabajo del marxismo contemporáneo ha dejado de lado la investigación sobre estos problemas.

En nuestra opinión hay una serie de problemas sobre los que es indispensable avanzar en la investigación, desde el marxismo, si es que se pretende establecer posiciones críticas teórica y realmente eficaces frente al neoliberalismo. Estos problemas están en el corazón de aquellos aspectos en los que la teoría ortodoxa ha encontrado serias limitaciones, y en los que un marxismo no rigidizado y abierto al debate tiene mucho que decir. Entre estos problemas no puede dejar de incluirse:

- *Dinero*: Su neutralidad conduce a su “desaparición”, dado que es exógeno y alcanza un precio = 0. El Estado define el dinero: Galcani, Knapp. En Marx se puede encontrar un dinero que no es exógeno a la naturaleza de los intercambios mercantiles, y en particular, como la forma general del capital.
- *Competencia*: Hace al mercado eficiente al asignar recursos, y lo hace justo, a cada quién según su contribución. Pero Schumpeter asocia eficiencia y progreso a monopolio no a competencia perfecta. Por contra el monopolio estatal aparece como ineficiente, y no sabemos la manera en que se pudieran regular por el mercado.
- *Estabilidad*: Causas de ciclos y crisis: ¿errores de los agentes? Muestra limitaciones de la teoría de la competencia. En Marx, se debe a que el sistema funciona bien, pero es en el óptimo que se dispara la crisis. Ahora nos encontramos con que también necesitamos una teorización sobre la crisis en economías socialistas.
- *Desarrollo*: Explicar las diferencias de nivel. El mercado u otra cosa definen papeles específicos. Crecimiento no es desarrollo. Pueden darse procesos regresivos. Si no se niega el mercado se deben entender las diferencias. CEPAL se quedó muda. Marxistas autarquistas. Los modelos de planificación en economías cerradas.
- *La economía internacional*: La lógica con la que se construye el análisis de un mercado se aplica a una estructura mucho más compleja que es la nueva estructuración transnacional de economías de producción y mercado. Desde el marxismo ahora se habla de “la totalidad”, no obstante no se puede dar contenido al carácter de las relaciones en ese ámbito, sino por referencia a nociones cercanas a economías cerradas.

En fin, nuestra conclusión es más una invitación al estudio y la discusión sin prejuicios que la pretensión de recetas o soluciones a problemas en los que lo más evidente por el momento es nuestra ignorancia.

REFERENCIAS

- ARROW, K.J. y F.H. Hahn,
Análisis general competitivo, Fondo de Cultura Económica, México, 1977.
- BARAN, P.A. y P.M. Sweezy,
El capital monopolista, Siglo XXI, México, 1977.

- BENETTI, C. y J. CARTELIER,
Economie classique et économie vulgaire. Essais Critiques, Maspero, París, 1975.
- CLOWER, R. W., (comp.),
Monetary Theory, Penguin Books, 1969.
- DEBREU, G.,
Theory of value: an axiomatic analysis of economic equilibrium, Wiley and sons, Nueva York, 1959.
- FAUSTO, Ruy,
Marx: lógica & política, editora Brasiliense, Sao Paulo, 1983.
- FRIEDMAN, M.,
Capitalism and freedom, University of Chicago Press, USA, 1962.
- , *Libertad de elegir: hacia un nuevo liberalismo económico*, Grijalbo, México, 1980.
- GALEANI, F.,
Della Moneta, edición Feltrinelli, Milán, 1963.
- HAYEK, F.V.,
Camino de servidumbre, Alianza, Madrid, España, 1976.
- , *Prix et production*, Plon, Col. Agora, París, 1986.
- KEYNES, J.M.,
Teoría general del empleo, del interés y del dinero, Fondo de Cultura Económica, México, 1945.
- KRAUSE, Ulrich,
Money and abstract labour, NLB, Londres, 1981.
- LANGE, O. y F.M. Taylor,
On the economic theory of socialism, University of Minnesota Press, Minneapolis, USA, 1928.
- MANN, F.A.,
El aspecto legal del dinero, Fondo de cultura Económica y Banco de México, México, 1968.
- MARX, K.,
Elementos fundamentales para la crítica de economía política, Siglo XXI, México, 1971.
- , *El capital*, Fondo de Cultura Económica, México, 1946.
- ROBLES, Mario,
 "Capital y Competencia en Marx" y "Trabajo Abstracto, Capital y Competencia", *Economía: Teoría y Práctica*, Nueva Epoca, núm. 1, UAM, México, 1990.
- SCHUMPETER, J.,
 (1971), *Historia del análisis económico*, Fondo de Cultura Económica, México, 1971.
- VALIER, J.,
El partido francés y el capitalismo monopolista de Estado, Era, México, 1978.
- WALRAS, L.
Elements of pure economics, Allen and Unwin, Londres, 1954.

bsorción y reproducción de la fuerza de trabajo en el capitalismo ontemporáneo

Teresa Rendón y Carlos Salas

nte el triunfalismo rampante de los ideólogos neoliberales, la propia realidad se
tá encargando de mostrar que el mundo capitalista enfrenta muchos problemas
e no habrán de ser resueltos por la vía de los mecanismos de mercado, competi-
vo y perfecto. De entre estos problemas destaca el de la ocupación.

En un texto reciente, Lawrence Summers¹ nos recuerda dos cosas importan-
s. La primera es que el desempleo tiende a ser un fenómeno persistente en las
onomías europeas, independientemente del grado de liberalización de las mis-
as. La segunda es que el problema ocupacional en EU ha sido aliviado por la vía
el tránsito de muchos cesantes de antiguos empleos bien pagados a ocupaciones
enos retribuidas (lo que él llama desempleo transitorio).²

El que un miembro del *establishment* académico de EU haga esos comenta-
os es clara señal de que la realidad se impone por encima del rechazo que se tie-
e a todas aquellas observaciones discrepantes con el optimismo voluntarista de la
tualidad.

Si examinamos ambos resultados con un poco más de detalle, resaltan dos co-
s. La primera es que, de existir los mercados no regulados, su funcionamiento es
úcho más lento e ineficiente de lo que postula la teoría neoclásica. Esto se com-
ueba si recordamos que ni siquiera en el caso de Gran Bretaña el número de
socupados ha disminuido en los últimos años a los niveles medios existentes en-
e 1948 y 1970. En segundo lugar, la persistencia de un núcleo importante de per-
nas desempleadas, junto con la tendencia a que los nuevos empleos generados
an de bajas retribuciones, nos muestra que no es la supuesta rigidez salarial la
sponsable de los desajustes en el terreno de la ocupación.

El premio Nobel, Robert Solow, uno de los más destacados economistas neo-
ásicos, reconoce el fracaso del mercado en el caso del mercado de trabajo, en
nto éste no se vacía fácilmente mediante la determinación de precios adecua-
os.³ Reconoce también la insuficiencia de la teoría convencional para explicar
e fracaso del mercado de trabajo. Sin embargo, considera que los preceptos de

¹ Summers Larry, *Understanding unemployment*, MIT Press, 1990.

² Desde una óptica progresista encontramos una discusión sobre el problema de la caída en sala-
s reales en los EU en el capítulo 2 del texto de Bennett Harrison y Barry Bluestone, *The great U
n. Corporate restructuring and the polarization of America*, Basic Books, Nueva York, 1988.

³ Robert M. Solow, "On theories of unemployment", *American Economic Review*, vol. 70, núm. 1,
rzo 1980, pp. 1-11.

la teoría neoclásica (maximización de ganancias y de utilidad, sujetas a restricciones) siguen siendo válidos y que el problema está en que el mercado de trabajo es un poco diferente que los otros mercados, y por lo tanto hay que ampliar un poco los supuestos. En su opinión, las formulaciones convencionales pueden ser inadecuadas debido a que no se toman en cuenta las particularidades del mercado de trabajo en el cual participan, por un lado empresas y grupos de empresas y por el otro lado (el de la oferta) trabajadores individuales, sindicatos organizados y reservas de trabajo organizadas informalmente.

El camino sugerido por Solow ha sido transitado ya por otros distinguidos exponentes de la teoría neoclásica (TN), quienes han pretendido vestir a la TN del realismo e historicidad de que carece, mediante ajustes *ad hoc* de los supuestos sobre el funcionamiento de la demanda y la oferta de trabajo. Nada menos que Paul Samuelson y Rudiger Dornbush en sus famosos libros de texto tratan de vendernos esa imagen de su teoría. Por ejemplo, Samuelson incorpora la presencia de sindicatos al modelo neoclásico como un simple desplazamiento de la curva de oferta de trabajo, mientras que la participación femenina se resuelve imaginando curvas diferentes de oferta de trabajo para cada género.

El hecho de que la fuerza de trabajo sea una mercancía especial hace que, precisamente en el terreno de la ocupación, sea más evidente la debilidad de la TN para dar cuenta del funcionamiento de los mercados. Pero esta mayor fragilidad no se debe —como pretende Samuelson— a que la TN aborde el mercado de trabajo mediante supuestos que corresponden a los modelos de compra-venta de otras mercancías, como la ropa. Por el contrario, es precisamente porque esta teoría trata el mercado de trabajo en forma diferente que al resto de los mercados, que su andamiaje conceptual se tambalea al primer soplo. Mientras que para los otros mercados la curva de la oferta depende de los costos de producción, en el caso del trabajo, dicha curva no tiene relación alguna con los costos de (re)producción de los trabajadores, sino con un supuesto balance entre la utilidad del ocio y del ingreso derivado del trabajo. Así, los individuos pueden optar entre trabajar o no, al igual que pueden elegir trabajar mucho o poco. Eso después de haber decidido ser trabajadores y no empresarios, o haber quedado colocados allí por algún motivo extraeconómico, ya que en la visión neoclásica no hay clases sociales. No existen individuos desprovistos de medios de producción cuya subsistencia y reproducción dependa de un salario. No es extraño, entonces, que por más enmiendas que se le hagan a la TN, ésta sea incapaz de explicar fenómenos como el que sus defensores denominan rigidez salarial. Si el consumo de los trabajadores —y por lo tanto su sobrevivencia y reproducción— es implícitamente independiente del salario, no hay en la perspectiva neoclásica límite alguno a la caída salarial. Como, por otra parte, los empresarios se enfrentan a una gama infinita de tecnologías de producción entre las que optan según sea el precio relativo de los factores (el capital y el trabajo) tampoco hay razones para que una baja significativa del salario no conduzca al empleo pleno.

Cuando se pretende erigir un monumento a la cientificidad de una visión del mundo sustentada en una supuesta realidad donde existen individuos que pueden

voluntariamente optar entre trabajar y no trabajar, de acuerdo con sus preferencias; un lugar donde las retribuciones al trabajo que se vende pueden ser menores al costo de (re)producción del trabajador mismo, la conclusión es que nos enfrentamos a las creencias de una ideología y no a los hallazgos de una disciplina científica.

La teoría marxista —con su énfasis en el nexo entre lo concreto y lo abstracto, a práctica y la teoría— nos da el marco de análisis que permite entender el problema de la ocupación en el capitalismo. Esto no significa que todos los problemas económicos que plantea la realidad estén resueltos, ni tampoco que no haya necesidad de profundizar en la propia teoría marxista. Más bien, como argumentamos adelante, sólo en el marco de una teoría que parte de la existencia de clases sociales antagónicas, que postula lo económico como el eje en torno al cual se estructura la sociedad en su conjunto, es que podremos responder una serie de interrogantes que nos plantea el problema ocupacional actual.

Consideramos que el marco de referencia adecuado para el estudio de la ocupación es la perspectiva de largo plazo, que concibe el desarrollo del capitalismo como un proceso contradictorio de aumento en la potencia productiva del sistema que lleva en sí el germen del freno a la acumulación. En este sentido concedemos a la noción de onda larga de acumulación el estatuto de un instrumento heurístico que nos facilita la comprensión del desarrollo capitalista actual.⁴ Concebimos el periodo actual como una etapa de tránsito entre un proceso de acumulación ya agotado y un nuevo esquema de acumulación sustentado en los frutos de los cambios técnicos recientes, pero que no se ha consolidado totalmente.

Este tránsito requiere de una definición de las relaciones institucionales entre el capital y el trabajo, cuyo presupuesto básico es eliminar —o al menos atenuar— los logros de la clase trabajadora alcanzados en la anterior fase expansiva de la acumulación. Para que eso sea factible se hace necesario doblegar no sólo políticamente, sino también ideológicamente a los trabajadores. La difusión de las nociones de sociedad civil, el cuidadoso olvido de que la sociedad sigue estando formada por clases sociales; la aceptación de que es inevitable y necesario el desmantelamiento de una parte importante del aparato real de seguridad social; la convicción de que la democracia se reduce a ejercer el voto, son entre otros, ejemplos de las afirmaciones de corte ideológico procapitalistas que ahora son empujadas como estandartes para acompañar la modernidad.

Ante esa ofensiva, tenemos la necesidad de afianzar y profundizar los logros del marxismo en varios ámbitos. El primero es el de la explicación del movimiento cíclico del capitalismo, y el papel que en esta comprensión juega la conducta de la masa de ganancia. En ese tema, podemos citar la idea de ondas largas de desarrollo capitalista. El segundo terreno es el del papel que juega el ejército de reserva de trabajadores en la regulación salarial y en la imposición de la disciplina capitalista. El tercer terreno importante es el de la primacía del modo de producción capita-

⁴ Sobre el papel pionero de los pensadores marxistas Parvus (1901), De Wolff (1924) y Van Gelderen (1913) en la formulación de la teoría de las ondas largas, se puede consultar el trabajo de Jan Tinbergen "Kondratiev Cycles and So-Called Long Waves: The Early Research" en la revista *Futures*, vol. 3, núm. 4, 1981.

lista sobre otros modos de producción que coexisten con él, sobre todo en los países de capitalismo menos avanzado.

De entre los problemas que requieren una explicación más profunda para así entender el movimiento y etapa actual por la que atraviesa el capitalismo, destacan los relacionados con la llamada "terciarización", la mayor incorporación de la mujer a la actividad económica y el freno al proceso de proletarización que se observa a escala mundial.

A ese respecto, el marxismo ha hecho contribuciones importantes, señalando el papel del trabajo improductivo para garantizar la continua acumulación, facilitando la realización de las mercancías. Pero a la vez, el volumen de trabajo improductivo al tender a crecer, significa una sangría en el monto del plusvalor destinado a continuar la acumulación.⁵

Por lo que toca a la creciente incorporación de la mujer al trabajo, esta ha significado la posibilidad de mantener salarios reducidos, entre otras cosas porque su ingreso es en promedio menor que el de los hombres, y porque su ingreso permite sobrevivir a una familia que antes vivía con el ingreso de uno solo de sus miembros.

Para concluir este punto, señalamos que el aumento en el trabajo no asalariado por cuenta propia no debe entenderse como un freno a la de los setenta, la proporción de los salarios en el ingreso nacional de los distintos países ha disminuido en forma significativa.

Los procesos anteriormente descritos ponen en relieve que la categoría de desempleo abierto (de origen keynesiano) no da cuenta cabal del problema de insuficiencia de oportunidades ocupacionales para la clase trabajadora. Por tanto se hace necesario recuperar la categoría de ejército industrial de reserva, relativamente olvidada incluso por algunos marxistas. En tanto categoría histórica se hace necesario estudiar las modalidades que adopta en los distintos momentos y en los diversos espacios nacionales. En este sentido, Braverman hizo contribuciones relevantes, que no han sido continuadas.

Uno de los problemas más fuertes a los que se enfrenta el capitalismo es su creciente incapacidad para proporcionar un empleo a quien lo requiera. Este fenómeno no parecería poder atenuarse por la sola vía del crecimiento de la economía mundial. Las naciones que mejor han salido libradas de la crisis han sido aquellas donde la productividad se ha visto incrementada en forma importante. Ahí, el crecimiento del empleo ha sido muy bajo (RFA y Japón). La competencia entre países, al impulsar un aumento en la composición orgánica del capital ha traído como consecuencia un doble fenómeno. Por un lado, encontramos una tendencia al ahorro de trabajo vivo. Pero por otro, al absorberse un número menor de trabajadores, la reproducción de la clase trabajadora se ve amenazada. Parecería que la reproducción ampliada del capital en la etapa actual ya no requiere del crecimiento sistemático de la población.

⁵ En este sentido es importante el trabajo de Fred Mosley "Marx's Crisis Theory and the Postwar U.S. Economy" que aparece en *The imperiled economy*, Book 1: Macroeconomics from a left perspective, URPE, Nueva York, 1987.

Las tareas para el futuro inmediato se inician con la recuperación de algunos aspectos olvidados en la tradición marxista. Frente al énfasis usual en la producción, surge la necesidad de investigar los nexos existentes entre los procesos demográficos y la acumulación.⁶ Esto es importante ya que la llamada ley general de la población a la que Marx hace referencia en *El capital*, sólo nos habla de la existencia de una sobrepoblación relativa a los requerimientos del capital. No es posible continuar omitiendo o minimizando los problemas asociados a la reproducción de los trabajadores.

En ese mismo orden de cosas, otro aspecto importante es el estudio de la población y su nexo con mecanismos de contratendencia a la crisis. Una tarea paralela es avanzar en el estudio y la teoría de las ondas largas de desarrollo capitalista, teniendo en mente la pregunta de cómo se adecúa la estructura social a las condiciones de la acumulación, en particular en las etapas de tránsito de la fase depresiva a la fase expansiva de desarrollo capitalista. Los avances que ahora se tienen en los trabajos de la escuela norteamericana de las estructuras sociales de acumulación son insuficientes.

Hay la necesidad de profundizar las nociones clásicas que hacen referencia a la fuerza de trabajo. Habida cuenta que no es razonable suponer que toda categoría analítica deba ser ahistórica en cierto sentido, es necesario revisar la noción de salario reproductivo (el salario ahora debe ser examinado en el ámbito de la unidad familiar), ya que uno de los mecanismos que se sigue empleando para atenuar las secuelas de la crisis, es la desvalorización de la fuerza de trabajo (pago por abajo de su valor).

Asimismo se debe retomar un aspecto relegado de la contribución de Braverman al debate marxista: el mercado universal. En su expansión, el capital rompe la unidad producción-consumo que se daba al interior de la familia. De esta forma impulsa su destrucción. Pero al mismo tiempo, la caída sistemática en el salario real hace más necesaria la presencia de la familia, para unir esfuerzos en la búsqueda de un ingreso suficiente. Este proceso contradictorio está operando con toda fuerza en la etapa actual del capitalismo.

⁶ En el artículo de Wally Secombe "Marxismo y demografía", traducido en *Cuadernos Políticos*, número 40, aparecen algunas ideas importantes sobre el nexo entre los procesos demográficos y la evolución de la economía. Si bien su marco temporal es la transición al capitalismo, en él podemos encontrar reflexiones que deberían profundizarse para avanzar en el conocimiento de las leyes de la población.



Este libro se terminó de imprimir
en noviembre de 1991
estando a cargo de
Servicios Editoriales Icaria, S.A. de C.V.,
Edzna 121, col. Independencia, México, D.F.
El tiraje consta de 2000 ejemplares.

- GONZALEZ CASANOVA
- THERBORN
- BLACKBURN
- GILLY
- DABAT
- SEMO
- BRENNER
- SAMARY
- RUSSO
- ALMEYRA
- DE LA GARZA
- SANTARELLI
- PAYERAS
- JACHATUROV
- PATULA
- ÁPONTE
- MAJMOURIAN
- ROZO
- BRAIG
- MAŁEWSKI
- PINIOR
- SPENSER
- ANTAL
- RODRIGUEZ LASCANO
- PORRAS
- BEJAR
- DE LA PEÑA
- GONZALEZ GOMEZ
- ANGUIANO
- VALLE
- ORTIZ
- MANCHON
- ROBLES
- SALAS
- RENDON

En el umbral del siglo XXI el socialismo aparece despenándose por una crisis decisiva y sin retorno. Al menos es la imagen que destaca por el colapso estrepitoso de los regímenes autoritarios de la Unión Soviética y Europa del Este, que a su vez arrastró a buena parte de los partidos comunistas identificados con ellos y hoy atrapados por el desconcierto y la incertidumbre. Las ondas de esa caída están cimbrando también a una socialdemocracia desgarrada por la pérdida de sus propias identidades y la envolvente fuerza del mercado y el neoliberalismo que, en el cambiante y contradictorio contexto mundial, parecen revivir todos los fantasmas antigualitarios y excluyentes que en diversos momentos asolaron el planeta. Pero si bien la crisis del socialismo parece incuestionable, sí lo son el sentido profundo de sus causas y destinos posibles, que no han dejado de suscitar variadas interpretaciones y propuestas teóricas y políticas.

Sobre la problemática que implican los elementos aquí apenas aludidos trata este libro colectivo, en el que convergen con sus enfoques y opciones 35 autores de distintas latitudes y corrientes.

